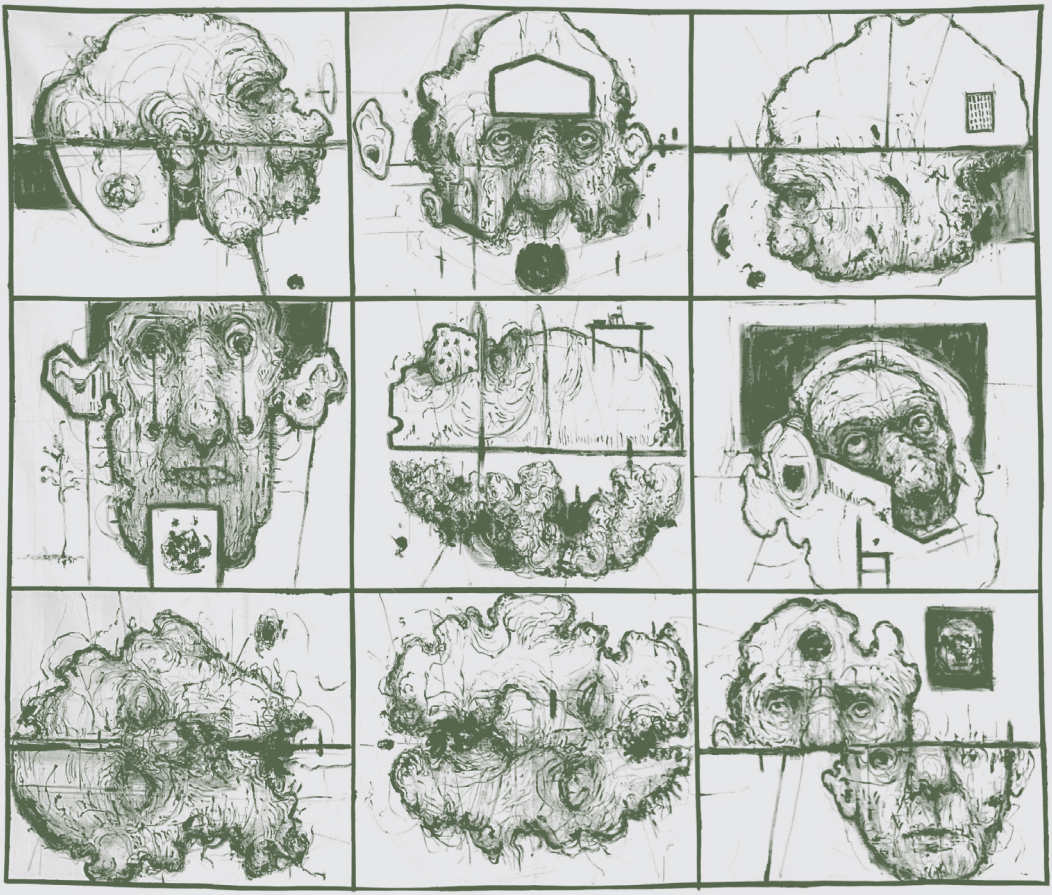
Estudios sobre la espacialización de los Estados

POLÍTICAS PRÁCTICAS REPRESENTACIONES

EDITORES

Carlos **Salamanca Villamizar** · Francisco **Astudillo Pizarro** · Gabriela **González**



AGNEW BRENNER **COMAROFF** COMAROFF **CRAIB** ELDEN **FERGUSON** GAZIT **GUPTA** LASANSKY LOPES DE SOUZA **PERRAULT** REID-HENRY **SAUER** SPRINGER **VALDIVIA** WÖHL **ZHANG**

COLECCIÓN
ESPACIO, POLÍTICAS, SOCIEDADES

UNR EDITORA

Colección Espacios, Políticas y Sociedades

ESTUDIOS SOBRE LA ESPACIALIZACIÓN DE LOS ESTADOS

POLÍTICAS, PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES

ESTUDIOS SOBRE LA ESPACIALIZACIÓN DE LOS ESTADOS
POLÍTICAS, PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES

Carlos Salamanca Villamizar
Francisco Astudillo Pizarro
Gabriela González
Editores

Salamanca Villamizar, Carlos
Estudios sobre la espacialización de los Estados: políticas, prácticas, representaciones / Carlos Salamanca Villamizar; Francisco Astudillo Pizarro; Gabriela González; editado por Carlos Salamanca Villamizar; Francisco Astudillo Pizarro; Gabriela González - 1a ed. - Rosario: UNR Editora, 2022.
477 p.; 23 x 16 cm. - (Espacios, Políticas, Sociedades / Carlos Salamanca Villamizar; 7)

ISBN 978-987-702-592-7

1. Antropología Social. I. Astudillo Pizarro, Francisco. II. González, Gabriela. III. Título.

CDD 306.2

Imagen de tapa: “Cabezas”. Serie “Entre cuatro paredes - Muro”. 140 x 160 cm. Luis Martínez, 2022.

Comité Científico Internacional
La propuesta original conceptual de este libro fue revisada y comentada por un comité científico internacional externo, integrado por:
- Dra. Aurélie Quentin. Universidad de Nanterre, Francia.
- Dr. Rafael Soares Gonçalves. Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro, Brasil.
- Dra. Perla Zusman. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Dra. Claudia Zamorano Villareal. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social CIESAS, México.

UNR Editora
Editorial de la Universidad Nacional de Rosario
Secretaría de Extensión Universitaria
Urquiza 2050 - S2000AOB / Rosario, República Argentina
www. unreditora.edu.ar / editora@sede.unr.edu.ar

ÍNDICE

Agradecimientos 9
Nota editorial 11
Introducción. Ensamblajes, trayectorias y coordenadas en torno a la espacialización de los Estados 13
Carlos Salamanca Villamizar y Francisco Astudillo Pizarro

PARTE 1. **ARQUITECTURA CONCEPTUAL Y ANALÍTICA**

Capítulo 1. La espacialización de los Estados: hacia una etnografía de la gubernamentalidad neoliberal 35
James Ferguson y Akhil Gupta

Capítulo 2. Lefebvre sobre el Estado, el espacio y el territorio. 65
Neil Brenner y Stuart Elden

Capítulo 3. Impugnación de la modernidad espacial en la China postsocialista. 103
Li Zhang

PARTE 2. **AVATARES DE LA IMAGINACIÓN GEOGRÁFICA**

Capítulo 4. Una metafísica nacionalista: obsesión estatal, mapas nacionales y el imaginario geohistórico en México del siglo XIX 141
Raymond Craib

Capítulo 5. ¿La violencia se instala en algunos lugares? Práctica cultural, racionalismo neoliberal y geografías imaginarias virulentas 181
Simon Springer

Capítulo 6. Disonancia estética. Arquitectura, espectáculo y turismo en la Italia fascista 207
Medina Lasansky

PARTE 3. **ESTADOS, TERRITORIOS E IDENTIDADES**

Capítulo 7. Naturalizar la Nación: aliens, apocalipsis y el Estado poscolonial 237
Jean Comaroff y John Comaroff

Capítulo 8. Hidrocarburos, protestas populares e imaginarios nacionales: Ecuador y Bolivia en un contexto comparativo 283
Tom Perrault y Gabriela Valdivia

Capítulo 9. Perspectivas feministas sobre la internacionalización del Estado 317
Birgit Sauer y Stefanie Wöhl

Capítulo 10. Junto al Estado, a pesar del Estado y contra el Estado. Los movimientos sociales como agentes de "urbanismo crítico" 341
Marcelo Lopes de Souza

PARTE 4. **MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS. LAS SOBERANÍAS EN CUESTIÓN**

Capítulo 11. Regímenes de soberanía: territorialidad y autoridad de Estado en las políticas del mundo contemporáneo 367
John Agnew

Capítulo 12. ¿Soberanía excepcional? La Bahía de Guantánamo y el presente recolonial 421
Simon Reid-Henry

Capítulo 13. Agencia social, prácticas espaciales y poder: Los microfundamentos de la soberanía fragmentada en los territorios ocupados 447
Nir Gazit

Sobre los autores. 477

Sobre los editores 482

AGRADECIMIENTOS

Desde la Colección Editorial del Programa "Espacios, Políticas y Sociedades", nos congratulamos en ver, finalmente, el resultado de un proyecto iniciado en 2017. Este proyecto editorial de largo aliento atravesó enormes cambios políticos en la Argentina y en el Continente, la crisis de la pandemia COVID-19 y un aceleramiento en la consciencia mundial acerca del Antropoceno y la crisis medioambiental que, de formas variadas e intensas, reconfiguraron los Estados al igual que sus procesos de territorialización.

Tal vez en ningún proyecto de nuestra colección habíamos encontrado las dificultades que enfrentamos en esta oportunidad. A la hora de gestionar y de lograr las autorizaciones para la traducción y publicación de los artículos que aquí presentamos nos enfrentamos a un campo editorial cada vez más marcado por las lógicas del mercado que ralentizaron y amenazaron con obstaculizar nuestro proyecto. En el camino de la gestión editorial nos topamos una y otra vez con lógicas que, excediendo el campo de lo académico, nos confrontaban a costos exorbitantes. Entrampados en uno de esos atolladeros, la intervención y motivación de las y los autores que habíamos convocado, nos permitió navegar en el abigarrado mundo de las licencias, hacer escuchar el mensaje de la importancia académica del proyecto y rencausar nuestros planes. Expresamos aquí, entonces, nuestro más sincero agradecimiento a los autores y autoras que participan en esta publicación, por haberse implicado en romper la lógica mercantil imperante, participando activamente en la gestión misma de esas autorizaciones con las revistas y editoriales que nos autorizaron a traducir y publicar los textos que aquí presentamos.

Agradecemos también a un conjunto de destacados colegas que aceptaron evaluar nuestra propuesta de libro y justificación de la problemática, una propuesta de desarrollo y de estructura. Aurélie Quentin de la Universidad de Paris Nanterre

(Francia), Rafael Soares Gonçalves de la Universidad Católica de Rio de Janeiro (Brasil), Claudia Zamorano Villareal del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS, México) y Perla Zusman del Instituto de Geografía Romualdo Ardissone de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (Argentina). Sus comentarios nos permitieron hacer algunos ajustes y revisiones a aquella primera propuesta. Este libro es también el resultado del trabajo del Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario que, con su habitual profesionalismo y compromiso, asumieron nuestra invitación a este proyecto y tradujeron algunos de los artículos que aquí se presentan. A esta tarea de traducción se sumó Diego Roldán, investigador de nuestro Programa a quien también agradecemos su trabajo de traducción.

Queremos agradecer al artista Luis Martínez que nos permitió utilizar como imagen de tapa su obra "Cabezas" de la serie "Entre cuatro paredes - Muro", producida en 2022, en el contexto de la Plataforma La Violencia en el Espacio. Extendemos nuestro agradecimiento a Nora Zorzoli quien hizo el diseño y la diagramación y Joaquina Parma el diseño de tapa. A ellos y a Nicolás Manzi, director de la editorial que ha respaldado nuestra colección, nuestro reconocimiento. Agradecemos a Dario Maiorana que, como director del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Nacional de Rosario, viene apoyando desde su surgimiento esta Colección y las iniciativas del Programa Espacios, Políticas, Sociedades.

Los editores
Buenos Aires, 4 de diciembre de 2022

NOTA EDITORIAL

El capítulo 1, "La espacialización de los Estados: hacia una etnografía de la gubernamentalidad neoliberal", de James Ferguson y Akhil Gupta, fue publicado originalmente en inglés en el año 2002, con el título "Spatializing states: towards an ethnography of neoliberal governmentality", en la revista *American Ethnologist* 29(4): 981-1002.

El capítulo 2, "Henri Lefebvre sobre el Estado, el espacio y el territorio" de Neil Brenner y Stuart Elden, fue publicado originalmente en inglés en el año 2009, con el título "Henri Lefebvre on State, Space, Territory", en la revista *International Political Sociology* 3, 353-377.

El capítulo 3, "Impugnación de la modernidad espacial en la China post socialista" de Li Zhang, fue publicado originalmente en inglés en el año 2006, con el título "Contesting Spatial Modernity in Late-Socialist China", *Current Anthropology* (47)3, 461-484.

El capítulo 4, "Una metafísica nacionalista: obsesión estatal, mapas nacionales y el imaginario geohistórico en México del siglo XIX" de Raymond Craib, fue publicado originalmente en inglés en el año 2002, en la revista *Hispanic American Historical Review* 82(1): 33-68.

El capítulo 5, "¿La violencia se instala en algunos lugares? Práctica cultural, racionalismo neoliberal y geografías imaginarias virulentas" de Simon Springer, fue publicado originalmente en inglés en el año 2001,con el título "Violence sits in places? Cultural practice, neoliberal rationalism, and virulent imaginative geographies", en la revista *Political Geography* 30: 90-98.

El capítulo 6, "Disonancia estética. Arquitectura, espectáculo y turismo en la Italia fascista" de Medina Lasansky, fue publicado originalmente en inglés en el año 2004, en el libro *The Renaissance Perfected: Architecture, Spectacle and Tourism in Fascist Italy*, University Park, PA: The Pennsylvania University Press, 1-17.

El capítulo 7, "Naturalizar la Nación: aliens, apocalipsis y el Estado poscolonial", de Jean y John Comaroff, fue publicado originalmente en inglés en el año 2001, con el título "Naturing the Nation: Aliens, Apocalypse and the Postcolonial State", en la revista *Journal of Southern African Studies* 27(3): 627-651.

El capítulo 8, "Hidrocarburos, protestas populares e imaginarios nacionales: Ecuador y Bolivia en un contexto comparativo" de Tom Perrault y Gabriela Valdivia, fue publicado originalmente en inglés en el año 2010, con el título "Hydrocarbons, popular protest and national imaginaries: Ecuador and Bolivia in comparative context", en la revista *Geoforum* 41: 689-699.

El capítulo 9, "Perspectivas feministas sobre la internacionalización del Estado" de Birgit Sauer y Stefanie Wöhl, fue publicado originalmente en inglés en el año 2010 con el título "Feminist perspective on internationalization of The State", en la revista *Antipode* 43(1): 108-128.

El capítulo 10, "Junto al Estado, a pesar del Estado y contra el Estado. Los movimientos sociales como agentes de "urbanismo crítico"de Marcelo Lopes de Souza, fue publicado originalmente en inglés en el año 2006, con el título: "Together with the state, despite the state, against the state. Social movements as 'critical urban planning' agents", en la revista *City*, (10): 3, diciembre 2006.

El capítulo 11, "Regímenes de soberanía: territorialidad y autoridad de Estado en las políticas del mundo contemporáneo" de John Agnew, fue publicado originalmente en inglés en el año 2005 con el título "Sovereignty Regimes: Territoriality and State Authority in Contemporary World Politics", en la revista *Annals of the Association of American Geographers* 95(2): 437-461.

El capítulo 12, "¿Soberanía excepcional? La Bahía de Guantánamo y el presente recolonial" de Simon Reid-Henry, fue publicado originalmente en inglés en el año 2007, con el título "Exceptional Sovereignty? Guantanamo Bay and the Re-Colonial Present", en la revista *Antipode* 39(4): 627-648.

El capítulo 13, "Agencia social, prácticas espaciales y poder: Los micro fundamentos de la soberanía fragmentada en los territorios ocupados" de Nir Gazit, fue publicado originalmente en inglés en el año 2009, con el título "Social Agency, Spatial Practices, and Power: The Micro-foundations of Fragmented Sovereignty in the Occupied Territories", en el *International Journal of Politics, Culture and Society* (22)1: 83-103.

Introducción

Ensamblajes, trayectorias y coordenadas en torno a la espacialización de los Estados

Carlos Salamanca Villamizar[1] y **Francisco Astudillo Pizarro**[2]

Como herencia de una larga historia que abreva en tradiciones políticas y religiosas que pueden trazarse hasta San Agustín, el pensamiento utópico de Campanella y Thomas Moore y la República de Indios, América fue pensada y construida como el lugar de la utopía. Incluso algunas geografías imaginadas de finales del siglo XIX y la modernidad cayeron en esa ilusión. En términos de *espacialización de los Estados* esto implica el supuesto de que mediante el poder y la ley puede establecerse en la tierra el orden social, armónico y racional que deriva del mundo de la fe, de las ideas o de ambas. Lugares de vida, de ocio y de deliberación, pero también de lo otro, de lo excluido y de la muerte, se presentan así, susceptibles de ser producidos por un Estado que se representa a sí mismo como principio legítimo de un ordenamiento, supremo y verdadero, de espacios y de hombres, fraguado al amparo de las leyesen el espacio soberano.

Esa tradición centrada en la fórmula isomórfica de un Estado, un gobierno, una sociedad, un territorio, cambió radicalmente en las últimas décadas para dar lugar a una *gubernamentalidad transnacional* que desafía al Estado *y* la Nación en sus formas conocidas. Ya por la *disolución* de las fronteras nacionales, ya por trayectorias individuales y colectivas que interpelan esos límites una y otra vez. Reconociendo la gubernamentalidad como todos aquellos procesos mediante los cuales se

[1] Investigador Independiente CONICET/ Instituto de Geografía "Romualdo Ardissone", Universidad de Buenos Aires. Director del Programa Espacios, Políticas, Sociedades, CEI, Universidad Nacional de Rosario. Correo electrónico: salamanca.carlos@gmail.com

[2] Becario Doctoral CONICET/Instituto de Geografía Universidad de Buenos Aires. Investigador Programa Espacios, Políticas y Sociedades CEI, Universidad Nacional de Rosario. Correo electrónico: franciscoastudillo.59@gmail.com.

gobiernan las conductas incluyendo los discursos, las normas y las identidades, (Foucault, 2012) la transformación más profunda es aquella en la que el Estado parece diluirse como protagonista frente a la transformación de las conductas, las identidades e incluso las rebeldías, la simultánea explotación a gran escala de personas, animales y recursos y la progresiva transformación del mundo en una gran zona de sacrificio.

Cuando en 2002 Gupta y Ferguson publicaron el influyente artículo que sirve de puntapié a esta publicación, América Latina se encontraba en plena ebullición como consecuencia de la aplicación a sangre y fuego de las fórmulas neoliberales a las que todos los gobiernos de la región se abrazaron con pasión durante la década de los años noventa. El sacrificio del Estado de Bienestar en el altar del libre mercado reconfiguró las condiciones en las que millones de personas resuelven día a día su existencia y sentó las condiciones para una transformación radical –aun en curso– de paisajes urbanos y rurales en todo el continente. En muchos países de América Latina, lo que en términos sociales, económicos y culturales no lograron los gobiernos dictatoriales, lo impulsaron las democracias neoliberales que les sucedieron.

Así, aceptar el desafío de pensar y analizar desde América Latina ya no sólo la *imaginería estatal* sino las prácticas y materialidades que contribuyen a que el Estado se entienda como una realidad concreta y una entidad con propiedades espaciales particulares, nos exige ampliar nuestra la mirada en tres direcciones. Primero, ubicando al Estado en el conjunto 'de todos los otros procesos' mediante los cuales se gobierna la conducta. Segundo, poniendo en evidencia la manera en que los actores sociales desafían e impugnan las pretensiones de abarcamiento y superioridad tanto de los Estados como de las institucionalidades neoliberales que "solapan de forma significativa las funciones estatales tradicionales" (Ferguson y Gupta, p. 48, en este volumen). Tercero, incorporando las múltiples escalas temporales y espaciales que se articulan en dichos procesos.

No nos detendremos aquí en la larga, rica y compleja discusión en torno al Estado en las ciencias sociales. Mencionaremos rápidamente que tanto aquellas contribuciones que impulsan una filosofía social contractualista (Hobbes, 2004 y Rousseau, 2017), la posibilidad de realización individual (Hegel, 1988), la hipótesis de la necesidad del orden y la coacción (Weber, 2014) como aquellas que reconocen el Estado como instrumento de poder y condición de conquistas sociales (Marx, 1843) han estado presentes en las tradiciones políticas latinoamericanas; sea apuntalando el Estado y su legitimidad, sea cuestionándolo y objetándolo.

En términos analíticos, en el trascurso del siglo XX han sido más influyentes las tesis que darían lugar al pensamiento estructuralista (Althusser, 2003; Poulantzas,

1973, Foucault, 2008), o las de enfoque estratégico-relacional (Jessop, 1990). En la segunda mitad del siglo XX, las disputas acerca del Estado en el terreno práctico quedaron encerradas en las querellas de la Guerra Fría y de las experiencias de usurpación del poder por parte de gobiernos autoritarios, surgiría un Estado más bien liberal que refrendaría, al menos como declamación, su compromiso con los derechos humanos y las libertades individuales, siempre que fueran compatibles con el libre mercado convertido por todos los Estados en sinónimo de libertad, realización colectiva y horizonte de futuro. De los análisis que se han hecho sobre todos estos procesos, resaltamos las lecturas críticas del paso de la forma keynesiana de Estado hacia su forma posfordista que, apoyándose en el pensamiento marxista, permitieron revisar la relación entre Estado y capital.

La diversidad, prolificidad y dinamismo del conjunto de líneas de pensamiento sobre la temática, dan cuenta del rol fundamental del Estado en un amplio conjunto de campos teóricos y disciplinarios. En términos generales, todos estos estudios carecen de una verdadera incorporación de la dimensión espacial. Antes de pasar al desarrollo del campo, cabe mencionar tres notables excepciones. Escolar y Moraes (1998) estudiaron la producción del espacio en América Latina en los procesos de (re)ordenamiento territorial, rescatando el agenciamiento de comunidades movilizadas en pugna con el Estado. Por otra parte, Brenner y otros (2003, 6) abordaron los fundamentos teóricos y las dimensiones prácticas relativas a la soberanía, las territorialidades y las escalas en superposición y, retomando a Lefebvre, plantearon lo que consideran dimensiones/dinámicas fundamentales para (re)pensar el Estado y su espacialidad: (*i*) la espacialidad distintiva de los Estados que involucra la evolución dinámica de sus bordes y fronteras, su diferenciación y su dinámica interna. (*ii*) Las formas específicas de territorio, lugar y escala en que las instituciones estatales se movilizan para regular y reorganizar las relaciones económicas y sociales. (*iii*) Los imaginarios en disputa por configurar las demarcaciones estatales respecto del sistema político y la sociedad. Finalmente, un tercer antecedente se inscribe en la tradición disciplinaria de la antropología y da cuenta del Estado como un poderoso lugar de producción cultural y simbólica. Un campo frente al cual numerosos análisis se propusieron abordar la manera en que el Estado cobra forma, materia, entidad y sentido para las "comunidades locales", entre otros, bajo la forma de mercancías, enfermedades, la experiencia histórica(Bruce y Ramos, 2002) o la práctica ritual (Geertz, 2003).Veamos ahora una serie de tópicos que articulan componentes fundamentales que se encuentran en las bases de la arquitectura problemática que proponemos en este volumen y que se retoman más adelante.

Abordaje y perspectiva histórica

Intentando dialogar con una amplia literatura que ha desarrollado un análisis situado en el desarrollo de los Estados, a lo largo del tiempo en este volumen nos proyectamos en la historia contemporánea. En particular retomamos la *coyuntura* definida por Braudel (1970) como duración intermedia. Para el autor, la coyuntura articula procesos heterogéneos que le dan densidad y complejidad a grandes transformaciones históricas en las que se pueden percibir cambios dinámicos y conectarlos mejor con el presente. En el caso que nos ocupa, la consolidación del capitalismo global durante la segunda mitad del siglo XX y la primera del siglo en curso, y que abarca desde las crisis del Estado de bienestar y del desarrollismo hasta el ascenso y consolidación del neoliberalismo y la globalización. Este proceso encierra, tal como lo afirmó Jessop (1990), la crisis del keynesianismo en el sentido que solamente hasta ese momento existió una correspondencia entre la economía nacional, y el Estado nación como escala ordenadora y gestora de la economía.

Giro espacial, nuevos y viejos interrogantes

A partir del interés y las controversias abiertas por el denominado *giro espacial* en las ciencias sociales (Warf y Arias, 2009; Soja, 2014), inspirados por diversos autores (Lefebvre, (2009[1979]); Foucault, 2012; Said, 1990[1978]; Harvey, 1973; Massey, 2005), nos interesamos en un cruce problemático situado en las coordenadas conceptuales del Estado y el espacio, abordados como fenómenos procesuales e históricamente situados, en el marco de una serie de problematizaciones en teoría social que acompañan el desarrollo de un amplio proceso histórico.

Uno de los aportes del *giro espacial*, ha sido volver a poner en el centro la pregunta fundamental por la relación espacio y sociedad, en la que la sociedad, –a diferencia de lo expresado en amplias tradiciones de las ciencias sociales hegemonizadas por las metáforas temporales–, ya no puede ser como un fenómeno independiente del espacio. Muy por el contrario, el espacio un elemento actante en la conformación de las tramas sociales y no un mero escenario inerte. Al asumir la existencia de la vinculación procesual y relacional entre la dimensión espacial y las tramas sociales y políticas, emergen líneas de interrogación en torno a los vínculos mediadores, puntos de articulación y condición relacional entre espacio y sociedad. En las sociedades políticas modernas el Estado adquiere el rol de elemento mediador al alcanzar una amplia esfera de influencia social en las dimensiones práctica y simbólica, material y espacial.

Relación Estado/sociedad, una pregunta con su propia trayectoria

La filosofía social moderna ha explorado en detalle la separación y distinción entre Estado y sociedad (Hegel 1988; Marx, 1843; Durkheim, 1950). Sin embargo,

para la sociología y antropología contemporáneas, la pregunta ha dejado de fundarse en los supuestos de entidades sustantivas e ideales desprendidas de sus contextos para pasar a operar en perspectivas relacionales y procesuales. En esta vertiente crítica tanto de la sociología política como de la filosofía marxista, Abrams (1988[1977]) abrió camino al re problematizar y complejizar los debates en torno al Estado. Su propuesta se situó más allá de las ficciones legitimadoras, los análisis funcionales y el examen de procesos de dominación de clase, aunque no llegó a delimitar un objeto de estudio claro. En esta línea, autores como Akhil Gupta (1985) o Timothy Mitchel (1991) profundizaron en la crítica anti-esencialista de los abordajes tradicionales, poniendo en duda la cuestión de los límites que separan al Estado de la sociedad, impulsando el análisis de las prácticas "desde abajo" que dan cuenta de la porosidad del Estado y la elusividad de sus bordes.

Tanto las metáforas temporales como la carencia de una problematización adecuada a la complejidad del Estado y sus relaciones con el espacio, han sido limitaciones bien atendidas con importantes aportes incluyendo el giro espacial. Sin embargo, este conjunto de problemas no ha contado con una sistematización clara ni una puesta en común de los diferentes aportes que permitan postular la existencia de un campo de estudios. No obstante, antecedentes importantes muestran que la reflexión acerca de vínculos entre Estado y territorio es de larga data. Un ejemplo relevante se encuentra en los diálogos entre la geografía política de Friedrich Ratzel y la sociología durkhemiana presentes en la revista *L'Année Sociologique* a comienzos del siglo pasado de cuyos intercambios citamos un fragmento en el que Durkheim reflexiona sobre la obra de Friedrich Ratzel: "el territorio no es, por tanto, simplemente un lugar para los fenómenos sociales; es un poderoso factor de influencia en ese sentido. Es impensable una sociedad sin que una parte de la tierra le pertenezca. No basta con decir que *la tierra pertenece al Estado: la tierra y el Estado están inseparablemente unidas; la una es condición esencial de la otra*" (Durkheim, 1896, 534, destacado nuestro). De la lectura de este temprano y desconocido pasaje, se deduce la idea fundamental del territorio no como un lugar pasivo sino como elemento activo, relacional y reconocido como condición esencial para el Estado en su vínculo con el territorio. Este ejemplo debe llamarnos a notar que, aun valorando los aportes contemporáneos del giro espacial, no deberíamos entenderlos como iniciadores o descubridores del campo problemático, sino más bien como un reinicio de interrogantes previamente ensayados, aunque poco visibilizados.

Representaciones e imaginación geográfica

La dimensión de las ideas, narrativas y estéticas, así como las representaciones colectivas nacionales son un componente fundamental de los imaginarios estatales,

que metabolizan historias conflictivas que decantan a su vez formas de identificación, prácticas y formas específicas de apropiaciones del espacio. Estos procesos han sido a su vez históricamente construidos a través de prácticas y dispositivos. Anderson (1983) destacaría el rol de elementos como el censo, el mapa y el museo en el proceso de elaboración de representaciones de nacionalidad en los emergentes estados-nación.

Autores latinoamericanos como Díaz Ángel, del Castillo, y Duque (2014), Lois (2014) y Escolar (1996) ha relevado el rol específico de los dispositivos cartográficos en la configuración histórica de las representaciones nacionales del territorio, en estas dinámicas, describir e interpretar el mundo no eran acciones desconectadas. A través de prácticas pictográficas, cartográficas y científicas en subyacentes sustratos de poder, la cartografía moldeó las representaciones del territorio facilitando nociones de los bordes y fronteras como contenedores de contenidos culturales, religiosos y económicos. La "imaginación geográfica" (Harvey, 1973; Gregory, 1983) está construida sobre historias en tensión, entrecruces de coerción y consenso, tejidos de representaciones y narrativas y mitologías nacionales que conforman los bordes lábiles de sujetos de ciudadanía.

Economía política del Estado

En perspectiva cercana a la economía política, Henri Lefebvre (2009[1979]) puso al Estado en el centro de su análisis crítico del productivismo. Elaboró el concepto de "Modo de Producción Estatal" con el que muestra que el desarrollo de las fuerzas productivas requirió siempre de estructuras estatales sin las cuales no podría haber operado. De acuerdo con Lefebvre, esta situación ha sido indistinta de la orientación ideológica de dichos Estados y sus elites dirigentes, sean estas capitalistas, socialdemócratas o socialistas. En consonancia, dos décadas después Harvey (2007) mostraría que el proceso de auge y consolidación del neoliberalismo lejos de la desaparición del Estado como propugnaban los discursos economicistas ultraliberales, requirió e incluso desarrolló un Estado adecuado al desarrollo capitalista, más no su ausencia.

En efecto, la historia económica ha mostrado que el capitalismo se desarrolló y consolidó a través de la historia, allí donde un importante poder estatal garantizó regulaciones que posibilitaron su desarrollo (Polanyi, 2012). Así, frente a una serie de preguntas en torno al vínculo y/o separación entre el Estado y la sociedad, surge el interés por examinar los vínculos entre el Estado y el capitalismo, entre política y economía, como pregunta fundamental y un elemento relevante como horizonte teórico frente a la complejidad sociológica del Estado y sus vínculos heterogéneos con la dimensión socio espacial.

Ciudadanía(s)/identidades

La cuestión de la ciudadanía es un elemento central en los debates sobre el Estado. Ya el joven Marx en *"La cuestión judía"* (1843) había planteado que el Estado, al instituir el estatuto de ciudadanía alienaba a la persona entre una condición formal y ficcional, la ciudadanía formal de su condición de trabajador real, produciéndose una contradicción de origen entre derechos formales y reales irresoluta en la matriz liberal. Para Durkheim, el mismo proceso de 'individualismo' no es antagónico al de Estado, siendo este último el que, en su opinión, hace posible al primero (Durkheim, 1950,99). Si son los Estados los que habilitan determinadas formas de ciudadanía como configuraciones históricas, si son las formas específicas e históricas en las que los Estados producen y habilitan determinadas formas de ciudadanía, ¿cuál es el rol del espacio frente a los procesos de construcción de diferentes tipos de ciudadanía? Entre otros, nos referimos a aquellas imaginadas a través de moldes homogenizadores, a las que proclaman la igualdad formal en claro contraste con la heterogénea diversidad social y cultural; las que se debaten en fronteras marcadas por trayectorias de conflictos y silencios largamente invisibilizados; las que se cruzan –sin decirlo– con cuestiones como las diferencias de género, clase, étnicas, religiosas y otras formas de articulación identitaria.

Los Estados, en su ejercicio y despliegue de la dominación legal (Weber, 2004[1919]), instauraron formas delimitadas y habilitadas de ciudadanía formal. Nuevamente, ¿a través de qué dispositivos o formas espaciales o espacializadas? ¿A través de qué territorialidades de inclusión o de exclusión? En una entrevista con Safaa Fathy, Derrida (2002) planteó que desde el momento que "haya una inscripción hay necesariamente una selección y por tanto una borradura, una censura, una exclusión". Si reconocemos que a través de su discurso y sus prácticas reguladas y homogéneas el Estado hace tal inscripción, ¿cómo se inscriben estas inscripciones en el espacio? ¿Cómo lo hacen las borraduras, las censuras y las exclusiones? Entre otras, tal vez la cuestión a resaltar sea el que estos procesos de construcción de idearios, imaginarios y representaciones responden a procesos históricos y políticos en los que la homogenización cultural fue uno de los objetivos nacionales (Anderson, 1991; Gellner, 1983). En este contexto de crisis global, de emergencia y reemergencia étnica y de crisis de los dispositivos institucionales de representación, la fórmula de equivalencia entre Estado, territorio e identidad ha sido una ficción política que se ha visto contestada crecientemente en el transcurso de la coyuntura neoliberal. Retomando al Marx de "La cuestión judía" y actualizándola a las tensiones por el reconocimiento, la formalización de ciudadanía moderna tradicional en los Estados/Nación ha pretendido alinear al ciudadano

de sus elementos de identificación cultural, exteriorizando los componentes de otredad de la ciudadanía.

Procesos de identificación y alienación, homogeneidad y diferencia, tensión y conflicto están presentes en las más diversas tramas políticas y territoriales en los Estados Nación como estructuras en crisis recurrentes. En las últimas décadas, se han producido importantes transformaciones en los vínculos entre Estado y ciudadanías, en las que la formalización alienante se ha visto contestada o cuando menos, sus dispositivos han entrado en crisis. Resultan relevantes casos como el sudafricano y la condición poscolonial de su Estado (Comaroff y Comaroff en este volumen),así como las dinámicas latinoamericanas que incluyen discusiones en torno a las políticas del reconocimiento del llamado "nuevo constitucionalismo latinoamericano" (Gargarella, 2018) los procesos de reformulación de las bases constituyentes en la primera década de este siglo (Perreault y Valdivia en este volumen), las demandas de nuevas formas de ciudadanía y una transformación en los dispositivos de reconocimiento y poder (García Linera, 2015).

Estas discusiones han reflotado en el reciente proceso de reforma constitucional en Chile. Frente a la reactivación de demandas de larga data en torno al reconocimiento estatal por parte de diversos pueblos históricamente marginados, la respuesta mayoritaria fue de alarma por la supuesta amenaza al Estado implicada en dicho reconocimiento y luego su clausura y obturación. Casos similares han venido surgiendo en diferentes países de América Latina y a nivel global de la mano de Naciones supuestamente amenazadas en sus valores fundamentales por las demandas de cambio de sectores históricamente excluidos. Desde esta óptica alternativa, las disputas y luchas por el reconocimiento (Honneth, 1997) en el contexto coyuntural pueden ser entendidas como contestaciones contemporáneas frente a la alienación histórica de identidades silenciadas.

Dinámicas sociopolíticas

En relación al agenciamiento y las dinámicas agonísticas en la acción colectiva, en las que diversos actores no institucionalizados interactúan de forma conflictiva con el Estado, Lefebvre (1966) propone aperturas en torno al concepto de "autogestión", en el contexto de las discusiones antiestalinistas desarrolladas en "Socialismo o Barbarie". Esta línea, continuada por Castoriadis y sus seguidores, presenta un campo fecundo para repensar los vínculos conflictivos y fluidos entre Estado y comunidades, otorgando a la acción social un rol de relevancia en los análisis sociopolíticos contemporáneos.

Estos posicionamientos políticos e intelectuales que remiten a un *antipoder* desde las dinámicas de movilización que contestan las políticas del Estado y que

tuvieron una actualización relevante con el surgimiento de la "Nueva izquierda" durante los años 60, conectan a su vez las antiguas trayectorias anarquistas (Kropotkin, 1879; Reclus, 2013[1905]), con las autonomistas (Castoriadis, 1983; Holloway, 2002). Inclusive, el Marx de la "Crítica al programa de Gota" (2014a[1875]) muestra un marcado escepticismo respecto del Estado, apostando por sus exterioridades a la hora de imaginar la construcción radical. Estas trayectorias intelectuales y políticas permiten a su vez comprender nuevas síntesis analíticas sobre procesos que recogen elementos de estas dinámicas de contestación. Ejemplos de aquello son los trabajos de Perreault y Valdivia, Lopes de Sousa y Springer en este volumen, que exploran dinámicas de contestación y *anti-poder* mostrando otras formas de interacción y resistencia entre comunidades y el Estado. Finalmente, en esta mirada, es también preciso destacar el rol performativo de la violencia, así como elemento relacional y como modo de acción desde los Estados. El monopolio del uso de la violencia como característica fundamental dela dominación estatal (Weber, 2014), conduce de forma inevitable a dinámicas de opresión (Reclus, 2013[1905]).

Arquitectura analítica y conceptual

Retomando la idea de una arquitectura conceptual, fundamental y estructurante (Silva, 1971), en la primera parte se destaca la influencia de Henri Lefebvre tanto en relación con el giro espacial como al campo problemático de los vínculos entre espacio y Estado. Ya en "La Producción del Espacio" (1974), el autora firmó que los Estados debían de comprenderse siempre como un *marco espacial* (Lefebvre, 1991:281) y en esa línea desarrollaría su propia aproximación teórica a la cuestión del Estado en profundidad en su obra de tres volúmenes "De L'État" (1976-1978). En esta parte también se retoman preguntas fundamentales de la tradición filosófica y sociológica con relación al Estado y su vínculo con la sociedad, ¿es el Estado externo a la sociedad? Y si es así, ¿en qué término? ¿Cuáles son las jerarquías en los vínculos y topografías entre Estado y sociedad? O es el Estado ¿la manifestación política de la sociedad?, ¿Una entidad cerrada, con límites y bordes definidos? Estos interrogantes remiten a discusiones heterogéneas y han dado lugar a diversas miradas teóricas e ideológicas.

Esta compilación abre con el influyente trabajo de Akhil Gupta y James Ferguson quienes se preguntan por las formas en las que el Estado llega a ser comprendido como una entidad espacial y como las prácticas de gubernamentalidad en el contexto del neoliberalismo transformando los modos espaciales en los que el Estado ha operado tradicionalmente. Dichos procesos socavan y/o refuerzan las legitimidades

involucradas en el marco de escalas dislocadas y espacios desagregados, desde una perspectiva situada en un contexto marcadamente poscolonial. En estos fenómenos complejos y emergentes, los principios de *verticalidad* y *abarcamiento*, representan una significativa contribución conceptual de los autores a la comprensión de los procesos en los que el Estado dinamiza su interacción en el territorio en la medida en que permiten la inmersión en sus prácticas cotidianas.

En el capítulo 2, Neil Brenner y Stuart Elden, recuperan desde la geografía crítica parte del legado de Lefebvre en el estudio de la dimensión espacial del poder estatal, explorando en particular la que a juicio de los autores ha sido la dimensión menos visibilizada de su obra, la territorial. En su análisis y relectura, ambos ensayan posibles vías de escape a la llamada "trampa territorial" (Agnew, 1994). Entre ellas se destacan elementos como el lugar, la escala o la gobernanza, a través de las cuales puede descubrirse que el territorio no es ni la única ni la más relevante de las dimensiones espaciales en las que se constituye el poder de los Estados. Brenner y Elden señalan que, para Lefebvre, *el espacio estatal*, vinculado a su concepto de *espacio abstracto* significó una transformación cualitativa en las dinámicas socioespaciales y políticas de la modernidad capitalista. Brenner y Elden actualizan el legado lefebvriano a problemáticas contemporáneas. Por ejemplo, así como Lefebvre estudió en su momento el fenómeno de la mundialización, en el contexto coyuntural emergen con total especificidad la cuestión de las superposiciones y solapamientos entre flujos de autoridad en un espacio global en el que las escalas y la soberanía se han hecho inestables, desarticulando la concepción tradicional de territorialidad y el nacionalismo metodológico.

En el capítulo 3, Li Zhang presenta una serie de interrogantes socioespaciales, culturales y materiales en contextos de constantes dinámicas de destrucción y creación del espacio urbano en el contexto de los planes de restructuración urbanos en China. La autora examina la manera en que los procesos de transformación expresan en el paisaje las grandes inflexiones de una sociedad que avanza vertiginosamente hacia políticas de consumo masivo. A su vez, Zhang analiza las formas en que estas transformaciones alteran radicalmente los modos de vida. Los procesos de desarrollo urbano especulativo y desregulado son correlativos a la destrucción de amplias capas urbanas y a los procesos de desplazamiento de sus poblaciones en pro de intereses inmobiliarios. El trabajo de Zhang muestra cómo en el contexto que se sitúa en la ambigüedad de ser una sociedad post socialista y en pleno proceso de liberalización mercantil, se articulan elementos dispares cómo las políticas públicas en economía, el desarrollo urbano y las prácticas de contestación en territorios afectados por la transformación espacial.

Retomando la dimensión histórica, y el abordaje coyuntural, ya sea en términos de la *mundialización* abordada por Lefebvre o la globalización contemporánea, en esta parte quisimos interrogarnos por los procesos de producción del espacio y las políticas territoriales más allá de la inteligibilidad occidentalista. Hemos querido abrir espacios exploratorios, interrogando procesos de producción de espacio, revolución cultural, mecanismos y prácticas burocráticas en China, aquel gigante cuya relevancia en el devenir global contemporáneo pone en evidencia nuestro desconocimiento de sus trayectorias.

Avatares de la imaginación geográfica

En la segunda parte de este libro abordamos una dimensión fundamental en los procesos de territorialización de los Estados; aquella que tiene que ver con la "imaginación geográfica", un concepto que aparece como tal en 1947 en una obra de John K. Wright (1947) y que alude a la formulación de "terra incognitae" que se extendería a aquello geográficamente desconocido. El concepto tuvo un nuevo impulso en el contexto de la década de los años 60 cuando ciertas inclinaciones humanistas de la geografía surgieron en reacción a la geografía "más científica" de las décadas anteriores.

De maneras similares, Hugh Prince (1962) y David Harvey (1973) reconocieron la imaginación geográfica como una forma de representación que alude, simultáneamente, a lo factual y lo ficcional, lo subjetivo y lo objetivo, lo real y lo representacional. Croosgrove y Della Dora (2005, 388) por su parte, la reconocen "como el complejo de conocimientos y comprensiones geográficos cultural e históricamente situados que caracteriza a un grupo social determinado". Una tercera definición emparenta la imaginación geográfica con el colonialismo y las prácticas coloniales. En su obra *Geographical Imaginations*, Dereck Gregory (1994) concedió especial atención al rol de la imaginación geográfica en diversos ámbitos de la representación colonial. En esta misma línea, Said (1990[1978]) habló de "geografía imaginativa" como proyección imperial, articulando la imaginación a la materialidad, las relaciones de poder y la planificación. Muy al contrario de los autores y las líneas referidas, Hulme (1986) destacó la imaginación geográfica como un recurso popular o subalterno.

De la mano de Raymond Craib, iniciamos la segunda parte del libro con su texto "Una metafísica nacionalista…", en donde se destaca la cualidad performativa de la cartografía de producir (más que registrar) ciertas realidades, en su vínculo con las relaciones de poder intrínsecas al Estado Nación y sus dinámicas. Situándose en ese contexto histórico, el autor se pregunta: ¿Cómo un territorio tan grande y

complejo puede coexistir junto con sus habitantes bajo una misma unidad material inteligible? ¿Cómo un territorio político nuevo puede percibirse interna y externamente como legítimo? Y, ¿cuál sería la mejor manera de demostrar que una nación, un Estado, un gobierno eran algo más que una mera conjetura? Preguntas metafísicas que de alguna manera requerían de una respuesta similar. Para el autor, las respuestas a esos interrogantes formaron parte de una serie de metafísicas nacionalistas de creación simbólica del Estado-nación mexicano, marcadas por las rutinas de hacer mapas y nombrar.

En el tercer capítulo de esta parte, Simon Springer analiza las maneras en que determinadas geografías imaginarias borran la interrelación de los lugares en donde se ejerce la violencia y en que la noción de violencia como algo "irracional" identifica a algunas culturas como un "Otro". Estas hipótesis habían sido ya desarrolladas por autores como Said (1990[1978]) quien definía el orientalismo como una forma de paranoia que se alimenta de cartografías del miedo al producir "nuestro" mundo de forma negativa a través de la construcción de un "Otro" perverso (Springer, 182, en este volumen). Springer propone una nueva lectura para mostrar cómo el neoliberalismo saca provecho de aquellas geografías de la alteridad para convertir el capital y el mercado en los únicos garantes de la estabilidad, el progreso, la paz y la razón; al convertirlo en verdadero proyecto civilizatorio, el mercado es posicionado como salvador de los pueblos "irracionales" y "violentos".

Los discursos que de maneras arbitrarias y performativas unen violencia y lugar son parte de una verdadera teología del neoliberalismo que definen conjuntos de supuestas cualidades del lugar como fijas e inmutables. Si bien la violencia se instala en los lugares en tanto percibimos su manifestación como experiencia localizada y materializada, esta idea es cuestionada al reconsiderar el lugar como un ensamble de relaciones. La re teorización del espacio propuesta por Springer reconoce el espacio como co-constituido, mediado e integrado a experiencias espaciales amplias y dinámicas. Repensar el lugar de forma tan radical transforma la manera de comprender la violencia, ya que esta no se limita a su expresión material como evento aislado y localizado, sino que se entiende mejor como un proceso complejo, derivado de los más amplios fenómenos geográficos y patrones temporales del mundo social. De esta manera, Springer devela los vínculos estrechos entre orientalismo y neoliberalismo y la manera en que las geografías violentas son a menudo (re)producidas y prolongadas.

Cerramos la parte 2, con el capítulo de Medina Lasansky. Esta contribución aborda un aspecto central de la imaginación de los Estados: la producción del pasado a partir del trabajo de producción de materialidades e infraestructuras

en el presente. En un trabajo con un importante énfasis en la representación y el registro, Lasansky aborda, a partir de las formas espaciales y territoriales de gobierno de Mussolini en la Italia fascista, una serie de procedimientos que muestra el poder en acción desde aquel octubre de 1922 en que los Camisas Negras descendieron sobre la ciudad y en una toma ceremonial de poder, proclamaron públicamente del nacimiento de un nuevo gobierno y orden político. La importancia de este artículo en la arquitectura conceptual de este libro reside en el interesante análisis entre la política contemporánea y el espacio urbano por una parte y por otra, entre las estrategias retóricas para enfatizar la fuerza, disciplina, orden y autoridad masculina del nuevo régimen y los proyectos vinculados a los sueños utópicos de los futuristas, las obras infraestructura, la expansión imperialista y los programas de renovación urbana. Uno de los elementos fundamentales es el de la dimensión relacional entre Estado y ciudadanía, que pone en evidencia el apoyo que rápidamente ganó el régimen entre las clases trabajadoras, la clase media, los terratenientes y los empresarios mediante una retórica política que prometía reformas sociales, poder político para el pueblo y una forma de nacionalismo más agresiva.

Estados, territorios e identidades

Distintos procesos complejos que entrelazan tensiones, continuidades y también rupturas tejieron las dinámicas que han configurado espacialmente al Estado, en tanto fenómeno histórico, en distintas latitudes. En estas trayectorias, elementos como el territorio, las narrativas nacionales, las asimetrías de poder y las identidades emergentes han estado en la base de articulaciones que constituyen su marco histórico y su condición de posibilidad.

Durante las últimas décadas, a las coordenadas ampliamente desarrolladas por las ciencias sociales como las de ciudadanía, etnia y clase social, se le han sumado nuevos interrogantes que han contribuido a profundizar una revisión crítica. Cuestiones tales como memoria, nación, naturaleza y género han ido configurando así un campo problemático, marcado por una condición crecientemente inestable en el contexto de la globalización capitalista y el ascenso de incertidumbres".

Capitalismo, nación y Estado articulan concepciones de identidades fluctuantes, "comunidades imaginadas" (Anderson, 1983)que se construyen en base a símbolos, afectos y conflictos, producidas a su vez por prácticas y dispositivos políticos, pedagógicos y de gobierno. El Estado moderno ha sido parte fundamental de la expansión y consolidación permanente del capitalismo. La funcionalidad del Estado al desarrollo capitalista debe contribuir como lo sugieren Corrigan y Sayer (1985),

a relevar la dimensión cultural de su accionar en el contexto de interacciones múltiples entre territorios y comunidades abigarradas. La idea del desarrollo del Estado como una *revolución cultural* puede ser pensada entonces no solo en una perspectiva histórica tradicional como la propuesta por los mismos autores, sino como un lente para comprender las tensiones, derivas e incertidumbres del Estado en las últimas décadas.

En esta sección reunimos una serie de trabajos que,en su conjunto, presentan coordenadas de un mundo en creciente complejización como consecuencia de la globalización neoliberal, en la que el Estado y sus configuraciones de ciudadanía, se ven tensionadas. Entre otros, esos ejes de tensión son las demandas que emergen en el marco de las *luchas por el reconocimiento* (Honneth, 1997). La multiculturalidad y las asimetrías de poder derivan en múltiples dinámicas de conflictos, sean agonísticos, consensuales (Renault, 2007) o de movimientos, como el feminista (Yuval Davis y Anthias, 1989). En esta parte también se aborda el vínculo entre recursos naturales y nacionalismos (Stanislaw, 2009). En esta línea, Coronil (1997) mostró cómo la *naturaleza como recurso* con relación al petróleo y el desarrollo de la industria petrolera en Venezuela, fueron motores de la emergencia tardía del Estado nación en tanto aparato político burocrático y territorial, con lo que la materialidad de su poder estatal no puede disociarse de la mitología de los hidrocarburos, constituyendo un elemento fundamental de su comunidad imaginada.

En el capítulo 7, Jean y John Comaroff proponen un atento registro e interpretación antropológica de los discursos presentes en la esfera pública respecto de una catástrofe ambiental en Ciudad del Cabo. Los autores exploran los diversos hilos y los *flujos del discurso* para mostrar cómo las explicaciones naturalistas, al resaltar la condición de invasoras de determinadas plantas en el marco de dicha crisis, contribuyeron a posicionar en la centralidad del debate la cuestión de la extranjeridad. La categoría de "aliens" encarnó así las principales contradicciones sociales y raciales del conflictivo cambio de siglo en el contexto de un estado poscolonial. La espacialización de los Estados poscoloniales se produce, siguiendo a los Comaroff en un campo en el que emergen al menos tres características la reconfiguración del sujeto-ciudadano, la crisis de las fronteras soberanas y la despolitización de la política.

En el capítulo 8, Perreault y Valdivia realizan un análisis comparativo de los procesos de movilización social a comienzos de este siglo en el marco de las protestas contra la privatización del petróleo en Ecuador y del gas en Bolivia. Los autores muestran cómo economías extractivas, ideologías nacionalistas, recursos naturales, movimientos populares y diversas formas de gobernanza se articulan conflictivamente en tramas que anudan dichos elementos en imaginarios nacionales de la naturaleza

y de la tradición política nacional. Así, pueden identificarse profundos conflictos en torno a los significados culturales del desarrollo, la ciudadanía y la nación misma en ambos países, desde un análisis de geografía crítica, atenta a los procesos de economía política, al territorio y las memorias colectivas.

En el capítulo 9, Birgit Sauer y Stephanie Whol proponen una lectura feminista de los procesos de internacionalización del Estado en el contexto de la globalización. A partir de una concepción materialista (Poulantzas, 1973), las autoras se sitúan en una perspectiva feminista que interpela las políticas de adaptación estatal en el marco de la creciente influencia de organismos multilaterales y de las fuerzas del mercado, centrando su propuesta de acción en torno a la gobernanza con políticas basadas en relaciones sociales de género. Si bien se reconocen cambios en las relaciones efectivas sociales propias de las luchas feministas, constatan simultáneamente que la hegemonía internacional masculina del Estado no se ha visto afectada por las nuevas gobernanzas. Así, este trabajo contribuye una perspectiva crítica de las refiguraciones internacionales que interpelan a los Estados desde una lógica feminista.

Más allá de las fronteras

En la cuarta y última parte de este libro "Más allá de las fronteras. Las soberanías en cuestión", presentamos tres líneas de análisis en torno a las maneras en que el neoliberalismo de inicios del siglo XXI interpela, cuestiona, manipula y discute la soberanía, reconocida tradicionalmente como uno de los pilares fundamentales del Estado nación. Estas tres líneas no son solamente temáticas, ya que recurren a diferentes procedimientos y aproximaciones escalares acerca de la soberanía. Concluimos el libro con esta parte que se centra en las soberanías, pues es en las tensiones generadas por un desmoronamiento de la idea clásica de soberanía que se ubican gran parte de las tensiones socio-espaciales en todo el mundo.

En el primer capítulo de esta parte, "Regímenes de soberanía: territorialidad y autoridad de Estado en las políticas del mundo contemporáneo", John Agnew propone el concepto de soberanía efectiva para alegar que los Estados participan en regímenes de soberanía que presentan combinaciones propias entre autoridad estatal central y territorialidad política. Dos conclusiones básicas, extraídas de investigaciones recientes en geografía política y otras áreas, afirman que la soberanía no es intrínsecamente territorial ni está exclusivamente organizada en un criterio de Estado a Estado, lo cual resulta importante ya que se ha invertido mucha energía política en la organización de la política en general y de la democracia en particular en relación con los Estados.

El enfoque dominante sigue privilegiando al Estado como fuente única de autoridad, aun con matices, incluso para cuestionar este mismo poder. Frente a esta evidencia, Agnew presenta un modelo de soberanía alternativo, proponiendo cuatro "regímenes de soberanía" que resultan de combinaciones distintivas de la autoridad estatal central y del grado de territorialidad política. Agnew posteriormente examina la trayectoria general de la combinación de regímenes de soberanía desde principios del siglo XIX hasta inicios del siglo XXI. El autor concluye sugiriendo que el modelo westfaliano dominante de soberanía estatal en la geografía política y la teoría, deficiente como ha sido, hoy es aun más inadecuado, no solo por ignorar la jerarquía de los Estados y de otras fuentes de autoridad que no sea el Estado, sino también debido a su énfasis erróneo en la expresión geográfica de autoridad (particularmente bajo el signo ambiguo de "soberanía") como invariable e inevitablemente territorial.

En el segundo capítulo de esta parte "¿Soberanía excepcional?...", Simon Reid-Henry propone un interesante periplo en torno a las manipulaciones de la idea de soberanía como estrategia de apertura de espacios de excepción en el contexto de la lucha contra el terrorismo, inaugurada en 2001.Enesecontexto, la Bahía de Guantánamo fue presentada por el gobierno de Estados Unidos a través de la óptica de la "soberanía excepcional", un argumento que sostiene que el derecho internacional no se aplica allí porque, aunque Estados Unidos tiene "autoridad absoluta" sobre la base, la "soberanía definitiva" es de Cuba, poniendo en un lugar de ausencia del derecho lo que allí sucede. A su vez, las críticas a los abusos de poder que se llevan a cabo allí hablan literalmente de un "no lugar". Frente a tal evidencia, el autor sugiere reponer Guantánamo dentro de la ley anteponiendo una historia crítica del despliegue de un tipo particular de poder. Una perspectiva que hace de Guantánamo un caso emblemático de la situación imperial actual.

Concluimos esta parte con el capítulo de Nir Gazit que abre nuevas direcciones de investigación empírica y teorización sobre las modalidades actuales de soberanía al poner el énfasis en los contextos locales y las interacciones personales como condicionantes de la soberanía y del poder estatal. El autor investiga el poder estatal más allá de los límites de sus fronteras oficiales, y examina cómo Estados 'intrusos' producen, administran y mantienen una autoridad efectiva sobre los territorios y poblaciones ocupados. El análisis de la ocupación israelí en Cisjordania permite a Gazit demostrar que estos casos de autoridad política se basan en una *soberanía fragmentada* ya que, en lugar de contar con una modalidad de control abarcadora, estructural y centralizada, constituyen núcleos de poder múltiples, localizados y relativamente autónomos.

*

Las diferentes contribuciones que ofrecemos en este libro ponen en evidencia la importancia de la dimensión espacial, territorial y geográfica para entender el Estado Nación no como un ente dado, autónomo, independiente, coherente, igual e intercambiable a un conjunto de otros Estados idénticos, sino más bien como un conjunto de relaciones multiescalares que se reproduce una y otra vez en un proceso inacabado y permanente e incluso contradictorio y lleno de tensiones. La espacialización de los Estados es, como hemos visto, un conjunto de procesos que aluden a las múltiples formas de materialización en territorialidades reales o imaginadas, entre los que se encuentran las reconfiguraciones del pasado y del futuro en el presente y a gramáticas de la alteridad y de la identidad atravesadas por relaciones de poder.

La violencia performativa en los vínculos del Estado con los mercados y el capital, la lucha permanente por los recursos humanos y naturales y el ocaso de la ilusión del Estado monolítico en relaciones exclusivas de arriba hacia abajo son algunos aspectos que merecen destacarse en la coyuntura actual. En efecto, tal como creíamos conocerlos, los Estados representan una parte de esa realidad que nos resultaba familiar y que hoy cruje para dar lugar a un horizonte extraño de amenazantes incertidumbres. El sufrimiento de millones de personas y la catástrofe social generados por la disolución del Estado de Bienestar impulsada por el liberalismo económico no han suscitado su límite o reconducción. Por el contrario, el proceso parece haber tomado velocidad, intensidad y violencia para incorporarlo todo en las fuerzas centrífugas del capitalismo y girar y girar hasta extinguirlo todo. No obstante, como este mismo libro lo muestra, los Estados, más que bloques monolíticos de ejercicio unidireccional de racionalidad gubernamental, son campos de poder de múltiples fuerzas en juego y entonces, susceptibles de ser disputados, recreados y modificados transversalmente, en diagonal, de abajo hacia arriba.

Mientras tanto, la otra cara de la espacialización de los Estados son las comunidades que "crean" Estado al interpelarlo en busca de justicia, equidad o derechos; son las comunidades en las escalas locales cartografiando líneas de fuga para imaginar otras formas de Estado y de Nación; son las poblaciones subalternas interpelando con nuevos lenguajes, estéticas y formas de ensamblaje, las estructuras tradicionales y jerárquicas del poder que la estructura del Estado Nación habilita. Y son los pueblos indígenas cuestionando los colonialismos imperiales y los nacionales, y exigiendo igualdad con otros connacionales o trato igualitario con los Estados y no su fin. La espacialización de los Estados es el Leviatán en el barro y el pantano y son los monumentos en ruinas reclamando otro orden, pero son también las manipulaciones interesadas de las fronteras y los límites, aquella que muestran la dimensión humana, no divina, incluso violenta del Estado con sus contradicciones y miserias.

Reconocer la espacialización de los Estados como un proceso abierto llama a abrir otros terrenos de disputa a múltiples escalas, en diferentes temporalidades, en el terreno de lo tangible y en el de la representación, reconociendo las palabras y las normas con que está escrita esa gramática del poder. Esperamos que este volumen contribuya a la urgente reflexión frente a un horizonte cargado de incertidumbres, pero que porta, también, de la potencia de lo posible.

Referencias

- Abrams, P. (1988[1977]). "Notes on the Difficulty of Studying the State", *Journal of Historical Sociology*, 1(1): 58-89.
- Agnew, J. (1994). "The Territorial Trap: The Geographical Assumptions of International Relations Theory". *Review of International Political Economy 1*(1): 53-80.
- Allies, P. (1980). *L'invention du territoire*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- Althusser, L. (2003). *Ideología y aparatos ideológicos de estado / Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities*. Londres: Verso.
- Appadurai, A. (1996). *Modernity at large*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Bruce, A. y Ramos, A. R. (2002). *Pacificando o branco: cosmologias do contato no norte-amazônico*. Sâo Paulo: Imprenta Oficial del Estado de Sao Paulo, 2002.
- Braudel, F. (1970). *La Historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Brenner, N. y Elden, S. (eds.) (2009). *State, Space, World. Selected essays. Henri Lefebvre*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Brenner, N.; Jessop, B.; Jones, M. y Macleod, G. (Eds.) (2003). *State/Space. A Reader*. Malden: Blackwell Publishing.
- Castoriadis, C. (1983). *La Institución imaginaria de la sociedad.* Barcelona: Tusquets.
- Coronil, F. (1997). *The Magical State. Nature, money and modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- Corrigan, P. y Sayer, D. (1985). *The Great Arch: English State Formation as cultural revolution.* Oxford: Basil Blackwell.
- Derrida, J. (2002). En entrevista para el documental "Da ´llieurs, Derrida" de Safaa Fathy. Le Sept Art. Gloria Films Production 2002.
- Díaz Ángel, S.; del Castillo, L. y Duque, L. (2014). "Los mapas de la Gran Colombia", En Cuesta Domingo, Mariano (dir.) *Cartografía Hispánica: 1800-1975. Una cartografía inestable en un mundo convulso.* Pp. 97-118. Madrid: Ministerio de Defensa.

- Durkheim, E. (1896). Revued´Der Staat und sein Boden geographisch Betrachtet, par Friedrich Ratzel [1886]. *L´Année Sociologique*, 1: 533-539.
--- (1950). *Leçons de sociologie: physique de moeurs et du droit*. Paris: PUF.
--- (1958). "L'État", *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 148(4): 433-437.
- Escolar, M. y A. Moraes (eds.) (1998). *Nuevos Roles del Estado en el reordenamiento del territorio: Aportes teóricos*. Buenos Aires: UBA.
- Escolar, M. (1996). *Critica do Discurso Geografico*. Sao Paulo: Hucitec.
- Foucault, M. (2012). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
--- (2008). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires. Akal.
- García Linera, A. (2015). *Democracia, Estado y Nación*. Caracas: Tinchera.
- Gargarella, R. (2018). "Sobre el Nuevo 'Constitucionalismo Latinoamericano'". *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 27(1): 109-129.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism.* Oxford: Blackwell Publishers.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Madrid: Gedisa.
- Gupta, A. (1985). "Blurred Boundaries: The discourse of corruption, the culture of politics and the imagined state", *American Ethnologist*, 22(2): 375-402.
- Gregory, D.(1994). *Geographical Imaginations*. Cambridge: Blackwell.
- Harvey, D. (1973). *Social Justice and the City*. Oxford: Blackwell.
--- (2007). *Breve historia del neoliberalismo.* Buenos Aires: Akal.
- Hegel, G.W.F. (1988). *Principios de la filosofía del derecho o derecho natural y ciencia política*. Barcelona: Edhasa.
- Hobbes, T. (2004[1651]). *Leviatán*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Madrid: El Viejo Topo.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de conflictos sociales.* Barcelona: Crítica.
- Kropotkin, P. (1879). *Idée anarchiste au point de vue de sa réalisation pratique*. Ginebra: La Révolté.
- Jessop, B. (1990). *State Theory: Putting Capitalist States in their Place*. Cambridge: Polity.
- Lefebvre, H.(1966). "Problèmes théoriques de l´autogestion", *Autogestion*, 1: 59-70.
--- (1976). *De L´État. Vol. 1*. Paris: Union Générale d´Éditions.
--- (1991). *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
--- (2009). Coments on a New State Form [1979]. En: Brenner, N. y Elden, S. (Eds.) *State, Space, World. Selected Essays. Henri Lefebvre*, pp: 124-137. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Lois, C. (2014), *Mapas para la Nación. Episodios en la historia de la cartografía argentina*, Buenos Aires: Biblios Ed.

- Marx, K. (2014b[1843]). "Sobre la cuestión judía". En: *Marx, Karl. Antología*, pp. 27-57. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
--- 2014a[1875]. "Crítica al Programa de Gotha. Carta de K. Marx a W Bracke". En: *Marx, Karl. Antología*, pp. 337-359. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Massey, D.B. (2005). *For Space*, London: Sage.
- Mitchel, T. (1991). "The Limits of the State: Beyond Statis approach and their critics", *The American Political Science Review*, 85(1): 77-96.
- Polanyi, K. (2012). *La Gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: FCE.
- Poulantzas, N. (1973). *Political Power and Social Classes.* Londres: NLB.
- Reclus, E. (2013)[1905]. *The Modern State*. En: Clark, J. y Martin, C. (eds.) *Anarchy, Geography, Modernity. Selected writings of Elisée Reclus*,185-201. Oakland: PM Press.
- Renault, E. (2007). "A qué sirve la noción de conflicto de reconocimiento", *Revista de Ciencia Política (UC Chile)*, 27(2): 195-205.
- Rousseau, J. J. (2017[1762]). *El Contrato Social*. Ciudad de México: PRD
- Said, E. W. (1990)[1978]. *Orientalismo*, Madrid: Al Quibla.
--- (2000). "Invention, Memory, and Place" *Critical Inquiry*, 26(2): 175-92.
- Silva, L. (1971). *El Estilo literario de Marx*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Soja, E. (2014). *En busca de la justicia espacial*. Valence: Tirant Humanidades.
- Stanislaw, J. A.(2009). *Power Play: Resource Nationalism, the Global Scramble for energy and the Need for Mutual Interdependence*. Houston, Washington, DC: White Paper, Deloitte Center for Energy Solutions.
- Yuval-Davis, N. y Anthias, F. (1989). Woman-Nation-State. Londres: Macmillan.
- Warf, B. y Arias, S. (Eds.) (2009). T*he Spatial Turn. Interdisciplinary Perspectives*. New York: Routledge.
- Weber, M. (2014). *Economía y Sociedad*. Ciudad de México: FCE.
--- (2004). *The Vocation lectures: science as a vocation/politic as a vocation*. Hacket: Indiana.
- Wright, J. K. (1947). "Terrae Incognitae: The place of imagination in geography", *Annals of the Association of American Geographers,* 37(1): 1-15.

PARTE 1

ARQUITECTURA CONCEPTUAL Y ANALÍTICA

James Ferguson
Akhil Gupta
Neil Brenner
Stuart Elden
Li Zhang

Capítulo 1

La espacialización de los Estados: hacia una etnografía de la gubernamentalidad neoliberal*

James Ferguson** y **Akhil Gupta*****

En los últimos años ha habido un nuevo interés antropológico por el Estado moderno. Nuevo interés que surge, en parte, de reconocer el rol central de los Estados en la configuración de las "comunidades locales", que históricamente han constituido el objeto de la investigación antropológica. Pero, en parte también, refleja una nueva intención de tratar las prácticas culturales de los propios Estados desde una mirada etnográfica. La bibliografía actual está atravesada por un tema importante: los Estados ya no son considerados simples aparatos burocráticos funcionales sino poderosos lugares de producción cultural y simbólica que, en todos los casos, se auto representan y entienden culturalmente de formas específicas. Es por ello que podemos hablar de Estados –ya no solo de naciones (Anderson, 1991)– "imaginados", es decir, como entidades construidas que se conceptualizan y se vuelven socialmente efectivas a través de dispositivos imaginarios y simbólicos, y que ameritan ser estudiados (Bayart, 1993; Bernal, 1997; Cohn, 1996; Comaroff, 1998; Coronil, 1997; Corrigan y Sayer, 1985; cf. Fallers, 1971; Geertz, 1980; Joseph y Nugent, 1994; Nugent, 1997; Scott, 1998; Taussig, 1996).

Nuestro artículo contribuye con esta bibliografía en dos sentidos. En primer lugar, argumentamos que los debates sobre la imaginería estatal no se ocupan como

---

* Este capítulo fue publicado en forma de artículo en el año 2002 con el título "Spatializing states: towards an ethnography of neoliberal governmentality", en la revista *American Ethnologist* 29(4): 981-1002.Traducido por Alejandro Caffa y María Sara Loose, Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario. Los editores del libro agradecen a las autoras y a la Revista *Antipode* por su autorización para traducir y publicar este artículo.

** National Humanities Center. Correo electrónico: James Ferguson jgfergus@stanford.edu.

*** Center for Advanced Studies in the Behavioral Sciences. Correo electrónico: Akhil Gupta akgupta@ucla.edu. Los autores agradecen a ambas instituciones y a Rosita Dimova por su asistencia en la investigación.

corresponde de las formas en que se espacializan los Estados[1]. ¿Por qué las personas experimentan el Estado como una entidad con determinadas propiedades y características espaciales? ¿A través de qué imágenes, metáforas y prácticas representacionales se entiende al Estado como una realidad concreta, general y abarcadora en términos espaciales? Mediante conjuntos específicos de prácticas y metáforas, el Estado se autorepresenta como una entidad reificada con propiedades espaciales particulares (las que definiremos como propiedades de "abarcamiento vertical")[2] y, al hacerlo, contribuye a asegurar su legitimidad, naturalizar su autoridad, y se representa como superior a y abarcador de otras instituciones y centros de poder. Para referirnos a la operación de estas metáforas y prácticas, utilizamos el término "espacialización del Estado". En la primera parte del artículo, identificamos algunos métodos clave que utiliza el Estado para lograr esta espacialización e intentamos demostrar, mediante un ejemplo etnográfico, que las prácticas burocráticas rutinarias del Estado son fundamentales para cumplir este objetivo.

En la segunda parte, demostramos la relevancia de este debate en relación a la globalización. Sostenemos que, hoy en día, una economía política cada vez más transnacional presenta nuevos desafíos para las formas conocidas de espacialización del Estado. Luego de desarrollar el concepto de gubernamentalidad transnacional, tratamos la relación entre Estados africanos débiles y una red emergente

[1] Existe una larga y rica tradición de estudios realizados por geógrafos y teóricos sociales sobre la construcción social del espacio bajo condiciones de modernidad y posmodernidad. Sobre la base de una (muchas veces infravalorada) vieja tradición de reflexión espacial dentro del marxismo (esp. el trabajo fundacional de Henri Lefebvre [1991]), geógrafos sociales como David Harvey (1985a, 1985b, 1990) y Doreen Massey (1984, 1994) han demostrado cómo formas cambiantes de producción capitalista han estructurado los espacios urbanos y las experiencias sociales que se despliegan dentro de ellas. Al tiempo que los teóricos de la globalización, como Saskia Sassen, han demostrado cómo las prácticas regulatorias del Estado (desde el control de inmigraciones hasta las regulaciones financieras) se cruzan con los flujos de capital transnacionales para generar zonas económicas nacionales y subnacionales bien diferenciadas dentro de un espacio económico cada vez más global (1991, 1996, 1998). Si bien estas contribuciones ayudan a demostrar la capacidad de acción de los Estados para construir espacios económicos y sociales y moldear la manera en que los lugares son construidos, experimentados y habitados, no abordan una cuestión relacionada pero diferente, que es la que nos concierne: ¿cómo se espacializan los Estados?

También hemos sacado provecho de un conjunto de trabajos recientes en antropología que buscan entender, desde la etnografía, las consecuencias espaciales de las políticas estatales (cf. Bernal, 1997; Darian-Smith, 1999; Grant, 1995; Herzfeld, 1991; Merry, 2001; y Verdery, 1996, entre otros). Esta bibliografía nos ha permitido ir en busca de respuestas para nuestro propio interrogante, apenas diferente, de cómo se espacializan los Estados.

[2] Ann Anagnost presenta un ejemplo excepcional de este fenómeno en su análisis de la China espléndida (1997, 161-175).

de organizaciones internacionales y organizaciones no gubernamentales (ONG) transnacionales, y demostramos cómo estos vínculos echan por tierra las nociones convencionales de espacialidad estatal. Se plantea que hacer foco en las formas cambiantes de espacialización del Estado podría enriquecer la antropología del Estado y esclarecer ciertos aspectos de la política contemporánea de globalización.

Primera parte. El Estado espacializado

Problemas conceptuales

Dos imágenes confluyen en los discursos académicos y populares sobre el Estado: *verticalidad y abarcamiento*. La verticalidad se refiere a la idea central y dominante del Estado como una institución que de alguna manera está "por encima" de la sociedad civil, la comunidad y la familia. Por consiguiente, la planificación estatal es inherentemente "descendente" y las acciones estatales constituyen esfuerzos por manipular y planificar "desde arriba", mientras que "las bases", en contraposición al Estado, están justo "por debajo", más cerca del suelo, son más auténticas y "arraigadas". La segunda imagen es la de *abarcamiento*: el Estado (fusionado, en términos conceptuales, con la nación) se ubica en una serie de círculos, siempre en expansión, que inicia con la familia y la comunidad local y termina con el sistema de Estados-nación[3]. Constituye una visión muy profunda de la consecuencia escalar, en la que las regiones abarcan localidades, el Estado-nación abarca las regiones y la comunidad internacional abarca los Estados-nación[4]. Estas metáforas operan en conjunto para producir una imagen de escala y espacio que se acepta sin demasiados cuestionamientos: el Estado abarca y se sitúa por encima de sus localidades, regiones y comunidades.

Las imágenes de abarcamiento vertical del Estado son obvias, por ejemplo, en algunos debates académicos sobre las relaciones Estado-sociedad, tema central de la polémica reciente sobre el Estado en ciencia y teoría política. La noción de "sociedad

[3] Marilyn Strathern (1995) propuso una crítica diferente a esta posición. Argumenta que el hecho de que la antropología parezca encaminar su conocimiento a partir de las personas no quiere decir que la persona constituya una escala fundamental de la organización social. Maurer (1998) ofrece un ejemplo de cómo los proyectos estatistas y espaciales convergen cuando el abarcamiento se realiza a través de la incorporación.

[4] El hecho de que el abarcamiento espacial sea imaginado en términos de círculos concéntricos no implica que, en la práctica, las regiones, localidades o comunidades encajen a la perfección en los niveles "más altos" que se supone las aglomeran. De hecho, un conjunto de fenómenos que va desde las zonas fronterizas hasta las comunidades transnacionales echa por tierra esta imagen. En la segunda parte desarrollamos las implicaciones de esta observación.

civil" ha sido adoptada tanto por los neoliberales que defienden los ajustes estructurales en África e India, como también, aunque por razones diferentes, por muchos de sus críticos más acérrimos (Ferguson, 2006). Al margen de lo que pueda agregarse respecto de la oposición Estado-sociedad civil, es evidente que suele traer aparejada una imagen específica, y a menudo no reconocida, de abarcamiento vertical, por la cual el Estado se sitúa "por encima" de una entidad que está "en lo bajo", llamada "sociedad"[5]. Durante mucho tiempo el Estado fue concebido en Occidente –producto de una "transcodificación" no reconocida del cuerpo político en el cuerpo humano organísmico (Stallybrass y White, 1986)– como poseedor de las funciones "superiores" de razonamiento, control y regulación, en contraposición a la irracionalidad, las pasiones y los apetitos incontrolables de las regiones inferiores de la sociedad[6]. Por lo tanto, no sorprende que, al comparar la sociedad civil con el Estado, la teoría política occidental la haya imaginado como una especie de mediadora entre lo bajo y lo alto. Una zona intermedia imaginaria de contacto entre los ciudadanos, la familia o la comunidad, por un lado, y el Estado, por el otro[7]. Hegel, por nombrar un ejemplo fundacional, entendía al Estado literalmente como un "espíritu objetivo" (1942, 156) y a la sociedad civil como intermediaria entre la particularidad natural y fundante de la familia y el ideal de universalidad del Estado. Así, el Estado se presenta como "superior" a la sociedad civil (tanto ética como políticamente), y también la abarca[8].

Por supuesto que muy pocos académicos apoyarían hoy la concepción hegeliana de la burocracia estatal como materialización de los más altos ideales colectivos de la sociedad. La crítica feminista, por su parte, ya hace tiempo, puso en evidencia cómo las maniobras para separar la "sociedad" política y pública de la "familia" personal y privada naturalizaron la dominación patriarcal (cf. Ferguson, 1984; Pateman, 1988; Rosaldo, 1980; Yanagisako y Collier, 1987; entre otros). Pero la vieja metáfora topográfica que permitía hacer de la sociedad civil una zona de mediación entre un Estado "en lo alto" y una comunidad "en lo bajo" continúa omnipresente y resiste

[5] Claramente, el concepto de "sociedad civil" proviene de una historia específica y europea. Siguiendo a Chaterjee (1990), enfatizamos la particularidad histórica y cultural del concepto, aun cuando nos preocupa su universalización operativa como parte del paquete estándar de formas ideológicas e institucionales que han sido tan distribuidas como el mismo Estado moderno. Pero no es únicamente la categoría "sociedad civil" la que requiere ser considerada desde su particularidad cultural, sino también una topografía imaginaria más amplia por medio de la cual el Estado y la sociedad están interrelacionados.

[6] Resulta más que interesante la relación que establece Verdery (1996, 63) entre nación y cuerpo.

[7] No todos los teóricos adoptan esta oposición. Los primeros en escribir sobre la sociedad civil (p. ej. Locke) entendían que "sociedad civil" era sinónimo de "sociedad política" (cf. Taylor; 1990, 105).

[8] Cf. Burchell, 1991; Chatterjee, 1990; Comaroff y Comaroff, 1999; y Seligman, 1992, sobre la historia del concepto de sociedad civil.

–increíblemente– el escrutinio de la crítica. Si bien los teóricos que participan de los debates actuales sobre la esfera pública (Calhoun, 1992, por ejemplo) y la sociedad civil (Chatterjee, 1990; Cohen y Arato, 1992; Harbeson *et al.*, 1994; Taylor, 1990) tienen posiciones políticas y teóricas diversas, comparten una topografía fundada en el sentido común que de cierta forma ubica al objeto de teorización "entre" el Estado y las comunidades, grupos de interés y mundos de la vida que los Estados deben gobernar.

Una topografía imaginaria de niveles verticales, apilados uno sobre el otro, también le da estructura a muchas imágenes de lucha política que se aceptan sin cuestionamientos, y fácilmente son imaginadas como provenientes "de abajo" o "cimentadas" en vidas, experiencias y comunidades auténticas y arraigadas. Por su parte, se representa al Estado como algo que desciende hacia las comunidades e interviene "de arriba hacia abajo" para manipular o planear la sociedad. En esta topografía vertical, la sociedad civil aparece como una zona media de contacto entre el Estado "en lo alto" y las personas "en lo bajo", tranquilas en sus comunidades. Ya sea que esta zona de contacto se conciba como el dominio de grupos de presión y de una política pluralista (según la teoría política liberal) o como una lucha de clases en una guerra de posiciones (según el marxismo gramsciano), una de sus grandes consecuencias ha sido la topografía vertical del poder.

Representar la relación del Estado y la sociedad mediante el abarcamiento vertical implica fusionar en una imagen poderosa y única una serie de proposiciones diferentes desde lo analítico. ¿La altura abarcadora del Estado se explica por una superioridad en una jerarquía política? ¿Por una escala espacial? ¿Su abstracción? ¿La generalidad de sus conocimientos e intereses? ¿Su distancia de la naturaleza? Siguiendo a Foucault, la confusión que se suscita por agrupar todas estas proposiciones es, de hecho, productiva: desde el sentido común se construye un Estado que simplemente está en algún lugar "en lo alto" y opera desde un "nivel superior". No se trata de que esta imagen del Estado "en lo alto" sea falsa (y menos aún de que no exista una jerarquía política, generalidad de intereses, etc.) sino de que dicha imagen es una construcción. No se trata de denunciar una ideología falsa, sino de advertir los procesos sociales e imaginarios mediante los cuales la verticalidad del Estado se vuelve efectiva y adquiere autoridad.

Las imágenes de abarcamiento vertical del Estado son poderosas no solo porque impactan en la forma en que académicos, periodistas, funcionarios, activistas y ciudadanos imaginan y habitan los Estados, sino también porque se integran a las prácticas rutinarias de las burocracias estatales. Las metáforas mediante las cuales imaginamos los Estados son importantes y se han hecho grandes avances académicos

en este campo[9]. Sin embargo, aún resta investigar las prácticas sociales que hacen que estas imágenes se experimenten y se vuelvan efectivas. Esta relativa falta de atención a las prácticas del Estado es notoria si se considera que este realiza grandes esfuerzos para desarrollar procedimientos y prácticas que le garanticen ser imaginado de ciertas formas y no de otras (Scott, 1998). De hecho, el Estado parece reconocer que se requiere de una infinidad de rituales y procedimientos cotidianos para estimular y naturalizar las metáforas que efectivamente lo representen por encima de y abarcando a la sociedad.

La importancia de estas rutinas y rituales cotidianos de espacialización estatal es evidente en lo que respecta a la normativa y vigilancia de las fronteras de los Estados-nación. El control fronterizo está íntimamente ligado al control de las calles en el sentido de que ambos actos representan el poder represivo del Estado que se extiende a lo largo de las fronteras territoriales de la nación y cala en lo hondo de cada centímetro del territorio[10]. La espacialización del Estado, sin embargo, es mucho más que vigilar o reprimir. La benevolencia estatal, al igual que la coerción, también debe realizar recorridos espaciales; un claro ejemplo son las visitas rituales de los presidentes estadounidenses que, cuando acontecen desastres naturales, bajan del cielo en sus helicópteros para brindar ayuda.

Si bien estos espectáculos son ejemplos prácticos, sería mucho mejor observar los dominios de la práctica burocrática-múltiples, cotidianos y menos dramáticos - mediante los cuales los Estados reproducen órdenes espaciales y jerarquías escalares[11]. Cualquier intento por comprender la espacialización del Estado deberá, sin dudas, incluir conocimientos teóricos y materializaciones burocráticas. La fuerza de las metáforas de verticalidad y abarcamiento se explica por su inmersión en las

[9] Véase especialmente la contribución de Bayart (1993) sobre "comer" como metáfora del poder del Estado en África, y de Mbembe (1992) en su análisis sobre cómo el imaginario de lo vulgar y lo grotesco en la cultura popular de Camerún envuelve los símbolos del poder estatal. Las maneras en que las metáforas espaciales de abarcamiento vertical que discutimos aquí pueden coexistir con otras metáforas para representar a los Estados son terreno fértil para las futuras investigaciones. Otras contribuciones importantes al debate reciente sobre el Estado en África postcolonial incluyen Bayart *et al*., 1999; Chabal y Daloz, 1999; Mamdani, 1996; y Werbner y Ranger, 1996.

[10] Un claro ejemplo de esta vigilancia se observa en el tratamiento recibido en los Estados Unidos por los trabajadores mexicanos de la mano del Servicio de Inmigración y Naturalización (INS) y la policía, que demuestra cabalmente que la frontera no es simplemente una línea que se cruza hacia una zona segura, sino una zona de exclusión que permea el interior del territorio del Estado-nación (cf. Chávez, 1998, entre otros). Heyman (1998) va aún más allá en la conexión explícita entre el control de la frontera México-EE.UU. y las guerras en el extranjero (como la de Vietnam) utilizando el tropo de la ilegalidad.

[11] Utilizamos el término *orden* tanto como intención directiva como en sus connotaciones organizativas.

prácticas diarias de las instituciones estatales y porque el funcionamiento rutinario de estas instituciones produce jerarquías espaciales y escalares.

En la sección que sigue, exploramos la relación entre orden espacial y orden estatal y mostramos cómo se producen el uno al otro[12]. Debido a que las prácticas estatales están vinculadas con órdenes y metáforas espaciales, un análisis del imaginario del Estado debe incluir no solo representaciones discursivas explícitas del Estado sino también prácticas implícitas, disimuladas pero significativas. Con frecuencia estás prácticas cotidianas están ocultas en la discursividad, pero alteran profundamente la manera en que se forman los sujetos, se orientan los cuerpos y se vive. Está concepción orientada a la práctica demanda un enfoque etnográfico; no es nuestra intención ofrecer aquí un tratamiento etnográfico completo ya que este artículo se dirige principalmente a identificar un programa de investigación y no a presentar sus resultados, aunque sería útil para ilustrar cómo una perspectiva etnográfica de las prácticas cotidianas del Estado podría echar luz sobre los mecanismos de espacialización del Estado.

Rituales y representaciones de la espactalización del poder estatal en India

En 1975, poco después de formular la Política Nacional para la Niñez, el gobierno de India lanzó el programa de Servicios Integrados de Desarrollo del Niño, conocido en el país como el Programa Anganwadi. Hubo una fuerte toma de conciencia sobre el índice de mortalidad, morbilidad y desnutrición infantil y de mortalidad materna durante el parto en India, de los más altos del mundo. El Programa Anganwadi tuvo por objetivo brindar un paquete de servicios integrados que comprendía nutrición complementaria para mujeres embarazadas y niños pequeños, además de educación, vacunación y medicina preventiva para niños pobres y de castas inferiores. El Programa Anganwadi es un buen ejemplo de la preocupación por el bienestar de la población que Foucault identifica como aspecto central de la "gubernamentalidad" en el mundo moderno.

A nivel de distrito, la estructura burocrática del Programa presentaba el esquema piramidal típico. El funcionario del Programa para el distrito (FPd) estaba a cargo de la oficina de la que dependían directamente dos funcionarios del Proyecto para el Desarrollo de la Niñez (FPDN), quienes dirigían los programas a nivel de bloque[13]. Los FPDN supervisaban una dependencia que contaba con personal administrativo y chofer, además de estar a cargo de otros cuatro supervisores (Mukhya

[12] La cuestión no es reducir uno al otro ni tampoco atribuirles alguna clase de relación privilegiada, en comparación con, por ejemplo, la relación de espacio a capital.

[13] El bloque es la unidad administrativa más pequeña de India, que comprende aproximadamente unas cien localidades.

Sevikas), quienes, por su parte, controlaban a ochenta y seis trabajadores del Anganwandi y a un número igual de asistentes del bloque[14]. Todos estos empleados conocían la estructura piramidal del programa a través de los dispositivos burocráticos de representación comunes, como el organigrama[15], pero también –lo que resulta más relevante– a través de una amplia variedad de prácticas de abarcamiento espacial. A continuación, se detallan algunos ejemplos.

El Programa operaba por medio de los Anganwadis o Centros, a cargo de una empleada y su asistente, y funcionaban de 9 a 13, seis días a la semana. Estar a cargo de un Centro implicaba cuidar a unos cuarenta y cinco niños (instrucción, preparación del almuerzo, supervisión de la atención médica y registros). En el caso de Mandi –el bloque de donde provienen nuestros datos– todas las asistentes, trabajadoras y supervisoras, así como también las FPDN, eran mujeres, mientras que el resto del personal eran hombres[16].

El abordaje de este proyecto desde el análisis de la espacialidad del Estado enseguida trae a colación varios interrogantes: ¿cómo estaba espacializado el Programa? ¿Mediante qué procedimientos y técnicas de racionalidad burocrática se volvieron real y tangible la verticalidad y el abarcamiento del Estado? ¿Cómo fue que algunas personas y poblaciones quedaron fijas en un lugar, se hicieron "locales", mientras que podía apreciarse que otras de mayor jerarquía tenían una mayor movilidad o eran más abarcativas? Los trabajadores estatales a nivel localidad, en particular, constituían una paradoja interesante. Por un lado, su presencia en las localidades dificultaba sostener la imagen de un Estado ubicado "por encima" de la sociedad civil y la familia. Por otro, como miembros marginales del aparato estatal, para la población eran un ejemplo concreto de la verticalidad y el abarcamiento del Estado. Los empleados del Anganwadi, incluso tal vez en mayor medida que el resto de la población, experimentaban al Estado como una organización ubicada "por encima de ellos", interesada principalmente en vigilar y regular, aun siendo ellos mismos agentes al servicio de esa vigilancia.

Para contextualizar los ejemplos etnográficos que incluimos a continuación, presentaremos una breve descripción de la oficina del Programa en Mandi[17].

[14] El número de trabajadoras Anganwadi y de asistentes varía de un bloque a otro, dependiendo de la población que necesita asistencia y de los fondos destinados al programa.

[15] La estructura burocrática piramidal seguía el clásico patrón fordista de organización industrial. A diferencia de las burocracias de las empresas del capitalismo tardío o de otras organizaciones postfordistas, no había rastros de una estructura organizativa plana o toma de decisiones descentralizada.

[16] Siguiendo las convenciones antropológicas, el nombre "Mandi", así como también los nombres de las personas y localidades que aparecen debajo, son seudónimos.

[17] El texto está basado en las observaciones de campo conducidas por Akhil Gupta.

La primera vez que el etnógrafo (Gupta) fue a visitar la oficina, pasó justo por enfrente sin notarlo porque la dirección estaba "escrita" a rayones en un jeep azul de UNICEF que hacía las veces de mascota no oficial del Programa. No pudo localizar la oficina porque el jeep no estaba allí y, a diferencia de otras oficinas gubernamentales que suelen exhibir grandes placas, no había nada fuera del edificio que indicara que allí funcionaba una oficina. Era un espacio sin identificación, que consistía en un pequeño acceso, donde apenas cabía un vehículo, al lado de una escalera angosta. La escalera desembocaba en una terraza que daba acceso a tres oficinas, la más alejada correspondía a Asha Agarwal, una dinámica y elocuente funcionaria del bloque de Mandi. Sentada detrás de un escritorio bastante grande en un espacio con escasa decoración y amueblado, tenía sobre su escritorio un timbre que usaba cada vez que quería llamar a un subordinado.

El trabajo de campo en la oficina nos permitió ver cómo el abarcamiento se manifestaba de forma efectiva en las prácticas cotidianas del Programa. El mecanismo más importante era la inspección sorpresa. Las trabajadoras del Anganwadi se ubicaban en lo más bajo de una jerarquía burocrática donde los rituales de vigilancia y regulación eran instrumentos de control cruciales. Un grupo numeroso de funcionarios de nivel superior las sometía a inspecciones sorpresa, interesados principalmente en controlar cuánta información recababan las trabajadoras sobre los niños y mujeres a los que estaba dirigido el programa. En este sentido, el objeto a vigilar era la vigilancia que ejercía la trabajadora del Anganwadi sobre "sus" poblaciones. La lógica de este tipo de regulación recursiva no puede explicarse en términos funcionales, ya que la mayor parte de esta actividad era ajena a las necesidades del Estado. Lo que lograban estos rituales de vigilancia, en realidad, era representar y materializar la jerarquía y el abarcamiento del Estado.

Pudimos acompañar a Asha Agarwal en dos inspecciones; había planificado cuidadosamente el itinerario para incluir Centros Anganwadi que registraban un buen desempeño. Pero como se trataba de visitas sorpresa, no podrían estar exentas de problemas. El primer viaje fue un día frío y nublado de febrero de 1992, la oficina había recibido fondos para el combustible del jeep.

La primera localidad que visitamos fue Kalanda, donde había dos Anganwadis que funcionaban desde 1985, año en que se había iniciado el Programa en el bloque de Mandi. Kalanda era un lugar fuera de lo común, no había basura ni agua servida en las calles internas, que estaban bien mantenidas. Muchos de los varones eran albañiles que habían regresado del Golfo y se habían ofrecido para construir calles y desagües.

El primer Anganwadi que inspeccionó funcionaba en el depósito de una familia del campo; una pila enorme de lentejas ocupaba la mitad de ese espacio mal

iluminado, cubría por completo una pared y gran parte del suelo. La trabajadora era una mujer agradable y activa, ordenó rápidamente a su asistente que trajera a los demás niños para que se unieran a los catorce que ya estaban en el lugar. Asha les pidió a los niños que contaran y que dijeran el abecedario; lo hicieron rápido, se notaba que habían practicado. Uno de los niños, un poco mayor que los demás, había escrito los números hasta el cien en su pizarra y memorizado todos los poemas y canciones que les habían enseñado. Durante la visita aparecieron algunos niños más, bien aseados y prolijos. Asha mencionó que la maestra solo tenía título secundario pero que parecía estar haciendo un buen trabajo con los niños. Reprendió a la trabajadora por no haber descolgado de la pared tapada de lentejas los afiches que se utilizaban como material didáctico: "Es tu trabajo cuidar estos afiches. Cuando supiste que iban a almacenar la cosecha ahí ¿por qué no los sacaste?" Luego de revisar los registros de asistencia y escribir un breve informe en el registro de inspección (cuándo se había llevado a cabo la inspección, cuántos niños había en el lugar y qué habían demostrado los niños), Asha indicó que era hora de ir al segundo Centro.

Este Centro funcionaba en la entrada de una casa. Solo había unos pocos niños pequeños en el lugar y la asistente, quien dijo no saber dónde estaba la trabajadora. Asha y la supervisora trataron de convencer a algunos niños de que dijeran las tablas o identificaran objetos en un cuadro que mostraba el abecedario. Ninguno lo hizo. No supimos si fue porque tenían miedo de los extraños o porque no sabían cómo hacerlo. Asha dejó una nota en el registro de inspección exigiendo a la trabajadora que diera explicaciones de su ausencia dentro de las 24 horas. Justo cuando el grupo volvía al jeep, apareció la trabajadora. Se disculpó varias veces y justificó su retraso manifestando que el autobús en el que viajaba se había roto. Asha la reprimió en términos muy claros, le dijo que, aunque el autobús se hubiera roto, no era excusa para llegar al Centro a las 11:15 y no a las 9:00. La trabajadora lamentó su mala suerte diciendo que justo el único día que llegaba tarde coincidía con la visita de Asha, quien le respondió con sarcasmo que el otro Centro a cargo de una mujer que apenas tenía un título secundario funcionaba mucho mejor que ese, a cargo de una trabajadora con título de grado. Estaba sorprendida, ya que había observado que los maestros con mejor formación mostraban muy buen desempeño.

Una de las funciones principales de los trabajadores del Anganwadi (sin dudas la que demandaba más tiempo) consistía en documentar y generar estadísticas. Cientos de registros documentaban diferentes aspectos del funcionamiento de los Centros, por ejemplo, en el Registro de asistencia se anotaba la cantidad de niños que asistía al Centro cada día, sus nombres, nombre de los padres y casta a la que pertenecían. En el *Registro de nutrición* se anotaba la cantidad de comida consumida

y los viáticos por combustible. Un tercer registro incluía las fechas de nacimiento de cada niño nacido en la localidad, nombre de los padres, edades y castas. Se llevaba un registro similar de los fallecimientos. Había otro registro para documentar nombre, edad y casta de las mujeres embarazadas y el resultado del embarazo. En el *Cuaderno de Viajes* se registraba fecha y motivo de ausencia de los trabajadores. Se mantenía también un *Registro de inspección* donde los supervisores, FPDN y demás visitas anotaban sus observaciones sobre el funcionamiento del Anganwadi. Por un lado, los registros servían de dispositivos de autocontrol (tecnologías de autodisciplina con las que al mismo tiempo se documentaba la efectividad en el cuidado de la población) y, por otro, garantizaban el control y la vigilancia sobre los trabajadores[18].

Las inspecciones sorpresa y los registros eran los dos mecanismos mediante los cuales se ponían en práctica la verticalidad y el abarcamiento. No era solo que los funcionarios "de mayor" jerarquía viajaban en jeeps controlando los espacios geográficos del bloque, el distrito o el estado-según su jurisdicción - sino que además viajaban para inspeccionar, disciplinar, premiar, alentar y castigar. Los registros contribuían a estas tareas porque les permitían confrontar sus observaciones con los datos registrados. Por ejemplo, Asha se quejaba de que las trabajadoras que tenían Centros Anganwadi funcionando en sus propias viviendas veían la polvareda del jeep aproximándose a la distancia y llamaban a otros niños; cuando la FPDN llegaba al Centro, se encontraba con muchos más niños, incluso cuando el Anganwadi no estaba en funcionamiento. Pero ella había descubierto el "engaño" de las trabajadoras al comparar los nombres de los niños presentes con los nombres ingresados en el Registro de asistencia, si es que de hecho había algo escrito. De esta manera, la habilidad de la FPDN para aparecer en el espacio de las trabajadoras estaba mediada por la semiótica del polvo, una señal de humo enviada por el mismo dispositivo (el jeep) que le permitía entrar repentinamente al espacio profesional de las trabajadoras locales.

La inspección sorpresa constituía un ritual de control que establecía y demostraba la jerarquía, pero el modo de realizar la inspección, ese "caer" de sopetón al espacio geográfico de las trabajadoras, dejaba en claro la desigualdad entre los espacios. Por su parte, las trabajadoras del Anganwadi tenían cita cada mes en la oficina principal del Programa, con fecha y hora establecida, es decir que su ingreso al espacio de sus superiores era reducido y limitado, todo lo opuesto a la inspección sorpresa. La

[18] Si bien decidimos enfocarnos en la vigilancia de las trabajadoras Anganwadi más que en el bienestar de la población, nuestro argumento sobre el abarcamiento y la verticalidad del Estado podría haber sido igualmente demostrado mediante un enfoque en los aspectos "positivos" de la gubernamentalidad.

capacidad de transgredir espacios (prerrogativa de los funcionarios "superiores") era también un dispositivo de abarcamiento, ya que era su posición jerárquica lo que les daba el privilegio de un tipo particular de movilidad espacial. Movilidad cuya función y objetivo eran regular y disciplinar.

La combinación de jerarquías y circuitos de movilidad cada vez más amplios se manifiesta de manera diferente en el sistema de traslados, que constituye un aspecto central en la vida de los empleados estatales de India. En teoría, los empleados públicos son trasladados cada tres años, pero en la práctica, este período es menor. A los efectos de pensar la espacialización del Estado, resulta interesante la circunferencia de lo que Benedict Anderson (1991) ha llamado "peregrinajes burocráticos". Cuanto "más alto" sea el cargo que ocupa el funcionario, mayor será la extensión geográfica que cubra en sus peregrinajes y más abarcadora la visión sobre el dominio de la actividad estatal y su relación con lo "local". Esto nos demuestra, una vez más, que la verticalidad y el abarcamiento están íntimamente ligados.

Uno de los mecanismos principales por los cuales los funcionarios "superiores" de la administración burocrática llegaban a ocupar los puestos más altos del Estado (con connotaciones de visión amplia, mayor sentido del bien común, e intereses nacionales en contraposición a los locales) consistía en posicionar a los trabajadores de los niveles "inferiores", políticos "locales" y población "local" como personas que pertenecían a y articulaban los intereses de comunidades específicas, con posibilidades limitadas de generalización a través de diferentes áreas geográficas o de divisiones de clases y castas. ¿Cómo funcionaba esta localización en la práctica? ¿Qué mecanismos permitían fijar espacialmente a ciertas personas como locales y con problemas locales, mientras que otras llegaban a ser vistas y a autopercibirse como interesadas en problemas más "amplios" que atravesaban diferentes espacios políticos y geográficos? Algunos ejemplos concretos de localización en el Programa Anganwadi posiblemente permitan visibilizar esta dinámica.

La palabra *angan* significa "patio", es decir, en lugar de la casa donde las mujeres pasan la mayor parte del tiempo en las localidades del norte de India. La propia etimología del nombre "Anganwadi" enfatizaba su correlación con un espacio confinado, cercado y doméstico. Contrario a la imagen evocada por esta asociación, los Centros Anganwadi funcionaban habitualmente en espacios públicos, como el ingreso de una vivienda o, si era posible, en centros comunitarios. El Programa contaba con que la misma comunidad donara estos espacios, por ende, su presupuesto no contemplaba erogaciones en concepto de alquileres; además de reducir el costo de administración del programa, esta medida –probablemente influenciada por el diseño de agencias internacionales y bilaterales como UNICEF, USAID (Agencia de

los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional) y DANIDA (Agencia Danesa de Desarrollo Internacional)– pretendía que la comunidad se involucrara en el funcionamiento de los Anganwadis. De acuerdo con el paradigma ortodoxo del desarrollo, una de las lecciones que dejó el alto porcentaje de fracasos de los proyectos de desarrollo anteriores fue que carecían de participación de las comunidades locales. De ahí que el Programa Anganwadi dejara abierta una "vacante" para que la comunidad participara aportando espacios, aspecto que significó grandes dificultades para los trabajadores y fue una de las principales quejas; el espacio libre escaseaba y, por lo general, estaba reservado para casamientos o depósito de cosechas.

¿Sorprende realmente que los agentes de localización fueran justamente esas entidades (el Estado indio y las agencias multilaterales de ayuda) que reclamaban para sí mismas geografías e intereses nacionales y universales? El programa se empeñó en ubicar espacial y estructuralmente a las trabajadoras como funcionarias signadas por sus vínculos con lo local y lo particular, precisamente porque la localización de las trabajadoras permitía a estas instituciones dominantes rechazar lo particular y afirmar que representaban un bien "mayor" en la "amplia" esfera de la nación y del mundo.

Segunda parte. Gubernamentalidad transnacional. Desafíos contemporáneos a la espacialización del Estado

La gubernamentalidad y lo global

En la sección anterior, describimos algunos de los medios utilizados por el Estado para crear, a través de prácticas cotidianas y no marcadas, una impresión potente de abarcamiento vertical de lo "local". Aunque los Estados se esfuercen por afirmar sus pretensiones de superioridad espacial, ya no pasan desapercibidos, especialmente ahora que existen nuevas formas de conexión transnacional. Cada vez es más frecuente que actores "locales" desafíen e impugnen de formas impensadas la consolidada pretensión de abarcamiento y superioridad vertical de los Estados, y así lo demuestra una multitud de organizaciones de "base", globales y bien conectadas. Si los funcionarios estatales siempre están dispuestos a invocar los intereses nacionales para abarcar (y de esta manera devaluar) lo local, también debe preverse que los operadores "de base" se las ingenien para ganar la partida nacional apelando a la "opinión mundial", a contactos por correo electrónico con las oficinas centrales de agentes de control tan abarcadores y poderosos a nivel mundial como son Amnistía Internacional, AfricaWatch o World Vision International. Por lo tanto, la dimensión con que los Estados efectivamente instituyen sus pretensiones de abarcamiento de

lo local no está dada de antemano, sino que es un resultado supeditado a procesos sociopolíticos específicos; cuestión que se ve bien reflejada en la precaria realidad de muchos Estados africanos: el Estado no posee derecho automático a reclamar con éxito las alturas verticales de la soberanía.

Si pensamos en la relación de los Estados y el conjunto de organizaciones transnacionales y supranacionales contemporáneas que solapan de forma significativa las funciones estatales tradicionales, resulta útil desarrollar la idea de gubernamentalidad transnacional, que toma prestado y amplía el concepto de "gubernamentalidad" introducido por Michel Foucault (1991). Foucault pone atención a todos los procesos mediante los cuales se gobierna la conducta de una población: instituciones y agencias, incluido el Estado; discursos, normas e identidades; autorregulación, técnicas de autodisciplinamiento y cuidado propio. La política económica como conocimiento y los aparatos de seguridad como medios técnicos han operado sobre la población con el objetivo de establecer la gubernamentalidad como modo dominante de poder desde el siglo XVIII (Foucault, 1991, 102). La gubernamentalidad refiere principalmente a "la conducción de la conducta" (Dean, 1999, 10), esto es, a las innumerables formas en que se dirige la conducta humana de forma deliberada. Foucault se interesó por los mecanismos de gobierno dentro y fuera de las instituciones estatales, mecanismos que trascienden dominios que consideraríamos separados: el Estado, la sociedad civil, la familia, hasta los más íntimos detalles de nuestra vida personal. La gubernamentalidad no designa una relación de poder negativa, basada solo en la disciplina y la regulación, sino que pone el énfasis en su dimensión productiva.

Recientemente, académicos que pertenecen a esta tradición han buscado refinar el análisis de la gubernamentalidad para abordar el paso del Estado de bienestar keynesiano a las llamadas políticas del libre mercado de las democracias occidentales. Aunque este cambio hacia el neoliberalismo suele entenderse como una "retirada" o "reducción" del Estado (y es celebrado o lamentado de diversas formas, según la posición política), Barry *et al.* destacan que, en realidad, ha implicado un traspaso de las operaciones de gobierno (en el sentido amplio foucaultiano) a entidades no estatales mediante "la fabricación de técnicas que pueden producir en las entidades gubernamentales cierto grado de 'autonomización' del Estado" (1996, 11-12). La lógica del mercado se ha extendido a la operación de las funciones estatales de modo que incluso las instituciones tradicionales centrales de gobierno, como el correo, las escuelas y la policía, hoy siguen el "modelo empresarial" (Burchell, 1996), cuando no están completamente privatizadas. En paralelo, cada vez es más común ver cómo las operaciones sociales y regulatorias del Estado son "desestatizadas" y asumidas por una proliferación de "organizaciones

no gubernamentales cuasi-autónomas" (Rose, 1996, 56)[19]. Esto no significa que haya menos gobierno, en términos de formulaciones ideológicas habituales, sino que implica una nueva modalidad de gobierno, una que funciona creando mecanismos que operan "por sí mismos" para generar resultados gubernamentales mediante el traslado de los riesgos a "la empresa" o el individuo (erigidos ahora como responsables de su propia "empresa") y "haciendo responsables" a los sujetos "empoderados" de su autodisciplinamiento (cf. Barry *et al.*, 1996; Burchell, 1996; Burchell *et al.*, 1991; O'Malley, 1998; Rose, 1996; Rose y Miller, 1992).

Estas extensiones del concepto foucaultiano de gubernamentalidad al neoliberalismo son, sin dudas, esclarecedoras y sugerentes. No obstante, siguen siendo demasiado eurocéntricas y están muy vinculadas a la idea del Estado-nación soberano del territorio como dominio para las operaciones de gobierno[20]. Proponemos ampliar el debate sobre gubernamentalidad para incorporar modos de gobierno configurados a escala global; estos incluyen las nuevas estrategias de disciplina y regulación (por ejemplo, la OMC y los programas de ajuste estructural implementados por el FMI), además de las alianzas transnacionales entre activistas y organizaciones de base, y el despliegue de organizaciones voluntarias apoyadas en complejas redes transnacionales e internacionales de personal y financiamiento. La tercerización de las funciones del Estado en ONG y otras agencias claramente no estatales, en nuestra opinión, es una característica clave del funcionamiento de los Estados nacionales, pero también de un sistema de gubernamentalidad transnacional emergente.

El hecho de que estos procesos sean cada vez más evidentes debería hacernos cuestionar los marcos espaciales y escalares de los Estados soberanos que se dan por sentado. Sin embargo, en vez de instar a repensar por completo estas imágenes escalares y espaciales, encontramos que las nociones de verticalidad y abarcamiento heredadas se han expandido –incluso de maneras impensadas– y adaptado

---

[19] La privatización de las cárceles sirve de ejemplo. Cada vez más empresas privadas se hacen cargo de la construcción y el funcionamiento de cárceles en nombre del Estado. Una vez que el "modelo empresarial" se vuelve dominante, no hay motivos para que las funciones estatales sean realizadas por instituciones estatales.

[20] Es llamativo, por ejemplo, que Rose (1996, 53) caracterice al "liberalismo avanzado" como una serie de estrategias que "pueden observarse en contextos nacionales desde Finlandia a Australia" (sin discutir la enorme variedad de contextos nacionales –la mayor parte del mundo, parecería ser– a los que no se aplica esta consideración). Tampoco se considera la relación entre el desmoronamiento de las nociones de bienestar a nivel nacional y de desarrollo a nivel internacional, ni la manera en que la proliferación de las "ONG cuasi-autónomas" podría estar relacionada con cambios en los roles y funciones de los Estados-nación dentro de un sistema global.

a las nuevas realidades. Tal es así que instituciones de gobierno global, como el FMI o la OMC suelen percibirse "por encima" de los Estados nacionales, así como antes se discutía a los Estados vis à vis las instituciones de base. Como analogía, se habla de lo "global" como si fuera tan solo un nivel escalar superior que abarca a los Estados-nación de la misma forma que se conceptualizaba a los Estados-nación como abarcadores de regiones y localidades.

La pugna entre las agencias que intentan promover el gobierno global y aquellos que lo critican alcanzó los titulares, primero en Seattle, en noviembre y diciembre de 1999, luego en Washington, en abril de 2000, y en Praga, en septiembre de 2000. Además de la cobertura televisiva y el intercambio de comentarios, lo más interesante de estas protestas fue la dificultad, tanto por parte de los participantes como de los observadores, para definir el rol del Estado nacional frente a los acuerdos "globales" y las protestas "de base". ¿Será como denuncian los manifestantes, que las instituciones que promueven la globalización, como el Banco Mundial, el FMI o la OMC, están tomando decisiones políticas que afectan la vida de todas las personas del mundo prescindiendo de mecanismos normales de responsabilidad democrática? ¿O será que solo se encargan de facilitar las iniciativas de "buen gobierno" que proponen e implementan los gobiernos nacionales, tal como lo manifiestan estos organismos internacionales? Los observadores y comentaristas se esfuerzan por encontrarle sentido a esta situación; los periodistas advierten que los manifestantes forman parte de grupos sin relación aparente y que protestan por razones y causas muy disímiles. Además, se podría argumentar que muchos de los "grupos de base" que se oponen a la globalización se constituyen como ejemplo de esta: son organizaciones transnacionales con una clara organización, cuentan con oficinas o filiales en distintas partes del mundo, coordinan sus manifestaciones a través de internet e incluso en tiempo real (durante los eventos) por medio de celulares y transmisores.

La evidente confusión en la interpretación, tanto de las agencias más importantes de la globalización como de los grupos activistas que se oponen a ellas (y por los que informan sobre estos o los estudian), está relacionada, al menos en parte, con la espacialización de los Estados y la relación entre espacio y gobierno. Los procesos de globalización han alterado las metáforas y prácticas conocidas de abarcamiento vertical (todavía aceptadas sin cuestionamiento por quienes participan en los debates sobre globalización, incluidos periodistas y académicos) y solo se puede entender este panorama emergente si repensamos los interrogantes relativos al espacio y las escalas. Para poder reflexionar sobre esto es necesario cuestionar los supuestos del sentido común sobre la verticalidad de los Estados, sin olvidarnos de

las numerosas ideas heredadas sobre "comunidad", "las bases" y "lo local", cargadas de nostalgia y de un aura de autenticidad[21].

Para este recorrido debemos apartarnos del ejemplo etnográfico de India (en el cual un Estado relativamente fuerte logra la espacialización mediante formas conocidas) y acercarnos a la macro perspectiva de África, donde muchos Estados contemporáneos ya casi no son capaces de ejercer los poderes que suelen asociarse a un Estado-nación soberano o bien (solo en pocos casos) de funcionar como Estados en el sentido convencional del término. Es evidente que los extremos ayudarían a correr del centro al Estado para poner de relieve nuevas formas de gubernamentalidad transnacional que, sostenemos, no son privativas de África, aunque allí sea donde se muestran más visibles y relevantes. Nuestro objetivo, resta aclarar, no es comparar India con África. Más bien, la situación precaria de los Estados africanos ilustra contundentemente parte de nuestro argumento-la emergente prominencia de la gubernamentalidad transnacional –del mismo modo que el contexto de India resulta pertinente para ilustrar otra parte de nuestro argumento– la manera en que los Estados aseguran su autoridad y legitimidad a través de prácticas espaciales no marcadas, para crear efectos de abarcamiento vertical[22].

Más allá del abarcamiento vertical: la gubernamentalidad transnacional en África

Los académicos contemporáneos que estudian la política africana todavía utilizan imágenes de Estados que ejercen el abarcamiento vertical, incluso cuando los contextos empíricos que describen se hacen cada vez menos susceptible de ser captados en dichos términos. Resulta bastante claro que hay una serie de fenómenos en África contemporánea que no pueden ser abordados con la vieja óptica de la "construcción de la nación", que entendía la política postcolonial africana como una batalla entre un Estado modernizador y grupos étnicos primordiales. Pero la respuesta predominante ante este hecho tan evidente ha sido recurrir a la idea de "sociedad civil" para abarcar un popurrí de instituciones y grupos sociales que tienen

[21] De manera reciente, una gran cantidad de antropólogos se ha interesado por problematizar la noción antropológica tradicional de "lo local" (aunque en general sin relacionar esta noción a la cuestión de la espacialización de los Estados). Por motivos de espacio, no reseñaremos esa bibliografía aquí, pero referimos a nuestro extenso desarrollo de este asunto en Gupta y Ferguson, 1997.

[22] Sin dudas, las diferencias empíricas entre la situación del Estado en ambos contextos regionales son las que dan cuenta de porqué cada uno de ellos ilustra una parte diferente de nuestro argumento (en términos generales, la fuerza relativa del Estado indio versus la debilidad financiera e institucional de muchos Estados africanos), pero no nos proponemos explorar esas diferencias de manera sistemática aquí.

como única característica común su existencia por fuera o más allá del Estado (para una revisión crítica, Comaroff y Comaroff 1999, 1-43). Las definiciones de "sociedad civil" recogidas en la bibliografía sobre el Estado y la sociedad suelen ser amplias y vagas, pero en la práctica, los autores pasan rápidamente de definiciones generales a una visión mucho más específica que se limita casi por completo a pequeñas organizaciones voluntarias de base. Este uso restrictivo excluye del análisis algunos fenómenos significativos y bastante obvios. No se sabe con certeza si la Corporación Angloamericana de Sudáfrica forma parte de dicha "sociedad civil". El mismo interrogante aplica al ejército de John Garang en Sudán* o a Oxfam. Y qué decir de los movimientos étnicos que no se oponen de forma tajante ni anteceden a los Estados modernos, sino que-como demuestran desarrollos académicos recientes - son generados por los Estados mismos (Vail, 1991; Wilmsen y McAllister, 1996), o de las misiones internacionales que, podría decirse, siguen siendo un elemento de peso en la escena africana, aunque curiosamente sean relegadas al pasado colonial por muchos académicos africanistas. Estos casos difícilmente se amoldan al esquema "Estado" versus "sociedad civil", ni se los puede catalogar como "locales", "nacionales" o "internacionales" de forma coherente. En cambio, cada uno de estos ejemplos, como tantas otras cuestiones interesantes de África contemporánea, representan una dinámica local importante y son, sin dudas, producto y expresión de poderosas fuerzas nacionales, regionales y globales.

Por su parte, cuando al Estado se lo percibe en términos empíricos y etnográficos, empieza a parecerse a la "sociedad civil", lo que genera sospechas. Como cuando funcionarios del gobierno usan su capital institucional y educativo para iniciar (y captar recursos mediante) sus propias organizaciones "de base". Así lo manifestaba un informante de Zambia: "¿Una ONG? Bah, es solo un burócrata con membrete propio". Como expuso Timothy Mitchell (1991) de manera más profunda, concebir al "Estado" como un conjunto de estructuras reificadas e inmateriales es un efecto de las mismísimas practicas del Estado. No deberíamos oponer el Estado a algo llamado "sociedad", sino que deberíamos interpretarlo como compuesto en sí mismo por prácticas sociales, tan locales en su materialidad y situacionalidad social como cualquier otra práctica (Gupta, 1995).

En este punto, romper con la división convencional de niveles verticales de análisis para el Estado y la sociedad quiere decir trascender el abanico de preguntas

---

* *N. del E.* Economista del desarrollo, político y líder revolucionario sudanés de determinante influencia en el movimiento que condujo a la fundación de Sudán del Sur. Durante la Segunda Guerra Civil de Sudán entre 1983 y 2005 dirigió el Ejército Popular de Liberación de Sudán y, tras un acuerdo de paz, tuvo un fugaz desempeño como Primer Vicepresidente de Sudán hasta su muerte accidental en 2005.

que dicha división impone (¿cómo gobiernan los Estados? ¿Qué relaciones existen –o debieran existir– entre Estado y sociedad? ¿Cómo puede la sociedad civil tener más espacio para maniobrar desde el Estado?, etc.) y abrirse a la revisión de algunas relaciones transnacionales que, creemos, son cruciales para entender la "cima" putativa de la figura vertical (el Estado) y su "base" (organizaciones voluntarias "de base").

El Estado

Si es como algunos teóricos neoliberales del Estado y la sociedad sugieren, que la dominación está arraigada al poder estatal, reducir entonces el poder del Estado redundaría naturalmente en mayor libertad y, en última instancia, en una "democratización". Pero el argumento se torna una falacia cuando observamos que, en África y en otras latitudes, hace ya largo tiempo que cualquier institución, excepto el Estado, ejerce dominación. Zambia, por ejemplo, no fue colonizada por un gobierno (hace poco más de un siglo) sino por la Compañía Británica de Sudáfrica, una corporación multinacional privada encabezada por Cecil Rhodes. Equipada con su ejército propio y funcionando como "concesión" británica, esta corporación privada conquistó y "pacificó" el territorio, y estableció un sistema de propiedad privada y privilegios raciales que se convirtió en el sistema colonial. Hoy en día, Zambia, como tantas otras naciones africanas, todavía sigue –en gran parte– bajo el dominio de organizaciones transnacionales que no son en sí mismas gobiernos pero que operan junto con Estados poderosos del primer mundo dentro de un sistema global de Estados-nación al que Frederick Cooper llamó "imperialismo internacionalizado"[23].

Quizás nos resulten más conocidas las agencias internacionales, como el FMI y el Banco Mundial que, junto con bancos aliados y gobiernos del primer mundo, son los que hoy en día imponen políticas a los Estados africanos de forma directa y frecuente. A este proceso se lo ha llamado "ajuste estructural", y fue posible por una debilidad fiscal generalizada de los Estados africanos y, en especial, por el agobio generado por la crisis de endeudamiento. La renovada asertividad del FMI está vinculada, con cierta justificación, a un proceso de "recolonización", que implica una grave erosión de la soberanía de los Estados africanos (por ejemplo, Saul, 1993). Cabe aclarar que los bancos y las agencias internacionales imponen a los Estados políticas que incluyen intervenciones macroeconómicas, como establecer los tipos de cambio de divisas, y también, requisitos detallados de reducción del gasto social, reestructuración de la burocracia estatal, etc. En otras palabras, aspectos importantes

[23] Tomamos este término tan evocativo de las observaciones de Cooper (1993). Cabe destacar, sin embargo, que relacionamos el término a expresiones más amplias acerca de la gubernamentalidad transnacional que las pretendidas por Cooper en su uso del término.

y específicos de las políticas estatales de varios países africanos se formulan directamente en lugares como New York, Londres, Bruselas y Washington.

Como argumentan los críticos, esta "gobernanza" desde lejos sobre las economías africanas es, en la práctica, una especie de traspaso de la soberanía económica de los Estados africanos al FMI; sin embargo, como en la teoría los gobiernos africanos permanecen a cargo, cuando las políticas de ajuste estructural comienzan a surtir efecto, son los primeros en ser culpados. Y cuando esto sucede, las elecciones democráticas (otro "ajuste" instigado por los contribuyentes internacionales) proporcionan el medio para reemplazar un gobierno por otro; aunque como el nuevo gobierno se verá atrapado en el mismo cerrojo financiero que el anterior, difícilmente se modifiquen las políticas. De hecho, el FMI y su cártel de capitales asociados pueden rápidamente poner de rodillas a cualquier gobierno que trate de imponer su voluntad, como bien lo demuestra el caso de Zambia. De esta manera, políticas formuladas e impuestas por banqueros internacionales, que no rinden cuentas ni son elegidos mediante el voto, son presentadas como decisiones democráticas que gozan de aprobación popular. Irónicamente, esta "democratización" sirve para simular la legitimidad popular de políticas que en realidad se formulan de la manera menos democráticamente posible (cf. Ferguson, 1995).

"Las bases"

En los estudios africanos actuales, la sociedad civil aparece generalmente como un tumulto de organizaciones de base locales y democráticas. Pero, como bien expresa Jane Guyer, esta lectura pasa por alto "lo obvio: que la sociedad civil está conformada por las organizaciones internacionales" (1994, 223). Ya que, de hecho, las organizaciones voluntarias africanas, tan veneradas por los teóricos de la sociedad civil, suelen estar íntegramente vinculadas a entidades nacionales y trasnacionales. Vienen a la mente innumerables grupos comunitarios sudafricanos financiados por USAID o por congregaciones religiosas de Europa (Mayekiso, 1996; Mindry, 1998), o la cantidad de ONG cristianas para el desarrollo local de Zimbabue, que pueden ser entendidas tanto como expresiones locales y de base de la sociedad civil o bien, como parte de las vastas corporaciones burocráticas internacionales que las organizan y sostienen (Bornstein, 2001). Cuando estas organizaciones empiezan a asumir las funciones y poderes más básicos del Estado –como ya lo han hecho, y de manera notable, en Mozambique (Hanlon, 1991)– se pone en evidencia que las ONG no son tan NG como nos quieren hacer creer. Tal es así que el Banco Mundial las llama sin tapujos "BONGOs" en inglés, es decir ONG organizadas por el banco y "GONGOs", ONG organizadas por gobiernos".

Que estas organizaciones voluntarias provengan tanto de "arriba" (organizaciones internacionales) como de "abajo" (comunidades locales) es un hecho extremadamente importante de la llamada sociedad civil de África contemporánea. Mientras las organizaciones internacionales erosionan el poder de los Estados africanos por medio de ajustes estructurales y usurpan su soberanía económica, pasan por encima de estos Estados y patrocinan directamente sus propios programas e intervenciones mediante ONG de diversas áreas. El rol de las ONG que ayudan a las agencias de desarrollo occidentales a evadir a los gobiernos nacionales no dispuestos a colaborar pone de manifiesto el desprecio por el Estado y celebra la sociedad civil, como se puede apreciar hoy en la bibliografía académica y sobre desarrollo.

Sin embargo, los adversarios de los Estados africanos no se limitan a las organizaciones internacionales y las ONG. A raíz de lo que ya se reconoce de forma generalizada como un cierto colapso o retirada del Estado-nación en todo el continente, surgen formas de poder y autoridad por todas partes que, hasta hoy, no han sido bien descriptas ni analizadas. Suele describírselas como formas "subnacionales" y se conciben como esencialmente étnicas (la antigua visión primordialista) o, de manera alternativa (y más prometedora), como manifestaciones de un resurgimiento de la sociedad civil, largamente suprimida por un Estado "de mano dura". Cabe preguntarse si las nuevas formas políticas que desafían la hegemonía de los Estados-nación africanos son interpretadas correctamente como "locales", "de base", "civiles" o incluso "subnacionales".

Por ejemplo, los levantamientos guerrilleros, que no se destacan por su civilidad, por lo general, no son estrictamente locales o subnacionales (suelen estar armados y financiados desde el exterior). Consideremos el movimiento União Nacional para a Indepêndencia Total de Angola (UNITA) de Savimbi: asistido durante años por la CIA y originalmente entrenado por el gobierno chino, apoyado durante años por la logística y milicia de la Sudáfrica del apartheid y por fuentes de financiación que van desde el comercio internacional de diamantes hasta donaciones de grupos eclesiásticos de los Estados Unidos. ¿Es una organización subnacional? ¿Un tipo de sociedad civil emergente? Consideremos también las formas transnacionales de criminalidad altamente organizadas que a menudo mantienen una relación simbiótica con el Estado, que incluso nos permite hablar, como Bayart *et al.* han sugerido recientemente (1999), de la "criminalización del Estado" en muchas partes de África. ¿Es posible comprender estos desarrollos dentro de los opuestos Estado-sociedad o local-global? ¿Qué sucede con las organizaciones transnacionales cristianas como World Vision International, que tienen un papel fundamental en muchas partes de África contemporánea ya que administran asuntos locales y construyen y administran

escuelas y clínicas allí donde los Estados no han logrado hacerlo? (Bornstein, 2001) ¿Se puede conceptualizar a estas enormes organizaciones transnacionales como "locales"? ¿Y qué sucede con las organizaciones humanitarias como Oxfam, CARE Internacional o Médicos sin Fronteras, que cumplen funciones correspondientes al Estado en toda África?

Si bien estas organizaciones no son Estados, son sin dudas similares al Estado en algunos aspectos; aun así, no están bien caracterizadas como subnacionales, nacionales o incluso supranacionales. Desconocen la lógica de la construcción de la nación correspondiente al viejo Estado desarrollista, que buscaba vincular a los ciudadanos en una red universalista nacional (cf. Scott, 1998) y, en cambio, se desarrollan sobre formas rápidas de conexión (y desconexión) de punto a punto y desterritorializadas, son serviles a las nuevas tecnologías de la comunicación y a las nuevas prácticas neoliberales de movilidad del capital (Ferguson, 1999; 2001). Estas entidades son transnacionales (locales y globales al mismo tiempo) e incluso, anacionales de alguna manera. No es posible ubicarlas dentro de la división vertical de niveles analíticos antes presentada y no es casualidad tampoco que estas organizaciones y movimientos que quedan fuera del esquema heredado de niveles de análisis sean tan poco estudiados. Hasta hace poco permanecían invisibles en el campo teórico de la política africana y quedaban relegados, en vez de ser "aplicados" a los estudios de las problemáticas.

En todos estos casos, estamos hablando de entidades políticas que pueden ser mejor conceptualizadas no "debajo" del Estado sino como parte integral de aparatos de gubernamentalidad transnacionales. Estos aparatos no reemplazan al viejo sistema de Estados-nación (que, seamos claros, no está por desaparecer) sino que se superponen y coexisten con él. En este sentido, cabe pensar a las nuevas organizaciones que han surgido en estos últimos años, no como rivales que ejercen presión desde abajo y contra el Estado, sino como contemporáneos horizontales de los órganos estatales (a veces rivales, a veces serviles, como perros guardianes o parásitos, pero en todos los casos que operan en el mismo nivel y en el mismo espacio global).

En consecuencia, no solo resulta importante estudiar las ONG y otras organizaciones transnacionales no estatales, o identificar sus interrelaciones y zonas de contacto con el Estado, también es necesario abordar la gubernamentalidad estatal y no estatal dentro de un marco común y evitar suposiciones infundadas sobre su alcance espacial, nivel vertical o relación con lo local. Si entendemos la verticalidad y el abarcamiento de los Estados no como un hecho dado sino como un logro precario, entonces es posible plantear la cuestión de la espacialidad de las prácticas de gobierno contemporáneas como un problema etnográfico.

Conclusión. Hacia una etnografía de la gubernamentalidad neoliberal

Estudiar la relación entre los Estados, el espacio y la escala abre la puerta a un proyecto empírico y etnográfico enorme, que todavía no ha sido planteado sistemáticamente por el análisis antropológico. Este artículo pone atención a dos aspectos centrales de la espacialización del Estado, la *verticalidad* y el *abarcamiento*; y estas imágenes de espacio y escala no son "meras" metáforas. Lo que las hace efectivas en tanto características obvias del Estado es su materialización en una amplia cantidad de prácticas burocráticas cotidianas, tal como demuestran los ejemplos de Programa Anganwadi en India. En vez de entender al espacio como un contenedor preexistente, y a la escala como una característica natural del mundo en el que operan los Estados, sostenemos que son los Estados mismos los que *producen* jerarquías escalares y espaciales. De hecho, la producción de estas jerarquías no es casual sino un elemento central para el funcionamiento de los Estados; son la *raison d'être* de los Estados (y tal vez su *raison d'état*). Podría resultar útil releer los registros etnográficos para reinterpretar los datos sobre cómo han sido legitimadas y fundamentadas las pretensiones de verticalidad y abarcamiento de los Estados alrededor del mundo en una multiplicidad de situaciones empíricas de la vida cotidiana (aunque en muchos casos puede que los datos sean demasiado escasos como para llevar a cabo tamaño proyecto).

Si bien las ideologías espaciales y escalares de los Estados siempre están abiertas a la crítica, las nuevas prácticas asociadas a la globalización neoliberal han generado la posibilidad de una interpelación más profunda. En un orden mundial donde las organizaciones del capitalismo coexistían más fácilmente con la hegemonía de los Estados-nación, los proyectos estatales de verticalidad y abarcamiento se veían como "naturales" y con frecuencia se incorporaban fácilmente a las rutinas diarias de la vida social. Sin embargo, los conflictos generados por la globalización neoliberal han hecho evidente la disyunción entre el orden espacial y escalar al revelar el fuerte carácter transnacional del "Estado" y "lo local", dirigiendo la atención hacia mecanismos de gubernamentalidad fundamentales que se desarrollan por fuera y en paralelo al Estado-nación. Algunos postulados de verticalidad históricamente monopolizados por el Estado (de un alcance espacial superior, supremacía en la jerarquía de poder, y mayor generalidad de intereses y objetivos morales) están siendo desafiados y socavados por un "algo local" transnacionalizado que fusiona las bases y lo global de maneras que arruinan la topografía vertical del poder, de la que ha dependido durante tanto tiempo la legitimación de los Estados-nación. Cada vez en mayor medida, las pretensiones de abarcamiento del Estado son igualadas y contrarrestadas por organizaciones y movimientos organizados e imaginados de forma global, manifestaciones de "lo local" que reclaman (en calidad de "guardianes

ecológicos del planeta", protectores indígenas de "los pulmones de la tierra" o participantes de la lucha universal por los derechos humanos) un ámbito moral y espacial más amplio que el del mero Estado nacional.

No pretendemos sugerir que estos actores locales transnacionalizados siempre salgan victoriosos, ni que los Estados nacionales se han vuelto incapaces de ejercer su autoridad sobre las localidades. Tampoco queremos insinuar que las nuevas dificultades de los Estados para espacializar su autoridad marquen el inicio de una nueva era de ilustración y mayor bienestar común –por el contrario– la disminución de la autoridad estatal tiene las mismas chances de socavar la posición de los grupos subalternos como de mejorarla, como lo demuestra la historia política reciente de gran parte de África. Que hoy en día las pretensiones de abarcamiento vertical del Estado sean cada vez más precarias no significa que ya no existan. Como hemos visto, el abarcamiento vertical todavía está fuertemente institucionalizado y particularizado en prácticas cotidianas. Si la naturaleza de estas instituciones y los lugares en donde se realiza se transforman, son precisamente estas transformaciones las que merecen la atención de nuestras investigaciones empíricas.

Lo que se necesita entonces no es tan solo más o mejores estudios de las "interacciones Estado-sociedad" (plantear la cuestión de esta manera sería dar por cierta la misma oposición que se pretende cuestionar) sino una etnografía del abarcamiento, un enfoque que tenga como problema central comprender los procesos a través de los cuales se legitima o socava la gubernamentalidad (de actores estatales y no estatales), en referencia a las pretensiones de un alcance espacial y una altura vertical superiores. En efecto, al poner en primera plana la gubernamentalidad, se cuestiona la distinción en la que tanto insiste el término organización no gubernamental, y se enfatizan las similitudes respecto de las tecnologías de gobierno entre diferentes dominios.

Una etnografía de la espacialidad de la gubernamentalidad enfrenta varios problemas. En primer lugar, como lo formuló Foucault (1991), la "gubernamentalidad" como forma de poder ejercida sobre las poblaciones asume las estructuras del Estado-nación. Al extender este concepto para dar cuenta de las fuerzas de la globalización neoliberal, nos vemos obligados a reformular los supuestos escalares y espaciales de gubernamentalidad[24]. Por ejemplo, no podemos pensar la gubernamentalidad transnacional como una mera forma de gobierno global, un supra-Estado que se impone sobre varios Estados-nación a la manera de la Unión Europea sobre sus

[24] Sally Merry (2001) desarrolla la idea de "gubernamentalidad espacial" para señalar las formas de gubernamentalidad que buscan regular a las personas indirectamente a través del control y la regulación del espacio.

Estados miembro. Las instituciones de gobierno global no reproducen simplemente las funciones y tareas de los Estados-nación a mayor escala, como los defensores y opositores de la gubernamentalidad transnacional suelen asumir. Se continúan produciendo verticalidad y abarcamiento pero no de la misma manera ni por las mismas instituciones o grupos. Las organizaciones no gubernamentales y los grupos "de base" globalizados son buenos ejemplos de cómo las escalas colapsan unas en otras. Neil Smith intentó entender el fenómeno de la "conectividad política y social activa de escalas en apariencia diferentes" (1922, 66) haciendo referencia a estas actividades como "escalas que saltan". John Ruggie (1993) intentó comprender la reconfiguración de la soberanía territorial en el sistema mundial como la formación de un "espacio desagregado" donde la nación y el Estado no son homólogos en cuanto al control y la regulación del territorio. Otras formas de producción escalar y espacial se imponen con claridad a la espacialidad y territorialidad del Estado (Brenner, 1997; Storper, 1997; Swyngedouw, 1997). Al mismo tiempo, diferentes instituciones y organizaciones, incluidos los Estados-nación y los meta Estados, como la Unión Europea, intentan restituir la verticalidad y el abarcamiento en territorios no necesariamente contiguos ni unidos en esferas económicas, políticas o culturales. El desafío etnográfico que hoy nos presenta la globalización neoliberal es comprender la espacialidad de todas las formas de gobierno, algunas de las cuales se integran a las prácticas cotidianas de los Estados-nación, mientras que otras se entrecruzan o superponen con la jurisdicción territorial de los Estados-nación.

Este enfoque puede habilitar un conjunto de preguntas mucho más interesantes que las que se han formulado hasta ahora sobre el significado del transnacionalismo. No se trata de si una economía política globalizada debilita o les quita relevancia a los Estados-nación, como algunos proponen, ni de saber si los Estados continúan siendo componentes fundamentales del sistema global, como otros tantos han sugerido. El principal efecto de las nuevas formas de gubernamentalidad transnacional no es el debilitamiento (o fortalecimiento) de los Estados, tanto como la reconfiguración de las capacidades de los Estados para espacializar su autoridad y sostener sus pretensiones de universalidad y generalidad superior. Reconocer este proceso podría abrir una nueva línea de investigación en los estudios sobre la gubernamentalidad en el mundo contemporáneo.

Referencias

- Anagnost, A. (1997). *National Past Times: Narrative, Representation and Power in Modern China*. Durham, NC: Duke University Press.

- Anderson, B. R. (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York: Verso.
- Bayart, J. F. (1993 [1989]). *The State in Africa: The Politics of the Belly*. Nueva York: Longman.
- Bayart, J. F.; S. Ellis y B. Hibou (eds.) (1999). The Criminalization of the State in Africa. Bloomington: Indiana University Press.
- Barry, A.; T. Osborne y N. Rose (eds.) (1996). F*oucault and Political Reason: Liberalism, Neo-Liberalism and Rationalities of Government*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bernal, V. (1997). "Colonial Moral Economy and the Discipline of Development: The Gezira Scheme", *Cultural Anthropology* 12(4): 447-479.
- Bornstein, E. (2001). *The Good Life: Religious NGOs and the Moral Politics of Economic Development in Zimbabwe*. Tesis doctoral, Doctorado en Relaciones Sociales, University of California at Irvine.
- Brenner, N. (1997). "Global, Fragmented, Hierarchical: Henri Lefebvre's Geographies of Globalization", *Public Culture* 10(1): 135-167.
- Burchell, G. (1991) Peculiar Interests: Civil Society and Governing "The System of Natural Liberty". En Burchell, G., Gordon, C. y Miller, P. (eds.) *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, pp. 119-150. Chicago: University of Chicago Press.
--- (1996). Liberal Government and Techniques of the Self. En Barry, A.; Osborne, T. y Rose, N. (eds.) *Foucault and Political Reason: Liberalism, Neo-liberalism and Rationalities of Government*, pp. 19-36. Chicago: University of Chicago Press.
- Burchell, G.; C. Gordon, y P. Miller (eds.) (1991). *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*. Chicago: University of Chicago Press.
- Calhoun, C. (ed.) (1992). *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Chabal, P. y J. P. Daloz (1999). *Africa Works: Disorder as Political Instrument*. Bloomington: Indiana University Press.
- Chatterjee, P. (1990). "A Response to Taylor's 'Modes of Civil Society'", *Public Culture* 3(1): 119-132.
- Chavez, L. R. (1998). *Shadowed Lives: Undocumented Immigrants in American Society*. Fort Worth: Harcourt Brace College Publishers.
- Cohen, J. L. y A. Arato (1992). *Civil Society and Political Theory*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Cohn, B. S. (1996). *Colonialism and Its Forms of Knowledge*. Princeton: Princeton University Press.
- Comaroff, J. L. (1998). "Reflections on the Colonial State, in South Africa and Elsewhere: Factions, Fragments, Facts and Fictions", *Social Identities* 4(3): 321-361.

- Comaroff J. L. y J. Comaroff (eds.) (1999). *Civil Society and the Political Imagination in Africa*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cooper, F. (1993). *Historicizing Development*. Taller. Emory University, Atlanta, diciembre.
- Coronil, F. (1997). *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- Corrigan, P. y D. Sayer (1985). *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*. Nueva York: Basil Blackwell.
- Darian-Smith, E. (1999). *Bridging Divides: The Channel and English Legal Identity in the New Europe*. Berkeley: California University Press.
- Dean, M. (1999). *Governmentality: Power and Rule in Modern Society*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Fallers, L. A. (1971). *The Social Anthropology of the Nation-State*. Chicago: Aldine.
- Ferguson, K. E. (1984). *The Feminist Case Against Bureaucracy*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Ferguson, J. (1995) From African Socialismto Scientific Capitalism: Reflections on the Legitimation Crisis in IMF-ruled Africa. En Moore, D. y Schmitz, G. (eds.) *Debating Development Discourse: Popular and Institutionalist Perspectives*, pp. 129-148. Nueva York: St. Martins Press.
--- (1999). *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Lifeon the Zambian Copperbelt*. Berkeley: University of California Press.
--- (2001). Global Disconnect: Abjection and the Aftermath of Modernism. En Inda, J. J. y Rosaldo, R. (eds.) *The Anthropology of Globalization*, pp. 136-153. Nueva York: Blackwell.
--- (2006), Transnational Topographies of Power: Beyond "the State" and "Civil Society" in the Study of African Politics. En Schwab, G. (ed.) *The Forces of Globalization*, pp. 45-71. Nueva York: Columbia University Press.
- Foucault, M. (1991). Governmentality. En Burchell, G., Gordon, C. y Miller, P. (eds.) *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, pp. 87-104. Chicago: University of Chicago Press.
- Geertz, C. (1980). *Negara: The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*. Princeton: Princeton University Press.
- Grant, B. (1995). *In the Soviet House of Culture: A Century of Perestroikas*. Princeton: Princeton University Press.
- Gupta, A. (1995). "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State", *American Ethnologist* 22(2): 375-402.
- Gupta, A. y J. Ferguson (eds.) (1997). *Culture, Power, Place: Explorations in Critical Anthropology*. Durham, NC: Duke University Press.

- Guyer, J. (1994). The Spatial Dimensions of Civil Society in Africa: An Anthropologist Looks at Nigeria. En Harbeson, J. W., Rothchild, D. y Chazan, N. (eds.) *Civil Society and the State in Africa*, pp. 215-30. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Hanlon, J. (1991). *Mozambique: Who Calls the Shots?* Bloomington: Indiana University Press.
- Harbeson, J. W.; D. Rothchild y N. Chazan (eds.) (1994). *Civil Society and the State in Africa*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Harvey, D. (1985a). *Consciousness and The Urban Experience: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
--- (1985b). *The Urbanization of Capital: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*. Baltimore: John Hopkins University Press.
--- (1990). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Hegel, G. W. F. (1942 [1821]). *Philosophy of Right*. Knox, T. M. (trans.). Oxford: Clarendon Press.
- Herzfeld, M. (1991). *A Place of History: Social and Monumental Time in a Cretan Town*. Princeton: Princeton University Press.
- Heyman, J. McC. (1998). State Escalation of Force: A Vietnam/US-Mexico Border Analogy. En Heyman, J. M. (ed.) *State and Illegal Practices*, pp. 285-314. Oxford: Berg.
- Joseph, G. M. y D. Nugent (eds.) (1994). *Every day Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham, NC: Duke University Press.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Mamdani, M. (1996). *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*. Princeton: Princeton University Press.
- Massey, D. (1984). *Spatial Divisions of Labour. Social Structures and the Geography of Production*. London: Macmillan.
--- (1994). *Space, Place and Gender*. Cambridge: Polity.
- Maurer, B. (1998). *Recharting the Caribbean: Land, Law, and Citizenship in the British Virgin Islands*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Mayekiso, M. (1996). *Township Politics: Civic Struggles for a New South Africa*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Mbembe, A. (1992). "The Banality of Power and the Aesthetics of Vulgarity in the Postcolony", *Public Culture* 4(2): 1-30.
- Merry, S. E. (2001). "Spatial Governmentality and the New Urban Social Order: Controlling Gender Violence Through Law", *American Anthropologist* 103(1): 16-29.

- Mindry, D. (1998). *"Good Women": Philanthropy, Power, and the Politics of Femininity in Contemporary South Africa*. Tesis doctoral, Doctorado en Relaciones Sociales, University of California at Irvine.
- Mitchell, T. (1991) "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *American Political Science Review* 85(1): 77-96.
- Nugent, D. (1997). *Modernity at the Edge of Empire: State, Individual, and Nation in the Northern Peruvian Andes*, 1885-1935. Stanford: Stanford University Press.
- O'Malley, P. (1998). Indigenous Governance. Governing Australia: Studies in Contemporary Rationalities of Government. En Dean, M. y Hindess, B. (eds.) pp. 156-72. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pateman, C. (1988). *The Sexual Contract*. Stanford: Stanford University Press.
- Rosaldo, M. Z. (1980). "The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding", *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 5(3): 389-417.
- Rose, N. (1996). Governing "Advanced" Liberal Democracies. En Barry, A. Osborne, T. y Rose, N. (eds.) *Foucault and Political Reason: Liberalism, Neo-liberalism and Rationalities of Government*, pp. 37-64. Chicago: University of Chicago Press.
- Rose, N. y P. Miller (1992). "Political Power beyond the State: Problematics of Government", *British Journal of Sociology* 43(2): 172-205.
- Ruggie, J. (1993). "Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations", *International Organization* 47(1): 139-174.
- Sassen, S. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
--- (1996). *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*. Nueva York: Columbia University Press.
--- (1998). *Globalization and Its Discontents: Essays on the New Mobility of People and Money*. Nueva York: New Press.
- Saul, J. S. (1993). *Recolonization and Resistance: Southern Africa in the 1990s*. Trenton: Africa World Press.
- Scott, J. C. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Seligman, A. B. (1992). *The Idea of Civil Society*. Princeton: Princeton University Press.
- Smith, N. (1992). "Contours of a Spatialized Politics: Homeless Vehicles and the Production of Geographical Scale", *Social Text* 33: 54-81.
- Stallybrass, P. y A. White (1986). *The Politics and Poetics of Transgression*. Ithaca: Cornell University Press.

- Storper, M. (1997). Territories, Flows, and Hierarchies in the Global Economy. En Cox, K. R. (ed.) S*paces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*, pp. 19-44. Nueva York: The Guilford Press.
- Strathern, M. (1995). *The Relation: Issues in Complexity and Scale*. Cambridge: Prickly Pear Press.
- Swyngedouw, E. (1997). Neither Global Nor Local: "Glocalization" and the Politics of Scale. En Cox, K. R. (ed.) *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*, pp. 137-166. Nueva York: The Guilford Press.
- Taussig, M. (1996). *The Magic of the State*. Nueva York: Routledge.
- Taylor, C. (1990). "Modes of Civil Society", *Public Culture* 3(1): 95-118.
- Vail, L. (ed.) (1991). *The Creation of Tribalism in Southern Africa*. Berkeley: University of California Press.
- Verdery, K. (1996). *What Was Socialism, and What Comes Next?* Princeton: Princeton University Press.
- Werbner, R. y T. Ranger (eds.) (1996). *Postcolonial Identities in Africa*. Atlantic Highlands, NJ: Zed Books.
- Wilmsen, E. N. y P. McAllister (eds.) (1996). *The Politics of Difference: Ethnic Premises in a World of Power*. Chicago: University of Chicago Press.
- Yanagisako, S. J. y J. F. Collier (1987). Toward a Unified Analysis of Gender and Kinship. En Collier, J. F. y Yanagisako, S. J. (eds.) *Gender and Kinship: Essays Toward a Unified Analysis*, pp. 14-50. Stanford: Stanford University Press.

Capítulo 2

Henri Lefebvre sobre el Estado, el espacio y el territorio*

Neil Brenner** y **Stuart Elden*****

En este artículo, ofrecemos una explicación de cómo el filósofo y sociólogo marxista francés Henri Lefebvre (1901-1991) puede ser leído como un teórico del territorio. Si bien Lefebvre es conocido como teórico del espacio, sus trabajos sobre el Estado sólo están empezando a ser discutidos en la literatura en lengua inglesa. Durante la última década, en el contexto de una intensificación más amplia del interés académico por las geografías del espacio estatal (Brenner *et al.*, 2003), Lefebvre ha recibido el reconocimiento adecuado por su atención pionera y reflexiva a las articulaciones espaciales del poder estatal (Brenner, 1997a, b; 2004; Elden, 2004). Sin embargo, hasta la fecha no se han explorado las dimensiones territoriales del pensamiento de Lefebvre sobre el espacio estatal. Mientras tanto, a pesar de su centralidad para cualquier comprensión del espacio estatal,

---

* La versión original de este capítulo fue publicada en 2009 con el título "Henri Lefebvre on State, Space, Territory", en la revista *International Political Sociology* 3, 353-377. Traducido por Diego Roldán, IECH-UNR-CONICET PEPS-CEI-UNR.

** Profesor, teórico urbano crítico y coordinador del Laboratorio de Teoría Urbana en la Universidad de Harvard. Correo electrónico: nbrenner@gsd.harvard.edu.

*** Profesor de Teoría Política y Geografía de la Universidad de Warwick. Correo electrónico: Stuart.Elden@warwick.ac.uk

Aunque nuestra colaboración es muy anterior a este artículo, su ocasión inmediata fue una amplia serie de debates que tuvieron lugar en Cambridge, MA, en abril de 2008. Parte de nuestro trabajo en este proyecto tuvo lugar en el verano de 2008, mientras Neil Brenner ocupaba la Cátedra Wibaut de Estudios Urbanos en el Instituto de Desarrollo Metropolitano e Internacional de Ámsterdam (AMIDST), de la Universidad de Ámsterdam. Agradecemos a Robert Kloosterman por organizar esta visita. Stuart Elden presentó versiones de este argumento en la Universidad Ben Gurion de Israel y en la Universidad Nacional de Singapur. Stuart Elden agradece el apoyo de una beca Leverhulme Major Research Fellowship. Por último, agradecemos a los revisores y editores de *International Political Sociology* sus comentarios constructivos y de apoyo.

la cuestión del territorio ha sido extrañamente poco teorizada en las literaturas posteriores a la década de 1970 sobre relaciones internacionales (RI) y economía política espacializada (véase Agnew y Corbridge, 1995; Painter, 2009). Aunque Lefebvre no conceptualizó el territorio en términos sistemáticos, sí ofreció algunas observaciones perspicaces, aunque incompletas, sobre su relación con el poder del Estado moderno que, argumentamos, tienen una relevancia considerable para las ciencias sociales contemporáneas.

En un primer paso, basándonos en el influyente reto de John Agnew (1994) de trascender la arraigada "trampa territorial" dentro de la economía política internacional, abogamos por una interrogación teórica más sostenida de la relación entre Estados, espacio y territorio. Esto implica no sólo una consideración más sistemática del Estado en los enfoques espacializados de la economía política, sino también una teorización explícita y reflexiva del propio territorio como característica esencial del espacio estatal moderno. En segundo lugar, ofrecemos una lectura de Lefebvre como teórico de la relación entre el espacio estatal y el territorio y, más concretamente, del espacio estatal como territorio. En tercer lugar, consideramos las ideas, en gran medida implícitas, de Lefebvre sobre la producción del territorio. Esto, a su vez, facilita una interpretación de su enfoque de la política del espacio como una forma de conceptualizar lo que podría denominarse estrategias territoriales del Estado. Por último, sugerimos que su obra ofrece una valiosa perspectiva sobre lo que denominaremos el "efecto territorial", es decir, la tendencia del Estado, a través de su forma territorial, a naturalizar (enmascarar y normalizar a la vez) sus propios efectos transformadores e intensamente estructurantes sobre las relaciones socioespaciales. En esta interpretación, el enfoque de Lefebvre plantea de forma productiva la cuestión de cómo se construye y reproduce realmente la trampa territorial, ya sea en las ciencias sociales, en el ámbito estatal, en la política o en la vida cotidiana.

Revisando la trampa territorial

Hace quince años, John Agnew (1994) desafió a los científicos sociales a superar la "trampa territorial", un conjunto de nociones intelectualmente restrictivas sobre el papel del territorio en la vida político-económica. Según Agnew, la trampa territorial implicaba tres supuestos geográficos no cuestionados: (i) que el Estado ejerce la soberanía sobre toda su jurisdicción territorial, incluidos los procesos económicos que se desarrollan "dentro" de ella; (ii) que la vida político-económica está claramente separada en ámbitos "nacionales" y "extranjeros" (o "internacionales"); y (iii) que el Estado "contiene" la economía y la sociedad (o que la economía y

la sociedad están definidas por las fronteras del Estado)[1]. Agnew argumentó que estos supuestos son problemáticos porque sustentan una tendencia generalizada en la economía política internacional a naturalizar –es decir, a dar por sentada– la extensión territorial, la constitución y la delimitación del poder estatal y la vida político-económica en general.

Agnew cuestionó estos supuestos, no para indicar que no tengan ningún valor en las geografías del desarrollo capitalista moderno, sino para sugerir que impiden la investigación de los procesos a través de los cuales se han producido y transformado históricamente las formaciones político-económicas configuradas territorialmente. En particular, Agnew sostuvo que la trampa territorial es una seria limitación intelectual en el período contemporáneo de intensificación de la integración geoeconómica y de aceleración de la reestructuración político-regulatoria. En estas condiciones, argumentó Agnew, el territorio sigue siendo fundamental, pero se está transformando cualitativamente en formas que no pueden ser comprendidas sobre la base de los supuestos geográficos heredados. El territorio, sugirió, no es la única ni la principal dimensión espacial de las economías políticas capitalistas, y la mayoría de las configuraciones político-económicas capitalistas no son uniforme o globalmente territoriales. Por lo tanto, Agnew propuso que los supuestos geográficos de la economía política internacional tienen que replantearse fundamentalmente: hay que escapar de la trampa territorial.

Incluso antes de la intervención de Agnew, se estaban desarrollando y aplicando con considerable sofisticación enfoques reflexivos del estudio del capitalismo en campos como la geografía crítica y los estudios urbanos y regionales[2]. Pero en su mayor parte, hasta principios de la década de 1990, estos enfoques habían ejercido una influencia mínima más allá de los medios subdisciplinarios relativamente circunscritos y los intersticios interdisciplinarios de los que surgieron. La publicación del artículo de Agnew coincidió con un creciente interés académico por teorizar e investigar de forma reflexiva las dimensiones espaciales del poder del Estado en las ciencias sociales, y lo aceleró de forma productiva. De hecho, desde mediados de la década de 1990, ha habido una verdadera avalancha de trabajos teóricos y empíricos

[1] Al desarrollar estos argumentos, Agnew se basa en el trabajo pionero de R. B. J. Walker (1993), quien cuestionó la división artificial entre la teoría política y las RRII, y la división intelectual del trabajo que esto producía.

[2] Esto se debe, entre otras cosas, a las contribuciones extraordinariamente creativas e influyentes de académicos como Henri Lefebvre, Manuel Castells, David Harvey, Doreen Massey, Nigel Thrift y Edward Soja. Para una visión general de estas contribuciones, véase Gregory y Urry, 1985; Katznelson, 1993; Soja, 2000.

innovadores dedicados a desnaturalizar las geografías históricas y contemporáneas del poder estatal. Cada vez más, esta agenda se ha llevado a cabo no sólo dentro de lugares intelectuales intersticiales y postdisciplinarios, sino también dentro de una serie de comunidades epistémicas subdisciplinarias o transdisciplinarias como las RRII críticas, la sociología política e histórica y la antropología política e histórica[3]. La nueva literatura sobre el espacio estatal está todavía en una infancia relativa, y los estudiosos han centrado adecuadamente su atención en cuestiones teóricas, históricas y empíricas específicas en lugar de intentar construir prematuramente una gran síntesis intelectual. No obstante, la consolidación de esta literatura durante los últimos quince años parece ofrecer una poderosa prueba de que la propuesta de Agnew de escapar de la trampa territorial se ha seguido con vigor. También parece sugerir que se han trazado rutas de escape de esta trampa y que estos caminos se han adoptado eficazmente en importantes corrientes de la economía política heterodoxa.

Sin embargo, aunque los estudios sobre el espacio estatal se publican cada vez con más frecuencia, se presenta una paradoja: mientras que gran parte de la nueva investigación sobre el espacio estatal ha estado animada por la preocupación de escapar de la trampa territorial, la problemática del territorio como tal ha sido interrogada sistemáticamente. En su lugar, el territorio tiende a ser explorado indirectamente, o de manera parcial, a través de la consideración de sus expresiones empíricas concretas, por ejemplo, la evolución de los regímenes fronterizos; las modalidades de soberanía bajo las llamadas formaciones westfalianas o post-westfalianas; o los procesos putativos de desterritorialización[4]. Estos estudios han demostrado de forma productiva que muchas estructuras territoriales de poder heredadas están siendo cuestionadas, reconfiguradas o trascendidas. Pero, curiosamente, estas iniciativas de investigación no siempre se han basado en un sentido claro de lo que significa precisamente el "territorio", tanto en términos conceptuales como prácticos. En la medida en que generalmente se entiende simplemente como un espacio delimitado, o como una estrategia para lograr esa delimitación, la teorización del territorio en los recientes debates sobre el espacio estatal representa un importante punto ciego analítico[5]. De hecho, un examen minucioso de esta literatura emergente revela que

[3] Para una visión general reciente, véase, entre otros trabajos, Brenner *et al.,* 2003; Ferguson y Jones, 2002.

[4] En una amplia literatura, véase, por ejemplo, Linklater, 1998; Newman, 1999; Scholte, 2000; y para los debates, véase Elden, 2005; Agnew, 2009.

[5] Existe, por supuesto, una literatura más extensa sobre la territorialidad. La territorialidad y el territorio deben distinguirse cuidadosamente, aunque, por supuesto, están estrechamente relacionados. Por lo general, se entiende que la territorialidad implica alguna forma de cerramiento espacial (véase Sack, 1986; y especialmente Sack, 1997, donde el término es difícil de disociar del de "lugar"";

muchos relatos, por lo demás reflexivamente espacializados, suelen dar por sentada la propia dimensión del espacio político que pretenden investigar. Es como si, en su preocupación por espacializar el análisis de las instituciones y prácticas estatales, los teóricos asumieran que sus dimensiones territoriales son ya evidentes, y luego pasaran a explorar otras cuestiones supuestamente más fundamentales[6]. Por tanto, las vías de escape de la trampa territorial se han buscado generalmente a través de análisis de otras dimensiones del espacio estatal, como el lugar/región (Allen, Cochrane y Massey, 1999), la escala (Swyngedouw, 2000; Brenner, 2004; Smith, 2004) y la gobernanza/redes (Castells, 1996; Cooke y Morgan, 1998; Perkmann y Sum, 2002). En consecuencia, aunque los estudios sobre la política del lugar, la reestructuración del Estado y la gobernanza en red han adquirido una sofisticación teórica cada vez mayor en la creciente literatura sobre el espacio estatal, las relaciones recíprocas entre el territorio y el poder del Estado han recibido sorprendentemente poca atención teórica. Como señala Painter, "...la naturaleza del territorio en sí mismo –su ser y llegar a ser, más que sus consecuencias y efectos– sigue estando subteorizada y con demasiada frecuencia se da por sentada" (Painter, 2009, 2). En efecto, en medio de una impresionante proliferación de esfuerzos académicos por salir de la trampa territorial, la cuestión del territorio en sí ha permanecido obstinadamente esquiva. Especialmente a la luz de la centralidad del territorio en todas las principales definiciones socio-científicas del Estado moderno –desde la formulación clásica de Weber (1968) hasta los escritos más recientes de estudiosos como Mann (1986), Giddens (1985) y Sassen (1996; 2006)–. Se trata de una situación totalmente problemática que implica la necesidad de enriquecer aún más nuestra comprensión del territorio –a la vez como una forma históricamente específica de organización político-espacial, como una modalidad clave del arte de gobernar moderno y como una dimensión estratégica de la política moderna– a la luz de los conocimientos teóricos y metodológicos obtenidos durante la última década de trabajo sobre la producción del espacio estatal. En consecuencia, aunque afirmamos y nos basamos en este trabajo,

---

y el intercambio entre Cox, 1991 y Steinberg, 1994). Por el contrario, sugerimos a continuación y en otros lugares que el territorio se concibe mejor como una forma histórica y geográficamente específica de organización política y pensamiento político (Elden, 2005; 2007; 2009). Tal y como se utiliza en gran parte del discurso de las RRII, la noción de territorialidad carece de la especificidad histórica y geográfica que consideramos fundamental para el territorio, en tentó práctica como forma político-espacial.

[6] Una excepción importante, aunque parcial, a esta generalización puede encontrarse en la literatura histórica sobre la territorialización del poder estatal moderno (por ejemplo, Mann, 1993; Spruyt, 1994; Arrighi, 1995; Escolar, 2003; Teschke, 2003; Agnew, 2005). Al contextualizar el territorio moderno como una forma históricamente específica de organización político-espacial, esta literatura comienza a abrir las cuestiones teóricas subyacentes que nos ocupan.

sostenemos que la relación Estado-espacio no puede entenderse adecuadamente sin una interrogación más sistemática e históricamente específica de la problemática del territorio. En particular, sus condiciones históricas y geográficas de posibilidad, su especificidad, sus particularidades, su periodicidad, sus expresiones institucionales y simbólicas, sus papeles estratégicos y sus límites reales y potenciales quedan por investigar exhaustivamente.

Lefebvre como teórico del Estado

A los efectos de este artículo, nuestra incursión en esta compleja y amplia agenda intelectual implica reconstruir y reinterpretar las ideas teóricas sobre el Estado de Henri Lefebvre, a quien consideramos un pensador pionero, aunque en gran medida descuidado, de la relación Estado-espacio-territorio[7]. En las ciencias sociales angloamericanas, especialmente desde la traducción de 1991 de *La producción del espacio* (publicada originalmente en francés en 1974), Lefebvre ha sido probablemente más conocido por sus contribuciones pioneras a la teoría socioespacial. Sus escritos sobre las ciudades y la urbanización también ejercieron una influencia fundamental sobre algunos de los fundadores de la economía política crítica urbana y regional en el periodo posterior a la década de 1970, entre los que destacan David Harvey (1974; 1982; 1989) y Edward Soja (1989). Sin embargo, mientras que Lefebvre ha sido convenientemente defendido como pensador innovador del espacio social y urbano (Gottdiener, 1985; Soja, 1989; 1996; Shields, 1999; Schmid, 2005), sus estudios igualmente provocativos y pioneros sobre el poder y el espacio estatal de los años setenta son mucho menos conocidos[8]. En consecuencia, *La producción del espacio* ha sido ampliamente entendida como la culminación teórica de los

[7] Si bien esta estrategia analítica impide, en el presente contexto, un compromiso detallado con la historia del territorio o un relato empírico concreto de las transformaciones territoriales históricas o contemporáneas, pretende generar herramientas conceptuales y orientaciones metodológicas para afrontar esas tareas en otros lugares. Véase Elden, 2009 para una interpretación del "estado del territorio" contemporáneo.

[8] Esto se debe en parte a que sus escritos clave sobre estos temas han permanecido en gran medida sin traducir al inglés. Aunque Lefebvre había escrito varios comentarios importantes sobre la teoría del Estado hegeliana y marxiana antes de la década de 1970, sus trabajos clave sobre la teoría del Estado y el espacio estatal se produjeron en esa década, en *De l'État* (Lefebvre, 1976-1978) y en una amplia gama de libros, periódicos y revistas. El primero está agotado desde hace mucho tiempo, y los escritos más cortos a menudo aparecieron en medios de publicación bastante inaccesibles; por lo tanto, esta obra ha permanecido relativamente oscura incluso en Francia. Algunos escritos clave de esta época se han traducido recientemente bajo el título *State, Space, World* (Lefebvre, 2009). Para los primeros compromisos en inglés con la obra de Lefebvre sobre el espacio estatal, véase Brenner, 1997a, b; 2004; 2008; Elden, 2004; Goonewardena *et al.*, 2008; Brenner y Elden, 2009.

anteriores estudios de Lefebvre sobre la transformación rural-urbana y las luchas políticas bajo el capitalismo fordista tardío en Europa (Lefebvre, 1970ª; 1996; 2003b). Ciertamente, lo urbano fue una de las preocupaciones centrales de Lefebvre, sobre todo a partir de finales de la década de 1960. Sin embargo, es igualmente plausible interpretar *La producción del espacio* como una expresión y extensión de muchos de sus otros intereses intelectuales y políticos permanentes, y por tanto como un momento de pensamiento en curso, más que como un estudio independiente o como la culminación de su trayectoria de investigación anterior. Por ejemplo, se podría leer *La producción del espacio* en relación con la anterior obra de Lefebvre, *Crítica de la vida cotidiana*, de tres volúmenes (Lefebvre, 2008); y también como una estación de paso en la evolución de su compromiso de toda la vida con la filosofía europea. De hecho, las reflexiones de Lefebvre sobre la teoría socioespacial y sus importantes tratados sobre *La fin de l'histoire* (Lefebvre, 1970b; 2003, 177-187) y Hegel, Marx, Nietzsche (Lefebvre, 1975; 2003, 42-49) fueron productos del mismo período extraordinariamente creativo.

Todas estas preocupaciones, desde la cuestión de la filosofía y su superación hasta la mercantilización de la vida cotidiana, el proceso de urbanización y la política del espacio, se relacionan a su vez con uno de los proyectos de Lefebvre de toda su vida: la crítica de la economía política. La exploración de esta problemática, entendida como una continuación y actualización del programa de Marx en *El Capital*, atraviesa toda la carrera de Lefebvre, pero no fue hasta mediados de la década de 1970 cuando Lefebvre comenzó a considerar, en términos sistemáticos, las dimensiones espaciales y teóricas del Estado. En una notable secuencia de libros de este periodo –especialmente *La survie du capitalisme* (La supervivencia del capitalismo) (Lefebvre, 1973; 1976); L*a producción del espacio* (Lefebvre, 1991[1974]); y *De l'Etat* (Lefebvre, 1976-1978)– Lefebvre ofrece un análisis detallado de las estrategias estatales para gestionar las tendencias a la crisis del capitalismo moderno mediante la producción del espacio. De hecho, cada uno de estos libros avanza sobre la propuesta compartida de que el espacio debe ser un elemento central dentro de la crítica de la economía política. *La survie du capitalisme* lo hace de forma polémica y política; y *La producción del espacio* lo hace de forma más matizada teóricamente y sistemáticamente filosófica. Pero sólo en los volúmenes de *De l'État*, donde se explora más sistemáticamente el papel del Estado en la producción de la espacialidad (capitalista), Lefebvre elabora su enfoque plenamente desarrollado y maduro de esta problemática.

A partir de mediados de la década de 1970, la crítica de Lefebvre a la economía política no es simplemente un esfuerzo por subrayar el papel de la producción

del espacio en la supervivencia del capitalismo. En esta coyuntura, Lefebvre va más allá, insistiendo en que incluso una economía política reflexivamente espacializada –una economía geopolítica– es fundamentalmente defectuosa a menos que también elabore una crítica de la forma de Estado (Lefebvre, 2009, capítulo 4). En su volumen de 1980 sobre la relevancia contemporánea del pensamiento de Marx, Lefebvre critica al propio Marx por no reconocer este punto y, por tanto, por una comprensión excesivamente economicista del espacio: "El espacio aparece para Marx sólo como la suma de los lugares de producción, como el territorio de varios mercados" (Lefebvre, 2009, 211). Este énfasis teórico es evidente no sólo en los principales escritos de Lefebvre sobre el espacio estatal, como *De l'État*, sino también en sus otros textos importantes de la década de 1970 sobre la urbanización y la producción del espacio, que estaban igualmente impregnados de una preocupación por descifrar la naturaleza del desarrollo del Estado moderno, el poder estatal y el espacio estatal (véase, por ejemplo, Lefebvre, 1970; 1991 [1974]; 1996 [1968]; 2003b [1970]).

Espacio estatal[9]: *l'espace étatique*

El relato de Lefebvre sobre el espacio estatal aspira a descifrar una amplia gama de procesos, transformaciones, conflictos y luchas asociados al Estado moderno en todas las escalas espaciales. Al igual que otros teóricos, historiadores y sociólogos, Lefebvre subraya que los Estados modernos surgieron de los abigarrados paisajes institucionales heredados de las formaciones sociales precapitalistas de la Europa moderna temprana (Lefebvre, 1974, 322-324; 1991, 280-281; 2009, capítulo 11). Sin embargo, Lefebvre hace hincapié en las dimensiones espaciales de esta transformación de forma más sistemática que la mayoría de los demás relatos, mostrando cómo los Estados transforman profundamente los paisajes político-económicos heredados, contribuyendo a su vez a la producción de un marco cualitativamente nuevo para la organización socioespacial nacional y, finalmente, mundial. Como indica en un capítulo clave del último volumen de *De l'État*:

> "como producto nacido de un espacio, el llamado territorio nacional, el Estado se vuelve hacia sus propias condiciones y antecedentes históricos, y los

[9] Como hemos argumentado ampliamente en otro lugar (Brenner y Elden, 2009), los escritos de Lefebvre de la década de 1970 proporcionan la base para una crítica contemporánea de la economía geopolítica desde el punto de vista teórico del Estado, un campo que sólo hace relativamente poco tiempo (véase, por ejemplo, MacLeod, 2000; Hudson, 2001; Brenner, 2004) ha comenzado a considerar el papel del Estado en los procesos de reestructuración socioespacial bajo el capitalismo. En esta lectura, los escritos de Lefebvre contienen ideas que pueden ser movilizadas para exponer, y posiblemente incluso trascender, algunas de las limitaciones de los mismos enfoques que, en una lectura parcial, han inspirado.

> transforma. Posteriormente, el Estado engendra relaciones sociales en el espacio; llega aún más lejos al desplegarse; produce un soporte, su propio espacio, que es en sí mismo complejo. Este espacio regula y organiza un espacio nacional en desintegración en el seno de un espacio mundial en consolidación (*l'espace mondial*)" (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 4: 261-262; 2009, 225).

¿Cuál es este "soporte", este nuevo espacio, que es producido por el Estado durante la transición a la modernidad capitalista? En los capítulos clave de *La producción del espacio* (Lefebvre, 1974; 1991, capítulo 4) y *De l'État* (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 4: capítulo 5; 2009, capítulo 11), Lefebvre caracteriza este nuevo marco del espacio social con referencia a su cualidad "abstracta". Lo denomina "espacio abstracto" y sugiere que representa una matriz cualitativamente nueva de organización socioespacial que es producida y regulada a la vez por el Estado moderno. A diferencia de los espacios "absolutos" de las formaciones sociales precapitalistas, que se organizaban con referencia a las diferenciaciones político-religiosas entre lugares sagrados y profanos, el espacio abstracto parece ser homogéneo y, por tanto, carente de diferencias (Lefebvre, 1974, 278-279, 328; 1991, 240, 285)[10]. Según Lefebvre (1974, 328; 1991, 285), esta apariencia de homogeneidad es instrumental tanto para el capital como para el Estado moderno: "sirve a las fuerzas que hacen tabula rasa de todo lo que se interpone en su camino, de todo lo que les amenaza, en resumen, de las diferencias". El espacio abstracto "destruye sus condiciones (históricas), sus propias diferencias (internas) y cualquier diferencia (emergente), para imponer una homogeneidad abstracta" (Lefebvre, 1974, 427; 1991, 370; traducción modificada). De este modo, el espacio abstracto permite un cálculo económico continuo y racional en las esferas de la producción y el intercambio, así como un control exhaustivo y abarcador en el ámbito del Estado. Para los fines actuales, tres aspectos del relato de Lefebvre merecen destacarse.

En primer lugar, Lefebvre sostiene que el espacio en general, pero especialmente el espacio abstracto, es inherentemente político (Lefebvre, 1974, 321-325, 402-403; 1991, 278-282, 349). Mientras que el espacio abstracto figura centralmente en la habilitación de los procesos de acumulación de capital, es, explica Lefebvre, "instituido por un estado, es institucional"; y es "'políticamente instrumental'" (Lefebvre, 1974, 328, 402-403; 1991, 285, 349). El espacio abstracto es, en definitiva, el producto político de las estrategias espaciales del Estado, de la administración, la represión, la dominación y el poder centralizado.

---

[10] Como veremos más adelante, Lefebvre subraya que se trata de una mera "apariencia" de homogeneidad, no de su actualización, y que el Estado figura de manera esencial en la producción de este efecto.

En segundo lugar, Lefebvre sostiene que la producción del espacio abstracto implica transformaciones no sólo en las prácticas políticas y los acuerdos institucionales, sino también en los imaginarios políticos: implica nuevas formas de imaginar, concebir y representar los espacios en los que se desarrollan la vida cotidiana, la acumulación de capital y la acción del Estado. Por esta razón, Lefebvre elabora su análisis del Estado moderno en parte a través de una lectura detallada de los teóricos del Estado moderno, incluyendo a Hobbes, Locke, y especialmente Hegel, así como a través de discusiones de filósofos (por ejemplo, Spinoza, Leibniz, Heidegger, Axelos) y figuras literarias (por ejemplo, Dante, Rabelais, Victor Hugo y el Romanticismo), cuyas ideas se invocan para delimitar los cambios epistémicos de la *longue durée* en cuestión (véase Lefebvre, 1974, 325-333; 1976-1978; 1991, 282-291).

En tercer lugar, Lefebvre sostiene que el espacio abstracto es inherentemente violento y geográficamente expansivo. Sugiere que proporciona un marco para interrelacionar formas económicas, burocráticas y militares de intervención estratégica, "no sólo a escala de cada Estado, sino también a escala internacional y mundial, la escala del sistema estatal planetario" (Lefebvre, 1980, 153; 2009, 214). Según Lefebvre, el Estado moderno moviliza "una racionalidad unitaria, logística, operativa y cuantificadora que haría posible el crecimiento económico y sacaría fuerzas de ese crecimiento para su propia expansión hasta tomar posesión de todo el planeta" (Lefebvre, 1974, 322-323; 1991, 280; traducción modificada; véase Lefebvre, 1974, 133; 1991, 112).

Aunque Lefebvre dedica una atención considerable en *De l'État* a la geohistoria de la formación del Estado moderno (especialmente en los volúmenes 1 y 2), algunos de sus argumentos más provocativos en ese libro se refieren a las transformaciones del espacio estatal en el siglo XX (sobre todo en los volúmenes 3 y 4). La noción de Lefebvre de "modo de producción estatal" (en adelante MPE), elaborada en el tercer volumen *De l'État*, es un intento de comprender el papel cada vez más central de las instituciones estatales para facilitar la supervivencia del capitalismo en el transcurso del siglo XX. El concepto de MPE tiene muchas funciones analíticas en la obra de Lefebvre (véase Brenner y Elden, 2009; Elden, 2004, capítulo 6; Brenner, 2001), pero lo moviliza constantemente para caracterizar las geografías cambiantes del poder estatal y la intervención del Estado durante la segunda mitad del siglo XX capitalista. En la concepción de Lefebvre, el MPE tiene elementos profundamente espaciales. Sus variadas estructuras institucionales abarcan toda la gama de escalas espaciales en las que se produce la acción estatal, desde lo local y lo regional hasta lo nacional y lo mundial. Al mismo tiempo, en la medida en que sus estrategias de intervención están orientadas a la reorganización de lugares, escalas y territorios

específicos, son profundamente selectivas desde el punto de vista espacial. Según Lefebvre, el MPE moviliza continuamente sus capacidades estratégicas para conformar y remodelar los espacios de acumulación de capital y de intercambio de mercancías, sometiéndolos, simultáneamente, a procesos de fragmentación, jerarquización y homogeneización. Una de las principales preocupaciones de Lefebvre, al desarrollar el concepto de MPE, es descifrar las estrategias espaciales histórica y contextualmente específicas a través de las cuales los Estados han intentado, en el transcurso del siglo XX, facilitar la acumulación de capital y reforzar la dominación política[11].

Lefebvre desarrolla sus ideas sobre el espacio estatal no sólo a través de argumentos sustantivos e históricos sobre la trayectoria del desarrollo del Estado en el siglo XX, sino también a través de una crítica sostenida de los supuestos geográficos subyacentes tanto en la teoría política marxista como en la liberal. En su opinión, dentro de estas dos tradiciones intelectuales ha habido una tendencia generalizada a descuidar, restar importancia, marginar e incluso ignorar los aspectos espaciales de los procesos políticos. En un pasaje central del último volumen de Del'Etat, que vale la pena citar en detalle aquí, Lefebvre afirma este punto sin rodeos:

> "Curiosamente, el espacio es ajeno a la reflexión política habitual. El pensamiento político y las representaciones que elabora permanecen "en el aire", con sólo una relación abstracta con el suelo [*terroirs*] e incluso con el territorio nacional... El espacio pertenece a los geógrafos en la división académica del trabajo. Pero luego se reintroduce subversivamente a través de los efectos de las periferias, los márgenes, las regiones, las aldeas y las comunidades locales abandonadas, descuidadas, incluso degradadas por el poder estatal centralizador. El liberalismo clásico... piensa y razona "no territorialmente [*ex-territorialement*]", como una pura abstracción... Incluso la regla jurídica [*le droit*] del Estado sobre el territorio (nacional) está mal definida; la soberanía se ejerce sobre las personas, más que sobre las cosas... El Estado se concibe en sí mismo y por sí mismo, como una abstracción real, sin cuerpo espacial, sin otro soporte concreto que los "sujetos" o "humanos". En la concepción que aquí se propone, estas relaciones tienen un espacio social

[11] Sin embargo, vale la pena señalar que el concepto de MPE de Lefebvre no sólo es la base de su teoría de la espacialización del Estado. También moviliza esta noción para descifrar una amplia gama de configuraciones de poder político, desde el socialismo de Estado de la Unión Soviética y China hasta el fascismo de Europa occidental, los regímenes liberal-demócratas y las coaliciones socialdemócratas. Así, Lefebvre describe la consolidación del PSM como el acontecimiento significativo de la geohistoria del siglo XX (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 3:300, Vol. 4:22).

> (espacios) de soporte. Esto requiere una espacialización de la teoría política, no sin una crítica de su abstracción desterritorializada, que, al mismo tiempo, tenga en cuenta las localidades y las regiones, las diferencias y las múltiples asociaciones (conflictivas), apegadas al suelo [sol], a la vivienda, a la circulación de las personas y las cosas, en el funcionamiento práctico del espacio, esto implica igualmente una reconsideración de la economía en términos de espacio, de flujo de existencias, de elementos móviles y elementos estables, en definitiva, de la producción y reproducción del espacio (social)" (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 4:164-165; cursiva en el original).

Este pasaje contiene varias reflexiones que merecen ser consideradas con atención. En el nivel más general, Lefebvre se opone a la tendencia generalizada del pensamiento político a abstraerse del terreno concreto en el que se desarrollan las relaciones sociales. Una década más tarde, en una entrevista, Lefebvre (1996, 215) sugirió que los cursos de historia y sociología que omiten la consideración de las cuestiones urbanas y espaciales parecen ridículos, ya que carecen de un análisis de su base material. Como reconoce Lefebvre, la disciplina de la geografía aborda naturalmente esas cuestiones. Pero Lefebvre sostiene que la geografía –entendida aquí como una problemática y una condición más que como una disciplina académica– es demasiado importante para dejarla únicamente en manos de los geógrafos[12]. De hecho, Lefebvre llega a cuestionar si una ciencia social desespacializada es incluso epistemológicamente posible. Porque, a pesar de su aparente desinterés por las cuestiones espaciales, los enfoques heredados de los estudios políticos se ven perseguidos por sus supuestos geográficos no examinados, que se afirman subversivamente para desestabilizar los métodos de análisis establecidos y las afirmaciones dadas por sentadas sobre los Estados, la política y las luchas políticas. Lefebvre sostiene que esta falta de atención reflexiva a las cuestiones espaciales está presente tanto en las formulaciones clásicas del liberalismo como en los estudios más recientes sobre la soberanía del Estado y el derecho.

Hoy en día, como hemos visto, las nuevas literaturas sobre el espacio estatal han comenzado a abordar estas preocupaciones. Pero el trabajo de Lefebvre de finales de la década de 1970 ofrece un destacado recordatorio metodológico: la tarea, en su opinión, no es simplemente describir los aspectos espaciales de la vida política, sino elaborar una "espacialización de la teoría política" sistemática

[12] Curiosamente, la afirmación de Lefebvre se anticipó a un argumento que posteriormente presentaron los propios geógrafos (véase, por ejemplo, Harvey, 1996; Soja, 1989; Massey, Allen y Anderson, 1984; Gregory y Urry, 1985; Gregory, 1994).

y exhaustiva. Este procedimiento intelectual problematizaría, entre otras cuestiones, la orientación generalizada de los estudios políticos hacia las abstracciones conceptuales, sus supuestos metodológicos no fundamentados o "desterritorializados" y su fracaso concomitante para explicar sus propias condiciones espaciales de posibilidad. Lefebvre articula el mismo argumento con referencia al amplio campo de la economía política, tanto de las variedades marxianas como de las no marxianas, que en su opinión tampoco han logrado iluminar la producción del espacio social y las condiciones espaciales de la política moderna. Así, Lefebvre aboga, simultáneamente, por el desarrollo de un análisis espacializado de los procesos político-económicos bajo el capitalismo moderno y por una crítica espacializada de las abstracciones conceptuales desplegadas dentro de las ciencias sociales modernas. La crítica de Lefebvre a la teoría política presenta, pues, un reto importante: investigar reflexivamente los aspectos espaciales y, como sugerimos ahora, territoriales, del poder del Estado.

El espacio estatal como territorio

A pesar de que Lefebvre se anticipó a las preocupaciones contemporáneas sobre la producción del espacio estatal, la categoría de territorio tiene un estatus ambiguo en su pensamiento. Un estudio inicial de los escritos teóricos sobre el Estado de Lefebvre podría sugerir que, al igual que los estudios más recientes sobre el espacio estatal, no teoriza directamente la problemática del territorio como tal, sino que aborda esta cuestión principalmente en términos descriptivos o histórico-concretos[13]. En contra de esta interpretación, aquí emprendemos una lectura de la obra de Lefebvre sobre el espacio estatal que revela varias ideas teóricas, metodológicas y sustantivas potencialmente fructíferas sobre la naturaleza del territorio.

En el pasaje citado anteriormente, Lefebvre insinúa la importancia fundamental del territorio (nacional) para la teoría del Estado. Sin embargo, sus observaciones se dirigen principalmente contra las tradiciones intelectuales que intentan operar, como él dice, "sin territorio (*ex-territorialment*)" y, en consecuencia, se basan en malas abstracciones. Ni en este pasaje, ni en ninguna otra parte de sus escritos de la década de 1970, Lefebvre se atreve a hacer una definición o una declaración fundacional sobre las características positivas del territorio en la vida política moderna. En cambio, sus observaciones sobre el territorio están dispersas en diversos textos en los que aborda ciertos aspectos territoriales de temas como la fórmula trinitaria,

[13] Este es ciertamente el caso de su estudio del valle de Campan en los Pirineos, donde se dedica un capítulo a la "lucha por la integridad territorial", que traza el desarrollo espacial de la comunidad (Lefebvre, 1963, capítulo 2).

la formación del Estado, el nacionalismo, el desarrollo del Estado, las relaciones Estado-capital, el nacionalismo y la movilización política.

Lefebvre utiliza ocasionalmente la noción de territorio en un sentido laxo, casi metafórico. Por ejemplo, caracteriza el dominio feudal en el que surgió el capitalismo como un territorio (Lefebvre, 2009, 56), y también escribe genéricamente sobre las "territorialidades superpuestas" de la comunidad primitiva (Lefebvre, 2009, 230). En otros escritos más explícitamente políticos, Lefebvre moviliza el concepto de territorio para describir el lugar y el objetivo de las luchas contemporáneas por la autogestión, un término que, en su uso idiosincrático, denota no sólo la autogestión de los trabajadores a nivel de una fábrica, sino también el control democrático popular o de base sobre un área espacial o jurisdicción (véase, por ejemplo, Lefebvre, 2009, 110, 147, 151, 163, 250-251).

En un pasaje sugestivo, pero que fácilmente se pasa por alto, de *La producción del espacio*, Lefebvre alude brevemente a una conceptualización más específica desde el punto de vista histórico al subrayar la relación semántica, histórica y sustantiva entre "*le terroir et le territoire*" (Lefebvre, 1974, 280). Aunque podríamos traducir estos términos al inglés simplemente como "suelo y territorio", *terroir* y *territoire* comparten una etimología común. Donald Nicholson-Smith propone la feliz expresión "*land-as-soil and land-as-territory*" (Lefebvre, 1991, 242), destacando así la relación de ambos términos con la noción de que el suelo debe entenderse no simplemente como agricultura, sino también con referencia a los recursos del subsuelo; y, lo que es más crucial aquí, como la articulación entre el Estado-nación y su territorio (Lefebvre, 1974, 374-375; 1991, 325; véase también Lefebvre, 1974, 102; 1991, 85). Esta conceptualización informa el compromiso de Lefebvre con la famosa "fórmula de la trinitaria" de Marx de tierra-capital-trabajo (Marx, 1981, Vol. 3: 955). Aquí, Lefebvre insiste en la centralidad de la tierra como tercer término dentro de esta fórmula, a la vez que se distancia de algunas de las lecturas más estrechas y economicistas que persisten en los relatos marxistas doctrinarios (Lefebvre, 1974, 374-375; 1991, 325; véase también Gottdiener, 1985). El relato de Lefebvre de la tierra como suelo y de la tierra como territorio también informa su crítica al liberalismo clásico, como se explica en el pasaje citado anteriormente. Esta tradición, argumenta Lefebvre, borra la diversidad territorial de la tierra controlada por el Estado, concibiendo las instituciones estatales no sólo "extraterritorialmente", sino incluso no territorialmente (ex-territorialidad). Dentro de este marco, una cuestión tan fundamental como el alcance espacial de la ley o la soberanía estatal se subestima sistemáticamente; se presupone pero no se interroga adecuadamente, por ejemplo, dentro de la famosa definición de Max Weber del Estado moderno. A través de estas críticas, Lefebvre comienza a articular una importante idea: el territorio nacional es

el resultado de una articulación históricamente específica y mutuamente transformadora entre el Estado, los procesos continuamente impugnados en su seno y la tierra o el suelo que habita, posee, controla y explota.

Una vez que se extraen estos argumentos de algunos de los análisis de Lefebvre, a menudo serpenteantes, se hace cada vez más evidente que el territorio es, de hecho, parte integrante de su comprensión del Estado y del espacio, y de hecho, del propio espacio estatal[14]. En el volumen IV de *De l'État*, Lefebvre articula la audaz afirmación de que "el Estado y el territorio interactúan de tal manera que puede decirse que son mutuamente constitutivos" (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 4:278; 2009, 228). Al proponer esta idea, Lefebvre está insistiendo en que no hay Estado sin territorio, y concomitantemente, que no hay territorio sin Estado. Lefebvre también sugiere que el territorio es la forma política del espacio producido por el Estado moderno y asociado a él[15]. Elabora este argumento de forma programática en un capítulo clave del cuarto volumen de *De l'État*:

> "La producción de un espacio, el territorio nacional, un espacio físico, cartografiado, modificado, transformado por las redes, los circuitos y los flujos que se establecen en él: carreteras, canales, ferrocarriles, circuitos comerciales y financieros, autopistas y rutas aéreas, etc. Así, este espacio es un espacio material-natural en el que han dejado su huella las acciones de las generaciones humanas, de las clases y de las fuerzas políticas, como productoras de objetos y realidades duraderas (y no sólo de cosas y productos aislados, de herramientas y de bienes destinados al consumo)" (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 4:259; 2009, 224).

Se trata de un pasaje complejo que se presta a diversas posibilidades de interpretación. Por ejemplo, en un texto publicado poco después del de Lefebvre, el

---

[14] En varios ensayos perspicaces, Christian Schmid (1996, 2003) ha explorado de forma productiva la interfaz entre la teoría de Lefebvre sobre la producción del espacio y el concepto de inspiración regulacionista de la "relación territorial" (*Territorialverhältnis rapport territorial*). Aunque Schmid no se compromete sistemáticamente en estos textos con los escritos teóricos sobre el Estado de Lefebvre, es el único comentarista de la obra de Lefebvre que reconoce las dimensiones específicamente territoriales de su análisis. Como indica correctamente Schmid (2003, 236), la concepción de Lefebvre del espacio social como "soporte material" de las relaciones sociales presupone una comprensión del territorio como base para "incrustar los procesos de interacción social dentro de un orden espacial producido por la sociedad".

[15] Sin embargo, Lefebvre no siempre es coherente, ya que al menos en una ocasión opone directamente la relación del espacio estatal a la del territorio-nacional (Lefebvre, 1980, 153; 2009, 213-214).

geógrafo político suizo Claude Raffestin invoca el pasaje anterior para desarrollar su concepción del territorio como espacio mediado por el poder. En esta lectura, el espacio funciona como una realidad preexistente, que posteriormente se transforma en territorio a través de diversos mecanismos, estrategias, intervenciones y representaciones políticas (Raffestin, 1980, 129-130). Por el contrario, sugerimos que Lefebvre está haciendo aquí un argumento fuertemente constructivista no sólo sobre el territorio, sino sobre el espacio en sí mismo, que también considera como un producto social e histórico. Para Lefebvre, esta coproducción de espacio y territorio está mediada por diversos proyectos político-estratégicos asociados al capitalismo moderno y al Estado moderno; se desarrolla simultáneamente en dimensiones percibidas, concebidas y vividas. Así entendido, el territorio representa una forma política históricamente específica de espacio (producido) –espacio territorial– cuyas condiciones precisas de posibilidad, contornos y consecuencias requieren una cuidadosa excavación, historización y teorización. En el análisis de Lefebvre, por tanto, el territorio es una forma particular más que general. Como tal, sólo es comprensible a través de su relación con el Estado y los procesos de la actividad estatal.

En otra parte de *De l'État*, así como en varios pasajes de *La producción del espacio*, Lefebvre relaciona la forma política del territorio estatal con el proyecto de nacionalización. Aquí sugiere que existe un proceso de "producción de la nación por el Estado, dominando un territorio" (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 4:202; véase también Lefebvre, 1974, 132-133, 323-324; 1991, 111-112, 281). Esto incluye una serie de acciones políticas relativas a la movilización del nacionalismo como ideología, pero también toda una serie de proyectos estatales diseñados para dar forma y remodelar los espacios territoriales en unidades nacionalizadas y nacionalizadoras dentro de un contexto más amplio definido por "el mercado mundial, el imperialismo y sus estrategias, y las esferas operativas de las corporaciones multinacionales" (Lefebvre, 1974, 133-134; 1991, 112; véase también Poulantzas, 1978; Goswami, 2004). A través de estos argumentos, Lefebvre comienza a interrogar la racionalidad política subyacente que se asocia a estos proyectos de nacionalización y sus consiguientes efectos sobre las relaciones socioespaciales[16]. En términos de Lefebvre, esta racionalidad política implica no sólo la cartografía y la medición de los espacios mundiales, nacionales y locales, sino también el despliegue estratégico por parte del Estado de toda una

[16] Para un análisis complementario, basado en Foucault, véase Elden (2007). Fuertemente influenciado por el análisis de Lefebvre sobre las estrategias de nacionalización en *La producción del espacio*, Goswami (2004) ofrece un detallado compromiso teórico con esta problemática en el contexto de un estudio de la producción de la "India" como espacio económico nacional a través de una dialéctica de la dominación colonial británica y la oposición anticolonialista nacionalista.

serie de técnicas políticas de cálculo orientadas a la intensificación de las relaciones de mercado. Lefebvre sugiere que tales técnicas implican la creación de "un poder político que controle y explote los recursos del mercado o el crecimiento de las fuerzas productivas..." (Lefebvre, 1974, 133; 1991, 112). En otro lugar, en términos estrechamente análogos, Lefebvre describe el espacio estatal como, en parte, "táctico-estratégico" en la medida en que su consolidación implica "la subordinación de los recursos de un territorio a fines políticos" (Lefebvre, 2009, 244). Para Lefebvre, la consolidación de una noción moderna de territorio (nacional) estaba inextricablemente entrelazada con la movilización por parte del Estado de tales técnicas para controlar los recursos económicos incrustados en su tierra y paisaje, todo ello en el contexto de una economía mundial capitalista en rápida expansión. Como explica ampliamente en el cuarto volumen de *De l'État*:

> "Los Estados nacionales, adscritos a un territorio, gestores de este espacio, arbitran y actúan como poder dominante desde y por este espacio. Lo gestionan como propietarios eminentes, casi a la manera en que esta palabra se utilizaba en el antiguo régimen, en el que los derechos y poderes escritos de los nobles y del rey se superponían a los derechos comunes de los campesinos, "plebeyos", titulares de un usufructo perpetuo. Una superposición análoga rige el Estado moderno y su relación con su espacio (territorio). Métodos (a veces compulsivos y a veces violentos) y procedimientos múltiples, el más conocido de los cuales es la "expropiación", concretan este derecho eminente que sabemos se extiende al subsuelo y al espacio aéreo, a los bosques y a las fuentes de agua, a los ríos y a las costas, a los territorios marítimos y a las aguas territoriales recientemente ampliadas" (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 4: 415; 2009, 275).

Sin embargo, Lefebvre insiste en que el proceso no es simplemente un proceso instrumental y unidireccional, en el que el Estado hace y rehace un espacio supuestamente predeterminado y maleable. En la concepción de Lefebvre, el Estado se reconstituye continuamente a través de sus funciones variadas e históricamente específicas en la nacionalización tendencial y la extensión mundial del espacio territorial. Al mismo tiempo, el territorio asociado al espacio estatal nacional y al sistema interestatal mundial tampoco es una forma estática o un contenedor fijo, sino que debe considerarse como un medio contextualmente integrado y el resultado de transformaciones, estrategias y luchas continuas[17]. El Estado funciona, pues, como

[17] Cabe destacar aquí que no es sólo en los últimos tiempos, en el contexto de la "globalización", que el territorio ha sido sometido a procesos de desestabilización, reestructuración y transformación.

un lugar de procesos, proyectos y estrategias en disputa; es una relación social que se produce y transforma a través de una lucha continua.

En nuestra lectura de Lefebvre, entonces, los conceptos de Estado, espacio y territorio están ineludiblemente entrelazados: cada término implica recíprocamente a los demás, tanto analítica como históricamente. Así, Lefebvre insiste no sólo en una comprensión espacializada y territorializada del poder estatal, sino también en el papel crucial del Estado en las operaciones de poder sobre el espacio territorial. Su espacialización del Estado subraya centralmente tanto sus parámetros intrínsecamente territoriales como aparato institucional, como su(s) papel(es) estratégico(s), aunque contradictorio, en la producción y transformación de las redes espaciales territorializadas que sustentan el orden mundial del capitalismo moderno.

Esto significa que, en ausencia de una teoría del territorio, ningún relato del espacio estatal puede ser completo. Al mismo tiempo, en términos de Lefebvre, es lógicamente imposible entender las vicisitudes del territorio en el mundo moderno si no es en relación con la evolución conflictiva y desigual de las instituciones, prácticas y estrategias estatales. Del mismo modo que una explicación del territorio debe informar cualquier teoría del espacio estatal, ninguna teoría del territorio puede estar completa sin una explicación tanto del Estado (moderno) como de su papel en la producción del espacio.

En resumen, Lefebvre sugiere que, una vez que el capitalismo se ha consolidado como sistema histórico-geográfico, el territorio pasa a ser el lugar, el medio y el resultado de la actividad estatal, operando de formas distintas pero, no obstante, omnipresentes en todas las escalas espaciales. Y lo que es igual de importante, propone que, en el marco geohistórico de la modernidad capitalista, el poder del Estado se convierte en el lugar, el medio y el resultado institucional de la producción de territorio. El territorio permite, facilita y resulta de la evolución de la acción del Estado; y, concomitantemente, la acción del Estado produce, facilita y resulta de la evolución del territorio.

Este planteamiento de Lefebvre sobre la triple relación, mutuamente constitutiva, entre el Estado, el espacio y el territorio, presenta una serie de peligros interpretativos. En primer lugar, corre el riesgo de sugerir un argumento ahistórico, cuando en realidad, como reconoce el propio Lefebvre, cada uno de estos tres términos

---

Por el contrario, la perspectiva de Lefebvre sugiere que el territorio nunca debe considerarse como algo estático, fijo u osificado. En consecuencia, su enfoque se anticipa productivamente a trabajos más recientes que hacen hincapié en la reconstitución contemporánea del territorio en lugar de su erosión o disolución (véase, por ejemplo, Brenner, 1999; Elden, 2009; Newman y Paasi, 1998; Sassen, 1996; Scholte, 2000).

tiene no sólo una historia sino también una prehistoria. Con esto queremos decir no sólo que el Estado, el espacio y el territorio se combinan de maneras específicas en diferentes momentos, sino que las formas sociales denotadas por cada uno de estos términos surgen sólo en coyunturas históricas particulares, y están mediadas por linajes enmarañados pero distintivos[18]. Como sugiere Lefebvre, "como todo lo que 'existe', el Estado nació y creció. Se puede suponer que declinará y desaparecerá" (Lefebvre, 2003a, 62). La constitución mutua del Estado, el espacio y el territorio es, por tanto, a la vez un medio y un resultado del capitalismo.

En segundo lugar, este énfasis en el estatus del territorio en la teoría del Estado de Lefebvre no pretende sugerir que privilegie el territorio, ni ontológica ni históricamente, sobre otras dimensiones del espacio estatal. Por el contrario, una lectura cuidadosa de los diversos escritos de Lefebvre sobre el desarrollo espacial del Estado a partir de la década de 1970 revela su profundo interés, por ejemplo, en las dimensiones específicas del lugar, escalares y en red del aparato estatal; también subraya el papel omnipresente del Estado moderno en la configuración y remodelación de los lugares, las relaciones entre lugares, las jerarquías interescalares y diversos tipos de redes, por ejemplo de comercio y comunicación, así como las relaciones hombre-naturaleza (Brenner y Elden, 2009). En consecuencia, al igual que Lefebvre insiste en la "hipercomplejidad" del espacio social en general bajo el capitalismo moderno (Lefebvre, 1974, 104-107; 1991, 87-89), también hace hincapié en las geografías polimórficas y multifacéticas del espacio estatal. Nuestra afirmación aquí es simplemente que, para Lefebvre, el espacio estatal y el territorio son formas político-institucionales mutuamente constitutivas. Las observaciones de Lefebvre sobre las geografías locales, escalares, en red y ambientales del espacio estatal presuponen necesariamente el papel del territorio como lugar, medio y resultado de la actividad estatal.

Por lo tanto, podemos concluir que, en los escritos de Lefebvre, la noción de "espacio estatal", *l'espace étatique*, a menudo funciona como sinónimo de territorio. Aunque Lefebvre nunca articula explícitamente esta formulación, gran parte del marco analítico que aporta a la cuestión de *l'espace étatique* implica directamente una conceptualización del espacio estatal como territorio.

---

[18] Este enfoque contrasta con el de Saskia Sassen (2006), que toma "territorio", "autoridad" y "derechos" como categorías relativamente estáticas, ahistóricas, efectivamente trascendentales, en las que enmarcar su, por otra parte, cuidadoso análisis histórico. Considera estos términos como "bloques de construcción" que son "navegadores dentro de las dos cajas negras que son lo nacional y lo global". Cada uno de ellos muestra la capacidad analítica para diseccionar estas dos categorías maestras" (p. 6). Como explica, su preocupación es "no la evolución histórica, sino el desarrollo de una analítica del cambio utilizando la historia" (p. 27). Nuestro enfoque, en cambio, toma el propio "territorio" como un término que requiere un examen histórico para iluminar estas otras problemáticas.

La producción de territorio

En su estudio de la producción del espacio, un análisis que insistimos no puede limitarse simplemente al libro de ese título, Lefebvre realiza una serie de útiles maniobras conceptuales que son directamente relevantes para elaborar su concepción del espacio estatal como territorio. Comenzamos por considerar un punto obvio, aunque en última instancia incompleto, para movilizar las ideas de Lefebvre hacia este fin, antes de seguir una estrategia más compleja pero potencialmente más completa.

El esquema inicial de Lefebvre en *La producción del espacio*, con su distinción entre las dimensiones percibida, concebida y vivida del espacio social, es una de sus ideas más conocidas e influyentes (Lefebvre, 1974, 48-49; 1991, 38-39). Evidentemente, este esquema podría aplicarse de forma productiva a la cuestión del territorio, ya que las dimensiones de lo percibido, lo concebido y lo vivido darían lugar a las prácticas territoriales, las representaciones del territorio y los territorios de representación[19]. Las prácticas territoriales serían los espacios físicos y materiales del territorio estatal, desde las fronteras, las vallas, los muros y las barreras erigidas para marcar sus límites externos, hasta la creación y el mantenimiento de infraestructuras a gran escala que permiten los flujos de personas, bienes, energía e información. Las representaciones del territorio incluirían una serie de sentidos imaginados del cuerpo de una nación traducidos en la práctica política, incluidos los mapas y las cartas; formas abstractas de representar el territorio a través de la cartografía, y de otra forma diagramática. Estas representaciones dependen de toda una serie de técnicas, desde la geometría y la astronomía hasta, más recientemente, los Sistemas de Información Geográfica (SIG) y la teledetección.

Está claro que las prácticas territoriales y las representaciones del territorio no son distintas, al igual que las prácticas espaciales y las representaciones del espacio nunca están separadas para Lefebvre. El proceso de creación de fronteras, por ejemplo, en la tipología estándar, tiene una etapa de asignación –el momento más abstracto, con los diplomáticos de Francia y Gran Bretaña repartiendo el Imperio Otomano tras la Primera Guerra Mundial–; la conferencia de Berlín de fines del siglo XIX repartiendo África; o el Tratado de Tordesillas de fines del siglo XV, que dividió las reivindicaciones portuguesas y españolas sobre el Nuevo Mundo, pero siempre van seguidos de procesos de delimitación que requieren cierto grado de conocimiento del paisaje físico material; y de prácticas de demarcación en las que se cavan zanjas, se colocan mojones, se construyen vallas o muros. Los procesos

[19] Así lo ha sugerido, por ejemplo, Jones (2007, 33-34).

que dependen de los avances de la geometría se traducen en prácticas materiales mediante técnicas como la triangulación. La topografía es una práctica material utilizada para trasladar una división abstracta al terreno, siendo el levantamiento de la línea Mason-Dixon uno de los ejemplos clásicos. Pero entonces, tal y como insiste Lefebvre con su noción de espacio vivido, se crean territorios de representación, tanto como la intersección de prácticas territoriales y representaciones del territorio, pero también como algo que excede estas estrechas definiciones. El territorio adquiere un significado a través de las prácticas cotidianas y las experiencias vividas que tienen lugar dentro y fuera de él.

Por poner un ejemplo contemporáneo y práctico, todo un conjunto de prácticas territoriales materiales, representaciones del territorio y territorios de representación están en juego en la planificación, la construcción y las impugnaciones cotidianas en torno al "muro" israelí construido en territorio palestino. De hecho, la propia denominación de este proyecto, desde la de muro o valla hasta su descripción como "barrera de seguridad" o "muro del apartheid", son impugnaciones no sólo a nivel del lenguaje, sino también en cuanto a su materialidad, simbolismo y práctica cotidiana. Su situación territorial puede entenderse en términos de su materialidad –su altura, posición en el paisaje, su infraestructura de apoyo de carreteras, torres de vigilancia y electrificación– a través de su traducción de geografías abstractas e imaginadas en una situación sobre el terreno; a través de la vida cotidiana que condiciona su uso, y que se ve impedida o perturbada por su existencia y funcionamiento; y las representaciones legales y cartográficas que consideran, apoyan o desafían su estatus político. Por supuesto, el muro también tiene dimensiones espacio-temporales en términos de su cierre en ciertos momentos significativos del año como el Yom Kippur o en respuesta a la situación política; a través de la hora del día y el funcionamiento de los toques de queda; y a través de la ralentización del tiempo creada por la generación de distancia al sortear los puntos de control, puntos de control que no se limitan simplemente al muro como barrera, sino que operan de forma mucho más general dentro del territorio fracturado, desarticulado y disputado que comprende Cisjordania[20].

Sin embargo, sea cual sea su potencial, tal apropiación del esquema tripartito de Lefebvre para pensar la producción del territorio sería gravemente incompleta. Tal vez lo más obvio sea que descuida la dimensión profundamente histórica de la obra de Lefebvre. Con demasiada frecuencia, *La producción del espacio* se lee principalmente a través de la lente del primer capítulo, en el que Lefebvre propone

[20] Entre las muchas referencias que podrían darse aquí, el trabajo de Weizman (2007) es fundamental.

la mencionada tríada, sólo para omitir la consideración de los sustanciales capítulos posteriores en los que estas categorías se historizan de forma exhaustiva y sistemática[21]. Sin embargo, el impulso historizador de Lefebvre se aplica no sólo a las transformaciones materiales-institucionales, sino también a los conceptos, las epistemologías y los modos de comprensión. Para Lefebvre, por lo tanto, la propia diferenciación entre las dimensiones vividas, percibidas y concebidas del espacio social no es simplemente una cuestión analítica o metodológica, ya que está inextricablemente integrada en las prácticas históricas asociadas a la evolución del capitalismo como modo de producción. En esta lectura, pues, cualquier diferenciación entre prácticas territoriales, representaciones del territorio y territorios de representación tendría que entenderse igualmente en relación con los procesos de desarrollo capitalista, así como en referencia a las transformaciones de las estrategias estatales, de las prácticas de pensamiento y en los usos de técnicas como la geometría y la estadística.

De l'État de Lefebvre se enfrenta explícitamente a este desafío porque, como se ha señalado anteriormente, privilegia los aspectos espaciales de la formación del Estado. En los primeros capítulos del primer volumen, y en la larga recapitulación al principio del segundo, Lefebvre ofrece una visión histórica del surgimiento del Estado moderno que hace hincapié en las dimensiones espaciales de estas diferentes formaciones políticas (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 1:3-18, Vol. 2:7-48). Además de ofrecer una historia del espacio estatal (y, por implicación, del territorio), Lefebvre puede ofrecer aquí los inicios de una historia espacial o territorial del Estado. El territorio, al igual que el Estado y el espacio, tiene una historia más que una determinación absoluta, y esto vale tanto en su dimensión conceptual como práctica. El espacio y el territorio no son nunca simples objetos de análisis, sino que la adopción de un enfoque espacial y territorial afecta fundamentalmente a la forma en que se cuenta la historia del Estado. El poder del análisis de Lefebvre es que ofrece una forma de pensar el Estado, el espacio y el territorio juntos; de conceptualizarlos a través de las relaciones entre las prácticas, las representaciones y la experiencia vivida; de verlos como históricamente interrelacionados en lugar de determinados; y de permitir que se utilice un poderoso conjunto de categorías conceptuales para comprender tanto su linaje histórico como su despliegue contemporáneo. Por lo tanto, existe una producción continua de territorio, más que un momento inicial que crea un marco o contenedor dentro del cual se desarrollan las luchas futuras. El territorio siempre se produce y se reproduce mediante las acciones del Estado y a través de las luchas políticas por éste; pero al mismo tiempo, en el mundo moderno, el territorio también

[21] Esta crítica podría aplicarse a las lecturas de Soja (1989; 1996) y Shields (1999), por ejemplo.

condiciona las operaciones del Estado y los esfuerzos continuos por impugnarlo. Los Estados crean sus propios territorios, no en circunstancias que han elegido, sino en las circunstancias dadas y heredadas a las que se enfrentan.

Estrategias territoriales estatales

En 1970, Lefebvre (2009, capítulo 8) escribió un ensayo brillantemente polémico sobre "la política del espacio" (*la politique de l'espace*). Aquí, y en otras partes de los escritos de Lefebvre de la década de 1970, esta frase tan citada tiene un doble significado. En primer lugar, para Lefebvre, la "política del espacio" se refiere a la propuesta general de que la organización socioespacial bajo el capitalismo moderno es intensa y fundamentalmente disputada: es a la vez un lugar y una apuesta de estrategias y luchas políticas. Lefebvre sugiere, en particular, que las relaciones socioespaciales de la sociedad contemporánea se producen y transforman a través de una interacción perpetua y cargada de conflictos entre estrategias espaciales opuestas. Mientras que el Estado y el capital intentan "pulverizar" el espacio hasta convertirlo en una red manejable, calculable y abstracta, diversas fuerzas sociales intentan simultáneamente crear, defender o ampliar los espacios de reproducción social, la vida cotidiana y el control de las bases (autogestión).

En segundo lugar, Lefebvre utiliza la noción de *politique de l'espace* en un sentido más contextualizado para caracterizar el sistema de gestión espacial a escala nacional que se había desarrollado durante el periodo fordista de la posguerra en Francia a través de la DATAR[22] y otras agencias de planificación nacional. En este sentido, la frase tiene un significado más parecido al de "política espacial", ya que Lefebvre consideraba que las actividades de estos organismos públicos eran expresiones de estrategias estatales nacionales cada vez más amplias para gestionar el proceso de urbanización capitalista de posguerra, que se estaba generalizando en toda Francia y en gran parte de Europa occidental durante este periodo. En sus escritos de la década de 1970, Lefebvre elaboró varios análisis detallados de estas estrategias espaciales del Estado; su relación con los patrones de desarrollo industrial local, regional, nacional y mundial; sus consecuencias para la vida cotidiana en ciudades, pueblos y regiones; y los diversos conflictos y luchas que estaban produciendo en toda Europa, Estados Unidos y más allá (Lefebvre, 2009).

[22] La DATAR era una agencia del gobierno central francés para la planificación y el desarrollo del territorio que había sido creada en 1963; desempeñó un papel clave en el desarrollo y la aplicación de diversas políticas de vivienda, infraestructuras y desarrollo regional a lo largo del alto periodo fordista. Las siglas significan Delegación de Desarrollo Regional y Ordenación del Territorio (*Delégation pour l'Aménagement du Territoire et l'Action Régionale*).

El análisis de doble filo de Lefebvre sobre la política del espacio subraya el papel clave de las instituciones estatales en las luchas en curso sobre la organización socioespacial bajo el capitalismo moderno. Para Lefebvre, las geografías del espacio estatal son en sí mismas escenarios, apuestas y resultados de dichas luchas. Dentro de este marco conceptual, las estrategias espaciales representan poderosos instrumentos de intervención para todas las fuerzas sociales y políticas interesadas en movilizar el poder estatal como medio para reorganizar las relaciones socioespaciales (Brenner, 2004). Lo más importante aquí es que el relato de Lefebvre sobre la política del espacio sugiere una base fructífera para ampliar la concepción del espacio estatal como territorio introducida anteriormente. Genera una perspectiva analítica a través de la cual se puede investigar cómo los espacios territoriales heredados de anteriores rondas de regulación estatal, acumulación de capital y contestación política se apropian, retejen y transforman continuamente a través de diversas estrategias, tanto institucionales como extrainstitucionales, en una serie de lugares y escalas geográficas.

En nuestra lectura, gran parte del relato de Lefebvre sobre la política del espacio, en los dos sentidos de esta frase esbozados anteriormente, se centra directamente en la problemática del territorio. Curiosamente, al describir la política del espacio, Lefebvre utiliza repetidamente el término "estrategia", pero rara vez desglosa su contenido espacial específico. No obstante, basándonos en nuestra discusión anterior sobre el nexo Estado-espacio-territorio en la obra de Lefebvre, sugerimos que su análisis de la política del espacio se centra no sólo en las estrategias espaciales del Estado sino también, más específicamente, en las estrategias territoriales del Estado. Cualquiera que sea su base social, su valencia política y su orientación sustantiva, las estrategias territoriales estatales se distinguen por su objetivo de movilizar las instituciones estatales para dar forma y remodelar las estructuras territoriales heredadas de la vida político-económica, incluidas las de las propias instituciones estatales. Una lectura sistemática de los escritos de Lefebvre de la década de 1970 en esta línea revela varias aperturas analíticas potencialmente fructíferas en la teorización e investigación de las estrategias territoriales estatales en el mundo moderno. Las estrategias territoriales del Estado operan en relación con la cuestión de lo que Lefebvre denomina mundialización, el devenir-mundo de los fenómenos políticos y sociales, incluido el Estado; y su papel como punto focal para las movilizaciones políticas de oposición, especialmente las orientadas a la intensificación de la democratización de base (autogestión) que ofrecen proyectos y visiones políticas alternativas a las formas existentes de poder estatal. Lefebvre criticó duramente el barniz tecnocrático y apolítico asociado a esas estrategias, que consideraba una proyección ideológica del

poder hegemónico. En consecuencia, Lefebvre dedicó una atención considerable a las luchas, conflictos y crisis que se producen a través de esas estrategias estatales de homogeneización espacial. Para él, a pesar de los esfuerzos del Estado, las relaciones espaciales del capitalismo no pueden subsumirse en ningún marco fijo de planificación o sistema de regulación; la organización espacial es, por tanto, intrínsecamente política y siempre impugnada, sobre todo por las iniciativas populares orientadas a la autogestión o el auto-gobierno, que continuamente desbaratan y perturban los programas estatales de control regulatorio[23].

Las estrategias territoriales del Estado abarcan, por supuesto, el proyecto a gran escala de la determinación, consolidación y organización del territorio del Estado en el momento del surgimiento del Estado en la Europa Temprano-Moderna, junto con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, o la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (McMichael, 1996)[24].

Lefebvre también dedica una atención analítica sostenida a explorar el papel de las estrategias territoriales estatales para imponer una apariencia de orden, estabilidad y coherencia a las volátiles relaciones socioespaciales del capitalismo moderno, que a menudo se desestabilizan aún más a través de los proyectos desarrollistas del MPE. Lefebvre se enfrenta a esta cuestión sobre todo en sus escritos sobre la ordenación del territorio francesa de posguerra, especialmente en algunos de sus textos políticos, así como, de forma más sistemática, en los volúmenes 3 y 4 de *De l'État* (Lefebvre, 1976-1978). Como sostiene Lefebvre, el proyecto de establecer y mantener un mínimo de fijeza, estabilidad y previsibilidad dentro del flujo caótico de las relaciones económicas bajo el capitalismo se encuentra en el centro del proceso de

[23] La perpetuación de esta política contextualmente específica del territorio bajo el capitalismo subraya los límites de algunas de las nociones más estáticas, ahistóricas y estructuralistas de la territorialidad que persisten en las literaturas contemporáneas de las RRII y la sociología política.

[24] Podría decirse que el vínculo estratégico e ideológico entre el territorio y los proyectos estatales desarrollistas sigue siendo tan sólido y omnipresente como siempre, aunque su arquitectura escalar se esté remodelando en el contexto de los procesos de reestructuración geoeconómica y de reestructuración espacial del Estado. Este vínculo se expresa de forma llamativa, por ejemplo, a través de la lógica de la competencia interterritorial mundial, en la que las instituciones estatales movilizan políticas de localización y tecnologías de zonificación para promover jurisdicciones territoriales específicas como lugares óptimos y personalizados para la inversión de capital transnacional (Brenner, 2004; Bunnell y Coe, 2005; Ong, 2006). Esta lógica del desarrollo basada en el territorio se expresa hoy también con referencia a la escala mundial en forma de informes de las Naciones Unidas, el Banco Mundial y el FMI, que examinan las perspectivas de desarrollo de la economía mundial en su conjunto. En estos debates, y en los modos de intervención política asociados a ellos, la economía mundial se conceptualiza como una matriz territorial que abarca todo el mundo y en la que, aunque esté internamente diferenciada entre otras unidades, el proceso de crecimiento económico debe ser a la vez desencadenado y contenido.

desarrollo del Estado moderno: "En el caos de las relaciones entre individuos, grupos, fracciones de clase y clases, el Estado tiende a imponer una racionalidad, la suya propia, que tiene como instrumento privilegiado el espacio" (Lefebvre, 2009, 226).

El concepto de "coherencia estructurada" se ha desarrollado ampliamente y con considerable influencia en los estudios de Harvey (1982; 1989) sobre la urbanización capitalista, donde se refiere a la estabilización provisional de los procesos de acumulación de capital, regulación estatal y vida sociopolítica para facilitar la reproducción duradera de una región urbana. Lefebvre analiza este conjunto de procesos desde un ángulo ligeramente diferente, aunque ampliamente complementario. Destaca el papel clave del Estado, a varias escalas espaciales, en la imposición de su "propia" racionalidad para asegurar esta coherencia. En su análisis, además, la coherencia en cuestión no tiene por qué estar arraigada en las regiones urbanas, sino que también puede buscarse y asegurarse a escalas supraurbanas, especialmente a escala nacional, que considera el lugar clave y el animador de la racionalidad política en cuestión. El análisis de Lefebvre sugiere que estos proyectos de racionalización, ordenación y control del Estado son inherentes y omnipresentes: implican la clasificación, la división y la gestión de la vida político-económica dentro de zonas jurisdiccionales claramente delimitadas; tienden a tratar estas zonas como objetivos cohesivos y relativamente autocontenidos para tipos específicos de intervención estratégica; e imponen diversas formas de supervisión, recopilación de información, extracción de ingresos, regulación, control y disciplina. Estas estrategias estatales para imponer y mantener la coherencia, los límites y la identidad de los acuerdos territoriales son siempre fragmentarias, controvertidas y mutables. En resumen, la idea principal de los escritos de Lefebvre sobre la política del espacio es sugerir que, en todas las escalas espaciales, los espacios estatales no están preestablecidos ni se transfieren simplemente a través de las generaciones, sino que siempre están en proceso de ser formados y remodelados a través de varios tipos de estrategias territoriales.

El efecto territorial

Como se ha indicado anteriormente, Agnew (1994) critica la tendencia dentro de la teoría de las RRII y la sociología política a asumir que el poder del Estado asume necesariamente una forma territorial y, en consecuencia, su empleo de una noción de territorio reificada, ahistórica y relativamente estática. Como indica la discusión anterior, Lefebvre desarrolló una agenda metodológica muy análoga, aunque inadecuadamente apreciada, aproximadamente dos décadas antes de la intervención de Agnew. Lo hizo, por un lado, abogando por una espacialización

integral e históricamente reflexiva de las categorías político-económicas. Al mismo tiempo, Lefebvre se enfrentó explícitamente a la cuestión de cómo los espacios estatales configurados territorialmente y los espacios territoriales organizados por el Estado se producen en y a través de las relaciones sociales del capitalismo moderno.

Sin embargo, el relato de Lefebvre sobre el espacio estatal como territorio no es sólo un esfuerzo por trascender las proyecciones fetichizadas del espacio estatal (territorial) mediante la elaboración de un análisis más reflexivo desde el punto de vista histórico, por ejemplo, de la producción del territorio y de las estrategias territoriales del Estado. Además, su trabajo comienza a investigar cómo se producen y sostienen estas concepciones ideológicas reificadas, ya sea en el análisis académico, en la actividad estatal, en el discurso político o en la vida cotidiana. En otras palabras, Lefebvre no sólo propone estrategias metodológicas para evitar la trampa territorial, sino que explora activamente cómo dichas trampas surgen y persisten en diversos campos del conocimiento y la práctica social. En términos de Lefebvre, en la medida en que cualquier territorio estatal –o, más en general, cualquier espacio social configurado territorialmente– aparece como preestablecido, autoevidente o natural, este estado de cosas debe entenderse como un resultado de formas históricamente específicas de intervención político-económica que simultáneamente enmascaran sus propios impactos transformadores en la vida social. Las vicisitudes de estas intervenciones que se enmascaran a sí mismas, y sus consecuencias para las prácticas, los discursos y las representaciones espaciales, deben someterse a un análisis crítico minucioso.

En *La producción del espacio*, Lefebvre (1974, 36; 1991, 27) analiza ampliamente esta "ilusión de transparencia" y comienza a elaborar una interpretación teórica del estado de sus condiciones de posibilidad. Aquí sugiere que, aunque el espacio social puede mostrarse como un medio y un resultado de la práctica social, sin embargo a menudo "aparece como luminoso, como inteligible, como permitiendo la acción" (Lefebvre, 1974, 36; 1991, 27). Anticipándose a la terminología de Agnew (1994), Lefebvre se refiere a esta ilusión de transparencia como algo que parece no tener "trampas ni lugares secretos [*sans pièges, ni cachettes profondes*]", pero que en realidad opera como un "señuelo o engaño [*un leurre*]", entendido como un callejón sin salida epistemológico, una "ilusión trascendental" en la que la apariencia y la realidad se confunden sistemáticamente (Lefebvre, 1974, 37-38; 1991, 28-29). La cuestión, para Lefebvre, es cómo y por qué estas trampas surgen y persisten en la vida social.

La respuesta de Lefebvre se basa en la crítica de Marx al fetichismo de la mercancía, aplicada ahora a la visión igualmente mistificada del espacio como

inocente, como libre de trampas, ilusiones o engaños. Al igual que Marx interpreta el fetichismo de la mercancía como una forma estructuralmente inducida de conciencia mistificada (véase también Lefebvre y Guterman, 1999 [1936]), también Lefebvre analiza la ilusión de transparencia como una abstracción real (véase también Stanek, 2008). En otras palabras, la concepción del espacio como algo transparente no es simplemente un error cognitivo, lógico o empírico, sino que está estructuralmente condicionada por la formación social (capitalista) en la que se produce. En la medida en que el espacio en cuestión parece autónomo de las relaciones y condiciones sociales que lo han producido realmente, representa un fetiche (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 2:123-124). Para Lefebvre, por tanto, la ilusión de transparencia está íntimamente ligada a la forma históricamente específica del espacio abstracto asociada al capitalismo y al Estado moderno.

Como se ha indicado anteriormente, Lefebvre considera el espacio abstracto como una dimensión fundamental del mundo moderno, pero insiste enérgicamente en que "no *es* homogéneo; simplemente *tiene* la homogeneidad como su meta, su sentido, su 'objetivo'... en sí mismo es multiforme" (Lefebvre, 1974: 330; 1991, 287; cursiva en el original, traducción modificada). Según Lefebvre, la ilusión de transparencia emerge dentro de cualquier forma de pensamiento que "refleja en lugar de desafiar o rechazar". "¿Y qué refleja esa representación especular? Refleja el resultado buscado" (Lefebvre, 1974, 331; 1991, 287; cursiva en el original, traducción modificada). En el resto de este pasaje clave, al igual que en varios otros puntos clave de *La producción del espacio* y *De l'État*, Lefebvre presenta su opinión de que el Estado figura de manera crucial en la producción y el mantenimiento de esta representación afirmativa y mistificada del espacio social. Es sobre todo el Estado, sostiene Lefebvre, el que representa los complejos y polimórficos espacios sociales del capitalismo moderno como si fueran transparentes, evidentes y preconcebidos. Al proyectar esta "claridad ilusoria del espacio" en el conjunto de la sociedad, el Estado intenta a la vez manipular las relaciones político-económicas con mayor eficacia y enmascarar su propio papel omnipresente en dichas intervenciones (Lefebvre, 1974, 369-370; 1991, 320-321). Sin embargo, Lefebvre insiste repetidamente en que "detrás de la cortina" de esta "transparencia ilusoria" no se esconde otra cosa que "el aparato de poder y conocimiento" (Lefebvre, 1974, 63, 330; 1991, 51, 287) que, al igual que la filosofía de la historia de Hegel, promueve "la fetichización del espacio al servicio del Estado" (Lefebvre, 1974, 30; 1991, 21). Para Lefebvre (1976-1978, Vol. 1: 205), entonces, este doble proceso de fetichismo (la mistificación políticamente inducida de las prácticas espaciales) y ocultamiento (el autoenmascaramiento sistemático de las intervenciones espaciales del Estado) se encuentra en el corazón de la forma de

Estado moderno (véase también, de manera más general, Lefebvre, 1976-1978, Vol. 1: 191-238; Vol. 2: 123-125).

Dado el enorme papel del Estado en su producción y perpetuación, la "ilusión de transparencia" puede describirse más precisamente como una ilusión política de transparencia. En particular, a medida que los Estados del siglo XX se involucran cada vez más en la producción y manipulación de la espacialidad capitalista (Lefebvre, 2009, capítulo 11), la ilusión política de la transparencia llega a figurar de manera central en las operaciones cotidianas del arte de gobernar del Estado moderno, lo que Painter (2006) ha denominado recientemente las "geografías prosaicas del Estado". Dentro de las burocracias a gran escala de la tecnoestructura estatal, sugiere Lefebvre, las representaciones mistificadas del espacio sirven para mejorar las capacidades del Estado en formas de intervención estratégica cada vez más audaces y de mayor alcance en los paisajes de la acumulación de capital. Evidentemente, "la producción del espacio 'a gran escala'" (Lefebvre, 2009, 238) puede llevarse a cabo con mayor eficacia cuando se piensa que ese espacio es transparente y fácilmente maleable, y se trata como tal dentro del campo de la intervención estratégica. Al mismo tiempo[25], a través de un proceso de "ocultación", los Estados intentan sistemáticamente ocultar o al menos enmascarar su propio papel en la producción y reorganización del espacio social (Lefebvre, 1976-1978, Vol. 1: 205). De este modo, los espacios sociales intensamente mercantilizados, homogeneizados y fragmentados del capitalismo moderno adquieren el aura mistificada de los paisajes naturales predeterminados o de los entornos técnicos apolíticos. La huella de las numerosas decisiones estratégicas, intervenciones políticas, negociaciones ideológicas y luchas sociales que sustentan la producción de dichos espacios queda mágicamente oculta; las operaciones del Estado, ya sean grandiosas o mundanas, quedan así aisladas de las preguntas políticas. La noción de Lefebvre de *l'espace étatique*, por tanto, no se refiere simplemente a un conjunto institucional materialmente dado; representa igualmente un ámbito de mistificación políticamente inducido, en definitiva, de ideología espacial. Estas consideraciones ayudan a iluminar la provocativa, aunque tentadoramente abierta, pregunta retórica de Lefebvre planteada en uno de los últimos capítulos de *De l'État*: "¿No se encuentra en el espacio el secreto del Estado, oculto por ser tan evidente?". (Lefebvre, 2009, 228).

Si bien la ilusión política de la transparencia impregna todas las dimensiones del espacio estatal, nosotros argumentaríamos que está ligada de manera particularmente

[25] Como ha demostrado más recientemente James Scott (1998), estas "simplificaciones estatales" tienen efectos poderosos y transformadores en la textura de la vida social, incluso cuando se basan en fundamentos ontológicos y empíricos totalmente problemáticos.

central al territorio, que puede ser visto como su sitio por excelencia. Como sugiere Agnew en su crítica a la trampa territorial, el territorio es la dimensión del espacio estatal que más se da por sentada (Agnew, 1994). Del mismo modo, el contemporáneo de Lefebvre, Paul Alliés, subraya las formas en que las nociones de territorio engendran representaciones fetichizadas del espacio estatal: "el territorio siempre parece estar vinculado a posibles definiciones del Estado; da al Estado una base física que parece hacerlo inevitable y eterno" (Alliés, 1980, 9). Aunque Lefebvre no explora sistemáticamente esta conexión, su enfoque sugiere de forma fructífera que la forma territorial del Estado -el espacio estatal como territorio- es, de hecho, bastante crucial para la ilusión política de la transparencia, como se ha señalado anteriormente. Uno de los efectos más amplios del espacio estatal como territorio es precisamente el de naturalizar –a la vez que normalizar y enmascarar– las diversas formas de intervención espacial que se movilizan a través de las intervenciones estatales. Es sobre todo este efecto territorio, argumentamos, el que permite a los Estados representar los impactos de sus múltiples intervenciones espaciales como características preexistentes del paisaje físico o como dimensiones puramente técnicas del entorno construido, en lugar de como manipulaciones políticamente mediadas (compárese Jessop (1990) y Mitchell (1997) sobre el "efecto Estado") [26].

Conclusión

A través de una reconstrucción sistemática de los escritos de Lefebvre sobre el espacio estatal, hemos sugerido que su trabajo evita algunos de los supuestos geográficos problemáticos que han sido presupuestos durante mucho tiempo en los estudios de las economías políticas capitalistas históricas y contemporáneas. El más importante de ellos es la proposición, más conocida por Max Weber, de que el

[26] Así entendidas, las estrategias territoriales del Estado analizadas en la sección anterior operan no sólo en el ámbito de la materialidad, sino también en términos de los "espacios mentales" de las representaciones populares del poder del Estado y sus geografías asociadas, que sirven para engendrar el efecto territorio. Este aspecto de tales estrategias incluye la cartografía oficial del Estado, como la que se encarna, por ejemplo, en el *Ordnance Survey* británico, la Oficina del Geógrafo del Departamento de Estado de EE.UU. o la oficina del censo estadounidense (véase, por ejemplo, Hannah, 2000). También abarca los proyectos territoriales racionalizadores de la Revolución Francesa, que condujeron a la división geométrica del país en *départements*, y los posteriores proyectos postnapoleónicos de división administrativa territorial en todo el sistema interestatal mundial (Bennett, 1989). Por último, el aspecto imaginario o de representación de las estrategias territoriales del Estado también incluye las formas más insidiosas de proyección de la normalidad territorial del Estado en los mapas meteorológicos, la información turística y las campañas publicitarias, que encarnan de forma descarnada el proceso de "ocultamiento" comentado anteriormente.

Estado extiende su poder sobre un área o región territorial más o menos preestablecida y delimitada (Gebiet). En la medida en que se ha supuesto que los procesos económicos y las estrategias de regulación están encerrados en tales unidades, el supuesto weberiano ha sustentado también gran parte de la economía política dominante (Mitchell, 1997). Sigue siendo tan esencial como siempre examinar y cuestionar estos supuestos geográficos incuestionables, sobre todo historizándolos en relación con las formaciones político-económicas más amplias en las que se hicieron plausibles, si no dóxicas, para los científicos sociales (Goswami, 2004).

Aunque afirmamos la importancia de los trabajos recientes sobre la política de creación de lugares, fronteras, reescalado y creación de redes para afrontar esta tarea polifacética, nos hemos centrado aquí en la problemática del territorio, en gran medida descuidada. Sugerimos que, a menos que se afronte explícitamente esta cuestión, no se podrá escapar de la trampa territorial analizada de forma tan incisiva por Agnew (1994) hace más de una década. A través de una excavación sistemática de las ideas de Lefebvre sobre la producción del territorio, las estrategias territoriales del Estado y el efecto territorio, hemos intentado mostrar cómo una auténtica salida de la trampa territorial depende de una teorización e investigación reflexiva del territorio como condición previa, medio, mecanismo y resultado del poder del Estado moderno.

Por supuesto, las categorías, los métodos y los análisis de Lefebvre sólo proporcionan una posible incursión en las complejas tareas asociadas a la teorización del territorio. Hemos intentado aquí excavar su obra en busca de ideas que puedan ser movilizadas hacia este fin, pero queda mucho trabajo histórico, conceptual y político por hacer. Desde un punto de vista histórico, la obra de Lefebvre adolece de un descuido común: comenzar su análisis del pensamiento político con Maquiavelo y Hobbes, y descuidar así los cambios enormemente importantes que se produjeron a finales de la Edad Media en relación con el objeto del poder secular y temporal. Desde un punto de vista conceptual, Lefebvre rara vez se enfrenta directamente a la cuestión del territorio. En cambio, como hemos mostrado, favorece un enfoque que explora el territorio principalmente en términos de su relación con otras ideas, a menudo más difusas teóricamente. Y, por último, desde un punto de vista político, la obra de Lefebvre es en gran medida un diagnóstico coyuntural del periodo del alto fordismo en la Francia de posguerra en el que vivió y trabajó. En consecuencia, los conceptos y análisis clave de Lefebvre deben ser empujados, desafiados, actualizados y rearticulados con el fin de hacerlos relevantes para el momento contemporáneo de la neoliberalización globalizada, el capital hiperfinanciado y la reestructuración geopolítica inducida por la crisis. Si bien creemos que la obra de Lefebvre ofrece

salidas a estos diversos desafíos, es mejor considerarla como un estímulo para seguir pensando más que como un análisis exhaustivo de las cuestiones en juego. Nuestro objetivo en esta contribución ha sido excavar los aspectos de su obra que parecen más destacados en relación con el pensamiento actual y, esperamos, futuro sobre la relación entre estados, espacio y territorio.

Tal vez lo más importante de todo sea señalar que, en lugar de limitarse a criticar a la economía política por su descuido del espacio, la obra de Lefebvre desafía a la economía geopolítica a dar cuenta adecuadamente del Estado y su territorio -o, en los términos propuestos aquí, del espacio estatal como territorio. La tarea, desde este punto de vista, no es simplemente "espacializar" el análisis político-económico, sino analizar la forma históricamente específica del espacio político-económico –a saber, el territorio– sobre el que se ha basado la acción del Estado moderno y que, a su vez, ha producido y reproducido a escala mundial. Es a través de la reflexión sobre las diversas relaciones y configuraciones de estado, espacio y territorio, argumentamos, que se pueden descifrar muchos de los momentos cruciales de la política espacial contemporánea, histórica y futura.

Referencias

- Agnew, J. (1994). "The Territorial Trap: The Geographical Assumptions of International Relations Theory". *Review of International Political Economy* 1(1): 53-80.
--- (2005). "Sovereignty Regimes: Territoriality and State Authority in Contemporary World Politics." *Annals of the Association of American Geographers* 95(2): 437-461.
--- (2009). *Globalization and Sovereignty*. Lanham, MD: Rowman and Little field.
- Agnew, J. y S. Corbridge (1994). *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*. New York: Routledge.
- Allen, J. (2003). *Lost Geographies of Power*. Oxford: Blackwell.
- Allen, J.; D. Massey y A. Cochrane (1998). *Rethinking the Region*. New York: Routledge.
- Allies, P. (1980). *L' Invention du territoire*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- Arrighi, G. (1995). *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Times*. London: Verso.
- Bennett, R. (ed.) (1989). *Territory and Administration in Europe*. London: Pinter.
- Brenner, N. (1997a). "Global, Fragmented, Hierarchical: Henri Lefebvre's Geographies of Globalization". *Public Culture* 10(1): 137-169.
--- (1997b). "State Territorial Restructuring and the Production of Spatial Scale: Urbanand Regional Planning in the Federal Republic of Germany, 1960-1990". P*olitical Geography* 16(4): 273-306.

--- (1999). "Beyond State-Centrism? Space, Territoriality and Geographical Scale in Globalization Studies". *Theory and Society* 28(1): 39-78.
--- (2001). "State Theory in the Political Conjuncture: Henri Lefebvre's 'Comments on aNew State Form'". *Antipode* 33(5): 783-808.
--- (2004). *New State Spaces: Urban Governance and the Rescaling of Statehood*. Oxford: Oxford University Press.
--- (2008). "Henri Lefebvre's Critique of State Productivism." EnGoonewardena, K.; Kipfer, S.; Milgrom, R. y. Schmid, C (eds.) *Space, Difference, and Everyday Life: Henri Lefebvre and Radical Politics*, New York: Routledge, pp. 231-249.
- Brenner, N. y Elden, S. (2009). "State, Space, World: Henri Lefebvre and the Survival of Capitalism." En Brenner, N. y Elden, S. (eds) *State, Space, World: Selected Essays*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 1-8.
- Brenner, N.; Jessop, B. y Jones, M. y MacLeod, G. (eds.) (2003). *State Space: A Reader*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Bunnell, T. y Coe, N. (2005). "Re-Fragmenting the 'Political': Globalization, Governmentality and Malaysia's Multimedia Super Corridor". *Political Geography* 24(7): 831-849.
- Castells, M. (1996). *The Rise of the Network Society*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Cooke, P. y Morgan, K. (1998). The Associational Economy. New York: Oxford University Press.
- Cox, K. (1991). "Redefining 'Territory'". *Political Geography Quarterly* 10(1): 5-7.
- Elden, S. (2004). *Understanding Henri Lefebvre: Theory and the Possible*. London: Continuum.
--- (2005). "Missing the Point: Globalisation, Deterritorialisation and the Space of the World." *Transactions of the Institute of British Geographers* 30(1): 8-19.
--- (2007). "Governmentality, Calculation, Territory". *Environment and Planning D: Society and Space* 25(3): 562-580.
--- (2009). *Terror and Territory: The Spatial Extent of Sovereignty*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Escolar, M (2003). "Exploration, Cartography and the Modernization of State Power" en En Brenner, N.; Jessop, B. y Jones, M. y Mac Leod, G. (eds.) (2003) *State / Space: A Reader*. Cambridge, MA: Blackwell, pp. 29-52.
- Ferguson, Y. y Jones, B. (eds.) (2002). *Political Space*. Albany, NY: SUNY Press.
- Giddens, A. (1985). *The Nation-State and Violence*. Los Angeles: University of California Press.
- Goonewardena, K., Kipfer, S.; Milgrom, R. y Schmid, C. (eds.) (2008). *Space, Difference, Everyday Life: Reading Henri Lefebvre*. New York: Routledge.

- Goswami, M. (2004). *Producing India: From Colonial Space to National Economy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gottdiener, M. (1985). *The Social Production of Urban Space*. Austin: University of Texas Press.
- Gregory, D. (1994). *Geographical Imaginations*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Gregory, D. y Urry, J. (eds.) (1985) *Social Relations and Spatial Structures*. London: Macmillan.
- Hannah, M. (2000). *Governmentality and the Mastery of Territory in Nineteenth-Century America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Harvey, D. (1974). *Social Justice and the City*. London: Arnold.
--- (1982). *The Limits to Capital*. Chicago: University of Chicago Press.
--- (1989). *The Urban Experience*. Baltimore: Johns Hopkins Press.
--- (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Hudson, R. (2001). *Producing Places*. New York: Guilford Publishers.
- Jessop, B. (1990). *State Theory. Putting Capitalist States in Their Place*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press.
- Jones, R. (2007). *Peoples / States Territories: The Political Geographies of British State Transformation*. Oxford: Blackwell.
- Katznelson, Ira. (1993). *Marxism and the City*. New York: Oxford University Press.
- Lefebvre, H. (1963). *La Vallée du Campan: Étude de sociologie rurale*. Paris: PUF.
--- (1970a). *Du Rural a ` l'urbain*. Paris: Anthropos.
--- (1970b). *La Fin de L'histoire*. Paris: Les e'ditions de Minuit.
--- (1973). *La Survie du capitalisme: La re-production des rapports de production*. Paris: Anthropos.
--- (1974). *La Production de l'espace*. Paris: Anthropos.
--- (1975). *Hegel, Marx, Nietzsche ou le royaume des ombres*. Paris: Casterman.
--- (1976). *The Survival of Capitalism: Reproduction of the Relations of Production*, translated by Frank Bryant. New York: St. Martin's Press.
--- (1976-1978). *De l'État*. Paris: UGE, Four Volumes.
--- (1980). *Une Pensée devenue monde*. Paris: Fayard.
--- (1991). *The Production of Space*, traducido por Donald Nicolson-Smith. Oxford: Blackwell.
--- (1996). *Writings on Cities*, Traducido y editado por Eleonore Kofman y Elizabeth Lebas. Oxford: Blackwell.
--- (2003a). *Key Writings*, Editado por Elden, S.; Lebas, E. y Kofman, E. London: Continuum.

--- (2003b). *The Urban Revolution*, Traducido por Robert Bonnano, Minneapolis: University of Minnesota Press.
--- (2008). *The Critique of Everyday Life*, Traducido por John Moore y Gregory Elliott. London: Verso, Three Volumes.
--- (2009). *State, Space, World: Selected Essays*, Editado por Neil Brenner and Stuart Elden, traducido por Gerald Moore, Neil Brenner, y Stuart Elden. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Lefebvre, H. y Guterman, N. (1999 [1936]). *La Conscience mystifiée*. Paris: Syllepse.
- Linklater, A. (1998). *The Transformation of Political Community: Ethical Foundations of the Pos West phalian Era*. Cambridge: Polity Press.
- MacLeod, G. (2000). "The Learning Region in an Age of Austerity: Capitalizing on Knowledge, Entrepreneurialism and Reflexive Capitalism". *Geoforum* 31(2): 219-236.
- Mann, M. (1986). *The Sources of Social Power, Volume 1: A History of Power From the Beginning to A.D. 1760*. New York: Cambridge University Press.
--- (1993). *The Sources of Social Power, Volume 2: The Rise of Classes and Nation-States*. New York: Cambridge University Press.
- Marx, K. (1981). *Capital: A Critique of Political Economy*, Volume 3, traducido por David Fernbach. Harmonds worth: Penguin.
- Massey, D.; Allen, J. and Anderson, J. (eds.) (1984). *Geography Matters: A Reader.* New York: Cambridge University Press.
- McMichael, P. (1996). *Development and Social Change*. Thousand Oaks: Sage.
- Mitchell, T. (1997). "The State Effect." En Steinmetz, G. (ed.). *State / Culture*, Durham, NC: Duke University Press.
- Newman, D. (ed.) (1999). *Boundaries, Territory and Postmodernity*. London: Frank Cass.
- Newman, D. y Anssi P. (1998). "Fences and Neighbors in the Postmodern World". *Progress in Human Geography* 22(2): 186-207.
- Ong, A. (2006). *Neoliberalism as Exception: Mutations of Citizenship and Sovereignty*. Durham, NC: Duke University Press.
- Paasi, A. (1996). *Territories, Boundaries and Consciousness: The Changing Geographies of the Finnish Russian Border*. London: John Wiley & Sons.
- Painter, J. (2006). "Prosaic Geographies of Stateness". *Political Geography* 25(7): 752-774.
--- (2009). "Rethinking Territory". *Antipode* 42(5): 1090-1118.
- Perkmann, M. y Ngai-Ling Sum, E. (2002). *Globalization, Regionalization and Cross-Border Regions*. London: Palgrave.

- Poulantzas, N. (1978). *State, Power, Socialism*, traducido por Patrick Camiller. London: New Left Books.
- Raffestin, C. (1980). *Pour une geógraphie du pouvoir*. Paris: Libraires Techniques.
- Ruggie, J. (1993). "Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations". *International Organization* 47(1): 139-174.
- Sack, R. (1986). *Human Territoriality: Its Theory and History*. Cambridge: Cambridge University Press.
--- (1997). *Homo Geographicus: A Framework for Action, Awareness and Moral Concern*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Sassen, S. (1996) *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*. New York: Columbia University Press.
--- (2006). *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Schmid, C. (1996). "Urbane Region und Territorial vera¨ltnis-Zur Regulation des Urbanisierungsprozesses." En Bruch, M. y Krebs M. Bruch, and Krebs, H.-P. *Unternehmen Globus. Facetten Nach for distischer Regulation*. Münster: Westfälisches Dampfboot, pp. 217-242.
--- (2003). "Raum und Regulation. Henri Lefebvre und der Regulationsansatz". En: Brand, U. y Raza, W. (eds.) *Fit für den Postfordismus? Theoretisch-PolitischePerspektiven des Regulationsansatzes*. Münster: WestfälischesDampfboot, pp. 217-242.
--- (2005). *Stadt, Raum und Gesellschaft. Henri Lefebvre und die Theorie der Produktion des Raumes*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- Scholte, J. (2000). *Globalisation: A Critical Introduction*. Basingstoke: Macmillan.
- Scott, J. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Shields, R. (1999). L*efebvre, Love and Struggle: Spatial Dialectics*. New York: Routledge.
- Smith, N. (2004). "Scale Bending and the Fate of the National". En Sheppard, E. y McMaster, R. *Scale and Geographic Inquiry*. Cambridge, MA: Blackwell, pp. 192-212.
- Soja, E. (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso.
--- (1996). *Third space: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Oxford: Blackwell.
--- (2000). P*ostmetropolis: Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Blackwell.
- Spruyt, H. (1994). *The Sovereign State and its Competitors*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

- Stanek, L. (2008). "Space as a Concrete Abstraction: Hegel, Marx and Modern Urbanism in Henri Lefebvre". En Goonewardena, K.; Kipfer, S.; Milgrom, R. y. Schmid, C. (eds.) *Space, Difference, and Everyday Life: Henri Lefebvre and Radical Politics*, New York: Routledge, pp. 62-79.
- Steinberg, P. (1994). "Territory, Territoriality and the New Industrial Geography." *Political Geography* 13(1): 3-5.
- Swyngedouw, E. (2000). "Authoritarian Governance, Power and the Politics of Rescaling". *Environment and Planning D: Society and Space* 18(1): 63-76.
- Teschke, B. (2003). *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*. New York: Verso.
- Walker, R. (1993). *Inside Outside: International Relations as Political Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weber, M. (1968). *Economy and Society*, editado por Guenther Roth y Claus Wittich. New York: Bedminster.
- Weizman, E. (2007). *Hollow Land: Israel's Architecture of Occupation*. London: Verso.

Capítulo 3

Impugnación de la modernidad espacial en la China postsocialista*

Li Zhang**

Durante el verano de 1999, cuando volví a mi ciudad natal, Kunming (China), para llevar a cabo una investigación y visitar a mi familia, mis padres, ambos residentes en la ciudad desde hacía mucho tiempo, insistieron en llevarme a visitar de nuevo el lugar donde se celebró su boda: una casa de té situada en el corazón del antiguo distrito del centro de Kunming. Hacía muchos años que no iban allí y, de repente, temían que desapareciera debido a la reciente demolición masiva de barrios antiguos para la renovación urbana. Para nuestro deleite, esta antigua casa con patio, bellamente construida, seguía allí. Tocando el armazón de madera de la casa, mi padre, un profesor universitario jubilado de 70 años, dijo: "¡Ahora todo vuelve a mi memoria! Fue una boda sencilla, pero ahora puedo recordarlo todo, estando aquí mismo". Empezó a contarme los detalles de la boda que tuvo lugar hace unos 40 años: los invitados, la música, la comida y la felicidad. Luego me pidió que hiciera todas las fotos que pudiera porque temía que este lugar –una inscripción física de su vida pasada– desapareciera pronto. Parecía estar tratando de aferrarse a algunas cosas tangibles para anclar su memoria mientras el mundo a su alrededor cambiaba. La nostalgia que percibí en él estaba lejos de ser una forma de sentimentalismo romántico trivial; más bien, tenía un poder transformador que creaba un vínculo material con el pasado a través de objetos espaciales específicos, "elementos que crean y mantienen nuestra relación con lo histórico" (Seremetakis, 1994, 3)

Kunming es una de las muchas ciudades chinas que están sufriendo la demolición masiva de lo antiguo y la construcción apresurada de lo nuevo en un esfuerzo por convertirse en modernas (*xiandai*). La propia ciudad se está extendiendo

* La versión original de este capítulo fue publicada en 2006 con el título "Contesting Spatial Modernity in Late-Socialist China", *Current Anthropology* (47)3, 461-484. Traducido por Diego Roldán, IECH-UNR-CONICET PEPS-CEI-UNR.

** Universidad de California. Correo electrónico: Li Zhang lizhang@ucdavis.edu.

rápidamente en las zonas circundantes que antes eran verdes campos de arroz y verduras. Los rascacielos han alterado para siempre un paisaje urbano de perfil bajo. Las viejas y estrechas callejuelas y las casas residenciales tradicionales con sus tejados de tejas azul oscuro están desapareciendo rápidamente, dando paso a bulevares de varios carriles, gigantescas plazas comerciales, complejos de viviendas de alto standing, hoteles de lujo y centros de ocio iluminados con luces de neón, todos ellos poderosos marcadores físicos de la modernidad en la China actual (Imágenes 1 y 2). Pero las reconfiguraciones espaciales y arquitectónicas no se limitan a reflejar los recientes cambios socioeconómicos en China, sino que también transforman los propios modos de vida social, la política local y las identidades culturales. El impacto de estos cambios espaciales en nombre del progreso y el desarrollo va mucho más allá del ámbito del entorno construido; penetra en todos los aspectos de lo social. En resumen, la planificación urbana –un poderoso instrumento de cambio social– se está desplegando como estrategia clave del desarrollo económico posterior a Mao. También es un campo de batalla para articular diferentes sentidos de la comunidad y la socialidad.



Imagen 1. Paisaje urbano de Kunming en 1896.
Foto: Auguste Francois, cortesía de Yin Xiaojun

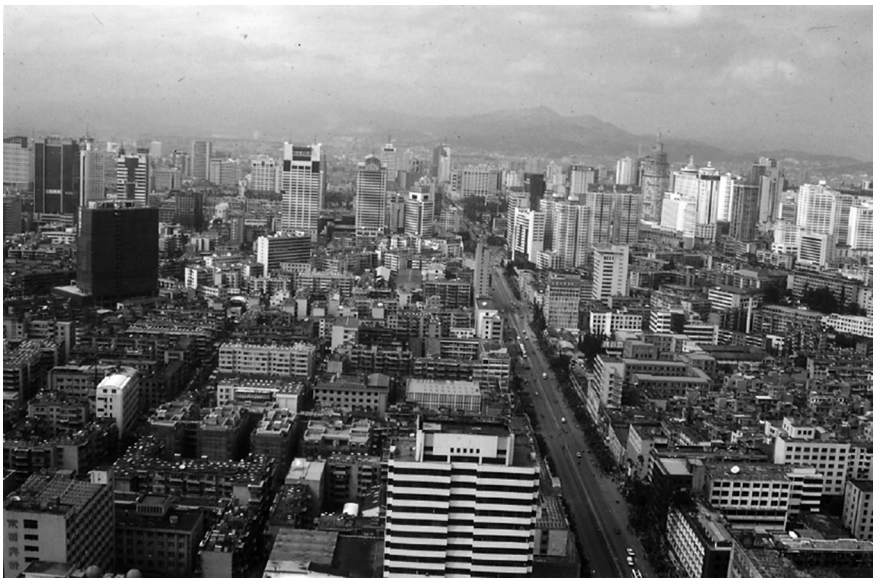


Imagen 2.
Paisaje urbano de Kunming, 2001.

En este capítulo exploro la lógica cultural y la política de la reestructuración espacial del socialismo tardío en el contexto de la transición de China a una sociedad de consumo comercializada y de crecimiento progresivo[1]. Más concretamente, analizo cómo un nuevo plan maestro de reestructuración de la ciudad ha provocado la destrucción masiva de barrios centenarios del centro de la ciudad y el desplazamiento de decenas de miles de familias. Sostengo que es la combinación de una sensación de atraso (con respecto al desarrollo nacional y mundial) y una coalición emergente de gobiernos locales y desarrolladores inmobiliarios la que está dando forma a la remodelación urbana posterior a Mao. Al mismo tiempo, trato de entender cómo la gente de a pie da sentido a estos cambios y cómo los residentes desplazados de la ciudad afrontan o subvierten el nuevo orden espacial. Mi investigación revela el modo en que algunos residentes de larga permanencia y ciudadanos privados de derechos critican los recientes cambios espaciales, utilizan ciertos espacios para sus

[1] Considero que China es un Estado socialista tardío por su régimen de partido único y su reivindicación ideológica oficial del socialismo, a pesar de los profundos cambios que se han producido en los ámbitos económico, social y cultural (véase Zhang, 2001).

propios fines e incluso emprenden acciones legales contra las coaliciones gobierno-desarrolladores para defender sus hogares y su lugar en la ciudad. El objetivo más amplio de este artículo es profundizar en nuestra comprensión de la dinámica de poder del socialismo tardío a través de la lente del cambio espacial.

Mi estudio se enmarca en las preocupaciones más amplias de la economía política del entorno construido, en particular la relación entre el espacio y el poder. En las últimas décadas ha crecido el interés de los antropólogos por comprender la producción social y los significados culturales del espacio y el lugar en diversos contextos (véase, por ejemplo, Rotenberg y McDonogh, 1993; Low y Lawrence-Zuniga, 2003)[2]. Se ha reconocido ampliamente que la planificación urbana puede ser un poderoso medio de control social y ordenamiento político (véase, por ejemplo, Holston, 1989; Rabinow, 1982; 1989). Por lo tanto, no podemos tratar la estética urbana y las formas espaciales como objetos físicos naturales o neutros, sino que debemos examinarlas como el producto de luchas sociales y políticas (véase también Davis, 1992; Massey, 1994; Soja, 1989; Tuan, 1977; Smart, 2001; Caldeira, 2000; Pellow, 1996; Tang, 2000). En su poderosa crítica de Brasilia, Holston (1989) muestra que si bien esta ciudad modernista fue creada por el gobierno brasileño para avanzar en el desarrollo nacional y transformar la vida social para un futuro imaginado, finalmente sus paradojas evocaron diversas formas de subversión. Su análisis del dilema del espacio urbano es pertinente para nuestra comprensión de una política de la ciudad tardo-socialista cada vez más centrada en el uso del suelo y la reorganización espacial[3].

La planificación urbana y los diseños arquitectónicos han sido durante mucho tiempo un escenario crítico para concebir e implementar visiones de futuro deseables para la sociedad china[4]. El refrescante estudio de Bray (2005) sobre el origen del sistema socialista de unidades de trabajo (danwei) revela que el régimen de Mao persiguió activamente una planificación moderna de estilo soviético para transformar el espacio urbano chino con el fin de implantar una nueva forma de gobierno socialista e instituciones sociales. El régimen de reforma posterior a Mao también

[2] Para una revisión exhaustiva de los estudios sobre el entorno construido y la forma espacial, véase Lawrence y Low (1990).

[3] No soy en absoluto la primer persona en analizar la centralidad del espacio en China (véase Davis *et al.,* 1995; Rofel, 1999; Smart, 2001; y, para la China de principios del siglo XX, Dong, 2004; Esherik, 2000; Lu, 1999).

[4] Lo que está en juego no es simplemente el conflicto entre la tradición y la modernidad; las cuatro décadas de experiencia socialista y la continua relevancia del poder estatal en la era de la revolución del mercado han complicado el sentido del espacio y la localidad de los chinos y su visión de la modernidad.

espera provocar cambios socioeconómicos mediante una reorganización espacial de la ciudad radicalmente diferente, pero los nuevos proyectos de reestructuración suelen producir tensiones entre la conservación histórica y el desarrollo económico. Esta tensión se ha intensificado desde la década de 1990 con la comercialización de los derechos de uso del suelo y el desarrollo del sector inmombiliario. ¿Hasta qué punto pueden las ciudades chinas mantener su patrimonio cultural único mientras se transforman en metrópolis modernas? ¿Es posible que adopten un enfoque dualista en el que la forma espacial tradicional y la moderna no se traten como fuerzas opuestas, sino como elementos evolutivos mutuamente constitutivos que permiten que una localidad se desarrolle económicamente manteniendo su singularidad? Estas son las preguntas que se plantean hoy en día en las ciudades chinas.

En muchos aspectos, la historia de China parece similar a la que se ha contado en la amplia literatura sobre la renovación de los centros urbanos y la reestructuración urbana en Europa, América Latina y Norteamérica (véase Mollenkopf, 1983; Greer, 1965; Palen y London, 1984; Fainstein *et al.*, 1983; Logan y Molotch, 1987). Lo que resulta informativo del caso de Kunming no es su novedad, sino su sentido de la urgencia, su radicalismo inherente y la falta de fuerzas cívicas fuertes y organizadas[5]. Estas tres características están relacionadas con el sentido del retraso, que quiero explorar más a fondo.

En primer lugar, mi investigación examina cómo la sensación de llegar tarde o con retraso en el desarrollo económico y la modernización se transforma en gran medida en la reorganización espacial de la ciudad. En otras palabras, ser "moderno" (*xiandai*) en contraposición a ser "atrasado" (*luohou*) se expresa y realiza cada vez más a través de una planificación urbana que rechaza tanto el paisaje urbano tradicional como la modernidad espacial de estilo soviético introducida en China bajo Mao. Kunming experimenta una doble sensación de atraso, ya que necesita ponerse al día no sólo con el mundo occidental, sino también con las regiones costeras más desarrolladas, las zonas económicas especiales y las principales áreas metropolitanas de China que se abrieron antes y se beneficiaron primero de la reforma. Durante décadas, Kunming ha sido considerada por los habitantes del centro y de las zonas costeras como una ciudad fronteriza, remota, subdesarrollada y que cambia lentamente. La ansiedad por el atraso y el deseo generalizado de ponerse al día económica y representativamente han determinado en gran medida las decisiones de los gobiernos locales de eliminar las viejas infraestructuras consideradas incapaces de servir a la nueva economía centrada en la industria de los servicios y el consumo masivo.

[5] La autora agradece especialmente a los revisores anónimos del artículo original que le hayan instado a tener más en cuenta estas características.

En este contexto, se considera que un nuevo paisaje urbano es una parte crucial de la creación de una Kunming cosmopolita y con visión de futuro. Para acelerar esta transición, el gobierno prefiere un enfoque radical que implique la destrucción total de las antiguas estructuras y red de calles, en lugar de estrategias de renovación relativamente graduales como la renovación o la restauración.

En segundo lugar, el concepto de tardanza pone de relieve un momento histórico único que está configurando la política de transformación urbana en China. Aunque las fuerzas del mercado se están expandiendo rápidamente, el partido-estado mantiene la hegemonía en determinados ámbitos, como la planificación urbana y la asignación de terrenos. La razón por la que la mayor parte de la reestructuración urbana y la reubicación de las familias puede llevarse a cabo con rapidez está relacionada con el régimen de propiedad de la tierra dominado por el Estado. A pesar de la privatización de muchos otros ámbitos sociales y económicos, el Estado sigue siendo el único propietario legítimo del suelo urbano (*guoyouo quanminsuoyou*)[6]. Desde finales de la década de 1980 se han producido algunos cambios importantes en los derechos de uso del suelo. Aunque los particulares o las entidades (como los *danwei* y los desarrolladores privados) no están autorizados a poseer o comercializar el suelo, ahora cuentan con varios grados de derechos de uso y pueden transferirlos en el mercado[7]. La comercialización de los derechos de uso ha hecho posible el florecimiento del mercado inmobiliario, pero también ha convertido los derechos de propiedad en un problema complejo. Por ejemplo, un ciudadano particular puede ser propietario de una estructura residencial sin ser dueño del terreno en el que se encuentra. Como los derechos de uso se consideran secundarios a los derechos de propiedad, cuando se producen conflictos de intereses en los proyectos de renovación urbana los residentes ordinarios suelen estar a merced del Estado, que tiene el poder último de decidir qué hacer con el terreno en cuestión.

Por último, el momento tardo-socialista se caracteriza por la formación de una fuerte coalición pro-crecimiento entre los gobiernos locales y el sector inmobiliario. Mediante el desarrollo y la reurbanización del suelo, los funcionarios y los desarrolladores pueden acumular capital político y/o beneficios financieros a expensas de los intereses de los residentes ordinarios de la ciudad (véase también Zhang,

[6] La mayor parte de las tierras agrícolas rurales y suburbanas son de propiedad colectiva (*jiti suoyou*).

[7] Véase Hsing (s.f.) para una descripción detallada de la política del suelo en China, especialmente en lo que respecta a las complicadas negociaciones entre múltiples actores (es decir, diferentes niveles y divisiones del gobierno, desarrolladores, *danwei*, residentes urbanos individuales y agricultores suburbanos).

2002). Los incentivos para que los funcionarios promuevan la reestructuración urbana son enormes. Con la descentralización fiscal, los gobiernos locales han ganado más autonomía en la toma de decisiones sobre el uso del suelo y el desarrollo económico, pero al mismo tiempo tienen que ser responsables de generar sus propios ingresos. Una nueva estrategia para ello es convertirse en intermediarios del suelo urbano y suburbano mediante la venta de derechos de uso a los desarrolladores (véase también Fang y Zhang, 2003). Los derechos de uso se cobran como una suma global en el momento de la transacción, lo que permite a los gobiernos locales reunir rápidamente una gran cantidad de dinero en efectivo para financiar otros proyectos. Además, mientras que la lealtad al partido y la lucha ideológica solían ser la base del capital político en el alto socialismo, hoy son los logros económicos y la capacidad de transformar la ciudad en un centro cosmopolita los que cuentan más para el ascenso político. La dramática reestructuración espacial urbana de los últimos años debe explicarse, por tanto, no sólo en términos de la lógica cultural de la modernidad espacial, sino también a la luz de la nueva orientación de los políticos para acumular capital político y popularidad.

Al centrarse en la política del atraso y su articulación espacial en China, este capítulo sugiere una forma cultural e históricamente específica de repensar la modernidad y el desarrollo. Mientras que algunos estudiosos han situado el quid de la modernidad principalmente en un cambio fundamental en la experiencia humana del tiempo y la conciencia temporal (véase Habermas, 1987; Dirks, 1990), otros han explorado otra dimensión crítica: una profunda ruptura en las experiencias espaciales de las personas y la conciencia espacial que a menudo conduce a una remodelación radical de lo local, las relaciones sociales y la geometría del poder (véase Appadurai, 1996; Mitchell, 1991; Miller, 1994; Massey, 1994; Soja, 1989). Daniel Bell (1978) ha argumentado de forma convincente la centralidad del problema del espacio (en contraposición al problema del tiempo) en el desarrollo del modernismo y el capitalismo (véase también Lefebvre, 1991; Harvey, 1990). Todo lo sólido se desvanece en el aire (1998) de Marshall Berman capta muy bien esta abrumadora sensación de ruptura espacial en los tiempos modernos. La relación dialógica entre lo espacial, lo social y lo histórico se articula claramente en el concepto de "problemática urbana" de Lefebvre (1991) y en la noción de "*espacio urbano*" de Soja (2000), entre otros. Ambos trazan un proceso de restructuración espacio-temporal lleno de tensiones y que subraya la especificidad espacial de la modernidad. En resumen, las dimensiones temporales y espaciales no están en absoluto separadas, sino que son parte integrante de las experiencias de la modernidad y la posmodernidad de las personas.

Mi relato sobre la búsqueda de *xiandai en China* a través de la reestructuración espacial pretende delinear con precisión cómo la espacialidad y la temporalidad se informan mutuamente en un momento concreto de la historia socialista. Se analiza cómo las medidas temporales de la posición de una localidad, como el "progreso" y el "atraso", lo "moderno" y lo "atrasado", han producido un tipo particular de reestructuración de la ciudad. El arraigado sentimiento de atraso en el desarrollo comercial y el anhelo de ponerse al día con el mundo "moderno" constituyen, pues, parte de la justificación de la refundación del paisaje urbano chino.

El material etnográfico que se presenta en este capítulo procede de 12 meses de trabajo de campo para un proyecto más amplio que explora las ramificaciones espaciales, sociales y políticas de la reciente privatización de la vivienda y el auge de la industria inmobiliaria en China. El trabajo de campo se llevó a cabo en cinco veranos, de 2000 a 2004. Como crecí en Kunming y volví de visita casi todos los años, he sido testigo del proceso de cambio espacial durante un largo periodo de tiempo y he desarrollado un sentido de las transformaciones sociales locales, la dinámica política y el sentimiento cultural. Los métodos de campo combinaron la observación participante a largo plazo del cambio espacial y social en la ciudad, entrevistas abiertas con 12 funcionarios, planificadores y desarrolladores urbanos y 8 residentes de la ciudad, y la investigación en la biblioteca de documentos gubernamentales e informes periodísticos[8]. La edad de los entrevistados oscilaba entre los 17 y los 75 años. Poco más de la mitad eran hombres. Los residentes pueden clasificarse a grandes rasgos en profesionales urbanos, como profesores, maestros de primaria, médicos y directivos de grandes empresas, pequeños empresarios independientes (getihu), como propietarios de tiendas y taxistas, y personas que luchan por llegar a fin del mes, como obreros jubilados y trabajadores recientemente despedidos. Dos eran estudiantes de secundaria. Las entrevistas solieron durar entre media hora y dos[9].

La refundación de Kunming

Situada en la meseta de Yun-Gui, en el suroeste de China, Kunming es la capital de la provincia de Yunnan y en el año 2000 contaba con aproximadamente 1,5 millones de residentes oficiales registrados en el núcleo de la ciudad[10]. Fundada hace más de 1.000 años, ha experimentado enormes cambios sociales y espaciales en

[8] Estas cifras incluyen sólo las personas que entrevisté para esta parte de la investigación, no el número total de entrevistados del proyecto más amplio.

[9] Todos los nombres de los entrevistados son seudónimos.

[10] La población oficial total del municipio de Kunming (incluyendo las ciudades y condados periféricos de su jurisdicción) es de unos 4,5 millones de habitantes

las dos últimas décadas[11]. Históricamente, Kunming tenía frecuentes contactos con regiones de todo el sudeste asiático a través del ferrocarril Dian-Yue, construido en 1910, pero su interacción con otras partes de China era limitada[12]. Durante décadas, la provincia de Yunnan en su conjunto se consideraba fuera de los caminos de la modernidad, un lugar al sur de las nubes (como implica la palabra "Yunnan").

Antes de las reformas económicas iniciadas en 1978, la industria del tabaco era un pilar de la economía local, pero la reforma trajo a la región oportunidades sin precedentes. Aunque la producción de tabaco sigue siendo importante, el turismo, el comercio y el sector de servicios se han convertido en los motores del crecimiento económico. La ampliación del sistema ferroviario, las autopistas interregionales y la mejora del transporte aéreo conectan ahora directamente Kunming con otras ciudades de China y del sudeste asiático. Además, debido a su rico patrimonio histórico y a la diversidad de grupos étnicos, la provincia atrae a millones de turistas que buscan la exótica "vieja China"[13]. El auge de lo que se ha denominado ampliamente la "revolución del consumo" (Davis, 2000) ha provocado un boom urbanístico porque el nuevo comercio, el turismo y los servicios requieren más y mejores hoteles, tiendas, restaurantes, bancos, edificios de oficinas y viviendas. Este auge ha atraído a la ciudad a decenas de miles de trabajadores inmigrantes y pequeños comerciantes de las zonas aledañas y de otras provincias. Mientras tanto, la polarización social ha aumentado considerablemente entre los pobres de la ciudad (principalmente familias de bajos ingresos y trabajadores despedidos) y los nuevos ricos (principalmente empresarios y comerciantes independientes) y entre los trabajadores rurales migrantes y los residentes permanentes de la ciudad registrados oficialmente (véase Zhang, 2002). Han surgido múltiples tensiones entre grupos de interés, una de las cuales es el conflicto entre la conservación histórica y el desarrollo comercial.

Kunming es una de las 24 "ciudades histórico-culturales de renombre" (*lìshǐ bǐ wénhuà míngchéng*) designadas por el Consejo de Estado en 1982. Este estatus especial da a una ciudad una ventaja significativa a la hora de comercializarla como destino turístico deseable, y su creación reflejó una creciente preocupación por parte del Estado de que muchos sitios del patrimonio estaban en peligro debido a la búsqueda

[11] Algunos estudiosos sitúan el establecimiento inicial de Kunming como centro urbano en el siglo VIII (véase He y Qing, 1999).

[12] Su aislamiento se debe a que el transporte terrestre de la región está muy poco desarrollado (véase Skinner, 1997).

[13] En Yunnan viven unos 25 grupos étnicos minoritarios. Otra característica que atrae a muchos turistas es el clima templado y agradable de Kunming durante todo el año, lo que se refleja en el nombre de "la ciudad de la primavera" (*chuncheng*).

ciega del desarrollo económico y la modernización. A medida que la competencia por el suelo urbano se hacía más intensa, en la mayoría de las ciudades chinas comenzó la destrucción masiva de barrios antiguos y la reorganización del espacio urbano[14]. Con el nuevo plan maestro (1993-2010), la mayoría de los barrios centenarios de Kunming han sido sistemáticamente demolidos y sustituidos por bulevares de varios carriles, enormes centros comerciales, rascacielos comerciales y complejos de viviendas de lujo. La demolición alcanzó su punto álgido entre 1996 y 1998, cuando la ciudad se preparaba para organizar la Exposición Internacional de Horticultura de 1999. Viendo la Expo como una oportunidad única para promover el turismo, el comercio y la inversión extranjera, los gobiernos locales invirtieron mucho en el sector inmobiliario y la construcción. En menos de tres años, la cantidad total gastada en estos proyectos superó lo que se había previsto originalmente para cubrir los diez siguientes[15]. En un discurso pronunciado en 1999, el alcalde Zhang Chenyin destacó la importancia del "proyecto de imagen de la ciudad", diseñado para convertir a Kunming en un moderno centro económico regional: "Refundar Kunming mediante un nuevo lavado de cara y un sector de servicios de calidad es una forma fundamental de mostrar al mundo nuestros nuevos logros económicos y nuestro espíritu abierto y de futuro".

Desembalaje del Plan Director

La narrativa del espacio urbano en China se sitúa en gran medida en los grandes relatos del progreso, el desarrollo y la modernidad, en los que el pasado suele tratarse sólo como un precursor del futuro, algo que en última instancia hay que superar[16]. Según esta forma de pensar, el cambio histórico es un proceso de negación constante del pasado para poder construir lo nuevo y de mejor modo sobre las ruinas. Juntos, esta visión lineal de la progresión histórica y el deseo de convertirse en *xiandai* se han convertido en el paradigma para concebir el espacio urbano bajo el régimen de la reforma[17]. Según esta narrativa del desarrollo, el antiguo espacio

[14] Este problema se acentúa en Pekín (véase Broudehous, 1994). Como decía *The Economist* (9 de septiembre de 2000, 39), "Pekín, desesperada por ganar el concurso para celebrar los Juegos Olímpicos en 2008, presume de la "ecologización" y "modernización" de la capital. En realidad, la búsqueda de modernidad de China destruye gran parte de lo antiguo en favor de lo feo".

[15] Durante la Expo, millones de visitantes llegaron a Kunming, la ciudad y la provincia recibieron una gran cantidad de ingresos y los negocios locales se vitalizaron. Sin embargo, desde entonces, muchos hoteles de categoría siguen vacíos, como consecuencia del exceso de desarrollo.

[16] En todo el mundo se repiten relatos similares (véase, por ejemplo, Blomley 2002 sobre el desarrollo inmobiliario en Canadá).

[17] Esta visión lineal de la historia no es un producto exclusivo de este periodo histórico en China, sino que forma parte de la Ilustración y del pensamiento de los nacionalistas chinos también (véase Duara, 1995).

de la ciudad ya no puede satisfacer las nuevas demandas de una sociedad que se moderniza y comercializa y, por tanto, es un obstáculo tanto físico como simbólico para el desarrollo y el progreso.

El plan maestro de Kunming (*chengshi zongti guihua*) es un ejemplo convincente del modo en que la gran narrativa del desarrollo y el progreso histórico moldean a la reestructuración urbana contemporánea. El objetivo del plan es "redefinir la naturaleza de la ciudad [Kunming] para establecer el objetivo adecuado del desarrollo de la ciudad en las nuevas circunstancias". De sus 17 capítulos, el primero está dedicado a destacar tres aspectos clave de Kunming: (1) Es la capital de la provincia y, por tanto, un centro político y administrativo de la región suroeste. (2) Es una ciudad patrimonio con una rica tradición cultural e histórica. (3) Debe convertirse rápidamente en un centro comercial internacional aprovechando el turismo, el comercio y los intercambios. El tercer aspecto es el punto central que se profundiza. La sensación de atraso en el desarrollo y el deseo de ponerse al día se articulan claramente en este capítulo inicial de la siguiente manera: "Para el año 2020, Kunming debería haber pasado al rango de las ciudades más avanzadas del país en cuanto a su capacidad social, económica y tecnológica. Este plan sentará las bases para convertir a Kunming en una metrópolis internacional avanzada (*guoji hua dushi*) a mediados del siglo XXI". Aunque el capítulo 7 ofrece algunas ideas básicas sobre la protección de los lugares del patrimonio histórico-cultural, tiende a centrarse en los parques, los lugares panorámicos y las reproducciones de objetos históricos (como torres, puertas, templos y arcos), mientras que ignora en gran medida los barrios residenciales y comerciales tradicionales, el espacio histórico vivo. Menciona de pasada varios barrios tradicionales, pero pasa completamente por alto la cuestión de cómo proteger y restaurar estos barrios distintivos. En esencia, el nuevo plan es un proyecto de crecimiento basado en el desarrollo comercial. Los capítulos restantes se dedican principalmente a modernizar diversos aspectos de la infraestructura de la ciudad y a dar más espacio al comercio, el turismo y el consumo masivo[18]. A medida que el suelo urbano escaseaba y la construcción de la Expo se aceleraba a finales de los años 1990, incluso los barrios clasificados para su protección en este plan se convirtieron en objetivos de demolición.

Hasta principios de la década de 1980, una gran parte de las antiguas calles (*laojie*) y barrios residenciales seguían existiendo en Kunming[19]. En estos barrios,

[18] Estas decisiones suelen estar influenciadas por la lógica del llamado mejor y más intenso uso del suelo (véase Derbes, 1981; Blomley, 2002)

[19] Los términos "tradicional" y "antiguo" suelen referirse a los barrios y calles construidos a principios del siglo XX y a sus estilos y materiales característicos. Las estructuras creadas desde la instauración

las casas estaban situadas a lo largo de la calle y conectadas físicamente entre sí. No había una división espacial clara entre las zonas comerciales y las residenciales. Una casa antigua típica era una estructura de dos o tres pisos con revestimiento de madera y techo de tejas grises. Las habitaciones de la planta baja que daban a la calle solían utilizarse como tiendas, mientras que otras habitaciones se reservaban como viviendas (Imagen 3). La demolición de los barrios antiguos y el ensanchamiento de las calles comenzaron lentamente en los años 1980, pero a mediados de los 1990 se produjo una demolición sistemática a gran escala. En sólo tres años antes de la Expo, se destruyó más del 90% de los barrios antiguos y decenas de miles de residentes se vieron obligados a abandonar la ciudad. Un profesor de instituto me describió una gran demolición que había presenciado en noviembre de 1997:

> "Mis amigos y yo fuimos a ver la demolición de *Wucheng* Road y Jinbi Road, las dos calles principales y las mayores zonas comerciales y residenciales tradicionales. Incluso cuando estábamos lejos del lugar, podíamos ver el polvo volando por todas partes en el aire. Cuando llegamos allí, vi cómo una casa tras otra se derrumbaba en el suelo. La escena era increíble. Algunas de esas casas tenían vigas de madera bellamente talladas y pintadas, marcos de ventanas y paneles de puertas. Algunas personas se apresuraron a entrar y trataron de sacar algunas piezas. Se podían comprar por muy poco dinero. Hoy en día se consideran antigüedades, porque ya es difícil encontrarlas".

Justificada en nombre de la modernización de la ciudad y del crecimiento comercial, esta vez la escala de destrucción fue mayor que nunca. A mediados de 1999, Kunming tenía un aspecto muy diferente. Las antiguas comunidades residenciales habían sido sustituidas por grandes bancos, hoteles, grandes almacenes y plazas comerciales. Las calles se habían ensanchado, desviado, renombrado o reconstruido por completo. Muchos residentes de larga data me dijeron que ya no podían orientarse. Los medios de comunicación controlados por el Estado y los discursos de los funcionarios celebraron la reestructuración como un paso de gigante hacia la modernización de la ciudad, y los gobiernos municipales y provinciales no fueron los únicos en expresar tal entusiasmo. Los jóvenes y la creciente clase media también adoptaron esta visión de la modernidad espacial y se sintieron orgullosos del nuevo paisaje urbano. Habían crecido en una época dominada por los medios de comunicación, Internet y la nueva industria del entretenimiento, que proporcionaban

---

del régimen socialista tienen un aspecto diferente, en gran medida influenciado por el urbanismo y la arquitectura soviéticos (véase también Bray, 2005; cf. Buchli, 1999 y Bater, 1980).

constantemente imágenes de rascacielos, autopistas, centros comerciales y ciudades de estilo occidental. Estas imágenes eran la principal fuente de su imaginación del-*xiandai*. Además, los miembros de la nueva clase media eran los que se beneficiaban directamente de la remodelación urbana que les proporcionaba viviendas de lujo en el centro de la ciudad, oportunidades comerciales y carreteras para los coches privados.



Imagen 3.
Estructura centenaria que combina residencias y comercios, 2001.

Esta gran reestructuración se frenó de repente en el verano de 2000, cuando el Consejo de Estado anunció que todas las "ciudades histórico-culturales de renombre" designadas oficialmente serían inspeccionadas y reevaluadas[20]. Si una ciudad no protegía sus lugares y estructuras históricas, se le revocaría inmediatamente su título especial. Este anuncio fue motivado por la creciente preocupación por los abusos locales de los sitios patrimoniales denunciados en los medios de comunicación y señalados por organismos internacionales del patrimonio como

[20] Desde 1982, el Consejo de Estado ha nombrado otras 99 "ciudades histórico-culturales de renombre" a nivel nacional y les ha exigido que adopten medidas de conservación.

la UNESCO. Los gobiernos locales de muchas regiones habían empezado a entrar en pánico porque sus proyectos de reurbanización habían destruido sitios culturales distintivos. Kunming no era una excepción. Dado que el turismo se había convertido en una parte vital de la economía regional centrada en Kunming, la pérdida del estatus especial habría tenido un impacto negativo directo en toda la economía provincial. Para demostrar que se estaba haciendo algo bueno para la preservación histórica, el gobierno de la ciudad creó apresuradamente una agencia especial y adoptó tres medidas simbólicas, desarrollando planes para reconstruir varios símbolos históricos clave de la ciudad (fanggu) que habían sido destruidos, preservar tres calles centenarias restantes (la calle Luofeng, la calle Huashan Sur y la calle Huashan Este) y restaurar el único barrio tradicional que quedaba en la ciudad (la calle Jingxin). Se reservó un fondo especial de 6 millones de yuanes para estos proyectos[21] y se revisó el plan general de la ciudad para reflejar una mayor conciencia de la preservación histórica. El director de la Oficina de Planificación de la Ciudad de Kunming afirmó que el principio rector del desarrollo urbano era "reforzar la protección de nuestra renombrada ciudad histórico-cultural", a la vez que "equilibrar la relación entre la protección de los lugares histórico-culturales y la modernización de la ciudad" (Li, 1999, 26). Irónicamente, esta preocupación sólo surgió cuando la mayoría de los barrios antiguos ya habían sido destruidos.

Un plan maestro es más que un simple proyecto de modernización; tiene consecuencias sociales, políticas y económicas concretas. Orienta el desarrollo urbano, canaliza el flujo de capital y define quién puede vivir en qué lugar. Al mismo tiempo que aporta enormes beneficios a algunos desarrolladores inmobiliarios, empresarios y funcionarios, desplaza y margina a otros. La remodelación para la Exposición Internacional de 1999 obligó a decenas de miles de residentes de Kunming (en su mayoría trabajadores de fábricas, empleados del sector servicios y pequeños empresarios) a abandonar los principales distritos comerciales y trasladarse a comunidades de reubicación mal planificadas en los suburbios del oeste. A las familias reubicadas les resultaba muy difícil desplazarse a los lugares de trabajo o a las escuelas situadas lejos de sus residencias. Los propietarios de pequeñas empresas perdieron en su mayoría sus negocios al ser eliminadas sus tiendas junto con sus antiguas viviendas. La familia de Zhao Wei fue una de las muchas que fueron expulsadas de sus hogares. Su familia había sido propietaria de una casa con patio y había vivido allí durante cuatro generaciones. Dos de las habitaciones que daban a una calle muy transitada se habían alquilado como tiendas. En 1996 le dijeron a su familia que todo el barrio

[21] El tipo de cambio actual entre el dólar estadounidense y el *yuan* es de aproximadamente 1:8.

iba a ser demolido para proyectos de renovación patrocinados por el gobierno y que no tenían más remedio que seguir el plan de reubicación. Zhao recordó:

> "Básicamente se nos ordenó que nos fuéramos y apenas pudimos decidir a dónde íbamos a ir y en qué tipo de vivienda nos meterían. Mi familia fue asignada a Zhenhe Xiaoqu, una comunidad de reubicación mal construida en medio de la nada. Cuando llovía, los caminos se volvían fangosos. En aquella época no había ninguna línea de autobús que nos conectara con la ciudad. Teníamos que ir en bicicleta durante casi una hora para llegar a donde trabajábamos. La gente llama a estas comunidades de reasentamiento *nán minying* (campos de refugiados)".

Una de las consecuencias de esta reubicación a gran escala y de la privatización de la vivienda es la nueva espacialización de las clases en la ciudad. Los nuevos ricos, entre ellos las élites empresariales, los directivos de alto nivel y los funcionarios bien posicionados, se apoderan del núcleo urbano, mientras que las familias de menores ingresos son expulsadas a las zonas periféricas. Esta nueva geografía de clases se manifiesta en un patrón muy diferenciado de comunidades residenciales que ofrecen espacios y estilos de vida muy distintos[22].

¿Por qué promueven los funcionarios públicos la reestructuración urbana? ¿Qué ganan al perseguir la modernidad espacial? Mi investigación sugiere tres posibles respuestas. En primer lugar, como me explicó un planificador profesional: "Los dirigentes quieren acumular capital político demostrando sus logros en la modernización de la ciudad. Lo hacen al precio de destruir los sectores antiguos porque a sus ojos estas estructuras y calles representan el atraso y son incompatibles con la imagen de metrópolis moderna". Una investigadora del instituto de urbanismo señaló que el rediseño de la ciudad estaba siendo dirigido por funcionarios con escasa formación y conocimientos profesionales en materia de planificación; se esperaba que profesionales como ella resolvieran los detalles técnicos, pero se les excluía del proceso de toma de decisiones.

En segundo lugar, las investigaciones han demostrado que el clientelismo empresarial-estatal ha aumentado en lugar de disminuir bajo la economía de mercado (Wank, 1999; Pieke, 1995; Zhang, 2001). Los funcionarios del gobierno pueden

[22] Para una descripción detallada de la política de reubicación y la espacialización de clases en las ciudades chinas de hoy, véase Zhang (2004a, 2004b). Esta pauta es, como ha dicho un crítico, bastante diferente de la que se encuentra en Estados Unidos, donde el "centro de la ciudad" y "suburbio" se corresponden conceptualmente con "pobreza" y "riqueza".

obtener grandes beneficios promoviendo el desarrollo de la tierra y participando en diversas actividades empresariales y, al mismo tiempo, proporcionar a sus clientes empresariales respaldo político, comodidad y ventajas. Se calcula que los ingresos generados por el arrendamiento de tierras representan una parte importante de los ingresos de muchos gobiernos locales. Los empresarios implicados también se convierten en importantes grupos políticos para sus patrocinadores. Estos vínculos clientelares entre burócratas y empresarios se están convirtiendo en una fuerza cada vez más poderosa en la política de las ciudades chinas. A nivel individual, los funcionarios de ciertos puestos obtienen enormes sobornos de los desarrolladores inmobiliarios a cambio de favores en el arrendamiento de terrenos y la tramitación de papeles. En Kunming, el ex gobernador de la provincia de Yunnan, Li Jiating, y su hijo tenían estrechos vínculos personales con varias de las principales empresas promotoras de viviendas de Kunming. Uno de los favores que Li hizo a un promotor fue dar un permiso tácito para la construcción de un complejo de condominios de lujo cerca del Lago Verde -un lugar designado de protección de la cultura y el paisaje-, a pesar de que el plan maestro prohibía claramente los rascacielos en esta zona. Hace tres años, Li se vio obligado a dimitir tras una serie de acusaciones de corrupción, muchas de ellas relacionadas con la operación inmobiliaria.

Una tercera explicación, ofrecida por algunos observadores occidentales, es que el auge de la construcción urbana en todo el país es una estrategia para "crear puestos de trabajo y estimular un crecimiento suficiente para garantizar la estabilidad social y mantener al Partido Comunista en el poder" (Kahn, 2003). Los proyectos de construcción (sobre todo de viviendas de primera necesidad) pueden estimular toda la economía de varias maneras: aumentando la demanda de materiales de construcción y de remodelación de interiores, estimulando el consumo masivo en el gasto relacionado con el hogar y generando puestos de trabajo para mitigar el descontento de millones de trabajadores urbanos despedidos y de emigrantes rurales. Es este crecimiento económico nacional el que proporciona al régimen reformista chino su legitimidad política. Algunos economistas advierten que puede ser una estrategia arriesgada, dada la posibilidad de déficits presupuestarios asociados a la financiación de estos costosos proyectos, pero mi investigación indica que los gobiernos locales que promueven y a veces emprenden estos proyectos han obtenido ingresos por el arrendamiento de terrenos y la imposición del sector inmobiliario.

Los urbanistas y arquitectos empleados por el gobierno que entrevisté son críticos con el plan maestro, pero a menudo se sienten abrumados por el poder político y se han vuelto cínicos o indiferentes. En la actualidad, en China es el poder burocrático, y no los conocimientos y habilidades profesionales, el que determina

en última instancia la planificación urbana. Liu, que trabajó en la oficina de planificación urbana, se formó en una de las mejores universidades chinas. Cuando se graduó en la década de 1980, era ambicioso y quería hacer algo bueno por su ciudad natal, pero con el paso del tiempo se desilusionó con la política de planificación. Varias veces sus sugerencias e ideas creativas para salvar los barrios antiguos fueron desechadas por los altos funcionarios. Cuando lo entrevisté, se había convertido en un funcionario corrupto que vivía de los sobornos de los desarrolladores urbanos. Aunque no ocupaba un lugar destacado en la burocracia, estaba en la posición estratégica de revisar y aprobar las solicitudes de construcción. Un día me invitó a una costosa cena japonesa en un hotel de cinco estrellas. Mientras bebía sake en una delicada taza de cerámica, me dijo:

> "Deberías saber cómo es la China actual. Son los funcionarios con poder burocrático (*quanli*) y los inversores con dinero (*qian*) quienes tienen la última palabra. Pero no saben nada sobre planificación urbana y diseño de construcciones. Es muy difícil para los verdaderos planificadores y arquitectos como nosotros cumplir nuestros sueños porque no tenemos ni poder ni dinero… No puedo decir estas cosas a mis superiores en el trabajo, pero puedo decirles mi verdadera opinión aquí: La llamada protección de la ciudad vieja es un fiasco total. No tiene sentido hablar de la protección de la ciudad antigua a estas alturas, porque no queda mucho que proteger. Es demasiado tarde; la destrucción es irreversible. Lo que tenemos hoy es el producto de políticas miopes impulsadas por los intereses políticos de algunos funcionarios y el deseo de obtener ganancias económicas rápidas y fama personal".

Otros profesionales de la planificación simplemente han dejado sus puestos y han creado empresas privadas. Wang fue en su día profesor de arquitectura en una universidad local y asesor del gobierno de la ciudad en cuestiones de planificación y diseño, pero hace tres años decidió dejar su trabajo y "lanzarse al mar de los negocios" (*xiahai*) porque sus ideas eran a menudo descartadas por los funcionarios y se había frustrado con la dirección de la planificación de la ciudad. Creó una empresa de remodelación de viviendas y amasó una gran fortuna. Cuando lo entrevisté, conducía un Buick negro nuevo y había comprado dos condominios de lujo en una nueva comunidad residencial. Decía que le importaba poco el aspecto de la ciudad; lo único que quería era hacerse rico y llevar una vida cómoda. A pesar del poder de las fuerzas del crecimiento, la aplicación del plan maestro no siempre ha ido bien. Los profundos cambios que ha iniciado en el entorno construido han suscitado debates, críticas y

contrapuntos por parte de ciertos sectores de la población local. En las siguientes páginas examinaré cómo estas visiones y prácticas alternativas tratan de mantener un sentido diferente de la comunidad, el lugar y la socialidad, al tiempo que cuestionan el valor, a menudo dado por sentado, del desarrollo y el *xiandai*.

En busca de la antigua Kunming

Una de las voces críticas procede de las élites culturales y los profesionales de la ciudad (por ejemplo, profesores, periodistas, escritores, poetas, artistas, médicos, ingenieros y arquitectos) que ven en la demolición de los barrios antiguos un error histórico irreversible. Se consideran simbólicamente desarraigados o privados de la memoria histórica. Un profesor universitario de más de 70 años lo expresó del siguiente modo: "La ciudad es el contenedor físico de nuestra memoria. Muchos acontecimientos y recuerdos del pasado que antes estaban claramente inscritos en *el espacio de la ciudad* han desaparecido. Sólo puedo rastrearlos mirando esas descoloridas fotografías en blanco y negro de los archivos". Este sentimiento es ampliamente compartido por otros intelectuales descorazonados que ven cómo las viejas calles y barrios de la ciudad que antaño sostenían sus recuerdos del pasado son arrasados y sacrificados en el altar de la modernidad.

El descontento se articula también a través de una creciente preocupación por la identidad de Kunming. Un popular periódico local, conocido por su atrevido enfoque de los problemas sociales, abrió en julio de 2000 una línea telefónica dedicada específicamente a un debate público sobre el tema "Kunming, ¿cuál es tu alma?" Los lectores, entre los que se encontraban estudiantes, trabajadores, profesores y empresarios, participaron en el debate y expresaron su preocupación por que su ciudad estuviera perdiendo su especificidad. Un taxista me contó que se molestó cuando un amigo suyo que había venido de visita desde Urumqi, la capital de la Región Autónoma Uigur de Xinjiang, le dijo: "Al fin y al cabo, tu Kunming no es tan diferente de nuestra Urumqi". Pero luego, al reflexionar, tuvo que admitir que el comentario de su amigo no estaba tan lejos de la verdad[23]. No todos los habitantes se oponen al desarrollo –muchos de ellos apoyan la comercialización–, pero están cada vez más preocupados por su impacto en la singularidad de su ciudad y su legado histórico. Esta preocupación ha hecho que se extienda el interés popular por el "viejo Kunming".

[23] Como señaló un crítico, su consternación puede haber sido causada no sólo por la implicancia de que Kunming se estaba volviendo más genérica, sino también por el hecho de que su amigo la estaba comparando con una ciudad periférica considerada por la mayoría de los chinos como atrasada y subdesarrollada.

En el verano de 1999 se abrió al público una exposición de 365 fotografías antiguas de Kunming y sus regiones circundantes tomadas por un cónsul francés, Auguste François, durante los últimos años de la dinastía Qing y los primeros de la República. Titulada "El recuerdo de un siglo" (***shijide huishou***), la exposición atrajo a decenas de miles de espectadores, creando una nueva fiebre cultural por descubrir la antigua Kunming. Al caminar por el pasillo de la exposición, uno quedaba inmediatamente cautivado por las vívidas fotografías sobre una gran variedad de cosas en Kunming y sus alrededores: paisajes, vida callejera, arquitectura, mercados, mendigos, comerciantes, artesanos, campesinos, etc.[24]. Esta exposición, que duró dos meses, fue ampliamente publicitada en toda la ciudad y en Internet. Todos los días acudían a la exposición miles de residentes locales y turistas. Se podía adquirir un VCD con todas las obras expuestas y un catálogo. Un exquisito álbum de fotos titulado *La mirada de la historia* se agotó rápidamente a pesar de su elevado precio (256 yuanes). Las postales con fotos seleccionadas también fueron muy populares en las librerías y oficinas de correos locales. Un espectador de mediana edad me dijo que había visto el espectáculo tres veces y que había comprado el álbum para poder volver a visitar los antiguos lugares de la ciudad en realidad virtual. Le entristecía la pérdida del paisaje urbano tradicional que había mantenido un claro sentido de la cultura y la historia locales.

El éxito de la exposición y de la comercialización masiva de los cuadros de François es inseparable de la nostalgia por la antigua y auténtica Kunming entre los residentes locales y los turistas[25]. Uno de los principales organizadores/patrocinadores de este evento me dijo que había previsto su éxito debido a este sentimiento generalizado. Por supuesto, no todos los espectadores interpretaron la exposición de la misma manera. Los que tenían un fuerte orgullo nacional y los visitantes más jóvenes tendían a considerar las imágenes como un recordatorio del atraso de China

[24] François pasó gran parte de su tiempo en Yunnan a finales del siglo XX (1890-1920) y tomó más de 1.600 fotografías de Kunming y otras partes de la provincia. Estas fotos fueron descubiertas en un sótano de la Francia rural en 1985. Dos residentes de Kunming que visitaron Francia vieron estas fotos en varios museos locales y recaudaron una gran suma de dinero para la compra de derechos de autor para la exposición y reproducción de una parte de estas preciosas imágenes en China. Algunas de las fotos también captaron la sombría realidad histórica de los prisioneros, los desamparados y el sufrimiento de la guerra.

[25] En los últimos años, la nostalgia se ha convertido en un medio de construcción de la identidad colectiva, pero sus formas y contenidos específicos varían de un lugar a otro (véase Davies, 2002). En el Shangai contemporáneo, por ejemplo, la búsqueda de la modernidad suele orientarse no hacia el futuro, sino hacia el pasado, una edad de oro perdida en los años 1930, cuando Shangai era conocida como el "París de Oriente" (Eckhardt, 2001; Zhang, 2000)

y de la humillación nacional infligida por las potencias coloniales extranjeras. A sus ojos, las imágenes de casas viejas, calles estrechas y carros de caballos representaban lo contrario de lo *xiandai* y lo progresista.



Imagen 4.
Vida en la calle en un barrio tradicional, 2001.

Rescate de Renqi

La segunda tendencia crítica respecto a los recientes cambios espaciales se basa en los recuerdos y experiencias personales de la ciudad que articulan un sentido muy diferente de la vida urbana y de la relación hombre-espacio. Para los residentes que han vivido en Kunming durante más de dos o tres décadas, el cambio más sorprendente es quizá la desaparición de la bulliciosa vida callejera. En el contexto diferente de Brasilia, Holston (1989) ha descrito un proceso similar como "la muerte de la calle"[26].

Las calles más antiguas de Kunming suelen ser estrechas con pasos de peatones a ambos lados. Las tiendas bordean inmediatamente el paso peatonal para que la

[26] La desaparición de la vida en la calle es un efecto común del urbanismo modernista experimentado por muchos otros países durante el paso del urbanismo preindustrial al industrial.

gente pueda caminar y comprar simultáneamente. Se trata de un espacio concebido esencialmente para las actividades humanas y no para los coches. En cierto sentido, la calle y el mercado son prácticamente el mismo espacio; comprar y caminar son actividades que se superponen. La expresión *guangjie*, "pasear y comprar", capta muy bien la esencia de este tipo de espacio. Para los residentes de más edad, esta vida en la calle es más personal, animada e íntima porque integra las actividades comerciales en la vida cotidiana. A medida que avanza la remodelación urbana y se multiplica el número de automóviles, la mayoría de las calles antiguas han sido sustituidas por vías más anchas y de varios carriles diseñadas principalmente para los automóviles. Como consecuencia, los mercados callejeros están desapareciendo. Las nuevas calles tienen ahora hasta seis carriles y permiten el tráfico de alta velocidad. Los peatones están obligados a utilizar los pasos de peatones específicos, que suelen estar colocados a demasiada distancia. Todas las calles principales están divididas por largas vallas metálicas que hacen casi imposible cruzar fuera de las zonas específicas. Aunque este nuevo método de control del tráfico parece racional, ha alterado significativamente la dinámica de la experiencia comercial local (imágenes 4 a 6).



Imagen 5.
Escena de una calle, 1896.
Foto de Auguste Francois, cortesía de Yin Xiaojun.

La calle *Jinbi* solía ser una larga y estrecha calle flanqueada por cientos de hermosos árboles sombrilla de hoja ancha. Era la zona comercial más próspera de Kunming, llena de pequeñas tiendas y restaurantes. A los residentes les encantaba comprar allí, y los negocios florecían. En 1996, sin embargo, esta zona se convirtió en un objetivo de demolición, y un año después había sido sustituida por un bulevar de varios carriles, rascacielos de oficinas, centros comerciales y complejos de viviendas lujosas. Se creó una gran plaza pública para pasear y admirar las reproducciones recién terminadas de dos símbolos históricos de la ciudad: los Arcos de *Jinma Biji*[27]. Sin embargo, los dos arcos están completamente eclipsados por los modernos rascacielos que los rodean (Imágenes 7 y 8). Un reportero del canal de televisión de la ciudad me explicó: "La razón por la que estos dos elaborados arcos fueron tomados como símbolo único de nuestra ciudad en el pasado fue que destacaban entre otras estructuras. Pero hoy en día están dominados por los rascacielos y han perdido por completo su significado y encanto". Para revitalizar los negocios locales casi destruidos durante la reestructuración, se creó una gran plaza comercial subterránea para que no interfiriera con el tráfico de la superficie, pero algo salió muy mal. Aunque la plaza comercial tenía brillantes mostradores de cristal, suelos de mármol y lujosos ascensores, atraía a pocos compradores. Dos veces visité este lugar y me encontré con sólo varias docenas de clientes. Algunos mostradores ya habían cerrado por falta de ventas. La muerte de la calle puede entenderse en términos del popular concepto chino *renqi*, que significa el aliento o la energía de los seres humanos, pero también implica la vitalidad o el dinamismo humano y se deriva de la noción *taoísta* de que el estado ideal del ser es aquel en el que los seres humanos están inmersos armoniosamente en la naturaleza (o el entorno físico)[28]. La presencia de un *renqi* fuerte en un lugar determinado es inseparable de su forma espacial y es crucial para la prosperidad empresarial. Dado que el antiguo paisaje urbano estaba diseñado para intensas interacciones humanas cara a cara, era capaz de contener un vigoroso *renqi*. En cambio, las nuevas avenidas modernas diseñadas para los vehículos tienden a "matar" a las multitudes y son incapaces de generar o mantener el *renqi*.

Una mujer que enseñaba en un instituto local explicó la relación entre el *renqi* y el diseño espacial de esta manera:

---

[27] Ambos son reproducciones de estructuras construidas en la dinastía Ming. "Jinma Biji" significa literalmente "Caballo de Oro Gallo de Jade", dos criaturas legendarias. La magia de los dos arcos consistía en que en un momento determinado del calendario lunar las sombras que proyectaban se superponían momentáneamente.

[28] Este concepto tradicional chino ha reaparecido en el discurso urbano popular con el resurgimiento de los negocios privados y las actividades comerciales en el periodo de reformas.

"Los negocios en el *Jinbi* Plaza son muy poco prometedores porque allí no hay ningún *renqi*. Es extremadamente incómodo llegar a las tiendas subterráneas. Así que la mayoría de la gente se queda en la superficie para hacer cosas… ¿Quieres saber dónde sigue siendo un buen lugar para pasear? ¡La calle Shuncheng! El *Renqi* sigue siendo muy fuerte allí. Es bulliciosa y ruidosa. Uno puede comprar todo tipo de cosas como cosas de barbacoa para comer mientras camina y compra en la calle. Las tiendas están ahí mismo, delante de ti, y estás rodeado de gente que regatea entre sí. Es mucho más divertido que ir a un gran centro comercial".



Imagen 6.
Bulevares contemporáneos, 2001.

El lugar que mencionaba era uno de los pocos barrios antiguos que habían escapado a la demolición masiva previa a la Expo. También era el hogar de varias familias musulmanas de la minoría *hui*. Por su animada vida callejera tradicional y su característica comida islámica, atraía a un gran número de consumidores locales y turistas. He visitado este bullicioso barrio varias veces desde el año 2000 y siempre lo he encontrado repleto de consumidores. El *renqi* se deriva no sólo de la densidad de personas en un lugar determinado, sino también de un estado de bienestar en un

espacio capaz de mezclar las experiencias de la vida cotidiana con las actividades comerciales. La nueva planificación urbana, por el contrario, tiende a dominar y alienar a los individuos y a aniquilar el *renqi*. En resumen, la muerte de la calle tradicional en China significa también la desaparición del *renqi* y la eventual desintegración de una forma de vida urbana centrada en una dinámica humana íntima y en comunidades estrechamente unidas. Recientemente, debido a la creciente demanda pública de revitalizar las actividades comerciales tradicionales y devolver la comodidad a la vida de los habitantes de la ciudad, el gobierno municipal ha creado varios mercados peatonales especiales o "calles peatonales" (*buxingjie*) en el centro de la ciudad[29]. Sin embargo, estos mercados peatonales distan mucho de ser adecuados para satisfacer las necesidades diarias de la mayoría de los ciudadanos y comerciantes. Por ello, los vendedores ambulantes suelen aprovechar los espacios no previstos por el plan para crear mercados espontáneos y se trenzan en constantes "guerras de guerrillas" con los agentes de las patrullas que intentan expulsarlos[30].

Ditan: Práctica espacial rebelde

Una escena callejera que se encuentra a menudo en Kunming puede describirse así: los vendedores ambulantes con cestas llenas de frutas, verduras, peines, cordones de zapatos, carteras o tazas para vender ocupan un paso elevado o parte de un bulevar, convirtiéndolo en un mercado temporal. Sin embargo, están atentos, mirando constantemente a su alrededor como si el peligro pudiera presentarse en cualquier momento. Cuando aparecen los vehículos de las patrullas gubernamentales, los vendedores recogen y corren para evitar multas y confiscaciones, y la fruta, la verdura y otras cosas caen de los contenedores y se esparcen por el suelo.

En todas las ciudades chinas se pueden encontrar lugares de comercio espontáneo de gran movilidad, conocidos como *ditan*. Desde el punto de vista del gobierno, son simplemente un signo de desorden y perturbación porque van en contra del esfuerzo oficial por establecer un orden espacial regulado y formalizado. Los *ditanos* se describen como "cánceres" que crecen en las calles, y se considera que los vendedores ambulantes libran una "guerra de guerrillas" con los patrulleros. Un informe periodístico (*Chuncheng Wanbao*, 26 de noviembre

[29] Un equivalente estadounidense al *buxingjie* sería el mercado de agricultores, que tiene una disposición espacial similar con puestos a ambos lados de una pasarela, pero un *buxingjie* es más permanente y los propietarios de los puestos no son necesariamente agricultores.

[30] Muchas de las estrategias de intervención del gobierno y las contrapartidas de los vendedores ambulantes que he observado en Kunming son muy similares a las que Smart (1989) describe para el Hong Kong colonial.

de 1997) describe las tácticas y la persistencia de los vendedores ambulantes de la siguiente manera:

> "Hoy en día hay demasiados vendedores ambulantes en Kunming. Como les gusta participar en una guerra de guerrillas, son muy difíciles de controlar… Cuando se atrapa a un vendedor ambulante, sólo se le multa con varios *yuanes* o varias decenas de *yuanes* y se le deja ir. No es de extrañar que no tenga miedo y que regrese. Juega al escondite: cuando vienes, huye; cuando te tomas un descanso, vuelve a la calle".



Imagen 7.
El Arco de Biji, 1896. *Foto de Auguste Francois, cortesía de Yin Xiaojun.*

El gobierno de la ciudad se ha movilizado repetidamente para frenar la propagación del *ditan*, con campañas especialmente intensas en las que participaron más de 800 agentes a finales de 1997 y finales de 2001. El objetivo ha sido "restaurar la imagen de la ciudad reprimiendo cualquier ocupación ilegal de las calles para actividades comerciales" (*zhengzhi shirong*, *dăjí zhàn dào jingyíng*). El argumento oficial ha sido que las actividades comerciales espontáneas son desordenadas, no están reguladas y bloquean el tráfico, dañando así la imagen metropolitana moderna y ordenada de Kunming. Las campañas, que representan una forma de "gubernamentalidad espacial", no se dirigen a las personas sino a los espacios, excluyendo

"el comportamiento ofensivo de lugares específicos en lugar de intentar corregir o reformar a los infractores" (Merry, 2001, 16). Los patrulleros realizan redadas para dispersar a las multitudes y despejar la zona, pero no detienen a los vendedores. A pesar de los repetidos esfuerzos por erradicar el *ditan*, los vendedores ambulantes vuelven a aparecer debido a la demanda de sus servicios y mercancías[31].

Los mercados informales espontáneos creados por los vendedores ambulantes son muy parecidos a los anteriores mercados de agricultores incrustados en los barrios residenciales. Son muy prácticos y ofrecen productos frescos y asequibles. Los vendedores y compradores pueden negociar entre sí e incluso llegar a conocerse a nivel personal con el tiempo. Los edificios de los mercados centralizados construidos por los gobiernos locales consumen mucho tiempo y son aburridos para las familias, y como los vendedores (en su mayoría agricultores de los suburbios) tienen que pagar una cuota mensual para alquilar un espacio en ellos (*tanwei*), sus productos cuestan más. Por ello, muchos habitantes de la ciudad dependen de los vendedores ambulantes para abastecerse de alimentos.



Imagen 8.
Reproducción del Arco de Biji, 2001.

[31] En muchas ciudades chinas se llevan a cabo campañas para "limpiar las calles" bajo la rúbrica de la civilización espiritual socialista. La noción de civismo se invoca para apoyar la creciente regulación del espacio urbano por parte del Estado.

Las familias de clase media pueden optar por comprar en las supertiendas transnacionales (Wal-Mart, Price Mart y North-Mart) que han aparecido en la última década, pero la mayoría de las familias de clase trabajadora no pueden permitirse comprar allí a diario. Estas megatiendas también ofrecen un tipo de experiencia de compra muy diferente que puede resultar alienante para algunas personas. Cuando Wal-Mart abrió una sucursal en Kunming en 1998, la Señora Li, una profesora de secundaria jubilada de unos 70 años, fue allí con su hija. Era su primera visita a un supermercado de estilo occidental. A la entrada le pidieron que dejara su bolso en el mostrador porque no se permitía entrar con bolsas. Esto la hizo sentir muy incómoda, porque pensó que era sospechosa de ser una ladrona. Luego, al entrar en la tienda, se sintió totalmente desorientada y no pudo encontrar lo que quería. El edificio de cuatro pisos estaba repleto de otros clientes confundidos que se movían en todas direcciones. La Sra. Li estaba más acostumbrada al flujo de multitudes en el mercado callejero. Después de estar a punto de ser atropellada por un carro de compras fuera de control, se marchó diciendo: "Esto no es ir de compras; es como ir a una batalla. Todo el mundo tiene mucha prisa. No se puede regatear ni charlar con los vendedores". La destrucción de la forma espacial y el estilo de vida tradicionales no sólo ha aniquilado la historia y la memoria locales, sino que ha creado una profunda ruptura en las experiencias de los residentes de más edad.

Activismo emergente basado en la propiedad

Quizá la confrontación más directa con la reestructuración urbana provenga de los propietarios desalojados que luchan por defender su propiedad y su lugar en la ciudad. Desde el año 2000, especialmente con la reciente enmienda constitucional para proteger la propiedad privada, los chinos urbanos son más conscientes de sus derechos como propietarios y están dispuestos a luchar por ellos. Las diversas formas de activismo cívico que han surgido entre los residentes desplazados en los últimos años tienden a articularse no en el lenguaje de la lucha contra el desarrollo o el crecimiento, sino en términos de defensa de los derechos de propiedad. El activismo basado en la propiedad tiende a producirse en proyectos en los que participan desarrolladores inmobiliarios privados más que en los iniciados directamente por el gobierno. En otro lugar (Zhang, 2004a) he ofrecido una descripción detallada de las diversas estrategias que utilizan los residentes para retrasar la demolición con el fin de obtener una mejor compensación por parte del gobierno o de los desarrolladores privados. Por ejemplo, los llamados hogares clavados simplemente se niegan a abandonar sus casas mucho tiempo después de que se hayan demolido las casas

circundantes, y algunos incluso recurren a amenazas de suicidio para negociar con el desarrollador o el gobierno local una compensación justa[32].

Otra tendencia más prometedora es el creciente número de protestas a pequeña escala, peticiones públicas y acciones legales organizadas por los residentes desalojados contra los desarrolladores e incluso el gobierno local. Un informe del Ministerio de la Construcción chino indica que el 28% de las 4.820 quejas y el 70% de las 1.730 apelaciones formales que recibió entre enero y agosto de 2002 estaban relacionadas con la demolición y el traslado de viviendas urbanas (Zhao, 2003). En Kunming, por ejemplo, los esfuerzos del gobierno por reurbanizar el barrio musulmán de la calle Shuncheng suscitaron las protestas de sus residentes, y el gobierno de la ciudad, preocupado por la naturaleza potencialmente volátil de las relaciones étnicas en este caso, detuvo varios intentos de renovación. Sin embargo, las protestas no lograron detener la invasión de poderosos intereses comerciales en esta zona potencialmente lucrativa en el corazón de la ciudad. Durante el verano de 2004, un proyecto de desarrollo comercial respaldado por el gobierno pudo despejar la zona para construir un nuevo complejo comercial y de apartamentos. Para minimizar la resistencia, el gobierno del distrito llegó a un acuerdo con el promotor para ofrecer a los propietarios musulmanes de la zona un atractivo plan de compensación, aproximadamente el doble de la indemnización en metálico ofrecida a los residentes desalojados en otras partes de la ciudad, y la posibilidad de volver a mudarse.

En ciudades como Pekín y Shanghái, los residentes desahuciados han ido incluso más lejos al presentar demandas contra los desarrolladores. Los abogados están cada vez más dispuestos a llevar estos casos en nombre de los "débiles", a pesar de los enormes obstáculos que suponen. Aunque las demandas contra los desarrolladores suelen ser rechazadas por los tribunales locales, representan una importante dirección y una nueva posibilidad en los esfuerzos de los ciudadanos por preservar sus derechos. Situar la historia de Kunming en un contexto histórico comparativo más amplio ayuda a aclarar la naturaleza y el alcance de la oposición cívica a la reestructuración espacial posterior a Mao. En muchos aspectos, la experiencia de Kunming se asemeja a la de las ciudades europeas y de Asia oriental que se enfrentaron a la elección entre la renovación urbana y la preservación histórica y, hasta

[32] Las compensaciones estándar ofrecidas por los promotores o los gobiernos locales llegan en dos formas: dinero en efectivo o vivienda en otro lugar. Sin embargo, la cantidad de dinero ofrecida no suele ser suficiente para que una familia pueda comprar otro apartamento modesto en la ciudad en el mercado comercial y la vivienda alternativa que se ofrece suele estar en suburbios lejanos sin servicios comunitarios básicos.

cierto punto, a la de las ciudades postindustriales estadounidenses de la década de 1960. Existe un alto grado de intervención gubernamental en la reurbanización, la frecuente demolición de barrios del centro de la ciudad (en su mayoría pobres y étnicos) y la posterior reubicación de los residentes en el espíritu del "crecimiento a cualquier precio" (véase Mollenkopf, 1983; Zhang y Fang, 2004). Sin embargo, las diferencias entre China y estos otros lugares son sugerentes. Los proyectos de renovación en otros lugares tienden a producir una oposición local mejor organizada por parte de entidades cívicas bien establecidas, como asociaciones de vecinos, grupos religiosos y otros tipos de grupos ciudadanos (véase Herzfeld, 1991; Brumann s.f.; Heckart, 1989). En algunos casos, los residentes de los barrios amenazados son capaces de movilizarse y participar en el activismo comunitario para detener o modificar los planes de desarrollo. En las ciudades postcomunistas de Europa del Este, según Szelenyi (1996), aunque la desigualdad social y la segregación espacial están aumentando considerablemente, los antiguos barrios del centro de la ciudad no han sido sustituidos por completo por el nuevo desarrollo, sino que están sufriendo un proceso de aburguesamiento por parte de la nueva burguesía y la clase profesional. Por el contrario, la velocidad y la escala de la demolición y la reurbanización en las ciudades chinas posteriores a Mao son extraordinarias. A menudo se destruyen barrios enteros y su tejido social en pocos meses. No existe una sociedad civil establecida en la que los residentes puedan confiar para defender sus comunidades mientras se enfrentan al desarrollo respaldado por el gobierno. La violencia social y espacial que sufren millones de chinos se justifica en términos de racionalidad neoliberal del mercado; la resistencia y la oposición se estigmatizan como acciones irracionales contra la lógica del crecimiento y el libre mercado.

Conclusión

La política de reestructuración del espacio en Kunming apunta a un dilema en la búsqueda de *xiandai* que han encontrado las ciudades chinas en general en la era socialista tardía. En Pekín y Shanghái también se han erradicado barrios centenarios para su reordenamiento urbana. En la preparación de los Juegos Olímpicos de 2008, los *hutong* (callejones) y *sibeyuan* (casas con patio) que quedan en Pekín corren el riesgo de desaparecer, lo que obligará a millones de residentes ordinarios a desplazarse a las afueras de la ciudad. La creciente tensión entre la conservación del patrimonio histórico y el desarrollo comercial es el reflejo de un viejo dilema al que se enfrenta el Estado-nación chino. Por un lado, una nación lastrada por su pasado espera desesperadamente superar su propia sombra histórica y ponerse a la altura del Occidente desarrollado; por otro, se aferra a su patrimonio cultural en un

esfuerzo por aliviar la inminente crisis de identidad nacional y local en el proceso de convertirse en *xiandai*.[33] Lo que mi investigación revela es una articulación concreta de esta tensión en curso a nivel del entorno construido. En particular, muestra cómo el sentimiento generalizado de retraso y el deseo de ponerse al día con el mundo moderno se traslada al ámbito espacial y desempeña un papel decisivo en la remodelación del espacio urbano tardo-socialista, creando al mismo tiempo las condiciones para que pueda surgir una nueva coalición de crecimiento.

Desde la desintegración del socialismo de Estado en todo el mundo, ha surgido una gran cantidad de literatura que celebra el debilitamiento del poder del Estado y el surgimiento del libre mercado y la sociedad civil, pero esta visión excesivamente optimista de los Estados postsocialistas ha sido puesta en duda por estudios recientes. Las investigaciones indican que el Estado post-Mao no está retrocediendo, sino que en realidad ha ampliado su capacidad burocrática en muchos ámbitos y está remodelando su arte de gobernar (véase Mueggler, 2001; Shue, 1995; Rofel, 1999; Oi, 1991; Yan, 2003; Zhang, 2001). Mi estudio muestra que el Estado tardo-socialista se está reinventando como lo que yo llamo un Estado "empresarial", participando en empresas como el arrendamiento de derechos de uso del suelo y la promoción del desarrollo para fortalecerse financiera y políticamente. La ciudad, en este contexto, no es sólo objeto de regulación, sino un negocio que hay que gestionar para obtener beneficios. Ha surgido un impulso hegemónico que valoriza el crecimiento y el desarrollo ilimitados, y una coalición localizada de pro-desarrollo basada en la propiedad inmobiliaria se ha convertido en una fuerza central en la reconstrucción de la gubernamentalidad posterior a Mao. Pero la reestructuración espacial es también un proceso que genera simultáneamente desplazamiento, desorientación y conflicto social. Aunque las diversas formas de oposición cívica que he identificado tienden a quedar marginadas bajo el régimen de la reforma, ayudan a sostener un punto de vista crítico muy necesario que cuestiona la lógica de la reestructuración espacial del socialismo tardío y desestabiliza la aparentemente ineludible máquina del desarrollo.

Referencias

- Appadurai,A. (1996). *Modernity at large*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Axel, B. (2002). "Introduction: Historical anthropology and its vicissitudes". En Brian Keith Axel (ed.) *From the margins: Historical anthropology and its futures*, pp. 1-44. Durham: Duke University Press.

33 Para un análisis más profundo de esta influencia cultural ver: Rofel (1999), Yang (1988), and Zhang (1997).

- Bater, J. (1980). *The Soviet city*. Thousand Oaks: Sage.
- Bell, D. (1978). *The cultural contradictions of capitalism*. New York: Basic Books.
- Berman, M. (1988). *All that is solid melts into air: The experience of modernity*. New York: Penguin Books.
- Blomley, N. (2002). "Mud for the land", *Public Culture* 14: 557-82.
- Bray, D. (2005). *Social space and governance in urban China: The danwei system from origins to reform*. Stanford: Stanford University Press.
- Broudehous, A.M. (1994). *Neigh borhood regeneration in Beijing: An overview of projects implemented in the inner city since 1990*. M.A. thesis, McGill University.
- Brownell, S. (2001). "Making dream bodies in Beijing: Athletes, fashion models, and urban mystique in China". En N. Chen, C. Clark, S. Grottschang, and L. Jeffery (eds.) *China urban*, pp. 123-42. Durham: Duke University Press. [HFS]
- Brumann, Ch. (n.d). "Whose Kyoto? Competing models of local autonomy and the townscape in the old imperial capital". En Carola Hein and Philippe Pelletier (ed.) *Cities, autonomy, and decentralization in Japan*. London: Routledge Curzon.
- Buchli, V. (1999). *An archaeology of socialism*. Oxford: Berg.
- Caldeira, T. (2000). *City of walls: Crime, segregation,and citizenship in Saõ Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Davies, D. (2002). *Remembering red: Memory and nostalgia for the cultural revolution in late 1990's China*. Ph.D. diss., University of Washington.
- Davis, D. (ed.) (2000). *The consumer revolution in urban China*. Berkeley: University of California Press.
- Davis, D. *et al.* (1995). *Urban spaces in contemporary China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Davis, M. (1992). *City of quartz: Excavating the future in Los Angeles*. New York: Vintage Books.
- Derbes, M. J. (1981). "Highest and best use -What is it?". En *Readings in highest and best use*, ed. American Institute of Real Estate Appraisers, 3-15. Chicago.
- Dirks, N. B. (1990). "History as a sign of the modern", *Public Culture* 2 (2): 25-32.
- Dong, Y. (2003). *Republican Beijing: The city and its histories*. Berkeley: University of California Press.
- Duara, P. (1995). *Rescuing history from the nation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Eckhardt, R. (2001). *Re-presenting the 1930s: Shanghai's distinctive nostalgia*. Paper presented at the symposium "Memory and Mediain and of Contemporary China," Berkeley, Calif., March 2-4.
- Esherik, J. W. (ed.) (2000). *Remaking the Chinese city: Modernity and national identity, 1900-1950*. Honolulu: University of Hawaii Press.

- Fainstein, S.; Fainstein, N.; Child Hill, R; Judd, D. y Smith, M. P. (1983). *Restructuring the city: The political economy of urban redevelopment*. New York and London: Longman.
- Fang, K., y Zhang, Y (2003). "Plan and market mismatch: Urban redevelopment in Beijing during a period of transition", *Asia Pacific View point* 44: 149-62.
- Ferguson, J. (1999). "Rural connections, urban styles: Theorizing cultural dualism". En *Expectations of modernity: Myths and meanings of urban life on the Zambian Copperbelt*, 82-122. Berkeley: University of California Press. [HFS]
- Fong, V. (2004). *Only hope: Coming of age under China's one-child policy*. Stanford: Stanford University Press. [HFS]
- Gaetano, A. y Jacka, T. (eds.) (2004). *On the move: Women in rural-to-urban migration in contemporary China*. New York: Columbia University Press. [HFS]
- Gans,H. (1962). *The urban villagers*. New York: Free Press. [AS]
- Greer, S. (1965). *Urban renewal and American cities: The dilemma of democratic intervention*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- Habermas, J. (1987). *The philosophical discourse of modernity*. Trans. Frederick Lawrence. Cambridge: MIT Press.
- Harvey, D. (1989). *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. London: Basil Blackwell.
- Ming, H. & Qianfeng, Q. (1999). *Kunming chengshiyanjiu (A study of the city of Kunming)*. Kunming: Yunnan Science and Technology Publisher.
- Heckart, B. (1989). "The cities of Avignon and Worms as expressions of the European community", *Comparative Studies in Society and History* 31:462-90.
- Hertz, E. (1998). *The trading crowd: An ethnography of the Shanghai stock market*. Cambridge: Cambridge University Press. [HFS]
- Herzfeld, M. (1991). *A place in history: Social and monumental time in a Cretan town*. Princeton: Princeton University Press.
- Holston, J. (1989). *The modernist city: An anthropological critique of Brasilia*. Chicago: University of Chicago Press.
- Holston, J. (1999). "The modernist city and the death of the street". En Setha M. Low (ed.) *Theorizing the city: The new urban anthropology reader*, pp. 245-76. New Brunswick: Rutgers University Press. [CB]
- Hsing, Y. (2006). "Brokering power and property rights in Chinese towns", *Pacific Review* 19(1). [YH]
- Hsing, Y. (2006). "Territorial politics in large Chinese cities", *China Quarterly*. [YH]
--- (n.d). "Land and territorial politics in urban China. MS. Kahn, Joseph. 2003. China gambles on big projects for its stability", *New York Times*, January 13.

- Knauft, B. (ed.) (2002). *Critically modern: Alternatives, alterities, anthropologies*. Bloomington: Indiana University Press. [HFS]
- Lawrence, D. y Low, S. (1990). "The built environment and spatial form", *Annual Review of Anthropology* 19: 453-505.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Li, D. (1999). "Shishizongtiguihua, baohu he fazhanlishiwenhuamingcheng (Implementing the master plan, protecting and developing renowned historical-cultural cities)", *Yunnan Chengshi Guihua*, Nº 4, 26-28.
- Liechty,M. (2002). *Suitably modern: Making middle-class culture in a new consumer society*. Princeton: Princeton University Press.
- Logan, J. R. & Harvey, L. (1987). *Urban fortunes: The political economy of place*. Berkeley: University of California Press.
- Low, S. (1999). "Spatializing culture: The social production and social construction of public space in Costa Rica". En Setha M. Low (ed.) *Theorizing the city: The new urban anthropology reader*, pp. 111-37. New Brunswick: Rutgers University Press. [CB]
- Low, S. & Lawrence-Zuniga., D. (2003). *The anthropology of space and place: Locating culture*. Malden, Mass.: Blackwell.
- Lu, H. (1999). *Beyond the neon lights: Everyday Shanghai in the early twentieth century*. Berkeley: University of California Press.
- Massey, D. (1994). *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Merry, S. (2001). "Spatial govern mentality and the new urban social order: Controlling gender violence through law", *American Anthropologist* 103: 16-29.
- Miller, D. (1994). *Modernity, an ethnographic approach: Dualism and mass consumption in Trinidad*. Oxford: Berg. Mitchell, Timothy. 1991. Colonizing Egypt. Berkeley: University of California Press.
- Miller, D. (ed.) (2000). *Questions of modernity*. Minneapolis: University of Minnesota Press. [HFS]
- Mollenkopf, J. (1983). *The contested city*. Princeton: Princeton University Press.
- Mueggler, E. (2001). *The age of wild ghosts: Memory, violence, and place in southwest China*. Berkeley: University of California Press.
- Oi, J. C. (1991). *State and peasant in contemporary China: The political economy of village government*. Berkeley: University of California Press.
- Palen, J. y London, B. (eds.) (1984). *Gentrification, dis- placement, and neighborhood revitalization*. Albany: State University of New York Press.
- Pellow, D. (ed.) (1996). *Setting boundaries: The anthro-pology of spatial and social organization*. Westport: Bergin and Garvey.

- Pieke, F. (1995). "Bureaucracy, friends, and money: The growth of capital socialism in China", *Comparative Study of Society and History* 37: 494-518.
- Pun, N. (2005). *Made in China*. Durham: Duke University Press. [HFS]
- Rabinow, P. (1982). "Ordinance, discipline, regulation: Some reflections on urbanism", *Humanities in Society* 5: 267-78.
--- (1989). F*rench modern: Norms and forms of the social environment*. Cambridge: MIT Press.
- Rofel, L. (1999). *Other modernities: Gendered yearnings in China after socialism*. Berkeley: University of California Press.
- Rotenberg, R. y McDonogh, G. (1993). *The cultural meaning of urban space*. Westport: Bergin and Garvey.
- Schneider, J. y Schneider, P. (2003). "Wounded Palermo." En Jane Schneider and Ida S*usser (ed.)* Wounded cities: Destruction and reconstruction in a globalized world, pp. 291-309. Oxford: Berg. [CB]
- Schneider, J. y Susser, I. (eds.) (2003). *Wounded cities: Destruction and reconstruction in a globalized world*. Oxford: Berg. [CB]
- Seremetakis, C. N. (1994). "The memory of the senses, part 1: Marks of the transitory." En C. Nadia Seremetakis (ed.) *The senses still: Perception and memory as material culture in modernity*, pp. 1-18. Boulder: Westview Press.
- Shue, V. (1995). "State sprawl: The regulatory state and social life in a small Chinese city." En Deborah Davis *et al.* (ed.) *Urban spaces and contemporary China*, pp. 90–112. Cambridge: Cambridge University Press.
- Siu, H. (1983). *Mao's harvest: Voices of China's new generation*. New York: Oxford University Press. [HFS]
--- (1989). "Socialist peddlers and princes in a Chinese market town", *American Ethnologist* 16: 195-212. [HFS]
--- (2005). "The cultural landscape of luxury housing in South China: A regional history." En Jing Wang (ed.) *Locating China: Space, place, and popular culture*, pp. 72-93. London: Routledge. [HFS]
- Skinner, G. W (1977). "Cities and the hierarchy of local systems." En *The city in late imperial China*, ed. G. William Skinner, 275-351. Stanford: Stanford University Press.
- Smart, A. (2001). "Unruly places: Urban governance and the persistence of illegality in Hong Kong's urban squatter areas", *American Ethnologist* 103: 30-44.
- Smart, J. (1989). *The political economy of street hawkers in Hong Kong*. Hong Kong: Centre of Asian Studies, University of Hong Kong.
- Soja, E. W (1989). *Postmodern geographies: The reassertion of space in critical social theory*. London: Verso.

--- (2000). *Postmetropolis: Critical studies of cities and regions*. Oxford: Blackwell.
- Szelenyi, I. (1996). Cities under socialism -and after. En Gregory Andrusz, Michael Harloe and Ivan Szelenyi (eds.) *Cities after socialism: Urban and regional change and conflict in post-socialist societies*, pp. 286-317. Oxford: Blackwell.
- Tang, W. (2000). "Chinese urban planning at fifty: An assessment of the planning theory literature", *Journal of Planning Literature* 14: 347-66.
- Tuan, Y. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Wang, J. (ed.) (2005). *Locating China: Space, place, and popular culture*. London: Routledge. [HFS]
- Wank, D. L. (1999). *Commodifying communism: Markets, trust, and politics in a South China city*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wildner, K. (2003). *Zócalo- Die Mitte der Stadt Mexiko: Ethnographieeines Platzes*. Berlin: Reimer. [CB]
- Yan, H. (2003). "Neoliberal governmentality and neohumanism: Organizing suzhi/ value flow through labor recruitment networks", *Cultural Anthropology* 18: 493-523.
- Yan, Y. (2003). *Private life under socialism: Love, intimacy, and family change in a Chinese village*. Stanford: Stan- ford University Press. [HFS]
- Yang, M. (1988). "The modernity of power in the Chinese socialist order", *Cultural Anthropology* 3: 408-27.
- Zhang, L. (2001). *Strangers in the city: Reconfigurations of space, power, and social networks within China's floating population*. Stanford: Stanford University Press.
--- (2002). "Spatiality and urban citizenship in late socialist China", *Public Culture* 14: 311-34.
--- (2004a). "Forced from home: Property rights, civic activism, and the politics of relocation in China", *Urban Anthropology* 33: 247-81.
--- (2004b). *Intersecting space, class, and consumption: A cultural inquiry of a new jieceng formation in neoliberalizing China.* Paper presented at the workshop "The Social, Cultural, and Political Implications of Privatization in the People's Republic of China," Shanghai, June 28-29.
--- (2006). "Making private homes: The rise of a new middle- class milieu". En Li Zhang yAihwa Ong (ed.) *Absolute privacy: Ownership of the self in socialist China*. Ithaca: Cornell University Press.
- Zhang, T. (2002). "Urban development and a socialist pro- growth coalition in Shanghai", *Urban Affairs Review* 37: 475-99.
- Zhang, X. (1997). *Chinese modernism in the era of reforms: Cultural fever, avant-garde fiction, and the new Chinese cinema*. Durham: Duke University Press.

--- (2000). "Shanghai nostalgia: Post revolutionary allegories in Wang Anyi's literary production in the 1990s", *Positions* 8: 1-39.
- Zhang, Y. y Fang, K. (2004). "Is history repeating itself? From urban renewal in the United States to inner-city re- development in China", *Journal of Planning Education and Research* 23: 286-98.
- Zhao, L. (2003). "Chaiqianshinianbeixiju (Ten years of dem- olition and relocation drama)", *Nanfang Zhoumo*, September 4.

PARTE 2

AVATARES DE LA IMAGINACIÓN GEOGRÁFICA

Raymond Craib
Simon Springer
Medina Lasansky

Capítulo 4

Una metafísica nacionalista: obsesión estatal, mapas nacionales y el imaginario geohistórico en México del siglo XIX*

Raymond Craib**

Las fronteras (de los Estados nación), y el nombramiento de espacio y tiempo que transcurren entre ellas, son reflexiones de poder, y su existencia tiene efectos. Y dentro de ellos hay un intento activo por "hacer lugares.

Doreen Massey "Places and their past"

En 1847 Mariano Otero, tratando de destacar la facilidad con la que "diez o doce mil hombres… ingresaron desde Veracruz hasta la mismísima capital de la República" ofreció una explicación dolorosa: México no constituía, no podía llamarse a sí misma, una nación (Otero, 1989). Ubicando la ausencia de soberanía en los persistentes legados de las normas coloniales, Otero cuestionó el desarrollo de México

* La versión original de este capítulo fue publicada en 2002 en *Hispanic American Historical Review*, 82:1, febrero 2002, pp. 33-68. Traducido por Alejandro Caffa y María Sara Loose, Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario. Los editores del libro agradecen al autor y la revista por su autorización a traducir y publicar este artículo.

** Historiador y doctor en historia. Investigador de la Universidad de Cornell rbc23@cornell.edu. El autor agradece a Gil Joseph, Héctor Mendoza Vargas, Cynthia Brock, Robert Campbell, Daviken Studnicki-Gizbert, Rick López, James Kessenides, Matthew Edney, y Erika Pani por los comentarios y sugerencias realizadas a los borradores de este artículo. Un profundo agradecimiento a los dos revisores anónimos por sus detallados comentarios. También fueron de gran provecho los comentarios de miembros de la audiencia y de los participantes de paneles en los que presentó las versiones anteriores de este ensayo: la *Conference on Geography and History*, Yale University, en enero de 2000; la *New England Council on Latin American Studies Conference*, en octubre de 2000; y la *American Historical Association's Annual Conference*, en enero de 2001. La investigación llevada a cabo para realizar este trabajo estuvo financiada por las becas de la *International Dissertation Field Research Program of the Social Science Research Council*, y los fondos fueron otorgados por la *Andrew W. Mellon Foundation*, y el *Fulbright-Hays Doctoral Dissertation Research Abroad Program*, del Departamento de Educación de Estados Unidos.

de colonia al Estado moderno. Esta aseveración debe de haber alterado a varios, tal como sucedió un cuarto de siglo después de la proclamación de la independencia de la corona española. Sin dudas, la elite mexicana que heredó el manto independentista en 1821 se creyó miembro de un Estado y nación mexicano diferente[1]. Sin embargo, los imaginarios no tuvieron en sí el suficiente peso como para sostener a México, sin importar cuán difícil o cuán simple lo hayan imaginado "sus" líderes; tal como quedó demostrado con los turbulentos años que siguieron, incluida la Guerra de Estados Unidos-México (Anderson, 1994). Cuando se desplegó la guerra, las preguntas que había confrontado la república en 1821 persistían: ¿cómo un territorio tan grande y complejo puede coexistir junto con sus habitantes bajo una misma unidad material inteligible? ¿Cómo un territorio político nuevo puede percibirse interna y externamente como legítimo? ¿Y cuál sería la mejor manera de demostrar que una nación, un Estado, un gobierno eran algo más que una mera conjetura? Esas fueron, en términos filosóficos, preguntas metafísicas, y los métodos formulados para responderlas formaron parte de una metafísica nacionalista más amplia[2].

Las rutinas de hacer mapas y poner nombre se volvieron componentes fundamentales de las metafísicas nacionalistas y para la creación simbólica del Estado-nación mexicano. Para demostrar que México era algo más que un concepto, para legitimar la existencia espacial y temporal de México, y para respaldar argumentos visuales sobre su coherencia geográfica e histórica, los intelectuales de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística [SMGE] con el apoyo de funcionarios estatales, progresivamente fueron poniendo atención en la confección de mapas generales (cartas generales) de la República. En las supuestas superficies objetivas de los mapas nacionales, mezclaron historia y geografía para conectar un espacio conceptual con un espacio narrado, para darle a México una textualidad concreta y un pasado

[1] La declaración más comprensiva al respecto se puede encontrar en David (1991).

[2] Recurrí a la metafísica de Aristóteles (1952) para comprender la metafísica: primero, la metafísica como preocupación para comprender los requerimientos básicos necesarios para decir que "algo" puede existir. Es decir, una cuestión que puede ubicarse en el ámbito de la otología; segundo, la metafísica como aquellas cosas que existen al margen del terreno material –lo eterno e inmutable– trascendente y transempírico. Utilizo el término en ambos sentidos; en primer lugar, ¿qué fue lo que se requirió o creyó necesario para demostrar la existencia o la realidad de un Estado-nación mexicano? ¿Cómo debería haberse reclamado? Creo que, hacia mediados del siglo XIX, la historia y la geografía (en la forma del territorio historizado y la historia territorializada) fueron los componentes fundamentales que ayudaron a definir al Estado-nación como tal y lo dotaron de legitimidad internacional. Al mismo tiempo, mientras el Estado-nación fue historizado territorialmente también se le fue otorgado una calidad transhistórica, manifestándose como algo natural en vez de una entidad socialmente construida. Paradójicamente, el Estado-nación se hizo rico históricamente y atemporal.

palpable. De esta manera, México se materializó sobre la mesa de los cartógrafos: una superficie tramada sobre la cual pasado y futuro del Estado-nación podrían desplegarse simultáneamente.

El siguiente ensayo está dividido en cuatro secciones: la primera explica por qué los funcionarios mexicanos buscaron construir un mapa nacional; la segunda analiza la carta general que Antonio García Cubas hizo de México en 1857 para demostrar cómo la ciencia cartográfica naturalizó visualmente el Estado-nación; la tercera demuestra cómo las imágenes artísticas que aparecen en el mismo mapa sirven para conectar el territorio dibujado con un retrato saturado de ideologías de un supuesto paisaje mexicano por excelencia; y la sección final se centra en la importancia de ubicar los nombres en el mapa, puntualmente en cómo los cambios arbitrarios de topónimos por parte de las autoridades municipales remarcó el deseo de las elites metropolitanas de sentar una narrativa fundacional de forma espacial (y cartográfica).

Visión

Las fronteras están ahí, las fronteras son sagradas. ¿Qué más, después de todo, puede garantizar el privilegio y el poder de las elites autoritarias?

Basil Davidson. On Revolutionary Nationalism: The Legacy of Cabral

"Todas las naciones han comenzado como nosotros, en el camino de la ciencia" afirmó Manuel Orozco y Berra en 1881. No es de sorprender que esta afirmación (reveladora, como la mera constructividad del Estado-nación) viniera de los más destacados geógrafos mexicanos. La geografía se convirtió en una ciencia clave en la formación de los Estados-nación del siglo XIX, y tuvo una relación cercana con las necesidades regulatorias y técnicas de los que estaban en el poder. La profesionalización de la geografía y su incorporación como disciplina en los estudios superiores, así como la fundación de las sociedades geográficas nacionales fueron consecuencia directa de un nacionalismo económico y militar naciente[3]. La primera sociedad de geografía de México, el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (que luego pasó a llamarse Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística) había sido creada en 1833 por Valentín Gómez Farías, un presidente que creía que la acumulación y la producción de conocimiento estadístico y geográfico del territorio nacional eran cruciales para el desarrollo nacional (Mendoza Vargas, 1989). La creciente preocupación sobre la importancia del conocimiento para el gobierno aseguró que, una vez fundado, el

[3] Ver los ensayos recolectados en Anne Godlewska y Neil Smith (1994) y Horacio Capel (1981). Sobre el rápido ascenso de las sociedades geográficas nacionales, ver J. B. Harley (1987).

Instituto continuara con sus actividades de manera relativamente ininterrumpida más allá de los avatares del poder político, excepto por algún cambio de nombre[4]. Mientras que el conocimiento estadístico se refiere a la compilación general de un amplio repertorio de datos numéricos sobre, por ejemplo, la producción agrícola o la población, el foco geográfico aquí era bastante específico, se trataba de la creación de un mapa geográfico general de la república.

¿Y por qué el énfasis en la creación de un mapa nacional? Sin dudas había preocupaciones concretas relacionadas con el gobierno, en particular durante los primeros años de la república. Por ejemplo, sin un mapa nacional confiable el gobierno recientemente instalado apenas podría comenzar a concebir, y mucho menos llevar a cabo una reorganización territorial. Esto resultó ser una preocupación constante para las frecuentes reconstrucciones territoriales de las divisiones político-territoriales llevadas a cabo por centralistas y federalistas, en las que cada cual tenía sus propias geografías político-administrativas[5]. Un mapa nacional podría además ser útil en la batalla contra el caos fiscal, la fragmentación administrativa y las políticas regionales, ya que una gran cantidad de datos estadísticos locales y regionales, y lo que se asumieron como mapas estatales precisos, podrían compilarse e incorporarse en un mapa general[6]. O tal vez lo más importante, un mapa nacional de exactitud topográfica y geográfica mejoraría la incipiente capacidad militar en tiempos de incertidumbre, tanto local como internacional, al menos debido a la macro coordinación requerida para la defensa nacional. Por eso, en 1820 el gobierno había creado una nueva especialización en ingeniería geográfica y encomendó a los individuos a "viajar a través de todo el territorio, reunir estadísticas para un mapa geográfico" y elaboró un mapa nacional basado en los restos de la colección de imágenes de la marina española, creada para defender Nueva España[7].

Estas preocupaciones ofrecen una explicación inicial sobre la búsqueda constante de una carta general, aunque no una completa, en especial a medida que los años pasaban. Esto no quita que los mapas nacionales están hechos a una escala tan pequeña que en sí tienen un valor instrumental mínimo. Una expedición militar enviada para aplastar una rebelión rural o para prevenir una invasión extranjera a lo

[4] En 1839 el Instituto fue renombrado Comisión de Estadística Militar, nombre que mantuvo hasta 1849 cuando fue renombrado Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Ver Mendoza Vargas (1989), esp. pt. 2.

[5] Ver Edmundo O'Gorman (1966); Gerald L. McGowan (1991) y Carlos San Juan Victoria y Salvador Velázquez Ramírez (1980).

[6] Sobre la abundancia y la precisión de los mapas estatales, ver Tomás Ramón del Moral (1999) y Orozco y Berra (1998).

[7] Ver Ramón del Moral, citado en Héctor Mendoza Vargas (2000).

largo de la mesa central solamente encontraría utilidad en un mapa de la república entera. Para trazar rutas y planear tácticas se requirió de los mapas topográficos a gran escala confeccionados por ingenieros militares basados sobre sus encuestas a lo largo del país, y no de las reseñas geográficas y políticas de pequeña escala de la carta general construidas a partir de una compilación de fuentes. De igual manera, las iniciativas para su desarrollo, como la construcción de rutas que unieran las economías y políticas regionales con un aparato central, requirieron principalmente de mapas locales y regionales de distintas clases.

Aún así, las agencias subsidiadas federalmente, como la Comisión Militar Estadística, sucesora del Instituto Nacional de Geografía y predecesor inmediato del SMGE, todavía destinaban gran parte de sus esfuerzos a la creación de una carta general, una que fuera una "fiel expresión de la tierra que representa" (Mendoza Vargas, 1989), pero ¿por qué? Un mapa nacional tenía tanto poder iconográfico como instrumental. Además, cumplía la función básica de definir un espacio limitado dentro del cual una naciente elite post-imperial podría afirmar su poder, confirmar su estatus de continuidad, y legitimar su derecho a gobernar y, por lo tanto, para representar[8]. Además, un mapa nacional ofrecía una afirmación simbólica de la realidad política de una entidad cuya mera existencia estaba a su vez cada vez más cuestionada: un Estado-nación mexicano unido y soberano. Las rebeliones en los territorios del norte, la secesión en Texas y Yucatán, y los conflictos regionales desarticulaban cualquier idea agradable de un espacio nacional unificado, y repetidamente evocaban al fantasma de una total desintegración nacional. Un mapa nacional refutaba esas realidades incómodas al afirmar visualmente lo que en teoría ya existía: después de todo, si un mapa no hace más que reflejar una realidad objetiva copiándola, entonces por definición un mapa de una nación presupone la existencia de la nación misma[9]. El aún precario e interminable proceso de forjar un México independiente

[8] Por la manera en que la política y la poesía coinciden en el verbo activo "representar", ver Jean y John Comaroff (1991).

[9] Sobre las críticas a la noción persistente y decisiva de que los mapas simplemente reflejan una realidad espacial, ver J. B. Harley (1988a; 1989; 1988b; 1992), Harley y Woodward (1992) y Craib (2000). Es entendible pero de alguna manera irónico que el esfuerzo para deconstruir los mapas y problematizar el espacio haya surgido al mismo tiempo que las metáforas espaciales ("mapeado" y "espacio" por ejemplo) ganan una popularidad cada vez más notable en los trabajos académicos. Mientras que el uso persuasivo de las metáforas espaciales es bienvenido en tanto que podría reflejar una mayor sensibilidad por el espacio en la teoría crítica, se corre un verdadero riesgo con una promiscuidad metafóricamente acrítica y proliferante, puesto que podría conferirle a ciertas palabras tan sólo una vanidad de moda que socave a la vez su significado crítico, y que haga creer –sin notarlo– que la cartografía, y el espacio en sí, no suponen problemática alguna. Ver Neil Smith y Cindi Katz (1993) y Geraldine Pratt (1992).

se percibe como autoritariamente terminado, concluido y confirmado. Un mapa a escala de un Estado-nación que promovía la ilusión ideológica de neutralidad al utilizar principios matemáticos "objetivos" para la construcción de mapas, se lo consideraba atrasado a partir de la conclusión esperada, ya que servía como modelo para, más que de lo que supuestamente representaba[10].

Aún delineando simplemente donde termina México y donde supuestamente comenzarían los límites de las otras naciones, podía ser importante en una época en donde las fronteras establecidas y la cohesión territorial eran factores que se tornaban cada vez más fundamentales para los Estado-nación modernos[11]. De hecho, la poderosa influencia de la territorialidad como base para el control y la identidad moderna aseguraba que la ciencia geográfica y su herramienta primordial, el mapa, ocuparan un lugar privilegiado en el repertorio nacional. Este fue el caso particular de México en 1840. La depredación constante del vecino del norte, con su ferviente fe en la Doctrina del Destino Manifiesto, dejó poco lugar o tiempo para lo que algún autor ha denominado "agonía en aumento" (Archer, 2000, 192). Por un lado, adecuando sus convicciones continentalitas, y luego poniendo en evidencia el poder del imaginario geográfico de ese tiempo, los funcionarios estadounidenses confiaron en una especie de determinismo cartográfico para poder justificar sus pretensiones imperialistas[12]. Ya en 1823, John Quincy Adams había comparado la proximidad geográfica con el destino histórico cuando promulgó su llamada "política de la manzana podrida", en la que debatía que Cuba y Puerto Rico eran "apéndices naturales del continente norteamericano", destinados a caer bajo el control de los Estados Unidos una vez que primaran las condiciones adecuadas (Sellers, 1991). Poco tiempo después, en 1825, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Clay, tomó tal determinismo geográfico hacia un extremo audaz al sugerirle a los funcionarios mexicanos que si extendían los límites norteños de México beneficiarían de hecho al

[10] Ver el análisis en Thongchai Winichakul (1994). Sobre los signos como cosas predictivas y representativas pero solamente imaginadas, ver Rama (1996).

[11] Sobre el rol cada vez mayor de la coherencia territorial en la definición del Estado-nación moderno, ver Charles S. Maier (2000). Maier ubica este nuevo énfasis sobre la territorialidad en 1860, "en aras de simplicidad", aunque hace notar que ya para finales del siglo XVII las fronteras regionales más flexibles estaban siendo progresivamente reemplazadas por limites definidos, que establecieron los límites del control soberano. Peter Sahlins (1989) realizó un estudio ilustrativo de este cambio, basado en la experiencia de la vida agraria en los Pirineos.

[12] Sobre el determinismo cartográfico y el imperialismo de Estados Unidos, ver Raimond B. Craib y D. Graham Burnett (1998). Reseñas breves de la política estadounidense sobre México en este período puede encontrarse en Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer (1982), esp. caps. 2-3; y Lars Schoultz (1998).

país al centralizar geográficamente su capital (Meinig, 1993). Para 1844, el empresario y demócrata Jhon O'Sullivan aseguraba sin temores que cualquiera "que echara un vistazo al mapa de Norte América" podría ver que Texas era "un enorme fragmento, artificialmente desprendido" del continente al que originalmente pertenecía (Stephanson, 1995, 43). Tenía poco de que preocuparse: lo supuestamente natural y nacional pronto se unieron.

La importancia de la carta general fue trascendente en la guerra de Estados Unidos-México. Mientras que países como los Estados Unidos, Inglaterra, España y Francia alcanzaban cierto grado de autodefinición a través de la expansión imperial, la fuerte necesidad de México de construirse y presentarse como un Estado-nación independiente y soberano surge de cara a la invasión y causó mucha impotencia (Riva Palacio, 1887, 89). Antonio García Cubas lo expresó de manera dramática en su recapitulación del armisticio de 1847:

> "Nuestra historia se escribe simplemente diciendo que los Estados Unidos y México son vecinos. Al menos Francia e Inglaterra están separadas por el Canal; Entre nuestra nación y nuestro vecino allí no existe otra frontera que una simple línea matemática… ¡Que Dios salve a la República!" (Collado, 1996, 443).

Los miembros de la SMGE insinuaron la amenaza continúa en los meses que le siguieron al armisticio cuando preguntaban retóricamente "¿Cómo se puede pretender que se entienda la extensión territorial de una nación, o consultar sobre su defensa, si no se tiene un mapa general y de cada uno de los Estados y territorios? (Mendoza Vargas, 1989, 55).

Bajo estas no menos que favorables circunstancias, la nueva carta general de la SMGE salió a la luz en 1850, finalizada precipitadamente al terminar la guerra y durante las primeras etapas de demarcación de las fronteras. Contenía gran cantidad de información estadística: cuadros comparativos de las cadenas montañosas más importantes, incluyendo una comparación humboldtiana entre las montañas mexicanas y las más importantes de Europa; cálculos del tamaño de la república en leguas cuadradas en relación con la totalidad del territorio; recuadros con configuraciones físicas, y gráficos de los ríos más importantes. Incluía, además, una descripción visual de la cantidad de territorio perdido en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, y la demarcación de los nuevos límites internacionales entre México y los Estados Unidos. Reflejo de cómo primaba lo visual en el siglo XIX, las imágenes supuestamente expresaban el resentimiento del General Antonio López de Santa Anna quién, por

primera vez, pudo dar cuenta de la magnitud del territorio que había perdido México (Cubas, 1904, 452). El mapa nunca fue publicado, en parte debido al déficit financiero y, además, porque en 1851 un extranjero, Brantz Mayer, les advirtió que "no hay un mapa terminado del territorio en que se pueda confiar completamente" (Mayer, 1851). La necesidad de contar con un mapa de producción mexicana, publicado y difundido se hizo cada vez más prominente cuando, en 1854, México perdió otra parte de los territorios reclamados como resultado parcial de un mapa de Estados Unidos defectuoso. El artículo 5 del Tratado de Guadalupe Hidalgo dictaminó que se utilizara el *Mapa de los Estados Unidos de Méjico*, de John Disturnell de 1846 para establecer los límites fronterizos entre las dos naciones. Sin embargo, los defectos encontrados en el mapa (en particular en la zona de El Paso y el curso del Río Grande) ayudaron a justificar la renovación de los reclamos territoriales por parte de los Estados Unidos, que culminaron en la Venta de La Mesilla, entre 1853 y 1854 (Meinig, 2001)[13]. Más allá del rol que Santa Anna y otros tuvieron en la política de la Venta, los intelectuales mexicanos estaban convencidos de que México necesitaba un mapa nacional propio que fuera confiable, adecuado y aceptado internacionalmente.

¿Pero era suficiente delinear solo la extensión del territorio nacional? Otero, en 1847 observó que "es inútil decir que la república mexicana posee un inmenso territorio de más de [840.000 millas cuadradas] cuando lo que le falta a México es "espíritu nacional"(Robinson, 1989). Luego de la guerra, una nueva Carta General, confeccionada por Antonio García Cubas en 1856, proponía una imagen iconográfica de los nuevos parámetros del Estado y además completaba ese territorio con los fantasmas del pasado, creando la imagen de un único espíritu nacional.

Naturalización

¿Cómo puede una nación oponerse a ser descubierta si ya la predijo un mapa del siglo XIX?

Thongchai Winichakul, Siam Mapped.

Poco tiempo después de la guerra Estados Unidos-México, Antonio García Cubas (1832-1912) se hizo conocido como uno de los más destacados cartógrafos y geógrafos mexicanos. Comenzó su carrera en la Secretaría de Colonización e Industria, cuando todavía estaba estudiando ingeniería en el Colegio de Minería. Debido a los apuros financieros de su madre viuda, le llevó más tiempo del usual obtener su

[13] El título completo era *Map of the United Mexican States, as Organized and Defined by Various Acts of the Congress of Said Republic, and Constructed According to the Best Authorities* (New York: J. Disturnell, 1847). Ver también *Tratado de paz, amistad y límites entre la república Mexicana y los Estados-Unidos de Norte América* (Veracruz: Imp. de Comercio, 1848), 7-8.

título, y se graduó recién en 1865. A su vez, trabajaba en varios proyectos geográficos y cartográficos, y pasaba sus tardes y noches libres en la biblioteca del SMGE, leyendo las colecciones privadas de los miembros de la Sociedad.

Los pasillos de la Sociedad y las páginas de su boletín expusieron a García Cubas a una generación de intelectuales (conservadores y liberales) que consideraron que la etnografía, lingüística, estadística, economía, historia y geografía eran componentes integrales y científicos para formar un Estado-nación[14]. Habiendo entablado amistad con varios científicos e intelectuales que pertenecían a la institución, como con el geógrafo Manuel Orozco y Berra y el historiador José Fernando Ramírez, García Cubas prosperó notablemente y en 1856 fue aceptado como miembro honorario de la Sociedad, con tan solo 24 años. Para fines de esa década, García Cubas ya era ampliamente reconocido como uno de los cartógrafos y geógrafos más importantes de México, a la par de su mentor, mucho mayor, Orozco y Berra. En los años venideros, sus mapas pictórico-descriptivos junto con sus atlas constituyeron las imágenes más reconocidas e importantes del Estado-nación mexicano producidas antes de la publicación de los mapas de la Comisión Geográfico-Exploradora en la última década del siglo XIX. Estaban colgados en los salones más prestigiosos de la Ciudad de México y en las paredes de las aulas; adornaban las páginas de los libros de historia nacional, como el *México a través de los Siglos* (1887-89) y fueron exportados a otros países, donde las editoriales de manuales los utilizaron como fuente confiable[15]. Además de producir mapas y atlas nacionales, García Cubas escribió numerosos trabajos "de refuerzo", diseñados para promocionar al país en el extranjero, como lugar para la colonización económica o física, y una serie de textos geográficos para las escuelas mexicanas[16].

El trabajo que lo catapultó a la fama dentro de los círculos del gobierno y de la Sociedad, y que habilitó su temprana admisión dentro de esa institución, fue su carta general de 1857. En julio de 1856, García Cubas les mostró a algunos miembros de la Sociedad un mapa nacional que él mismo había confeccionado basándose en varios mapas y atlas que había consultado (Mendoza Vargas, 2000, 104-5). Los miembros de la Sociedad evidentemente quedaron impactados y García Cubas publicó la Carta General el año siguiente, con una gran aceptación (Ver imagen 1).

---

[14] Manuel Orozco y Berra (1864), definieron a la etnografía como "ciencia que tiene como objetivo la clasificación de las personas". Sobre Estadística como ciencia, ver Tomás Aznar Barbachano (1860).

[15] Ver por ejemplo Alfred R. Conkling (1884) y Thomas A. Janvier (1886).

[16] Ver, por ejemplo, Antonio García Cubas (1876; 1893; 1884). García Cubas también realizó Juegos cartográficos para niños tales como *Los insurgentes: Juego histórico para niños* (1891). Un juego sobre la independencia mexicana en el cual los niños seguían la hoja de ruta de los generales insurgentes cruzando todo el mapa de México. El mapa de este juego está disponible en *Nettie Lee Benson Latin American Library*, Universidad de Texas en Austin.



Imagen 1.
Carta general de la República Mexicana, formada en vista de los datos más recientes y exactos que se han reunido con tal objeto, y constan en la noticia presentada al Exmo. Sr. Ministro de Fomento, por Antonio García Cubas [1857].
Reproducida por Héctor Mendoza Vargas, México a través de los mapas (Ciudad de México: Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México; Plaza y Valdés Editores, 2000).

Esta carta general se convirtió en el mapa nacional de México más conocido de la década siguiente y sirvió como base para la reorganización cartográfica del mismísimo Orozco y Berra durante el escenario político con los franceses, en 1865. García Cubas también incluyó en su *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República Mexicana* de 1858 un trabajo diseñado para colaborar con los grandes proyectos de un régimen liberal en ascenso: colonización, desarrollo capitalista, y la desamortización de las tierras e iglesias indias (García Cubas, 1858)[17].

[17] El "Atlas Geografico, Estadistico E Historico de la República Mexicana, Formado por Antonio Garciay Cubas. Mexico. Imprenta de Jose Mariano Fernandez de Lara, calle de la Palma número 4. 1858" se encuentra disponible en el sitio web de la Universidad de Stanford. URL: https://searchworks.stanford.edu/view/10450204. Último acceso: 15 de septiembre de 2023. Las imágenes 1, 2 y 3 fueron extraídas de dicha fuente.

Si bien la había diseñado para colaborar con una variedad de proyectos de envergadura, el mapa de García Cubas era un gran proyecto en sí mismo. El atlas de García Cubas, y en particular su carta general, es una representación ejemplar de una nueva sensibilidad nacional que emergía desde la guerra Estados Unidos-México. Fue la primera vez que una carta general pretendía ofrecer no sólo una visión de la geografía de México (de su extensión territorial) sino también de "su" historia. En la superficie del mapa, la historia y la geografía convergían para hacer de México una entidad geográfica e histórica coherente, es decir un Estado-nación legítimo. Por un lado, las dos disciplinas se unieron en la concepción que García Cubas tenía de la historia, que entendió como una iniciativa geográficamente descriptiva para ayudar a vislumbrar cómo el país tomaba forma. Sus mapas y atlas fueron genealogías del territorio, que narraban una clase de propiedad-historia en la que la existencia histórica del Estado-nación era considerada una obviedad; que simplemente relataba una historia de "su" territorio. Esto justifica su inclusión en el atlas de una genealogía política que ubicaba los orígenes contemporáneos histórico-políticos de México al menos en el siglo VII y en el reino de los Toltecas. Y de ahí su devoción por un espacio generoso, en su *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, de la guerra Estados Unidos-México (que se tradujo en amputación masiva del territorio) y cómo redujo la invasión francesa (que no fue) a unos pocos y breves párrafos (Collado, 1996). Pero historia y geografía se unieron de otras formas en su carta general, en particular a través de una mezcla cuidadosa de imágenes artísticas y científicas.

Para entender cómo, comenzaré con el método cartográfico de García Cubas. ¿Qué implicaba ser cartógrafo en México a mediados del siglo XIX? Si imaginamos un explorador solitario renegando entre cepillos y secándose el sudor de la frente, peleando contra montones de insectos mientras soporta el peso de caros instrumentos, nada puede estar más alejado de la realidad. García Cubas realizó poco trabajo de campo o topográfico para construir sus mapas. Excepto por su mapa histórico de la batalla del Cinco de Mayo, para el cual tuvo que viajar a Puebla y visitar el campo de batalla, todos sus mapas parecen haber sido confeccionados en una oficina de la Ciudad de México (García Cubas, 1909). La prensa opositora del lugar, que por lo visto se percató de este asunto, ridiculizó al distinguido ingeniero mediante esta rima: "Sin hacer ninguna parada/ o aún sin moverse ni un segundo/ conoce el mundo entero/ al menos por mapa" (Tenorio-Trillo, 1996, 174-75). Sin dudas notaron la concepción artificial de la realidad que tenían aquellos que habían aprendido sobre el mundo desde el confort de los salones metropolitanos.

García Cubas debió haberse sorprendido de su desprecio. Primero porque no era agrimensor. Ser cartógrafo a mediados del siglo XIX en México significaba

compilar imágenes y dibujarlas sobre una superficie ordenada matemáticamente: una tarea que se adaptaba mejor para una oficina que para el campo. De hecho, García Cubas proclamaba frecuente y orgullosamente que sus mapas no estaban basados en su propio trabajo de campo sino en la "información más reciente y confiable", compilada por gobiernos municipales y estatales. El proceso consistía en recolectar los mapas y luego compararlos, y era un proyecto racional más que empírico, basado en la razón y la deducción, no en la experiencia y la exploración. Esta metodología reflejaba, en parte, no sólo la falta de personal y dinero para confeccionar extensas triangulaciones y corografías regionales, sino también una fe en (y fascinación por) la construcción de pensamiento de corte enciclopédico, característico de esa época. Cuando Orozco y Berra comenzó con su multivolumen *Diccionario Universal de Historia y Geografía* en 1853, escribió con orgullo que su trabajo era "una compilación, no una creación" (Pérez Rosales, 1996, 367)[18]. La primera carta general de 1850 incluía una declaración de autenticidad, que certificaba que, para elaborar el mapa, los cartógrafos habían reunido unos 300 mapas sobre ese territorio. García Cubas proclamó que su propia carta general no era ni más ni menos que el producto de un meticuloso análisis comparativo de "los mapas más exactos" disponibles en su época.

Sin importar la cantidad ni la calidad de los mapas consultados, compilar mapas estaba bajo una particular e irresoluble tensión: si los mapas previos no eran correctos, adecuados ni ciertos ¿qué seguridad se tenía de que el mapa que ellos ayudaron a confeccionar no presentara defectos similares? Ninguna. En un análisis contemporáneo sobre la carta general de García Cubas, Orozco y Berra (1881, 424) observó que "el trabajo es… de simple compilación; no es perfecto y contiene errores considerables"[19]. Sin embargo, continuaba,

> "el mérito indiscutible del mapa de García Cubas consiste en que haya reunido los mejores mapas existentes, los haya coordinado y dado a conocer, llevando a cabo por primera vez una iniciativa que había sido imposible para la Sociedad de Geografía y que, a pesar de sus defectos, es hoy la única de su tipo, y ha llenado un gran vacío en la ciencia geográfica de nuestra patria" (Orozco y Berra, 1881, 424).

[18] Estas clases de fetichismo enciclopédico reflejaban la gran fe del siglo XIX en la presunta unidad y totalidad del conocimiento y la capacidad humana para lograr un conocimiento comprensivo de la realidad física. Para una perspectiva literaria concluyente, ver Thomas Richards (1993).

[19] Ver también la crítica de Ángel Anguiano, presidente de la Comisión Geodésica de México, en su "Cartografía Mexicana" (1913-1914).

Como sugiere el autor, el éxito de García Cubas estuvo en compilar "los mejores mapas existentes" en un todo coherente y coordinado. Un acto de centralización simbólica, se ganó su fama no como resultado de una serie de trabajos de campo exhaustivos y detallados, ni necesariamente por corregir mapas anteriores. Ganó estatus por unificar los diversos mapas regionales dentro de un único límite. Los efectos visuales minimizaron las variaciones y rupturas para ofrecer a cambio una unidad estructural aparente conocida como Estado-nación. El éxito de la imagen y su legitimidad internacional fueron además la consecuencia de que García Cubas reuniera gran cantidad de mapas disponibles y de que los "coordinara", como revela la oportuna elección de palabras de Orozco y Berra. Literalmente coordinó las imágenes al superponerle una cuadrícula (la red de paralelos y meridianos imaginarios creada para envolver el globo y que en conjunto proveen coordenadas gráficas) sobre el material compilado. Dentro de su cuadrícula, posicionó por primera vez a México en relación al meridiano de Greenwich en vez de situarlo en el extremo este de la catedral en la plaza central de la Ciudad de México, que era el meridiano tradicional para los mapas mexicanos[20]. Es decir que se encargó de colocar a México en consonancia cartográfica con los que después serían interpretados como íconos de civilización avanzada, dándole al país una sensibilidad espacial "moderna"[21].

Pero la cuadrícula de García Cubas sobrepasó el simple acto de asegurar que sus coordenadas fueran internacionalmente coordinadas. Mientras que la cuadrícula (como concepto utilizado en la práctica) tiene una historia, en sí es completamente ahistórica por lo que demarca: no es más que, y la historia sigue, el reflejo de un orden matemáticamente derivado, pretende ser espejo del orden natural del universo en términos generales[22]. Es decir, es algo no fue creado sino más bien descubierto según las reglas formales de la lógica matemática. Ubicar a México dentro de esta matriz atemporal constituyó una afirmación similar, transhistórica y sutil: era una nación descubierta, no creada. Estructurada por la cuadrícula, el Estado-nación se perfilaba como una realidad objetiva, que existía antes de su propia exploración. Si su existencia

[20] Estoy en deuda con Héctor Mendoza Vargas por hacerme notar esto.

[21] Matthew Edney sugirió que los cartógrafos estadounidenses utilizaron un meridiano local –el domo del Capitolio en Washington, D.C.– como medio para "declarar el estatus de EEUU de nación". Si se considerara de esta forma a la Catedral en Ciudad de México, cambiarlo por un meridiano coordinado internacionalmente debe haber sido significativo y un cambio concomitante en la naturaleza del pensamiento nacionalista. Estoy en deuda con Matthew Edney por su esclarecedor comentario en el panel de "Cartographic Narratives in the History of North America" (the Annual Meeting of the American Historical Association, Boston, enero de 2001). Ver también Matthew Edney (1993; 1994).

[22] Por ejemplo, la afirmación de Galileo, que el universo puede entenderse como un "gran libro escrito en lenguaje matemático", citado en Brian Rotman (1998, 55).

física estaba predicha por las coordinadas globales, entonces lo mejor era representar sus dimensiones y conformación interna, y este proceso estaba garantizado por una creencia firme en el progreso científico[23]. De hecho, García Cubas naturalizó científicamente al Estado-nación mexicano a través del mapa como medio visual.

Visualización

La identidad nacional… perdería mucho de su encanto feroz sin la mística de su tradicional paisaje; su topografía en el mapa, elaborado y enriquecido como patria.

Simon Schama. Landscape and Memory

Un territorio planeado, científicamente naturalizado no hizo a México. Si bien la cuadrícula predecía y estructuraba un espacio dado, no revelaba un lugar[24]. Para hacer de México una realidad tangible, la superficie derivada científicamente necesitaba anexarse a una panorámica visual[25].

Por eso, utilizar la cuadrícula, cuidadosamente ubicada para no oscurecer o entremezclar la superficie delineada, arrojaba imágenes artísticas que proporcionaron un anclaje visual, histórico y espacial de los puntos dibujados en el cuadrado abstracto[26]. Estas imágenes complementaban visualmente las coordenadas que cubrían y conectaban un México cartográfico. Proporcionaban a la imagen científica una profundidad histórica y estética, revistiéndola de una metodología moderna,

[23] Para una comparación de las relaciones entre cuadrículas cartográficas e imaginación espacial, ver Thongchai (1997); Paul Carter (1996); D. Graham Burnett (2000) y Ken Hillis (1993).

[24] La diferencia entre "espacio" y "lugar" es común y hay abundante literatura sobre este tema. Mientras que existe una gran variedad de definiciones, adhiero a la noción básica de que "lugar" es el espacio en el cual el significado se ha adscripto, y por esto es una creación social e histórica más que un hecho innato. Ésta es la definición general incluida en el clásico de Yi-Fu Tuan (1977) y en Erica Carter, James Donald, y Judith Squires (1993). Las relaciones entre las preguntas sobre lugar y espacio han servido como puntos fundantes para la bibliografía más reciente sobre geografía cultural. Para una reseña, ver Derek Gregory (1994). Para una interpretación detallada y clara sobre la relación entre lugar y espacio (tal vez acrítica) y sobre el uso y aplicación de los términos en pugna sobre globalización, ver Doreen Massey (1995; 1994). Algunas reflexiones de antropólogos sobre la creación de lugares pueden encontrarse en las introducciones y ensayos de Akhil Gupta y James Ferguson (1997); Keith H. Basso (1995) y Steven Feld y Keith H. Basso (1996). También me fueron de suma utilidad tres trabajos destacables sobre lugares con reconstrucción histórica: Greg Dening (1980); Paul Carter (1987) y John Mack Faragher (1986).

[25] Sobre la relación entre puntos mapeados y representaciones pictóricas, ver Burnett (2000), capítulo 3.

[26] He tomado el término "anchura espacial" de Basso (1996) y lo adapté a mis propios propósitos.

pero de mitología fundacional, y reconciliaban la tensión nacionalista que predominó durante el siglo XIX entre modernidad y autenticidad. A la derecha de la cartela, García Cubas reprodujo una serie de imágenes de sitios arqueológicos populares (ver imagen 2). Incluyó aquí cuatro imágenes: de izquierda a derecha se aprecia Palenque, Pirámide de Papantla, Mitla y Uxmal. Las imágenes son ejemplo de la creciente confianza hacia mitad del siglo en el pasado pre-colombino para mejorar la imagen nacional de México. Sin dudas esta no fue la indigemanía del México porfiriano, en la que los funcionarios estatales presentaron los palacios aztecas en las ferias mundiales, descubrieron las estatuas de los héroes aztecas como Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma de la Ciudad de México y les dedicaron un volumen entero de *México a través de los siglos*, la ambiciosa síntesis sobre el pasado mexicano, que abarcaba hasta la era prehispánica (Riva Palacio, 1999)[27]. Pero entre 1850 y 1860, este tipo de *indigemanía* neoazteca todavía era rudimentaria. Deberían pasar otras tres décadas desde que García Cubas publicara su mapa para que las tierras donde estaban los mismísimos monumentos arqueológicos que él había pintado estuvieran exentas de enajenación o venta, y de que se fundara la oficina para la Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos de la República[28].

Sin embargo, tampoco fue este México de 1830, caracterizado por un general "indiferencia hacia la herencia indígena de México", en el que el comentario más llamativo sobre los indios en los escritos de la elite fuera, justamente, no mencionarlos[29]. En cambio, a mediados de siglo, los intelectuales de la SMGE aprovecharon las perspectivas de Clavijero y Teresa de Mier para apropiarse de un pasado indígena generalizado como prioridad y precedente histórico. Un artículo editorial del Boletín del Instituto Nacional de Geografía y Estadística observaba ya a principios de 1850 que no sólo los escritores extranjeros tenían una visión completamente distorsionada de México al enfocarse sólo en su historia reciente, sino que además ignoraban casi todos los logros culturales de los predecesores directos de los mexicanos contemporáneos, a quienes se les permitió "ser reconocidos como la gente más culta que encontraron los españoles en el Nuevo Mundo" (Keen, 1971, 412).

---

[27] Sobre estas formas de auto-representación, ver Tenorio-Trillo (1996). Sobre la estatua de Cuauhtémoc, ver Barbara Tenenbaum (1994). Sobre el cambiante contexto político e intelectual acerca de estas concepciones, ver Charles Hale (1968; 1989).

[28] Sobre la exención a tierras con monumentos, ver la circular enviada en 1877 a todos los gobernadores estatales por la Secretaría de Fomento, Colonización, Industria y Comercio. Reimpresa por el gobierno de Veracruz como Circular 25, del 5 oct. 1877, en *Colección de leyes, decretos y circulares del Estado de Veracruz Llave, año de 1876-1878* (Xalapa-Enríquez: Imp. del Gobierno del Estado, 1894), 146-47. Sobre la oficina de *Inspección*, ver Tenorio-Trillo (1996, 84-89).

[29] Hale, *Mexican Liberalism in the Age of Mora*, 217.

Entre otras cosas, la editorial señalaba que los "mexicanos antiguos" contaban con "mapas del país y de las tierras que sus antepasados habían recorrido", lo cual indicaba la importancia que tenían los mapas en el panteón del status de civilizaciones[30]. Orozco y Berra seguirían una línea de argumentación similar en los años siguientes, llevaría a cabo enormes cantidades de investigaciones para demostrar que los aztecas tenían mapas y planos geográficos y una concepción moderna antes de la conquista (Orozco y Berra, 1871).

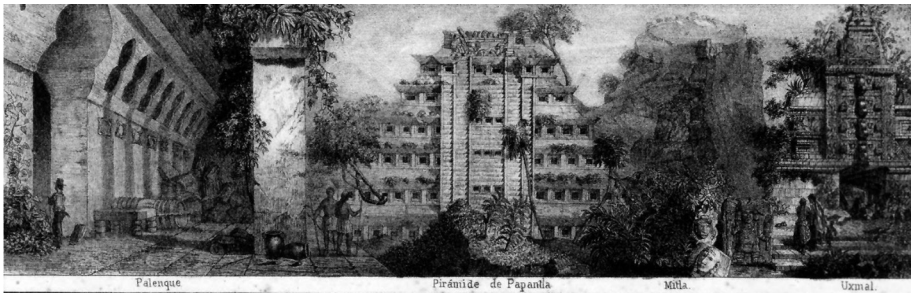


Imagen 2. Detalle de imagen 1.

Las imágenes de la cartela de García Cubas se inscriben en esta tradición. Mientras que el nahua asumiría un protagonismo creciente en el pedestal de los ancestros, algunos grupos indígenas sedentarios (como los mayas, tarascones, zapotecas) que habían habitado el suelo dentro de los límites de la nación mexicana contemporánea, fueron incluidos en el panteón del patrimonio mexicano. Por el contrario, aquellos grupos indígenas no sedentarios, como los apaches y los comanches, desde sus ahora predeterminados dominios periféricos, fueron considerados enemigos traidores del Estado en formación. Tanto Orozco y Berra como García Cubas proyectaron a los indios de la meseta central como sedentarios, que vivían un romanticismo agrario y defendían la civilización y el progreso del avance de las tribus del norte "desleales, traidores y crueles" (Tenorio-Trillo, 1996, 89)[31]. Las no sedentarias eran "tribus" más que "civilizaciones": no contaban con "ruinas" o vestigios apropiados que pudieran transportarnos al pasado, ni arraigues que causaran

[30] Ibíd., el énfasis es de mi autoría.

[31] Sobre el trabajo de Orozco y Berra, ver la discusión en Luis Villoro, 1987, 149-68). No fue sorprendente que, mientras los intelectuales mexicanos trabajaron sobre las lenguas náhuas, tarasco, y mixtecas, fueron intelectuales extranjeros los que se ocuparon de estudiar las lenguas atabascanas de la frontera norte.

nostalgia por sus orígenes; se consideró que no tenían una historia para contar. Un relato nacionalista sobre el paso del tiempo solo puede tener comienzo al visualizar una permanencia en el espacio. Conectar al México contemporáneo con un abanico de pasados indígenas sedentarios presentaba al país como una entidad territorial unificada, con longevidad histórica y una tradición estatista, lo que confería un linaje histórico a las propias tendencias centralistas del gobierno. Las imágenes de los diversos sitios arqueológicos, tales como los de la imagen mostrada aquí, unían ideas de devoción histórica con prioridad geográfica[32].

Las imágenes también elevaron el capital cultural de México como un mundo cada vez más exotizante al tiempo que se quitaba importancia a la realidad de los indios contemporáneos, que representaban un problema tanto para los liberales como para los conservadores. Los indios contemporáneos evocaban imágenes de guerras de casta y legados coloniales, fueron percibidos en general como un "problema" para el que tanto conservadores como liberales ofrecieron soluciones variadas: abolición de la tenencia de tierra comunitaria, incorporación política como ciudadanos nacionales, el fomento a la inmigración europea y el blanqueamiento de los grupos nativos. El conservador Francisco Pimentel se quejó de que "en México no hay comunión entre blancos e indios, todo es diferente: el aspecto físico, el lenguaje, las costumbres, [y] el estado de la civilización. En México hay dos naciones diferentes en un mismo suelo y, todavía peor, dos naciones que son en algún punto enemigas" (Pimentel, 1866, 186). Un colega liberal expresó una preocupación similar sobre los indios contemporáneos, al no verlos como mexicanos ya que "conservaban su propia nacionalidad, protegida por la familia y la lengua" (Ramírez, en Brading, 1991, 661). Por el contrario, los mexicanos de otrora deben haber parecido un supuesto inmaculado y seguro para la validación cultural e histórica. Este es precisamente el efecto de la imagen: el énfasis arqueológico glorificó la cultura indígena desde una distancia temporal, retratando a los indios como objetos inanimados con una historia natural y artefactos para la contemplación[33]. Las cabezas colapsadas, la jungla invasora, y las estructuras derrumbadas insinúan el pasado más que el presente, llevando deliberadamente la atención

[32] Esto fue, en otras palabras, una tradición *selectiva*, "una versión selectiva intencional de un pasado en formación y de un presente preformado, que luego fue poderosamente operativo en el proceso de la definición y la identificación social." (Williams, 1977, 115). Para un estudio sobre la relación entre sedentarismo, Estado e historia, ver Gilles Deleuze y Felix Guattari (1987).

[33] En este sentido, el discurso científico –La arqueología, la historia y el campo en desarrollo de la antropología– reconfirmó la diferencia entre el mismo y otro en el cual ha sido previamente mediado por un sistema legal y colonial que reconoció a dos repúblicas independientes, *la república de españoles* y *la república de indios*. Ver Roberto González Echevarría (1998).

hacia lo primordial mientras se borra su amenaza. Incluir en la imagen personas que aparentan ser turistas, en el extremo izquierdo y en el extremo derecho, establece el punto. Están parados de perfil, o dándole la espalda al espectador, como participantes activos de la escena. Por el contrario, los dos indios incluidos en la imagen son partes inertes de la escena misma. Destacados en primer plano y posando, sosteniendo lanzas, como si estuvieran en un diorama, parecen guerreros románticos y orgullosos de una época pasada, imponentes aunque impotentes. Esta sutil combinación de lo que ahora podríamos diferenciar como arqueología y etnografía meramente confirmó que los indígenas habían sido reconstituidos como objeto de estudio histórico más que como sujeto de voluntad política. En otras palabras, la cultura e historia indígena habían sido revividas como si hubiesen estado muertas, y el aliento fétido de la arqueología las resucitó[34].

García Cubas complementó su paisaje cultural con uno natural en la otra imagen pictórica del mapa (ver imagen 3). A diferencia de una tierra imponente y descuidada que amenazaba las ruinas arqueológicas con hacerlas desaparecer, la naturaleza aparecía ahora casi cuidada hasta su perfección. Vemos siete características topográficas importantes diseñadas para presentar un panorama de la belleza del paisaje mexicano. De izquierda a derecha, los Órganos de Actopan, Iztaccíhuatl, el Cofre de Perote, Popocatépetl, las Montañas de Jacal, Orizaba, y la Cascada de Regla. Debería hacerse hincapié aquí, ya que evocaba cualquier cosa menos un paisaje "natural". Fue una construcción cultural, una forma de ver, y un ordenamiento activo que ese paisaje asumía sobre ambos significados, el nominal y el verbal[35]. De hecho, fue una escena imposible en la que García Cubas combinó características de áreas espaciales diferentes dentro de un marco, y las acomodó para tener un efecto teatral:

---

[34] Por eso el argumento de Luis Villoro de que el indio de mitad de siglo "ya no estaba presente," sino que estaba reducido a "un atractivo asunto arqueológico." (Villoro, 1998, 161). Sobre revivir a los indígenas como muertos, ver Mary Louise Pratt (1992). Pratt hace referencia puntualmente al "imaginario europeo" y como esto produjo que los pueblos contemporáneos no europeos fueran "sujetos arqueológicos". Aunque no se haga referencia a los europeos, creo que el concepto general se adecua bastante bien al México de finales del siglo XIX, en el que un imaginario europeizado revivió el pasado indígena para que tanto ellos como los europeos pudieran contemplarlo.

[35] Sobre el paisaje como manera de observar, ver la perspectiva crítica de Cosgrove (1985) y Barthes (1986). Una visión más alegre puede encontrarse en Schama (1995). Para perspectivas variadas sobre la separación de "naturaleza" y "cultura", ver Glacken (1967); Smith (1984); Coronil (1997) y Willems-Braun (1997). La expresión "manera de observer" viene de Berger (1972). Para comprender el paisaje en tanto verbo y sustantivo en el orden geográfico del mundo, ver Barnes y Gregory (1997).

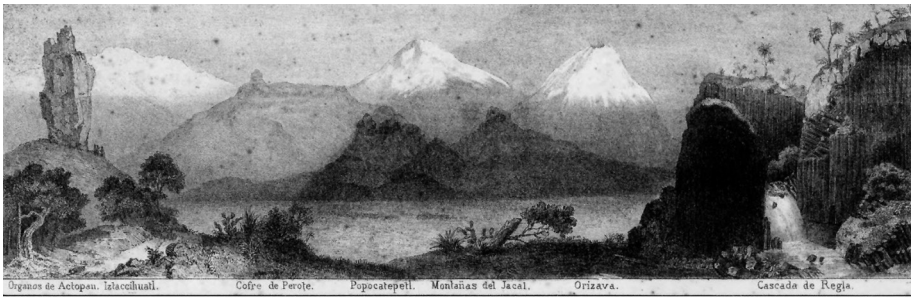


Imagen 3. Detalle de imagen 2.

Las imágenes de los extremos izquierdo y derecho serían las cortinas que se abren; y llevan la vista del espectador hacia las piezas centrales de la representación, los picos idealizados y elegantemente nevados. Se genera una simultaneidad de perspectivas en las que los espectadores ven el Pico de Orizaba, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl desde ángulos totalmente diferentes. El suelo aparece ordenado y organizado de manera inusual y cualquier rastro de presencia humana fue eliminado. A diferencia de la cartela anterior, la presencia nativa ahora se hace obvia solo por medio de su ausencia. México se presenta como una tierra para la contemplación sublime, donde uno puede "admirar lo belleza de la naturaleza." Un tropo que García Cubas y otros heredaron de las perspectivas de Von Humboldt sobre México y el paisaje veracruzano (Mayer, 1851)[36].

Hay, por supuesto, múltiples maneras de interpretar la imagen del paisaje. En lo práctico, la imagen ayudó a promocionar a México como atractivo para potenciales colonizadores e inversores. La imagen hizo que el país le resultara familiar al espectador extranjero, una arcadia incólume de vastas proporciones, con inconmensurables tierras para el cultivo y torrentes para el riego. En una época se fomentó la inmigración (blanca) para poblar las regiones más vacías del país, pero hubiese tenido más repercusión en las décadas siguientes, con la pulcritud visual y la armonía de la imagen utilizadas por hombres como Francisco Pimentel y el mismísimo García Cubas, que promovían México como "uno de los mejores países del mundo para la colonización"[37].

Pero la imagen a duras penas evocaba una cornucopia y funciona en un nivel más sutil. Aunque se la considera un panorama del paisaje mexicano, la imagen

[36] Una historia intelectual sobre la idea de naturaleza en la historia se puede encontrar en Ruedas de la Serna (1987).

[37] Ver García Cubas (1876) y Pimentel (1866).

representa principalmente características de una parte muy limitada del país: el corredor que conecta el puerto de Veracruz con la Ciudad de México. La mayoría de los que viajaban a México (diplomáticos, artistas, periodistas, científicos o militares) llegaban a la Ciudad de México por medio de este corredor, al menos hasta el porfiriato, cuando las vías del tren conectaron la frontera norteña de El Paso con la Ciudad de México. Estas eran, entonces, las características topográficas con la que estaba familiarizado el público lector europeo y estadounidense, características que habían tenido un rol preponderante en el imaginario topográfico de cómo "se veía" México. Reproducido constantemente en la literatura de viaje, pinturas artísticas, revistas comerciales, y relatos militares de la época, las elevaciones del Popocatépetl, el Iztaccíhuatl, y el Pico de Orizaba fueron metonimias del propio México[38]. Pero estas características fueron más que simples metonimias. También fueron "cronotopos", para emplear el término bajtiniano: "puntos en la geografía de una comunidad en donde tiempo y espacio se interceptan y fusionan" (Bakhtin, 1981, 7), cargados de historia. Antes de toda la armada gringa,viajeros burgueses y expediciones científicas, Cortés cruzó este corredor, notó estas características topográficas y conquistó un imperio. La conquista española influenció de manera sistemática la forma en que las nuevas llegadas experimentaron y observaron sus alrededores. Al leer sus registros, parecería que cada acción, en algún punto, estuvo infundida por el peso de la conquista. En algunos casos literalmente: ir a un bar desde donde se podía ver algún carro "que podría haber venido de España con Cortés", W.E. Carson describió como con 25 dólares "se sentía como un antiguo navío español cargado con pesos duros" (Carson, 1909, 7, 10). Pero fue precisamente la presencia histórica de Cortés que pesó más en la imagen de los viajeros, y fue su marcha a Tenochtitlán, descrita en detalle épico en las copias de William Prescott "La Conquista de México" lo que trajeron consigo y lo que más atrapó su imaginación[39]. Atravesando "la escena de la asombrosa hazaña de Cortés [sic]", se imaginaron "fuera de la tierra de los Aztecas", miraron "la cumbre nevada del Orizava [sic]… y la barrera elevada de montañas, que rodea la tierra", y se sintieron "ansiosos por escalar sus alturas e ir más allá" (Shepard, 1859, 11-12)[40]. El espacio físico de la Veracruz central tomó entonces

[38] Sobre metonimia, ver White (1973), especialmente la introducción. Sobre metonimia y puntos de referencia geográfica, ver Burnett (2000).

[39] Alfred Siemens (1990) se dio cuenta que los dos libros que sin duda habían acompañado al viajero del siglo XIX a México fueron el de Alexander von Humboldt (1811) y el de William Hickling Prescott (1934).

[40] Ver también Mason (1851) y Zabriskie Gray (1878). El enfado por retrasar los pasos de Cortez continuó. Ver, por ejemplo, Franck (1935, 7), que en la página 7 dijo que su propósito era "rastrear por completo la ruta seguida por Cortez [sic] en la conquista de México," y sugirió que nunca "había sido correctamente hecha por historiadores o por viajeros modernos".

la forma de escenario-espacio teatral para muchos viajeros, que se sumaron a la épica expedición de Cortés con el drama de sus propios recorridos[41]. De hecho, la imagen de García Cubas sirvió para evocar una trayectoria histórica particular a través del uso de una serie de puntos geográficos saturados simbólicamente en la historia oficial de la nación. El precario y circunstancial viaje de Cortés se convirtió en un itinerario fijo, un pasaje establecido que funcionó como el primer tropo para imaginar y entrar a México[42].

Con el mapa de García Cubas, y su demarcación de la tierra como el paisaje mexicano por excelencia, de un Orizaba dorado por el sol y de un atractivo Popocatépetl, el espectador, no solo el viajero, ahora podía ser parte de una reconquista simbólica de México, atravesando la tierra a zancadas con los conquistadores, pero desde la comodidad de un sillón. Como notaremos en la próxima sección, los intelectuales del SMGE estaban muy entusiasmados por plasmar la entrada de Cortés en el mapa, con algo más que vistas del paisaje.

Narración

Sin mapas geográficos es imposible comprender la mayoría de los eventos políticos, seguir la marcha de los ejércitos,[o] las rutas y descubrimientos de los viajeros.

Manuel Orozco y Berra, Materiales para una Cartografía Mexicana

En 1860, dos años después de la publicación de Atlas de García Cubas, los lectores del Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística encontraron un ensayo que, aunque breve, tenía un comienzo vehemente, escrito por uno de sus miembros, José Guadalupe Romero (Romero, 1860). Titulado "Dictamen sobre los inconvenientes de mudar los nombres geográficos de las poblaciones de la república, aprobado por la Sociedad," el artículo de Romero contrastaba rotundamente con los estudios etnográficos extensos, análisis lingüísticos y tratados geográficos regionales que aparecían con frecuencia en los informes. Sin descripciones ni pretextos apolíticos, Romero redactó un ensayo prescriptivo y abierto, dirigido al presidente de la República. El ensayo de Romero tendría una resistencia y resonancia destacables durante el transcurso de los próximos cincuenta años, ya que los miembros de la Sociedad y los funcionarios estatales repetidamente

[41] Una buena selección del conteo de viajes a través de Veracruz está disponible en Martha Poblett (1992). Ver también Siemens (1990).

[42] Sobre el uso de un pequeño número de itinerarios históricos elaborando una imagen por excelencia de la colonia o nación ver Cohn (1996).

harían referencia a éste como una declaración fundacional sobre las políticas de los nombres geográficos[43].

El informe se derivaba de una investigación conducida por Romero en la que se le había encargado "seleccionar las mejores formas de evitar el desorden y la confusión causados a nuestra geografía, e incluso a la ciencia de la geografía en general, por haber cambiado los nombres" de las ciudades y pueblos del país. Romero, quizás al percibir la volatilidad de los nombramientos como alegoría de la propia inestabilidad política de México, rápidamente transformó la inconveniencia geográfica en presagios preocupantes para la sociedad política, haciendo repetida alusión a "los problemas serios", "enfermedades" y "trastornos" ocasionado inevitablemente por haber hecho esos cambios. La nación enfrentaría "problemas serios", advirtió, si se proseguía con el cambio de topónimos. De hecho, las "naciones civilizadas", escribió "han sido bastante precavidas" en cuanto a cambiar los topónimos. El paso de los siglos y las oleadas de crisis políticas no han alterado los nombres de "Memphis y Tebas, Babilonia y Ecbatana, Jerusalén y Atenas", nombres geográficos que han sobrevivido a aquellos que los nombraron. Incluso en "el calor de la revolución", argumentó, los franceses sólo cambiaron el nombre de un lugar, la capital del departamento de Vandea (Vendée), y aún esta pequeña variación dio lugar a problemas interminables. Entonces, concluyó, ciertos asuntos requieren que el gobierno Nacional tenga derechos exclusivos para aprobar leyes y "¿quién puede dudar que dentro de esta clase de leyes están aquellas que arreglarían invariablemente los nombres geográficos de la nación?" El comité bajo la dirección de Romero ofreció una solución: proclamar que sólo el gobierno federal, en vez de los estados federados o las autoridades municipales, tendría el poder de cambiar los topónimos.

En un contexto de guerra civil entre centralistas y federalistas estas fueron palabras fuertes. Y, de hecho, el gobierno, bajo el liderazgo del federalista Benito Juárez, finalmente rechazó la propuesta de Romero, sin dudas porque podría alejar a líderes estatales y municipales cuyo apoyo era crítico en las repercusiones de una guerra civil de tres años y en medio de una invasión extranjera. Se les envió una nota a todos los gobernadores bajo las órdenes de Juárez, y decía que mientras el gobierno permaneciera "convencido de las inconveniencias causadas por los cambios constantes de nombres", no consideraba "necesario forzar a las autoridades estatales para que eviten esos cambios." En su lugar, sería suficiente "hacerlos dar cuenta de

[43] Por ejemplo, ver García Cubas, Díaz Covarrubias y Fernández (1869); Díaz, (1880) y García Granados *et al*. (1908).

la necesidad del apoyar la petición de la Sociedad"[44]. Pero, ¿qué es lo que obliga a Romero a suplicar tanto por algo tan inocuo como la permanencia onomástica? ¿Por qué fue necesaria la intervención federal? ¿Y de qué se trataban estas enfermedades y trastornos que amenazaban con debilitar a la nación?

Por un lado, las preocupaciones de Romero eran completamente pragmáticas. Como destacó, si el cambio arbitrario de los topónimos persistía, las reglas internas y las relaciones internacionales estarían sumidas en un caos, y la confusión que ya plagaba "las cartas, mapas, estudios estadísticos, leyes y órdenes gubernamentales" continuaría. Haciendo expresa alusión a la desorganización administrativa que resultaba de un país no codificado, Romero evitó cualquier discusión explicita sobre estas líneas. Les dejó a sus colegas del SMGE, entre ellos Antonio García Cubas, establecer de manera inequívoca, una década más tarde, que los cambios arbitrarios y constantes de los topónimos por parte de autoridades municipales y regionales impedían la racionalización de los impuestos y debilitaban las bases de la propiedad (García Cubas, 2001).

Pero las preocupaciones de Romero sobre el cambio de los topónimos eran de carácter histórico. En primer lugar, Romero observó que los topónimos, particularmente los que tenían raíz indígena, preservaban la historia en sí misma, confiriéndole una genealogía al lugar. En una analogía que revelaba las propuestas explícitas del control estatal, Romero comparó topónimos geográficos con nombres propios dados por el Estado o "sus" ciudadanos. Argumentando que los nombres propios:

> "siempre se tomaron como inmutables [y]… como el único medio para identificar a las personas y distinguirlas unas de otras", sugirió que solo bajo circunstancias extremas un individuo es autorizado a cambiar su nombre y, aun así, sólo agrega un nuevo apellido al que ya se tiene en vez de ser un cambio completo" (Romero, 1998).

De manera similar, ¿cómo puede probarse la propia genealogía de México si los topónimos no son permanentes? Romero continúo su analogía:

> "Con más razón aún, los nombres geográficos deberían gozar de tal inmutabilidad y duración, como los hombres que, al final, existen por algunos años, y cambian constantemente su situación y desaparecen; los lugares, en cambio, son permanentes y firmes, destinados a contener razas y generaciones, y a ser testigos silenciosos de la historia" (Romero, 1998).

[44] Circular 160, Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública: Sección de Fomento, 13 de mayo de 1862. Reimpreso en *BSMGE*, 1a Época, vol. 8 (1860).

Los topónimos eran testigos silenciosos que hablaban elocuentemente: hablaban por medio de sus nombres y constituían los medios por los cuales una historia de "razas y generaciones" puede ser reconstituida. Romero citó autorizadamente la observación del lingüista alemán Karl Bauschmann, "los topónimos geográficos, debido a su permanencia y duración, pueden considerarse monumentos preciosos de tiempos remotos"[45].

Esa preocupación por los topónimos indígenas formaba parte de una indigemanía mucho más extensa y en desarrollo, y era un componente fundamental de una tendencia más general, o como lo describió Edward Said "la búsqueda de la autenticidad" postcolonial (Said, 1994, 226)[46]. A diferencia del proyecto colonial, en el que nombrar (o, mejor dicho, renombrar) funcionaba como un mecanismo rutinario de posesión, en el que se habló de una nueva presencia cultural para crear un espacio donde la colonización pudiera ocurrir, el proyecto nacionalista resurgió o perpetuó nombres que aludían a la historia antes de los orígenes coloniales[47]. Ningún funcionario mexicano, cuando tuvo que enfrentar con un escenario administrativo confuso, sugirió que los nombres de las villas y pueblos pequeños sean reemplazados por sus coordenadas globales de longitud y latitud, como lo hizo un funcionario de la colonia en la India Británica (Edney, 1997). Los nombres en sí eran recursos vivos de esa historia profunda tan crítica de la propia autocreación histórica y geográfica contemporánea. Cuando García Cubas reflotó el artículo de Romero en 1869, observó que los topónimos indígenas casi siempre significaban una idea, registraban algún evento histórico o indicaban la situación topográfica del lugar (García Cubas *et al.*, 2001)[48].

---

[45] Ver también el trabajo de Peñafiel (1885; 1897) quién argumentó que los topónimos preservaron la tradición en lugares donde "la historia había desaparecido completamente."

[46] Hasta qué punto el México del siglo XIX puede describirse como "poscolonial" está abierto a discusión. El término por sí mismo, por (o debido a) su importancia en el discurso académico, es susceptible de varias interpretaciones y usos. Como el objetivo de este artículo es en parte hacer énfasis en los mecanismos discursivos utilizados para borrar y confirmar a la vez las persistentes formas de dominación, "poscolonial" en este caso no debe interpretarse como una descripción de alguna situación nueva total que reemplace al colonialismo. Como Arif Dirlik observó, tal interpretación "mistifica una situación de manera política y metodológica que no representa la abolición sino la reconfiguración de formas tempranas de dominación." Ver Dirlik (1997, 54). José Jorge Klor de Alva (1995) cuestiona hasta qué punto uno puede referirse a la *gente de razón* que tomó el poder en 1824 como "sujetos coloniales." Ver también las detalladas observaciones sobre "el discurso colonial y post-colonial" en Adorno (1993).

[47] La literatura sobre colonialismo, nombramiento y posesión es extensa. Para un muestreo, ver Boelhower (1988); Clarke(1988) y Seed (1995). Para un análisis de las prácticas de nombramiento que van más allá de asegurar por sentido común que nombrar constituye una forma de posesión cultural, ver Carter (1987).

[48] La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística nombró en 1871 una comisión para la

Por ejemplo, en el viejo imperio de Michoacán, Acámbaro significaba "lugar donde el maguey es abundante" en la lengua de los tarascos; y "en lengua mexicana la palabra Cuauhtitlán significa literalmente 'al lado un águila' y como lugar histórico nos enseña que los Aztecas en su peregrinaje se quedaron en este lugar por tres años" (García Cubas *et al.*, 2001)[49]. Para García Cubas estos nombres eran componentes críticos de sus esfuerzos –comenzó en 1857 y publicó eventualmente en 1885– de reconstruir la ruta histórica tomada por los Nahua desde el norte hasta alcanzar el altiplano central.

La obsesión con la historia prehispánica nunca fue tan lejos como para ocluir por completo la pretensión de México de tener consanguineidad europea. Como indicador de esta tensión sobre la historia, José Guadalupe Romero tenía otra ruta en mente y su analogía genealógica tenía otro significado. El catalizador detrás de la formación del comité que él mismo dirigió se originó de la incapacidad de los cartógrafos de la SMGE para rastrear la ruta de Cortés desde Veracruz hasta Ciudad de México en el primer mapa general de la República[50]. El mapa, si bien en principio fue pensado como afirmación simbólica del "honor político" del país, luego de la aplastante pérdida de la mitad del territorio nacional en la guerra contra los Estados Unidos, también fue diseñado para construir una narrativa visual de la "*verdadera* historia" de México (Mendoza Vargas, 1989; el énfasis es mío). Una tarea manifiesta para los cartógrafos que confeccionaron el mapa había sido desandar y marcar "con exactitud" dos rutas históricas consideradas viajes fundacionales en el propio destino de México hacia su autorrealización: el itinerario de Agustín Iturbide desde Iguala (donde hizo su célebre proclamación) hasta Ciudad de México (donde los españoles capitularon); y la ruta de Cortés, desde su desembarque en la costa hasta su llegada y conquista de Tenochtitlán. Luego de un estudio minucioso, los investigadores reconstruyeron la ruta de Iturbide; la de Cortés resultó ser un poco más imprecisa.

La segunda carta de Cortés al emperador Carlos V, escrita en algún momento en el otoño de 1520, servía como fuente primordial para los cartógrafos. En la carta, Cortés narraba su viaje desde su desembarco en la costa del golfo hasta la capital azteca de Tenochtitlán:

---

creación de un tratado etimológico. Apelando al "patriotismo y al amor por la ciencia" de sus miembros, armaron un catalogo de términos indígenas usados en el área de las diferentes clases, incluyendo "nombres patronímicos" y "nombres geográficos." Ver Ignacio Ramírez a Manuel Altamirano, 8 Nov. 1871, in SMGE-Archivo Histórico Ignacio Manuel Altamirano, Comisionados y representantes, vol. 75, 1851-1920.

[49] Sobre investigaciones similares, ver Buelna (1890).

[50] Hasta donde pude determinar, esto representa el primer esfuerzo de ya sea una institución privada o de una agencia del gobierno para retrasar la hoja de ruta de Cortés.

> "Viajé durante tres días por todo el país y el reino de Cempoal… en el cuarto día, entré a una provincia que se llama Sienchimalem, en la cual hay un pueblo que es muy poderoso y que está construido en una posición muy defensiva al lado de una montaña bastante inclinada… Luego dimos vueltas sobre un puerto que está sobre la frontera de la provincia, y la llamamos "Nombre de Dios" porque este era el primer puerto que encontramos en estas tierras… Y en la pendiente debajo de ese puerto existen y un fuerte llamado Ceyxnacan que también pertenece a Moctezuma… Desde allí continuó por tres días a través de un país desierto que es inhabitable debido a su infertibilidad del suelo y a la falta de agua y debido al frío extremo… Luego de tres días cruzamos otro puerto… Lo llamamos Puerto Firewood. En el descenso de este puerto… Hay un valle densamente habitado… este valle y pueblo se llama Caltanmí… Luego de estar allí por 4 o 5 días, los dejé a todos muy contentos y subí por el valle del pueblo del otro jefe que les había comentado, que se llama Ystacmastitán" (Pagden, 1986, 54-7).

Estas referencias breves seguramente fueron complementadas con las que se encontraron en "*La historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*", de Bernal Díaz del Castillo que recordaba, por ejemplo, el primer día de la marcha que finalizaba en Jalapa, "desde donde luego fuimos a Socochima, un lugar fortificado, difícil de acceder" (Díaz del Castillo, 1963, 135). Bernal Díaz continuó en las páginas siguientes llenando algunos de los vacíos narrativos de la carta de Cortés. Aunque son referencias escasas como para reconstruir un itinerario histórico, no fue una preocupación para los cartógrafos. Problemático fue el hecho de que los topónimos indígenas mencionados en los dos textos parecían haberse desvanecido del paisaje, cambiado de nombre repetidamente, hasta perderse para siempre. Y como observó Romero: "Al final, dos de los lugares de la ruta del conquistador español quedaron en duda, porque no se puede determinar cuáles son sus nombres actuales y que antes de la conquista se llamaban diferente" (Romero, 1998). Romero no aclaró cuáles eran estos dos lugares ni tampoco explicitó nada sobre la naturaleza de los cambios del nombre. Pero quedaba claro que, en general, los topónimos indígenas eran suplantados por los nombres de los patriotas independentistas mexicanos (Allende, Morelos, Hidalgo, entre otros), una práctica que eventualmente llevó a García Cubas a afirmar que "perpetuar la memoria de hombres ilustres era un objetivo meritorio", pero una estatua o un monumento podría haber bastado (García Cubas, 2001). Igual de problemático, los lugares a veces tenían nombres diferentes, un pueblo podía tener simultáneamente un nombre eclesiástico, uno indígena, común [vulgar], y

uno legal; todos eran sustancialmente diferentes, pero no necesariamente estaban categorizados ni registrados. Al finalizar el siglo, una nueva agencia estatal de exploración tendría como objetivo principal recolectar y catalogar todos los nombres, para superar las ambigüedades persistentes (Díaz, 1893, 16)[51].

Pero a mediados de siglo, las finanzas no permitieron soluciones rápidas. Los cartógrafos de la SMGE nunca recrearon lo que parecía ser la ruta precisa de Cortés y su itinerario fue excluido del mapa final[52]. Fue esta falla notoria lo que provocó una respuesta fuerte a menos entre los miembros de la SMGE, y la próxima carta de Romero[53]. Comprendían el poder de las narrativas fundacionales para lograr una legitimidad geohistórica. Para Romero, y sus predecesores criollos, José María Luis Mora y Lucas Alamán, y sus contemporáneos Francisco Pimentel y Manuel Orozco y Berra, la génesis mexicana comenzó con Cortés y su épica confrontación con los aztecas. Si los viajes y el esfuerzo de Cortés fueron actos de fundación nacional, ¿cómo podían ser contingentes y ambiguos? Si las raíces de la nación debían encontrarse en las rutas de Cortés ¿cómo podía ser algo más que un trazo firme y grueso, que atravesara tajante el centro de la página?

Todas los Estados-nación tienen sus propios mitos fundacionales, narrativas evolutivas determinadas que brindan una dimensión alegórica a la existencia del Estado-nación y le confieren credibilidad a algunas afirmaciones para que se tornen dominantes. Esos mitos son teleologías genealógicas: en disputa por autorizaciones filiales, empoderan la supuesta legitimidad de los descendientes y discuten un consentimiento implícito. Estos mitos fundacionales no solo constituyen un modo de narración histórica, una manera de narrar el pasado, a menudo son el objeto de la historia en sí, un medio sagrado de imponer un orden temporal –una cronología– sobre las contingencias y la multiplicidad de lo que sucedió antes para poder contar una historia coherente, delimitada y codificada[54]. Sin embargo,

---

[51] Examiné el trabajo de la Comisión Geográfico-Exploradora más en detalle en Craib (2000).

[52] Años después Manuel Orozco y Berra sugería que la ruta no se incluya en el mapa debido a la escala, ni tampoco los lugares perdidos, pero no encontré evidencia de que en 1850 se planteara el tema de las escalas: el fracaso más importante fue el paisaje sin establecer.

[53] De hecho, Romero no fue un excéntrico, sino que representaba la obsesión de ese período de relacionar la historia con el territorio. Así como García Cubas y otros reiteraban los argumentos de Romero, el primer presidente de la SMGE, José María Justo Gómez de la Cortina dedicó años de su vida a la creación de un *Diccionario de voces necesarias para el estudio de la cosmografía, geografía y topografía para la inteligencia de las relaciones históricas y de viajes*, que nunca completó ni publicó.

[54] Para trabajos orientativos sobre estas cuestiones, ver Carter (1995) y Duara (1995), esp. cap. 1. Sobre tipos de narración históricas y el proceso de "trazado," ver White (1987); Ricouer (1983) y Veyne (1984).

la historia nacionalista tiene poco poder sin un espacio en donde desarrollarse. Como ironizó D.W. Meini (1978) "la historia tiene lugar"[55]. Una buena parte de la fascinación por la geografía, y con el mapa nacional inscripto, giraba en torno a comprender que podía crear esos lugares en los que una histórica fundacional y secuencial podía narrarse; en los que uno podía "seguir la marcha de las armadas, [o] las rutas y el descubrimiento de los viajeros" y armar el curso de la propia historia (Orozco y Berra, 1871, 7).

Las preocupaciones geográficas de los intelectuales de la Sociedad, como José Guadalupe Romero y Antonio García Cubas fueron en paralelo históricas; la posibilidad de que una revuelta toponímica desestabilizara la propia genealogía histórica de México, interrumpiendo la "narración de la nación", y con esta, la historia misma (Bhabha, 1990). Deteniéndonos en el cambio arbitrario de los topónimos, la ambigüedad histórica y geográfica se podría reconciliar a través de un orden espacial y una permanencia cartográfica. Solo así podría constituirse una coherencia retrospectiva y descifrarse un destino, aplacando en el proceso la cacofonía de las historias en pugna por la tierra.

Conclusión

La unidad histórica de las clases dirigentes se da en el Estado y su historia es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados.

Antonio Gramsci, selección de Cuadernos de la Cárcel.

En un panegírico a Antonio García Cubas, pronunciado a los miembros de la Sociedad en 1909, Francisco de P. Piña afirmó que "La Historia y la Geografía" eran como "dos ciencias hermosas poderosamente unidas" y que, juntas brindaban "una concepción de la patria más bien real y positiva que ideal y platónica". Juntas explicaban no sólo "la razón de su existencia" sino también la lógica detrás de los "sacrificios que nacen de la defensa de los derechos inviolables de su independencia y soberanía". La Historia y la Geografía eran más que dos bellas ciencias, eran ciencias nacionales. Dos caras de un complejo simple que le daban a una expresión territorial su legitimidad histórica y, a la historia, un territorio sobre el cual desplegarse. Juntas, escribieron la narrativa sobre la cual el México moderno se adhería.

Los elogios a García Cubas no son de sorprender. Su carta general de 1857 sirvió de muchas maneras como momento decisivo en la formación del Estado-nación mexicano. La soberanía encontraba su expresión en la unificación disciplinaria de la historia y la geografía sobre la superficie de su mapa nacional que, con una

[55] Ver también Pred (1984).

mezcla sutil de tecnología e iconografía, retrataba a México como atemporal pero aún así con una gran riqueza histórica. La naturalización científica del territorio nacional, la producción visual de un paisaje cultural y natural particularmente mexicano, y la narración de sus supuestas raíces convergían en este mapa para determinar esa tierra como un objeto estable cultural, político, histórico y geográfico.

En este sentido, la carta general de García Cubas tiene más en común con las pinturas indígenas de la preconquista y el México colonial de las primeras épocas de lo que podría parecer a primera impresión. En un análisis minucioso de imágenes cartográficas producidas como parte de las relaciones geográficas para la España monárquica de finales del siglo XVI, Barbara Mundy demostró cómo una genealogía en particular y la historia se entrecruzaban en las pinturas de los grupos indígenas conquistados por los españoles (Mundy, 1996). Mientras que las diferencias superficiales de estas pinturas y un mapa de García Cubas son primordiales hay al menos una similitud que vale la pena aclarar: estas dos imágenes hacen dialogar a la historia y a la geografía para validar o legitimar la posición de aquellos que están en el poder sobre aquellos a los que presumen gobernar. Como intenté demostrar al analizar la forma interna y el contenido del mapa, como así también las circunstancias históricas que condicionan su producción, el supuesto objetivo y los mapas a escala modernos que nos resultan tan naturales son en sí mismos historias poderosas sobre el pasado y el presente, repletas de supuestos ideológicos.

Insertar una historia en el mapa puede llevar, irónicamente, hacia una historia anacrónica. Como Thongchai Winichakul observó en su análisis pormenorizado sobre el origen cartográfico de Tailandia, tomando como obvia la existencia previa del Estado-nación tailandés, los historiadores pasaron por alto que estaba en proceso de creación, y fueron en detrimento de un conjunto de reinos más pequeños y dispersos. Sin darse cuenta, repitieron y dieron crédito a un discurso nacionalista que se erigió en un momento específico para legitimar ciertos reclamos espaciales al poder (Thongchai, 1994)[56]. Un estudio reciente de Timothy Anna del México del

[56] Parte del poder de la crítica de Thongchai yace en la manera en la que es capaz de conectar tales historias con tendencias ampliadas en la historiografía y la política contemporáneas. Los historiadores dan por sentada la existencia de Tailandia porque se ven forzados a ver la historia de del país principalmente a través de la óptica de las relaciones internacionales y el colonialismo. Por eso, un Estado-nación ya integrado (Tailandia) se enfrenta a los poderes occidentales. Este cuadro epistemológico excluye la "voz de aquellos pequeños Estados que después no se convirtieron en naciones, a pesar de haber tenido un rol activo en aquella época, y solo permite que se oiga la voz de las naciones emergentes." (Thongchai, 1994, 147). Tampoco considera la manera en que la elite de Bangkok se apropió de las tecnologías cartográficas para controlar a los locales. Las afirmaciones de Thongchai ofrecen una reflexión comparativa de los mexicanistas del siglo XIX. Los cuestionamientos de José Jorge Klor

siglo XIX realiza un reclamo similar aunque ni tan completo ni tan arrojado: al asumir la existencia de una entidad coherente llamada México, "ininterrumpida, desde la época de las civilizaciones antiguas", los historiadores codificaron el discurso de legitimación de las elites nacionales de finales del siglo XIX, que conscientemente construyeron los primeros años de la independencia como una amenaza al espacio ya constituido y así redujeron la historia de México a una tragedia nacionalista de acumulación y desintegración territorial narrada desde la metrópolis (Anna, 2001).

Un dominio espacial e histórico llamado México nunca fue externo ni anterior a la historia, como puntos coordinados en una cuadrícula. Fue activamente constituido y narrado, y los mapas nacionales tuvieron un rol muy importante en ese proceso. Esto no debe tomarse como sugerencia de que las imágenes de García Cubas eran una representación foránea que oscurecía o borraba a un "México más auténtico",sino que es precisamente lo contrario: no existió ningún paisaje "autentico" o esencial de México que se escondiera detrás de la fachada de la imagen, inmaculado e intocable, esperando emerger desde las neblinas[57]. De hecho, fue la búsqueda de tales esencias que resultaron tan críticas para definir el Estado-nación. En este sentido, la carta general de García Cubas era lo más abarcador dentro de conjunto de lo que podemos denominar "fijaciones estatales": obsesiones federales con la permanencia (la fijeza) percibidas como básicas para la práctica y la teoría del gobierno y para el desarrollo capitalista promovido por el Estado (Craib, 2001). El desarrollo y la ley requerían la capacidad de contar, recaudar, arbitrar, en una palabra, de regular. La regulación y la inversión a su vez requerían de un espacio homogéneo y predecible y de unidades de análisis fijas: jurisdicciones políticas, categorías de personas, propiedades delimitadas, etc. Pero como se lamentaba Mariano Otero (así comenzó este artículo) y como claramente sugería, enfrentado a las pretensiones imperialistas de un vecino del norte, la unidad de análisis más básica necesaria para "fijar" era, justamente, el Estado-nación. De ahí la obsesión con una fijación muy material: la carta general. De ahí también los debates sobre los topónimos permanentes, el fetichismo por las civilizaciones indias sedentarias –y fijas– la cosificación y la naturalización de versiones sumamente polémicas y contingentes de la historia y el espacio en retratos oficiales sobre el pasado. La conexión tan sutil entre historia y geografía ofreció una imagen ideológicamente saturada y acabada de un Estado-nación en formación, en

---

de Alva sobre la aplicabilidad del término "poscolonial" en América Latina ya constituyen esa relación comparativa fructífera. Ver Klor de Alva (1995).

[57] Sobre cuestiones relacionadas a la autenticidad y la representación, ver O'Hanlon y Washbrook (1991). Ver también los intercambios entre O'Hanlon y Washbrook y Prakash (Prakash, 1990; O'Hanlon y Washbrook, 1992; Prakash, 1992).

el cual un terreno en desarrollo aparecía como tradición y una multiplicidad de espacios fueron reducidos a la linealidad de una narrativa singular[58]. Tales correcciones dejaron solo una historia para contar, la del Estado mismo.

Referencias

- Abrams, P. (1988). "Notes on the Difficulty of Studying the State", *Journal of Historical Sociology* 1(1): 58-89.
- Adorno, R. (1993). "Reconsidering Colonial Discourse for Sixteenth-and Seventeenth-Century Spanish America", *Latin American Research Review* 28(3): 135-145.
- Anguiano, A. (1913-1914). "Cartografía Mexicana", *BSMGE*, 5a Época, vol. 7.
- Anna, T. (1998). *Forging Mexico, 1821-1835*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Anderson, B. (1993). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Archer, C. (2000). "Discord, Disjunction, and Reveries of Past and Future Glories: Mexico's First Decades of Independence, 1810-1853", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, (16)1: 192.
- Aristóteles (1952 [1881]). *Metaphysics* (trad. R. Hope). New York: Columbia University Press.
- Bakhtin, M. (1981). *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Austin: University of Texas Press.
- Barbachano, T. (1860). "Importancia del estudio de la geografía y estadística como base fundamental de un buen gobierno", *Boletín de la sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México*, t. III, 1860, pp. 460-463 en Héctor Vargas Mendoza, Lecturas geográficas mexicanas siglo XIX, México, UNAM, 1999, pp. 33-39.
-Barnes, T. y D. Gregory (eds.) (1997). *Reading Human Geography: The Poetics and Politicsof Inquiry*. Londres: Arnold Publishers.
- Barthes, R. (1986). *Mythologies*, trad. por A. Lavers. New York: Hill & Wang.
- Basso, K. (1995). *Wisdom Sits in Places: Landscape and Language Among the Western Apache*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Berger, J. (1972). *Ways of Seeing*. London: British Broadcasting Company and Penguin Books.
- Bhabha, H. (ed.) (1990). *Nation and Narration*. Londres: Routledge.
- Boelhower, W. (1988). "Inventing America: A Model of Cartographic Semiosis", *Word and Image* 4(2): 475-496.

[58] Sobre cómo esta idea de que el Estado tiene que ser construido y sostenido, ver Abrams (1988) y Sayer (1994).

- Brading, D. (1991). *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Buelna, E. (1890). "Peregrinación de los Aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa" *BSMGE*, 4a Época.
- Burnett, D. G. (2001). *Masters of All They Surveyed*. Chicago: University of Chicago.
- Capel, H. (1981). "Institutionalization of Geography and Strategies of Change". En David R. Stoddart (ed.) *Geography, Ideology and Social Concern*. Oxford: Basil Blackwell.
- Carson, W. E. (1909). *Mexico: The Wonderland of the South*. New York: MacMillan Company.
- Carter, P. (1987) T*he Road to Botany Bay: An Exploration of Landscape and History*. New York: Knoft.
--- (1996). *The Lie of the Land*. Londres: Faber y Faber.
- Carter, E.; J. Donald y J. Squires (Eds.). (1993). *Space and Place: Theories of Identity and Location*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Clarke, G.N.G. (1988). "Taking possession: the cartouche as cultural text in eighteenth-century American maps", *Word & Image*, 4(2): 455-474.
- Collado, Ma. C. (1996). "Antonio García Cubas." En Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (eds.) *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cohn, B. (1996). *Colonialism and its Forms of Knowledge*. Chicago: University of Chicago Press.
- Comaroff, J. y J. Comaroff (1991). *Of Revelation and Revolution: Christianity, Colonialism and Consciousness in South Africa*. Chicago: University of Chicago Press.
- Conkling, A. (1884). *Appleton's Guide to Mexico*. New York: D. Appleton and Company.
- Coronil, F. (1997). *The Magical State: Nature, Money and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cosgrove, D. (1985). "Prospect, Perspective and the Landscape Idea", *Transactions of the Institute of British Geographers* 10(1): 45-62.
- Craib, R. (2000). "Cartography and Power in the Conquest and Creation of New Spain", *Latin American Research Review* 35(1): 7-36.
--- (2001). "State Fixations, Fugitive Landscapes: Mapping, Surveying and the Spatial-Creation of Modern Mexico, 1850-1930". Ph.D. diss., Yale University.
- Craib R. y D. G. Burnett. 1998). "Insular Visions: Cartographic Imagery and theSpanish American War", *The Historian*, (61)1: 101-118.
- Deleuze, G. y F. Guattari. (1987). "1227: Treatise on Nomadology-The War Machine". En A Thousand Plateaus: *Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Dening, G. (1980). *Islands and Beaches: Discourse on a Silent Land, Marquesas, 1774-1880*. Honolulu: University Press of Hawaii.
- Díaz, A. (1880). *Memoria de la Comisión Geográfico-Exploradora presentada al oficial mayor, encargada de la Secretaría de Fomento, sobre los trabajos ejecutados durante el año fiscal de 1878 a 1879*. Ciudad de México: Imp. de Francisco Díaz de León.
- Díaz del Castillo, B. (1963). *The Conquest of New Spain*. Londres: Penguin Books.
- Dirlik, A. (1997). *The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism*. Boulder, CO: Westview Press.
- Duara, P. (1995). *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*. Chicago: University of Chicago Press.
- Edney, M. (1993). "Cartographic Confusion and Nationalism: The Meridian of Washington, D.C. in the Early Nineteenth Century", *Mapline: News letter of the Hermon Dunlap Smith Center for the History of Cartography at The Newberry Library* 69/70: 4-8.
--- (1997). *Mappingan Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*. Chicago: University of Chicago Press.
--- (1994) "Cartographic Culture and Nationalism in the Early United States: Benjamin Vaughan and the Choice for a Prime Meridian, 1811", *Journal of Historical Geography* (20)4: 384-395.
- Feld, S. y K. Basso (eds.). (1996). *Senses of Place*. Santa Fe: School of American Research.
- Franck, H. (1935). *Trailing Cortez Through Mexico*. New York: Frederick A. Stokes Company.
- García Cubas, A. (1858). *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República Mexicana*. Ciudad de México: Imp. de José Mariano Fernández de Lara.
--- (1876). *The Republic of Mexico in 1876*. Ciudad de México: La Enseñanza.
--- (1884). *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo, e histórico de los Estados Unidos de Mexicanos*. Ciudad de México: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento.
--- (1889). *Etude géographique statistique descriptive et historique des Etats Unis Mexicains*. Ciudad de México: Imp. du Ministere des Travaux Publics.
--- (1893). *Mexico, Its Trade, Industry and Resources*. Ciudad de México: Secretaría de Fomento.
--- (1904). *El libro de mis recuerdos: Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas, anteriores al actual orden social*. Ciudad de México: Imp. de Arturo García Cubas, 1904.
- García Cubas, A.; F. Díaz Covarrubias y M. Fernández (1869). "Dictamen sobre los inconvenientes de variar los nombres a los lugares de la República", *BSMGE*, 2a Época, vol. 1.

- García Granados, R. *et al.* (1908). "Dictamen presentado a la Sociedad por los socios ingenieros Ricardo García Granados y Francisco de P. Piña y Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, sobre la proposición que hizo la 'Sociedad Cultural, Intelectual, Moral y Física,' de Guadalajara, para cambiar los nombres de los dos picos del volcán de Colima, conocidos por Volcán de Nieve el uno, y el otro por Volcán de Fuego," *BSMGE*, 5a Época, vol. 3.
- Glacken, C. (1967). *Traces on the Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought from Ancient Times to the End of the Eighteenth Century*. Berkeley: University of California Press.
- Godlewska, A. y N. Smith (eds.). (1994) *Geography and Empire*. Oxford: Basil Blackwell.
- González Echevarría, R. (1998). *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Durham: Duke University Press.
- Graham, D. (2000). *Masters of All They Surveyed: Exploration, Geography and a British El Dorado*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gregory, D. (1994). *Geographical Imaginations*. Oxford: Basil Blackwell.
- Gupta, A. y J. Ferguson (eds.). (1997). *Culture, Power, Place: Explorations in Critical Anthropology*. Durham: Duke University Press.
- Hale, C. (1968). *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853*. New Haven: Yale University Press.
--- (1989) *The Transformation of Liberalism in Late-Nineteenth-Century Mexico*. Princeton: Princeton University Press.
- Harley, J. B. (1988). "Maps, Knowledge and Power". En Dennis Cosgrove and Stephen Daniels (eds.) *The Iconography of Landscape: Essays on the Symbolic Representation, Design, and Use of Past Environments*. Cambridge: Cambridge University Press.
--- (1989). "Deconstructing the Map", *Cartographica* 26: 1-20.
--- (1988). "Silences and Secrecy: The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe", *Imago Mundi* 40: 57-76.
--- (1992) "Rereading the Maps of the Columbian Encounter". *Annals of the Association of American Geographers* 82(3): 522-536.
- Harley, J. B. y D. Woodward (ed.). (1992). *Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, vol. 1. Chicago: University of Chicago Press.
- Hickling Prescott, W. (1934 [1843]). *The Conquest of Mexico*. Nueva York: The Junior Literary Guild.
- Hillis, K. (1994). "The Power of the Disembodied Imagination: Perspective's Role in Cartography", *Cartographica* 31(3): 1-17.

- Janvier, T. (1886). *The Mexican Guide*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Keen, B. (1971). *The Aztec Image in Western Thought*. New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.
- Klor de Alva, J. (1995). "The Post colonization of the (Latin) American Experience: A Reconsideration of 'Colonialism,' 'Postcolonialism' y 'Mestizaje'". En Gyan Prakash (ed.) *After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements*. Princeton: Princeton University Press.
- Knight, A. (1994). "Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 10(1): 135-161.
- Louise Pratt, M. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge.
- Mack Faragher, J. (1986). *Sugar Creek Life on the Illinois Prairie*. New Haven: Yale University Press.
- Maier, C. S. (2000). "Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era", *American Historical Review* 105(3): 807-831.
- Massey, D. (1994). "Places and Their Pasts", *History Workshop Journal* 39: 182-192.
--- (1994). *Space, Place and Gender*. Oxford: Polity Press.
- Mayer, B. (1851). *Mexico: Aztec, Spanish and Republican: A Historical, Geographical, Political, Statistical and Social Account of the Country from the Period of the Invasion by the Spaniards to the Present Time; With a View of the Ancient Aztec Empire and Civilization; A Historical Sketch of the Late War and Notices of New Mexico and California*. Hartford: S. Drake and Company.
- Mason, R. H. (1851). *Pictures of Life in Mexico*. Londres: Smith, Elder and Company.
- McGowan, G. L. (1991). *Geografía político administrativa de la reforma: Una visión histórica*. Aguas calientes: INEGI).
- Meinig, D. W. (1978). "The Continuous Shaping of America: A Prospectus for Geographers and Historians", *American Historical Review* 83(5):1186-1205.
--- (1993). *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History, vol. 2 of Continental America*, 1800-1867. New Haven: Yale University Press.
- Mendoza Vargas, H. (1989). "Historia de la geografía en México: Siglo XIX". Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México.
--- (2000). "Las opciones geográficas al inicio del México independiente". En Héctor Mendoza Vargas (ed.) *México a través de los mapas*. Ciudad de México: Plaza y Valdés Editores.
- Mundy, B. (1996). *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*. Chicago: University of Chicago Press.

- Obeyesekere, G. (1995). *The Apotheosis of Captain Cook: European Mythmaking in the Pacific*. Princeton: Princeton University.
- O'Gorman, E. (1966). *Historia de las divisiones territoriales de México*. Ciudad de México: Porrua.
- O'Hanlon, R. y D. Washbrook (1991). "Histories in Transition: Approaches to the Study of Colonialism and Culture in India", *History Workshop Journal* 32: 110-127.
--- (1992). "After Orientialism: Culture, Criticism and Politics in the Third World", *Comparative Studies in Society and History* 34: 141-167.
- O'Hanlon, R.; D. Washbrook y G. Prakash (1990). "Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Perspectives from Indian Historiography", *Comparative Studies in Society and History* 32: 383-408.
--- (1992). "Can the Subaltern Ride? A Reply to O'Hanlon and Washbrook", *Comparative Studies in Society and History* 34: 168-184.
- Orozco y Berra, M. (1864) *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*. Ciudad de México: Imp. de J. M. Andrade y F. Escalante.
--- (1880). *Historia antigua y de la conquista de México*. Ciudad de México: Tip. de G. A. Esteva.
--- (1881). *Apuntes para la historia de la geografía en México*. Ciudad de México: Imp. de Francisco Díaz de León.
- Otero, M. (1989). "Considerations Relating to the Political and Social Situation of the Mexican Republic in the Year 1847". En Cecil Robinson (ed. y trad.) *The View from Chapultepec: Mexican Writers on the Mexican-American War*. Tucson: University of Arizona Press.
- Pagden, A. (1986). *Hernan Cortés, Letters from Mexico*. New Haven: Yale University Press.
- Peñafiel, A. (1885). *Nombres geográficos de México: Catálogo alfabético de los nombres de lugar pertenecientes al idioma "Nahuatl," estudio jeroglífico de la matrícula de los tributos del códice mendocino* (Ciudad de México: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento.
--- (1897). *Nomenclatura geográfica de México: Etimologías de los nombres de lugar correspondientes a los principales idiomas que se hablan en la República*. Ciudad de México: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento.
- Pérez Rosales, L. (1996). "Manuel Orozco y Berra". En Pi-Suñer Llores (ed.) *En busca de un discurso integrador*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Piña, F. (1909). "Importancia de los trabajos geográficos e históricos del Señor Ingeniero don Antonio García Cubas," *BSMGE*, 5ª Época, vol. 3.
- Pimentel, F. (1866). L*a economía política aplicada a la propiedad territorial en México*. Ciudad de México: Imp. de Ignacio Cumplido.

- Poblett, M. (1992). *Cien viajeros en Veracruz: Crónicas y relatos*. Xalapa-Enríquez: Imp. del Gobierno del Estado de Veracruz.
- Pratt, G. (1992). "Spatial Metaphors and Speaking Positions", *Environment and Planning D: Society and Space* 10(3): 241-244.
- Pred, A. (1984). "Place as Historically Contingent Process: Structuration and the Time-Geography of Becoming Places", *Annals of the Association of American Geographers* 74: 279-297.
- Rama, A. (1996). *The Lettered City*. Durham: Duke University Press.
- Ramón del Moral, T. (1999). "Condiciones del trabajo geográfico de la Comisión de Geografía y Estadística del Estado de México, 1827-1829". En Mendoza Vargas (ed.) *Lecturas geográficas mexicanas*. Siglo XIX. Ciudad de México: University Nacional Autónoma de México.
- Rebert, P. (2001). *La Gran Línea: Mapping the United States-Mexico Boundary, 1849-1857*. Austin: University of Texas Press.
- Richards, T. (1993). *The Imperial Archive: Knowledge and the Fantasy of Empire*. London: Verso.
- Ricouer, P. (1983). *Time and Narrative*, trad. por Kathleen McLaughlin y David Pellauer. Chicago: University of Chicago Press.
- Riva Palacio, V. (ed.) (1887). *México a través de los siglos: Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. Barcelona: Espasa y Cia.
- Robinson, C. (1989). *The View from Chapultepec.* Arizana: University of Arizona Press.
- Romero, J. (1860). "Dictamen sobre los inconvenientes de mudar los nombres geográficos de las poblaciones de la república aprobado por la Sociedad" *BSMGE*, 1ª Época, vol. 8.
- Rotman, R. (1998). "The Technology of Mathematical Persuasion". En Timothy Lenoir (ed.) *Inscribing Science: Scientific Texts and the Materiality of Communication*. Stanford: Stanford University Press.
- Ruedas de la Serna, J. (1987). *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*. Ciudad de México: University Nacional Autónoma de México.
- Sahlins, P. (1989). *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees*. Berkeley: University of California Press.
- San Juan Victoria, C. y S. Velázquez Ramírez (1980). "La formación del Estado y las políticas económicas (1821-1880)". En Ciro Cardoso (ed.) *México en el siglo XIX: Historia económica y de la estructura social*. Ciudad de México: Nueva Imagen.

- Said, E. (1994). *Culture and Imperialism*. New York: Vintage Press.
- Sayer, D. (1994). "Every day Forms of State Formation: Some Dissident Remarkson 'Hegemony'". En Joseph y Nugent (ed.) *Every day Forms of State Formation*. Durham and London: Duke University Press.
- Schama, S. (1995). *Landscape and Memory*. New York: Harper Collins.
- Schoultz, L. (1998). *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin America*. Cambridge: Harvard University Press.
- Scott, J. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press.
- Seed, P. (1995). *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sellers, C. (1991). *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*. New York: Oxford University Press.
- Shepard, A. K. (1859). *The Land of the Aztecs, or Two Years in Mexico*. Albany, NY.: Weed, Parsons and Company.
- Siemens, A. (1990). *Between the Summit and the Sea: Central Veracruz in the Nineteenth Century*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- Smith, N. y C. Katz (1993). "Grounding Metaphor: Towards a Spatialized Politics". En Michael Keith y Steve Pile (eds.) *Place and the Politics of Identity*. New York: Routledge.
- Smith, N. (1984). *Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Stephanson, A. (1995). *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right*. New York: Hill & Wang.
- Tenenbaum, B. (1994) "Streetwise History: The Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876-1910". En W. H. Beezley, C. English Martin y W. E. French (eds.) *Rituals of Rule, Rituals of Resistance: Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*. Wilmington, Del.: Scholarly Resources.
- Tenorio-Trillo, M. (1996). *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*. Berkeley: University of California Press.
- Thongchai Winichakul (1994). *Siam Mapped: The History of the Geo-Bodyof a Nation*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- Tuanc, Y. (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Vázquez, J. y L. Meyer. (1982). *México frente a Estados Unidos: Un ensayo histórico, 1776-1980*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Veyne, P. (1984). *Writing History: Essays on Epistemology*. Middletown: Wesleyan University Press.

- Villoro, L. (1987). *Los grandes momentos del indigenismo en México.* Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública, 149-68.
- Wood, D. (1992). *The Power of Maps*. New York: Guilford Press.
- Von Humboldt, A. (1811). *Political Essay on the Kingdom of New Spain: With Physical Sections and Maps Founded on Astronomical Observations and Trigonometrical and Barometrical Measurements*. Londres: Impreso para Longman, Hurst, Rees, Orme, y Brown.
- White, H. (1973). *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
--- (1987). *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Williams, R. (1977). *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press.
- Willems-Braun, B. (1997). "Buried Epistemologies: The Politics of Nature in (Post) colonial British Columbia", *Annals oft he Association of American Geographers* 87(1): 3-31.
- Zabriskie Gray, A. (1878). *Mexico as It Is, Being Notes of a Recent Tour in That Country*. New York: E. P. Dutton and Company.

Capítulo 5

¿La violencia se instala en algunos lugares? Práctica cultural, racionalismo neoliberal y geografías imaginarias virulentas[*]

Simon Springer[**]

"Imagina a la gente
viviendo en paz"

John Lennon, Imagine

Introducción

No es fácil aceptar la idea de que la violencia podría ser parte de la práctica cultural. Junto con el abuso al que ha sido sometido el concepto de cultura en tiempos recientes, ya sea en estrecha vinculación con la hegemonía geopolítica (Harrison y Huntington, 2000), o quizás de manera sorpresiva, en un intento de argumentar contra el poder hegemónico (Roberts, 2001), se relaciona a algunas culturas, en particular las "asiáticas", "africanas" o "islámicas", con una predilección supuestamente inherente por la violencia. Sin embargo, la relación entre cultura y violencia también es axiomática, ya que la violencia es parte de la actividad humana. Lo problemático entonces, no es que el llamado a la violencia se entienda como un proceso social de

---

[*] La versión original de este trabajo fue publicada en inglés con el título "Violences its in places? Cultural practice, neoliberal rationalism, and virulent imaginative geographies", en el año 2011, en la revista *Political Geography* 30: 90-98. En la versión original, el autor incluye agradecimientos que se transcriben a continuación. A los revisores anónimos y a Pauliina Raento en su rol de editora por su gran compromiso con mi trabajo y los profundos desafíos que me presentaron. Philippe Le Billon, Jamie Peck, James Sidaway, Derek Gregory, Jim Glassman, Catherine Nolin, Matt Sparke, Sarah de Leeuw, Juanita Sundberg, Abidin Kusno, Rusla Anne Springer, Anssi Paasi y Carl Grundy Warr ofrecieron sus críticas y apoyo. También me gustaría agradecer a los organizadores y participantes del IV Congreso Oceánico en Estudios Internacionales (OCIS) realizado en la Universidad de Auckland, donde se presentó por primera vez esta investigación. Se aplican los descargos habituales. Este artículo fue traducido por Alejandro Caffa y María Sara Loose, Cuerpo de traductores de la Universidad Nacional de Rosario.

[**] Departamento de geografía Universidad de Newcastle (Australia). Correo electrónico: simonspringer@gmail.com.

la cultura, sino el potencial para colonizar esta observación con geografías imaginarias que la distorsionan de tal manera que, deliberada o inadvertidamente, permiten que determinados objetivos geoestratégicos adquieran validez.

El método principal de tergiversación es el orientalismo que, como "la *distribución* de una cierta conciencia geopolítica en unos textos estéticos, eruditos, económicos, sociológicos, históricos y filológicos", "no solo es "la *elaboración* de una distinción geográfica básica" que crea, tiene y mantiene la intención de comprender, controlar, manipular e incorporar aquello que es claramente diferente por medio de un discurso que existe y es producido en el contexto de un intercambio desigual que utiliza el poder político, intelectual, cultural y moral (Said, 2003, 12). Como fundamento principal, el orientalismo es una forma de paranoia que se alimenta de cartografías del miedo al producir "nuestro" mundo de forma negativa a través de la construcción de un "Otro" perverso. Este es precisamente el discurso que el colonialismo utilizó para construir su autoridad explotadora en tiempos pasados. En el contexto actual, un objetivo geoestratégico relativamente nuevo apela a los mismos principios discursivos de valorización en su afán por imponer una versión econométrica de soberanía mundial (Hart, 2006; Pieterse, 2004; Sparke, 2004). El neoliberalismo está en marcha, y en el contexto del sur global, el orientalismo representa su liberación, ya que le proporciona un poderoso espacio discursivo para maniobrar.

Este artículo tiene dos objetivos centrales que se interconectan. Primero, basándome en el trabajo de Arturo Escobar (2001) y Doreen Massey (2005), cuestionando la relación lugar-violencia, contribuyo a reteorizar el lugar no tanto como *receptáculo aislado* sino como un *ensamble de relaciones*. En segundo lugar, considerando al orientalismo como performativo (Said, 2003), y al poder/conocimiento como productivo (Foucault, 1977), me propongo cuestionar cómo el neoliberalismo, en clave discursiva, asigna violencia a determinados pueblos y culturas haciendo uso de algunas nociones problemáticas sobre el lugar que pongo en discusión aquí. Argumento que el orientalismo adhiere al supuesto básico de que la violencia se instala en algunos lugares. Esta visión del orientalismo es posible, por influencia y efecto del discurso, porque la producción del espacio y el lugar es, en gran medida, una acción discursiva (Bachelard, 1964; Lefebvre, 1991). Pero mientras que la violencia puede vincularse a nuestras geografías somáticas y experiencias vividas en el lugar, de la misma forma que la cultura no se limita a un lugar en particular, las geografías de violencia también se extienden hacia adentro y hacia afuera y dejan ver el dinamismo inherente del espacio como lugares múltiples que se entrelazan constantemente con la violencia. Por lo tanto, siguiendo las ideas de Michel Foucault (1977, 1980) sobre el poder, no me centro en el *por qué* de la violencia, sino más bien en *cómo* y

dónde ocurre. Un enfoque crítico de economía política que considera las diferencias culturales nos alerta sobre las geometrías del poder/conocimiento en juego (Hart, 2002; Peet, 2000; Sayer, 2001), de modo que, si bien la violencia está claramente atravesada e influenciada por normas culturales locales, también se ve envuelta en la lógica del capitalismo globalizado.

En el contexto del sur global, donde se ubica continuamente la visión caricaturesca de la violencia proveniente del norte global, los líderes autoritarios podrían apropiarse de las preocupaciones neoliberales por la seguridad del mercado para justificar su accionar violento y represivo (Canterbury, 2005; Springer, 2009c). Al mismo tiempo, debido a la naturaleza performativa del orientalismo, una sociedad irritada podría seguir sus roles "guionados" y recurrir a la violencia para sobrellevar la pobreza recalcitrante y la creciente desigualdad provocadas por una cada vez más profunda neoliberalización de los Estados (Uvin, 2003). Lejos de ser un síntoma de inclinación cultural innata hacia la violencia, la violencia auspiciada por el Estado y la lucha social sistémica pueden verse como resultados tanto de un Estado que se hizo "poderoso de una manera diferente" a través del "despliegue" continuo de reformas neoliberales (Peck, 2001, 447) como de los discursos que respaldan este proceso (Bourdieu y Wacquant, 2001; Springer, 2010b). Cuando se aplica al contexto del "Otro", el neoliberalismo forja una lógica "autoperpetuante" (esto es, simultáneamente una reproducción constante y la construcción de alteridad). Se presenta como el precursor de la racionalidad y el único garante de la paz mediante un discurso que postula la violencia como reserva cultural exclusiva y se vincula de manera inseparable con la democracia. Sin embargo, los efectos estructurales de la pobreza y la desigualdad causadas por el neoliberalismo a menudo (re)producen la violencia (Escobar, 2004; Springer, 2008) y, en consecuencia, este se renueva una y otra vez sugiriendo que viene a curar los males que la misma neoliberalización ha provocado.

Conviene dejar en claro desde el comienzo que este artículo es puramente teórico. Si bien se reconoce el valor de escribir sobre la violencia en términos empíricos, sin prestar demasiada atención o apegarse a la teoría social, es allí donde se corre el riesgo de caer en interpretaciones problemáticas e incluso orientalistas sobre el lugar. Por lo tanto, el propósito de este artículo es criticar las limitaciones del enfoque que entiende a la violencia como basada en el lugar, que simplemente categoriza *in situ* en vez de reconocer como se debe las geografías relacionales tanto de la violencia como del lugar. No ofrezco aquí argumentos empíricos de lugares particulares, ya que mi intención es justamente poner en tela de juicio esas interpretaciones particularizadas de "lugar". La puntuación que utilizo en el título resulta muy útil en este sentido. Si bien la violencia se instala en un lugar en tanto que

percibimos su manifestación como una experiencia localizada y material, esta misma idea es cuestionada cuando se reconsidera al lugar como un ensamble de relaciones. Esta re teorización facilita la supuesta fijeza, separación e inmutabilidad del lugar para reconocerlo como algo siempre co-constituido, mediado por e integrado a las experiencias más amplias del espacio. Replantear de manera tan radical el lugar transforma considerablemente la forma en que entendemos la violencia. Al ya no estar confinada a su expresión material como un "evento" aislado o "algo" localizado, la violencia puede entenderse mejor como un *proceso* en desarrollo, que surge de los fenómenos geográficos y patrones temporales más amplios del mundo social. En síntesis, a través de esta reinterpretación del lugar, los geógrafos estarán mucho mejor posicionados para descartar los relatos orientalistas que vinculan la violencia a pueblos, culturas y lugares particulares, como fue el mandato de la geografía colonial. En cambio, podemos dar inicio a una geografía emancipadora que desafíe los imaginarios coloniales al cuestionar cómo las expresiones de violencia aparentemente locales están siempre imbricadas en patrones socio-espaciales y político-económicos más amplios. Así los geógrafos podrán reconocer con mayor sustento teórico cómo los marcos (neo)coloniales actuales, como el neoliberalismo, se vinculan entre, sobre y dentro de los lugares facilitando y (re)produciendo la violencia.

Después de esta introducción, comienzo por demostrar por qué la exploración de los contornos discursivos del orientalismo, el neoliberalismo y la violencia y de sus intersecciones con el espacio y el lugar requiere de un análisis teórico. Sostengo que la experiencia confusa de la violencia es un fenómeno difícil de describir cuando se utiliza la prosa empírica directa, lo cual no niega que haya casos que demandan intentarlo, como en mis anteriores trabajos (Springer, 2009a, 2009b, 2009c, 2010a, 2010b). Pero en este artículo mi objetivo es centrarme explícitamente en la teoría y elaborar un enfoque más crítico para comprender la relación entre violencia y lugar. La sección que continúa se basa en la reconceptualización de Massey (2005) sobre espacio y lugar para argumentar que, aunque la violencia se experimenta a través de la prioridad ontológica del lugar, estas experiencias son inseparables de las características relacionales del espacio en tanto un todo unitario e indivisible. Esto da a entender que el argumento de la violencia como patrimonio exclusivo de ciertas culturas es insostenible, un punto que se ampliará en otra sección. Allí sostengo que toda violencia es racional por el significado cultural que evoca. La noción de que la violencia es siempre "irracional" es un atributo que se aplica a individuos y culturas en un intento de señalarlos como "el Otro", y se realiza al evocar tipos muy específicos de geografías imaginarias. La sección que le sigue cambia el foco hacia el neoliberalismo y su relación con el orientalismo. Aquí sostengo que el neoliberalismo

tomó mayor relevancia por la preocupación que despertó la violencia como consecuencia de las dos guerras mundiales, y por su llamado a retomar los principios de la Ilustración. Pudo construirse a sí mismo como el único garante de la no violencia y el único portador de la "razón" y la "civilización" en el mundo. Antes de concluir, destaco algunas de las falacias espaciales y temporales que marcan el rol del neoliberalismo y sus relaciones con el orientalismo. En particular, examino cómo los relatos neoliberales se posicionan como una salvación "divina" para los pueblos "atrasados", ocultando así la violencia estructural y "mítica" que sostiene al neoliberalismo. La conclusión les recuerda a los lectores que más allá de sus relaciones, orientalismo y neoliberalismo no se presuponen entre sí; sin embargo, debido a que el neoliberalismo puede ser entendido como una reencarnación contemporánea del "imperio" (Hardt y Negri, 2000; Hart, 2006; Pieterse, 2004; Sparke, 2005), y dado que el orientalismo es básicamente una empresa imperial (Said, 1993; Gregory, 2004a), reconocer su convergencia es vital para concebir una política de rechazo emancipadora. Mi principal preocupación en este artículo es la forma en que la ideología neoliberal emplea los discursos orientalistas para vincular la violencia con culturas y lugares particulares, por eso, concluyo argumentando que, si bien las interacciones de la violencia con el espacio y el lugar son, por supuesto, materiales, también tienen mucho de imaginarias. Partiendo de esta concepción, sugiero que tal vez la paz sea, como alguna vez cantó el difunto John Lennon, algo que deberíamos imaginar.

Poesía después de Auschwitz: el problema de la representación de la violencia

Una de las eternas dificultades en las discusiones sobre el sufrimiento humano es la conciencia sobre las diferencias culturales. A partir del daño causado por Samuel Huntington (1993), algunos podrían sostener que el concepto de cultura está más allá de cualquier recuperación (Mitchell, 1995), especialmente con respecto a los debates sobre violencia. Sin embargo, el concepto todavía posee gran resonancia y puede, o tal vez deba ser recuperado si algún día logramos entender el significado de la violencia. Si la cultura es definida como una forma de simbolización que se transmite a través de la historia y sobre la que se construye un orden social (Geertz, 1973; Peet, 2000), nunca se puede comprender un acto, sea violento o no, únicamente por su carácter físico, y sin dudas incluye el significado que le proporciona la propia cultura (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). Tal vez resulte incluso vital comprender las dimensiones culturales de la violencia, ya que centrarse solo en sus aspectos físicos transforma el proyecto en un ejercicio clínico o literario, que corre el riesgo de convertirse en una "pornografía de la violencia" (Bourgois, 2001) en la que los impulsos voyeristas subvierten el proyecto más amplio de observar,

criticar y escribir contra la violencia. Si bien la violencia en su forma más básica implica dolor, descuartizamiento y muerte, no es simplemente por estas razones que las personas no se involucran o la evitan, ni son las consecuencias corporales las que nos motivan a escribir o debatir sobre violencia. La violencia como simple hecho carece en sí misma de sentido. Adquiere y obtiene significado por su contenido afectivo y cultural, por el que se *percibe* significativa (Nordstrom, 2004). "[E]scribir un poema después de Auschwitz es un acto de barbarie", célebre frase de Theodor Adorno (1981,34). Perplejo ante las atrocidades que habían ocurrido bajo el régimen nazi, no pudo entender cómo una humanidad capaz de causar tan catastrófica ruina podía luego crear relatos tan profundos. Aunque afectado por el peso emocional de la violencia, Adorno estaba equivocado, no es la poesía lo que es imposible después de Auschwitz, sino la prosa:

> "La prosa realista fracasa donde tiene éxito la evocación poética de la insoportable atmósfera de un campo. Es decir, cuando Adorno declara que después de Auschwitz la poesía es imposible (o, más bien bárbara), esta imposibilidad es habilitadora: la poesía trata siempre, por definición "acerca" de algo que no puede ser nombrado de forma directa, solo aludido" (Zizek, 2008, 4-5).

Para las víctimas, volver a contar la violencia implica necesariamente muchas inconsistencias y confusión. La imposibilidad de expresar la agonía y humillación con claridad es parte del trauma de una situación violenta. De hecho, "el dolor físico no resiste el lenguaje, sino que lo destruye activamente, y provoca una regresión inmediata a un estado anterior, a los sonidos y gritos que un ser humano produce antes de aprender a usar el lenguaje" (Scarry, 1985, 4). Por lo tanto, el desconcierto caótico al experimentar violencia hace que comprenderla sea un esfuerzo extrañamente misterioso. Entonces, ¿qué podemos decir sobre la violencia sin sentirnos abrumados por su horror perturbador e incapacitados por el miedo que infunde? ¿Cómo podemos representarla sin volvernos tan distantes y apáticos frente su magnitud de manera que no sintamos angustia o aflicción? ¿Y de qué manera podemos plantear la cuestión de la violencia con relación a las víctimas, los criminales e incluso a culturas enteras, sin reducir nuestros relatos a una simple caricatura, donde la violencia misma se convierte en el factor definitorio y subjetivo por excelencia? Citando a Adorno (1981, 34) una vez más, "Incluso hasta la conciencia extrema de fatalidad tiende a degenerar en palabrería".

Los efectos confusos de la violencia la convierten en un fenómeno atravesado por una cierta ceguera perceptual. En su monumental ensayo "Crítica de la

violencia", Walter Benjamin (1986) expuso nuestra incesante tendencia a esconder la violencia en sus formas institucionalizadas y, debido a este ocultamiento, a considerarla exclusivamente como algo que podemos ver a través de su expresión directa. Sin embargo, la violencia estructural derivada de nuestros sistemas políticos y económicos (Farmer, 2004; Galtung, 1969), y la violencia simbólica que nace de nuestros discursos (Bourdieu 2001; Jiwani, 2006) son como la materia oscura de la física, "[estas] pueden ser invisibles, pero [deben] ser tenidas en cuenta si uno quiere aclarar a lo que de otra manera parece ser explosiones 'irracionales' de violencia subjetiva [o directa]" (Zizek, 2008, 2). Estas geografías de violencia aparentemente invisibles (incluida la mismísima mano invisible del mercado) tienen tanto "efectos reales" (Springer, 2008) como patógenos que actúan sobre los cuerpos humanos para crear sufrimiento (Farmer, 2003), y que, si uno se interesa por observar de manera crítica, puede descubrirlos. Sin embargo, debido a su absoluta generalización, sistematización y banalidad, por lo general somos demasiado ciegos como para ver lo que quizás sea más evidente. Esto marca un espiral epistemológico descendente, ya que "lo económico" en particular se vuelve cada vez más abstracto y sus implicaciones en el "mundo real" desaparecen de la memoria colectiva (Hart, 2008). Según Gayatri Spivak (1988, 24-25), "El ejemplo más claro de esta violencia epistémica es el proyecto heterogéneo orquestado y extendido de manera remota para constituir al sujeto colonial en un 'Otro' y es aquí donde se revela la relación entre orientalismo y neoliberalismo". Dado que el orientalismo es un discurso que funciona precisamente por su capacidad de ocultar la violencia simbólica subyacente (Tuastad, 2003), y dado que la violencia estructural de la pobreza y la desigualdad que derivan de las economías políticas neoliberales se proyecta como engañosa (Springer, 2008), mis reflexiones sobre neoliberalismo, orientalismo y sus consecuentes geografías violentas, imaginarias y materiales, se presentan aquí como deliberadamente teóricas. Derek Gregory sostiene con fervor que "los geógrafos humanos tienen que trabajar con la teoría social… El empirismo no es una opción, si es que alguna vez lo fue, porque los 'hechos' no 'hablan por sí mismos' (y nunca lo harán), sin importar cuán de cerca… los escuchemos"(1993, 275). Aunque los "hechos" de la violencia puedan reconstruirse, contarse y categorizarse, la dimensión cultural y la carga emocional de la violencia nunca podrán capturarse por completo mediante un análisis empírico. Después de Auschwitz, y luego del 11 de septiembre, mirar de reojo la violencia a través de las abstracciones poéticas de la teoría debería considerarse una posibilidad habilitadora. Y de esto se trata comprender las geografías de la violencia, porque nuestro entendimiento del espacio y el lugar también es, en gran medida, poético (Bachelard, 1964; Kong, 2001).

Vinculaciones imaginarias del espacio: geografía y narrativa

A pesar de la atención que reciben espacio y lugar en la geografía humana contemporánea, Massey (2005) ha argumentado de manera convincente sobre una miopía teórica predominante en su conceptualización. Por lo general, se cree que espacio y lugar se contraponen, ya que existe un imaginario implícito de distintos "niveles" teóricos: el espacio como lo abstracto frente a la cotidianidad del lugar. Sin embargo, el lugar no es "el Otro" del espacio, no es una construcción pura de lo local o un dominio limitado de lo particular en oposición a un espacio global dominante, universal y absoluto (Escobar, 2001). Massey (2005,6) reflexiona: "¿Y si rechazamos esta distinción, 'entre lugar (como significativo, vivido y cotidiano) y espacio' (¿cómo qué? ¿lo externo?, ¿lo abstracto?, ¿el sin sentido?)". Al consagrar el espacio como universal, los teóricos asumieron que el lugar es una mera subdivisión de un espacio ubicuo y homogéneo que tiende a "desligarse de los cuerpos que lo ocupan y de las particularidades que estos cuerpos les dan a los lugares que habitan" (Escobar, 2001, 143). Este descuido es llamativo, ya que la prioridad ontológica de nuestra experiencia percibida no está relacionada con el carácter absoluto del espacio, sino con la ineludible inmersión en el lugar a través de la percepción corporizada. Edward Casey describe muy bien esta noción al afirmar que "vivir significa vivir en un lugar, y saber significa, ante todo, saber en qué lugar se está" (1996, 18). La inseparabilidad del espacio y el tiempo implica un reconocimiento adicional de que los lugares deben ser pensados como momentos donde la amalgama de cosas, ideas y recuerdos se fusionan a partir de nuestras experiencias y los entornos físicos en los que ocurren para darle forma a los contornos del lugar. Así, Massey (2005) nos motiva a ver el espacio como la simultaneidad de las historias contadas hasta ahora, y al lugar como una recopilación de estas historias, articulaciones dentro de las geometrías de poder más amplias del espacio. En consecuencia, la creación del espacio y el lugar es el producto incesante y eternamente inacabado de los discursos en disputa sobre qué es lo que los constituye (Lefebvre, 1991).

La violencia es uno de los relatos actuales más profundos que influyen en la (re)producción del espacio. De manera similar, las narrativas de violencia individuales y colectivas tejidas a partir de una lógica espacial más expansiva pueden agudizarse, y formar constelaciones que delimitan y vinculan el lugar. Por eso, sería útil comenzar a pensar en las "narrativas violentas", no solo como relatos sobre la violencia, sino como metáfora espacial análoga a las geografías violentas y en referencia directa a la reconceptualización de Massey (2005) sobre espacio y lugar. Allen Feldman (1991, 1) observa que las prácticas corporales, espaciales y

violentas configuran un *lenguaje* unificado de significado material, y esto lo obliga a "tratar al sujeto político, particularmente al cuerpo, como el locus de diversas prácticas materiales". Para Feldman, abordar la violencia desde su lugar de efectuación y generación (agencia) es examinar *dónde* se lleva a cabo, subsumiéndola así a las prácticas situadas de los agentes. La violencia está implicada en la producción del espacio social (Bourdieu, 1989) y por medio de la espacialidad, el espacio social y el lugar somático se afirman constantemente el uno al otro. Reconocer que la violencia incide de manera directa en esos cuerpos implica una geografía de la violencia. Foucault (1980, 98) argumentó que "los individuos son vehículos de poder, no sus puntos de aplicación", y así es precisamente cómo se separa poder y violencia, ya que los individuos son a la vez vehículos de la violencia y sus puntos de aplicación. En definitiva, es el cuerpo en donde toda la violencia encuentra su influencia (sea de forma directa y, por eso, obvia para los actores involucrados, o estructural y, por lo tanto, difusa temporal y espacialmente antes de alcanzar su destino final sobre las geografías corporizadas de los seres humanos), y es el lugar donde la violencia es más visible y fácil de discernir. No obstante, la violencia es solo una faceta de los múltiples, variados y cambiantes aspectos del lugar. Entonces, mientras que sujeta nuestras experiencias de vida al adherirse a nuestras geografías cotidianas y colonizar nuestros cuerpos, la violencia en sí misma, al igual que la cultura, no está restringida a un solo lugar, ni dicho lugar es estático. Por lo tanto, la dinámica de la violencia basada en el lugar que aparentemente posibilita concebir una "cultura de la violencia", en realidad hace de esta una noción insostenible, precisamente por la relacionalidad y mutabilidad del lugar.

Las geografías materializadas de la experiencia (incluida la violencia) de los lugares extienden sus relatos a otros lugares, vinculando una matriz de narrativas al formar los paisajes cambiantes de la existencia humana (Tilley, 1994). Esta porosidad de las fronteras es esencial para el lugar y revela que las particularidades locales de las culturas están compuestas por una interacción compleja de construcciones internas e intercambios externos. Ante tanta permeabilidad, es de esperarse una inculturación de la violencia. Las diversas formas de violencia no son producto de la inmoralidad frenética de mentes salvajes o patológicas, sino que constituyen representaciones culturales cuya poética deriva de las historias socioculturales y geografías relacionales del lugar (Whitehead, 2004). La violencia tiene una lógica fundada en la cultura, y de eso se deduce que al instalarse la cultura en un lugar (Basso, 1996; Escobar, 2001), también lo hace la violencia. Sin embargo, los motivos por los que algunos insisten con tanta vehemencia en imponer y vincular la violencia a *determinados* lugares promoviendo el argumento de la "cultura de la violencia"

son intrínsecamente inestables[1], y la naturaleza versátil y caleidoscópica del espacio-tiempo demuestra la imposibilidad de dichos intentos. Si bien es importante mencionar el emplazamiento de todas las prácticas culturales (incluida la violencia), a través del cual una cultura es llevada a los lugares por cuerpos que forman parte de prácticas tanto *inculturadas* como *inculturadoras* (Escobar, 2001), una cultura solo puede ser caricaturizada como violenta a través de una imaginación geográfica construida en una agenda localista, arraigada en modos coloniales de pensamiento, y dislocada de los principios materiales dinámicos del lugar. En resumen, si bien la violencia forma parte de cada cultura, no es nunca su característica definitoria.

La lógica de la violencia: poder, conocimiento y "verdad"

Aunque múltiple, complejo y, a veces, contradictorio (Stanko, 2003), que la violencia tenga significado implica también una lógica particular. A pesar de lo que solemos escuchar en los medios de comunicación, lamentablemente la violencia no es para nada "infundada" (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). Según Foucault todo comportamiento humano se planea y programa por medio de la racionalidad, y la violencia no es la excepción,

> "En la violencia, lo más peligroso es su racionalidad. Cierto, la violencia en sí misma es terrible. Pero la violencia encuentra su anclaje más profundo y su forma de permanencia en la forma de racionalidad que nosotros utilizamos. Se ha afirmado que, si viviésemos en un mundo racional, podríamos deshacernos de la violencia. Es completamente falso. Entre violencia y racionalidad no hay incompatibilidad" (1996, 2999).

Decir que algunos actos violentos son "racionales" y condenar otros como "irracionales" puede entenderse como un instrumento principal de poder en la medida en que la racionalidad percibida se malinterpreta como legitimidad. Igual de problemático es que esta dicotomía se convierta en una línea divisoria entre "civilización" y "barbarie", línea a la que se le da permiso espacial a través de geografías imaginarias (Said, 2003). El poder para representar e imaginar la geografía y sus

[1] No obstante, la literatura abunda en ejemplos que emplean la frase "cultura de la violencia" (Curle, 1999; Jackson, 2004; Rupesinghe y Rubio, 1994). Lo que estos relatos tienen en común es que o bien no ofrecen una definición (lo que sugiere que tanto el concepto en sí como la falta de consenso sobre su significación no permiten una) o no prestan atención sistemática al presunto funcionamiento de su dinámica. Lo que es seguro acerca de este término confuso es su capacidad de calificar pueblos y lugares particulares como intrínsecamente violentos.

sujetos de *una* forma y no de *otra* es un proceso dual de articulación y valorización (Gregory, 2004b).

Reconociendo, como Foucault (1972), que el ejercicio del poder y la aprobación de determinados saberes son coincidentes, Edward Said (2003) describe las geografías imaginarias como construcciones que fusionan la distancia y la diferencia por medio de una serie de espacializaciones. Funcionan estableciendo divisiones y cercamientos conceptuales entre "lo mismo" y "el Otro", lo que configura "nuestro" espacio de lo familiar como algo separado y distinto del espacio desconocido "del otro", que es lejano. Gregory (2004a) interpreta que esta división (en la que se considera que "ellos" carecen de las características positivas que nos distinguen a "nosotros") sienta las bases ocultas de las "arquitecturas de la enemistad". Siguiendo a Gregory, uso el adjetivo "virulento" para denotar tres ideas que describen determinadas geografías imaginarias. Primero, busco hacer hincapié en las geografías imaginarias que evocan un profundo sentimiento de hostilidad y maldad, que por lo tanto pueden producir efectos tremendamente dañinos para aquellos individuos que se encuentran en ellas. En segundo lugar, a través de la simpleza que se transmite con los esencialismos, algunas geografías imaginarias pueden ser aceptadas sin problemas ni cuestionamientos. Eso las hace altamente infecciosas y fácilmente transmisibles entre individuos atados a su propio "sentido común", y por lo tanto funcionan como violencia simbólica[2]. Por último, la etimología latina de "virulencia" (*virulentus*) deriva de la palabra hombre (*vir*) y, como metáforas conceptuales relacionadas, "virulencia" y "virilidad" están basadas en masculinismos de respuesta y compromiso. De este modo, la codificación cultural del lugar como sitio de violencia está imbricada en ideas de género sobre dominio y control colonial, utilizando la resistencia pueril del tropo orientalista "occidente maduro/oriente juvenil". Aunque una investigación detallada sobre las diversas activaciones de las proyecciones orientalistas de la violencia sobre grupos de varones "orientales" escapa a este artículo, es importante reconocer cómo las geografías imaginarias virulentas emplean un sentido de "virilidad" para calificar a los hombres "orientales" como pre edípicos y/o femeninos. La castración discursiva, que es en sí misma una forma de violencia simbólica (Bourdieu, 2001), vuelve al "Otro" incapaz de manejar la violencia con "sentido patriarcal" y, nuevamente, el racionalismo neoliberal se convierte en la salvación. En resumen,

[2] El "sentido común", como sostiene David Harvey, "se construye a partir de prácticas asentadas en el tiempo de socialización cultural a menudo hondamente enraizadas en tradiciones regionales o nacionales. No es lo mismo que el "buen juicio", que puede construirse a partir de la implicación crítica con las cuestiones de actualidad. Por lo tanto, el sentido común puede engañar, ofuscar, o encubrir profundamente problemas reales bajo prejuicios culturales" (2005, 39).

las geografías imaginarias virulentas son las formas de imaginar las geográficas basándose en y sintetizando supuestos peyorativos extremadamente negativos, racialmente despectivos y cargados de nociones de género, donde la idea de "cultura de la violencia" representa un caso paradigmático (Springer, 2009a).

A través de geografías imaginarias virulentas, la tonalidad principal que parece faltarle a "ellos" es la racionalidad, que es un derecho a la verdad que se instala a través de la producción, acumulación, circulación y funcionamiento de un discurso (Foucault, 1980) que declara la irracionalidad como la sine qua non de "sus" culturas y, a su vez, se utiliza para explicar por qué "ellos" son violentos. Aprobadas por el avance del orientalismo, son alusiones performativas: en sentido sustancial, las categorías, códigos y convenciones del orientalismo producen los mismos efectos que nombran (Gregory, 2004a). Entonces, si se dice que la violencia es la "verdad" de una cultura en particular, e ipso facto de los lugares en donde esa cultura está asentada, el poder decora esta verdad al asegurar su continua recapitulación en las geografías imaginarias virulentas que creó. Por eso, en realidad, las geografías violentas son a menudo (re)producidas y prolongadas por un orientalismo cruel y violento.

El espacio está dotado de un valor imaginario o figurativo que podemos nombrar y sentir, que adquiere "un sentido emocional e incluso racional por una especie de proceso poético a través del cual las extensiones lejanas, vagas y anónimas se llenan de significaciones para nosotros, aquí". (Said, 2003, 55). Así, el lugar se transforma por medio de invenciones en las que las narrativas nos advierten de un significado a través de topografías que denotan deseo, fantasía y ansiedad (Gregory, 1995). Entonces, que reconozcamos un lugar como "hogar" o "prisión", una "utopía" o un "campo de concentración", depende de las historias de las que hasta ahora hemos participado para conformar ese lugar y, también en el caso de los lugares en los que nunca hemos estado, de los imaginarios que hemos difundido, reproducido, internalizado o rechazado para formar nuestra comprensión cartográfica. La experiencia, amenaza o el miedo a la violencia de un lugar en particular es quizás el factor más influyente en nuestros juicios sobre el espacio (Pain, 1997), y aporta una carga visceral y emocional a nuestros pronunciamientos ontológicos y epistemológicos. Del mismo modo, solemos trasladar las actitudes que tenemos hacia determinadas geografías a las personas que las constituyen. Por ejemplo, si una persona experimenta en su vida violencia doméstica o esta es parte de su memoria resonante, el imaginario geográfico que tiene sobre esa casa-objetivo (sus rincones, pasillos, habitaciones) la transforma de un lugar sagrado a un lugar maldito (Meth, 2003). Son los actores que viven en él y por tanto lo (re) producen quienes hacen posible este cambio de sentido poético y, como tales, están inmersos en los imaginarios geográficos que formulan.

Del mismo modo, el miedo a "otros" espacios no se basa en una geometría abstracta. Ese temor se debe a los significados que se les han adosado a esos espacios por medio de lo que se sabe del "Otro", que se basa en los cuerpos que allí respiraron y, lo que es más importante, en cómo esos cuerpos no encajan en una comprensión típica del "Yo", o lo que Foucault (1978, 304) denominó "el poder normalizador". Estamos "sometidos a la producción de la verdad desde el poder, y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de la verdad" (Foucault, 1980, 93), pero el discurso orientalista afirma que "nuestra" verdad es muy diferente a la verdad del "Otro". Este es un conocimiento productivo, en el sentido de que "produce realidad; ámbitos de objetos y rituales de verdad" (Foucault, 1977, 194) sobre la supuesta aberración de "el Otro", y el orientalismo funciona para validar nuestras ansiedades (y fantasías y deseos). Por supuesto que este conocimiento es una división imaginaria del espacio, ya que las temidas constelaciones de la violencia que aumentan en un lugar en particular nunca se construyen de forma aislada sin haber una relación con otros lugares violentos. Por el contrario, las narrativas violentas se recopilan de una matriz mucho más amplia de historias sobre el espacio. Entonces, si bien podría parecer intuitivo asociar determinadas geografías violentas con actores individuales o incluso culturales (ya que son los agentes quienes manifiestan, encarnan y localizan la violencia) es el imaginario orientalista de estas geografías como aisladas, exclusivas y divididas lo que posibilita articular discursos como el de la tesis de "una cultura de la violencia".

¿Enseñar a pensar o fomentar el orientalismo? El neoliberalismo y sus malestares

El liberalismo clásico se compone de una tríada de creencias que, en conjunto, afirman que la mayor virtud de una sociedad es el grado en que le permite al individuo la búsqueda de placer. La primera creencia es el foco puntual en el individuo, concebido como el más calificado para articular sus necesidades y deseos, y por eso la sociedad debe estructurarse de manera que se reduzcan los obstáculos para la consecución de ese objetivo. La segunda, plantea que el mercado sin restricciones sería el medio más eficiente y eficaz para alentar la autonomía individual. En él los individuos persiguen sus necesidades y deseos a través del mecanismo de precios. Y la última, la creencia en un Estado no intervencionista abocado a mantener mercados competitivos y garantiza los derechos individuales del régimen de propiedad (Hackworth, 2007; Plehwe y Walpen, 2006). Concibiendo el liberalismo clásico desde un deseo inmutable de placer, en *El Malestar en la Cultura*, Sigmund Freud (1930/1962) identificó un deseo sexual insaciable junto con un componente de sadismo que surge de lo que interpretó como un instinto biológico primitivo de

agresión. Freud instituyó la noción de que la Ilustración vio que "nuestra" cultura superó sus impulsos crueles, y lo logró, principalmente, gracias al razonamiento del liberalismo, sus leyes y sus efectos "civilizadores". Así interpretada, la violencia se ubicaba más allá de los límites de la "civilización", alojándose en geografías "barbáricas" de lugares patológicos y espacios salvajes. Sin embargo, se argumentó que la civilización había provocado un sentimiento perpetuo de malestar que, para Freud (1930/1962), quedó de manifiesto entrópicamente por la vuelta a la brutalidad que experimentó Europa durante la Primera Guerra Mundial.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la Sociedad Mont Pelerin, el primer think-tank neoliberal (Mirowski y Plehwe, 2009), resucitó los tres principios básicos del liberalismo clásico, en gran parte como respuesta a las atrocidades de la Alemania nazi, la Italia fascista y la Unión Soviética, y por creer que la intervención del gobierno hacía peligrar las libertades individuales y había sido responsable de esa carnicería. Al margen de este contexto geohistórico, como ideología política, el neoliberalismo tuvo orígenes reaccionarios a la violencia, argumentando que podría ser reprimida y canalizada hacia fines más productivos con un retorno a los fundamentos de la Ilustración y reconociendo los méritos del individualismo. La democracia también fue parte de este resurgir, ya que las consecuencias apocalípticas del autoritarismo del período entre guerras permitieron que el neoliberalismo se constituyera como el único garante de la libertad y se proclamara como la receta económica para el desarrollo. Los Estados que se negaron a adaptarse se convirtieron en "deshonestos", "fracasados" o fueron "condenados a un retraso económico en el que la democracia debía ser impuesta mediante sanciones o por la 'fuerza militar'… por medio de la comunidad mundial de naciones libres" (Canterbury, 2005, 2). Después de las guerras indirectas que hicieron uso de apelaciones retóricas a la democracia, en Corea en la década de 1950, y en Vietnam en la década de 1960 y principios de 1970, las fuerzas políticas y económicas keynesianas comenzaron a desmoronarse entre fines de 1970 y principios de 1980, lo que permitió que el neoliberalismo ganara impulso a medida que empezaba a ser considerado un bálsamo para la crisis económica mundial (Brenner y Theodore, 2002; Hackworth, 2007).

El ascenso hegemónico del neoliberalismo y la influencia política que hoy tiene se deben al "gobierno de expertos", o élites tecnocráticas del conocimiento (Mitchell, 2002) y sus intentos de (re)constituir el poder de clase (Harvey, 2005). Este predominio viene acompañado de objetivos geoestratégicos estadounidenses, operacionalizados a través de una serie de crisis o "shocks" (naturales o fabricados) utilizados para abrir las economías nacionales a la lógica del mercado (Klein, 2007).

Esta lectura político-económica también encaja con la visión postestructuralista de que conocimiento y poder son inseparables. Foucault (1980) reconoció que el poder/conocimiento debe analizarse como algo que circula, funciona en forma de cadena y se emplea a través de una matriz. Por lo tanto, que las élites del conocimiento neoliberales se hayan organizado con éxito en una red global de think-tanks fue en parte lo que magnificó al neoliberalismo en ortodoxia, mediante la cual el poder de las élites del conocimiento y del conocimiento elitista se afianzan mutuamente (Scholler y Groh-Samberg, 2006). El neoliberalismo –como ideología– dio paso al neoliberalismo –como gubernamentalidad– a través de la consolidación de lo que Stephen Gill (1995) llama la "civilización de mercado", o las prácticas transformadoras por medio de las cuales la expansión capitalista se vinculó a un discurso neoliberal legitimador de progreso y desarrollo[3]. El neoliberalismo es, entonces, un ensamblaje de racionalidades, estrategias, tecnologías y técnicas relativas a la mentalidad de gobierno que facilitan la "gobernanza a distancia" (Barry *et al.*, 1996; Larner, 2000) al trazar un campo discursivo en el que el ejercicio del poder se "racionaliza" (Lemke, 2001), y alienta a las instituciones e individuos a someterse a las normas del mercado. La forma en que el neoliberalismo atraviesa a nivel sujeto, o en términos de Foucault (1988), la subjetivación, por la cual uno memoriza los derechos a la verdad que ha oído y convierte esa verdad en regla de conducta es, en el contexto del sur global, la vuelta del colonialismo. La "carga del hombre blanco" y su discurso salvador de modernización vuelven y se ubican de nuevo a través de la racionalización de las relaciones sociales reguladas por el mercado como "la única alternativa", y se han convertido en parte fundamental del sentido común para el desarrollo.

¿Salvación neoliberal? De la violencia mítica a la violencia divina

La doctrina neoliberal se concibe a sí misma como defensora del nuevo internacionalismo liberal basado en ideas de una única raza humana unida pacíficamente por un código de conducta común que incluye la desregulación del mercado, el libre comercio y normas jurídicas compartidas entre los Estados que promueven libertades cívicas, procesos electorales e instituciones representativas (Gowen, 2001).

[3] Este es un resumen demasiado simplificado del ascenso del neoliberalismo, ya que hubo una serie de luchas y retrocesos antes de que aquello que comenzó como un sentido marginal del idealismo se convirtiera en una ortodoxia mundial dominante. Mientras que la "breve historia" de Harvey (2005) ofrece una visión general autorizada de cómo este proyecto ideal se convirtió en programas de transformación socioeconómica y estatal a partir de finales de la década de 1970, Peck (2008, 3) ha ido más atrás en el tiempo para dar cuenta de las "prehistorias" del "proto neoliberalismo" y demostrar que el proyecto neoliberal nunca fue inevitable, sino uno lleno de "esfuerzos, desviaciones y callejones sin salida disipados".

Relatos más cínicos han cuestionado la "paz" del avance del neoliberalismo, sugiriendo que se asemeja más a un "nuevo imperialismo" que condiciona el uso de la violencia para mantener los intereses de una élite mundial internacionalizada (Harvey, 2003; Hart, 2006). Es un soberano emergente que a veces opera a través de la conquista militar directa, como en Irak, pero también a través de la gubernamentalidad, la subjetivación de leyes particulares (Larner, 2000; Lemke, 2001), y regulando el caos a través de medios financieros donde la "economía global" es apoyada por la organización global de la violencia y viceversa (Escobar, 2004, 18). De todas maneras, el neoliberalismo se basa en un modelo de implementación de políticas de "talle único", suponiendo que "se obtendrán los mismos resultados al imponer reformas orientadas al mercado, en lugar de reconocer las variantes extraordinarias que surgen cuando se imponen las reformas neoliberales en entornos institucionales y contextos políticos específicos" (Brenner y Theodore, 2002, 353). De esta manera, el neoliberalismo constituye una ficción espacio-temporal. Como gesto que parodia lo religioso, el discurso neoliberal sostiene que sus recetas harán al "Otro" a "nuestra" imagen y semejanza a través de la lógica que le otorgan los mercados sin restricciones y cree, además, que las geografías históricas arraigadas en un determinado contexto son absolutamente intrascendentes para su implementación y funcionamiento efectivos. Dicho de otro modo, el discurso neoliberal produce una visión unificada de la historia, que relega a los "Otros" a un pasado tradicional al presentar la modernidad como una trayectoria inevitable, donde las estructuras heredadas ceden o se resisten a lo nuevo, pero nunca pueden producirlo por sí mismas. Esto ocurre, sostiene James Clifford (1988, 5), siempre que los pueblos marginales entran en un espacio histórico o etnográfico que ha sido definido por la imaginación de occidente. "Al entrar en el mundo moderno", sus diferentes historias se desvanecen rápidamente. Arrastrados por un destino dominado por el Occidente capitalista, estos pueblos repentinamente "atrasados" ya no crean "futuros locales".

La ideología neoliberal asume que, al conceder la razón a través del control supuestamente infalible de la modernidad, la "irracionalidad" de las culturas de violencia "orientales" será acallada con la racionalidad del mercado que recuerda el principio de placer del liberalismo clásico y canaliza la gratificación, tanto sádica como carnal, hacia el consumismo y hacia la búsqueda de recompensas materiales. Esta hipótesis es pura fantasía. El poder del orden neoliberal no consiste en tener razón en su visión de la política, sino en su capacidad de reclamar la autoridad de la verdad científica basada en la "ciencia económica" cuando y donde se determinan objetivos políticos. Las reformas neoliberales se legitiman a través de una supuesta

supremacía econométrica, mediante la cual el pueblo termina aceptando la supuesta sabiduría de las élites del conocimiento (Scholler y Groh-Samberg, 2006). Es el fetichismo del lugar, la movilización de los prejuicios geográficos populares y el supuesto aporte de racionalidad frente a la violencia "irracional" lo que le da al neoliberalismo permiso para (re)dirigir las políticas públicas. Sus defensores nunca reconocerán que la violencia, la desigualdad y la pobreza son provocadas por la reforma neoliberal. En cambio, donde las condiciones en el sur global o entre las clases bajas se han deteriorado durante el neoliberalismo, se dice que es el resultado de fallas personales o culturales al tratar de mejorar el capital humano (Harvey, 2005). Dag Tuastad (2003) ha llamado a esto la tesis del "nuevo barbarismo", con la que explica la violencia a través de la omisión de intereses y contextos político-económicos en sus descripciones, y la presenta como resultado de características arraigadas en las culturas locales. Por eso nuevamente, la violencia se instala en el lugar sólo que, en este caso, lo hace a través de una representación grotesca del "Otro". Las geografías imaginarias virulentas del discurso neoliberal borran la contingencia, fluidez e interconexión de los espacios en los que se forman todas las narrativas violentas. En otras palabras, la violencia se enmarca de manera problemática como si fuera algo particular de un lugar/cultura específicos, en vez de reconocer las complejas geografías relacionales que dan lugar a su formación y expresión.

Al reconocer que la violencia estructural del neoliberalismo está en todas partes (Farmer 2004; Uvin 2003), las experiencias "locales" de violencia que aparentemente ocurren aisladas de la matriz más amplia de los espacios están de hecho ligadas a lo "mundial", lo que hace de la violencia algo "cotidiano". Sin embargo, esta misma cotidianidad es sumamente importante para comprender el poder de la violencia neoliberal, ya que este ser "cotidiano" la marca como "mítica". En Crítica de la violencia, la principal distinción que hace Benjamin (1986) es entre una "violencia mítica", negativa y otra positiva, a la que llama "violencia divina". La violencia mítica se equipara con la ley, ya que es tanto promotora como preservadora de las leyes y, como tal, es también creadora y protectora del orden político y legal imperante. Por el contrario, en lugar de ser definida en términos positivos, la violencia divina solo puede explicarse por lo que no es, ya que "es simplemente destructiva del orden dado sin prometer nada excepto la promesa misma de lo nuevo" (Rasch, 2004, 86). Benjamin condena el orden jurídico-político, porque encuentra que la violencia mítica que lo constituye es "ejecutiva" y "administrativa", y, por lo tanto, absolutamente deplorable y tiene que ser eliminada. La violencia divina, como "violencia pura inmediata", se encarga así de oponerse e incluso aniquilar la violencia mítica y el orden que ha establecido:

> "Así como en todos los campos Dios se opone al mito, de igual modo a la violencia mítica se opone la divina. La violencia divina constituye en todos los puntos la antítesis. Si la violencia mítica funda el derecho, la divina lo destruye; si aquella establece límites y confines, esta destruye sin límites; si la violencia mítica culpa y castiga, la [violencia] divina exculpa; si aquella es tonante, ésta es fulmínea; si aquella es sangrienta, esta es letal sin derramar sangre" (Benjamin, 1986, 297).

A pesar de las expresiones religiosas, la violencia mítica simplemente reproduce las estructuras de poder y violencia existentes, mientras que, al ser esencialmente anárquica, se cree que la violencia divina hace borrón y cuenta nueva, por lo tanto, encierra la promesa de un nuevo orden, alejado de la perpetuación de la fuerza jurídica o de cualquier otra forma de fuerza (Rasch, 2004; Zizek, 2008).

La violencia mítica produce culpa al apelar a la normatividad legal y formas similares, donde la producción de esa culpa bajo el neoliberalismo ocurre por el simple hecho de ser "Otro". La salvación, en términos neoliberales, llega a través de la "racionalización", la "civilización" y la concreción final de la transición a su orden jurídico-político particular. Pero para los marginados, esto no expía la culpa, sino que la agrava y la intensifica, y aquí es precisamente donde Benjamin sugeriría que la violencia divina intervenga por el lado de los desfavorecidos. La violencia divina se muestra:

> "como si viniera desde el exterior para limitar el espacio de lo político, de hecho, demarca ese espacio para su futura demolición. (…) Asume que el desconcertante nudo de asimetría en la raíz de lo político puede cortarse con un solo y simple acto de violencia que 'establecerá una nueva era en la historia'" (Rasch, 2004, 94).

Por lo tanto, aunque se basa en nociones de salvación utópicas, el neoliberalismo no es divino, ni mucho menos lo es su violencia. El neoliberalismo y su violencia estructural son míticos, basados en la ficción geotemporal de una matriz estática y plana (Hart, 2006; Sparke, 2005) y en la construcción de un "orden" político, económico y legal (Springer, 2009c). Y aunque el neoliberalismo promueve la idea de que disolverá la violencia directa, a menudo refuerza la violencia estructural que genera el mismo fenómeno que, según sugiere, intenta aniquilar. Es esta disyuntiva ontológica la que inevitablemente destrozará la validez del orden neoliberal, puesto que se encuentra inexorablemente ante la amenaza despiadada de la violencia divina subalterna.

Conclusión

El movimiento del neoliberalismo hacia la ortodoxia económica, y eventual captura de tal hegemonía, no solo se logró mediante la distribución geográfica de su proyecto de clase a través de "shocks" o formatos similares, sino también mediante la difusión de su visión del mundo en varios campos discursivos (Plehwe y Walpen, 2006). A través de esta fusión discursiva y de un imperativo de difusión espacial, el neoliberalismo ha construido geografías imaginarias virulentas que apelan a la retórica del sentido común de la libertad, la paz y la democracia a través de los principios destructivos del orientalismo y, en particular, al proponer una tesis de la "cultura de la violencia" situada en lugares particulares en el contexto del "Otro". Estas representaciones de espacio y lugar,

> "nunca son simples espejos que reflejan o representan el mundo de manera determinada, sino que se involucran directamente en su constitución (y en su destrucción). Las imágenes y las palabras transmiten un enorme poder y su difusión… puede tener consecuencias materiales muy profundas" (Gregory y Pred, 2007, 2).

El neoliberalismo es un discurso, y las palabras hacen daño cuando los actores desempeñan sus roles "guionados". Pero es también una práctica que se da en "contextos reales" (Brenner y Theodore, 2002) donde se crean nuevas violencias. Así, el sur global se ha convertido en "el principal teatro de una multiplicidad de pequeñas guerras crueles que, antes que retornos bárbaros, se enlazan a la actual lógica global" (Escobar, 2004, 18). Sin embargo, no hay nada fundamentalmente "neoliberal" en el orientalismo. Su implicación con la doctrina neoliberal depende mucho del contexto en el que ocurre la neoliberalización. Inicialmente concebido durante la Ilustración, y luego revivido en el período de posguerra, el neoliberalismo tuvo un inicio "occidental", e iluminó todo el mundo mientras el sol se ponía sobre la economía keynesiana. Sin embargo, el orientalismo está implicado en el proyecto del imperialismo,

> "se encuentran soportados y a veces apoyados por impresionantes formaciones ideológicas que incluyen la convicción de que ciertos territorios y pueblos necesitan y ruegan ser dominados, así como nociones que son formas de conocimiento ligadas a tal dominación" (Said, 1993, 9).

Como la última encarnación del "imperio" (Hardt y Negri, 2000; Pieterse, 2004), los principios, prácticas, teorías y actitudes de una facción de clase particular

que mantiene el control económico sobre varios territorios permanece intacta bajo el ala del neoliberalismo y, por lo tanto, no nos debería sorprender descubrir que los discursos perniciosos que apoyan tal "imperialismo renaciente" no han sufrido cambios (Hart, 2006).

Si, como sostiene Richard Peet (2000,1222), "la racionalidad económica es una lógica simbólica concebida como parte de los imaginarios sociales, concepción que está en la cultura", entonces al igual que en el proyecto del colonialismo, y de hecho en consonancia con la lógica de la 'auto'expansión del capital y su impulso fundamental tendiente a capturar nuevos lugares para (re)producirse (Harvey, 2005), el neoliberalismo está íntimamente ligado a la articulación y valorización del cambio cultural. Sin embargo, para que ese cambio se considere necesario, la "irracionalidad" del "Otro" debe construirse e imaginarse discursivamente. Y es justo aquí donde convergen neoliberalismo y orientalismo. La neoliberalización actúa como un proyecto "civilizador"; es la confirmación de la razón sobre los "bárbaros" que habitan más allá de ella. La razón, como la verdad, es un efecto del poder, y su lenguaje se desarrolló a partir de la Ilustración como contra respuesta a la "locura", o a las manifestaciones externas de aquellos que se considera han perdido lo que los hacía humanos (Foucault, 1965). La razón como tal triunfa a expensas del inconformista, del inusual, del "Otro". Como consecuencia, las ideas neoliberales son proselitizadas para anular la aparente irracionalidad y anormalidad del "Otro". Muy ligada a esto, una segunda razón para la evangelización está relacionada con la supuesta "sabiduría" del neoliberalismo, que nos repite una y otra vez que "nosotros" nunca hemos estado tan bien como ahora, y por lo tanto "los Otros" necesitan de una salvación parecida a la nuestra. Si "ellos" han de ser gobernados, ya sea por la fuerza o por los mercados, deben ser como "nosotros".

Esta teología del neoliberalismo mantiene un sentido de racionalismo precisamente porque mira a la razón más que a la experiencia como el fundamento de la certeza en el conocimiento. Como sostienen Neil Brenner y Nik Theodore: "la divergencia múltiple que ha acompañado a la imposición mundial del neoliberalismo (entre ideología y práctica; doctrina y realidad; visión y consecuencia) no son sólo un efecto secundario de este proyecto disciplinario… sino su característica más esencial" (2002, 353).

Es decir, se ignoran los efectos de la neoliberalización (pobreza, desigualdad y violencia mítica) (Springer, 2008), y en su lugar se fabrica una utopía del sentido común (Bourdieu, 1998). Y así nos encontramos en "el fin de la historia" (Fukuyama, 1992), o al menos eso nos dicen, donde el imperativo monoteísta de un Dios da lugar a un solo mercado y una única visión del mundo. Sin embargo, la certeza

de tal espacio-temporalidad absolutista es quimérica en todo sentido. El espacio y el tiempo siempre se están transformando, siempre están en construcción. El futuro es abierto, y sugerir lo contrario es conceptualizar el espacio como una gran laguna. Siempre hay nuevas historias por contar, nuevas conexiones por hacer, nuevas disputas aún por estallar y nuevas imaginaciones por florecer (Massey, 2005). Como expuso Said:

> "Así como ninguno de nosotros está fuera o más allá de la sujeción geográfica, ninguno de nosotros se encuentra completamente libre del combate con la geografía. Ese combate es complejo e interesante, porque trata no sólo de soldados y de cañones sino también de ideas, formas, imágenes e imaginarios" (1993, 7).

Este sentimiento se aplica tanto a las geografías del neoliberalismo como a las geografías violentas.

Si gran parte de la violencia mundial es posible gracias a imaginaciones virulentas, entonces quizás el primer paso hacia la paz sea imaginar colectivamente la no violencia. Sin duda, este ejercicio se puede hacer a través de la cultura mediante la agencia humana porque, "[si] la violencia 'tiene significado', esos significados pueden ser cuestionados" (Stanko, 2003,13). Sin embargo, concebir la paz es algo más que un proyecto geográfico. La violencia se inserta en los lugares en un sentido muy material. Experimentamos el mundo a través de nuestro estar en él, y la violencia no es una excepción a esta regla fundamental de materialización. Pero no hay hasta ahora una trama predeterminada para las historias de los espacios, los horizontes del lugar son siempre volubles y las geografías siempre pueden volver a imaginarse. Geografía y cultura no son el destino, y como tal, la posibilidad de que la violencia quede atada en su sitio solo se concreta a través de las imaginaciones temibles y maliciosas de los discursos que circulan. Dicho de otra manera, son los efectos performativos del orientalismo y otras formas malévolas de conocimiento los que permiten que la violencia se acurruque y se sienta cómoda en algunos lugares. Lo que puede surgir de tales elucubraciones es un "rechazo fundado a excluir a otros de la esfera de lo humano" y una apreciación de cómo "la violencia comprime los espacios abstractos a veces imponentes de la geopolítica y la geoeconomía en las intimidades de la vida diaria y los más recónditos lugares del cuerpo humano" (Gregory y Pred, 2007,6).

La violencia no es un dominio exclusivo del "Otro" enraizado en el supuesto determinismo de la biología o la cultura; la violencia puebla las estructuras nucleares de todas las sociedades. La capacidad para la violencia es común a toda la humanidad,

pero también lo es su opuesto, el rechazo a la violencia. Hay que tomar decisiones en todo momento, e imaginar la paz es rechazar activamente las estructuras explotadoras, las ideologías virulentas y las geografías de la muerte que cultivan y son sembradas con violencia. Este potencial emancipatorio implica desafiar los discursos que apoyan la violencia mítica con una negación crítica de los circuitos que ella promueve y un compromiso con la no violencia en los lugares, tanto materiales como abstractos, que busca dominar. Se requiere un sentido profundo y comprometido de reflexión sobre el "yo" para poder reconocer los caminos tortuosos de la violencia cuando esta se vuelve banal, sistemática y simbólica, lo que implica articular nuevas geografías imaginarias arraigadas no ya en las "arquitecturas del odio" (Gregory, 2004a), sino en la admiración mutua, el respeto y un sentido introspectivo de la humildad. Al hacerlo, nos comprometemos con una política que reclama lo somático como un espacio a ser alimentado, reproduce geografías familiares y no tan familiares a través de redes de solidaridad construidas sobre la compasión genuina y reescribe las esferas locales de la experiencia con una poética de la paz.

Referencias

- Adorno, T. (1981). *Prisms*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Bachelard, G. (1964). *Poetics of space*. Nueva York: Orion.
- Barry, A; T, Osborne y N, Rose (1996). Introduction. In A. Barry, T. Osborne, y N. Rose (Eds.), *Foucault and political reason: Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*, pp. 1-18. Chicago: University of Chicago Press.
- Basso, K (1996). *Wisdoms its in places: Landscape and language among the western Apache*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Benjamin, W. (1986). Critique of violence. En Demetz, P (Ed.) *Walter Benjamin reflections: Essays, aphorisms, autobiographical writings*, pp. 277-300. Nueva York: Schocken.
- Bourdieu, P. (2001). *Masculine domination*. Stanford: Stanford University Press.
--- (1998). "Utopia of end less exploitation: the essence of neoliberalism", *Le Monde Diplomatique*, Diciembre, pp.1-5.
--- (1989). *Social space and symbolic power*, Sociological Theory, 7:14-25.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2001). "Neoliberal new speak: notes on the new planetary vulgate", *Radical Philosophy*, 105:2-5.
- Bourgois, P. (2001). "The power of violence in war and peace: post-Cold Warlessons from El Salvador", *Ethnography*, 2:5-34.
- Brenner, N. y N, Theodore (2002). "Cities and the geographies of 'actually existing neoliberalism", *Antipode*, 34: 349-379.

- Canterbury, D. C. (2005). *Neoliberal democratization and new authoritarianism.* Burlington: Ashgate.
- Casey, E. (1996). How to get from space to place in a fairly short stretch of time. En Feld, S. y Basso, K. (Eds.), *Senses of place*, pp. 14-51. Santa Fe: School of American Research.
- Clifford, J. (1988). *The predicament of culture: Twentieth-century ethnography, literature, and art*. Cambridge, MA: Harvard UniversityP ress.
- Curle, A. (1999). *Totame the hydra: Undermining the culture of violence*. Charlbury: John Carpenter.
- Escobar, A. (2001). "Culture sits in places: reflections on globalism and subaltern strategies of localization", *Political Geography*, 20: 139-174.
--- (2004). "Development, violence and the new imperial order", *Development*, 47:15-21.
- Farmer, P. (2003). *Pathologies of power: Health, human rights, and the new war on the Poor*. Berkeley: University of California Press.
--- (2004). "Ananthropology of structural violence", *Current Anthropology*, 45: 305-325.
- Feldman, A. (1991). *Formations of violence: The narrative of the body and political terror in Northern Ireland*. Chicago: University of Chicago Press.
- Foucault, M. (1965). *Madness and civilization: A history of insanity in the age of reason*. Nueva York: Pantheon.
--- (1972). *The archaeology of knowledge: And the discourse on language*. Nueva York: Pantheon.
--- (1977). Intellectuals and power. En Bouchard, D. F. (Ed.) *Language counter-memory, practice: Selectedes says and interviews/Michel Foucault*. Ithaca: Cornell University Press.
--- (1978). *Discipline and punish: The birth of the prison*. Nueva York: Pantheon.
--- (1980). Power/knowledge: Selected interviews and other writings 1972-1977/ Michel Foucault. En Gordon, C (Ed.). Nueva York: Pantheon.
--- (1988). *Technologies of the self: A seminar with Michel Foucault*. En Martin, L.H; Gutman, H. y Hutton, P. H. (Eds.). Amherst: University of Massachusetts Press.
--- (1996). *Foucault live (interviews, 1961-1984)*. En Lotringer, S; Hochroth, T.L y Johnston, J (Eds.). Nueva York: Semiotext(e).
- Freud, S. (1930/1962). *Civilization and its discontents*. Nueva York: Norton.
- Fukuyama, F. (1992). *The end of history and the last man*. Nueva York: The Free Press.
- Galtung, J. (1969). "Violence, peace, and peace research", *Journal of Peace Research*, 6: 167-191.
- Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures*. Nueva York: Basic.
- Gill, S. (1995). "Globalisation, market civilization, and disciplinary neoliberalism", *Millennium: Journal of International Studies*, 24:.399-423.

- Gowan, P. (2001). "Neoliberal cosmopolitanism", *New Left Review*, 11: 79-93.
- Gregory, D. (1993). Interventions in the historical geography of modernity: social theory, spatiality and the politics of representation. En Duncan, J y Ley, D (Eds.) *Place/culture/representation*, pp. 272-313. Londres: Routledge.
--- (1995). "Imaginative geographies", *Progress in Human Geography*, 19: 447-485.
--- (2004a). *The colonial present: Afghanistan, Palestine, Iraq*. Malden: Blackwell.
--- (2004b). The lightning of possible storms. *Antipode*, 36, 798-808.
- Gregory, D. y Pred, A. (2007). Introduction. En Gregory, D y Pred, A (Eds.) *Violent geographies: Fear, terror, and political violence*, pp. 1-6. Oxford: Routledge.
- Hackworth, J. (2007). *The neoliberal city: Governance, ideology, and development in American urbanism*. Ithaca: Cornell University Press.
- Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Empire*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Harrison, L. E. y Huntington, S. P. (2000). *Culture matters: How values shape human progress*. Nueva York: Basic.
- Hart, G. (2002). "Geography and development: development/s beyond neoliberalism? Power, culture, political economy", *Progress in Human Geography*, 26: 812-822.
--- (2006). Denaturalizing dispossession: critical ethnography in the age of resurgent imperialism. *Antipode*, 38, 977-1004.
--- (2008). The provocations of neoliberalism: contesting the nation and liberation after apartheid. *Antipode*, 40, 678-705.
- Harvey, D. (2003). *The new imperialism*. Oxford: Oxford University Press.
--- (2005). *A brief history of neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Huntington, S. P (1993). "The clash of civilizations", *Foreign Affairs*, 72: 22-49.
- Jackson, R. (Ed.) (2004). *(Re)constructing cultures of violence and peace*. Amsterdam: Rodopi.
- Jiwani, Y. (2006). *Discourses of denial: Meditations of racegender and violence*. Vancouver: University of British Columbia Press.
- Klein, N. (2007). *The shock doctrine: The rise of disaster capitalism*. Toronto: Knopf.
- Kong, L. (2001). "Mapping 'new' geographies of religion: politics and poetics in modernity", *Progress in Human Geography*, 25: 211-233.
- Larner, W. (2000). "Neo-liberalism: policy, ideology, governmentality", *Studies in Political Economy*, 63: 5-25.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Lemke, T. (2001). "The birth of bio-politics: Michael Foucault's lectures at the College de France on neo-liberal governmentality", *Economy and Society*, 30:190-207.
- Massey, D. (2005). *For space*. Londres: Sage.
- Meth, P. (2003). "Rethinking the 'domus' in domestic violence: homelessness, space and domestic violence in South Africa", *Geoforum*, 34: 317-327.

- Mirowski, P. y Plehwe, D. (Eds.) (2009). *The road from Mont Pelerin: The making of the neoliberal thought collective*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mitchell, D. (1995). "There's no suchthing as culture: towards a reconceptualization of the idea of culture in geography", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 20: 102-116.
- Mitchell, T. (2002). *Rule of experts: Egypt, techno-politics, modernity*. Berkeley: University of California Press.
- Nordstrom, C. (2004). The tomorrow of violence. En Whitehead, L.N (Ed.), *Violence*, pp. 223-242. Santa Fe: School of American Research Press.
- Pain, R. H. (1997). "Social geographies of women's fear of crime", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 22: 231-244.
- Peck, J. (2001). "Neoliberalizing states: thin policies/hardout comes", *Progress in Human Geography*, 25: 445-455.
--- (2008). "Remaking laissez-faire", *Progress in Human Geography*, 32: 3-43.
- Peet, R. (2000). "Culture, imaginary, and rationality in regional economicdevelopment", *Environment and Planning A*, 32: 1215-1234.
- Pieterse, J. N. (2004). "Neoliberal empire", *Theory, Culture, y Society*, 21:119-140.
- Plehwe, D. y B. Walpen. (2006). Between network and complex organization: the making of neoliberal knowledge and hegemony. En Plehwe, D.; Walpen, B. y Neunhoffer, G. (Eds.) *Neoliberal hegemony: A global critique*, pp. 27-50. Londres: Routledge.
- Rasch, W. (2004). *Sovereignty and its discontents: On the primacy of conflict and the structure of the political*. London: Birkbeck Law Press.
- Roberts, D. (2001). *Political transition in Cambodia 1991-99: Power, elitism and democracy*. Richmond, Surrey: Curzon.
- Rupesinghe, K. y M. Rubio (Eds.) (1994). *The culture of violence*. Nueva York: United Nations University Press.
- Said, E. (1993). *Culture and imperialism*. Nueva York: Knopf.
--- (2003). *Orientalism*. 25th Anniversary Edition. Nueva York: Vintage.
- Sayer, A. (2001). "For a critical cultural political economy", *Antipode*, 33:687-708.
- Scarry, E. (1985). *The body in pain: The making and unmaking of the world*. Oxford: Oxford University Press.
- Scheper-Hughes, N. y Bourgois, P. (2004). Introduction: making sense of violence. En Scheper-Hughes, N. y Bourgois, P. (Eds.) *Violence in war and peace, in war and peace*, pp. 1-31. Malden: Blackwell.
- Scholler, O. y O. Groh-Samberg (2006). The education of neoliberalism. En Plehwe, D.; Walpen, B. y Neunhoffer, G. (Eds.) *Neoliberal hegemony: A global critique*, pp. 171-187. Londres: Routledge.

- Sparke, M. (2004). "Political geography: political geographies of globalization (1) - dominance", *Progress in Human Geography*, 28: 777-794.
--- (2005). *In the space of theory: Post foundational geographies of the nation-state*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Spivak, G. C. (1988). Can the subalternspeak?. En Nelson, C y Grossberg, L (Eds.) *Marxism and the interpretation of culture*, pp. 271-313. Champaign: University of Illinois Press.
- Springer, S. (2008). "The non illusory effects of neoliberalisation: linking geographies of poverty, inequality, and violence", *Geoforum*, 39: 1520-1529.
- Springer, S. (2009a). "Culture of violence or violent Orientalism? Neoliberalization and imagining the 'savageother' in post transitional Cambodia", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 34: 305-319.
--- (2009b). The neoliberalization of security and violence in Cambodia'stransition. En Peou, S (Ed.) *Human security in East Asia: Challenges for collaborative action*, pp. 125-141. Nueva York: Routledge.
--- (2009c). "Violence, democracy, and the neoliberal 'order': the contestation of space in post transitional Cambodia", *Annals oft he Association of American Geographers*, 99: 138-162.
--- (2010a). *Cambodia's neoliberal order: Violence, authoritarianism, and the contestation of public space.* Nueva York: Routledge.
--- (2010b). "Neoliberal discursive formations: on the contours of subjectivation, good governance, and symbolic violence in post-transitional Cambodia", *Environment and Planning D: Society and Space*, 28: 931-950.
- Stanko, E. A. (2003). Introduction: conceptualizing the meanings of violence. En Stanko, E. A. (Ed.) *The meanings of violence*, pp. 1-13. London: Routledge.
- Tilley, C. (1994). *A phenomenology of landscape*. Oxford: Berg.
- Tuastad, D. (2003). "Neo-Orientalism and the new barbarism thesis: aspects of symbolic violence in the Middle East conflict(s)", *Third World Quarterly*, 24: 591–599.
- Uvin, P. (2003). Global dreams and local anger: from structural to acute violence in a globalizing World. In Tetreault, M.A.; Denemark, R.A.; Thomas, K.P. y Burch, K. (Eds.) *Rethinking global political economy: Emerging issues, unfolding odysseys*, pp. 147-161. Londres: Routledge.
- Whitehead, N. L. (2004). On the poetics of violence. En Whitehead, N.L. (Ed.) *Violence*, pp. 55-78. Santa Fe, NM: School of American Research.
- Zizek, S. (2008). *Violence*. Nueva York: Picador.

Capítulo 6

Disonancia estética. Arquitectura, espectáculo y turismo en la Italia fascista*

Medina Lasansky**

En 1922 Benito Mussolini y el Partido Nacional Fascista (PNF) le arrebataron el poder al gobierno liberal de Giovanni Giolitti. El 28 de octubre de ese mismo año los seguidores de Mussolini marcharon por Roma: los Camisas Negras descendieron sobre la ciudad en lo que fue una ceremonia de toma de poder, y la reclamaron como capital de una nueva nación. Fue la proclamación pública del nacimiento de un nuevo gobierno y orden político.

El nuevo régimen ganó rápidamente el apoyo de las clases trabajadoras industriales, la clase media, los terratenientes y los empresarios mediante una retórica política que prometía reformas sociales, poder político para el pueblo y una nueva forma de nacionalismo más agresiva. Además, estableció una economía corporativa que unió a trabajadores y empresarios en un sistema con gran productividad. Para 1926 Mussolini había transformado el gobierno en un Estado totalitario. Logró controlar a la prensa, disolvió el Parlamento y eliminó los partidos políticos opositores. Si bien la monarquía italiana sobrevivió durante el régimen, sufrió una disminución considerable de su poder. Los derechos del rey Víctor Manuel III estaban ahora subordinados en muchos sentidos a los del Primer Ministro Mussolini y el Gran Consiglio, órgano de gobierno del partido fascista. Para enfatizar esta división política, Mussolini fue cuidadoso de mantener su distancia, incluso negándose, con raras excepciones, a ser visto en compañía del rey.

La burocracia del PNF estaba diseñada para evitar que los funcionarios se elevaran a una posición de autoridad y poder igual a la de Mussolini, conocido más comúnmente como el *Duce* o líder. Asesores y ministros rotaban por diferentes

---

* Artículo original publicado como capítulo en *The Renaissance Perfected: Architecture, Spectacle, and Tourism in Fascist Italy*, University Park, PA: The Pennsylvania University Press, 2004, 1-17. Traducido por Agustina Casero y María Sara Loose, Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario.

** Departamento de Arquitectura y Planeamiento, Universidad de Cornell. Correo electrónico: medina.lasanski@gmail.com

oficinas, sin permanecer en un mismo cargo por un período de tiempo establecido, garantizando así la jerarquía de Mussolini como *capo del governo* o jefe de Estado, pero también como dictador indiscutido. Una campaña de propaganda cuidadosamente organizada reforzaba y garantizaba este propósito: Mussolini era presentado como un líder carismático, bondadoso y enérgico, lleno de vigor y vitalidad. La construcción de esta imagen fue crucial para la estabilidad del régimen.



Imagen 1. Anónimo, fotomontaje del Duce frente al Coliseo, Roma, 1933.

Cuando el PNF asumió el poder en 1922, la creencia generalizada era que el nuevo gobierno había heredado un país débil y degenerado, mancillado por las reformas liberales sin control del gobierno anterior. Fue así que se desplegaron estrategias retóricas para enfatizar la fuerza, disciplina, orden y autoridad masculina del nuevo régimen. Esto se evidenció en la promoción y financiación de una variedad de proyectos vinculados a los sueños utópicos de los futuristas, la recuperación rural (como el drenaje de las Lagunas Pontinas), nuevas obras de construcción, la expansión imperialista e innumerables programas de renovación y reforma urbana. Estos últimos tuvieron especial importancia ya que, durante la primera década del régimen, la población de las ciudades aumentó de forma dramática. En ninguna parte esto fue más patente que en la propia Roma, que pasó de 691.000 a 1.415.000 habitantes entre 1921 y 1931, más que cualquier otra ciudad italiana (Cederna, 1979, 152-153)[1].

La marcha sobre Roma de 1922 marcó el comienzo de una relación muy intensa entre la política contemporánea y el espacio urbano. El uso de las calles y plazas de la ciudad como escenario de proclamas públicas, desfiles militares, mítines y ceremonias estatales por parte Mussolini se complejizó durante las dos décadas siguientes, hasta el colapso del gobierno en el verano de 1943.

La relación entre espacio urbano y política fascista era simbiótica. Las nuevas calles y espacios fueron diseñados con miras a los eventos políticos, al tiempo que cada evento se concebía en relación con lugares y espacios específicos. Un elemento importante de esta dialéctica fue la forma de desplegar la historia. El pasado construido proporcionaba gran materia prima para la retórica fascista, lo que se aplicaba tanto a la Antigüedad como a la Edad Media y el Renacimiento. El uso de la Antigüedad por parte del régimen ya ha sido bien estudiado. Sin embargo, su equivalente interés por el pasado medieval y renacentista recién ha comenzado a atraer la atención de los académicos (Cavazza, 1997)[2]. Los funcionarios del gobierno y los adeptos al partido promovían, financiaban y, en ocasiones, supervisaban la puesta en escena de la historia sobre el paisaje urbano, que tenía como objetivo legitimar al PNF y establecer los parámetros de una cultura fascista moderna. Numerosos edificios fueron liberados de las estructuras aledañas, restaurados, reconstruidos y revitalizados en aras de construir un sentido fuerte de la Italia unificada, como lo dictaba la agenda de Mussolini. Fue a través de estos proyectos de renovación urbana que determinadas asociaciones históricas se volvieron más explícitas. Se creó una subjetividad histórica que nunca había existido. En términos simples, la historia fue reposicionada.

---

[1] Entre 1921 y 1926 la población aumentó en un 74 por ciento.

[2] Stefano Cavazza es uno de estos académicos. Véase su *Piccole patrie: Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo* (Bolonia: Il Mulino, 1997).

El interés del régimen por el pasado medieval/renacentista ha sido el foco de nuestra investigación. Cabe aquí notar las diferencias y similitudes con la celebración de la Antigua Roma o de la romanità. Si bien el pasado romano fue privilegiado en Roma, al tiempo que el pasado medieval/renacentista fue centro de atención en otras partes, ambas celebraciones históricas tuvieron lugar en simultáneo, involucraron a muchos de los mismos individuos, emplearon estrategias de desarrollo y propaganda similares y, en última instancia, fueron manifestaciones de una misma agenda. Ya sea en Roma o en Toscana, el gobierno fascista estaba profundamente comprometido a renarrar la historia en términos físicos y con fines políticos.

Aspiraciones imperiales y la celebración de la romanità

Durante las décadas de 1920 y 1930, los principales arquitectos, arqueólogos, restauradores, historiadores y urbanistas de Roma colaboraron en una variedad de proyectos diseñados para realzar los edificios de la Antigüedad. Como resultado de sus esfuerzos de excavación, restauración y reutilización de monumentos y sitios ancestrales, Roma fue rediseñada como escenario de la política contemporánea (Muñoz, 1935; De Paolis y Ravaglioli, 1971; Cuccia, 1991; Cardilli, 1995)[3]. Diversos proyectos patrocinados por el gobierno lograron destacar al mismo tiempo el antiguo Imperio Romano y la versión imperialista moderna del propio Mussolini (Bottai, 1938; Quirino Giglioli, 1937)[4]. Como señaló hace años Spiro Kostof en su estudio sobre la Tercera Roma, el vasto proyecto urbano del régimen "[se] registró como una escenografía histórica", ya que los sitios fueron cuidadosamente restaurados y "sus formas visuales manipuladas para mejorar las perspectivas urbanas" (Kostof, 1973, 32)[5]. El tratamiento que se le dio a la ciudad en términos de escenografía urbana

[3] Para unos maravillosos estudios sobre proyectos patrocinados por el régimen en Roma, véase Giuseppe Cuccia, Urbanistica edilizia infrastrutture di Roma capitale, 1870-1990 (Bari: Laterza, 1991); Antonio Muñoz, *Roma di Mussolini* (Milán: Fratelli Treves, 1935); Luisa Cardilli, ed., *Glianni del governatorato (1926-1944): Interventi urbanistici, scoperte archeologiche, arredo urbano, restauri* (Roma: Edizioni Kappa, 1995); y Saverio De Paolis y Armando Ravaglioli, eds., *La terza Roma: Lo sviluppo urbanistico edilizio e tecnico di Roma capitale* (Roma: Palombi, 1971).

[4] Sobre el paralelo entre la "Regla de Oro" de Augusto como fundador de Roma y el gobierno de Mussolini como refundador de Roma, véase Giuseppe Bottai, *L'Italia di Augusto e L'Italia d'oggi* (Roma: Istituto di Studi Romani, 1938), y Giulio Quirino Giglioli, *Mostra augustea della romanità, catalogo: Millenario della nascita di Augusto, 23 settembre 1937-XV-23 settembre* 1938-XVI (Roma: Casa Editrice C. Colombo, 1937).

[5] Ver Spiro Kostof, *The Third Rome, 1870-1950: Traffic and Glory*, cat. exp. (Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1973), 32 y 14. Este es un excelente estudio sobre el rediseño del tejido urbano de Roma entre 1870 y 1950, con especial énfasis en la necesidad de nuevas arterias viales y viviendas, así como en una variedad de proyectos con motivación ideológica.

fue en sí mismo un elemento importante de la retórica arquitectónica durante el período. Gustavo Giovannoni, quien, junto con Marcello Piacentini, fuera una de las personalidades más influyentes en el campo de la arquitectura y el urbanismo, era muy consciente de las implicaciones de estos proyectos y habló de "sitios de escenografía": entornos arquitectónicos que creaban una experiencia completa, controlada y visualmente armónica (Giovanonni, 1939)[6].

En Roma, ese entorno visualmente controlado comprendía numerosos elementos, muchos de los cuales fueron descritos en el Plan Maestro de 1931 (Benton, 1995)[7]. Una nueva calle unía el Coliseo con el Palazzo Venezia, sede del gobierno de Mussolini, y atravesaba los antiguos foros romanos, lo que requirió la demolición de numerosos edificios de apartamentos y el desplazamiento de cientos de familias (Imagen 2)[8]. La Via dei Fori Imperiali (más tarde renombrada Via del l'Impero), concebida por el historiador de arte y arqueólogo Corrado Ricci (Ramieri, 1995)[9], permitía recorrer el corazón de la Antigua Roma, conectando simbólica y físicamente los gobiernos de los Césares con el de Mussolini, y ofreciendo vistas majestuosas de sus respectivos edificios (Imagen 3). Las viviendas que rodeaban el Mausoleo de Augusto fueron demolidas para crear la Piazza Augusto Imperatore, diseñada por Giulio Quirino Giglioli y Antonio Muñoz (Kostof, 1979)[10]. Esta nueva plaza exhibía el mausoleo y el Ara Pacis[11]. Los edificios que la bordeaban, diseñados por Vittorio

---

[6] Para un análisis de los sitios para las puestas en escena, véase Gustavo Giovannoni, *L'architettura come volontà costruttiva del genio romano e itálico* (Roma: Istituto di Studi Romani, 1939), 14. Giovannoni consideró lugares como la ciudad de Pienza, completamente rediseñada por Rossellino para el Papa Pío II, la Piazza Annunziata en Florencia y la Piazza Campidoglio en Roma como ambientes perfectos.

[7] Sobre el Plan Maestro de 1931, véase Tim Benton, "Rome Reclaims Its Empire", en *Art y Power*, ed. Tim Benton, Dawn Ades, David Elliott y Iain Boyd Whyte (Londres: Thames & Hudson, 1995). El comité incluyó a Gustavo Giovannoni, Marcello Piacentini, Roberto Paribeni, Armando Brasini y Cesare Bazzani.

[8] El despacho del Duce se instaló en el Palazzo Venezia en 1929.

[9] Para una discusión más detallada de las excavaciones en el área de los foros y el tendido de la calle, véase Anna Maria Ramieri, "La via Imperiale e le scoperte archeologiche (1937-1941)" en *Anni del governatorato*, ed. Cardilli.

[10] Sobre la nueva piazza, véase Spiro Kostof, "The Emperor and the Duce: The Planning of Piazzale Augusto Imperatore in Rome", en *Art and Architecture in the Service of Politics*, ed. Henry Millon y Linda Nochlin (Cambridge: MIT Press, 1978); Anna Cambedda y Maria Grazia Tolomeo Speranza, "La sistemazione di piazza Augusto Imperatore", y Paola Virgili, "Lavori al Mausoleo di Augusto", ambos en *Anni del governatorato*, ed. Cardilli. El mausoleo (utilizado hasta 1907 como anfiteatro y auditorio) fue excavado entre 1926 y 1939 por Giulio Quirino Giglioli, Corrado Ricci y Roberto Paribeni. En 1932 la reconstrucción del edificio quedó a cargo de Antonio Muñoz.

[11] El Ara Pacis o Altar de la Paz fue erigido por el Senado romano entre el año 13 y el 9 a. C. para

Ballio Morpurgo, estaban decorados con inscripciones, relieves y mosaicos que vinculaban las actividades imperiales con los proyectos fascistas, creando así un marco moderno a través del cual mirar el pasado.



Imagen 2. Vista de los edificios de apartamentos ubicados en el Foro de Augusto, entre el Coliseo y el monumento a Víctor Manuel, Roma, c. 1930.

conmemorar el regreso del emperador de sus campañas en España y Galia. Fue reensamblado por Giuseppe Moretti y abierto al público en 1938.



Imagen 3. La Via dei Fori Imperiali terminada y enmarcada por un arco del Coliseo, Roma.

Muchos sitios antiguos fueron devueltos a su forma "primitiva" (terminología utilizada con frecuencia durante el período). En esencia, fueron "liberados" de las estructuras de los siglos posteriores. Para el "aislamiento" del Campidoglio, realizado por Antonio Muñoz (inspector general de antigüedades de la ciudad) entre 1929 y 1931, se demolieron viviendas, una iglesia barroca y otras estructuras ubicadas al pie de la colina. También se tiraron abajo edificios adyacentes al Teatro de Marcelo

y al Panteón, así como los que obstruían la vista de los cuatro templos republicanos de la Largo di Torre Argentina. La Velia fue nivelada para crear un punto panorámico desde donde disfrutar del antiguo Foro. Se ejecutó un nuevo diseño paisajístico en el área del Domus Aurea. Incluso los términos utilizados para designar estos proyectos ("liberación", "reclamación", "reconquista", "redescubrimiento") sirvieron como recordatorios poco sutiles de la campaña de reconquista de Roma. Era como si Mussolini librara una guerra contra los restos de las civilizaciones intermedias para crear un vínculo más directo y concreto con la ciudad antigua. Más importante aún, solo aislándolas estas estructuras podrían realmente parecer monumentales.

Muchos de los proyectos realizados durante esos años habían sido propuestos con anterioridad al régimen. La idea de integrar los monumentos de la Antigua Roma a una nueva narrativa urbana no era nueva. Siglos antes, durante un período de reforma eclesiástica a fines del siglo XVI, el Papa Sixto V (1585-1590) y su arquitecto Domenico Fontana concibieron un esquema diseñado para integrar monumentos antiguos a una matriz urbana contemporánea que destacara la Iglesia Católica. Una nueva calle conectó el Coliseo con la renovada Basílica di Santa Maria Maggiore. Antiguos obeliscos fueron reubicados para marcar las plazas vinculadas a las estructuras eclesiásticas más importantes de la ciudad. Las columnas de Marco Aurelio y Trajano fueron reclamadas, coronadas con estatuas de San Pedro y San Pablo y abiertas al público. Las vistas desde la cima proporcionaban una panorámica de la nueva cartografía de la ciudad.

La estrategia de reapropiación del pasado antiguo y su reintegración en la ciudad contemporánea sufrió continuas modificaciones entre los siglos XVI y XX. Sin embargo, no fue sino hasta la llegada del régimen fascista que un gobierno logró reunir los recursos y supervisar a un grupo de ingenieros, paisajistas, urbanistas, arquitectos y artistas en la implementación de un plan urbano integral (Kostof, 1973)[12]. La ciudad fue reorganizada de un extremo a otro como centro de la romanità, desde los Fora Mussolini al noreste hasta las inmediaciones de la Esposizione Urbanistica Roma (EUR), exposición internacional prevista para 1942, al suroeste.

La opinión pública sobre estos proyectos de renovación urbana fue monitoreada con cautela por el gobierno. Durante el proceso de masiva demolición y nuevas construcciones, se convenció al público de que nada de valor había sido destruido. Por ejemplo, los edificios programados para demolición al pie del Capitolio y en las inmediaciones del Foro Romano fueron desestimados por la prensa popular como "tugurios", "casuchas", "chabolas", "desordenados", "en ruinas", "deplorables",

[12] Kostof señaló esto en *Third Rome*, 33. El ente del gobierno responsable de los proyectos de renovación urbana fue la Federazione Fascista dell'Urbe, bajo la dirección de Enrico del Debbie.

"impropios", "lamentables", "desagradables", "insignificantes" y "sucios" (Cederna, 1979, x)[13]. Entre ellos, la iglesia de San Biagio y Santa Rita (Imagen 4), diseñada por Carlo Fontana en el siglo XVII. Antonio Muñoz, especialista en historia del arte y la arquitectura de la Universidad de Roma, descartó estructuras barrocas como esta por ser "carentes de valor artístico" (Ibíd., xix)[14]. Incluso Corrado Ricci, en su bien informado estudio de la arquitectura barroca, se refirió a los "discordantes defectos y virtudes... de... heroísmo y degradación" del período (Ricci, 1926)[15]. Como señaló Antonio Cederna en su análisis del urbanismo bajo el gobierno Mussolini, los funcionarios del régimen se complacían en recordarle al público que "no todo es una obra de arte" (Cederna Opcit, x)[16].



Imagen 4. La iglesia de San Biagio y Santa Rita en ruinas, antes de su traslado desde la base del Campidoglio a un nuevo sitio cerca del Teatro de Marcelo, Roma.

[13] Cederna, *Mussolini urbanista*, x.

[14] Antonio Muñoz, citado en ibíd., xix.

[15] Corrado Ricci, *Baroque Architecture and Sculpture in Italy* (Stuttgart: Julius Hoffman, 1926).

[16] Cederna, *Mussolini urbanista*, x.

En la mayoría de los casos, los edificios marcados para su destrucción carecieron de defensores y fueron demolidos con escasa protesta. Por ejemplo, las grandes viviendas derribadas para dar lugar a la Via dei Fori Imperiali albergaban a miles de residentes de clase trabajadora, una población privada de derechos y con poca autoridad para cuestionar el proyecto. Esto, sumado a la palabra de académicos como Muñoz y Ricci afirmando que tales estructuras carecían de valor arquitectónico, permitió que el trabajo de los urbanistas del régimen continuara sin oposición. Así, mientras que la iglesia de San Biagio y Santa Rita fue desmantelada, trasladada y reconstruida en un lugar menos visible detrás del Teatro de Marcelo, la mayoría de estos edificios simplemente desaparecieron del registro urbano. Incluso hoy, el alcance de la pérdida de sitios medievales, renacentistas, barrocos y neoclásicos sigue sin ser estudiado.

Una vez "liberada", gran parte de la ciudad antigua sirvió como un teatro a cielo abierto para la celebración cultural fascista. En los Mercados de Trajano se realizaban encuentros comerciales, ferias y exhibiciones. Las Termas de Diocleciano y la Basílica de Majencio proporcionaban la acústica ideal para los conciertos. El Coliseo servía como escenario de mítines. El Circus Maximus fue sede de exhibiciones a gran escala montadas por organizaciones con el patrocinio del PNF. El Arco de Constantino volvió a convertirse en una pasarela monumental para los desfiles triunfales, esta vez de los Camisas Negras fascistas (Imagen 5). Como han señalado varios autores, gran parte de la renovación urbana fascista se diseñó con vistas a estos eventos. El régimen también pensó la arquitectura como espectáculo y montó las edificaciones en consecuencia (Ben-Ghiat, 1993; Ghirardo, 1989, 1987)[17]. La relación entre los edificios y las personas, así como entre diferentes edificios, fue cuidadosamente coreografiada. Las grandes *piazzas* y amplios bulevares permitían mayor congregación y participación de las personas en la vida fascista. Las nuevas construcciones fueron diseñadas para dialogar con la arquitectura de la Antigüedad. La Casa del Littorio, por ejemplo, se proyectó de cara al Coliseo y a la Basílica de Majencio, dos de los monumentos más significativos de la ciudad antigua[18]. Uno de los espacios más resonantes creados fue la Via del Fora Imperiali. La amplia avenida proporcionaba un

[17] Para análisis relacionados, véase Ruth Ben-Ghiat, "Architecture and Urbanism in Fascist Italy", *Journal of Urban History*, noviembre 1993, 123-32; Diane Ghirardo, "City and Theater: The Rhetoric of Fascist Architecture", *Stanford Italian Review* 8, núm. 1-2 (1989): 165-93; e ibid., "Architecture and Theater: The Street in Fascist Italy", en *"Event" Arts and Art Events*, ed. Stephen C. Foster (Ann Arbor, Michigan: UMI Research Press, 1987).

[18] Para un estudio de las diversas propuestas presentadas en el concurso, véase *nuovo stile littorio: I progetti per il Palazzo del Littorio e della mostra della rivoluzione fascista in Via del l'Impero* (Roma: Bertarelli, 1936).

lugar muy visible para los desfiles militares, que en el pasado se realizaban en la periferia de la ciudad. En su paso a través de los antiguos foros romanos, la via animaba un sector de la ciudad cuyo potencial simbólico no había sido completamente explotado hasta ese entonces. Así, instituyó de forma permanente la noción de la Antigüedad como telón de fondo del nuevo gobierno.



Imagen 5. Inauguración de la Via dei Trionfi, Roma, 1933, de Antonio Muñoz, Roma di Mussolini, 1935.

El interés fascista por la Antigüedad también se evidenció en el diseño arquitectónico contemporáneo. Mussolini se apoderó de recursos para erigir una cantidad extraordinaria de edificios durante sus dos décadas de gobierno: oficinas gubernamentales, instalaciones públicas, nuevas escuelas, proyectos de vivienda, complejos deportivos, iglesias, teatros, puentes y pueblos enteros fueron construidos de cero a lo largo de Italia y los territorios italianos en África Oriental, África del Norte y el Egeo (Ghirardo, 1987, 187)[19]. Muchas de estas estructuras hacían referencia a la Antigüedad tanto a nivel formal como funcional. Un ejemplo es el estadio neorrománico de Enrico del Debbio ubicado en el Foro Mussolini. Construido a orillas del Tíber en las afueras de Roma, el estadio estaba rodeado por una serie de esculturas neoclásicas de atletas semidesnudos en mármol tallado. En el lado opuesto de la ciudad, frente a la "ruta al mar" de Mussolini, el régimen comenzó la construcción de una ciudad ideal para la Esposizione Universale di Roma de 1942 (E '42), donde edificios como el Palazzo della Civiltà Italiana, el llamado "Coliseo cuadrado" (diseñado por G. Guerrini, E. B. La Padula, y M. Romano en 1939), adoptaban modelos romanos antiguos (Imagen 6)[20]. El estilo neoclásico racionalizado de estos edificios fue encomiado durante mucho tiempo como el epítome de la arquitectura fascista.

Estos proyectos públicos masivos le sirvieron de escenario a Mussolini para la exhibición pública del imperialismo. La campaña de creación de una capital grandiosa para el nuevo imperio siguió el modelo de trazado urbanístico del primer emperador romano, Augusto (27 a. C.-14 d. C.), elogiado por haber transformado Roma de una ciudad de ladrillo en una ciudad de mármol mediante un amplio plan edilicio que incluía la construcción de nuevos templos y un nuevo foro, así como la restauración de los edificios existentes (Zanker, 1990)[21]. La decisión de Mussolini de identificarse con Augusto y asociar sus proyectos urbanos con los del emperador le permitió asumir el autoproclamado título de *duce*, la versión italiana del *dux*, término latino para "líder", adoptado por primera vez por Augusto y utilizado por los emperadores que le siguieron.

---

[19] Además, Mussolini completó dos proyectos iniciados por Julio César, el drenaje de las lagunas pontinas y la excavación del puerto de Ostia. Véase Ghirardo, *Architecture and Theater*, 187.

[20] Los trabajos para la EUR comenzaron en 1937. Marcello Piacentini, en calidad de superintendente de arquitectura, parques y jardines, supervisó el proyecto EUR con su equipo de arquitectos (que incluía a Ettore Rossi, Giuseppe Pagano, Luigi Vietti y Luigi Piccinato), quienes desarrollaron los planos del sitio.

[21] Para un estudio de los proyectos de Augusto, véase Paul Zanker, *The Power of Images in the Age of Augustus* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1990).



Imagen 6. G. Guerrini, E. B. La Padula y M. Romano, Palazzo della Civilta Italiana, EUR, Roma, 1938-42.

Sin embargo, la celebración de la antigüedad romana no fue completa. Se articularon distinciones claras entre estilos antiguos nativos (itálicos) y no nativos. El convincente análisis de William MacDonald ha demostrado que existió un diálogo manifiesto entre la arquitectura romana antigua descubierta durante la década de 1930 y la construcción moderna. MacDonald argumenta que edificios como la Casa di Diana, en el puerto romano de Ostia Antica, con su sencillez carente de adornos, son ejemplos itálicos vernáculos que difieren de la arquitectura antigua influenciada por los órdenes griegos. Los edificios de este tipo neoclásico racionalizado o de Estilo Simple Romano, como lo denominó MacDonald, tenían trabajo simple en ladrillo, puertas y ventanas abiertas sin molduras, arcos sencillos, un diseño contundente de bandas horizontales y nichos exteriores. Ausentes estaban los capiteles de columnas articuladas, los relieves ornamentales, el mármol policromado y los coloridos frescos asociados con sitios romanos como Palmira, Antioquía o Pompeya. Así, los edificios de Ostia brindaban un punto de referencia estilístico para un régimen interesado en reforzar la cultura itálica local excluyendo todo lo extranjero (MacDonald, 1982)[22].

[22] William MacDonald, "Excavation, Restoration and Italian Architecture of the 1930's", en *In Search of Modern Architecture* (Nueva York: Architectural History Foundation, 1982).

Se podría argumentar algo similar respecto de la preferencia por los simples pero llamativos mosaicos en blanco y negro incorporados al pavimento del complejo Foro Mussolini (Imagen 7). En términos estilísticos, imitaban los mosaicos encontrados en Ostia Antica, a diferencia de las versiones más complejas y coloridas halladas en los sitios romanos del norte de África, Turquía y Grecia. Al final de cuentas, se consideró que este Estilo Simple Romano era el más apropiado para una aplicación moderna y sirvió como modelo para la construcción de cientos de edificios de apartamentos y oficinas impulsada por el gobierno en toda la ciudad.



Imagen 7. Gino Severini, Achille Capizzano, Angelo Canevari y Giulio Rosso, mosaicos en blanco y negro, Piazzale dell'lmpero, complejo Foro Mussolini, Roma, 1937.

El entendimiento público de la romanità fue cuidadosamente modulado a través de los medios de comunicación controlados por el gobierno. La fotografía, el cine y la prensa narraban a todo el país el "redescubrimiento" de la nueva Roma. Así, la historia de la ciudad emergió como patrimonio nacional. El LUCE, el instituto de cine del régimen, empleó a un equipo de fotógrafos y cinematógrafos profesionales para seguir a Mussolini. Tomaban retratos oficiales, y hacían grabaciones documentales de sus apariciones públicas diarias. Las puestas en escena fotográficas, por ejemplo, de Mussolini empuñando un pico para dar inicio a la destrucción de los edificios que

bloqueaban la vista del Mausoleo de Augusto, o visitando el Ara Pacis junto a un embelesado Adolf Hitler, ayudaron a consolidar las asociaciones entre las aspiraciones imperiales de Augusto y las del nuevo dux. El Duce era autoritario y dominante. Un maravilloso fotomontaje que lo muestra de pie frente al Coliseo ilustra este aspecto (véase Imagen 1). Aquí la imagen del dictador desborda la realidad, su porte imponente iguala la colosal estructura de fondo. Las filmaciones que registraban los proyectos de excavación, restauración y construcción en sitios como Ostia Antica, el Panteón, el Mercado de Trajano, los foros imperiales, la Via dei Fori Imperiali, la EUR y la nueva universidad eran editadas en provocativos noticiarios y distribuidas a los cines de todo el país. Los periódicos, revistas y libros proporcionaban un espacio literario para discutir los proyectos del régimen. El profusamente ilustrado *Roma di Mussolini* (1935) de Muñoz fue uno de los ejemplos más populares. Otro fue *L'Italia d'Augusto* e *L'Italia d'oggide* (1938) escrito por Giuseppe Bottai, el influyente ministro y exgobernador fascista de Roma. Publicado durante el año de las celebraciones augustas, ofrecía un mapa anotado de los monumentos augustos de la ciudad que incluía, en paralelo, una *res gestae* de los proyectos de construcción y restauración de Mussolini.

Al igual que el antiguo emperador (quien empleó una amplia variedad de formas artísticas y arquitectónicas para autopromoverse), Mussolini era un buen conocedor de los medios de comunicación (*Ibíd.*)[23].Utilizó la fotografía, el cine, la prensa, la radio y las exposiciones para impulsar los proyectos patrocinados por el régimen de una manera sin precedentes en la memoria moderna. La propaganda oficial era omnipresente, atractiva y de gran alcance y escala. Tanto así que aceleró el interés por la ciudad antigua. A modo de ejemplo, se distribuyeron más de 1.330.000 carteles para promocionar la *Mostra auguste a della romanita*, exposición inaugurada en Roma el 23 de septiembre de 1937 en el marco de las celebraciones por el bimilenario del nacimiento de Augusto. Casi cuatro millones de visitantes pasaron por la exposición, muchos de los cuales venían de lugares tan lejanos como Palermo, Padua y Turín a pie o en bicicleta (Giglioli, 1937)[24]. Descrito por la prensa popular en términos cuasireligiosos, la muestra se convirtió rápidamente en un destino de peregrinaje para los fascistas devotos (Schnapp, 1992)[25].

El Palazzo delle Esposizione, la principal sala de exposiciones de la ciudad, fue transformado para la ocasión por un equipo de arquitectos, artistas e historiadores

---

[23] Sobre Augustus, véase Zanker, *Power of Images*.

[24] Giglioli, *Mostra augustea*.

[25] Véase Jeffrey Schnapp, "Epic Demonstrations: Fascist Modernity and the 1932 Exhibition of the Fascist Revolution", en *Fascism, Aesthetics and Culture*, ed. Richard J. Golsan (Hanover, N.H.: University Press of New England Press, 1992).

para exhibir esculturas e inscripciones, maquetas y fotografías de monumentos y lugares antiguos de todo el imperio. Se hizo hincapié en los logros de ingeniería, la organización institucional del Estado, los éxitos comerciales, la fuerza militar, la planificación urbana, las proezas artísticas y el dominio cultural del Imperio Romano. Los propios éxitos de Mussolini en estas áreas fueron comparados con aquellos de la Antigüedad. Por ejemplo, el Arco de Constantino del siglo IV fue equiparado con el primer arco fascista, diseñado por Marcello Piacentini para la ciudad de Bolzano. La exhibición también enfatizó el Renacimiento como vínculo entre el mundo antiguo y la "Nueva Italia". En este marco, hombres como Dante, Maquiavelo, Petrarca, Leon Battista Alberti, Mantegna, Rafael, Palladio y los papas Julio II y Sixto V fueron celebrados por sus contribuciones a la comprensión contemporánea de la Antigüedad (Giglioili, 1992, 326)[26].

Uno de los aspectos más innovadores de proyectos como la Mostra Augustea fue la variedad de personas involucradas en su producción. Artistas y académicos colaboraron con los ministros de gobierno y la prensa para crear eventos de gran atractivo. Como advirtieron los funcionarios del régimen, la construcción de un culto a la *romanità* no era posible sin el aporte de los estudiosos. Personalidades como Carlo Galassi Paluzzi del Istituto Nazionale di Studi Romani y Pietro De Francisci de la Sapienza dieron legitimidad académica a los proyectos del régimen al tiempo que atraían a más intelectuales (Visser, 1992)[27]. Si bien puede que la escala monumental de las construcciones y la naturaleza teatral de las iniciativas culturales fueran suficientes para impresionar al italiano lego, era necesario un enfoque más sistemático y científico para atraer y sumar a la élite culta. El régimen consiguió ambos.

En Roma, el interés oficial por el pasado se centró en la Antigüedad. Un favoritismo comprensible. Después de todo, las ruinas de la antigua ciudad habían hecho de Roma un *caput mundi* único. La cantidad y calidad de los sitios clásicos preservados no tenían parangón. Pero quizás el factor más importante aquí consistía en que la escala y forma de la ciudad antigua eran proporcionales a las aspiraciones imperiales modernas. Por supuesto, la definición de una capital en términos neoclásicos iba en línea con las tendencias de otras ciudades de los siglos XIX y XX, como Washington D.C., París, Berlín y Londres. Todas habían sido definidas en mayor o menor medida según los conceptos urbanos de la antigua Roma. Sus planes urbanos presentaban amplias avenidas, vistas controladas, vastos espacios públicos, categóricos edificios gubernamentales, monumentos conmemorativos de figuras históricas

[26] Véase Giglioli, *Mostra augustea*, 363.

[27] Véase Romke Visser, (1992) "Fascist Doctrine and the Cult of the Romanità", *Journal of Contemporary History* 27(1): 5-22.

destacadas, arcos de triunfo y una predilección por el estilo y las tipologías de construcción neoclásicos. No es casualidad que, en el proceso de redefinición de Roma como sede del nuevo gobierno, se optara por concentrarse en sitios asociados con el antiguo régimen y con Augusto, el líder más famoso de la ciudad[28].

Definición de una cultura itálica autóctona: la italianità

La naturaleza grandiosa y monumental de la romanità fascista, sumada al hecho de que el centro de este renacimiento romano se ubicara en la capital, ha desviado la atención del debate sobre la visión pluralista del régimen hacia el pasado. Más específicamente, ha oscurecido las discusiones sobre el uso, menos conocido pero igualmente comprensivo, de la Edad Media y el Renacimiento. Al igual que con la Antigüedad, estos dos períodos fueron revividos e interpretados cuidadosamente por académicos y periodistas del régimen para mostrar una estética e ideología contemporáneas. Como puede imaginarse, el uso de este pasado en particular fue más pronunciado fuera de Roma, lejos de los restos físicos de la Edad Antigua.

Mientras que la *romanità* ayudó a legitimar las políticas imperialistas, la celebración de la Edad Media y el Renacimiento resultó relevante para promover una identidad nacional compartida. Al igual que con la Antigüedad, el interés del régimen por el pasado medieval y renacentista no era nuevo ni especialmente innovador. De hecho, la atención puesta en la ciudad-estado, los *condottieri*, el artesano, la poesía de Petrarca y Dante se manifestó por primera vez durante el período de unificación italiana en la década de 1860, si no antes. Sin embargo, la escala en que el público accedió y comprendió este pasado presentó un aumento ciertamente distintivo durante el período fascista. Como en el caso de la celebración de la *romanità*, la recuperación exitosa del pasado medieval/renacentista, dependió del uso de los medios de comunicación para construir, mediar y monitorear la percepción pública.

El gobierno central promovió como héroes contemporáneos a caballeros medievales como Francesco Ferrucci en Florencia y a duques renacentistas como Cosme I de' Medici. Los varoniles *condottieri* fueron aclamados como héroes en la lucha por la liberación de la península italiana del dominio extranjero. Se celebró el sueño de Petrarca de un Estado italiano unificado. La organización gremial medieval

[28] Si bien la predilección por celebrar una asociación entre Mussolini y Augusto es clara, dicha asociación fue en sí misma una construcción histórica. Estudios recientes han comenzado a demostrar que Mussolini también cultivó una asociación con otros emperadores. Véase la tesis de doctorado (Universidad de Columbia) de Elizabeth Marlow, de próxima publicación, sobre la importancia del emperador Constantino para la retórica del período fascista.

fue considerada un ideal económico y el artesano, un miembro vital de la sociedad. Se organizaron exposiciones de artistas de ese entonces como Giotto, Botticelli y Masaccio, como forma de reforzar el genio italiano. El régimen revivió los festivales y juegos cortesanos de aquella época como el *Palio de Siena*, fomentó la producción cinematográfica de dramas épicos, como *Condottieri* y rediseñó innumerables municipios. Al igual que en el caso de la Antigüedad, este aspecto particular de la historia se celebró como un patrimonio cultural compartido por todos los italianos: toscanos, venecianos y romanos por igual. Como había ocurrido con la celebración de la *romanità*, este pasado de la era comunal permitió a Italia proyectar hacia el exterior la imagen de una nación fuerte y unificada.

Aunque pueda causar sorpresa, incluso en Roma, donde el uso de la Antigüedad fue excesivo, hubo algunos intentos de acercamiento al pasado renacentista, aunque no es este el pasado que ha sido privilegiado en el debate sobre la identidad urbana de Roma. Los estereotipos académicos nos han enseñado durante mucho tiempo a centrarnos en la Edad Antigua en Roma y en la Edad Media y el Renacimiento en Toscana. La celebración más destacada del Renacimiento en Roma fue el uso del notorio Palazzo Venezia (Imagen 8). Construido como residencia del cardenal Pietro Barbo en el siglo XV, posteriormente ampliado durante su papado y luego por el cardenal Marco Barbo, durante los años 20 y 30 la estructura fue citada por la prensa italiana como ejemplo de lo que vagamente se denominó principios "albertianos" del diseño de *palazzos*. El gobierno remodeló el edificio al "estilo renacentista", según los principios de Alberti y Sansovino. Luego, la estructura albergaría el Instituto Italiano de Arqueología e Historia (dirigido por Corrado Ricci), la Biblioteca Nacional de Historia del Arte, el museo de arte medieval y renacentista de la ciudad y, a partir de 1929, el despacho de Mussolini (Farina, 1933; Hermanin, 1931; Ricci, 1933)[29]. Era desde el balcón del *piano nobile* que el Duce solía dirigirse a la multitud reunida debajo en la plaza (Imagen 9). La reubicación del gobierno de Mussolini en este lugar fue estratégica. El *palazzo* no solo estaba situado en el corazón de la ciudad vieja, también se encontraba cerca de las antiguas sedes de gobierno, los foros y el Campidoglio. Al crear una presencia poderosa en el área de la Piazza Venezia y dirigir la atención del público hacia el *palazzo*, el régimen logró disminuir la autoridad del pasado regio de Italia, representado de manera más

[29] Sobre las restauraciones del período fascista iniciadas en 1924, véase Carlo Farina, "La nuova scala del Palazzo Venezia," *L'ingegnere* 7, núm. 7 (1933): 3-7; Federico Hermanin, *Il Palazzo di Venezia in Roma* (Roma: Istituto LUCE, 1931); y Corrado Ricci, *Via del Impero* (Roma: La Libreria dello Stato, 1933). El proyecto fue aprobado por el senador Corrado Ricci, el académico Armando Brasini y Federico Hermanin, director del museo.

destacada por el vecino monumento del siglo XIX a Víctor Manuel II. En este caso, el Renacimiento funcionó como un amortiguador necesario entre la Antigüedad y el período posterior a la unificación.



Imagen 8. Exhibición de las fuerzas armadas en la Piazza Venezia, Roma, de Famiglia nostra rivista mensile del dopo lavoro, noviembre de 1937.



Imagen 9. Mussolini saludando desde el balcón del Palazzo Venezia, Roma, s.f.

Cuando se trató de defender la preservación de la arquitectura renacentista en la ciudad Roma, la voz más elocuente fue la del arquitecto y urbanista Gustavo Giovannoni. Fue un abierto defensor de los principios urbanísticos del Renacimiento como marco de referencia para proyectos urbanos contemporáneos. Afirmó incluso que el renovado interés por el urbanismo era en sí mismo el resurgimiento de una práctica renacentista. Como profesor de planificación urbana, escritor prolífico y urbanista en

ejercicio, sus ideas calaron en muchos arquitectos y planificadores contemporáneos, y gozaron de una gran y sostenida influencia fuera de Roma. En 1931, Giovannoni diseñó el Piano Particolareggiato para el llamado barrio renacentista de la ciudad, el área del Largo Argentina, el Campo dei Fiori, el Panteón y la Piazza Navona (Giovanonni, 1931a, 1929)[30]. En 1935, junto con otros destacados arquitectos, conformó un comité especial para estudiar las amenazas que enfrentaba dicho barrio[31].

En su influyente texto de 1931 sobre historia y planificación urbana, Vecchie città ed edilizia nuova, señaló que las renovaciones urbanas del Papa Sixto V habían sido el primer intento real por redefinir Roma a escala completa y que, en muchos sentidos, había servido como modelo para el Duce (Giovanonni, 1931b)[32]. La convergencia de calles en la *triumvia*, la acentuación de basílicas con sus nuevas *piazzas*, la conexión de estas con nuevas calles rectas, el emplazamiento de obeliscos como puntos de referencia destacados, la construcción de vistas urbanas y la creación de nuevos tipos de edificios como escuelas, hospitales, cofradías y villas urbanas y suburbanas fueron todos proyectos iniciados por el Papa Sixto V y retomados posteriormente por Mussolini. El mejor ejemplo es, sin dudas, el obelisco de diecisiete metros de altura con la inscripción DUX diseñado por Constantino Constantini y erigido en 1933 en la entrada del Foro Mussolini (Imagen 10). Conocido más comúnmente como el Monolito de Mussolini, su transporte al sitio fue registrado por la prensa como una hazaña de ingeniería equivalente a la realizada por Domenico Fontana al levantar el obelisco del Vaticano en 1586 (Imagen 11)[33].

Entendido en términos de coreografía arquitectónica, la retórica urbana del período fascista mantuvo sorprendentes paralelismos con los ejemplos del Renacimiento. En los siglos XV y XVI no era extraño que las ciudades sirvieran como vehículos y sitios para la presentación de agendas políticas[34]. La ciudad de Corsignano,

---

[30] Giovannoni jugó un papel importante en la definición y protección del Quartiere del Rinascimento; véase Gustavo Giovannoni, Saggisulla architettura del Rinascimento (Milán: Fratelli Treves Editori, 1931), e ibid., "La sistemazione del Quartiere del Rinascimento", en *Atti del Primo Congresso Nazionale di Studi Romani* (Roma, 1929).

[31] Entre los miembros del comité encontramos a Antonio Muñoz, Vincenzo Fasoli y Arnaldo Foschini.

[32] Gustavo Giovannoni, *Vecchie città edilizia nuova* (Turín: Unione Tipografico Editrice Torinese, 1931), 1.

[33] Mario Gobbi Beltrame se apresuró a señalar que el proyecto de Mussolini imitaba a los de los papas Sixto V, Julio II y Nicolás V (véase "L'Obelisco di San Pietro e il Monolito Mussolini", *Le vie d'Italia*, noviembre de 1933, 853-62).

[34] Diane Ghirardo señala que las nuevas ciudades pontinas comparten ciertos elementos con las ciudades principescas remodeladas durante el Renacimiento, como Pienza y Montepulciano (Ghirardo,

que luego se transformaría en la moderna ciudad de Pienza en homenaje a su hijo nativo, el Papa Pío II; la Via Larga en Florencia, reelaborada para crear una vista más impresionante del Palazzo Medici; y los municipios de ciudades satélites florentinas como Montepulciano, cuyas fachadas fueron remodeladas para imitar el Palazzo della Signoria, todos estos ejemplos confirman que hacía ya tiempo que la construcción y planificación urbanas eran guiadas por objetivos políticos. Mecenas glorificando su autoridad de forma física.



Imagen 10. Luciano Morpurgo, "Raising the Mussolini Monolith, Foro Mussolini, Rome", 1931.

"City and Theatre", 186). Este argumento perfectamente podría extenderse para incluir proyectos de renovación urbana en otros sitios.

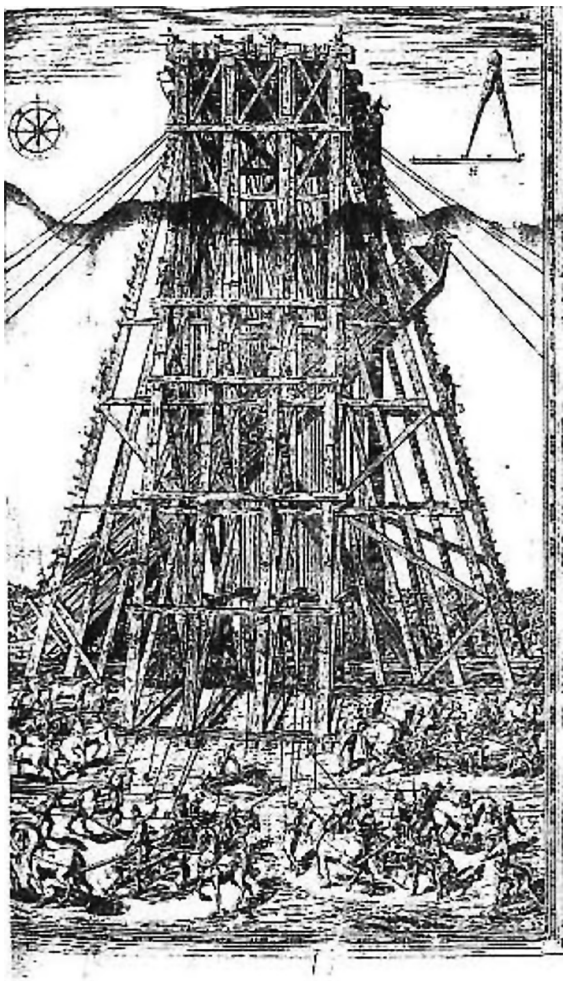


Imagen 11. Domenico Fontana, Raising the Obelisk in the Piazza San Pietro, Roma, en Domenico Fontana, Della trasportatione dell'obelisco vaticano et delle fabriche di nostro signore Papa Sisto V, 1590.

Sobre estrategias de planificación urbana y autopromoción inventiva, de quien más aprendió Mussolini fue de Sixto V. El papa era un experto en presentar sus proyectos urbanos a una amplia audiencia. Publicitó sus nuevas calles, edificios y mejoras en la infraestructura urbana en una variedad de medios disponibles en el siglo XVI. Las imágenes del Sixto V rodeado de sitios recién restaurados o construidos aparecían en

grabados, mapas, libros, monedas y medallas. El Ministerio de Prensa y Propaganda de Mussolini tradujo estas estrategias a sus equivalentes modernos. Los noticiarios hicieron crónica del Duce en ceremonias de inauguración, se incluyeron fotomontajes de nuevos proyectos de construcción en revistas populares y coloridos calendarios fueron distribuidos a los trabajadores. Estos fueron solo algunos de los medios en los que se consiguió fundir la imagen de Mussolini con la de la nueva nación.

Disonancia estilística/purificación estética

Si bien las celebraciones de la *romanità* y la *italianità* tenían sus diferencias, no eran incongruentes. No sólo se produjeron al mismo tiempo, sino que muchas de las personas involucradas en la promoción de una imagen de la romanità, hombres como Giacomo Boni, Gustavo Giovannoni, Antonio Muñoz, Ugo Ojetti, Marcello Piacentini y Corrado Ricci, también se ocuparon de promover el Medioevo y el Renacimiento. Muñoz, por ejemplo, restauró arduamente la Torre dei Conti, de cinco pisos, y la casa medieval adyacente, ubicadas cerca del Foro de Nerva en Roma, así como las iglesias de San Giorgio in Velabrio, Santa Balbina, San Cosimato, San Antonio Abate, Santa Maria degli Angeli y Santa Sabina, despojando a cada una de sus adiciones posmedievales (Muñoz, 1926; Ceschi, 1970)[35]. Su participación en ambos tipos de proyectos reafirma el interés por el pasado medieval/renacentista como un elemento importante en la agenda del partido.

Durante mucho tiempo, la Italia fascista ha sido asociada con la hegemonía cultural. Si bien académicos como Renzo de Felice, Victoria de Grazia y Philip Cannistraro han argumentado de forma convincente que el modus operandi del régimen consistía en forjar consenso, ya sea entre las clases trabajadoras, las mujeres o en los medios de comunicación, otros autores han señalado que, cuando se trataba de cuestiones arquitectónicas y artísticas, se permitía, y hasta se alentaba, cierto grado de disonancia estilística. Como advierte Antonio Cederna, en el caso del urbanismo, en realidad nunca hubo consenso (Cederna, 1979)[36]. Las decisiones dependían en gran medida de personas como Muñoz, Giovannoni, Ricci y Piacentini, que a menudo discrepaban abiertamente. Como resultado, la política no siempre fue consistente. En ocasiones, estos hombres incluso se contradecían a sí mismos. Alguna vez Giovannoni, quien abogaba por salvar el centro renacentista de Roma, propuso trazar un nuevo *cardo* y *decumanus*, que habrían atravesado ese mismo barrio.

---

[35] Sobre las restauraciones de Muñoz, véase Antonio Muñoz, *Il restauro della Chiesa di San Giorgio al Velabro* (Roma: Società Editrice d'Arte Illustrata, 1926), y Carlo Ceschi, *Teoria e storia del restauro* (Roma: Mario Bulzoni, 1970).

[36] Cederna, *Mussolini urbanistica*.

Como se observa con frecuencia en los debates sobre fascismo italiano, "ningún estilo, escuela o monumento resume las prácticas de patrocinio del Estado fascista... El fascismo se define mejor por sus diversidades, contradicciones y ambigüedades" (Stone, 1998)[37]. No existía un arte o estética estatal único. Futuristas, racionalistas, miembros del Novecento y neohistoricistas, todos ellos recibieron comisiones y elogios del gobierno. Es así que cualquier discusión sobre el estilo fascista italiano resulta matizada y compleja. Si bien esto no es lo que podría esperarse de un régimen autoritario, se evidencia una y otra vez en una variedad de situaciones. En este contexto de disonancia estilística, como ha señalado otro autor (Schnapp, 1992, 4)[38], el régimen se volvió cada vez más dependiente de una serie de eventos culturales para aliviar las tensiones entre los diferentes tipos de fascismo. Las exhibiciones, los festivales y otros artilugios culturales permitieron que distintos grupos se reunieran con un mismo propósito: demostrar cómo estilos divergentes podían contribuir a la retórica fascista sancionada por el Estado. En este marco, no debería sorprender que el régimen fuera capaz mantener simultáneamente su interés por el pasado antiguo y por la Edad Media y el Renacimiento, incluso dentro de la propia Roma. Estas tradiciones no solo eran capaces de coexistir dentro de un mismo sistema cultural, sino que fueron desplegadas con el propósito común de reforzar un sentido de fuerza y legitimidad cultural. Los *condottieri* cristianos que lucharon por salvar la península italiana, los líderes de las ciudades-estado independientes y los duques tiránicos eran, en muchos sentidos, homólogos de los emperadores y héroes de la antigua Roma.

Mientras prosperaba la disonancia estilística, también lo hacía la estética de la purificación. Similar a lo ocurrido con la celebración de la *romanità*, la restauración, reconstrucción y rediseño del pasado medieval/renacentista implicó una recreación selectiva del período. Ya sea en Roma, Toscana o Rodas, el régimen empleó a arquitectos y diseñadores para crear una visión ideal y depurada del pasado. Por lo general, esto implicaba la eliminación de cualquier elemento posterior al Renacimiento. Dicha estética de la purificación o "liberación", como se la llamaba con frecuencia, se aplicó tanto a edificios y festivales, como al discurso político. Estructuras en Arezzo fueron despojadas de lo que se denominó detalles posrenacentistas y "antiestéticos". Eventos "medievales" como el famoso *Palio de Siena* fueron rediseñados para eliminar cualquier elemento renacentista, barroco y neoclásico extraño. Y en 1938, el gobierno comenzó oficialmente a clasificar a sus ciudadanos como pertenecientes o no a la raza italiana pura. Convenientemente, esta estetización de la pureza sostenía ideas de superioridad cultural.

---

[37] Marla Stone ha señalado esto en *Patron State*, 4.

[38] Véase Schnapp, "Epic Demonstrations", 4.

Tal vez debido a su ideología política distintiva y a su problemática asociación con la Alemania de Hitler, muchos académicos han interpretado la cultura fascista italiana como una anomalía, una aberración de lo que precedió y lo que vino después. Sin embargo, está claro que no es este el caso. Muchos, si no la mayoría, de los paradigmas culturales de las décadas de 1920, 1930 y principios de 1940 fueron tradiciones heredadas más que nuevas creaciones. Para fines del siglo XIX, la historia estaba integrada tan completamente a la identidad cultural y política que era casi imposible discutir la una sin la otra. Los monumentos, sitios de interés y la devoción heredados por el régimen ya habían sido establecidos en el itinerario del Grand Tour. Y, sin embargo, a pesar de ser tradiciones firmemente arraigadas, el régimen tomó este material y lo hizo suyo. La historia fue espectacularizada y democratizada. Se puso a disposición de todos y abandonó su invisibilidad. Más importante aún, se politizó de una manera sin precedentes.

Durante el siglo XVIII, las visitas a Italia eran un componente importante de la educación de la élite masculina extranjera, quienes entendían la cultura italiana como el basamento de la civilización occidental. Acompañados por un séquito letrado de tutores, traductores y guías, estos hombres permanecían por meses, a veces años, registrando sus pensamientos en diarios, compilando cuadernos de bocetos, encargando y coleccionando obras de arte. Para mediados del siglo XIX, con la introducción del ferrocarril, los contingentes que visitaban estos sitios cambiaron. El Grand Tour estaba ahora al alcance de las clases medias. Como resultado, una demografía más amplia de entusiasmados hombres, y ahora mujeres, viajaron al extranjero para experimentar la cultura italiana. Con sus guías Baedeker y Murray en mano, estas personas, retratadas por E. M. Forster en la figura de Lucy Honeychurch en *Una habitación con vistas*, ahora podían aprender por sí mismas lo que necesitaban saber sobre los monumentos y sitios más significativos de una ciudad. Para la década de 1930, la forma residual de la tradición Grand Tour cambió una vez más. Por primera vez el gobierno italiano apuntó activamente a los nacionales de clase trabajadora y los alentó a visitar sitios como Roma, Florencia y Siena. No solo se los animó a participar de una cultura que en el pasado había estado reservada a la élite extranjera, sino que ahora se esperaba que lo hicieran. Una excursión a un sitio histórico destacado en 1930 resonaría de forma muy diferente a las visitas de 1860 o incluso 1760. No solo estaría patrocinada y subvencionada por el gobierno a través de descuentos en las tarifas de trenes y visitas guiadas especiales, sino que se viviría como el cumplimiento parcial del propio deber patriótico. A través de este estímulo, el gobierno de Mussolini reclamó para las clases trabajadoras italianas lo que durante siglos había sido una tradición extranjera y de las élites. En términos simples, el régimen redefinió como italiana la práctica de visitar sitios históricos italianos.

Referencias

- Ben-Ghiat, R. (1993). "Architecture and Urbanism in Fascist Italy", *Journal of Urban History* 20(1): 123-132.
- Benton, T. (1995). Rome Reclaims Its Empire. En Benton, T; A, Dawn; D, Elliott e I, Boyd Whyte. (Eds.) *Art and Power. Londres: Thames y Hudson*.
- Bottai, G. (1938). *L'Italia di Augusto e L'Italia d'oggi*. Roma: Istituto di Studi Romani.
- Cambedda, A. y M. G. Tolomeo Speranza (1995). La sistemazione di piazza Augusto Imperatore. En Cardilli, L (Ed.) *Anni del governatorato (1926-1944): Interventi urbanistici, scoperte archeologiche, arredo urbano, restauri*. Roma: Edizioni Kappa.
- Cavazza, S. (1997). *Piccole patrie: Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo*. Bolonia: Il Mulino.
- Cederna, A. (1979). *Mussolini urbanista: Lo sventramento di Roma negli anni del consenso*. Bari: Laterza.
- Ceschi, C. (1970). *Teoria e storia del restauro*. Roma: Mario Bulzoni.
- Cuccia, G. (1991). *Urbanistica edilizi a infrastrutture di Roma capitale, 1870-1990*. Bari: Laterza.
- Farina, C. (1933). "La nuova scala del Palazzo Venezia,", *L'ingegnere*, 7(7): 3-7.
- Ghirardo, D. (1989). "City and Theater: The Rhetoric of Fascist Architecture", *Stanford Italian Review* 8(1/2): 165-93.
--- (1987) Architecture and Theater: The Street in Fascist Italy. En Foster, S (Ed.) *Arts and Art Events*, pp. 175-199. Ann Arbor: UML Research Press.
- Giglioli, G.Q. (1937). *Mostra auguste a della romanità, catalogo: Millenario della nascita di Augusto*. Roma: Casa Editrice C. Colombo.
- Giovannoni, G. (1939). *L'architettura come volontà costruttiva del genio romano e itálico*. Roma: Istituto di Studi Romani.
- Giovannoni, G. (1931). *Saggi sulla architettura del Rinascimento*. Milán: Fratelli Treves Editori.
--- (1931a). *Saggi sulla architettura del Rinascimento*. Milán: Fratelli Treves Editori.
--- (1931b). *Vecchie città ed edilizia nuova*. Turín: Unione Tipografico Editrice Torinese.
--- (1939). La sistemazione del Quartiere del Rinascimento. En *Atti del Primo Congresso Nazionale di Studi Romani*. Roma.
- Saverio De Paolis, S. y A. Ravaglioli (Eds.) (1971). *La terza Roma: Lo sviluppo urbanistico edilizio e tecnico di Roma capitale*. Roma: Palombi.
- Hermanin, F. (1931). *Il Palazzo di Venezia in Roma*. Roma: Instituto LUCE.

- Kostof, S. (1978). "The Emperor and the Duce: The Planning of Piazzale Augusto Imperatore in Rome". En Millon, H. y L. Nochlin (Eds.) *Art and Architecture in the Service of Politics*. Cambridge MA: MIT Press.
--- (1973). *The Third Rome, 1870-1950: Traffic and Glory*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- MacDonald, W. (1982). "Excavation, Restoration, and Italian Architecture of the 1930's". En *In Search of Modern Architecture*. Nueva York: Architectural History Foundation.
- Muñoz, A. (1935). *Roma di Mussolini*. Milán: Fratelli Treves.
--- (1926). *Il restauro della Chiesa di San Giorgio al Velabro*. Roma: Società Editrice d'Arte Illustrata.
- Ramieri, M. (1995). La via Imperiale e le scoperte archeologiche (1937-1941). En Cardilli, L. (Ed.) *Anni del governatorato* (1926-1944): Interventi urbanistici, scoperte archeologiche, arredo urbano, restauri. Roma: Edizioni Kappa.
- Ricci, C. (1926). *Baroque Architecture and Sculpture in Italy*. Stuttgart: Julius Hoffman.
--- (1933). *Via del Impero*. Roma: La Libreria dello Stato.
- Saverio De Paolis, S. y A. Ravaglioli (Eds.) (1971). *La Terza Roma: Lo sviluppo urbanistico edilizio e tecnico di Roma capitale*. Roma: Palombi.
- Schnapp, J. (1992). Epic Demonstrations: Fascist Modernity and the 1932 Exhibition of the Fascist Revolution. En Golsan, R. (Ed.) F*ascism, Aesthetics and Culture*. Hanover, N.H.: University Press of New England Press.
- Stone, M. (1998). *The Patron State: Culture and politics in fascist Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Virgili, P. (1995). Lavori al Mausoleo di Augusto. En Cardilli, L. (Ed.) *Anni del governatorato (1926-1944): Interventi urbanistici, scoperte archeologiche, arredo urbano, restauri*. Roma: Edizioni Kappa.
- Visser, R. (1992). "Fascist Doctrine and the Cult of the Romanità", *Journal of Contemporary History*, 27(1): 5-22.
- Zanker, P. (1990). *The Power of Images in the Age of Augustus*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

PARTE 3

ESTADOS, TERRITORIOS E IDENTIDADES

Jean Comaroff
John Comaroff
Tom Perreault
Gabriela Valdivia
Birgit Sauer
Stefanie Wöhl
Marcelo Lopes de Souza

Capítulo 7

Naturalizar la Nación: aliens, apocalipsis y el Estado poscolonial*

Jean Comaroff** y **John Comaroff*****

Prolegómeno

Apocalipsis al rojo vivo
o "La semana que ardió el Cabo"

> "Helicópteros sobrevolando viñedos en llamas en Constantia se convirtieron en la "instantánea" del Cabo de las Tormentas esta semana cuando la península estalló en llamas, produciendo escenas que bien podrían haber sido montadas para el cine de catástrofes. Desde las playas de Muizenberg,

* Publicado originalmente inglés, en el año 2001, como artículo como "Naturing the Nation: Aliens, Apocalypse and the Postcolonial State", en la revista *Journal of Southern African Studies* 27(3): 627-651. En la versión original, los autores hacen agradecimientos que se trascriben a continuación. El primero, con nuestro hijo, Joshua Comaroff, un arquitecto cuyo conocimiento especializado del paisaje nos ha llevado a discutir mucho sobre el tema; estuvo con nosotros en Ciudad del Cabo durante los eventos aquí descritos y participó en la formulación de nuestro análisis de los mismos. Najwa Hendrickse, de la Biblioteca Nacional de Sudáfrica, nos ayudó con el trabajo documental, haciendo mucho más que localizar textos oscuros. James Drummond, geógrafo de la Universidad de North West, nos advirtió sobre numerosas referencias relevantes e información crucial, de la que él mismo es una fuente generosa e inagotable. David Bunn y Steven Robins fueron, como siempre, interlocutores fundamentales: nuestras conversaciones constantes informan casi todo lo que hacemos en Sudáfrica. Finalmente, Maureen Anderson, nuestra paciente y creativa asistente de investigación en la Universidad de Chicago, quien soportó nuestro flujo habitual de preguntas difíciles y pedidos inusuales. A todos ellos, nuestro sentido agradecimiento. Una versión anterior, más extensa y algo enmendada de este trabajo fue publicada en Israel en Hagar. International Social Sciences Review, 1,1 (2000), pp. 7-40. Traducido por Agustina Casero y María Sara Loose, Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario. Los compiladores agradecen a los autores del trabajo y a los editores de *Journal of Southern African Studies* por autorizar la traducción al castellano y la publicación de esta nueva versión.

** Departamento de Antropología Universidad de Harvard. Correo electrónico: jeancomaroff@fas.harvard.edu.

*** Departamento de Antropología Universidad de Harvard. Correo electrónico: jcomaroff@fas.harvard.edu.

> columnas de humo se elevaban sobre las montañas... parecía el monte Vesubio en plena furia enterrando a las víctimas que huían de Pompeya... Alto en el cielo, los diminutos helicópteros que zumbaban como mosquitos, aunque con intenciones heroicas, solo contribuyeron a la sensación de impotencia... a medida que arrojaban sus bombas de agua… como de juguete, sobre el... avance de llamas demenciales"[1].

¿Qué pueden decirnos los desastres "naturales" sobre la ecología de la nación? ¿O sobre el predicamento actual del Estado-nación poscolonial? ¿Cómo podría el destello de una catástrofe ambiental iluminar el significado de las fronteras y la torturada política de pertenencia? ¿Cómo podría la naturaleza rehacer la nación bajo condiciones neoliberales? ¿Bajo qué circunstancias y por qué, para ser más específicos, las plantas, especialmente las exóticas, se convierten en un asunto urgente de Estado? ¿Y qué podrían revelar sobre las relaciones cambiantes entre ciudadanía, comunidad e integridad nacional en la era de capitalismo global?

Siguiendo estos interrogantes en Sudáfrica, nos encontramos con las dos caras de la "naturalización" en la política de la poscolonia: una se refiere a la asimilación de personas, signos y prácticas ajenas al orden de cosas heredado; la otra, al despliegue de la naturaleza como coartada, como alegoría fecunda para hacer extrañas a las personas y los objetos, y forjar así nuevas y decisivas distinciones sociales y políticas.

Volveremos sobre estas cuestiones teóricas –naturalización, Estado poscolonial, ecología de la nación– a su debido tiempo. Pero primero, una dedicatoria. Este artículo está dedicado a Shula Marks, nuestra amiga y colega desde hace mucho tiempo, quien ha reflexionado ingeniosamente sobre la manera en que el conocimiento botánico, el conservacionismo y la estética de la naturaleza –cuestiones no menores en el caso de las montañas del Cabo– han sido movilizados "al servicio de la nación" (Dubow y Marks en: Low, 2001)[2]. Poseedora de una aguda apreciación de la belleza natural y sus usos sociales, comparte como nosotros un profundo vínculo emocional con el paisaje humano y hortícola aquí comentado.

Nuestra narración comienza con el fuego.

Apocalipsis al estilo africano

El cambio de milenio llegó y se fue en Sudáfrica sin incidentes; esto a pesar del temor público de violencia y destrucción masiva. Dos semanas después, Ciudad del

[1] M. Merten, "The Week the Cape Burned", *Mail & Guardian,* 21-27 de enero 2000.

[2] S. Dubow y S. Marks, 'Patriotism of Place and Race: Keith Hancock on South Africa'. En D. A. Low (ed) *Keith Hancock.The Legacies of an Historian.* 2001.

Cabo se incendió. Una tarde de sábado inusualmente calurosa y seca, los pastizales se encendieron de repente en varios puntos de la gran área metropolitana. Vientos huracanados del sureste arrastraron muros de llamas por la majestuosa cadena montañosa de la Península del Cabo, amenazando casas históricas y asentamientos precarios por igual. Mientras quienes se encontraban en el camino de ese infierno eran evacuados, la Televisión Sudafricana mostraba imágenes disimiles de colaboración cívica: de los pobres ayudándose a sacar posesiones mínimas de chozas condenadas; de los ricos formando fila para pasar baldes de agua, tras haber arrojado sus objetos de valor en las piscinas[3].

El lunes los arbustos continuaban ardiendo y helicópteros de la fuerza aérea arrojaban miles de toneladas de agua sobre las llamas. Los voluntarios ayudaban a los bomberos de emergencia, traídos de lugares tan lejanos como Pretoria, a más de 1500 km al norte. A toda hora, las noticias relataban angustiosas historias de guepardos y avestruces quemados vivos en parques de juegos locales, de iglesias emblemáticas a punto de incinerarse, de viñedos de renombre mundial reducidos a cenizas. La Ciudad Madre se sofocaba bajo un manto de humo al tiempo que las cenizas inundaban sus bulevares y playas, provocando el cierre de varias rutas principales. La contaminación del aire aumentó en un 20 por ciento. En la sede nacional de la naval, se cancelaron los permisos en tierra de los marineros debido a que las llamas devoraron los principales edificios administrativos.

En total, ardieron unas 9.000 hectáreas. Las adustas montañas echaron humo negro por semanas. Y adusto también se volvió el humor de la población. Un hombre fue acusado de agredir brutalmente a un joven sospechado de haber provocado un incendio en un camino rural[4]. Se lanzaron acusaciones en todas las direcciones, ninguna de ellas azarosas en términos políticos. El fuego es endémico para la región y la regeneración de su vegetación; quienes se benefician de la fertilidad del suelo no tienen más opción que convivir con el riesgo. Pero esta conflagración sin precedentes generó temores sobre la sostenibilidad del reino natural en el "Cabo más bello". Durante semanas, las llamas –o "el Holocausto", como lo llamaron algunos– dominaron el discurso público. Sus lívidas cicatrices y apocalípticas proporciones evocaban ansiedades elementales, alimentando un deseo casi obsesivo de interpretarlas como un presagio, una acusación, un llamado a las armas.

Esta adivinación pública –el debate en las calles, los medios, los pasillos de gobierno– reveló la compleja ecología social que había dado origen al fuego, lo que permitió una mirada penetrante sobre la condición-del-ser en la poscolonia.

---

[3] M. Merten, 'A Chronology of Destruction', *Mail & Guardian,* 21-27 de enero 2000; V. Foxcroft, 'Flames Past, Present - and Future?', *Cape Times,* 3 de febrero 2000; 'Kaap Lek Sy Wonde; Weskus Veg Met Hulp Uit Noorde', *DieBurger,* 21 de enero 2000; 'Bokkie se Trane', *Die Burger,* 22 de enero 2000.

[4] N. Joseph, 'Man Arrested For Beating Up Young Fire Bug', *CapeArgus,* 2 de febrero 2000.

Por supuesto, el apocalipsis pronto se convertiría en historia, un proceso que Davis llama, con acierto, la "dialéctica de los desastres cotidianos" (Davis, 1995)[5]. Es decir que, si bien la discusión inicial sobre el incendio fue rabiosa y controvertida, y se refractó sobre diversas facetas del interés comunitario, con el tiempo, esta se reduciría a una interpretación dominante. Interpretación que nunca fue compartida por todos. Como veremos, algunas personas –apenas visibles en el debate mediático– tuvieron una lectura diferente de las cuestiones en juego. Pero el punto de vista dominante logró un amplio consenso, lo suficiente como para permitir una fuerte acción gubernamental y amplia colaboración cívica. Indudablemente se trató de un ejemplo de "ideología en construcción". Como tal, su eficacia se basaba, en primer lugar, en producir una explicación plausible y parsimoniosa de la magnitud del incendio. Pero también logró que las llamas iluminaran un paisaje implícito de afecto y ansiedad, inclusión e intrusión, prosperidad y pérdida. Mediante un puñado de referencias cargadas, vinculó la conflagración con otros dominios de la experiencia pública, dominios en los que las imágenes naturales enmarcan problemas urgentes del ser y la identidad; en particular, ser e identidad en el cuerpo del "nuevo" Estado-nación. En el fragor inicial del evento, se culpó a las colillas de cigarrillo y a los fogones abandonados. Pero esto fue rápidamente superado en la opinión oficial, por rumores de incendios intencionales, teoría que descansaba en pruebas circunstanciales; algunos incluso descubrieron un nuevo frente en la campaña de terror urbano, ampliamente atribuido al fundamentalismo islámico, que había clavado sus garras en la Península del Cabo varios años atrás[6]. Luego el discurso cambió de dirección abruptamente para encender una etiología que se arraigó con una fuerza extraordinaria: sin importar la causa que lo había provocado, la escala calamitosa del incendio fue el resultado de plantas alóctonas invasoras que ardían con mayor rapidez y ferocidad que la flora autóctona. El fuego podía ser una "parte natural" del ecosistema del Cabo, según testimoniaron los asesores gubernamentales, pero la presencia de esas aliens invasoras había modificado dicho sistema de manera significativa[7]. La indignación contra las intrusas creció a paso firme, en particular en la prensa de habla inglesa (los medios afrikáans tenían una agenda algo diferente). Los terratenientes que supuestamente habían permitido la

[5] M. Davis, 'Los Angeles after the Storm: The Dialectic of Ordinary Disaster', *Antipode,* 27 (1995): 221-41.

[6] B. Jordan, 'Ash City: Why the Fires Were So Bad', *Sunday Times,* 23 de enero 2000.

[7] Guy Preston, specialadvisorto Ronnie Kasrils, Minister of Water Affairs and Forestry; citado en J. Yeld, 'Force Landowners to Clear Invading Alien Plants', *Sunday Argus,* 22-23 de enero 2000.

propagación descontrolada de estas especies fueron denunciados por poner en riesgo la vida y la salud, e incluso "nuestro patrimonio natural"[8].

El patrimonio se ha convertido en una construcción a evocar a medida que los mercados globales erosionan la riqueza distintiva de las naciones, lo que las obliga a redefinir su sentido del patrimonio y del valor material que este posee: el alcalde de Ciudad del Cabo, por ejemplo, suele describir Table Mountain como "una inspiración nacional" cuyo valor se "mide por cada visitante que atrae"[9]. No es coincidencia que actualmente Sudáfrica esté abocada a lograr que la Península del Cabo sea declarada "Patrimonio de la Humanidad" en reconocimiento a su incomparable biodiversidad. Este patrimonio está representado, sobre todo, por los *fynbos* (en afrikáans, "arbusto fino", del neerlandés *fijnbosch*) (Cowling y Ricgardson, 1995)[10], los arbustos y brezales perennes y esclerófilos o de hoja pequeña que predominan entre la vegetación de las montañas y promontorios costeros del Cabo (Kruger, 1978; Day *et al.*, 1979)[11]. En las últimas décadas, el fynbos se ha convertido en símbolo principal de las frágiles y lucrativas bellezas de la región, y, dadas así las cosas, los ambientalistas locales están cada vez más convencidos de que este arbusto está en una lucha mortal contra especies intrusas y foráneas que amenazan con reducir sus riquezas a una "monotonía impenetrable"[12]. El incendio llevó todo esto a un punto crítico. "¡Despierta Ciudad del Cabo!"[13], exclamaba un titular de primera plana sobre la imagen de un lirio escalante color rojo que se asomaba, cual fénix, de un profundo lecho de cenizas. Los esfuerzos de los botánicos por apaciguar la histeria –insistiendo en que "el fuego [es] normal en la zona de fynbos" y no un "desastre en términos de biodiversidad"–[14] tuvieron poco efecto en el humor de la población.

---

[8] Yeld, 'Force Landowners'; L. de Villiers, Chair of Peninsula Mountain Forum, 'Take Decisive Steps to Avoid Future Fire Disaster', letter to the *Cape Times,* 28 de enero 2000.

[9] '*Ukuvuka* the Biggest Ever', editorial, *Café Times,* 7 de febrero 2000.

[10] R. Cowling y D. Richardson, *Fynbos: South Africa's Unique Floral Kingdom* (Ciudad del Cabo, 1995), p. 21, sugieren que el nombre podría reflejar el parecer de los primeros colonos holandeses que llegaron al Cabo, quienes consideraban que esta especie de vegetación era demasiado delgada para ser utilizada como madera.

[11] F. Kruger (compiler), *A Description of the Fynbos Biome Project.* A Report of the Committee for Terrestrial Ecosystems, National Programme for Environmental Sciences. (Pretoria, Cooperative Scientific Programmes, Council for Scientific and Industrial Research, 1978); J. Day, W. Siegfried, G. Louw y M. Jarman, (eds), *Fynbos Ecology: A Preliminary Synthesis.* South African National Scientific Programmes, Report No. 40. (Pretoria, Foundation for Research Development, Council for Scientific and Industrial Research, 1979).

[12] A. Hall, 'Invasive Weeds', en J. Day *et al.* (eds.), *Fynbos Ecology,* p: 134.

[13] J. Yeld, 'Wake Up Ciudad del Cabo', *Cape Argus,* 7 de febrero 2000.

[14] Richard Cowling, distinguido académico del bioma de fynbos en el Cabo, citado en 'The Peninsula's Fynbos Will Flourish Again', *SundayArgus,* 29 de enero 2000.

Habilitando un raro momento de ironía en medio de tanta ansiedad milenarista, un caricaturista dibujó un OVNI sobrevolando una Ciudad del Cabo hundida en el mar producto del calentamiento global, las cimas de las montañas cubiertas de flora exótica. Mirando hacia abajo, los ocupantes de la nave espacial decían: "Parece que tienen un problema de aliens" (Imagen 1)[15].

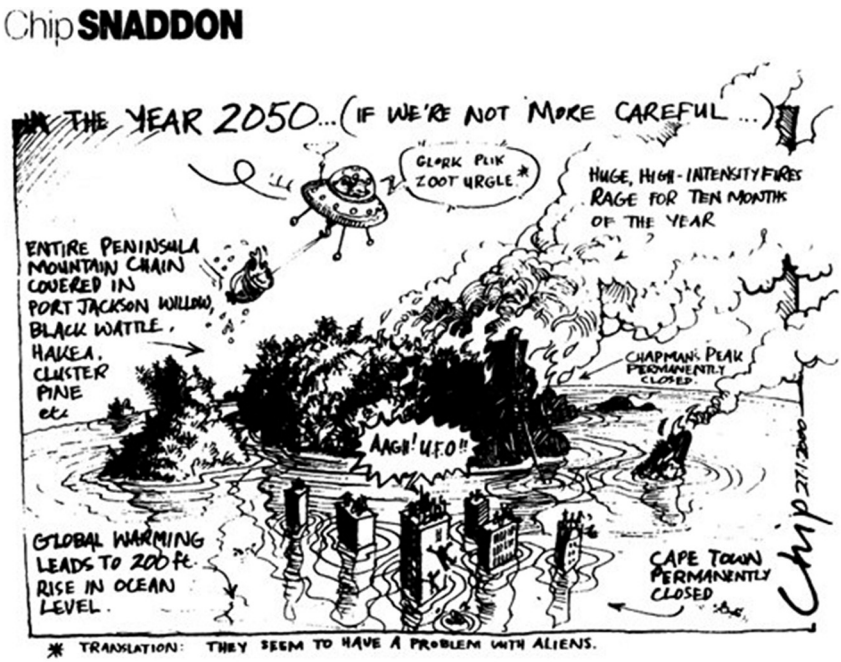


Imagen 1. Un OVNI sobrevuela una Ciudad del Cabo sumergida como consecuencia del calentamiento global y las cimas de las montañas cubiertas de flora exótica. Cape Argus, 27 de enero de 2000.

¡Un problema de aliens en efecto! Lo supiera o no, el autor de la sátira había tocado un nervio sensible: la ansiedad por la flora extranjera era un gesto hacia un paisaje sumergido en terror cívico y alarma moral. De modo significativo, cuando unas dos semanas más tarde el incendio fue seguido por inundaciones que hicieron estragos al norte, otro titular bromeó: "Primero incendios, ahora inundaciones,

[15] Chip, 'They Seem to have a Problem with Aliens', *Cape Argus,* 27 de enero de 2000.

¿siguen las ranas?"[16]. Para entonces, no sorprendía leer que, según los expertos, "los extensos bosques de árboles exóticos" eran la causa de "todos los problemas" en la provincia de Mpumalanga, una de las regiones más pobres del país, ahora anegada por el agua[17]. Se le atribuyó la culpa a las "grandes extensiones de alóctonas invasoras", que conformaban las vastas plantaciones de poderosas corporaciones madereras, acusadas de obstruir la capacidad de las especies autóctonas de actuar como "esponjas naturales"[18].

Casi al mismo tiempo, una noticia central en la prensa nacional, que aparentaba no estar relacionada, narraba cómo la Unidad de Investigación de Extranjeros de los Servicios de la Policía de Sudáfrica se había abatido sobre un lujoso club en Johannesburgo, bajo sospecha de que empleaban a una multitud de trabajadoras sexuales extranjeras e indocumentadas y en malas condiciones de salud[19]. En cuestión de días, se le prometió a la población sudafricana, nuevamente por titulares de prensa, una acción "al mejor estilo estadounidense para librar a Sudáfrica de los ilegales"[20].¿Qué era exactamente lo que estaba en juego en esta cadena de conciencia mediada por las masas, esta letanía de la naturaleza alien? ¿Por qué la inclinación a "culpar a las malas hierbas", como dijo un periodista?[21] ¿Cuánto nos dice todo esto sobre el pánico moral en Sudáfrica, o sobre las amenazas percibidas a la nación y su patrimonio? Observadores de otras latitudes han señalado que la apasionada retórica de la autoctonía, como oposición a lo extranjero, ha desplazado otras imágenes de pertenencia a finales del siglo XX, y que la fetichización de los orígenes parece prosperar en todo el mundo en contraposición al credo liberal del laissez-faire (Geschiere y Nyamnjoh, 2000)[22]. ¿Pero por qué? ¿Por qué en este momento preciso de la historia de los Estados-nación poscoloniales, y de Sudáfrica en particular, la cuestión de las fronteras y su transgresión, de la pertenencia y la ciudadanía, se ha convertido en un tema tan incendiario? ¿Por qué, frente a arbustos que arden, la naturaleza se presenta como un pretexto persuasivo para concebir a la nación y sus fronteras? Y

---

16 I. Powell y H. Hogan, 'First Fires, Now Floods-Next frogs?', *Mail & Guardian,* 11-17 de febrero 2000.

17 F. Macleod, 'The Trees That Caused All the Trouble', *Mail & Guardian,* 11-17 de febrero 2000.

18 El experto Guy Preston dijo haber encontrado vínculos entre la vegetación alien y los incendios del Cabo; F. Macleod, 'The Trees That Caused All the Trouble', p: 8. (véase también debajo).

19 M. Burbidge, 'The Best Little Whorehouse in the Civil Service', *Saturday Star,* 12 de febrero 2000.

20 R. Brand, 'US-Style Bid to Rid SA of Illegal Aliens', *The Star,* 14 de febrero 2000.

21 M. Merten, 'Blame it on the Weeds', *Mail & Guardian,* 21-27 de enero 2000.

22 P. Geschiere y F. Nyamnjoh, 'Capitalism and Autochthony: The See saw of Mobility and Belonging'.En J. Comaroff y J. L. Comaroff (eds), *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism,* Special Edition of *Public Culture,* 12(2): 423-452, 2000.

también, ¿cómo se relaciona la naturalización de la nacionalidad con la construcción e identidades más antiguas enmarcadas en la historia, la cultura, la raza, la etnia? Podría ser que el inquieto discurso público sobre especies vegetales invasoras hable de un problema existencial que hoy se hace sentir en el corazón mismo de los Estados-nación en todas partes: ¿en qué consiste la integridad nacional? ¿Qué *significan* los conceptos de nación y pertenencia? ¿Qué derechos morales y materiales implican en una época en que el capitalismo global parece en todas partes amenazar las fronteras soberanas y desplazar la política convencional?

Estas preguntas no pretenden poner en duda el peligro real que representan los incendios o las inundaciones; ni los esfuerzos por controlarlos y explicarlos en relación a los efectos de la flora foránea. Es precisamente porque estos asuntos son tan reales y urgentes que cargan semejante peso. Pero el grado en que los aliens de todo tipo se convirtieron en una preocupación pública en Sudáfrica, justo después del cambio de milenio, superó por mucho los límites normales de la botánica, por mucho las preocupaciones de las ciencias ambientales, e incluso los imperativos del control de desastres. Es este exceso lo que nos interesa aquí. Porque, como ya hemos insinuado, la explosión de eventos, emociones y argumentos "después del incendio" cuenta una historia convincente sobre ciudadanía, identidad y construcción de la nación en esta y otras poscolonias.

El Estado-nación poscolonial en perspectiva, una mirada retrospectiva

Empecemos por el principio. Al Estado-nación poscolonial —y aquí escribimos específicamente desde una perspectiva africanista— no le corresponde, a pesar de la tendencia a hablar de él en singular, el artículo definido. Refiere más bien a una formación histórica lábil, una clase politética de sistemas políticos "en movimiento". Sudáfrica, como es bien sabido, fue el último país en unirse a este grupo.

Como tal, revela con severa claridad muchas de las obsesiones contemporáneas de la poscolonialidad, muchas de las contradicciones que confrontan los esfuerzos por formar sistemas políticos modernistas en estos tiempos posmodernos neoliberales. Ese esfuerzo, esas obsesiones, alcanzan diversos ámbitos del ser-en-el-mundo colectivo: la lucha por alcanzar términos significativos con los cuales construir un sentido de pertenencia –y, por lo tanto, de comunidad moral y material– en circunstancias que privilegian la diferencia; el afán por regular las fronteras soberanas en condiciones globales que no solo estimulan el movimiento transnacional de trabajo y capital, dinero y bienes, sino que los convierten en condición necesaria para la riqueza de las naciones; las amargas controversias que a menudo se desatan cuando las personas hacen valer diferentes tipos de identidad como estrategia para

reclamar derechos o promover intereses; los discursos públicos turbulentos sobre el debido alcance de las constituciones del siglo XXI, especialmente, el relativo a la protección de los derechos individuales; los complejos procesos mediante los cuales gobiernos, organizaciones no gubernamentales, ciudadanos que actúan en nombre de la sociedad civil y otras fracciones sociales buscan forjar una división del trabajo social y político; las implicancias de esa angustia por la decadencia del orden público, por el crimen, tanto organizado como fortuito, por la corrupción y la mejor forma de combatirla.

Dichos temas no siempre han dominado los discursos de los Estados-nación poscoloniales –nótese que usamos el plural– ni permeado sus esferas públicas. Estos sistemas políticos han albergado durante mucho tiempo flujos migratorios masivos de personas, animales y vegetales a través de sus fronteras soberanas (Crush *et al.*, 1991)[23]; pero nunca antes la presencia de aliens había ocasionado el nivel de alarma que parece generar hoy en día (Reitzes, 1994, 7)[24]. Como esto sugiere, mucho ha cambiado desde los albores de la era poscolonial, era que todavía se define tímidamente mediante un prefijo adosado a lo que no es. En términos generales, las poscolonias han atravesado dos épocas o períodos, un pasaje acontecido en el pasado que pone de relieve mucho sobre el presente.

Cambios de época: del pasado a la poscolonia

La primera época nació, histórica y figurativamente, en India la medianoche del 14 de agosto de 1947 y duró unos 40 años. Tradicionalmente este período se asocia, en las narrativas dominantes del Imperio, con la descolonización del Tercer Mundo. Es también el período en que los nuevos Estados africanos vieron cómo la promesa de autonomía y crecimiento era cercenada por las realidades del neocolonialismo, debiendo soportar la carga de deudas impagables y dependencia. En estas condiciones, prosigue la narrativa dominante, el idilio de la democracia al estilo europeo, "la carga del hombre negro" en palabras de Basil Davidson (1992)[25], abrió camino a gobiernos todavía más autoritarios, reforzados a su vez por los imperativos de la guerra fría provenientes del Primer y Segundo Mundo. No nos detendremos en los detalles. Lo más importante, por ahora, es que, en sus años de formación, la poscolonialidad fue producto del "viejo" orden político internacional, de su organización en

[23] J. Crush, A. Jeeves, y D. Yudelman, *South Africa's Labour Empire: A History of Migrancy to the Gold Mines* (Ciudad del Cabo, 1991).

[24] M. Reitzes, 'Alien Issues', *Indicator,* 12, 1 (1994): 7-11.

[25] B. Davidson, *The Black Man's Burden: Africa and the Curse of the Nation-State.* (Nueva York, 1992).

naciones soberanas dentro del sistema capitalista mundial. En ese orden, personas, plantas, mercancías y divisas se movían a través de las fronteras bajo una regulación estatal más o menos estricta y reconocida por la normativa. Cada tanto, los alarmistas de Europa pedían la repatriación de inmigrantes o el control riguroso de la flora y fauna extranjeras. Pero el movimiento transfronterizo, que en su mayoría respetaba las coordenadas de los antiguos mapas coloniales –la Commonwealth británica, el Imperio Francés, el Atlántico Negro– se consideraba parte rutinaria del trabajo burocrático en los gobiernos de todo el mundo.

La segunda época en la genealogía de los Estados poscoloniales, la que nos atañe de forma más inmediata, es muy diferente. Su origen, dice Bayart (1993, x)[26], puede ubicarse en 1989, cuando en "la mayoría de los países del África subsahariana" se comenzó a manifestar "una ola sin precedentes de reclamos de democracia". Estos eventos fueron producto del mismo movimiento histórico que transformó a Europa Central, con repercusiones en todo el planeta: la madurez política –sus raíces económicas y su ethos, es claro, se ubican mucho antes de la década de 1980– del capitalismo neoliberal global. Este movimiento histórico mundial, cuenta la historia, produjo una metamorfosis del viejo orden internacional en un universo más fluido, impulsado por el mercado y articulado electrónicamente: universo en que florecen las instituciones supranacionales; se recalibra de forma radical el espacio y el tiempo; se redibuja inevitablemente la geografía; en que las identidades transnacionales, los vínculos diaspóricos, los desastres ecológicos y los desplazamientos de poblaciones humanas desafían tanto la naturaleza de la soberanía como la soberanía de la naturaleza; "la red" vuelve como metáfora dominante de conexión social; y la libertad se destila en su esencia posmoderna: el derecho a elegir subjetividades, mercancías, sexualidades, localidades, identidades y otras formas de representación colectiva.

Como esto sugiere, la segunda época poscolonial ha estado marcada por mucho más que un simple "retorno" a la democracia. En efecto, si bien el renacimiento de la política participativa ha reanimado algunas instituciones de gobierno eclipsadas en el África de los años posteriores a la "independencia" (Harbeson *et al.*, 1994)[27], su promesa de empoderar a la "población" en los asuntos de Estado se produjo en un momento en que el poder institucional abandonaba como nunca antes la mayoría de esos Estados, dispersándose en todas y en cualquier parte y sin ser tangible en ninguna de ellas: en corporaciones y asociaciones transnacionales, en organizaciones no gubernamentales, en el crimen organizado, en conciliábulos

[26] J. Bayart, *The State in Africa. Politics of the Belly* (New York, 1993), p: x.

[27] Véase por ejemplo J. Harbeson, D. Rothchild, y N. Chazan (eds), *Civil Society and the State in Africa.* (Boulder, 1994).

paraestatales sombríos y privatizados (Roitman, 1998; Korten, 1996)[28]. Lo que podría explicar, en parte, el porqué del gran énfasis compensatorio en la reconstrucción de la sociedad civil desde 1989. Hemos argumentado en otra parte (Comaroff y Comaroff, 1999, 2000)[29] que, como llamado a la acción, la fuerza de la sociedad civil es proporcionalmente inversa a su densidad y contenido como concepto; su atractivo se debe, en mayor medida, a su rudimentariedad, su vacuidad. También hemos sostenido que su regreso, a finales del siglo XX como viejo fetiche recuperado presenta un fuerte paralelismo con su primer ascenso de finales del siglo XVIII. En cada caso, ha pasado a primer plano en condiciones de rápida transformación; condiciones en las que el presente y el futuro de la economía y la sociedad, de la comunidad y la familia, de la individualidad y la división social del trabajo han sido cuestionados.

Sin duda, en la actualidad la existencia misma de la "sociedad" *se encuentra* bajo escrutinio; *se dice* que la comunidad y la familia están en riesgo; la naturaleza misma del trabajo parece modificarse de forma incontrolable; la masculinidad se ve comprometida con la reconstrucción de las relaciones y roles de género. Es más, la política de la lucha ideológica se diluye en la política de los intereses a medida que la "generación del yo" se disuelve en la "generación del nosotros". Y la generación misma, vestida de *juventud*, se convierte en vector principal de acción política, en problema, en un principio de diferenciación social cada vez más evidente.

Por su parte, tiende a considerarse que "El" Estado, una entidad cada vez más polimorfa, sufre una crisis perpetua (Worby, 1998)[30]. Su poder está disperso, su legitimidad puesta a prueba por el endeudamiento, la enfermedad y la pobreza, su control ejecutivo llevado al límite en repetidas ocasiones y, sobre todo, su binomio con la nación –es decir, la articulación del Estado a la nación, el Estado-nación– cuestionadoen todas partes (Appadurai, 1990)[31]. En estas circunstancias, sugiere Mbembe (1992, 3)[32], "la poscolonia" tiende a ser "caóticamente pluralista", incluso

---

[28] Véase por ejemplo J. Roitman, 'The Garison-Entrepôt', *Cahiers d'Etudes africaines,* 150-152, XXXVIII, 2-4 (1998), pp. 297-329; D. Korten, *When Corporations Rule the World* (East Hartford CT, 1996).

[29] J. L. Comaroff y J. Comaroff (eds), *Civil Society and the Political Imagination in Africa. Critical Perspectives* (Chicago, 1999); J. Comaroff y J. L. Comaroff, 'Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming'. En J. Comaroff y J. L. Comaroff (eds), *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism,* Special Edition of *Public Culture,* l2, 2 (Spring 2000): 291-343.

[30] Véase por ejemplo E. Worby, 'Tyranny, Parody, and Ethnic Polarity: Ritual Engagements with the State in Northwestern Zambia', *JSAS* 24, 3, (1998): 560-578.

[31] Sobre esto, véase la observación de Appadurai, realizada hace ya una década, que plantea que el binomio Estado-nación es menos un icono de conjunción que un índice de disyunción; A. Appadurai, 'Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy', *Public Culture*, 2 (1990): 14

[32] A. Mbembe, 'Provisional Notes on the Postcolony', *Africa,* 62, 1 (1992), p. 3.

si mantiene la apariencia de "coherencia interna". Por eso se dice a menudo que los regímenes poscoloniales exhiben una fuerte predilección por apelar a la magia, especialmente para anticipar lo que vendrá, bajo el signo de la autoctonía. Por supuesto, que los cuadros gobernantes confíen en medios mágicos para hacer el trabajo de articulación con la nación no es nada nuevo. Pero recurrir al exceso ritual mediado por las masas –para producir poder estatal, invocar la unidad nacional y persuadir a los ciudadanos de la realidad de ambos– sí es un rasgo distintivo de la segunda era poscolonial; casi en la misma proporción, quizás, que las percepciones populistas de crisis. Así, señala Worby, en aquellas partes de África donde se ha extendido el control gubernamental, su autoridad ahora depende de la realización de ceremonias cotidianas de extravagante teatralidad; los sujetos-ciudadanos, prosigue, conviven con el Estado en un híbrido promiscuo de acomodación y rechazo, poder y parodia, materialización y alienación (Worby, 1998, 3)[33].

Pertenencia, fronteras, autoctonía, antipolítica

Si bien estos síntomas de la segunda era poscolonial son materia de un inquieto discurso público en toda África, el retrato estereotípico y desolador de Estados que se desmoronan, de naciones que se desvinculan del Estado hacia un estado natural hobbesiano sin binomios, de la naturaleza misma fuera de control se ve sobredimensionado. La sociología política de la poscolonialidad es mucho más compleja y diversa de lo que esta imagen permite. Al mismo tiempo, tanto las contradicciones como las percepciones de crisis experimentadas en muchas poscolonias forman parte de una condición más amplia. Nos referimos, por supuesto, al tan debatido presente y futuro del Estado-nación frente el impacto de la globalización. En otra publicación (Comaroff y Comaroff, 2000) hemos desarrollado en profundidad esta cuestión, buscando delinear la transformación del sistema político modernista en la Era del Capitalismo Neoliberal. Aquí, sin embargo, solo basta con señalar tres aspectos de esa transformación.

El *primero* surge de la refiguración del sujeto-ciudadano modernista. Un corolario de lo cambiante del concepto de nación en la era neoliberal, especialmente después de 1989, ha sido el auge de las políticas de identidad. No solo políticas étnicas, sino también de género, sexualidad, edad, raza, religiosidad, estilo de vida y, por supuesto, clase social. Como resultado, hoy en día imaginar la nación rara vez supone una fraternidad profunda y horizontal (Anderson, 1983)[34]. Si bien la mayoría

[33] E. Worby, 'Tyranny, Parody, and Ethnic Polarity', pp. 560, 562; luego Mbembe, 'Provisional Notes on the Postcolony', p. 3 y ss.

[34] B. Anderson, *Imagined Communities: Rejections on the Origin and Spread of Nationalism* (London, 1983).

de los seres humanos todavía viven como ciudadanos en Estados-nación, tienden a ser ciudadanos de estos Estados-nación sólo de manera condicional, parcial y situacional. Las luchas de identidad, que van desde disputas por los recursos hasta combates genocidas, parecen inmanentes en casi todas partes a medida que la individualidad se sumerge –existencial y metonímicamente– en afirmaciones de esencia colectiva, sustancia innata y sentimiento primordial, que transectan o anidan en el sistema político.

En resumen, la homogeneidad como "fantasía nacional" (Berlant, 1991)[35] va dando paso al reconocimiento de la irreductibilidad de las diferencias. Tanto es así, que incluso países conocidos desde hace tiempo por su falta de diversidad –Botswana, por ejemplo– son ahora sitios de luchas de identidad. Y la cultura, a la vez esencializada y abierta a una reinvención constante, se convierte en una posesión más, un bien a ser patentado, convertido en propiedad intelectual, comercializado, consumido (Hegeman, 1991; Coombe, 1998)[36]. Todo esto pone aún más énfasis y presión sobre el binomio Estado-nación. Cuanto más diversos se vuelven los Estados-nación en su sociología política, cuanto más alto es el nivel de abstracción en el que existe "el Estado-nación", más apremiante parece la amenaza de su ruptura. Y más imperativo será vaticinar y negar todo lo que se percibe como un peligro para este. Los Estados, señala Harvey, siempre han tenido que invocar "una definición de' intereses públicos' por encima de las preocupaciones de clase y sectarias" (Harvey, 1990, 108)[37]. Una solución que se ha presentado frente a reclamos cada vez más enérgicos sobre la sociedad y el Estado, reclamos hechos en nombre de diferentes tipos de identidad, reside en la autoctonía, esto es, elevar al estatus de primer principio los intereses y conexiones inefables, tanto materiales como morales, que se derivan del arraigo "nativo" y los derechos especiales sobre *el lugar de nacimiento*. No se trata simplemente de una solución estratégica que atrae a quienes están involucrados en el negocio de gobernar; también resuena en miedos populistas muy sentidos, y en la propensión de ciudadanos de cualquier tinte político a desviar sus ansiedades compartidas hacia los extranjeros.

Está claro que la autoctonía se encuentra implícita en muchas formas de identidad; también se adhiere a espacios dentro de espacios, a partes dentro del todo. Sin

---

[35] L. Berlant, *The Anatomy of National Fantasy. Hawthorne, Utopia and Everyday Life* (Chicago, 1991).

[36] Véase por ejemplo, S. Hegeman, 'Shopping for Identities: A Nation of Nations and the Weak Ethnicity of Objects'. *Public Culture,* 3, 2 (1991): 71-92; R. Coombe, *The Cultural Life of Intellectual Properties: Authorship, Appropriation and the Law* (Durham, 1998).

[37] D. Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of cultural Change* (Oxford, 1990), p. 108.

embargo, como reclamo contra los aliens, su movilización parece crecer en proporción directa al cercenamiento del binomio Estado-nación como política soberana, a su popularmente percibida porosidad e impotencia frente a fuerzas exógenas. Los ciudadanos de los Estados-nación contemporáneos, sean o no ante todo ciudadanos del Estado-nación, parecen muy capaces de reimaginar el concepto de nación de una manera que permite aceptar lo ineludible de la diferencia interna: el "multiculturalismo", la "nación del arco iris", y términos de similar resonancia proporcionan un argot disponible para la asimilación, incluso en un contexto de amargas disputas. Sin embargo, cuando se trata de fijar los límites de dicha diferencia, la autoctonía constituye una línea definitiva. Independientemente de las demás identidades que pueda asumir el sujeto-ciudadano del siglo XXI es, inevitablemente, autóctono o alien. Y esto no solo se aplica a las personas, sino también a las cosas. Como hemos visto, y veremos más adelante, la condición de indígena o no-indígena también puede atribuirse a los no humanos.

El *segundo* aspecto sigue de cerca al primero: se refiere a la obsesión de los sistemas políticos contemporáneos con la vigilancia de las fronteras y, por lo tanto, con los límites de la soberanía. Gran parte del debate sobre la "crisis" del Estado-nación gira en torno a la afirmación de que los gobiernos ya no pueden controlar el flujo de divisas e instrumentos comerciales, mano de obra y mercancías, flora y fauna, información, sustancias ilegales y aliens no deseados. Es cierto, claro, que las fronteras internacionales siempre han sido más o menos porosas. Pero las tecnologías de compresión espacio-temporal *parecen* haber provocado un cambio radical en los patrones e índices del flujo global, humano y virtual. Es por eso que tantos Estados, quizás la mayoría, actúan como si estuvieran constantemente expuestos a una invasión desde el exterior, pero también a la pérdida de lo que debería permanecer adentro. Sudáfrica, por ejemplo, lamenta su "fuga de cerebros" y la tracción del mercado sobre sus estrellas deportivas[38], al tiempo que experimenta una angustia xenófoba por la afluencia de millones de inmigrantes (*makwerekwere*) que, como veremos, sufren con frecuencia graves violaciones de sus derechos humanos[39]. Una xenofobia similar crece en Europa Occidental. Gran parte se concentra en los trabajadores inmigrantes "no asimilables". Pero no siempre es así. Recordemos el temor británico de que el Eurotúnel expusiera a Inglaterra a la rabia, de que la llegada del euro presagiara el fin de la libra esterlina como moneda soberana, de que la autoridad de los tribunales europeos

[38] Véase por ejemplo 'Official Figures for Brain Drain Released', *The Star,* 14 de marzo 2000.

[39] R. Kadalie, 'Defy Barney's Thought Police', *Mail & Guardian,* 18-24 de febrero 2000.

destruyera su dominio jurídico (Darian-Smith, 1990)[40]; o la reacción fóbica de los franceses a la infiltración de productos culturales estadounidenses; o el esfuerzo italiano por proteger la *grappa* de los fabricantes extranjeros, allí donde una bebida se convierte en propiedad registrada de la nación. Todo ello expresa la misma ansiedad sobre los límites y su violación, frente a los flujos globales. Después de todo, la globalización ha provocado respuestas antagónicas no solo entre los pueblos de Estados-nación más pequeños y/o menos poderosos, para quienes se presenta como el nuevo disfraz del colonialismo (de confección norteamericana, en su mayor parte), o entre los marginados del mundo. Jeremy Seabrook observó recientemente que "la izquierda europea apenas se distingue de una derecha cuya fe en el laissez-faire mundial sólo se compara con su defensa histérica de soberanías evaporadas y poderes nacionales atrofiados"[41].

Nuestro objetivo, sin embargo, no es solo señalar este aumento en la preocupación por las fronteras y su transgresión sino también observar que dicha preocupación es en sí misma producto de una paradoja. Bajo las condiciones mundiales contemporáneas, dada la lógica de la economía capitalista neoliberal, los Estados-nación se encuentran atados en dos sentidos. Para participar de esa economía, para cosechar el valor que se desprende de ella, los gobiernos necesitan abrir sus fronteras y, al mismo tiempo, salvaguardarlas: por un lado, desregular, en la medida de lo posible, el movimiento de divisas, bienes, personas y servicios, para facilitar así el ingreso de riqueza; por el otro, regularlo estableciendo zonas enclavadas de ventaja competitiva a fin de atraer manufactura y medios transnacionales, inversiones, tecnología de la información y la clase "adecuada" de inmigrantes, entre ellos, turistas, personal altamente calificado, ONG, consultores de desarrollo, e incluso trabajadores más dóciles que los nacionales, que trabajen por menos dinero y sin reclamar derechos de pertenencia. De esta manera, el Estado-nación se transforma –si bien no siempre en la realidad al menos en su aspiración– en una megaempresa, un negocio en el negocio de atraer negocios; y todo esto en beneficio de "accionistas" que desean ser al mismo tiempo ciudadanos del mundo y sujetos corporativos con acciones en el bien común del sistema político soberano. El corolario es claro. La frontera implica una doble atadura porque la prosperidad nacional parece exigir –al mismo tiempo que es amenazada por– la apertura y el cierre. No es de extrañar entonces esa *angustia*, el debate público constante en tantos sitios, sobre si se debe o no permitir el ingreso, sobre lo que es o no de interés colectivo, y según quién.

---

[40] E. Darian-Smith, *Bridging Divides: The Channel Tunnel and English Legal Identity in the New Europe* (Berkeley, 1999).

[41] J. Seabrook, 'Racists and Hypocrites', *Mail & Guardian,* 18-24 de febrero 2000.

El *tercer* rasgo sobresaliente del predicamento en que se encuentra el Estado-nación es, lisa y llanamente, la despolitización de la política. El argumento es el siguiente: el capitalismo neoliberal, en su fase triunfal que todo lo abarca en el mundo, no ofrece alternativas al *laissez-faire*, nada en lo absoluto, ninguna otra ideología o sistema político y económico parece siquiera plausible. La cuestión principal que se deja a la política pública es cómo tener éxito en el "nuevo" orden mundial. ¿Por qué? Porque este nuevo orden oculta su andamiaje ideológico detrás de los dictados de la eficiencia económica y el crecimiento del capital, detrás del fetichismo del libre mercado y las exigencias de la ciencia y la tecnología. Bajo su hegemonía, lo social se disuelve en lo natural, lo biológico, lo orgánico[42]. Como plantea XolelaMangcu para Sudáfrica:

> "Las opciones políticas están despolitizadas y se les otorga un aura de verdad técnica. Las políticas públicas que llegan a implementarse son aquellas respaldadas por 'coaliciones de crecimiento' que comprenden al gobierno, las empresas, los medios de comunicación y otros grupos de interés... [Estas] dan forma al consenso nacional sobre las prioridades"[43].

La política, entonces, se reduce a la búsqueda de la ventaja pura, o bien, a luchas por temas e intereses "especiales": medio ambiente, aborto, salud, bienestar infantil, violación y violencia doméstica, derechos humanos, pena de muerte, etc. Dadas las circunstancias, existe una fuerte tendencia que convierte a las cuestiones urgentes del momento –a menudo motivadas por catástrofes ecológicas y justificadas en referencia a los imperativos técnicos de la naturaleza– en materia de acción colectiva, trascendiendo los viejos y cada vez más anacrónicos límites del compromiso ideológico y social. Cada una toma el centro de atención al estallar en la conciencia pública y se convierte en tema "candente" para luego apagarse, sus rescoldos relegados a recovecos de la conciencia colectiva, listos para encenderse de nuevo en cuanto determinadas condiciones y/o coaliciones vocales así lo permitan.

Nuestra evocación de la imaginería del fuego aquí –ahora situada en los imperativos del Estado-nación poscolonial, su lugar en el mundo capitalista neoliberal, su sociología política contemporánea, sus formas alteradas de ciudadanía, su obsesión con las fronteras, los aliens y la autoctonía, sus desplazamientos de lo político–

---

[42] Véase por ejemplo N. Abu El-Haj, 'Genetic Research and the Politics of Identity at the Turn of the Millennium' (unpublished research proposal, Chicago, 2000).

[43] X. Mangcu, 'The Score So Far: Poverty Alleviation 0, Soccer World Cup 10', *The Sunday Independent,* 12 de marzo 2000.

nos devuelve a los acontecimientos apocalípticos ocurridos en Ciudad del Cabo al inicio del nuevo milenio.

Naturalizar la nación

> *"…alguna vez Ralph Waldo Emerson comentó sobre el impacto de la inmigración: "Una nación, como un árbol, no crece bien hasta que se le injerta un tallo foráneo"*[44].

Una lección del fynbos

Es posible interpretar la zarza ardiente como ejemplo épico del capricho mortal de la naturaleza. Esta es, sin duda, una construcción a la que los "africanos blancos", representados de manera desproporcionada en los círculos conservacionistas actuales, son especialmente propensos. Pero el gran impacto del incendio surgió, digamos, de la capacidad de esas flores y llamas de significar ansiedades políticas muy cargadas, muchas de ellas incapaces de ser nombradas en el discurso cotidiano; como así también de la promesa por la cual, de las cenizas, podría surgir un bien mayor: un "nuevo" sentido de comunidad, nación, sociedad civil marcadamente local en Sudáfrica. Pero no nos adelantemos. ¿Cómo es que esas flores y llamas llegaron a significar tanto para tantas personas?

Primero, la flora. Las flores siempre se han utilizado como significante del Estado moderno. En Sudáfrica, la *Protea cynaroides* (Protea gigante o rey), característica de los fynbos, ha sido la flor emblema durante muchos años. El fynbos como categoría inclusiva *sui generis* es asociado principalmente con la identidad y el patrimonio autóctono del Cabo Occidental; es su marca distintiva, el "rico manto" de la región[45]. Pero también de Ciudad del Cabo, cuyo surgimiento como ciudad internacional ha llegado a simbolizar. En ambos casos, se trata de una relación semejante a la del totemismo africano clásico: una relación entre humanos y naturaleza, lugar y especies, en la que uno enriquece a la otra siempre que los primero respeten y no consuman con imprudencia a la segunda. Es así como, al tiempo que la exportación de fynbos se convirtió en una gran industria en los años 60 –la demanda del mercado ha estimulado el desarrollo de numerosos cultivares "silvestres"– (Fraser y McMahon, 1988, 155)[46], la flora del Cabo se volvió objeto de preocupación, incluso podríamos decir de una "pasión" conservacionista cada vez mayor (Bond, 1993)[47].

---

[44] H. Radebe, 'Time We Became a Bit More Neighbourly', *The Star,* 16 de marzo 2000.

[45] J. Yeld, 'The Peninsula's Fynbos Will Flourish Again', *Saturday Argus,* 29-30 de enero 2000.

[46] M. Fraser y L. McMahon, *A Fynbos Year* (Ciudad del Cabo, 1988), p: 155.

[47] W. Bond, 'What Important Questions Remain Unanswered in the Fynbos Biome', in C. Marais y D. Richardson (eds.), *Monitoring Requirement for Fynbos Management,* A Collaborative Report of the

Destinataria de cada vez mayor protección estatal, es comúnmente descrita por los investigadores como una vegetación "en serio peligro", amenaza creciente provocada por aliens invasores (Richardson y Cowling, 1992)[48], cuya preponderancia ha superado a la de los seres humanos en el discurso ambientalista (Sirton, 1978, 8)[49]. Pero no siempre fue así. Todo lo contrario.

Para empezar, el uso de vocablo "*fynbos*" para referirse a las plantas autóctonas del suroeste del Cabo, el llamado "Bioma de Fynbos", es bastante reciente. Descrita por los primeros naturalistas como "Flora Capensis" (Harvey, 1859, 65)[50] o "Flora de Cabo" (Bolus, 1886)[51], esta vegetación fue bautizada oficialmente "Reino Floral del Cabo" a principios del siglo XX (Fraser y McMahon, 1988)[52] y así se la conoció durante décadas (Levyns, 1936; Adamson, 1958)[53]. El término fynbos ya aparecía en el libro del botánico J.P.H. Acocks, *Veld Types of South Africa*, de 1953, pero solo como traducción al afrikaans de "Coastal Macchia" (Acocks, 1953)[54]. A veces utilizado coloquialmente para referirse a las plantas de hojas perennes y pequeñas que crecen en la región, el término no se estableció en el lenguaje popular o botánico hasta finales de los 60 y principios de los 70[55]. Nótese que fue precisamente en aquel entonces

---

Fynbos Forum Group, Foundation for Research Development Programme Report Series, 11 (Diciembre1993), pp. 13-17.

[48] D. Richardson y R. Cowling, 'Whyis Mountain Fynbos Invasible and Which Species Invade?'. En B. Van Wilgen, D. Richardson, F. Kruger y H. van Hensbergen (eds), *Fire in South African Mountain Fynbos,* Ecological Studies, Vol. 93 (Berlin, 1992), pp. 161-181; P. Manders, y D. Richardson, 'Colonization of Cape Fynbos Communities by Forest Species', *Forest Ecology and Management,* 48 (1992), pp. 277-293.

[49] Véase por ejemplo C. Stirton (ed.), *Plant Invaders: Beautiful but Dangerous* (Ciudad del Cabo, Department of Nature and Environmental Conservation, 1978), p. 8.

[50] W. Harvey, *Flora Capensis: Being a Systematic Description of the Plants of the Cape Colony, Caffraria and Port Natal* (Dublin, 1859-65).

[51] H. Bolus, 'Sketch ofthe Flora of South Africa'.En J. Noble (ed.), *The Official Handbook of the Cape of Good Hope* (Ciudad del Cabo, 1886), pp. 286-317.

[52] Fraser y McMahon, *A Fynbos Year,* p. 119.

[53] M. Levyns, 'The Flora of the Cape Mountains', *Journal of the Mountain Club of South Africa,* 39 (1936), pp.: 16-20; R. Adamson, 'The Cape as an Ancient African Flora', *The Advancement of Science,* XV, 58 (1958), pp. 118-127.

[54] J. Acocks, *Veld Types of South Africa* (Botanical Survey of South Africa, Memoir 28, 1953), p. 13.

[55] Esto fue confirmado por botánicos que trabajaban en el bioma de fynbos, aunque parece que el término "fynbos" apareció por primera vez en una publicación en 1916 (conversación con Dave Richardson). El uso académico estándar del término inicia a principios de los 70. Por ejemplo, en un listado de conferencias de verano de la Universidad de Ciudad del Cabo en 1972 y en F. Kruger, "Ecology and Management of Cape Fynbos: Towards Conservation of a Unique Biome Type", artículo leído en el Segundo Simposio Internacional de la Asociación Sudafricana para el Manejo de la Vida Silvestre (Pretoria, 1977). Ciertamente, no recordamos que se utilizara durante nuestra niñez en el Cabo.

cuando la demanda internacional de Flora del Cabo comenzó a tomar vuelo y se conformó una asociación nacional para la comercialización del fynbos. También coincidió con la época en que los políticos comenzaron a llamarlo un "activo natural" y un "cofre del tesoro"[56], y en que los botánicos manifestaban por primera vez que se trataba de un "tipo de bioma único" digno de ser preservado (Kruger *et al.*, 1977).

En resumen, a pesar de que el fynbos ha llegado a representar un patrimonio "tradicional" de arraigo nacional y natural, se presenta como algo singular, y singularmente amenazado, en un momento específico de la historia sudafricana y del desarrollo histórico del capitalismo global en el que se forjan nuevas relaciones entre mercados transnacionales y se conforman identidades, culturas y ecologías sub-nacionales que parecieran ser amenazadas por las mismas fuerzas que las producen[57]. Antes de esto, la flora del Cabo parecía resistente (Adamson, 1929)[58]. De hecho, no hace mucho, en 1953, una autoridad en el tema describió al fynbos como un invasor cuya expansión amenazaba los pastizales mixtos del suroeste del Cabo (Acocks, 1953)[59]. Lo que ahora se dice de los aliens solía decirse, no hace mucho, de este "tesoro nacional".

Es cierto que la vegetación de este nicho ecológico *ha* cambiado mucho desde entonces. Pero también lo han hecho los valores que informan nuestra percepción de la misma. Donde alguna vez los agricultores veían la flora del Cabo como algo inútil, como fuente escasa para un pastoreo de pobres resultados en suelo estéril (Cowling y Richarson, 1992)[60], —un "paisaje de fynbos", en contraposición a un paisaje de pastizales o árboles que unen el suelo y proporcionan combustible— ahora se la da por sentado como la "comunidad clímax" (Cronon, 1983)[61]; es decir, un punto de llegada evolutivo a alcanzar y conservar. Esto, a pesar de otros posicionamientos posibles como, por ejemplo, el que sostiene que un "paisaje de fynbos" podría ser menos un

---

[56] L. Munnik, 'Foreword'. En C. Stirton (ed), *Plant Invaders: Beautiful But Dangerous* (Ciudad del Cabo, Department of Nature and Environmental Conservation, 1978), p. 7.

[57] Las culturas y las ecologías suelen estar vinculadas de forma explícita en este proceso. De hecho, algunos conservacionistas, como Fakir argumentan que "la conservación de la biodiversidad también debe ocuparse de la preservación de las culturas indígenas..."; M. Fakir, 'Biodiversity and Biotechnology in South Africa: Some Issues for the Developmentof Future Policy', (Land and Agriculture-Policy Centre, WorkingPaper 3, University of the Witwatersrand, 1994), p. 4.

[58] R. Adamson, 'Vegetation of the South-West Region', in *The Botanical Features of the South-Western Cape Province* (Ciudad del Cabo, 1929), pp. 15-39.

[59] Acocks, *Veld Types of South Africa,* pp. 14, 17.

[60] Cooling y Richardson, *Fynbos,* p. 21.

[61] W. Cronon, *Changes in the Land: Indians, Colonists, and the Ecology of New England* (New York, 1983), p. 10.

punto de llegada y más "una etapa en la progresión hacía el bosque" (Manders *et al.*, 1992)[62]. Desde este punto de vista, el ideal de mantener dicho paisaje en perpetuo equilibrio podría interpretarse como un ejemplo del tipo de funcionalismo que, según Cronon, "elimina a las comunidades ecológicas de la historia" (Cronon 1983)[63].

Un encuentro con aliens

Sin embargo, el fynbos no solo captó la imaginación de las personas en la poscolonia como frágil patrimonio. Ha sido también el protagonista forzoso de una lucha mortal contra invasores alógenos que amenazan con colonizar su hábitat y estrangular sus medios de supervivencia. "Actualmente se utiliza en las especies extranjeras... 3300 metros cúbicos de agua al año... 7% de la escorrentía media anual de Sudáfrica", declaró el Ministro de Asuntos Hídricos y Forestación en un simposio de altísimo nivel sobre especies invasoras, celebrado en Ciudad del Cabo después del incendio[64]. La ansiedad por estos invasores no se limita a Sudáfrica. Se ha convertido en un problema urgente en otras naciones de occidente, entre ellas Estados Unidos, Australia, Gran Bretaña y Alemania. Irónicamente, en Australia, es la flora sudafricana (el agrillo amarillo y la hierba del Cabo) la que es demonizada (Wace, 1988)[65]; irónico porque fueron las especies australianas, la vegetación que "crece más alto y arde con mayor facilidad que el fynbos", las que cargaron con la culpa por los incendios de enero de 2000 en el Cabo[66]. "Las peores" entre ellas fueron las acacias (incluidos los infames rooikrans), los pinos, el eucalipto azul y la hakea, esta última, para completar la ironía, un "arbusto de tipo Protea"[67]. Es cierto que existen contrastes reveladores entre los demás casos occidentales y la preocupación sudafricana por la

[62] P. Manders, D. Richardson, y P. Masson, 'Is Fynbos a Stage in Succession to Forest? Analysis of the Perceived Ecological Distinction Between Two Communities', in B. Van Wilgen, D. Richardson, F. Kruger y H. van Hensbergen (eds), *Fire in South African Mountain Fynbos,* Ecological Studies, Vol. 93 (Berlin, 1992), pp. 81-107; ver también M. Gandar y S. Forster, 'Impact of Commercial Afforestation on Rural Areas of South Africa' (Land and Agriculture Policy Centre, Policy Paper 14, University of the Witwatersrand, 1994), p. 19.

[63] Cronon, *Changes in the Land,* p. 10.

[64] Ronnie Kasrils as quoted in J. Yeld, 'Invasive Plants are Costing SA Dearly', *The Star,* 24 de febrero 2000.

[65] N. Wace, 'Naturalized Plants in the Australian Landscape', in R. Heathcote (ed.) for the International Geographical Congress 1988, *The Australian Experience* (Melbourne, 1988), pp. 139-150; G. Carr, J. Robin, y R. Robinson, 'EnvironmentalWeedInvasionof Natural Ecosystems: Australia'sGreatestConservationProblem', abstracten R. Groves y J. Burden (eds), *Ecologyof Biological Invasions: an Australian Perspective* (Canberra, 1986), p. 150.

[66] B. Jordan, 'Ash City'.

[67] M. Merten, "Blame it on the Weeds'.

naturaleza alien[68]. Aun así, las plantas exóticas *parecen* ser en todo el mundo tierra fértil para el melodrama y las alegorías resonantes. Esto, sostenemos, se debe a que transforman y representan terrores políticos difusos en hechos naturales.

Hubo un tiempo de gran entusiasmo en el Cabo por la importación de plantas. Ya en las primeras décadas del siglo XVIII, especies como el pino rodeno del Mediterráneo se introdujeron en grandes cantidades en las laderas de las montañas para satisfacer las demandas de madera de los pobladores (Fraser y McMahon, 1988, 187)[69]. A mediados del siglo XIX, el interés por los préstamos hortícolas se había vuelto hacia Australia –la otra colonia británica de las antípodas y eterno rival de Sudáfrica– cuyos brezales constituyen un bioma mediterráneo tan similar al del suroeste del Cabo que algunos sugieren una convergencia evolutiva entre ambos (Cody y Mooney, 1978)[70].

En un esfuerzo por unir los suelos de la ventosa Cape Flats, la llanura cultivable más importante de la región, el entonces Secretario Colonial comenzó a traer acacias y mirtos de Australia para proporcionar reparo y permitir la formación de dunas. En 1875, el gobierno fomentaba las grandes plantaciones de pinos rodenos y otras especies importadas, incluida la hakea y la acacia azul, para brindar reparo. Las autoridades estaban tan ansiosas por ver a estas especies exóticas echar raíces que distribuyeron millones de semillas y otorgaron premios a las mayores superficies plantadas[71]. Aquí se observa el marcado contraste con lo que ocurre hoy en día: existen en la actualidad medidas que gravan las semillas extranjeras y obligan a los terratenientes a remover estas mismas importaciones de sus propiedades[72].

¿Qué sucedió en estos 100 años? ¿Cómo fue que las otrora importaciones deseables se convirtieron en aliens invasores, "plagas", "colonizadores" e incluso "cáncer verde"?[73] Por un lado, las especies exóticas se propagan más allá de los confines de plantaciones y jardines –tanto de forma espontánea como por acción humana– entremezclándose con gran éxito con la flora del Cabo. Para los expertos,

---

[68] Por ejemplo, en escritos recientes sobre el tema provenientes de Australia, se da mayor importancia a los procesos de naturalización, reconociendo así que: (a) las especies exóticas de ayer pueden convertirse en las especies nativas de hoy; (b) por lo tanto, la distinción entre especies naturalizadas y autóctonas es, en el mejor de los casos, un proceso impreciso. Véase por ejemplo, Wace, 'Naturalized Plants in the Australian Landscape', p. 139 (véase también debajo).

[69] Fraser y McMahon, *A Fynbos Year,* p. 147.

[70] M. Cody, M. y H. Mooney, 'Convergence Versus Non Convergence in Mediterranean-Climate Ecosystems', *Annual Review of Ecology and Systematics,* 9 (1978), pp. 265-321.

[71] Hall, 'Invasive Weeds'. En *Fynbos Ecology,* p. 134.

[72] Yeld, 'Force Landowners'.

[73] Ver Anónimo, *The Green Cancers in South Africa* (sin editorial informada, 1959).

este proceso ganó terreno durante el siglo XX pero, hasta hace muy poco, no suscitaba mucho interés entre los botánicos, el gobierno o la población general; esto a pesar de que la inquietud ya se había manifestado a fines del siglo XIX (en 1937, se aprobó legislación para poner freno a algunas "malezas nocivas"[74], aunque resultó ineficaz). Hubo que esperar hasta fines de los 50 y los 60 para que la Sociedad Botánica de Sudáfrica estableciera un comité abocado a concientizar sobre el problema; recién entonces algunos voluntarios se dirigieron a los pastizales para cortar las especies malignas.

Durante las décadas de 1970 y 1980, la invasión de plantas en el Cabo fue objeto de un escrutinio creciente. Los botánicos, observando que la "infestación" extranjera era visible incluso en imágenes satelitales[75], concluyeron que "cualquier virtud que [las malezas invasoras] pudieran haber traído a la región de fynbos había quedado atrás". En 1978, el Departamento de Conservación de la Naturaleza y el Medio Ambiente publicó un popular libro de consulta llamado *Plant Invaders: Beautiful but Dangerous*, y se formaron nuevos grupos de voluntarios en áreas rurales de población blanca de clase media alta; aunque cabe poner en duda el resultado de dichos esfuerzos, ya que los aliens –como en las películas de serie B de Hollywood– parecieran prosperar cuando se los corta o quema[76]. Al mismo tiempo, los expertos locales continúan diciendo que las especies alógenas, en poblaciones controladas, s*í habrían traído algún beneficio*, y que, en cualquier caso, es imposible eliminarlas por completo ya que, incluso si esto fuera posible, "otras especies podrían convertirse en maleza en el futuro"[77]. Todo lo cual implica que las categorías botánicas cambian con el tiempo, visión que se refleja en los debates sobre el tema en otras latitudes, como Australia, donde la línea entre lo "naturalizado" y lo "nativo" se considera mucho más fluida (véase nota 249). En ese momento, las amenazas a la flora del Cabo se describían en términos causales y multidimensionales que incluían el fuego, el cambio climático y la intervención humana[78]. No siempre iba a ser así.

---

[74] Hall, 'Invasive Weeds', in *Fynbos Ecology,* p: 135; I. MacDonald, M. Jarman, y P. Beeston (eds), *Management of Invasive Alien Plants in the Fynbos Biome.* South African National Scientific Programmes, Report No. 111 (Pretoria, Foundation for Research Development, Council for Scientific and Industrial Research, 1985).

[75] Hall, 'Invasive Weeds'. En *Fynbos Ecology,* pp. 135, 139.

[76] Hall, 'Invasive Weeds'.En *Fynbos Ecology,* pp. 1, 151; ver también MacDonald *et al.* (eds), *Management of Invasive Alien Plants.*

[77] Hall, 'Invasive Weeds'. En *Fynbos Ecology,* p. 140.

[78] Day *et al*. (eds), *Fynbos Ecology*; Fraser y McMahon, *A Fynbos Year*; R. Cooling, D. Le Maitre, B. McKenzie, R. Prys-Jones y B. van Wilgen (eds), *Disturbance and the Dynamics of Fynbos Biome*

La década de 1990 fue testigo de una marcada tendencia a reducir las causas multidimensionales a agentes monolíticos —sobre todo, a las plantas exóticas— para explicar la fragilidad de la flora del Cabo. Esto quedó de manifiesto con el cambio de actitud hacia el fuego en el bioma de fynbos durante esa década, que culminó con el "holocausto" de enero de 2000.

Jugando con fuego

Como hemos mencionado, hace tiempo que se reconoce al fuego como elemento endémico en la ecología del Cabo (Marloth, 1924; Adamson, 1929)[79]. Los primeros colonos ya habían observado que cada año llamas "naturales" consumían grandes extensiones, mientras que la proporción e intensidad de los incendios variaba dependiendo de la edad y el estado de la vegetación, la topografía y las condiciones climáticas predominantes. Es cierto que gran parte de la quema es intencional: la creencia africana en la regeneración le ha adjudicado gran valor, a pesar de que las autoridades coloniales, inquietas por la posibilidad de que los nativos jugaran con fuego, habían aplicado severas medidas disuasivas[80]. La negativa oficial continuó hasta hace poco, cuando investigaciones sistemáticas pintaron una imagen más compleja de las formas y funciones de la combustión del fynbos[81]. Así, mientras que los medios, casi de forma unánime, los catalogan como "devastadores"[82], la opinión experta reconoce que la conservación de la diversidad de las especies "depende al menos parcialmente de los incendios"[83]. Pero estas salvedades fueron silenciadas en el debate popular que estalló luego de la conflagración del milenio en Ciudad del Cabo.

Lo que más nos preocupa aquí es el lugar cambiante que se le asigna a los aliens en los debates sobre la relación fuego-fynbos, así como en las políticas y en las percepciones que los informan. Es cierto, desde hace ya tiempo se afirma que ciertas

---

Communities, A Report of the Committee for Terrestrial Ecosystems. South African National Scientific Programmes, Report Nº 135 (Pretoria, Foundation for Research Development, Council for Scientific and Industrial Research, 1987).

[79] R. Marloth, 'Notes on the Question of Veld-Burning', *South African Journal of science,* 21 (1924): pp. 342-345; Adamson, 'The Cape as an Ancient African Flora'.

[80] Una ley aprobada en 1687 en el Cabo impuso un "severo escarmiento" a la quema no autorizada de pastizales. A los reincidentes les esperaba la pena de muerte; F. Kruger, 'Fire'. En Day *et al.* (eds*), Fynbos Ecology;* p. 43.

[81] Van Wilgen *et al.* (eds), *Fire in South African Mountain Fynbos,* Kruger, 'Fire'.

[82] Fraser y McMahon, *A Fynbos Year,* p. 140.

[83] Kruger, 'Fire', p. 44; T. van Rensberg, *An Introduction to Fynbos* (Pretoria: Department of Environment Affairs, Bulletin 61, 1987), p. 41.

especies importadas se queman con mayor intensidad que la flora del Cabo, la cual es, de por sí, bastante inflamable. Pero en el pasado la vegetación extranjera era sólo uno entre varios factores a los que se atribuían incendios de distintos tipos, escalas y consecuencias. Un informe de referencia sobre la cuestión[84], por ejemplo, ni siquiera menciona las plantas invasoras; la guía popular más reciente sobre el fynbos, de van Rensberg, ubica a las especies exóticas al final de una larga lista de posibles agentes de combustión[85]. Como hemos visto, ni siquiera el discurso público posterior a los incendios de 2000 se enfocó de inmediato en los aliens. Pero cuando lo hizo, se transformaron en una preocupación incendiaria.

No todo el mundo los culpó. Pero las voces disidentes fueron ahogadas a medida que la dialéctica del desastre cobraba impulso. Una hipótesis que atribuía el incendio al cambio climático a escala mundial fue descartada con rapidez[86]. Semejante calamidad parecía exigir una explicación fundada en contingencias locales. Otra línea argumental leída en la prensa afrikáans informaba sobre los mismos hechos, pero los trataba de manera bastante diferente. Ilustrativa, aquí, fue la postura de *Die Burger*, la organización principal del New National Party, con mayoría en el parlamento provincial del Cabo. Si bien el periódico mencionó que los expertos culpaban del incendio a los aliens, acusó directamente al gobierno del African National Congress, por su ineficiencia, su incapacidad para brindar servicios de emergencia, su negligencia sin límites en el Cabo, etc.[87].

Estas eran, por supuesto, divisiones entabladas entre fracciones de la población más o menos libres, que, además de hacerse eco de oposiciones políticas partidarias, dieron voz a la clase de tensión que a menudo surge en las poscolonias entre regionalismo y gobierno nacional. Sin embargo, muchos otros fueron excluidos por completo del debate público. Y para algunos de ellos, las plantas exóticas tenían un significado completamente diferente. Nos referimos a la gran cantidad de pobres y desempleados de la península, en particular, a aquellos que viven en asentamientos precarios.

Los "asentamientos" ilegales se han multiplicado en el área metropolitana del Cabo desde los últimos años del apartheid. En aquel entonces, quienes migraban a la ciudad se resistieron a ser expulsados por la fuerza hacia sus empobrecidos "lugares de origen" y, al hacerlo, llamaron la atención del mundo sobre el salvajismo del régimen gobernante. Durante mucho tiempo, los africanos se han sentido visitantes no

---

84 Kruger, 'Fire'.

85 van Rensberg, *An Introduction to Fynbos,* p. 41.

86 Ver M. Fees, 'Scientists Pour Cold Water on Global-Warming Claim', *The Star,* 17 de febrero 2000.

87 'Total plan Teen Brande', *Die Burger,* 21 de enero 2000; 'Regering en Dienste Moet Beter Koördineer Minister', *Die Burger,* 22 de enero 2000; 'Bokkie se Trane', *Die Burger,* 22 de enero 2000.

deseados en el Cabo Occidental, "tradicionalmente" reservado a blancos y mestizos. Sin embargo, a partir de la transición, la inmigración negra se convirtió en una verdadera avalancha. Las comunidades precarias han florecido a los costados de las rutas nacionales y en las laderas de las montañas, muchas de ellas cercanas a abundantes poblaciones de árboles exóticos muy combustibles, como los *rooikrans* australianos (*acacia cyclops*), cuya madera es la preferida para los *braaivleis* ("asados"), un verdadero rito de comensalidad entre los sudafricanos blancos.

Lo extraordinario acerca de la vida de muchos inmigrantes que han llegado al Cabo en tiempos recientes es el grado de dependencia de la madera foránea[88]. Se han instalado en claros en el monte, en asentamientos sin energía eléctrica, formados por filas y filas de casas cuadradas, la mayoría construidas con delgados troncos de rooikrans y otras acacias australianas apilados de forma horizontal. Entre estas moradas transitan mujeres y niños, cargando sobre sus cabezas parvas de leña de procedencia "extranjera"; la búsqueda de combustible es una característica permanente de la vida de los ocupantes, dondequiera que residan. Al costado de la ruta, los hombres venden paquetes de leña para asado a los viajeros –la gran mayoría, blancos y de clase media– que se trasladan a los frondosos suburbios o la costa de fynbos. Utilizados en festivales de comida local, estos aliens, condenados en público, son, en la esfera privada, el material de una práctica cultural sagrada[89].

No sorprende entonces que, frente al incendio, la primera reacción de Thami Mandlana, vendedor de madera y quizás el único residente de un asentamiento ilegal entrevistado por la prensa en ese entonces, fuera exclamar: "¡El precio de la leña se va a disparar este mes!"[90] Y tenía razón. El valor del paquete de rooikrans subió 50 por ciento después del incendio. Pero las consecuencias a largo plazo para estos leñadores fueron más alarmantes. Mandlana, de nuevo, decía:

> "Mucha gente... tala madera por aquí y ahora no habrá suficiente para todos. Nuestros corazones están tristes por este fuego... Este es nuestro único sustento y ahora casi no nos queda nada".

---

[88] No es de extrañar, entonces, que se apresuraran a preguntar a los primeros grupos de voluntarios para la erradicación de la flora exótica qué usos preveían para los árboles talados. Desde entonces, se han realizado esfuerzos en el marco del programa *Working for Water* (véase debajo) para desarrollar industrias secundarias que utilicen la madera exótica (http://www.waf.pwv.gov.za/idwaf/Projects/WFW/Secondary%20Industries.htm).

[89] En el marco de la campaña nacional para extirpar las especies invasoras, se ha sugerido que la quema de madera exótica como combustible doméstico es un deber patriótico; véase 'Hack Day 2000', special supplement to mark Water Week, *The Star,* 20 de marzo 2000.

[90] B. Jordan, 'Ash City'.

Esta es la otra cara de la historia de la vegetación foránea en el Cabo Occidental, que durante mucho tiempo ha sido una parte integral de la economía local —la de las clases marginadas– casi invisibles para aquellos conductores afortunados que los pasan de largo en las rutas. Pero en la poscolonia, donde la distribución de la riqueza está cada vez más polarizada y casi no hay ayudas estatales, es una parte vital; una encuesta reciente de *People's plants* en el Cabo estima el valor de la leña de rooikrans en 30 millones de rand por año (Van Wyk y Gericke, 2000, 284)[91]. Esto apenas afecta los intereses de aquellos para quienes los aliens se han convertido en anatema, para quienes consideran que ponen en peligro el futuro del patrimonio natural (y lucrativo) de la nación. Allí donde la flora importada sí alimenta el comercio formal, aquellos que dan a conocer sus peligros se han topado con dificultades: es el caso de Guy Preston, quien luego de haber culpado a los vastos bosques de árboles exóticos de exacerbar las inundaciones en Mpumalanga –una provincia asolada por la pobreza donde las gigantescas corporaciones madereras son el principal empleador– fue convocado para "aclarar" sus observaciones e hizo todo lo posible por explicar que la plantación de dichos bosques era "en general aceptable", ya que generaba puestos de trabajo muy necesarios y divisas[92]. Sin duda, el discurso de los aliens invasores tiene sus límites. Sin embargo, como veremos más adelante, su alcance ideológico es asombrosamente amplio, comprendiendo la integridad y la regeneración del propio Estado-nación.

Como pone de manifiesto la "aclaración" de Preston, los académicos expertos tienen un papel delicado en el encendido drama de la naturaleza alien, avivado por una prensa ferviente. A medida que la conservación del "patrimonio natural" es llevada hacia a un espacio de intensa pasión pública, los botánicos son convocados como nunca antes, y su trabajo se considera una cuestión nacional urgente y de peso. Sin embargo, cuando sus hallazgos se convierten en materia de movilización política, los matices se pierden –como el hecho de que no todas las plantas importadas son invasores agresivos. En otras palabras, las letradas protestas en los medios de comunicación aportaron pocos matices a una excitación creciente[93].

¿Cómo fue que se produjo esta inflación ideológica? ¿A qué ansiedades, intereses, emociones responde?

---

[91] B. van Wyk y N. Gericke, *People's Plants: A Guide to Useful Plants of South Africa.* (Pretoria, 2000), p: 284.

[92] G. Preston, 'Loving the Alien', letter to the *Mail & Guardian,* 18-24 de febrero 2000.

[93] Es, por ejemplo, el caso de Richard insistiendo en que "el fuego en los fynbos es normal"; Yeld, 'The Peninsula's Fynbos will Flourish Again'.

Aliens y Renacimiento Africano

Hasta hace algunos años, el término "alien" tenía connotaciones bastante arcaicas en Sudáfrica, consagradas en leyes, como la de Extranjería (1937) y la de Registro de Extranjeros (1939), cuyo objetivo había sido prevenir la afluencia de refugiados europeos en la antesala de la Segunda Guerra Mundial. Esta legislación permaneció casi intacta hasta los 90[94], cuando los aliens volvieron a constituir un tema político cargado, esta vez en la "nueva" Sudáfrica. Fue también por esos tiempos que la flora extranjera adquirió nueva relevancia para convertirse a la vez en materia de emergencia ecológica y en objeto de renovación nacional[95]. Quizás la evidencia más contundente fue el Programa *Working for Water* (WFW), lanzado en 1995 por el entonces Ministro de Asuntos Hídricos y Forestación, Kader Asmal. Como parte de la iniciativa gubernamental de Reconstrucción y Desarrollo post-apartheid, el plan se abocó de lleno a la erradicación de vegetación alógena. Considerado un proyecto de obra pública emblemático para la creación de puestos de trabajo y la lucha contra la pobreza, el programa preveía la tala de arbustos durante 20 años, a un costo anual de 600 millones de rand. Su tono era urgente: "[Las plantas exóticas] son comparables a una epidemia sanitaria que se propaga fuera de control", declaraba la página de inicio del WFW[96]. Se promulgarían leyes para llevar a la justicia a los terratenientes que no pusieran freno a esta flora. La intervención conjunta no se trataba solo de restaurar el potencial productivo de la tierra. También se invertiría en los sectores "más marginados" de la sociedad sudafricana, con el fin de promover la equidad social. Mujeres y jóvenes desempleados, ex-convictos, incluso personas sin hogar, serían rehabilitados al unirse a los equipos de erradicación de aliens y a las industrias que convertían a estos invasores en productos comercializables. Mientras tanto, se exhortó a la población a no comprar ni vender plantas exóticas y a denunciar ante las autoridades a cualquier persona que fomentara su propagación.

En otras palabras, la naturaleza alien se convertiría en la materia prima del renacimiento comunitario. Al principio, el éxito del plan fue dispar. El financiamiento sostenido de las unidades de erradicación resultó dificultoso, a pesar de que los medios mostraran imágenes conmovedoras de ex-desempleados cercenando las especies no deseadas. En julio de 1997, el diario *Cape Argus* informó que el Consejo Metropolitano del Cabo había "mandado a volar" al ministro Asmal, al negarse a

---

[94] Fue reemplazada por la Ley 96 de Control de Extranjeros de 1991 y sus posteriores modificaciones.

[95] Véase Hall, 'Invasive Weeds', p: 138. El apoyo gubernamental en ese entonces provino principalmente del Departamento de Servicios Técnicos Agrícolas a través de su Instituto de Investigación para la Protección Fitosanitaria.

[96] http://www.dwaf.pwv.gov.za/idwaf/projects/WFW/Default.htm.

financiar la remoción de plantas invasoras en Table Mountain[97]. Las iniciativas para sancionar legislación sobre el tema también generaron controversia: las propuestas para gravar la "interceptación de agua" y la "contaminación por semillas exóticas" provocaron enérgicas protestas de la industria maderera[98]. Si bien el plan de erradicación fue pensado para "mantenerse a flote" durante uno o dos años, la ansiedad de la población por las especies invasoras se hizo escuchar cada vez más fuerte.

Fue así que, cuando estallaron los incendios apocalípticos en enero de 2000, no era poco el entusiasmo por atacar a los aliens. A los pocos días del incendio se lanzó la Operación Ukuvuka para frenar el fuego, y los medios y sponsors corporativos intervinieron en apoyo del Programa *Working for Water*[99]. Incluso la poderosa Asociación de Propietarios Forestales, que había sabido oponerse al programa en el pasado, llegó a un tenso acuerdo para la remoción de flora extranjera en los márgenes de los ríos[100]. Con el sentimiento popular enfocado más que nunca en atacar a la "plaga", los voceros públicos parecían decididos a rescatar un cierto "espíritu de comunidad"[101] de las cenizas. El nuevo ministro de Asuntos Hídricos y Forestación lo expresó de manera sucinta[102]:

> "El fuego nos ha unido. Todos los actores principales —autoridades, intereses comerciales, propietarios de tierras y el público general— pueden unirse ahora para garantizar que nunca más volvamos a estar en riesgo. Y la clave es la remoción de estas plantas exóticas..."

En aquel entonces parecía haber una fe generalizada en que la purga de la flora extranjera tenía "enorme potencial para la creación de empleo", algo prioritario para la construcción de la nación. El director de la Sociedad Botánica de Sudáfrica aprovechó la ocasión para sugerir que el "sector ambiental" merecía el 15 por ciento

---

97 A. Weiss, 'Alien Plants Plea by Asmal Rejected: Dispute Over Water Supply', *Cape Argus,* 3 July 1997.

98 Asmal Defends Pay for Rain Plan', *Cape Argus,* 5 May 1997.

99 *Ukuvuka,* en Xhosa "despertar"; como hemos visto, la imagen del llamado de alarma estuvo omnipresente en este discurso. Véase B. West, '"Firestop" Launched to Save Mountains', *Cape Times,* 7 de febrero 2000; J. Yeld, 'Four Fire-Hit Hotspots Get Top Priority in R3,6m Rescue Effort', *Cape Argus,* 21 February 2000.

100 J. Soal, 'Working for Water has Deal with Forestry on Alien Plants', *Cape Times,* 22 de febrero 2000.

101 de Villiers, 'Take Decisive Steps'.

102 Yeld, 'Wake Up Cape Town'.

de las ganancias de la Lotería Nacional, aquel sustituto neoliberal del bien común[103]. Pronto seguiría la Semana Nacional del Agua y el Día de la Tala, con suplementos especiales en los diarios que ilustraban a los aliens más ofensivos, pedían a la población que denunciara a quienes los albergaban y llamaban, en nombre del patriotismo, a sumarse a los grupos de voluntarios para su remoción[104].

Conforme pasaban los días, los políticos establecían conexiones más evidentes entre la guerra contra los aliens y la prosperidad colectiva de la nación. Un simposio para debatir la cooperación internacional en el control de especies invasoras, celebrado en Ciudad del Cabo a un mes del incendio (véase más arriba), atrajo a no menos de cuatro ministros de gobierno, uno de los cuales portaba un mensaje del presidente. "Estamos todos juntos en esto", declaró el Ministro de Asuntos Hídricos, "porque las especies exóticas no respetan las líneas trazadas en los mapas"[105]. Se señaló que en comercio y turismo internacional ya existía la categoría de "pasajeros internacionales no deseados", para designar a la flora extranjera y los insectos transmisores de enfermedades[106]. Pero las palabras más potentes fueron las del propio presidente Mbeki: "[las plantas exóticas] se interponen en el camino del renacimiento africano"[107].

Objetos extranjeros: la política de extrañamiento en la poscolonia

Y así, en una retórica que reflejaba y magnificaba el estado de ánimo de la población, las plantas invasoras se vieron entrelazadas con el estado de la nación. Pero esto todavía no responde a las preguntas planteadas más arriba: ¿a qué ansiedades, intereses, condiciones históricas le habla en definitiva la alegoría de la naturaleza alien, alimentada por el fuego y las inundaciones?

¿Qué subyace a la inflación ideológica que comenzó con la zarza ardiente y encendió pasiones patrióticas, para luego estallar tan ferozmente como para hacer peligrar el renacimiento africano? Una posible respuesta se halla en un conjunto

---

[103] Dr. B. McKenzie quoted in 'Many Lessons to be Learnt from Fires, Floods', *The Star,* 15 de febrero 2000.

[104] See 'Hack Day 2000', special supplement for Water Week, *The Star,* 20 de marzo 2000.

[105] Discurso en el Simposio Internacional sobre Buenas Prácticas de Gestión para Prevenir y Controlar Especies Exóticas Invasoras, Kirstenbosch (Ciudad del Cabo), 22-24 Febrero 2000 (actas de próxima publicación); véase también Yeld, 'Invasive Plants are Costing SA Dearly'.

[106] M. Merten, 'Eradicating Invasive Aliens', *Mail & Guardian,* 3-9 de marzo 2000

[107] Mensaje del Presidente Mbeki, leído por Valli Moosa, Ministro de Asuntos Ambientales y Turismo, en el Simposio Internacional sobre Buenas Prácticas de Gestión para Prevenir y Controlar Especies Exóticas Invasoras, Kirstenbosch, 22-24 de febrero 2000; véase también K. Bliksem, 'Only the Truly Patriotic can be Trusted to Smell the Roses, and Weed Them Out', *Sunday Independent,* 22 de febrero 2000.

de asociaciones implícitas e intuiciones orgánicas que, a medida que emergieron en la esfera pública, dieron una idea de la infraestructura de la conciencia-popular-en-formación; en particular, de la forma en que los procesos de naturalización posibilitaron: (i) decir lo indecible, cuestionar lo incuestionable, para abordar así las contradicciones inherentes a la construcción de lo nacional en la poscolonia bajo las condiciones existentes luego de 1989; y (ii) lidiar con la sensación de aprehensión que parece acompañar esta era de globalización, de fronteras a la vez abiertas y cerradas, de personas inevitablemente en movimiento, de diferencias sociales y culturales irreductibles, de la política de las concesiones, y de un bien común en contracción.

Tómese este comentario de una conocida columnista de prensa, escritora satírica y cínica confesa:

> "Sin duda, hay entre quienes escriben de jardinería algunos que no lo pensarían dos veces antes de declamar prodigiosas alabanzas a algo tan inocente... como el jacarandá... Pero... puede que no seas más que.... un racista. De formar subliminar, claro... Detrás de sus flores y sus espléndidas ramas, el jacarandá no es más que un acaparador de agua... un alien que propaga las malas hierbas"[108].

Al igual que los inmigrantes naturalizados, en el pasado, las plantas importadas fueron un medio para embellecer a la nación. Alguna vez el jacarandá (*Jacaranda mimosifolia*) fue "casi... el árbol nacional de Sudáfrica"[109]. Hoy en día, frente a un drama extraño en el que la flora significa lo que a la política le cuesta nombrar, se convierten en objetos de extrañamiento, incluso de *raci-nación*; esto en una tierra obsesionada con quién es o no ciudadano, con los derechos constitucionales y su vulneración, y con eliminar todos los vestigios de racismo del cuerpo político, en especial, de la prensa liberal[110]. Otra columnista fue más explícita al hablar de la "limpieza étnica" del paisaje sudafricano. Durante siglos, escribía, la gente disfrutó la sombra de los robles, el aroma de las rosas: todos aliens. Ahora, "atascados en la complacencia de la democracia", culpan de todo mal a esos mismos aliens[111]. Pero fue una carta irónica a *Mail & Guardian*, quizás el diario más destacado de Sudáfrica, la que expuso el subtexto político de forma más brutal.

---

[108] Bliksem, 'Only the Truly Patriotic Can be Trusted to Smell the Roses'.

[109] E. Moll y G. Moll, *Common Trees of South Africa* (Ciudad del Cabo, 1994), p. 49.

[110] En ese entonces, la Comisión de Derechos Humanos llevaba a cabo una controvertida investigación sobre racismo, tanto explícito como "subliminal", en los principales medios de prensa; véase, por ejemplo, E. Rapiti, 'Journalists Must Do Their Jobs Without Interference', letter to the *Mail & Guardian,* 10-16 de marzo 2000.

[111] C. Lazar, 'Forget Alien Plants, What About Guns?', *The Star,* 7 de marzo 2000. Para una respuesta desde el Programa Working for Water, véase B. van Wilgen, letter to *The Star,* 14 de marzo 2000.

> "Nuevamente es hora de vapulear a los aliens. Siendo uno yo mismo, soy particularmente susceptible a las críticas hacia los aliens, incluso si se trata de plantas... Por supuesto, las plantas no pueden responder a estas acusaciones. Pero antes de que el Departamento del Interior se vea obligado a investigar los permisos de residencia de estas plantas, yo, como en calidad de alien preocupado, deseo recordarles a todos que plantas como el maíz... la soja, el girasol... se originaron fuera del continente africano. Y, en cualquier caso, ¿las plantas exóticas, que causan incendios e inundaciones, cruzaron solitas las fronteras para establecer plantaciones?"[112].

Para este alien interpolado, que no vive de ilusiones, las alusiones son obvias. Provienen de la naturalización de la xenofobia. Apenas desplazada al reino vegetal, esta es una cruzada angustiosamente familiar: la demonización de inmigrantes y refugiados por parte del Estado y sus ciudadanos por igual.

Se ha señalado que los inmigrantes y, de forma más reciente, quienes buscan asilo son el "fantasma" en cuyo miserable destino se ha fundado la política neoliberal triunfante de la "nueva" Europa. También en Sudáfrica, la fobia hacia los extranjeros, sobre todo de otras partes de África, ha sido el vástago ilícito de una democracia incipiente, que creció, quizás paradójicamente, a la par de llamamientos al Renacimiento Africano y al ubuntu: un sentido de humanidad africano.

Que esto le ocurra a un pueblo familiarizado con el exilio, que en el pasado ha convivido en relativa paz con la mano de obra inmigrante, parece aún más irónico, y tanto más necesario resulta brindar una explicación. En los últimos tiempos, la fobia, que comenzó como una sensación difusa de desconfianza, se ha solidificado en una activa antipatía hacia lo que se percibe como una sombría nación-alien de "*inmigrantes ilegales*"; el calificativo se ha vuelto casi inseparable del signo, al igual que en el reino vegetal, el adjetivo "invasor" se encuentra atado al sustantivo "alien". Popularmente considerados "buitres económicos"[113] que usurpan los empleos y recursos, que fomentan el crimen, la prostitución y propagan enfermedades, estos anticiudadanos, estos *doppelgangers* son acusados –en curiosa analogía con la flora no autóctona– de proliferar sin control, y de desviar la riqueza de la nación, que por cierto se reduce aceleradamente (Sinclair, 1996; Reitzes, 1994)[114].

Los aliens son una especie distintiva en el imaginario popular. En una tergiversación paródica del pasado, están marcados ineludiblemente por el color de la

---

[112] M. Aken'Ova, 'Loving the Alien', *Mail & Guardian,* 18-24 de febrero 2000.

[113] Radebe, 'Time We Became a Bit More Neighbourly'.

[114] M. Sinclair, 'Unwilling Aliens: Forced Migrants in the New South Africa', *Indicator,* 13, 3 (1996): 14-18; Reitzes, 'Alien Issues'.

piel y la cultura "nativa". Esto se hace más patente, como sucede a menudo, en los momentos de confusión de identidad: cuando se piensa que los propios sudafricanos son forasteros y se los trata en consecuencia. Como le ocurrió a una estrella nacional del voleibol, detenido por la policía porque su piel era demasiado oscura, o al hijo de un ex exiliado, arrestado ocho veces en los últimos años porque su "anatomía facial" y su acento lo identificaban como extranjero[115]. Una vez identificados, los "ilegales" rara vez son diferenciados de los inmigrantes o refugiados legítimos[116]. A todos ellos se los llama makwerekwere –en idioma sotho un término despectivo para "mal hablado"– e implícitamente se los excluye de la comunidad moral. Muchos viven con temor a ser deportados. O algo peor. Un temor que está bien fundado. Con la relajación de los controles sobre la mano de obra inmigrante, en el pasado garantizados por acuerdos intergubernamentales y fronteras electrificadas[117], Sudáfrica se ha convertido en el destino elegido por un número sin precedentes de personas que llegan desde el norte, de países en crisis; las estimaciones varían de dos a ocho millones[118]. Esta afluencia se ha producido en un contexto de transformación de la economía nacional que ha alterado de forma significativa las relaciones entre trabajo y capital (Comaroff y Comaroff, 1999)[119]. No se trata solo de que la drástica reducción de personal, eufemizada como "crecimiento sin empleo", haya costado unos 500.000 puestos de trabajo en los últimos cinco años (la mayoría de ellos ocupados por personas negras)[120], lo que más llama la atención es que, en la actualidad, más del 80 por ciento de los empleadores optan por el trabajo flexible y "no regulado"(Adam *et al.*, 1998, 209)[121], en gran medida realizado por trabajadores "ilegales", no sindicalizados y mal pagos, a quienes los productores agrícolas y los industriales consideran esenciales para la supervivencia de sus empresas en mercados competitivos (Reitzes,

---

115 H. Radebe, 'Persecuted for an Incorrect Facial Structure', *The Star,* 16 de marzo 2000; L. Madywabe, 'My Four Hours as an Illegal Immigrant', *Mail & Guardian,* 3-9 de marzo 2000.

116 Madywabe, 'My Four Hours as an Illegal Immigrant'.

117 Estos acuerdos establecían términos de contrato e indemnización y no permitían a los trabajadores extranjeros afiliarse a los sindicatos; Reitzes, 'Alien Issues', p. 8.

118 Véanse las conclusiones del South African Migration Project, resumidas en C. Carter y F. Haffajee, 'Immigrants are Creating Work-Not Taking Your Jobs', *Mail & Guardian,* 11-17 Septiembre 1998, p. 3; véase también J. Matisonn, 'Aliens Have Many Years' Respite in SA', *The Sunday Independent,* 19 de marzo 2000.

119 Véase J. Comaroff y J. L. Comaroff, 'Alien-nation: Zombies, Immigrants, and Millennial Capitalism', *Codesria Bulletin,* 3/4 (1999), pp. 17-28.

120 Véase P. Salopek, 'Mandela Stresses Success, Struggle', *Chicago Tribune,* 6 de febrero 1999.

121 H. Adam, F. van Zyl Slabbert y K. Moodley, *Comrades in Business: Post-Liberation Politics in South Africa* (Ciudad del Cabo, 1998), p. 209.

1994, 8)[122]. No es de extrañar, entonces, que el desempleo se haya vuelto una ansiedad omnipresente, visto como un impedimento grave para la prosperidad poscolonial, y que derrotar al alien[123], quien representa la mayor amenaza al trabajo y al bienestar, se muestre como un modo persuasivo de afrontar el despojo económico.

Es así que los extranjeros —en especial los extranjeros negros— generan consternación y disputas a lo largo y a lo ancho de la nueva nación, entre los políticos y sus partidos, en los medios y los sindicatos, e incluso entre vendedores ambulantes y desempleados[124]. En septiembre de 1998, una multitud que regresaba en tren desde Pretoria, donde se habían manifestado por la pérdida de empleos, arrojó del tren y mató a tres *makwerekwere*, porque creer que eran quienes les robaban sus puestos de trabajo[125]. Unos meses más tarde llegaron informes de una banda de matones en Johannesburgo dedicada a la "eliminación sistemática" de aliens[126]. Los inmigrantes y sus propiedades son atacados constantemente por las comunidades locales, forzados a vivir en "guetos", criminalizados y convertidos en chivos expiatorios[127]. Una encuesta realizada en 1997 por el South African Migration Project, bajo el auspicio del Instituto para la Democracia, clasificó la hostilidad de los sudafricanos hacia los recién llegados como una de las más altas del mundo. Tan grave es la situación que la Comisión de Derechos Humanos lanzó una "Campaña para frenar la xenofobia"

---

122 Reitzes, 'Alien Issues', p. 8.

123 Debido a que, en su mayoría, la pérdida de puestos de trabajo se produjo en la franja con salarios más bajos –donde se da mayor importancia a los servicios de asistencia social– el sentimiento anti-alien se dirige masivamente hacia los africanos. Los inmigrantes asiáticos, europeos y de otras partes de occidente, percibidos como más ricos y mejor educados, son bienvenidos y recientemente se lanzó una medida política para fomentar la inmigración calificada. Véase Radebe, 'Time We Became a Bit More Neighbourly'; K. Magardie, 'Skilled Immigration to be Encouraged', *Mail & Guardian,* 11-16 de marzo 2000.

124 Por ejemplo, la Cámara Africana de Vendedores Ambulantes y Negocios Informales afirma que los inmigrantes ilegales ponen en peligro las actividades comerciales de sus miembros, la Asamblea Sudafricana de Sindicatos ha amenazado con ir a huelga debido a la contratación de extranjeros no sindicalizados y el Inkatha Freedom Party ha advertido que "recurrirá a la fuerza" si el Estado no "toma medidas drásticas" al respecto; véase Reitzes, 'Alien Issues', p. 8. Asimismo, en reiteradas ocasiones se ha acusado a la prensa de fomentar la xenofobia; véase, P. Dube, 'Media Berated for Stoking Xenophobia', *The Sunday Independent,* 27 de febrero 2000.

125 'Jobless Mob Goes on Death Rampage', *Cape Argus,* 4 de septiembre 1998.

126 T. Amupadhi, 'African Foreigners Terrorized', *Mail & Guardian,* 18-23 de diciembre 1998.

127 Sinclair, 'Unwilling Aliens', p. 16. Nuestras observaciones en la Provincia del Noroeste lo confirman. Por ejemplo, una carta al diario *The Mail* (ciudad de Mafikeng) de un "vecino preocupado" informaba sobre dos "extranjeros ilegales" que tenían negocios en las afueras de la ciudad y los acusaba de "robarles a ciudadanos sudafricanos que trabajan duro"; 'Illegal Aliens-Where's the Justice?', *The Mail,* 23 July 1999.

y numerosos entes gubernamentales promueven activamente proyectos culturales destinados a combatir la discriminación contra los extranjeros[128].

Sin embargo, el Estado mismo es un actor que se muestra ambiguo frente a este drama. Por un lado, realiza un esfuerzo denodado por mantener los estándares del universalismo liberal, insistiendo en la protección acérrima de los derechos humanos; por el otro, en ocasiones contribuye, ya sea de forma consciente o inconsciente, al clima de xenofobia. Así, por ejemplo, los organismos de seguridad no han podido resistir la tentación de atacar al "fantasma" extranjero. Conforme los cuestionamientos a la capacidad del Estado de mantener el orden público fueron en aumento, de forma proporcional, el Ministerio de Seguridad se volvió más activo en su guerra contra los no ciudadanos: cuando aumentó la ansiedad por las plantas invasoras en las primeras semanas de 2000, el gobierno anunció una acción "al mejor estilo estadounidense para librar a Sudáfrica de los ilegales" (véase más arriba) y para penalizar a aquellos que, a sabiendas, les dieran empleo. El paralelismo no podría haber sido más claro. Al poco tiempo, la policía protagonizó redadas de gran repercusión mediática en "clubes de caballeros" de diferentes partes del país sospechados de traficar trabajadoras sexuales indocumentadas[129]. Las arremetidas contra los "ilegales" continuaron en el mundo del espectáculo, los medios y la industria de la música[130]. En cuestión de semanas, el propio Ministro de Seguridad inauguró en Johannesburgo una serie de ataques sorpresa contra los bastiones del negocio de inmigrantes, prometiendo "expulsar por completo a todos los elementos criminales e inmigrantes ilegales"[131].

Los altos mandos de la policía de Pretoria hicieron lo propio. Sobrevino el pánico cuando unas 14.000 personas fueron investigadas, más de 1.000 arrestadas[132] y, a pesar de las protestas, "ciudadanos honestos que pagan sus impuestos" fueron

---

[128] Esta campaña es una iniciativa conjunta de la Comisión de Derechos Humanos, el Consorcio Nacional para Asuntos de los Refugiados y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados; M. Kebede, 'Don't Let this be a Curse', *Cape Argus,* 12de enero 2001. Una exposición titulada *Kwere Kwere. Journeys into Strangeness,* realizada en el Castillo de Buena Esperanza en Ciudad del Cabo entre marzo y abril de 2000, contó con el apoyo de la Fundación para las Artes y la Cultura de la Presidencia de la Nación y el Consejo Nacional de las Artes de Sudáfrica.

[129] 'Brothel Raided', *Pretoria News,* 3 de marzo 2000; P. Molwedi, 'Brothel Owner Granted Bail of R10 000', *The Star,* 7 de marzo 2000.

[130] E. Maluleke, 'Bitter Informants Flush Out Successful, but Alien Celebs', *Cite Press,* 13 de febrero 2000.

[131] M. Tsedu, 'Illegals Deserve Better Than This', *The Star,* 20 de marzo 2000; Radebe, 'Time We Became a Bit More Neighbourly'

[132] '121 Illegal Immigrants Held in Swoop East of City', *Pretoria News,* 3 de marzo 2000; 'Police Raid Sex Club', *Sunday Times,* 19 de marzo 2000.

humillados en las calles y a bordo de taxis[133]. Informes que recordaban la era del apartheid hablaban de violencia en la calle frente al Departamento de Asuntos Internos, donde acampaban los refugiados, desesperados por obtener su documentación. Incluso se habló de que ciudadanos extranjeros detenidos en un centro de deportación privado habían sido brutalmente golpeados y saqueados[134].

Entonces sobrevino la reacción: en medio de acusaciones de excesos, respetados comentaristas sostuvieron que las políticas de represión habían sido en extremo contraproducentes, poniendo en riesgo los derechos humanos. Otros se les sumaron para realizar un pedido urgente por una política de inmigración adecuada y aplicable[135]. Mientras tanto, comenzaron las sospechas, al igual que había ocurrido con las plantas invasoras, de que el afán por eliminar a los aliens estaba mal direccionado. ¿Por qué este hostigamiento hacia los extranjeros?, se preguntaba un "ciudadano consternado". Como si fueran *ellos* los culpables de las"violaciones, asesinatos, secuestros y robos a bancos" que los sudafricanos cometen unos contra otros[136]. La respuesta parecía clara, al menos para Steven Friedman, director del Centro de Estudios Políticos de Johannesburgo[137]: puede que arrestar a inmigrantes "'ilegales' no contribuya en nada a reducir la delincuencia", pero *sí* da la "apariencia de acción y eficacia" por parte del gobierno, una ilusión que "con frecuencia es tan importante como la realidad". Este, en resumen, es precisamente un ejemplo del tipo de actividad simbólica que ya mencionamos, del exceso ritual mediado por las masas, dirigido a producir poder estatal y unidad nacional, que ocupa un lugar tan destacado en la segunda era poscolonial. Y que parece funcionar. Según una encuesta del Consejo de Investigación en Ciencias Humanas, señala Friedman, en diciembre de 1998, la mayoría de los ciudadanos creían que el gobierno había perdido su capacidad de poner coto a la delincuencia y garantizar el orden público. En marzo de 2000, alrededor del 60 por ciento pensaba que

---

133 Madywabe, 'My Four Hours as an Illegal Immigrant' ; L. Mitchelson, 'Anti-Crime Blitz Should be Extended to All Suburbs', letter to *The Star,* 17 de marzo 2000.

134 Los reportes de violencia en el centro, propiedad de un consorcio que incluye a miembros de una "elite combativa", no son nuevos. En este caso, la embajada de Camerún presentó una protesta formal al gobierno sudafricano; C. Banda y G. Clifford, 'Cameroon to Lodge Protest Over Repatriation Center Beating', *The Star,* 17 de marzo 2000. Ver también Tsedu, 'Illegals Deserve Better Than This'.

135 Véase 'We Should See Human Rights Body as Our Ally', comentario especial del editor, *The Sunday Independent,* 19 de marzo de 2000. Por su parte, las Leyes de Control de Extranjeros de 1991 han recibido numerosas críticas y funcionarios del gobierno han reconocido que su aplicación es "arbitraria y subjetiva"; véase Sinclair 'Unwilling Aliens', p. 15, Matissonn, 'Aliens Have Many Years' Respite in SA'.

136 Mitchelson, 'Anti-Crime Blitz Should be Extended to All Suburbs'.

137 S. Friedman, 'Action with Too Little Discussion', *Mail & Guardian,* 24-30 de marzo 2000.

el gobierno sí tenía cierto control, a pesar de que no había habido cambios en la incidencia de los delitos graves.

Finales y significados

Geschiere y Nyamnjoh (2000)[138] sostienen que en África el énfasis creciente en la autoctonía, y consecuentemente en la exclusión *del allogéne*, del extranjero, se aparta en gran medida de viejas ontologías del ser, del pertenecer y de la diferencia, sobre todo, aquella de la etnicidad, con la que comparte muchas de sus características, entre ellas, la capacidad de despertar fuertes emociones y justificar la construcción de fronteras sociales inequívocas. La autoctonía, sugieren, es menos específica, más proteica en su sustancia. Sus discursos flexibles se adaptan fácilmente a "un cambio de un Otro a otro". Por tanto, están más abiertos a una manipulación política simultánea en varios niveles; sobre todo como reacción a los procesos sociales y económicos puestos en marcha por "corrientes globales en apariencia indefinidas".

Pero mucho más puede decirse sobre la relevancia de la autoctonía como alegoría naturalizadora del ser-en-el-mundo colectivo; como así también sobre su relevancia como motor de acción colectiva. Es innegable que, en la Sudáfrica postapartheid, la indignación contra los aliens *ha* servido como un llamado a las armas bastante versátil, uniendo a personas que durante mucho tiempo habían estado divididas por la clase, el color y la cultura: es movilizada con entusiasmo por aquellos que buscan invocar una nueva nación, no simplemente tendiendo un puente sobre antinomias ya conocidas, sino levantando fronteras finitas bajo condiciones que, pareciera, amenazan con disolverlas por completo. Y, con ellas, las coordenadas de la comunidad material y moral. Hemos detallado esas condiciones, se hallan en las circunstancias históricas particulares de los Estados-nación poscoloniales de fines del siglo XX, de su incorporación a una economía capitalista mundial cuyas formas y medios neoliberales han alterado los patrones fordistas de producción y consumo, la articulación del trabajo y el capital, la naturaleza de la soberanía y la identidad ciudadana, las geografías del espacio y el tiempo, y mucho más. De ahí nuestra la insistencia previa en evitar situar la comprensión de esos Estados-nación en una sociología de tipos ideales —que ciertamente resultaría conveniente— para ubicarla, en cambio, en las especificidades bien definidas de su segundo advenimiento, luego de 1989.

Aquí, entonces, radica uno de los elementos del contrapunto teórico que anima este artículo: la conceptualización de los sistemas políticos poscoloniales. Escapa al

[138] Geschiere y Nyamnjoh, 'Capitalism and Autochthony', pp. 423-425, 448.

alcance de este trabajo "teorizar" sobre dichos sistemas políticos, sea cual fuere su significado en este momento de la historia del pensamiento social occidental. No obstante, por la forma en que se insertan en la historia mundial, hemos argumentado, estos sistemas muestran tres características sobresalientes. Cada una representa una intensificación del predicamento *sui generis* de los Estados nación contemporáneos, cada una, un corolario del rostro cambiante del capitalismo, y todas ellas interconectadas. La primera es la transfiguración del sujeto político modernista: un *distanciamiento* del sentido de pertenencia a una comunidad, imaginada como homogénea, de individuos portadores de derechos, y un *acercamiento* a una comunidad en la que la diferencia es endémica e irreductible, en la que la política subsume a diferentes personas con una variedad de identidades y derechos constituidos de manera diversa. En otras palabras, se va *del* énfasis en la ciudadanía basada en una "profunda fraternidad horizontal", respecto de la cual todas las demás conexiones son secundarias, *a* una en que cada nacional es un "actor" arraigado verticalmente (como las plantas al suelo) en un organismo corporativo; *de* la noción de que la vinculación puede conseguirse igualmente por adscripción, residencia, inmigración y naturalización, *a* la primacía de la autoctonía, convertida en la más "auténtica", más esencial forma de conexión.

La segunda es la lógica contradictoria de las fronteras soberanas: la necesidad simultánea de que estén abiertas a diversos flujos (financiero, de trabajadores, mercancías, consumidores, infraestructura) y lo suficientemente enclavadas para ofrecer una ventaja competitiva a nivel mundial y servir a los intereses materiales de una ciudadanía nacional; o sea, se trata de administrar los tipos de diferencia, de distinción entre lo local y lo no local, respecto de los cuales el capital transnacional podría beneficiarse y las naciones ricas proteger sus esferas de influencia.

La tercera es la despolitización de la política, su desplazamiento del ámbito de lo social y lo cultural, lo moral y lo ideológico, a los dictados técnicos –en apariencia objetivos– del mercado, y las formas concomitantes de "racionalidad" económica y jurídica, así como también a los imperativos de la naturaleza, sin importar cómo llegan a construirse, diseminarse y darse por ciertos.

Si sumamos todos estos factores, el pánico moral por los extranjeros se vuelve sobredeterminado. Tomemos como ejemplo a los aliens humanos. Su propia existencia encarna la contradicción de las fronteras y los límites en la era del capital global. Por un lado, al cruzar esas fronteras, importan valor al corazón del sistema político, sea como mano de obra barata y manejable para la industria o la agroindustria, sea como comerciantes que venden a precios menores que los vendedores locales en beneficio de los consumidores, sea como personas con habilidades que escasean, etc. Por otro lado, se les acusa de quitar empleos y beneficios a los nacionales, de socavar las luchas de

los trabajadores locales, de traer enfermedades contagiosas y, por el tráfico de drogas, cuerpos y bienes de contrabando, de cometer la clase de delitos que deshacen el tejido social. Además, su sola presencia plantea preguntas complejas sobre la naturaleza cambiante de la ciudadanía política en la poscolonia: dado que Sudáfrica, al igual que otros Estados-nación, fetichiza los derechos humanos (es decir, aquellos que trascienden las identidades provincianas y las fronteras de todo tipo), los extranjeros ¿no deberían gozar de estos derechos como cualquier nativo? ¿Qué es exactamente lo que diferencia los derechos del ciudadano de los de cualquier otro ser humano? ¿Cómo se justifica la discriminación contra los extranjeros en una sociedad dedicada a la lucha contra el racismo, en una cultura nacional incipiente que habla el idioma del ubuntu, de una africanidad común? Teniendo en cuenta la apoteosis del libre mercado, ¿por qué los extranjeros deberían ser blanco del proteccionismo local? Aquí, en resumen, es donde la ideología liberal de la inclusión universal choca contra una política de exclusión que moviliza la identidad para crear esferas de interés "cerradas" dentro de economías neoliberales "abiertas". Nótese aquí también la despolitización de la política en el tratamiento del "alien-como-fantasma", de su desplazamiento hacia un discurso tecnicista sobre demografía y sociología económica, sobre salud y enfermedad, sobre patología social y criminalidad.

Lo mismo puede decirse de la vegetación alógena. Hemos visto cómo dicha vegetación puede significar al mismo tiempo el sustento para una persona y el apocalipsis para otra. El paso a través de fronteras, tanto de plantas como de personas, revela todas las contradicciones: de apertura y cierre, de regulación y desregulación, de alteridad e indigenización. ¿Es el jacaranda, "casi… el árbol nacional", un sudafricano naturalizado? ¿O un intruso aborrecible? El hecho de que se haya convertido en objeto de comentarios irónicos sobre racismo subliminal y limpieza étnica, algo casi impensable poco tiempo atrás, deja en claro cuánto ha implosionado últimamente esta preocupación por las fronteras, la pertenencia, la autoctonía y la nación-alien. Y por supuesto, se está a solo un pequeño paso de plantear los mismos interrogantes sobre los humanos. ¿Quién es, exactamente, sudafricano? Como esto sugiere, transferir al reino floral las cuestiones profundamente políticas es un ejemplo dramático del proceso de despolitización del que hemos hablado. Si bien no hay duda de que la incidencia de la vegetación importada en los incendios e inundaciones plantea problemas ecológicos reales, cuya gravedad no debe subestimarse, el esfuerzo por construir una nación haciendo referencia a una retórica de exclusión, validada mediante la apelación a las exigencias –en apariencia objetivas– de la botánica y las ciencias ambientales, es un ejemplo convincente de naturalización. Al cual volveremos enseguida.

Pero antes, una digresión. Evidentemente, Sudáfrica no se encuentra sola en su obsesión por los aliens y la naturaleza alien. Ya señalamos que muchos países, algunos de ellos poscolonias, aunque no todos, se ven envueltos en un pánico moral de similares características. Estos Estados-nación tienen algo en común: todos solían ser importadores de mano de obra y centros de capital y, como tales, nexos de riqueza en una economía mundial extremadamente desigual, en la que los buscadores de empleo y cazadores de fortunas son percibidos, en el imaginario popular, como una corriente vertiéndose a través de fronteras mal reguladas, para quitarles trabajo y recursos —ya de por sí escasos— a los locales. Esta pesadilla estandarizada evoca exactamente las mismas ansiedades a las que hemos aludido en Sudáfrica. Y tiene antecedentes históricos, como es bien sabido. Pánicos análogos sobre la inmigración y la pertenencia, la inclusión y la exclusión, han sido característicos del fin de las épocas imperiales, cuando las personas de las antiguas "posesiones de ultramar" intentaban ingresar a la "madre patria" sólo para ser excluidas de la condición de ciudadanos –y de los beneficios soberanos que derivan de ella– por ser súbditos coloniales.

Pero aún queda un tema sin resolver: ¿por qué la *naturaleza*? Aquí radica el segundo eje de nuestra argumentación teórica. Centrales para nuestro análisis son los siguientes postulados: (a) el fuego apocalíptico en El Cabo, subdeterminado por los eventos cercanos, se convirtió en pararrayos del pánico por la vegetación no autóctona, (b) pánico que cristalizó temores incipientes sobre la naturaleza alien, los nombró y los trajo al corazón de la conciencia pública; (c) esto se debe al hecho (sobredeterminado) de que la ansiedad por la flora extranjera, aunque real en sí misma, fue también una proyección metonímica de cuestiones más profundas a las que se enfrenta el Estado poscolonial respecto del carácter de sus fronteras soberanas, el derecho a la ciudadanía dentro del mismo, el significado de pertenecer a la nación y las pasiones inherentes a ello y, en particular, la tendencia a invocar la autoctonía para responder a estas preguntas, tanto pragmática como figurativamente.

Aquí es donde la naturalización entra en escena. Recordemos que, tradicionalmente, el término ha tenido dos connotaciones antitéticas. La primera es la asimilación de personas, signos y prácticas extranjeras a un mundo "en su sitio"; su prototipo es la metamorfosis de los extranjeros en ciudadanos del Estado-nación liberal. La otra, cuya genealogía se extiende desde Marx, pasando por Gramsci, hasta Foucault, es el despliegue de la naturaleza como coartada, como alegoría fecunda para volver extrañas a algunas personas y objetos y, de este modo, autenticar los límites del orden ("natural") de las cosas; también para interpolar en él nuevas distinciones sociales y políticas. Es tentador, en el caso sudafricano, traer a colación una tercera connotación, que debemos a Durkheim, según la cual los procesos de

la naturaleza se toman como reflejo directo de los procesos de la sociedad. Como hemos visto, algunos comentaristas locales hicieron precisamente esto: encontraron en el pánico provocado por las plantas invasoras un espejo de la angustia por los inmigrantes. Pero dicha lectura de los hechos que nos convocan es insuficiente. La naturaleza está, en todas partes, implicada directa y dinámicamente en las prácticas sociales mediante las cuales la historia y la ideología se construyen la una a la otra. La controversia sobre las plantas autóctonas y la naturaleza alien se convirtió en vehículo de un debate público, todavía inconcluso, sobre la debida constitución del sistema político, sobre los límites de la pertenencia, sobre los términos en que debe constituirse la nación, el bien común y los sujetos en la era del capitalismo mundial y los derechos humanos universales. Al hacerlo, permitió la verbalización de ansiedades y dilemas difíciles de abordar para la política convencional. Más aún, el desplazamiento del argumento sobre los extranjeros al reino vegetal hizo posible, por analogía, contemplar y legitimar la discriminación contra aquellos humanos no acogidos en el cuerpo de la nación, aquellos dejados a la deriva en las corrientes del nuevo orden mundial. Al hacerlo, sancionó, si bien de forma involuntaria, una nueva forma de racismo post-racista; una forma que, al ocultarse en el lenguaje de la autoctonía y la naturaleza alien, ha llegado a coexistir a la perfección con la cultura transnacional de los derechos universales.

Esto quiere decir que los discursos sobre la naturaleza arrojan una nítida luz sobre las acciones y eventos cotidianos a través de los cuales se reformulan las definiciones de pertenencia y ciudadanía –y su costado sombrío: las políticas de exclusión– en la poscolonia. En particular, aclaran la cuestión de por qué la autoctonía –una forma de vinculación que une a las personas a un lugar, que naturaliza a la nación, que autoriza derechos– se ha vuelto central en una época en que la nacionalidad se muestra crítica y, a la vez, en crisis, en que las fronteras en todas partes se presentan como paradoja, y en que un atribulado imaginario político busca dar sentido al ser social en el mundo del *laissez faire*.

Referencias

- Abu El-Haj, N. (2000). *Genetic Research and the Politics of Identity at the Turn of the Millennium*. Chicago: Un published research proposal.
- Acocks, A. (1953). *Veld Types of South Africa*, Botanical Survey of South Africa, Memoir 28. Government Printer.
- Adam, F.; S. Van Zyl y Moodley, K. (1998). *Comrades in Business: Post-Liberation Politics in South Africa*. Ciudad del Cabo.

- Adamson, R. (1958). "The Cape as an Ancient African Flora", *The Advancement of Science*, XV(58): 118-127.
- Adamson, E. (1929). Vegetation of the South-West Region. En *The Botanical Features of the South Western Cape Province*, pp. 15-39. Ciudad del Cabo: The Specialty Press of South Africa.
- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Appadurai, A. (1990). "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", *Public Culture*, 2 (2): 1-24.
- Bayart, J .(1993). *The State in Africa: Politics of the Belly*. Nueva York: Longman.
- Berlant, L (1991). *The Anatomy of National Fantasy: Hawthorne, Utopia and Every day Life*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bolus, H. (1886). Sketch of the Flora of South Africa. En Noble, J. (Ed.) *The Official Hand book of the Cape of Good Hope*, pp. 286-317. Ciudad del Cabo: The Columbian and Indian Exhibition Committee.
- Bond, W. (1993). What Important Questions Remain Unanswered in the Fynbos Biome. En C. Marais y Richardson, D. (eds.) *Monitoring Requirements for Fynbos Management, A Collaborative Report of the Fynbos Forum Group*, pp. 13-17. Foundation for Research Development Programme Report Series.
- Carr, G.; J. Robin y R. Robinson (1986). Environmental Weed Invasion of Natural Ecosystems: Australia's Greatest Conservation Problem, abstract. En Groves, R. y Burden, J. (Eds.) *Ecology of Biological Invasions: an Australian Perspective*. Canberra: Australian Academy of Science.
- Comaroff, J.L. y J. Comaroff (Eds.) (1999). *Civil Society and the Political Imagination in Africa: Critical Perspectives*. Chicago: University of Chicago Press.
--- (1999b). "Alien-nation: Zombies, Immigrants, and Millennial Capitalism", *Codesria Bulletin*, 3(4): 17-28.
--- (2000). "Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming". En Comaroff, J.L y Comaroff, J. (Eds.) *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, Special Edition of Public Culture, 12, 2: 291- 343.
- Cody, M. y H. Mooney (1978). "Convergence Versus Non Convergence in Mediterranean Climate Ecosystems", *Annual Review of Ecology and Systematics*, 9: 265-321.
- Coombe, R. (1998). *The Cultural Life of Intellectual Properties: Authorship, Appropriation and the Law*. Durham: Duke University Press.
- Cronon, W. (1983). *Changes in the Land: Indians, Colonists, and the Ecology of New England*. Nueva York: Hill & Wang.
- Crush, J.; A. Jeeves y D. Yudelman (1991). *South Africa's Labour Empire: A History of Migrancy to the Gold Mines*. Ciudad del Cabo: David Philip.

- Darian-Smith, E. (1999). *Bridging Divides: The Channel Tunnel and English Legal Identity in the New Europe*. Berkeley: University of California Press.
- Davidson, B. (1992). *The Black Man's Burden: Africa and the Curse of the Nation-State*. Nueva York: Times Books.
- Davis, D. (1995). "Los Angeles after the Storm: The Dialectic of Ordinary Disaster", *Antipode*, 27(5): 221-41.
- Day, S.; G. Louw y M. Jarman (Eds.) (1979). *Fynbos Ecology: A Preliminary Synthesis. South African National Scientific Programmes, Report Nº 40*. Pretoria: Council for Scientific and Industrial Research.
- Dubow, S. y S. Marks (1997). Patriotism of Place and Race: Keith Hancock on South Africa. En Low, D.A. (Ed.) *Hancock: The legacies of an historian*. Melbourne University Press.
- Fakir, M. (1994). *Biodiversity and Biotechnology in South Africa: Some Issues for the Development of Future Policy, Land and Agriculture Policy Centre*, Working Paper 3. University of the Witwatersrand.
- Fraser, M. y L. McMahon(1988). *A Fynbos Year*. Ciudad del Cabo: David Philip.
- Gandar, M. y S. Forster (1994). *Impact of Commercial Afforestation on Rural Areas of South Africa. Land and Agriculture Policy Centre, Policy Paper 14*. University of the Witwatersrand.
- Geschiere, P. y F. Nyamnjoh (2000). Capitalism and Autochthony: The Seesaw of Mobility and Belonging'. En Comaroff, J. y Comaroff, J. (Eds.) *Mil*lennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism. Special Edition of Public Culture, 12(2): 423-52.
- Harbeson, J.; D. Rothchild y N. Chazan (Eds.) (1994). *Civil Society and the State in 27 Africa*. Boulder: Lynne Rienner.
- Harvey, W. (1859). *Flora Capensis: Being a Systematic Description of the Plants of the Cape Colony, Caffraria and Port Natal*. Dublin: Hodgess, Smith & Co.
- Harvey, D. (1990). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell.
- Hegeman, S. (1991). "Shopping for Identities: A Nation of Nations and the Weak Ethnicity of Objects", *Public Culture*, 3(2): 71-92.
- Korten, D. (1996). *When Corporations Rule the World*. East Hartford CT: Kumarian Press.
- Kruger, F. (Comp.) (1978). A Description of the Fynbos Biome Project. A Report of the Committee 11 for Terrestrial Ecosystems, National Programme for Environmental Sciences. Pretoria: Council for Scientific and Industrial Research.
- Kruger, F.; Bands, D.P.; Durand, B.J. y R.A. Haynes (1977). *Ecology and management of Cape Fynbos: towards the conservation of a unique biometype*. Proc. S.A. Wildlife Management Assoc. 2nd Int. Symp. (Unpublished).
- Levyns, M. (1936). "The Flora of the Cape Mountains", *Journal of the Mountain Club of South Africa*, 39: 16-20.

- MacDonald, M. Jarman y P. Beeston (eds.) (1985). *Management of Invasive Alien Plants in the Fynbos Biome. South African National Scientific Programmes, Report Nº 111*. Pretoria: Foundation for Research Development, Council for Scientific and Industrial Research.
- Manders, P. y Richardson, D. (1992). "Colonization of Cape Fynbos Communities by Forest Species", *Forest Ecology and Management*, 48: 277-293.
- Manders, P.; D. Richardson y P. Masson (1992). Is Fynbos a Stage in Succession to Forest? Analysis of the Perceived Ecological Distinction Between Two Communities. En Van Wilgen, B.; Richardson, D.; Kruger, F. y Van Hensbergen, H. (Eds.) *Fire in South African Mountain Fynbos, Ecological Studies*, Vol. 93, pp. 81-107. Berlin: Springer-Verlag.
- Marloth, R. (1924). "Notes on the Question of Veld-Burning", *South African Journal of Science*, 21(81): 342-345.
- Mbembe, A. (1992). "Provisional Notes on the Postcolony", *Journal of International African Institute*, 62(1): 3-37.
- Moll, E. y G. Moll (1994). *Common Trees of South Africa*. Ciudad del Cabo: Struik.
- Munnik, L. (1978). Foreword. En Stirton, C (Ed.) *Plant Invaders: Beautiful But Dangerous*. Ciudad del Cabo: Department of Nature and Environmental Conservation.
- Reitzes, M. (1994). "Alien Issues", *Indicator*, 12(1): 7-11.
- Richardson, D. y Cowling, R. (1992). 'Whyis Mountain Fynbos Invasible and Which Species Invade?. En Van Wilgen, B.; Richardson, D.; Kruger, F. y Van Hensbergen, H. (Eds.) *Fire in South African Mountain Fynbos, Ecological Studies*, Vol. 93, pp. 161-181. Berlin: Springer-Verlag.
- Roitman, J. (1998). "The Garison-Entrepôt", *Cahiersd' Etudes africaines*, 150-152(28) XXXVIII, 2-4: 297-329.
- Sinclair, M. (1996). "Unwilling Aliens: Forced Migrants in the New South Africa", *Indicator*, 13(3): 14-18.
- Stirton, C. (Ed.) (1978). *Plant Invaders: Beautiful But Dangerous*. Ciudad del Cabo: Department of Nature and Environmental Conservation.
- Van Rensberg, T. (1987). An Introduction to Fynbos. En *Bulletin 61*. Pretoria: Department of Environment Affairs.
- Van Wyk, B. y N. Gericke (2000). *People's Plants: A Guide to Use ful Plants of South Africa*. Pretoria: Briza.
- Wace, N. (1988). Naturalized Plants in the Australian Landscape. En Heathcote, R (Ed.) *For the International Geographical Congress 1988*. The Australian Experience, pp. 139-150. Melbourne: Longman Chesire.
- Worby, E. (1998). "Tyranny, Parody, and Ethnic Polarity: Ritual Engagements with the State in Northwestern Zambia", *Journal of Southern Studies*, 24(3): 560-578.

Fuentes de prensa

Cape Times

- S/A. Ukuvuka the Biggest Ever', editorial, *Cape Times*, 7 de febrero de 2000, p. 10.
- De Villiers, L. "Chair of Peninsula Mountain Forum, 'Take Decisive Steps to Avoid Future Fire Disaster", letter to the *Cape Times*, 28 January 2000, p. 11.
- Foxcroft, V. "Flames Past, Present-and Future?", *Cape Times*, 3 de febrero de 2000, p. 11
- Soal, J. "Working for Water Has Deal with Forestry on Alien Plants", *Cape Times*, 2 de febrero de 2000, p. 3.
- West, B. "Firestop" Launched to Save Mountains', Cape Times, 7 de febrero de 2000, p. 1.

Cape Argus/Saturday/Sunday Argus

- S/A. "Jobless Mob Goes on Death Rampage", *Cape Argus*, 4 de septiembre de 1998, p. 9.
- S/A. "Asmal Defends Pay for Rain Plan", *Cape Argus*, 5 de mayo de 1997, p. 22.
- Joseph, N. "Man Arrested ForB eating Up Young Fire Bug", *Cape Argus*, 2 de febrero de 2000, 4 p. 5.
- Yeld, J. "Force Landowners to Clear Invading Alien Plants", *Sunday Argus*, 22-23 de enero de 2000, p. 7.
- J. Yeld, 'Four Fire-Hit Hots pots Get Top Priority in R3,6m Rescue Effort', *Cape Argus*, 21 de febrero de 2000, p. 2.
- Yeld, J. "Wake Up Ciudad del Cabo", *Cape Argus*, 7 de febrero 2000, p. 1.
- Yeld, J. "The Peninsula's Fynbos Will Flourish Again", *Saturday Argus*, 29-30 de enero de 2000, 46 p. 6.
- Weiss, A. "Alien Plants Pleaby Asmal Rejected: Dispute Over Water Supply", *Cape Argus*, 3 July1997, p. 4.

City Press

- Maluleke, E. "Bitter Informants Flush Out Successful, but Alien Celebs", *City Press*, 13 de febrero de 2000, p.3.

The Mail

- S/A. "Illegal Aliens-Where's the Justice?", *The Mail*, 23 de julio de 1999, p. 4.

Mail & Guardian

- Amupadhi, T. "African Foreigners Terrorized", *Mail & Guardian*, 18-23 December 1998, 128 p.3.
- Aken'Ova, M. "Loving the Alien", *Mail & Guardian*, 18-24 de febrero de 2000, p. 29.

- Carter, C. y F. Haffajee. "Immigrants are Creating Work-Not Taking Your Jobs", *Mail & Guardian*, 11-17 de septiembre de 1998, p. 3.
- Friedman, S. "Action With Too Little Discussion", *Mail & Guardian*, 24-30 de marzo de 2000, p. 25.
- Kadalie, R. "DefyBarney's Thought Police", *Mail & Guardian*, 18-24 de febrero de 2000, p. 31
- Madywabe, L. "My Four Hours as an Illegal Immigrant", *Mail & Guardian*, 3-9 de marzo de 2000, p. 16.
- Merten, M. "A Chronology of Destruction", *Mail & Guardian*, 21-27 de enero de 2000, p. 7.
- Merten, M. "The Week the Cape Burned", *Mail & Guardian*, 21-27 de enero de 2000, p. 6.
- Preston, G. "Loving the Alien", lettertotheMail and Guardian, 18-24 de febrero de 2000, p. 29.
- Rapiti, E. "Journalists Must Do Their Jobs With out Interference", letter to the *Mail & Guardian*, 10-16 de marzo de 2000, p. 28.
- Seabrook, J. "Racists and Hypocrites", *Mail & Guardian*, 18-24 de febrero de 2000, p. 22.
Pretoria News
- S/A. "Brothel Raided", Pretoria News, 3 de marzo de 2000, p. 1.
- S/A. "121 Illegal Immigrants Held in Swoop East of City", Pretoria News, 3 de marzo de 2000, p .3.

The Star
- S/A. "Many Lessons to be Learnt from Fires, Floods", *The Star*, 15 de febrero de 2000, p. 9.
- Mitchelson, L. "Anti-Crime BlitzS hould be Extended to All Suburbs", letter to *The-Star*, 17 de marzo de 2000, p. 7.
- Molwedi, P. "Brothel Owner Granted Bail", The Star, 7 de marzo de 2000, p. 2.
- Banda, C. y G. Clifford. "Cameroon to Lodge Protest Over Repatriation Center Beating", The Star, 17 de marzo de 2000, p. 1
- Feris, M. "Scientists Pour Cold Water on Global-Warming Claim", *The star*, 17 de febrero de 2000, p.3.
- Lazar, C. "Forget Alien Plants, What About Guns?", *The Star*, 7 de marzo de 2000, p. 8.
- Radebe, H. "Time We Became a Bit More Neighbourly", *The Star*, 16 de marzo de 2000, p. 13.
- Radebe, H. "Persecuted Foran Incorrect Facial Structure", *The Star*, 16 de marzo de 2000, p. 10.

- Tsedu, M. "Illegals Deserve Better Than This", *The star*, 20 de marzo de 2000, p. 12.
- Van Wilgen, B. Letterto, *The Star*, 14 de marzo de 2000, p. 9.

Sunday Times
- S/A. "Police Raid Sex Club", *Sunday Times*, 19 de marzo de 2000, p. 4.
- Jordan, B. "Ash City: Why the Fires Were So Bad", *Sunday Times*, 23 de enero de 2000, p. 7.

The Sunday Independent
- Bliksem, K. "Only the Truly Patriotic can be Trusted to Smell the Roses, and Weed Them Out', *Sunday Independent*, 22 de febrero de 2000, p. 8.
- Dube, P. "Media Beratedf or Stoking Xenophobia", *The Sunday Independent*, 27 de febrero de 2000, p. 3.
- Mangcu, X. "The Score So Far: Poverty Alleviation 0, Soccer World Cup 10", *The Sunday Independent*, 12 de marzo de 2000, p. 8.
- Matisonn, J. "Aliens HaveMany Years' Respite in SA", *The Sunday Independent*, 19 de marzo de 2000, p. 3.
- Special comment byt he editor. "We Should See Human Rights Body as Our Ally", *The Sunday Independent*, 19 de marzo de 2000, p. 1.

Chicago Tribune
- Salopek, P. "Mandela Stresses Success, Struggle", *Chicago Tribune*, 6 de febrero de 1999. Die Burger.
- S/A. "Bokkie se Trane", *Die Burger*, 22 de enero de 2000, p. 8.
- S/A. "Teen Brande", *Die Burger*, 21 de enero de 2000, p. 8
- S/A. "Kaap Lek Sy Wonde; Weskus Veg Met Hulp Uit Noorde", *Die Burger*, 21 de enero de 2000, p. 1.
- S/A. "Regering en Dienste Moet Beter Koördineer-Minister", *Die Burger*, 22 de enero de 2000, p. 3.

Capítulo 8

Hidrocarburos, protestas populares e imaginarios nacionales: Ecuador y Bolivia en un contexto comparativo*

Tom Perreault** y **Gabriela Valdivia*****

Introducción

La petropolítica vuelve a ser noticia. Casi dos décadas de aventuras imperiales de Estados Unidos en Irak, el aumento de las inversiones en los Estados africanos productores de petróleo (y la consiguiente creación de un mando militar estadounidense para África, el AFRICOM), las renovadas tensiones de Estados Unidos con Rusia y una nueva alianza entre Rusia y Venezuela son ejemplos de los acontecimientos que han puesto en el punto de mira a los Estados productores de hidrocarburos y al espectro del "nacionalismo de los recursos" (véase, por ejemplo, Guriev *et al.*, 2008; Stanislaw, 2009). Las luchas en el Sur global por el desarrollo del petróleo y el gas natural, y la distribución de las rentas que producen, conllevan complejas articulaciones de la ciudadanía, el territorio y la nación. Tal vez el más conocido y difícil de resolver de estos conflictos sea la lucha actual en la región nigeriana de Ogoniland, en el Delta del Níger (Watts, 2004), donde grupos armados han asediado a las instalaciones y los trabajadores de Shell, y las protestas generalizadas interrumpen ocasionalmente las exportaciones de petróleo y afectan sus precios mundiales. Las luchas por los hidrocarburos en Ecuador y Bolivia –en las que se centra este capítulo–, aunque no son tan violentas ni tienen tanto alcance como la de Ogonilandia, comparten algunas de sus características. Todos estos casos implican conflictos entre las empresas transnacionales del petróleo

* Originalmente publicado como artículo en inglés como "Hydrocarbons, popular protest and national imaginaries: Ecuador and Bolivia in comparative context", *Geoforum* 41 (2010) 689-699. Traducción de Diego Roldán, IECH-UNR-CONICET/PEPS CEI UNR.

** Departamento de Geografía, Universidad de Syracuse. Correo electrónico: taperrea@maxwell.syr.edu

*** Departamento de Geografía, Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Correo electrónico: valdivia@email.unc.edu

y el gas, los movimientos sociales y sus partidarios, y las instituciones estatales por la producción de hidrocarburos y sus rentabilidades. Estas luchas ponen de manifiesto la aparición de múltiples actores que intentan definir los términos de la gobernanza de los hidrocarburos y las interacciones entre ellos. Además, al igual que en Nigeria, los conflictos por los hidrocarburos en Ecuador y Bolivia no sólo afectan a las relaciones capitalistas de producción y a la apropiación de la plusvalía, sino también a la producción de "geografías imaginarias" –la representación y la práctica– de la nación y las comunidades ciudadanas de los hidrocarburos (cf. Gregory, 2004; Said, 1978). Al explorar los contornos de los conflictos relacionados con los hidrocarburos en Ecuador y Bolivia, esperamos iluminar las formas en que los recursos naturales figuran en las construcciones de la nación, tanto oficiales como populares.

La política de hidrocarburos en Ecuador y Bolivia parece tener mucho en común: ambos países son pequeños y empobrecidos, con capitales andinas (Quito y La Paz, respectivamente) que supervisan las zonas productoras de hidrocarburos en las tierras bajas del este. Ambos países cuentan con movimientos indígenas y sindicales políticamente influyentes y actualmente tienen presidentes de tendencia izquierdista decididos a utilizar los recursos de los hidrocarburos para el desarrollo nacional. Ambos países tienen un historial de participación de empresas petroleras extranjeras (especialmente estadounidenses) y empresas nacionales de hidrocarburos relativamente débiles. Estas empresas (Petroecuador y Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, YPFB, respectivamente) se encargan de coordinar el desarrollo de los hidrocarburos, pero carecen de la capacidad técnica necesaria para llevar a cabo la exploración y la extracción por sí mismas (a diferencia, por ejemplo, de la venezolana Petróleos de Venezuela, S.A. [PDVSA], la mexicana PEMEX o la brasileña Petrobras). Esta situación ha fomentado una dependencia estructural de las empresas extranjeras y unas relaciones históricamente tensas que han alimentado el resentimiento hacia lo que comúnmente se percibe como la dominación extranjera del sector de los hidrocarburos.

Sin embargo, en otros aspectos, las luchas por los recursos en Ecuador y Bolivia son muy distintas. En Ecuador, los pueblos indígenas amazónicos, los campesinos y, como se comenta más adelante, los empleados de Petroecuador –todos ellos grupos directamente afectados por la explotación del petróleo– se han opuesto firmemente a la participación extranjera en la explotación del petróleo y han defendido un mayor control estatal sobre los recursos de hidrocarburos. En Bolivia, las protestas de los afectados directamente por la extracción de gas (por ejemplo, los pueblos indígenas guaraníes) han desempeñado un

papel relativamente menor en los debates nacionales. En cambio, la política de hidrocarburos en Bolivia ha consistido principalmente en luchas polémicas (y a veces violentas) entre quienes piden un mayor control estatal de los recursos de hidrocarburos y de los ingresos que producen, y quienes reclaman la autonomía regional y un mayor control local de las rentas del petróleo y el gas. Así, aunque las luchas por los recursos en Ecuador y Bolivia comparten mucho entre sí, y con otras luchas de este tipo en todo el mundo, un examen más detallado de la dinámica de los conflictos por los recursos revela que las historias particulares de la nación y el lugar dan forma a su aparición y expresión. En este capítulo examinamos la dinámica de las luchas contemporáneas por los recursos en Ecuador y Bolivia en referencia a las relaciones y coyunturas que han dado forma a la industria de los hidrocarburos en estas naciones. Argumentamos que las formas en que las comunidades de hidrocarburos imaginadas articulan las instituciones estatales de gobernanza de los hidrocarburos con la ciudadanía y la pertenencia nacional tienen profundas implicaciones en la dinámica de las luchas por los recursos. Comenzamos examinando los debates en torno al conflicto de los recursos y el papel de los recursos naturales en el mantenimiento de las concepciones ideológicas de la nación. Seguimos con un análisis de las recientes protestas por el petróleo y el gas en Ecuador y Bolivia, respectivamente, seguido de un examen de los recursos y el nacionalismo en los Andes.

Conflicto de recursos e imaginarios nacionales

Las cuestiones relativas a los conflictos por los recursos, que son el tema central de este capítulo, se han abordado desde distintos ámbitos disciplinarios. Una escuela de pensamiento especialmente influyente, la perspectiva de la seguridad medioambiental, sostiene que la escasez de recursos es el principal motor de los conflictos. Popularizada en la década de 1990 por el periodista Robert Kaplan (1994) y legitimada académicamente por el trabajo del politólogo Thomas Homer-Dixon (1999; véase también Homer-Dixon y Blitt, 1998), esta visión ha sido duramente criticada por sus explicaciones deterministas del conflicto por los recursos y su vinculación causal de la "escasez", la violencia, la migración y la seguridad nacional (Peluso y Watts, 2001). Sin embargo, la perspectiva de la seguridad medioambiental ha resurgido y ha encontrado su expresión más reciente en los debates en torno al cambio climático global y sus posibles ramificaciones políticas. De hecho, en Estados Unidos, la opinión de que el cambio climático debe considerarse una cuestión de seguridad parece darse por sentada por los periodistas (Broder, 2009), los analistas políticos (Busby, 2007) y los militares estadounidenses (Pumphrey, 2008). El hecho

de que la CIA haya abierto un Centro sobre Cambio Climático y Seguridad Nacional es una prueba más de que esta perspectiva ha resurgido con fuerza[1].

Los trabajos sobre la llamada "maldición de los recursos" tienen un parecido familiar con la literatura sobre seguridad medioambiental. La tesis de la maldición de los recursos, que se centra en la abundancia de recursos y no en la escasez, describe la situación paradójica en la que los países con grandes dotaciones de recursos naturales, y cuyas economías dependen en gran medida de los ingresos procedentes de la producción y la exportación de recursos, tienden a experimentar un lento crecimiento económico y frecuentes conflictos armados (Ross, 1999; Sachs y Warner, 2001). Los politólogos que examinan estos procesos se han centrado en la frecuencia de los conflictos armados –principalmente guerras civiles– entre los Estados productores de recursos (véase, entre otros, Fearon, 2005; Klare, 2001; Ross, 2004, 2006). En una revisión exhaustiva de esta literatura, Ross (1999) identifica explicaciones cognitivas, sociales y centradas en el Estado para la maldición de los recursos. Basándose en este trabajo, Dunning (2005) examinó la dependencia de los recursos, los resultados económicos y las condiciones políticas en Botsuana, la Indonesia de Suharto y el Zaire de Mobutu, concluyendo que las causas y los resultados de la llamada maldición de los recursos en cada país son contingentes y contextuales: la política nacional, las historias pasadas de desarrollo de los recursos y los mercados mundiales de materias primas influyen en la dependencia de los recursos, el conflicto político y los resultados económicos. Pero incluso con todos los matices que Dunning puede reunir, este marco explicativo -basado en el análisis estadístico de variables como la dotación de recursos, el PNB y las víctimas de la guerra- no logra dar cuenta adecuadamente de las complejidades de la mayoría de los conflictos relacionados con los recursos.

Una visión más geográfica se obtiene al considerar las ecologías políticas de los conflictos por los recursos. Por ejemplo, LeBillon (2001, 562) caracteriza las actividades de extracción de recursos como una "forma excluyente de globalización" en la que "la violencia se expresa en la subyugación de los derechos de las personas a determinar el uso de su entorno y en los brutales patrones de extracción y depredación de recursos". Como observa LeBillon, ni la tesis de la escasez de recursos defendida por Homer-Dixon ni la maldición de la abundancia de recursos propugnada por Ross y Dunning tienen en cuenta la naturaleza socialmente construida de los propios recursos naturales, por lo que no dan cuenta de las relaciones sociales de producción y consumo, ni de los imaginarios geográficos que dan a los recursos su forma

[1] Ver: http://www.cia.gov/news-information/press-releases-statements/center-on-climate-change-and-national-security.html Acceso, 22 diciembre de 2008.

de mercancía y su significado social (Harvey, 1974). Al analizar los distintos tipos de conflictos por los recursos, LeBillon (2001) construye una tipología de recursos en torno a cuatro ejes: los que son espacialmente difusos (bosques, pesquerías) frente a los que están espacialmente concentrados (diamantes, pozos de petróleo); y los que están próximos a los centros de población frente a los que están alejados. Se trata de una explicación más rica de los conflictos por los recursos, que tiene en cuenta algunas de las variaciones materiales de los propios recursos, así como la relación de la sociedad con ellos (véase también LeBillon, 2008). Sin embargo, estos modelos no alcanzan a explicar plenamente la dinámica y el carácter de los conflictos por los recursos, que no sólo incluyen la espacialidad de los recursos y las poblaciones, sino también las historias y geografías particulares de la gobernanza de los recursos, y las economías políticas más amplias que conectan las zonas productoras de recursos con los centros de procesamiento y consumo de los mismos (Selby, 2005a, 2005b). Además, en la medida en que los conflictos por los recursos implican la afirmación de reivindicaciones políticas y de las economías morales concomitantes, hay que prestar atención a las dimensiones ideológicas que se encuentran en ellos. Como señala Turner (2004, 866).

Sólo a través de un compromiso pleno y crítico tanto con la materialidad que subyace a toda la vida social como con las reivindicaciones morales que implica el uso de los recursos naturales se puede entender mejor la etiología de los conflictos relacionados con los recursos. Las luchas por los recursos suelen ser sólo superficiales: en realidad reflejan no sólo tensiones más amplias (con dimensiones éticas) entre grupos sociales, sino también tensiones dentro de estos grupos.

Desde este punto de vista, los conflictos por los recursos en el Sur Global no son sólo el resultado de un desarrollo desigual entre los Estados, sino que a menudo se caracterizan por las geografías excluyentes de riqueza y pobreza dentro de esos mismos Estados. Como tal, el análisis de los conflictos por los recursos debe prestar atención a las economías políticas que estructuran el acceso a los recursos, así como a los procesos por los que se producen los significados y las identidades sociales dentro del crisol de la política de recursos (Moore, 2000). En este documento, tomamos como axiomáticos dos puntos relativos a las luchas por los recursos. En primer lugar, que el análisis de las luchas por los recursos requiere una perspectiva histórica que aúne la economía política y la política cultural para tener en cuenta los elementos materiales y simbólicos que dan forma a su aparición. En segundo lugar, las luchas por los recursos nunca son sólo (ni siquiera principalmente) por los recursos. Más bien, los conflictos por los recursos, como el petróleo y el gas, se convierten en focos de luchas más amplias que implican los términos de la ciudadanía, la nación,

los derechos y la identidad (Watts, 2001). Es desde esta perspectiva que analizamos los conflictos por los recursos en Ecuador y Bolivia.

Hidrocarburos y construcción nacional en el Ecuador y Bolivia contemporáneos[2]

En su análisis de la petroviolencia en el delta del Níger, Watts (2004) señala que los recursos subterráneos como los hidrocarburos se articulan con la territorialidad del Estado-nación, hecho que plantea cuestiones cruciales sobre cómo se constituyen y disputan las comunidades y reivindicaciones "locales" y "nacionales" frente al desarrollo de los hidrocarburos. Se observan articulaciones similares de recursos, nación y comunidades ciudadanas en el Ecuador y Bolivia contemporáneos, donde los hidrocarburos desempeñaron un papel fundamental en los proyectos de construcción de la nación durante el siglo XX. Con la creciente interconexión de las economías nacionales y los mercados globales durante los últimos 30 años de políticas neoliberales, las luchas por la gobernanza de los hidrocarburos se han intensificado. Tanto Bolivia como Ecuador entraron en los mercados globales y adoptaron reformas neoliberales en la década de 1980, aunque en formas y magnitudes diferentes (Demmers *et al.*, 2001; Malloy y Gamarra, 1988; Yashar, 2005). En Ecuador, las políticas neoliberales se han aplicado de forma fragmentada, reduciendo el gasto público y favoreciendo generosamente la inversión privada en sectores productivos como la industria de los hidrocarburos. En Bolivia, las medidas de austeridad se aplicaron plenamente en 1985, convirtiendo al país en un ejemplo de ajuste estructural. Se abandonó la redistribución populista y se abrieron los sectores minero y de hidrocarburos del país a la inversión privada mediante la descentralización de las empresas estatales de minería (Corporación Minera de Bolivia, COMIBOL) y de petróleo (YPFB). En ambos países, las políticas neoliberales marcaron una presunta ruptura con el capitalismo populista de corte estatal y supusieron un doble movimiento que promovió la retirada del poder estatal de ciertos sectores (a saber, las instituciones públicas que gobiernan los servicios públicos) mientras que simultáneamente se

[2] Esta investigación se basa en 5 meses de trabajo de campo de Valdivia en Ecuador (2001- 2003 y 2007-2009) y 4 meses de trabajo de campo en Bolivia de Perreault (2006-2009). El estudio de caso ecuatoriano se basa en la observación participantes en marchas y reuniones relacionadas con el petróleo en zonas públicas de Quito; 11 entrevistas a informantes clave con representantes sindicales actuales y antiguos (entrevistas grupales e individuales en entornos de entrevistas formales y durante las marchas); e investigación de medios de comunicación y archivos. El trabajo de campo en Bolivia consistió en entrevistas a informantes clave en La Paz y Cochabamba con activistas, académicos y funcionarios del Estado, así como en la observación participante en conferencias, reuniones y actos públicos, incluidas manifestaciones y protestas callejeras. En ambos casos, quienes firman el trabajo tienen experiencia de investigación en ambos países, y contribuyeron al análisis de ambos estudios de caso.

reforzó la intervención del Estado en otros (por ejemplo, la administración de planes de austeridad y nuevos impuestos). Estos cambios en la estructura de gobierno y en la economía política nacional alimentaron las críticas de diversos sectores de la sociedad que recurrieron a imaginarios alternativos de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos en materia de gobernanza de los hidrocarburos.

Este capítulo examina estas concepciones alternativas de los recursos, la población y el Estado en Ecuador y Bolivia y, en particular, las formas en que la naturaleza subterránea –el petróleo y el gas natural– ha pasado a ocupar un lugar central en la construcción ideológica de la nación[3]. En América Latina, esta combinación de nación y naturaleza se refleja en el término español "la Patria"[4]. La Patria se compone de dos cuerpos: el cuerpo político, que consiste en el gobierno y los ciudadanos, y el cuerpo natural, que consiste en la naturaleza y el territorio que forman la savia de la economía (Coronil, 1997). En los países con sectores de hidrocarburos y minerales económicamente productivos, la Patria suele conjugar los recursos naturales subterráneos (petróleo, gas y minerales) como patrimonio nacional, la herencia de la nación y de sus ciudadanos, que está imbuida de significado histórico y de propósito por su capacidad de promover el crecimiento y la modernización nacionales (Martz, 1987).

Desde mediados de la primera década del siglo XXI, los gobiernos de izquierda de Ecuador y Bolivia se han embarcado en ambiciosos proyectos de reimaginación nacional a través de la gobernanza de los hidrocarburos. Esto ha supuesto la redacción de nuevas constituciones y la promulgación de políticas económicas explícitamente anti-neoliberales que aumentan el papel y la supervisión del gobierno nacional en materia de hidrocarburos. En ambos países, el desarrollo de los hidrocarburos y las rentas que generan ocupan un lugar central en los planes del gobierno, tanto como fuente de ingresos para financiar los programas sociales como en el centro de las construcciones ideológicas de la ciudadanía y la nación. Estos esfuerzos se han traducido en una política asertiva de renegociación de contratos con las empresas petroleras y gasíferas internacionales (en Bolivia, bajo el disfraz

[3] Consideramos que la "nación" es un concepto multiforme, inestable, controvertido y procesual. Existe una enorme cantidad de bibliografía sobre la nación y el nacionalismo, dentro y fuera del campo de la geografía. Para un tratamiento exhaustivo de estos conceptos, véase, entre otros, Anderson (1983), Gellner (2008) y Hobsbawm (1992).

[4] Pero, como señala Sawyer (2002), "la Patria" es un sustantivo femenino, lo que hace que sus connotaciones de género sean ambiguas. Como tal, esta feminización convierte a la patria en algo que hay que proteger y defender de posibles violaciones por parte de los extranjeros: "La Patria es la preciada posesión del *pater*, el padre, el premio de su patrimonio. La patria es el trofeo de género del gobernante que asegura la identidad nacional y su fiel reproducción" (Sawyer, 2002, 162-163).

de "nacionalización") y en el fortalecimiento económico y político de las empresas nacionales de hidrocarburos (Petroecuador e YPFB, respectivamente). Sin embargo, como nos recuerdan Radcliffe y Westwood (1996), los nacionalismos tienen variedades "oficiales" y "populares", ambas constitutivas de la comunidad imaginada que es la nación (véase también Anderson, 1983; Hobsbawm, 1992). En las siguientes secciones, nos basamos en esta idea para examinar cómo adquieren significado las reivindicaciones de ciudadanía y nación frente a los conflictos de los hidrocarburos en Ecuador y Bolivia. En ambos países, las organizaciones indígenas, los sindicatos, las élites regionales, los gobiernos locales y una serie de movimientos sociales de derecha e izquierda han contribuido a la producción y reconfiguración de los imaginarios geográficos de los nacionalismos de los hidrocarburos, a menudo de forma que se difuminan los límites entre las visiones oficiales y populares de aquello que constituye la nación. Los conflictos sociales y las protestas políticas en ambos países estallan ocasionalmente en espasmos de violencia y giran en torno al control del patrimonio nacional, los bloques de petróleo y gas, la distribución de las rentas derivadas de los recursos estatales y los efectos sociales y medioambientales negativos derivados del desarrollo de los hidrocarburos. Basamos nuestro análisis en dos movimientos particulares relacionados con los hidrocarburos. En primer lugar, consideramos a los trabajadores petroleros ecuatorianos sindicalizados y sus demandas de un mayor control estatal sobre lo que consideran un patrimonio nacional. A continuación, pasamos a analizar la memoria histórica y los conflictos contemporáneos sobre el control estatal de la explotación del gas natural y las rentas que produce en Bolivia.

La construcción de la petro-nación ecuatoriana

La explotación comercial del petróleo ha configurado la visión de los límites, las potencialidades y el carácter del Estado-nación ecuatoriano. En 1970 -tres años después del descubrimiento del primer yacimiento petrolífero importante- se otorgaron unas treinta concesiones que comprendían casi diez millones de hectáreas en toda la Amazonia ecuatoriana, lo que atrajo grandes inversiones de múltiples empresas de exploración y producción de hidrocarburos (Fontaine, 2003). En 1972, el SOTE (Sistema de Oleoducto de Transporte Ecuatoriano), un oleoducto de 503 km de longitud, comenzó a transportar petróleo desde la selva amazónica (cerca del nivel del mar), a través de un paso andino de más de 4.000 metros de altitud, hasta la costa del Pacífico para su exportación y refinado[5]. En la actualidad, este reordenamiento e integración del territorio ecuatoriano a través de las actividades

[5] La refinación se realizó inicialmente en la península de Santa Elena y fue gestionada por empresas petroleras mixtas y extranjeras como Anglo Ecuadorian Oilfields y Gulf.

petroleras genera el 40% de todos los ingresos de exportación y un tercio del total de los ingresos fiscales (EIA, 2007). Esta economía del petróleo también ha engendrado poderosas movilizaciones contra las injusticias sociales asociadas a la extracción, producción y generación de beneficios del petróleo, como la apropiación de tierras, los efectos perjudiciales para la salud, la pérdida de conocimientos tradicionales y la marginación de los pueblos indígenas (cf. Acosta, 2000; Fontaine, 2003; Little, 1992; Kimmerling, 1992; Sawyer, 2002). Aquí nos centramos exclusivamente en la movilización de los trabajadores petroleros nacionales. La consideración del movimiento de los trabajadores petroleros es importante porque, en primer lugar, son uno de los grupos que más se oponen a la neoliberalización de la industria petrolera nacional, en segundo lugar, los trabajadores sindicalizados fueron uno de los primeros grupos sociales en articular el petróleo como patrimonio nacional, y en tercer lugar, representan una posición única: son representantes del Estado (trabajan para la empresa petrolera estatal) que critican públicamente las prácticas estatales[6]. Las siguientes secciones exploran cómo la producción de petróleo y los puntos de vista sobre la soberanía del Estado dan forma a la nación petrolera ecuatoriana, tal y como la conciben los trabajadores del petróleo.

Sembrar la nación de hidrocarburos

La unión de la nación con los hidrocarburos en Ecuador se debe a múltiples procesos. Poco después de que una disputa territorial desembocara en una guerra entre Perú y Ecuador en 1941, los dos países se vieron obligados a resolver amistosamente la cuestión mediante un "protocolo de paz", el Protocolo de Paz, Amistad y Límites, en el que Ecuador consintió esencialmente en abandonar las reclamaciones de grandes territorios amazónicos en favor de la paz regional. La ratificación del Protocolo provocó un profundo resentimiento entre los nacionalistas de Ecuador, que se refirieron a él como un momento que hería el espíritu de la nación (Luna, 2007). Estas condiciones fomentaron un nacionalismo basado en la memoria de los territorios injustamente perdidos, simbolizado por el lema nacional que aún adorna la estafeta presidencial: "El Ecuador ha sido, es y será país amazónico" (Sawyer, 2004). Algunos también afirman que detrás del conflicto hubo una disputa entre empresas petroleras que buscaban un acceso más fácil a

[6] Varios grupos de nativos amazónicos y líderes indígenas nacionales también articulan esta perspectiva en la actualidad. Sin embargo, sus reivindicaciones se han enmarcado, históricamente, en términos de gobernanza de los territorios indígenas frente a la explotación petrolera. Más recientemente, algunos líderes de la CONAIE, la organización indígena a nivel nacional en Ecuador, también han expresado su preocupación por el petróleo como una preocupación por el patrimonio nacional.

los recursos amazónicos (Fontaine, 2003), alimentando así un "trauma colectivo" y el resentimiento hacia los vende patrias que favorecen la explotación petrolera extranjera (Diario Los Andes, 2007).

Esta confluencia de conflictos geopolíticos, disputas territoriales e inversiones extranjeras configuró las siguientes décadas de gobernanza petrolera en Ecuador. A medida que se desarrollaba la industria petrolera nacional en la década de 1970, los sectores nacionalistas veían entreguismo (entrega de los intereses del país) y no patriotismo (amor a la patria) en los términos contractuales y las prácticas de arrendamiento concesionario que dominaban en la época. La ansiedad por la gobernanza "adecuada" (es decir, orientada al país) de la naciente industria petrolera condujo al derrocamiento del gobierno elegido en 1972 por una junta militar revolucionaria y nacionalista (Martz, 1987). El nuevo gobierno militar nacionalizó todos los recursos del subsuelo como patrimonio del Estado y creó las primeras instituciones y leyes nacionales para gobernar los recursos naturales. El objetivo era definir una conciencia de soberanía nacional basada en el gobierno del petróleo. Como resultado, se revisaron los términos contractuales con las empresas petroleras; se puso fin a la asignación de grandes concesiones a empresas privadas; se creó la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE, reorganizada como Petroecuador en 1989) para gestionar los asuntos petroleros; y se formó una pequeña mano de obra en tecnologías de extracción y refinamiento del petróleo para servir a la naciente industria petrolera en Ecuador. En 1977 empezó a funcionar la primera refinería nacional, la Refinería Estatal Esmeraldas, con una capacidad original de procesamiento de 55.500 barriles diarios.

Como en otros petroestados latinoamericanos, el gobierno ecuatoriano utilizó los ingresos del petróleo para modernizar la nación. Los programas estatales canalizaron estos ingresos hacia el bienestar y el progreso (a través de programas de urbanización, salud y educación) y transformaron al Estado en el aparato que no sólo generaba modernidad sino que también cuidaba de su población (Montúfar, 1990)[7]. El gobierno central otorgó subsidios a la población en general, mantuvo bajos los impuestos y financió el crédito a los inversionistas industriales. Las políticas de crédito respaldadas por el petróleo favorecieron las agroexportaciones y los planes de sustitución de importaciones (Conaghan *et al.*, 1990); la inversión en bienes raíces comerciales, manufacturas y servicios (Carrière, 2001); y la rápida urbanización (Swyngedouw, 2004). Los productos petrolíferos nacionales estaban

[7] Sin embargo, los beneficios del petróleo no se distribuyen uniformemente en todo el país. En las provincias amazónicas donde se extrae el petróleo, este recurso no proporcionó los beneficios esperados por las poblaciones locales.

fuertemente subvencionados y su creciente consumo generaba una amplia sensación de progreso económico, especialmente entre los residentes urbanos (Gerlach, 2003).

Los petro-sujetos y el nacimiento del petro-nacionalismo

"Los trabajadores tienen que proteger los intereses de la nación",
(Henry Llanes, ex dirigente sindical petrolero, citado en *El Comercio*, 25 de febrero de 2009).

El proyecto de construcción de la nación estaba presente no sólo en las estructuras físicas que conformaban la nueva industria petrolera nacional, sino también en la mente de sus empleados (Valdivia, 2008). Según uno de los primeros operadores de la Refinería Estatal Esmeraldas, los empleados estaban inmersos en una ola nacionalista de levantamiento de la CEPE, la empresa, donde habían "'experimentado la presencia del capital y los expertos extranjeros'" (Entrevista 13 de junio de 2008)[8]. La CEPE y la refinería de Esmeraldas se convirtieron en sitios donde los trabajadores adquirieron un "sentido político" a partir de la asociación de los proyectos de construcción de la nación y la prosperidad que el petrocapital había generado en el país. Es en estos sitios de producción –donde el trabajo y el petróleo se mezclaron para generar los petrodólares que financiaron la riqueza nacional– donde también surgió una conciencia de ciudadanía petrolera. Para los trabajadores del petróleo, la CEPE no sólo era la institución que simbolizaba la soberanía sobre el petróleo, sino también el mecanismo a través del cual se reproducía el Estado-nación. En 1979, con el retorno a la democracia, se formó el primer sindicato de trabajadores petroleros en Esmeraldas, el Sindicato de Operadores de la Refinería de Esmeraldas (SORE), que se convirtió en el epicentro de la política petrolera. Según Marcelo Román, uno de los primeros dirigentes del SORE,

> "Teníamos una militancia incomparable. Éramos 140 militantes comunistas en la refinería entre 600 trabajadores… estábamos allí desde el principio, cuando la refinería no era más que unas pocas tuberías. Allí había una confluencia de políticas. No se trataba sólo de los salarios, era una lucha, una visión política… Desde Esmeraldas, pudimos sindicalizar al resto" (Entrevista, 13 de junio de 2008).

[8] Para proteger la identidad de quienes desafían públicamente las políticas petroleras del Estado y de acuerdo con las normas del IRB sobre la protección de los sujetos de la investigación, como los trabajadores, los activistas citados aquí permanecen en el anonimato (a menos que hayan publicado sus relatos con sus propios nombres).

Sin embargo, en 1982, la caída de los precios e ingresos mundiales del petróleo marcó el inicio de un cambio estructural en el sector de los hidrocarburos. El gobierno ecuatoriano comenzó a aplicar medidas que favorecían la participación extranjera y privada en los sectores productivos para paliar la crisis económica en desarrollo. La modernización adquirió un nuevo significado bajo este modelo: programas de austeridad, retracción del Estado de los programas sociales, inversión extranjera y un mayor papel del mercado en la gobernanza del petróleo (Fontaine, 2003; Montúfar, 1990). La industria petrolera nacional fue señalada como un lugar que necesitaba ser reformado en este proceso de cambio estructural. En 1989, la CEPE se reorganizó en Petroecuador, un conglomerado de empresas afiliadas pero independientes con funciones distintas en la exploración, la producción de derivados y la comercialización nacional (Brogan, 1984). Esta reestructuración, presentada como un esfuerzo para eliminar la ineficiencia y fomentar la inversión extranjera (Montúfar, 2000), fue vista por los trabajadores petroleros como un intento de minimizar el poder del movimiento obrero que se había desarrollado dentro de la empresa.

Esta transformación del significado y los mecanismos de la modernización en Ecuador puso en marcha una llamada a las armas para "defender los recursos del pueblo" entre los trabajadores petroleros sindicalizados[9]. A continuación, describimos dos de estos momentos de defensa de los recursos: las protestas contra la privatización del SOTE y las movilizaciones contra la privatización de los yacimientos de Petroecuador. En ambos casos, los trabajadores del petróleo consiguieron aplazar la privatización. Lo más importante es que su opinión no es que haya que detener la explotación petrolera, sino que el gobierno central ha asumido una posición errónea al privilegiar a la empresa privada sobre la población ecuatoriana. En concreto, los trabajadores del petróleo consideran que las medidas de ajuste estructural limitan el papel del Estado en la gestión del petróleo, y han acusado a los gobiernos nacionales de traición por venderse a las fuerzas capitalistas.

Los trabajadores contra la privatización

A lo largo de la década de 1990, el gobierno ecuatoriano siguió impulsando la privatización del principal oleoducto, el SOTE, para aumentar la inversión extranjera, las tasas de extracción y los ingresos (Corbo, 1992). Según los líderes sindicales, este fue un momento decisivo para el movimiento laboral petrolero; afinó la conciencia política de los trabajadores del petróleo y los empujó a participar en

[9] Estas movilizaciones fueron a menudo respondidas con tácticas represivas por parte de los gobiernos centrales (en particular, las administraciones de León Febres Cordero y Lucio Gutiérrez), que articularon un discurso antipatriótico contra quienes se oponían a sus políticas económicas.

expresiones más pronunciadas de disturbios civiles para articular su oposición a la privatización de la industria nacional (Entrevista, 24 de noviembre de 2007). Si bien es cierto que la privatización se tradujo en un mayor riesgo para los medios de vida, las protestas contra la privatización de la empresa y de los yacimientos petrolíferos se centraron sobre todo en sus efectos sobre la soberanía del Estado. Uno de los momentos más significativos de esta oposición sindical comenzó a gestarse en 1992, cuando el entonces presidente Sixto Durán Ballén inició un proceso de apertura petrolera (apertura de la industria petrolera a los inversionistas privados) que otorgaba a terceros generosos incentivos a la inversión (como facturar al Estado ecuatoriano por su mano de obra e infraestructura mientras se mantenía el control sobre éstas), reducía los impuestos a la importación y otorgaba subsidios estatales para explotar los recursos hidrocarburíferos, al tiempo que reducía la fiscalización estatal en estas materias. En opinión del movimiento obrero, la apertura petrolera redujo las capacidades y responsabilidades del Estado en asuntos de importancia nacional y debilitó su soberanía efectiva.

En 1995, en una de las movilizaciones más conocidas que ejemplifican los imaginarios de los trabajadores petroleros sobre la petro-nación, miembros de la FETRAPEC se encadenaron a una réplica de un oleoducto montada en la estación de servicio más concurrida de Quito para protestar por la privatización del SOTE y cuestionar las estrategias económicas propuestas por el entonces ministro de Energía, Galo Abril. La huelga, conocida como los encadenados del oleoducto, duró casi dos semanas y tuvo una importante cobertura mediática, en parte porque coincidió con una profunda crisis eléctrica que espoleó el apoyo popular a los trabajadores del petróleo y sembró dudas sobre la actuación de Abril como zar de la energía (Durán y Nieto, 1995)[10]. Fotografías y editoriales en los principales diarios del país (El Comercio, La Hora, Hoy, Expreso, El Telégrafo y El Universo) documentaron la situación de los trabajadores petroleros frente a la corrupción que envolvía la privatización del SOTE, el "sustento" de la nación. Además, los manifestantes anunciaron su determinación de seguir con un paro de actividades petroleras, una huelga de hambre e incluso cortarse las extremidades si las autoridades gubernamentales no se hacían cargo de la corrupción rampante que asolaba el sector de los hidrocarburos (Diario La Hora, 1995, citado en Narváez Quiñónez *et al.* 1996, 170)[11]. Según un ex

[10] Abril fue apodado "Señor de las Tinieblas" por los recurrentes apagones provocados por la crisis eléctrica de 1995.

[11] La publicación de Narváez *et al.* es un esfuerzo patrocinado por el sindicato que rastrea la forma en que los medios de comunicación impresos representaron los acontecimientos de 1995. Contiene fotocopias de artículos de varios de los principales periódicos ecuatorianos que describen e interpretan

presidente de FETRAPEC, presente en la primera línea de esta protesta, los trabajadores petroleros se opusieron específicamente a las propuestas de ampliación de la capacidad del oleoducto a través de la inversión privada, calificando el proceso como atascado en una "mentalidad neoliberal" que desviaba la atención de las necesidades energéticas de la población nacional hacia el bienestar de las empresas privadas (Entrevista del 13 de junio de 2008). La protesta tuvo un gran éxito, no sólo por la importante cobertura mediática y el apoyo popular que recibieron los trabajadores -el obispo de la provincia amazónica de Sucumbíos dio su bendición al encadenamiento señalando que "Dios no es neoliberal"-, sino también porque las evaluaciones posteriores consideraron que los planes de mejora a través de la privatización eran deficientes (Narváez Quiñónez *et al.* 1996, 175).

El gobierno de Lucio Gutiérrez (2003-05) marcó un segundo momento importante para la articulación de nación y petróleo entre los trabajadores petroleros sindicalizados. La FETRAPEC había apoyado inicialmente a Gutiérrez, y había iniciado un diálogo con él para determinar el mejor curso de acción para la industria nacional. Sin embargo, unos meses después de su elección en 2003, Gutiérrez firmó un acuerdo de compromiso con el FMI que incluía la privatización de algunos de los yacimientos petrolíferos de Petroecuador. También encomendó a su ministro de Energía, Carlos Arboleda, la tarea de acelerar la privatización de los cuatro campos petrolíferos más productivos. Los líderes sindicales calificaron esta medida como una traición que favorecía a las empresas transnacionales en detrimento de los ecuatorianos (Villavicencio, 2006). En respuesta, los dirigentes de la FETRAPEC iniciaron una "manifestación prolongada" que provocó una reducción del suministro de gasolina[12]. Los trabajadores petroleros no estaban solos en sus protestas contra las políticas de Gutiérrez. A su movilización se unieron múltiples sectores de la sociedad civil –pueblos indígenas, educadores, estudiantes, sindicatos y gremios, y hogares de clase media– que se oponían a las relaciones entre el Estado y los ciudadanos promovidas por Gutiérrez. Los trabajadores del petróleo protestaron junto a estos diversos grupos (y, a veces, en colaboración con ellos)[13]. Las marchas, las pancartas, los murales políticos, los editoriales y los anuncios en la radio y los medios impresos

las acciones de los miembros del sindicato petrolero. La publicación también contiene ensayos de antiguos dirigentes sindicales.

[12] Los trabajadores de Petroecuador no pueden declararse legalmente en huelga, por lo que se refieren a sus actos públicos de protesta como "manifestaciones prolongadas" o "asambleas ampliadas".

[13] En algunos casos, FETRAPEC abrió su local oficial para albergar reuniones que reunían a representantes indígenas, sindicatos de trabajadores y otros activistas. En este sentido, el liderazgo de FETRAPEC procuró algunos de los espacios iniciales para las conversaciones de la sociedad civil por encima de las diferencias étnicas y de clase en la década de 1990.

se utilizaron para ilustrar, literal y figurativamente, lo que los trabajadores calificaron de "matrimonio de conveniencia" que unía a Gutiérrez y al FMI, una unión sellada por la venta del patrimonio de la nación al mejor postor (Valdivia, 2008).

El mensaje del sindicato petrolero fue el mismo en este segundo momento de movilización: los miembros de la FETRAPEC que protestaban en las calles del centro de Quito veían la necesidad de "desenmascarar el falso discurso nacionalista sobre el petróleo que articulan los actuales gobiernos.… [y] el momento oportuno para confrontar el modelo… y hacer visible a todos su falsedad" (Entrevista, 30 de agosto de 2003). Arboleda optó por el uso de la fuerza para detener la huelga, tomando represalias con campañas de difamación de imagen (dirigidas a lo que él calificó como los sindicatos "acolchados" y "privilegiados") que se emitieron constantemente en los medios de comunicación para debilitar y descabezar al movimiento obrero (Langa, 2003). Los líderes sindicales fueron acusados de no cumplir con sus obligaciones como servidores públicos y de ser antipatrióticos y terroristas. Arboleda también utilizó "incentivos". Según un antiguo dirigente de la FETRAPEC (ahora asesor del sindicato), a numerosos empleados sindicalizados se les ofrecieron generosas ofertas de jubilación, incluido a él mismo, para reducir la oposición a los proyectos de reestructuración (Entrevista, 12 de junio de 2008). La aceptación de muchos de estos "incentivos" fue finalmente denunciada públicamente en los medios de comunicación; una estrategia que debilitó la posición nacionalista del sindicato a los ojos del público en general.

Cuando Gutiérrez fue destituido en 2005, la intensa campaña de difamación había agotado a los dirigentes sindicales y había provocado un cuestionamiento interno en las filas del movimiento obrero. Con la elección del presidente Rafael Correa en 2005 y el establecimiento de una Asamblea Constituyente que incluye a los sectores de izquierda y nacionalistas de la sociedad, el papel de la política de oposición de los trabajadores petroleros se redujo aún más. Sin embargo, la dirección de FETRAPEC continúa advirtiendo de las actuales políticas petroleras. Desde 2007, han criticado públicamente el plan de Correa de ceder las operaciones petroleras de Petroecuador a empresas extranjeras y la ratificación de una nueva Ley de Minas, que consideran la continuación del "viejo proyecto neoliberal de privatización", mal informado y en connivencia con las "mafias petroleras" de Petroecuador y el Ministerio de Minas y Petróleo que no considera los intereses de la nación (Frente Social por la Nacionalización del Petróleo (FSNP) *et al.* 2008)[14]. Como sugiere el actual líder

[14] Ya sea que estén directamente relacionados o no (diferentes bandos argumentarán diferentes motivos), los líderes sindicales que criticaron abiertamente las políticas de recursos de Correa en 2008 han sido despedidos o acusados de mostrar un comportamiento "cuestionable".

de FETRAPEC, las reivindicaciones que dieron lugar a un movimiento obrero para proteger la industria petrolera de la nación en la década de 1970, siguen siendo relevantes hoy en día (Cano, 2008). El petróleo sigue siendo el medio de articulación de la nación, la soberanía y la ciudadanía, como expresaron los trabajadores petroleros en una carta abierta publicada el 7 de abril de 2008 por la FSNP:

> "[el movimiento obrero petrolero busca la] implementación de una verdadera política petrolera soberana: una que inicie la nacionalización del petróleo y termine con el entreguismo y permita al país restablecer el manejo racional y sustentable de sus recursos naturales para que los ingresos derivados -de la comercialización del crudo y de la venta de sus derivados- se destinen a satisfacer las necesidades básicas de toda la población así como a restablecer el aparato productivo de la nación, y no se destinen exclusivamente a beneficiar a las empresas transnacionales que, durante muchos años, han sobreexplotado y destruido nuestra riqueza natural" (FSNP, 2008).

Si los trabajadores petroleros han estado a la cabeza de los esfuerzos por reconfigurar las relaciones entre los hidrocarburos y la nación ecuatoriana, en Bolivia se han emprendido luchas similares por parte de un conjunto de coaliciones de movimientos sociales tanto en el altiplano andino como (desde una posición política radicalmente diferente) en las tierras bajas del oriente. A continuación se describen estos procesos.

La protesta por los hidrocarburos en Bolivia: Memoria colectiva y nacionalismos populares

En Bolivia, la reciente movilización política y el conflicto sobre los hidrocarburos han estado animados por los imaginarios colectivos de la identidad histórica del país como Estado productor de recursos. Las construcciones populares de Bolivia como país minero –un reflejo de la larga dependencia del país de las exportaciones de plata y posteriormente de estaño– han dado paso en gran medida a su reconstrucción como un petroestado y a la creencia común de que las aspiraciones políticas y económicas del país residen en su potencial para producir hidrocarburos, y en particular gas natural. Los imaginarios populares sobre el gas natural y su papel en la historia nacional están así enraizados en la comprensión nacionalista de los recursos bolivianos como el punto de apoyo sobre el que giran las relaciones del país con la economía global. Como ha escrito el líder sindical y activista boliviano Óscar Olivera:

> "la transferencia de la riqueza a manos privadas y extranjeras es el destino que ha tenido el patrimonio nacional colectivo… La posesión de gas natural y petróleo por parte de Bolivia, por su uso mundial, es lo que más vincula a la economía nacional con el comercio mundial y la inversión extranjera" (2004, 154).

Pero el gas debe verse como un componente de debates más amplios sobre la nación, y está ligado a discusiones sobre la autonomía regional, la reforma agraria, los modelos de desarrollo y la naturaleza del propio Estado. El discurso y la práctica política recientes en Bolivia se han dividido en posiciones ideológicas opuestas. Por un lado, el gobierno de Evo Morales y sus partidarios promueven una visión nacionalista, en la que el Estado controla la producción y la venta de hidrocarburos, según un modelo altamente redistributivo de desarrollo con dirección estatal. Por otro lado, las élites económicas y políticas basadas en los departamentos de las tierras bajas de Santa Cruz y Tarija (con el apoyo de las élites de otros lugares) promueven una visión regionalista y "autonomista" del desarrollo nacional, en la que los gobiernos de los distintos departamentos están facultados para establecer sus propias condiciones de inversión y comercio, y pueden retener una mayor parte de las rentas de los hidrocarburos (Gustafson, de próxima publicación; Eaton, 2007). A continuación, analizamos la historia de la gobernanza de los hidrocarburos en Bolivia y, luego, relatamos dos acontecimientos decisivos: la "guerra del gas" de 2003 y la "nacionalización" de los hidrocarburos de Evo Morales en 2006. Aunque estos acontecimientos fueron transitorios, ilusorios (no fueron ni una "guerra" ni una verdadera "nacionalización"), y demasiado complejos para ser examinados en su totalidad aquí (pero véase Perreault, 2006, 2008), sostenemos que fueron momentos definitorios en la articulación de los recursos hidrocarburíferos y la nación.

Breve historia del desarrollo de los hidrocarburos en Bolivia

Los primeros esfuerzos sostenidos de exploración de hidrocarburos en Bolivia fueron realizados por la Standard Oil Company de New Jersey (ahora Exxon Mobil), que en 1921 adquirió del gobierno todas las concesiones para la exploración de petróleo dentro del territorio boliviano, así como acuerdos que le permitían una serie de funciones de refinación, transporte y comercialización (Orgáz García, 2002). Este acuerdo se mantuvo hasta 1936, cuando, tras la desastrosa y humillante derrota de Bolivia frente a Paraguay en lo que se conoció como la Guerra del Chaco, el gobierno rompió su contrato con la Standard, permitiendo a la empresa únicamente derechos de exploración. La calamidad de la Guerra del Chaco dio lugar a una nueva

política de hidrocarburos de carácter nacional: el petróleo y el gas natural –el patrimonio nacional– serían explotados por una empresa nacional en beneficio del Estado y el pueblo bolivianos. El gobierno otorgó a la recién creada empresa petrolera estatal, YPFB, la responsabilidad de la producción, el transporte, la refinación y la comercialización del petróleo y el gas natural. La primera nacionalización de los hidrocarburos bolivianos se produjo en 1937, cuando la Standard fue acusada de transportar ilegalmente petróleo a la Argentina, y los activos de la empresa fueron expropiados y transferidos a YPFB (Wu, 1994). Desde entonces, YPFB ha llegado a representar (y a ser representada como) la encarnación del Estado y el patrimonio nacional, y los consiguientes cambios en la gobernanza pueden pensarse como una oscilación entre YPFB (el Estado) y el capital privado extranjero.

Tras la Revolución Social de 1952, el gobierno se enfrentó a una intensa presión política internacional, a la escasez de alimentos y a la amenaza de sanciones estadounidenses. La administración Eisenhower trató de impedir la deriva izquierdista del gobierno del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) de Bolivia, y en el periodo de nueve años comprendido entre 1953 y 1961, Bolivia recibió más ayuda estadounidense per cápita que cualquier otro país del mundo (Rabe, 1988; véase también Healy, 2001). Sin embargo, esta generosidad tuvo un coste. Eisenhower dejó claro al presidente boliviano, Víctor Paz Estenssoro, que la continuidad de la ayuda estadounidense estaría supeditada a que Bolivia otorgara concesiones a empresas petroleras estadounidenses. Tales condiciones se cumplieron con la ley de hidrocarburos de 1956, que fue redactada efectivamente por los abogados de la firma estadounidense Davenport and Schuster, y que favoreció fuertemente la inversión extranjera en el desarrollo de los hidrocarburos bolivianos, al tiempo que limitó las posibilidades de participación nacional (Hindery, 2003). Con la aplicación del llamado Código Davenport, la GulfOil entró en Bolivia en 1956 y en poco tiempo se convirtió en el actor dominante en el sector de los hidrocarburos, controlando alrededor del 90% de las reservas bolivianas de petróleo y gas. Las condiciones volvieron a cambiar en 1969, cuando el gobierno militar de Alfredo Ovando Candia derogó el Código Davenport, expropió los activos de GulfOil y expulsó a la empresa. Esta fue, pues, la segunda nacionalización de los hidrocarburos bolivianos, y un claro intento del Estado de recuperar el control de su fuente de ingresos por exportación más importante (Orgáz García, 2002).

Sin embargo, esta política duró poco. En 1970, un golpe de estado llevó al poder al coronel Hugo Banzer Suárez, quien rápidamente se propuso revertir la política de hidrocarburos de Ovando. En marzo de 1972, Banzer promulgó una nueva Ley General de Hidrocarburos, que permitía la inversión extranjera y las operaciones

conjuntas entre empresas extranjeras e YPFB. Dieciocho empresas extranjeras recibieron rápidamente concesiones por 30 años (Orgáz García, 2002), y se prometió a GulfOil una indemnización por su expulsión en 1969, cuyo pago puso en peligro la capacidad de YPFB para producir de forma rentable, frenó las exportaciones de petróleo y endeudó a la empresa (Hindery, 2003).

Las reformas neoliberales se introdujeron por primera vez en Bolivia a mediados de la década de 1980, en medio de una profunda crisis económica y política (Conaghan *et al.*, 1990; Perreault, 2005). En 1985, cuando Víctor Paz Estenssoro fue reelegido por cuarta y última vez, aplicó rápidamente su Nueva Política Económica, un paquete de ajustes estructurales ortodoxos centrados en medidas de austeridad, la reducción de las barreras comerciales y la privatización de las industrias estatales (Kohl y Farthing, 2006). Sin embargo, las reformas neoliberales de mayor alcance que afectaron al sector de los hidrocarburos llegaron en la década de 1990, con la elección de Gonzalo Sánchez de Lozada. En 1996, el gobierno de Sánchez de Lozada estableció su política del "triángulo energético", consistente en (a) una nueva ley de hidrocarburos; (b) la capitalización de la empresa estatal de hidrocarburos YPFB; y (c) la construcción de un gasoducto de gas natural a Brasil. En conjunto, estas medidas pretendían aumentar los ingresos del Estado facilitando la inversión privada en los hidrocarburos bolivianos y abriendo nuevos mercados en Brasil. La nueva ley de hidrocarburos pretendía promover la inversión extranjera mediante la reestructuración del código tributario y la aplicación de un nuevo sistema de concesiones; facilitar la importación, la exportación y la comercialización interna de los hidrocarburos; y permitir a las partes extranjeras distribuir, transportar, refinar e industrializar el petróleo y el gas (Hindery, 2003). La liberalización del sector de los hidrocarburos fue alentada por el gobierno de Estados Unidos y el Banco Interamericano de Desarrollo, y fue promovida explícitamente por el Banco Mundial a través de préstamos sectoriales específicos, programas de "creación de instituciones" (y préstamos asociados), y el cabildeo directo de los miembros del Congreso de Bolivia para que aprobaran la legislación habilitante (Hindery, 2004).

El nacionalismo de los hidrocarburos

En octubre de 2003, Bolivia se vio convulsionada por protestas violentas y generalizadas que rápidamente se conocieron como la guerra del gas. El tema epónimo de la protesta era el plan del gobierno de exportar gas natural licuado a Estados Unidos a través de un puerto chileno. Según las normas establecidas por la ley de hidrocarburos revisada de 1996, los beneficios financieros de la exportación de gas iban a recaer mayoritariamente en los capitales transnacionales implicados en la

empresa, mientras que el Estado recibiría relativamente poco en concepto de rentas del gas. La ley redujo la tasa de regalías que las empresas exportadoras pagarían al Estado, y estableció condiciones de riesgo compartido, en las que las regalías debían pagarse al Estado sólo en casos de rentabilidad, en contraste con el requisito anterior de pago por cualquier petróleo o gas extraído, independientemente de las condiciones del mercado (Hylton y Thompson, 2004). El hecho de que la reorganización del sector de los hidrocarburos de Bolivia favoreciera fuertemente al capital privado (en su mayoría extranjero), mientras que perjudicaba al Estado, no pasó desapercibido para los nacionalistas bolivianos, los intelectuales o los activistas de la izquierda política (Kohl y Farthing, 2006). De hecho, la disolución de YPFB –a la que algunos se refieren como su "Tupacamaruzación"[15] en referencia a su desmembramiento administrativo en componentes upstream (exploración y extracción) y downstream (procesamiento y venta al por menor)– señaló el debilitamiento del control estatal sobre la producción de petróleo y gas, y fue considerada una particular indignidad por muchos nacionalistas e izquierdistas (Orgáz García, 2002). Los planes para permitir que los intereses extranjeros exporten gas natural licuado (GNL) a través de Chile, el rival histórico de Bolivia (ante el que Bolivia perdió su territorio costero en la Guerra del Pacífico de 1879-1883), se consideraron igualmente una afrenta intolerable.

Las protestas que desembocaron en la guerra del gas fueron iniciadas por campesinos aymaras liderados por Felipe Quispe, que hasta entonces había mostrado poca preocupación por la cuestión del gas (Centellas, 2007). El punto de inflexión se produjo a mediados de septiembre de 2003, cuando una misión gubernamental para "rescatar" a cientos de viajeros extranjeros y bolivianos varados por los bloqueos de carreteras desencadenó protestas en la localidad aymara de Warisata y provocó seis muertes (incluida la de una niña de ocho años). La indignación pública generalizada que culminó en la violencia de la guerra del gas se debió a la percepción de que el Estado estaba dispuesto a sacrificar los intereses nacionales (las vidas de los campesinos) por los intereses extranjeros (la comodidad de los turistas)[16].Como uno de los primeros centros de movilización social y política aymara (incluyendo programas de alfabetización y educación bilingüe ya en la década de 1920), Warisata ocupa un lugar único en la memoria histórica aymara. Su papel como punto focal de resistencia al estado racista y neocolonial de Bolivia influyó tanto en la respuesta

[15] Se trata de una macabra referencia de los nacionalistas andinos a Túpac Amaru, el último líder inca, que lideró una rebelión contra los invasores españoles en el siglo XVI, y que finalmente fue ejecutado y descuartizado. El uso de la memoria histórica de la resistencia andina a la dominación extranjera es tan obvio como evocador.

[16] Los autores agradecen a uno de los revisores anónimos del artículo original por esta información.

de los residentes locales a la presencia de la policía y el convoy militar, como en los procesos más amplios de levantamiento político para los que sirvió de catalizador (García Linera, 2004).

Las protestas, diversas y espacialmente dispersas, se galvanizaron rápidamente en su oposición a Sánchez de Lozada, y sus esfuerzos por exportar gas natural asumieron rápidamente un poder simbólico como foco de resistencia (Espinoza y Guzmán, 2003; Guzmán, 2003). Los asesinatos en Warisata unificaron y radicalizaron a los manifestantes en todo el Altiplano, que reforzaron los bloqueos de carreteras y declararon huelgas, tanto en las zonas rurales como en las ciudades vecinas de El Alto y La Paz (Espinoza, 2003). Para los que estaban en las calles impugnando los planes del gobierno de exportar gas, las protestas no eran sólo una lucha por los recursos naturales, sino también por los recursos nacionales. Los manifestantes denunciaban que las desigualdades estructurales, que han marcado a la sociedad boliviana a lo largo de su historia, se reproducían con los planes de permitir a las empresas extranjeras exportar lo que se consideraba patrimonio nacional (Perreault, 2006). La creciente presión de los manifestantes, los militares, la Iglesia y diversos sectores de la sociedad civil llevó a Sánchez de Lozada a renunciar a su cargo y huir a Miami (Cortés Hurtado, 2003). Su vicepresidente, Carlos Mesa, asumió la presidencia, pero en junio de 2005 se vio igualmente obligado a renunciar a su cargo en medio de una oposición generalizada y unas protestas debilitantes, lo que abrió el camino a nuevas elecciones en diciembre de ese año. Evo Morales Ayma, líder del poderoso sindicato de cocaleros y antiguo diputado nacional, fue elegido presidente al frente del Movimiento al Socialismo (MAS). Con el 54% de los votos, casi el doble que su rival de centro-derecha, Morales se convirtió en el primer presidente de origen indígena de la historia de Bolivia[17].

Imaginarios nacionalistas y memoria histórica

El 1 de mayo de 2006, cuando apenas llevaba cuatro meses en la presidencia, Morales ofreció una rueda de prensa en el campo de gas natural de San Alberto, en el departamento sureño de Tarija. Rodeado de militares y periodistas de la prensa nacional e internacional, y con una pancarta detrás que decía "Nacionalizado: Propiedad de los Bolivianos", anunció el Decreto Presidencial 28.701, conocido como "Héroes del Chaco". Mientras leía su declaración, los militares ocuparon simultáneamente 56 instalaciones de gas natural en todo el país. Como señala Webber (2006), este tipo de teatro militar sirvió tanto para fines prácticos como

[17] Morales fue reelegido el 6 de diciembre de 2009, esta vez con el 63% del voto popular.

simbólicos. Por un lado, las fuerzas armadas pretendían impedir que se retiraran los documentos de las oficinas de las empresas de hidrocarburos. Se tendrían que realizar auditorías exhaustivas para evaluar las actividades y los beneficios de las empresas con el fin de renegociar los contratos. Por otra parte, la presencia de los militares señaló el apoyo de las fuerzas armadas a Morales y al plan de nacionalización, enviando un mensaje a los activistas de la oposición de que un golpe de estado quedaba descartado. Además, la presencia militar era un recordatorio de las nacionalizaciones realizadas bajo regímenes militares anteriores. Al igual que con estas nacionalizaciones de hidrocarburos anteriores, de corta duración, la declaración de Morales puede interpretarse como un repudio a la dominación extranjera y una señal de que el gobierno pretende utilizar los recursos naturales de la nación en beneficio del pueblo boliviano.

El decreto también recurre explícitamente a las memorias históricas colectivas y a los imaginarios espaciales. El nombre "Héroes del Chaco" hace referencia a la desastrosa Guerra del Chaco (1932-35), que Bolivia perdió frente a Paraguay, y en la que la mayoría de las 57.000 bajas bolivianas fueron reclutas indígenas andinos (aymaras y quechuas). Aunque las causas de la guerra probablemente tuvieron más que ver con la política interna boliviana y con los graves errores de cálculo de la corrupta e inepta élite política boliviana (Klein, 1992), la guerra se ha enmarcado retrospectivamente como una valiente defensa de los yacimientos de petróleo (y más recientemente, de gas) del país. Así, la etiqueta "Héroes del Chaco" resuena tanto en la memoria histórica indígena andina, que ve la guerra en términos de sacrificios aymaras y quechuas por la nación, como en las concepciones nacionalistas de la soberanía, enraizadas en el patrimonio nacional y cultural (Orgáz García, 2002). Así, el artículo 1 del decreto declara: "El Estado reclama la propiedad, la posesión y el control total y absoluto de estos recursos". En esta lectura, el decreto de los Héroes del Chaco no es una incautación de bienes, sino la recuperación del patrimonio nacional perdido (o regalado) por dirigentes antipatriotas (Laurie *et al.*, 2002).

Para los nacionalistas bolivianos, el gas natural ha asumido el lugar de honor que antes ocupaba el estaño, y antes los nitratos y la plata. No cabe duda de la importancia económica del gas natural (y, en menor medida, del petróleo) para Bolivia: los hidrocarburos representan la mayor fuente de ingresos del país, cuyos ingresos aumentaron de 188 millones de dólares en 2001 a más de 1.500 millones en 2007 (Ministerio de Hidrocarburos y Energía, 2006, citado en Gustafson, 2011). Pero el decreto de los Héroes del Chaco de Morales extrae su fuerza simbólica de la memoria histórica de la dominación por parte de las élites extranjeras y nacionales, del sacrificio indígena y del encuadre discursivo del gas natural como patrimonio

nacional. Las políticas de Morales y su gobierno del MAS han estado animadas por los discursos políticos y las visiones populares nacionalistas de quienes lucharon durante años contra la dominación de las élites blancas y las políticas neoliberales (Albro, 2006a, b). Sin embargo, estos nacionalismos populares no son las únicas formas de imaginarios políticos en juego en la Bolivia contemporánea. Las élites políticas y económicas del centro comercial de las tierras bajas de Santa Cruz, junto con sus aliados en los departamentos de la media luna de las tierras bajas y en algunas ciudades del occidente andino, ofrecen una visión alternativa poderosa, aunque dura (Gustafson, 2008). Con las mismas raíces en la explotación de los recursos naturales, que reflejan la dependencia económica de la región de sus vastas explotaciones ganaderas, plantaciones de soja y campos de petróleo y gas, las aspiraciones de los cruceño a la autonomía regional representan un desafío directo a los nacionalismos populares que se imponen en el oeste andino (Gustafson, 2006; Eaton, 2007). En las continuas luchas ideológicas, regionales, étnicas y de clase en las que Bolivia está inmersa actualmente, los hidrocarburos y las rentas que generan seguirán desempeñando un papel central, tanto material como simbólicamente.

La gobernanza de los hidrocarburos y la nación

> "Cuando hablamos de recuperar nuestro patrimonio nacional, las preguntas centrales siguen siendo: ¿Quién o qué es la "nación"? ¿Qué significaría recuperar el control y la gestión de los recursos de hidrocarburos 'para la nación'? ¿Quién decide el significado, y quién autoriza la voz, de la 'nación' que se hará cargo de la reapropiación de la riqueza natural?"
>
> (Olivera, 2004, 155).

Las decisiones sobre las mejores formas de explotar y mercantilizar los recursos de hidrocarburos en el Sur global han sido manejadas históricamente por los gobiernos nacionales y/o el capital transnacional, contribuyendo a borrar las geografías e historias específicas de las regiones productoras de recursos. Por el contrario, los casos de movilización relacionados con los hidrocarburos que se analizan aquí señalan la existencia de poderosos conflictos por los recursos que surgen de los encuentros entre el flujo de ideas, el capital y las prácticas del capitalismo de los combustibles fósiles y las especificidades del lugar. Tanto el movimiento obrero petrolero de Ecuador como los diversos movimientos sociales de izquierda de Bolivia se oponen enérgicamente a los efectos de las políticas neoliberales por considerar que los proyectos de privatización y el estrecho enfoque en las ganancias del sector de los hidrocarburos son perjudiciales para el bienestar de las poblaciones nacionales.

Sus acciones (protestas, huelgas, bloqueos, ocupaciones) han tenido como objetivo desestabilizar las prácticas y los significados hegemónicos asociados a las economías de hidrocarburos existentes y poner de manifiesto las asimetrías de poder reproducidas a través de la neoliberalización de la gobernanza de los recursos (Emel y Huber, 2008; Ferguson, 2006; Harvey, 2006).

La posición de los movimientos hidrocarburíferos descritos aquí no es únicamente de resistencia; el concepto de Tsing (2005) de "fricción" –las cualidades incómodas, desiguales, inestables y creativas que resultan de los encuentros contingentes de las relaciones capitalistas y las geografías e historias específicas del lugar– es particularmente apto para describir la dinámica de las luchas hidrocarburíferas en Ecuador y Bolivia. La metáfora de la fricción alude no sólo a la forma en que las configuraciones específicas del capital, la naturaleza y la identidad nacional mantienen ciertas relaciones de poder en movimiento, sino también a la forma en que éstas pueden ser perturbadas mediante geografías imaginativas alternativas de las relaciones entre el Estado y la sociedad. Como sugieren los casos de Ecuador y Bolivia, los imaginarios alternativos de una gobernanza "adecuada" de los hidrocarburos articulan las disputas sobre los aspectos materiales de la producción de hidrocarburos (por ejemplo, la extracción, la distribución de las rentas) con las luchas sobre los significados del desarrollo, la ciudadanía y la nación (por ejemplo, los objetivos de la política nacional). Al imbuir a la ciudadanía de la responsabilidad de cuestionar la gobernanza de los recursos de hidrocarburos, los movimientos sociales de Ecuador y Bolivia han recurrido a las "comunidades políticas" (Anderson, 1983) de la petro-ciudadanía y las han puesto en práctica, invirtiendo en la continuidad de la explotación de los hidrocarburos, aunque en el contexto de las naciones de hidrocarburos alternativas. Por lo tanto, el objetivo de oponerse a las prácticas hegemónicas de gobernanza de los hidrocarburos no es detener la producción o abolir las estructuras estatales, sino intervenir en los términos e intenciones de dicha gobernanza[18].

Aunque las dinámicas del conflicto de los hidrocarburos en Ecuador y Bolivia se parecen superficialmente, también reflejan distintas geografías que buscan "reconstruir" adecuadamente la nación. En el caso ecuatoriano, la oposición a la privatización de los hidrocarburos es más fuerte en los lugares de transformación del petróleo: las refinerías y la empresa petrolera nacional. A diferencia de la YPFB boliviana, cuyo sindicato se vio muy debilitado cuando la empresa se disolvió en la década de 1990 (Haarstad, 2009), la militancia de la FETRAPEC impidió la

[18] El deseo de estos movimientos y otros similares de seguir explotando los hidrocarburos (aunque bajo el control del Estado y no del sector privado) complicará sin duda los intentos de los actores internacionales de alcanzar un consenso sobre los esfuerzos necesarios para frenar el cambio climático global.

privatización de Petroecuador. Aunque la empresa se reestructuró, los trabajadores conservaron sus empleos y pudieron reorganizarse para defender la empresa contra nuevos intentos de neoliberalización. Mientras que la organización laboral se centró inicialmente en las preocupaciones sobre los salarios y el lugar de trabajo, las movilizaciones posteriores tuvieron vínculos más fuertes con la construcción de una petro-nación, coloreada por la percepción de Petroecuador como motor de la modernidad nacional. Por ejemplo, los dirigentes sindicales petroleros se refieren a la producción de una "conciencia política nacional" y a la obligación de velar por los mecanismos e instituciones más adecuados para gobernar las rentas de los hidrocarburos. En su opinión, su proximidad al recurso natural les permite tener una comprensión más clara de la política interna de la gobernanza del petróleo. En gran parte, sus esfuerzos han tenido éxito, y han dado impulso al movimiento y reforzado su posición antiprivatización. Sus espectáculos de preocupación cívica han pretendido hacer pública la "política oculta" de las prácticas capitalistas y los intereses de los considerados antipatriotas. Así, sus esfuerzos por perturbar los cambios que se están produciendo en los lugares e instituciones de la transformación del petróleo -a través de huelgas, "asambleas permanentes", militancia, anuncios en los periódicos y protestas organizadas en las zonas en las que confluyen el público, el petróleo y el Estado (por ejemplo, las gasolineras)- territorializan el petróleo como un lugar de lucha por la identidad y los intereses colectivos de la nación y sus ciudadanos.

En el caso de Bolivia, la "nacionalización" de los campos de gas en 2006 por parte del gobierno de Evo Morales también se situó geográficamente, vinculando discursivamente los lugares específicos de producción y transformación (por ejemplo, la ocupación física de las instalaciones de gas por parte de los militares) a un proyecto político de soberanía nacional que "rescata" el liderazgo del Estado en materia de territorio de la nación soberana. Del mismo modo, la "recuperación" del patrimonio nacional a través de la nacionalización y su referencia a los Héroes del Chaco fue en gran medida una muestra pública de los esfuerzos por devolver el control soberano sobre los hidrocarburos al gobierno indígena-campesino recientemente elegido. Como sostiene Tsing (2000), este tipo de economías de representación culturalmente específicas y geográficamente situadas son constitutivas de la reproducción de imaginarios colectivos alternativos de la nación frente a su población y la comunidad global.

Tanto el caso ecuatoriano como el boliviano sugieren que los hidrocarburos y su gobernanza configuran significados de los espacios y tiempos del Estado-nación. Las luchas por los hidrocarburos se han materializado no sólo en el control de las tecnologías de transporte, transformación y extracción –es decir, los lugares desde los que defender los intereses de la comunidad nacional– sino también en

los intentos de intervenir en las relaciones a través de las cuales opera el "complejo petrolero" (Watts, 2004). De hecho, es la configuración específica de las empresas petroleras, el Estado y la comunidad la que el movimiento laboral petrolero y las movilizaciones indígenas/populares tratan de desestabilizar, en un esfuerzo por producir o reinstituir imaginarios de la nación que reduzcan el poder de los intereses extranjeros y "antipatrióticos" en favor de las comunidades nacionales y soberanas.

En marcado contraste con la lógica determinista y reductora de las literaturas sobre seguridad medioambiental y maldición de los recursos, los casos de Ecuador y Bolivia demuestran que la producción de hidrocarburos se disputa en terrenos tanto materiales como ideológicos. Estos conflictos no pueden reducirse a modelos simplistas de estructura de oportunidades, especulación bélica o escasez de recursos (o su anverso, la abundancia de recursos). Más bien, para entender los conflictos por los hidrocarburos y sus resultados debemos estar atentos a sus espacialidades, al papel de las memorias situadas del territorio y la nación, y a las economías políticas que estructuran el acceso a los recursos. Como hemos argumentado aquí, las luchas por los recursos nunca son sólo por los recursos. Como sugieren los casos de Ecuador y Bolivia, la economía política y la política cultural son inseparables en los conflictos por los recursos, ya que las disputas por la distribución de las rentas y los objetivos de la política económica nacional se mezclan con las luchas por los significados del desarrollo, la ciudadanía y la propia nación.

Conclusión

Mediante un análisis comparativo de Ecuador y Bolivia, hemos tratado de ilustrar las articulaciones del petro-capitalismo, las ideologías nacionalistas y las políticas culturales en las luchas por la gobernanza de los hidrocarburos. Nos hemos centrado en la dinámica de los conflictos por los recursos, los espacios y las prácticas a través de los cuales la impugnación de la gobernanza de los hidrocarburos se transmite al público más amplio de la nación, y las formas en que las historias de las naciones y las poblaciones dan forma a las geografías morales de los movimientos sociales relacionados con los hidrocarburos. También hemos destacado las coyunturas de movilización (políticas específicas, medidas político-económicas y encuentros entre el capital global, el Estado y la población) que han influido en las formas materiales y los significados sociales de la nación y la ciudadanía conjurados por los movimientos de hidrocarburos en Ecuador y Bolivia. Como sugieren los casos, estos movimientos buscan restaurar la soberanía estatal sobre el petróleo reclasificando los espacios capitalistas de producción de hidrocarburos –refinerías, concesiones, oleoductos– en espacios de creación nacional. Esta reconstrucción de la nación se

produce a través de una redefinición de la relación entre el Estado, la población, el territorio y los recursos (Radcliffe y Westwood, 1996). Por ejemplo, mientras que la reestructuración política y económica neoliberal pretendía reorganizar las empresas nacionales, redibujar las concesiones y las rutas de exportación y redactar nuevas leyes de extracción de recursos para facilitar la extracción del capital natural y fomentar la concentración del capital financiero fuera de los espacios de la nación, los movimientos de los hidrocarburos pretendían contrarrestar estos procesos volviendo a situar la gobernanza de los hidrocarburos en el Estado-nación. Del mismo modo, la reestructuración de la CEPE y el desmembramiento de YPFB también alimentaron las protestas porque se consideró que reducían las responsabilidades y capacidades del Estado en sectores socioeconómicos clave. En Ecuador, el conflicto se originó dentro de la empresa nacional, ya que los empleados estatales recurrieron a sus relaciones laborales y a su formación política para oponerse a la privatización. En Bolivia, la oposición fue liderada por movilizaciones populares que buscaban poner fin a dos décadas de políticas neoliberales que no habían mejorado las condiciones de vida de la mayoría de los bolivianos. En ambos casos, la intervención en el statu quo de la gobernanza de los hidrocarburos se convirtió en una lucha territorial que se apoyó en la unificación ideológica de la nación y el recurso para cumplir la promesa de un soberano que se preocupa por los intereses de los ciudadanos. Sin embargo, estas luchas por defender la autoridad del Estado en materia de hidrocarburos no pretenden ser un retorno a los modos anteriores de poder soberano. Más bien, los imaginarios colectivos de la nación invocados por los movimientos de los hidrocarburos pretenden forjar un espacio para la autoridad del Estado que esté más estrechamente alineado con lo que consideran los intereses de la población. En otras palabras, estos movimientos sociales no se sitúan ni fuera ni dentro del Estado ni de la sociedad civil, sino que atraviesan estos campos sociales, abriendo nuevos espacios y entendimientos de la nación y la ciudadanía (Hart, 2002).

Sin embargo, aunque "rehacer la nación" implica la posibilidad de imaginar nuevas relaciones entre el capital, el Estado y la población, los casos descritos aquí también señalan el papel crucial de las políticas de identidad en la forma en que se arraigan dichas transformaciones. Tanto en el caso ecuatoriano como en el boliviano, se apropian y despliegan conceptos, categorías y sistemas de representación específicos para formar una conciencia nacional en relación con la gobernanza de los hidrocarburos. Las políticas de construcción de la nación en estos dos casos convergen en el establecimiento de una "fuerza" contra la idea de la gobernanza neoliberal de los hidrocarburos, no en las trayectorias históricas o las complejas identidades de cada uno de los movimientos sociales descritos, ni en los posibles

resultados de sus imaginarios de "la nación". Además, sus posiciones desdibujan los límites entre el Estado, el capital y la población, aunque de forma diferente: los empleados del Estado se representan a sí mismos como miembros de la sociedad civil para protestar contra las prácticas de la gobernanza de los hidrocarburos en un caso, la sociedad civil opera a través del Estado para hacer reclamaciones sobre dicha gobernanza en el otro.

¿Cuáles son, entonces, las implicaciones de la protesta popular para lo que se considera la reestructuración neoliberal del sector de los hidrocarburos? Hay que reconocer que el neoliberalismo nunca es sólo un proyecto económico, sino que es, en un sentido fundamental, un proyecto ideológico utópico relacionado con el orden social, siempre en proceso y nunca finalizado (Harvey, 2005). Los movimientos de hidrocarburos pretenden desbaratar la visión normativa planteada por los defensores del neoliberalismo y sustituirla por una visión alternativa (e igualmente utópica) del orden social y de las relaciones socio-naturales. Nuestro objetivo no es leer estos movimientos y sus estrategias como un caso más de resistencia de lo local a las estructuras globales. Más bien, los vemos como un ejemplo, primero, del contenido político y social de lo que se entiende como reestructuración neoliberal, y segundo, de las formas en que las fricciones del capital generado por los hidrocarburos dan forma a su gobernanza. En Ecuador y Bolivia, a las políticas neoliberales que reestructuraron los términos de la gobernanza de los hidrocarburos se le opusieron motivos nacionalistas. En ambos casos, las luchas sociales en torno al petróleo y el gas no se centraron en la política económica en sí, sino en el modo en que dichas políticas dan sentido a la ciudadanía, el desarrollo y la nación. Los movimientos de protesta en Ecuador y Bolivia expusieron los límites del proyecto neoliberal; pero si el neoliberalismo tiene límites, también los tienen las políticas populistas y los nacionalismos utópicos. Las ideas sobre la nación y la ciudadanía pueden considerarse, en este sentido, un ejemplo de lo que Hall (1986) denomina ""política sin garantías". Como tal, su conexión con las luchas por los recursos naturales no es fija y puede seguir diversas trayectorias basadas en construcciones de gobernanza nacional que compiten entre sí. Tanto en Ecuador como en Bolivia, la actual dependencia estructural de las rentas del petróleo y el gas requiere una mayor producción de hidrocarburos, lo que a su vez exige una continua participación extranjera en el sector de los hidrocarburos (Kohl y Farthing, 2009). La contradicción entre los nacionalismos utópicos, por un lado, y la dependencia estructural del capital internacional y de las empresas extranjeras de hidrocarburos, por otro, seguramente seguirá generando fricciones en el futuro. La forma en que estas fricciones se desarrollen es una historia aún por escribir.

Referencias

- Acosta, A. (2000). "El Petróleo en el Ecuador: Una Evaluación Crítica del Pasado Cuarto de Siglo". En Martínez, E. (Ed.) *El Ecuador Post Petrolero*, pp. 2-19. Quito, Acción Ecológica.
- Albro, R. (2006a). "Bolivia's 'Evo phenomenon': from identity to what?", *Journal of Latin American Anthropology*, 11 (2): 408-428.
--- (2006b). "The culture of democracy and Bolivia's indigenous movements", *Critique of Anthropology*, 26 (4): 387-410.
- Anderson, B (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Broder, J. (2009). "Climate Change Seen as Threat to US Security", *New York Times*, 8 de agosto. <http://www.nytimes.com> (consultado en 22.12.09.).
- Brogan, C. (1984). *The Retreat from Oil Nationalism in Ecuador, 1976*. University of London Institute of Latin American Studies Working Papers, London.
- Busby, J.W. (2007). *Climate Change and National Security: An Agenda for Action*. Council Special Report Number 32. Council on Foreign Relations Press, New York.
- Cano, D. (2008). A todos los compañeros trabajadores y trabajadoras de América, el mundo y a su organización. En *Foro Latinoamericano y Caribeño de los Trabajadores/as de la Energía*. Quito, Ecuador.
- Carrière, J. (2001). Neoliberalism, economic crisis, and popular mobilization in Ecuador. En Demmers, J.; J.A.E, Fernández y B. Hogenboom (Eds.) *Miraculous Metamorphoses: The Neoliberalization of Latin American Populism*. Londres: ZedBooks.
- Centellas, M. (2007). *Democracy on Stilts: Bolivia's Democracy from Stability to Crisis*. Tesis de Doctorado, Western Michigan University, Kalamazoo, Department of Political Science.
- Conaghan, C.M.; J.M. Malloy. y L.A. Abugattas (1990). "Business and the 'boys': the politics of neoliberalism in the central Andes", *American Research Review*, 25: 3-30.
- Corbo, V. (1992). *Development Strategies and Policies in Latin America: A Historical Perspective*. San Francisco: ICS Press.
- Coronil, F. (1997). *The Magical State: Nature Money, and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cortés Hurtado, R. (2003). "Reflexiones sobre la rebelión boliviana: El fracaso definitivo del Gonismo.", *Le Monde Diplomatique el Dipló* (Edición Boliviana.), vol. 14: 4-5.
- Demmers, J.; J. Fernández y B. Hogenboom (Eds.) (2001). *Miraculous Metamorphoses: The Neoliberalization of Latin American Populism*. Londres: ZedBooks.
- Diario Los Andes (2007). *El Protocolo de Río de Janeiro*, 16 de Marzo.

- Diario La Hora (1995). "Huelguistas Se Cortarán los Dedos", 19 de octubre. En Quiñónez Narváez, I.; R. Galarza Bastidas, Ramiro; F, Villavicencio Valencia y M. Ortiz Cevallos (Eds.) *Los encadenados del oleoducto*, 1996. Quito, FETRAPEC.
- Dunning, T. (2005). "Resource dependence, economic performance, and political economy", *Journal of Conflict Resolution*, 49 (4): 451-482.
- Durán, J. y S. Nieto (1995). "El Paraíso del Ministro Abril". *Diario Hoy*, 15 de Octubre. <http://www.hoy.com.ec/>.
- Eaton, K. (2007). "Backlash in Bolivia: regional autonomy as a reaction against indigenous mobilization", *Politics and Society* 35 (1): 71-102.
- Emel, J. y M. Huber (2008). "Riskybusiness: mining, rent and the neoliberalization of 'risk", *Geoforum*, 39: 1391-1407.
- Energy Information Administration (EIA) (2007). Energy profile of Ecuador. En Cleveland, Cutler J. (Ed.) *Encyclopedia of Earth. Environmental Information Coalition, National Council for Science and the Environment*, Washington, DC. <http://www.eoearth.org/article/Energy_profile_of_Ecuador> (consultado en 01.02. 09.).
- Espinoza, C. (2003). "Los 'cabreados' vuelvan a las calles", *Pulso* (La Paz) 215, 13.
- Espinoza, C. y G. Guzmán (2003). "Reconstrucción no official de los hechos sucedidos en Warisata: 'Operación Rescate", *Pulso* (La Paz) 216, 12-13.
- Fearon, J.D. (2005). "Primary commodity exports and civil war", *Journal of Conflict Resolution* 49, (4): 483-507.
- Ferguson, J. (2006). *Global Shadows: Africa in the Neoliberal World Order*. Durham: Duke University Press.
- Fontaine, G. (2003). *El Precio del Petróleo: Conflictos Socio Ambientales y Gobernabilidad en la Región Amazónica*. Quito: FLACSO-IFEA.
- Frente Social por la Nacionalización del Petróleo (FSNP), Coordinadora por la Vida, Coordinadora de Movimientos Sociales, Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), Diego Borja, Movimiento Polo Democrático, Federación de Trabajadores de Petroecuador (FETRAPEC), Comité de Empresa de Trabajadores de Petrocomercial (CENAPECO), Comité de Empresa de Petroproducción (CENAPRO), Observatorio de Energías (2008). Solo con la Nacionalización del Petróleo la Patria Será de Todos, April 7. <http:// www.agenciaenpie.org> (consultado en 06.01.09.).
- García Linera, Á. (2004). The multitude. E: Óscar, O y Lewis, T (Eds.) *A Cochabamba! Water War in Bolivia*. South End Press, Cambridge, MA.
- Gellner, E. (2008). *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press.
- Gerlach, A. (2003). *Indians, Oil, and Politics: A Recent Historyof Ecuador*. Wilmington: Scholarly Resources.
- Gregory, D. (2004). *The Colonial Present: Afghanistan, Palestine, Iraq*. Malden: Blackwell.

- Guriev, S.; A. Kolotilin y K. Sonin (2008). "High Oil Prices and the Return of 'Resource Nationalism." <www.voxeu.org/index.php?q=node/1050> (consultado en 15.10.08).
- Gustafson, B. (2006). "Spectacles of autonomy and crisis: or, what bulls and beauty queen shave to do with regionalism in eastern Bolivia", *Journal of Latin American Anthropology* 11 (2): 351-379.
--- (2008). "Bymeans legal and o ther wise: The Bolivian right regroups.", *NACLA Report on the Americas*, 40 (1): 20-25.
--- (2011). Flash points of sovereignty: natural gas and spatial politics in Eastern Bolivia. En Rayna, S y S, Behrends (Eds.) *The Anthropology of Oil*. Oxford: Berghahn Books.
- Guzmán, G. (2003). "Han asesinado a una niña boliviana", *Pulso* (La Paz) 216, 11 (26 de septiembre).
- Haarstad, H. (2009). "FDI policy and political spaces for labour: the disarticulation of the Bolivian petroleros", *Geoforum*, 40: 239-248.
- Hall, S. (1986). "The problem of ideology: marxism with out guarantees", *Journal of Communication Inquiry*, 1: 28-44.
- Hart, G. (2002). *Disabling Globalization: Places of Power in Post-apartheid South Africa*. Berkeley: University of California Press.
- Harvey, D. (1974). "Population, resources and the ideology of science", *Economic Geography*, 50 (3): 256-277.
--- (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
--- (2006). *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*. Londres: Verso.
- Healy, K. (2001). *Llamas, weavings, and organic chocolate: multicultural grassroots development in the Andes and Amazon of Bolivia*. South Bend: University of Notre Dame Press.
- Hindery, D. (2003). *Multinational Oil Corporations in a Neoliberal Era: Enron, Shell, and the Political Ecology of Conflict over the Cuiabá Pipeline in Bolivia's Chiquitanía*. Tesis Doctoral, University of California, Los Angeles, Department of Geography.
--- (2004) "Social and environmental impacts of restructuring in Bolivia: ananalysis of Enron and Shell's hydrocarbons project", *Singapore Journal of Tropical Geography*, 25 (3): 281-303.
- Hobsbawm, E. (1992). *Nations and Nationalism Since 1792: Programme Myth, Reality*. Cambridge U.K: Cambridge University Press..
- Homer-Dixon, T. (1999). *Environment Scarcity and Violence*. Princeton: Princeton University Press.

- Homer-Dixon, T. y Blitt, J. (Eds.) (1998). *Ecoviolence: Links among Environment, Population and Security*. Lanham: Rowman and Littlefield..
- Hylton, F.; Thompson, S. (2004). "Insurgent Bolivia", *NACLA Report on the Americas 38* (3): 15-19.
- Kaplan, R. (1994). The Coming Anarchy. Atlantic Monthly, de febrero de. <www. the atlantic.com/doc/199402/anarchy> (consultado en 22.12.09.).
- Kimmerling, J. (1992). *Amazon Crude*. Quito: Abya Yala.
- Klare, M.T. (2001). *Resource Wars: The New Land scape of Global Conflict*. Nueva York: Henry Holt and Company.
- Klein, H.S. (1992). *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society*, second ed. Nueva York: Oxford University Press..
- Kohl, B. y L. Farthing (2006). *Impasse in Bolivia: Neoliberal Hegemony and Popular Resistance*. Londres: ZedBooks.
--- (2009). "Less than fully satisfactory development outcomes': international financial institutions and social unrest in Bolivia", *Latin American Perspectives*, 36 (3): 59-78.
- Langa, J.M. (2003). "Crisis laboral en Ecuador: Gutiérrez no cede a la presión de los petroleros", 13 de June. <www.americaeconomica.com>.
- Laurie, N.; R. Andolina y S. Radcliffe (2002). The excluded 'indigenous'? The implications of multi-ethnic policies for water reform in Bolivia. En Sieder, R. (Ed.), *Multiculturalism in Latin America: Indigneous Rights, Diversity and Democracy*, pp. 252-276. Nueva York: Palgrave MacMillan,
- LeBillon, P. (2001). "The political ecology of war: natural resources and armed conflict". *Political Geography*, 20, 561-584.
--- (2008). "Diamond wars? Conflict diamonds and geographies of resource wars", *Annals of the Association of American Geographers*, 98 (2): 345-372.
- Little, P. (1992). *Ecología Política del Cuyabeno: El Desarrollo No Sostenible de la Amazonía*. Quito: Abya Yala.
- Luna, M. (2007). "Así, juro!", *El Comercio*, 3 de Marzo. <www.elcomercio.com> (consultado en 22.03.09).
- Malloy, J.M. y Gamarra, E. (1988). *Revolution and Reaction: Bolivia, 1964-1985*. New Brunswick: Transaction Books.
- Martz, J. (1987). *Politics and Petroleum in Ecuador*. New Brunswick: Transaction Books.
- Ministerio de Hidrocarburos y Energía (2006). *Boletín Dignidad*. La Paz: Gobierno de Bolivia.
- Montúfar, C. (1990). "Ecuador: elecciones presidenciales de 1988", *Revista Mexicana de Sociología*, 52: 155-176.

--- (2000). *La reconstrucción neoliberal: Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en el Ecuador, 1984-1988*. Quito: Abya-Yala.
- Moore, D. (2000). "The crucible of cultural politics: reworking 'development' in Zimbabwe's eastern highlands", *American Ethnologist*, 26 (3): 654-689.
- Narváez Quiñónez, I.; R. Galarza Bastidas; F. Villavicencio Valencia y M. Ortiz Cevallos (1996). *Los encadenados del oleoducto*. Quito: FETRAPEC.
- Olivera, Ó. y T. Lewis (Es.) (2004). *A Cochabamba! Water War in Bolivia*. Cambridge M.A: South End Press.
- Orgáz García, M. (2002). *La Guerra del Gas: Nación versus Transnacionales en Bolivia*. La Paz: OFAVIN.
- Peluso, N.L. y M. Watts (Eds.) (2001). *Violent Environments. Ithaca: Cornell University Press*.
- Perreault, T. (2005). "State restructuring the scale politics of rural water governance in Bolivia", *Environment and Planning A*, 37 (2): 263-284.
--- (2006). "From the Guerra del agua to the Guerra del gas: resource governance, neoliberalism and popular protest in Bolivia", *Antipode*, 38 (1): 150-172.
--- (2008). "Natural Gas, Indigenous Mobilization, and the Bolivian State", *Identities, Conflict and Cohesion Programme*, Paper Nº 12. United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD).
- Pumphrey, C. (2008). *Global Climate Change: National Security Implications*. Carlisle PA: Strategic Studies Institute, US Army War College.
- Rabe, S.G. (1988). *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Radcliffe, S. y S. Westwood (1996). *Remaking the Nation: Place Identity and Politics in Latin America*. Londres: Routledge.
- Ross, M. (1999). "The political economy of the resource curse.", *World Politics*, 51 (2): 297-322.
--- (2004) "What do wek now about natural resources and civil war?", *Journal of Peace Research*, 41 (3): 337-356.
--- (2006). "A closer look at oil, diamonds and civil war", *Annual Review of Political Science*, 9: 265-300.
- Sachs, J.D. y A.M. Warner (2001). "The curse of natural resources", *European Economic Review*, 45: 827-838.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. Londres: Routledge.
- Sawyer, S. (2002). "Bobbittizing Texaco: dis-membering corporate capital and remembering the nation in Ecuador", *Cultural Anthropology*, 17 (2): 150-180.
--- (2004). *Crude Chronicles: Indigenous Politics Multinational Oil, and Neoliberalism in Ecuador*. Durham: Duke University Press.

- Selby, J. (2005a). "Oil and water: the contrasting anatomies of resource conflicts", *Government and Opposition*, 40 (2): 200-224.
--- (2005b). "The geopolitics of water in the Middle East: fantasies and realities", *Third World Quarterly*, 26 (2): 329-349.
- Stanislaw, J.A. (2009). *Power Play: Resource Nationalism, the Global Scramble for energy and the Need for Mutual Interdependence*. Houston, Washington, DC: White Paper, Deloitte Center for Energy Solutions.
- Swyngedouw, E. (2004). *Social Power and the Urbanization of Water: Flows of Power*. Oxford: Oxford University Press.
- Tsing, A. (2000). "Inside the economy of appearances", *Public Culture*, 12: 115-144.
--- (2005). *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton: Princeton University Press.
- Turner, M. (2004). "Political ecology and the moral dimensions of 'resource conflicts': the case of farmer-herder conflicts in the Sahel", *Political Geography* 23: 863-889.
- Valdivia, G. (2008). "Governing relations between people and things: citizenship, territory, and the political economy of petroleum in Ecuador", *Political Geography*, 27: 456-477.
- Villavicencio, F. (2006). "La Patria no es la Bolsa de Valores" <http://www.rebelion.org/ noticia.php?id=38709> (consultado en 22.03.09.).
- Watts, M. (2001). Petro-violence: community, extraction, and political ecologyof a mythic commodity. En: Peluso, L y M, Watts (Eds.). *Violent Environments*, pp. 189-212. Ithaca: Cornell University Press.
--- (2004). "Antinomies of community: some thoughts on geography, resources and empire", *Transactions of the Institute of British Geographers (New Series)*, 29: 195-216.
- Webber, J. (2006). ''Nationalizationof Gas!" Online, <www.zmag.org/content/print_article.cfm?itemID=10202&sectionID=52> (consultado en 16.10.06).
- Wu, K. (1994). "Emerging Energy Security Issues". *Energy Investment Advisory Series Report* Nº 2. Honolulu: Program on Resources: Energy and Minerals, East-West Center.
- Yashar, D. (2005). *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*. Cambridge U.K: Cambridge University Press.

Capítulo 9

Perspectivas feministas sobre la internacionalización del Estado*

Birgit Sauer** y **Stefanie Wöhl*****

Formulación de preguntas críticas de género: una introducción

La literatura feminista de los últimos diez años ha sido, en general, bastante escéptica sobre las consecuencias de la globalización para las mujeres (ver, entre otros, Klingebiel y Randeria, 1998; Meyer y Priigl, 1999; Sassen, 1996, 1998; Sauer, 2001a). Por ejemplo, las medidas de ajuste estructural sitúan a las mujeres de África en una posición precaria y explotable entre la economía de subsistencia y la informal (Connelly, 1996; Mulyampiti, 2001). En Asia, el desempleo provocado por la crisis de la globalización ha afectado especialmente a las mujeres (Elson, 2002, 29 y ss.), y la reconstrucción de los Estados de bienestar en los países del Norte, a pesar de todas las críticas al "Estado de bienestar patriarcal", se consideró una acción hostil hacia las mujeres. Como empleadas en estos sistemas de bienestar, pero también como dependientes de beneficios sociales en forma de apoyo financiero o de cuidado infantil, las mujeres se ven perjudicadas (ver, entre otros, Jenson, 1996; Sainsbury, 1996; Wright, 1997). La reproducción social sigue siendo políticamente ignorada como tema crucial en los procesos de reestructuración global. En cambio, se han implementado programas de capacitación y empleo, no solo en los Estados Unidos (Mitchell, Marston y Katz, 2003) sino también en Estados de bienestar consolidados como Alemania y Austria.

---

* Este capítulo fue publicado en forma de artículo en el año 2010 con el título "Feminist perspective on internationalization of The State", en la revista *Antipode* 43(1): 108-128. Traducido por Alfonsina Giménez, Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario. Los editores del libro agradecen a las autoras y a la Revista *Antipode* por su autorización para traducir y publicar este artículo.

** Departamento de Ciencia Política, Universidad de Viena, Neue Institutsgebäude, Universitätsstraße 7, A-1010 Viena, Austria. Correo electrónico: birgit.sauer@univie.ac.at.

*** Departamento de Ciencia Política, Universidad de Viena, Neue Institutsgebäude, Universitätsstraße 7, A-1010 Viena, Austria. Correo electrónico: stefanie.woehl@univie.ac.at.

Por otro lado, la globalización de la política y la transformación del Estado se perciben como situaciones mucho más positivas (ver, entre otros, Holland-Cunz, 2000; Meyer y Prügl, 1999). En los últimos diez años, la globalización económica y la internacionalización política dieron origen a nuevas formas de toma de decisiones políticas a niveles internacional, nacional y local. En ciencia política, estas nuevas formas se denominan "gobernanza" (Pierre y Peters, 2000). Ejemplos de tales estructuras son, en el terreno internacional, los regímenes políticos de toma de decisiones de la Unión Europea y las Naciones Unidas, y a nivel nacional, las nuevas redes de negociación en el ámbito local y las formas extraparlamentarias de cooperación en temas específicos (por ejemplo, el "Ethikrat" o Consejo de Ética alemán). En estos foros de discusión y estructuras de toma de decisiones, la administración del Estado (nación) ya no es el actor dominante; más bien, los grupos sociales se integran a los procesos políticos ya en una etapa temprana. Así, el monopolio definitorio y decisorio del Estado se relativiza, de modo que los intentos por crear formas políticas no jerárquicas, cooperativas y, sobre todo, heterárquicas se asocian con las estructuras de gobernanza.

Además, en los debates feministas en contextos de habla germana, la gobernanza como estructura, especialmente a nivel internacional, es vista como una oportunidad para superar las formas androcéntricas, racistas y clasistas del orden mundial que se basan en la condición del Estado (nación), y también como una oportunidad para establecer formas más inclusivas, más deliberativas, más participativas y receptivas de toma de decisiones políticas (ver, entre otros, Holland-Cunz, 2000, 26). Las estructuras de gobernanza se conciben como una ganancia para los grupos de mujeres en el ámbito decisorio y de participación. Esto se debe a que las estructuras jerárquicas del Estado-nación dan (o deben dar) lugar a nuevos grupos de actores y mujeres con mayores posibilidades de incidir en la creación de políticas (Ruppert, 2002, 54). Ilse Lenz (2002, 82) incluso considera posible una "democracia de género" mundial.

La gobernanza es sin duda un indicador de la reelaboración de las relaciones de género en el espacio político globalizado. Sin embargo, más allá de la problemática de la representación, las bases sociales contradictorias de estas nuevas formas de estatidad también deben ser vistas de manera crítica para no caer en la trampa de las argumentaciones ciegas frente a las relaciones de poder (Brush, 2003; Wöhl, 2008). Además, es necesario reconocer las contradicciones y el proceso hegemónico de inclusión de posiciones subalternas para evitar subestimar el nivel de centralización estatal de los nuevos regímenes de "gobernanza". Las nuevas estructuras de poder institucional a nivel nacional e internacional, así como su orientación neoliberal

(que ha dado lugar a nuevas formas de explotación de la mano de obra basadas en el género y a nuevas zonas productoras de exportaciones en los países de la periferia), conducen a una mayor vulnerabilidad de los más pobres (Wright, 1997). El "marco neoliberal" hegemónico (Runyan, 1999) de estas políticas y procesos, así como los efectos ambiguos y represivos que derivan de ello, pueden perderse de vista con facilidad (Ruf, 2000, 170; Young, 2002). Incluso las perspectivas políticas para las mujeres que permite la gobernanza (el nuevo campo político de acción) a menudo se interpretan de forma errónea o simplemente se sobrestiman (Brand *et al.*, 2001, 8). Por lo tanto, nos proponemos esbozar los procesos de género que ocurren en el contexto de esta transformación internacional de la estatidad.

Nuestro artículo busca contribuir a los debates feministas sobre la globalización económica y la internacionalización del Estado desde un enfoque feminista materialista del Estado y su transformación (segunda y tercera sección). Dicho enfoque permite una visión crítica de la dominación y el poder en el campo de acción política descrito como "gobernanza global" (cuarta sección). Así, el artículo suma la perspectiva de la transformación del Estado a los debates feministas sobre globalización, y la perspectiva de la transformación del Estado basada en relaciones sociales de género a los debates sobre gobernanza.

En el proceso de reestructuración del Estado (Nación), una cosa es cierta hasta ahora: los regímenes de género cercados por el Estado nacional se están rompiendo y nuevas identidades de género son interpeladas como base para la acción política. Es cierto que la dinámica de la globalización puede conducir hacia nuevas *regenerizaciones* hetero-normativas, especialmente en lo relativo a la clase y la etnia en el caso de las inmigrantes que se dedican al cuidado de personas en países occidentales. Pero la globalización económica también puede conducir a la neutralización del género en instituciones sociales como la familia y a una mayor igualdad de género, como por ejemplo en el modelo dual (adulto) de sostén de familia. De este modo, los países industrializados de Occidente ya no pueden organizar sus regímenes de género basándose en el modelo del Estado de bienestar keynesiano; ahora estos regímenes deben reajustarse. Así, las mujeres con alto nivel educativo del hemisferio norte se encuentran sin duda entre las ganadoras del proceso de globalización y, en el curso de la reestructuración global del capital, en los países del Sur también se reorganizan los regímenes tradicionales de género (Mulyampiti, 2001). Sin embargo, la transición social y política en la que nos encontramos actualmente mantiene la estructura de género propia de la modernidad. Existen muchos indicios de que la globalización, como afirma Janine Brodie (1994, 8), ha resultado en una "reestructuración falocéntrica". Nuevas identidades de género se desarrollan

a partir de procesos simultáneos de persistencia y disolución, así como de la no conformidad de diferentes espacios sociales y políticos, y se requiere que los individuos asuman estas nuevas identidades.

La reconfiguración del Estado y la política bajo el disfraz de "gobernanza" en varios niveles locales, nacionales y supranacionales tiene como base la organización de estructuras de desigualdad en función de la clase, la etnia y el género. Por lo tanto, no se trata de una forma democrática de toma de decisiones y acción política, sino que tiene un alcance limitado con respecto a la justicia e igualdad de género. La desregulación de los campos de acción política, tal como la concibe el Estado-nación en el contexto de la internacionalización del Estado y el desarrollo de formas de "gobernanza", no ha sugerido hasta ahora estructuras democráticas de género. En otras palabras, la "gobernanza" es la forma de regulación política de "identidades de género binarias y etnitizadas" aún desiguales (Gutiérrez Rodríguez, 1999); reestructura la topografía jerárquica de las relaciones de género en el campo de acción política.

Para explorar estas consideraciones, en primer lugar, nos proponemos precisar nuestro concepto feminista materialista del Estado y presentar una lectura feminista de los procesos de globalización contemporáneos, que revele las ambivalencias de género en los procesos de reestructuración del Estado en varios niveles. En segundo lugar, describir los cambios sociales actuales correspondientes al proceso de globalización económica. Estos son la base material de las transformaciones políticas del Estado que vemos hoy en día. En tercer lugar, argumentar que dichos cambios muestran cómo la internacionalización del Estado en las nuevas formas de "gobernanza" descansa sobre relaciones de género desiguales y, por lo tanto, en lugar de aumentar y democratizar la agencia política de las mujeres de forma democrática, tiende a hacer que la política sea menos accesible para ellas.

Reestructuración global del Estado como proyecto hegemónico: un análisis desde una perspectiva feminista materialista

Para captar la dimensión de género de las transformaciones estatales en la era de la globalización, primero necesitamos precisar un concepto feminista materialista del Estado. Desde esta perspectiva, el Estado no solo se conceptualiza como un aparato burocrático y un marco institucional liberal-democrático, sino, siguiendo a Nicos Poulantzas, como un campo de poder y relaciones sociales donde las fuerzas sociales luchan por significados, representaciones e intereses (Poulantzas, 1973). Esta es la "base material" de los Estados y, por lo tanto, para explicar su transformación, es importante analizarla, es decir, considerar la transformación de relaciones y fuerzas sociales. El Estado es, además, la institucionalización de un campo discursivo

de identidades sociales y políticas, así como también prácticas sociales (Pringle y Watson, 1992). Las instituciones y normas estatales se originan en el discurso social sobre la organización de las relaciones sociales. El Estado es un terreno en el que se construyen y consolidan estructuras de desigualdad y donde se desarrollan formas hegemónicas de percepción (Sauer, 2001; Wöhl, 2007). Asimismo, cada Estado-nación (su régimen de género y étnico), que Encarnación Gutiérrez Rodríguez (1999, 252) describe como "etnicidad generizada"[1], se origina en este discurso promovido por el Estado. Típicos de las relaciones estatales patriarcales en las sociedades industrializadas de Occidente fueron, por ejemplo, los regímenes del Estado de bienestar que ejercían discriminación de género, así como el sesgo masculino en las instituciones estatales.

Estos regímenes de género *etnitizados* están asegurados por acuerdos hegemónicos. Las normas, sistemas de creencias y convicciones comunes sobre género, etnia y clase constituyen la base hegemónica de cualquier Estado (Stienstra, 1999, 265). La división de las esferas sociales en pública y privada, o en economía estatal, de mercado y doméstica, es una técnica esencial en estos acuerdos estatales hegemónicos. Al mismo tiempo, el Estado moderno se basa en la existencia de fronteras entre Estados nacionales. Todas estas diferencias estructuradas, unidas a los regímenes fronterizos, siempre han sido, y continúan siendo, modos de construir desigualdad social: las fronteras estatales y la ciudadanía construyen desigualdad en virtud de la etnia o la nacionalidad. El poder sobre los recursos productivos y la división del trabajo manual e intelectual producen desigualdad de clase. Asimismo, la posibilidad de acceso a un empleo remunerado o la asignación al trabajo reproductivo crea desigualdad de género. Sin embargo, en los discursos y prácticas del Estado, las posiciones sociales e identidades políticas no se prescriben de manera obligatoria; más bien, deben ser apropiadas activamente o "inventadas". En este sentido, el Estado no solo es un aparato represivo monolítico, sino también un ámbito donde los sujetos desarrollan activamente sus identidades e intereses, y donde también podrían potencialmente iniciar un cambio. Las identidades y regímenes de género son también objetos de cambio y discurso social.

La base material del Estado androcéntrico y sus instituciones políticas se encuentran configuradas, en consecuencia, por estas relaciones sociales de poder y constelaciones hegemónicas. La democracia liberal, la forma política de representación del Estado burgués-masculinista, no es sólo un marco institucional de participación, gobierno de la mayoría y selección de élites políticas, sino más bien una

[1] *N. de T.*: En el original, "gendered ethnicity".

relación social. Entonces, democratización significa, a la inversa, la transformación del Estado en un sentido más amplio, como ya se señaló.

En la literatura dominante (ver, por ejemplo, Beisheim y Geworg, 1997) el término general "globalización" comprende dinámicas de transformación social, política, cultural y económica. Se caracteriza por la disolución de las fronteras entre los Estados nacionales a través de la creación de redes de comunicación de medios, los movimientos migratorios, la internacionalización de los órganos políticos de toma de decisiones y la reducción de la distancia en el espacio y tiempo a través de una rápida interacción de los medios. La mayoría de estos conceptos de globalización económica asumen el declive y la erosión del Estado-nación a causa de la construcción de un régimen internacional o del poder de las empresas internacionales. Las lecturas críticas de la globalización económica y la internacionalización política apuntan al hecho de que "globalización" se refiere, en primer lugar, a la expansión casi mundial de los modos de producción capitalistas. Algunos economistas y teóricos del Estado con una visión crítica definen la globalización como el "despliegue" del capitalismo después del declive del socialismo real y como el "desarraigo" del capital y los flujos financieros de los contextos nacionales. Estos procesos no erosionan los Estados nacionales, sino que crean en ellos, que alguna vez fueron el "lecho" político del capitalismo (Altvater y Mahnkopf, 1996, 107), una nueva base material de la estatidad. Estas dinámicas también generan nuevas formas de representación político-democrática a nivel nacional e internacional denominadas gobernanza.

El cambio en las relaciones económicas y políticas de posguerra no es inherentemente necesario para el capitalismo. La globalización del capitalismo, al igual que su "nacionalización" después de la Segunda Guerra Mundial, se produce y está motivada políticamente (Bergeron, 2001, 996). La globalización tampoco es un proceso lineal, sino multidimensional y desigual en términos temporales, espaciales y sociales. Por lo tanto, debería conceptualizarse como un conjunto de discursos y prácticas contingentes de transformación política, económica y cultural (ver también Marchand, 1996, 597). Los discursos y prácticas hegemónicas de la globalización son la misma cosa: reconfiguran espacios económicos, sociales, políticos y simbólicos a niveles local, nacional e internacional y los enmarcan en un contexto de competencia y eficiencia. Por lo tanto, la globalización puede describirse mejor como una "reestructuración *neoliberal* global" (Marchand y Runyan, 2000, 3; la cursiva es nuestra).

La globalización también abarca patrones de pensamiento específicos, arraigados en la mente y el cuerpo de las personas, que explican el mundo al tiempo que prefiguran soluciones políticas. En las prácticas globalizadoras actuales, las personas

(re)producen identidades e intereses y desarrollan nuevas normas e instituciones (Brodie, 1994, 52). En otras palabras, los ciudadanos deben apropiarse de la globalización, en tanto "contexto estructural" (Jessop, 1998, 280):

> "Mujeres y hombres... luchan por dar sentido a las condiciones de reestructuración económica y por encontrar mejores formas de vivir bajo las condiciones de la globalización" (Jenson, 1996, 10).

Estas nuevas "tecnologías del yo" se basan en el conocimiento neoliberal sobre la efectividad y el logro, la empleabilidad y las formas de depreciación y exclusión asociadas con el neoliberalismo (Foucault, 2000).

La dinámica de la reestructuración global está ahora impulsada por los procesos de delimitación y disolución de fronteras. No solo surgen nuevos regímenes fronterizos entre los Estados nacionales, no solo se desplaza la "frontera nacional-extranjera" (Rosenau, 1997), sino que también surgen nuevas limitaciones y fronteras dentro de los Estados nacionales entre las esferas del mercado, el Estado y la vida cotidiana o la economía familiar. El mercado, mediante la palabra mágica "desregulación", se amplía en comparación con la esfera estatal, se minimiza la regulación social del trabajo y la vida cotidiana por parte del Estado y, finalmente, se reformatea la proporción empleo-trabajo reproductivo. Por tanto, la globalización cambia de manera fundamental las relaciones sociales: se reestructura el trabajo, la reproducción, la división internacional y sexual del trabajo, los paradigmas sociales y los acuerdos hegemónicos. La política de la reestructuración neoliberal también podría caracterizarse como una "revolución política" (Brodie, 1994, 55), porque las esferas de lo político se rearticulan y los límites de lo político vuelven a definirse. Las transformaciones de los regímenes fronterizos requieren nuevos proyectos estatales, así como nuevas formas de regulación política y representación democrática, como lo expresa el paradigma político de la "gobernanza".

La gobernanza es, por tanto, la regulación política de las relaciones sociales neoliberales. Es una descripción de la estatidad en el contexto de su globalización e internacionalización, de una nueva técnica para gobernar y controlar. Entonces, la gobernanza no describe una "alternativa" a la organización y dominación estatales, no es un "contramodelo" del Estado-nación erosionado, sino más bien su "forma sucesiva" (Brand *et al.*, 2001, 9). En otras palabras, la gobernanza es un proyecto (principalmente discursivo) de revisión de la estatidad dominante tal como la define el neoliberalismo y solo comprensible en el contexto de la globalización de la política y la economía (para más detalles, consultar Wöhl, 2008, 64 y ss.).

La reestructuración global no es una transformación que va *más allá* de la lógica de género que, por tanto, afecta (solo) las relaciones de género. Más bien, es un *proceso intrínsecamente de género* que, por un lado, se basa en arreglos específicos de género y, por otro, reproduce y en consecuencia modifica estos arreglos (Marchand, 1996, 602), ya que la gramática *etnitizada* y de *género* que acompaña las transformaciones actuales también se fundamenta en un desplazamiento de las fronteras, como ya se ha señalado (Eisenstein, 1997, 142 y ss.). Los discursos y prácticas neoliberales posibilitan el desarrollo de nuevas *identidades* y *relaciones* de género porque implican, como todo discurso hegemónico, una reorganización de la vida cotidiana y una nueva forma de regular las condiciones de la experiencia social. Esta conceptualización se centra en cómo las prácticas institucionales reproducen las relaciones de género en el proceso de reestructuración global, pero también en cómo las identidades de género, la configuración de feminidades y masculinidades, "comunican" el proceso de transformación global.

A continuación, nos proponemos esbozar la base material de la nueva forma de estatidad desde una perspectiva de género. Esta forma y estructura estatal se origina en nuevas relaciones de género que se desarrollan a partir de grandes cambios sociales en el contexto de la reestructuración neoliberal global: el desplazamiento entre mercados y economía familiar y entre la producción capitalista en el Norte y el Sur.

La materialidad del Estado neoliberal: ¿nuevas relaciones de género o acuerdo de género androcéntrico?

Las nuevas formas de regular las relaciones de género, tanto en los países del Norte como en los del Sur, se concentran en la reorganización del mercado y el Estado, del empleo remunerado, así como en la reconfiguración de la reproducción de la población. En el contexto de la globalización, a menudo se habla de disminución de la mano de obra en los países industriales occidentales.

Esta tesis necesita ser reformulada: la sociedad no se ha quedado sin trabajo. Más bien, las formas tradicionales de empleo *remunerado* y la división binaria de la sociedad asociada a ellas (los hombres como empleados y las mujeres como trabajadoras de la reproducción) vuelven a adaptarse. El segmento protegido del empleo masculino de tiempo completo y de por vida también "pierde sus fronteras" o se disuelve, al igual que las relaciones firmemente establecidas de trabajo familiar y reproductivo. Cada vez más hombres quedan fuera de la fuerza laboral formalizada y desprotegidos, expuestos a las condiciones capitalistas de valorización, una realidad que antes afectaba principalmente a las mujeres o a las trabajadoras de la reproducción. Aun cuando las correlaciones entre globalización y las transformaciones de las condiciones

de trabajo son demasiado complejas para rastrear una relación causal clara (Leitner y Ostner, 2000, 40), sigue habiendo una explicación de las tendencias simultáneas de flexibilización económica y de la "disolución de las fronteras" del trabajo.

A medida que la producción y reproducción nacional se orienta hacia la competencia y los mercados internacionales, las formas tradicionales de división del trabajo en función del género, así como las identidades de género tradicionales, comienzan a debilitarse. La feminidad ya no puede identificarse meramente con la responsabilidad reproductiva, y la masculinidad hegemónica se define cada vez menos por el empleo de por vida y cada vez más por un tipo de trabajo específico, eficiente y vinculado al desempeño. En particular, los puestos de gestión de mercados internacionales están masculinizados y codificados con ser blanco. Wendy Lamer llama a estos grupos los "nuevos chicos" (a los que, sin duda, también pertenecen algunas "chicas"). Se trata de élites gerenciales con formación que trabajan principalmente en los sectores de finanzas y servicios superiores en corporaciones internacionales (Lamer, 1996, 33 y ss.). Estas nuevas formas de división del trabajo en función del género están relacionadas con la etnia y la localidad. Aún habrá que comprar una buena educación en los centros mundiales como los Estados Unidos, lo que, por supuesto, requiere de recursos y posibilidades de movilidad temporal o permanente.

Por otro lado, actualmente se puede hablar de una "feminización" del trabajo en tres sentidos (Bakker, 2002, 18 y ss.). En primer lugar, la feminización significa que un número creciente de mujeres son empleadas en el llamado primer mundo, así como también en el tercer mundo. Para muchas mujeres del sur de África, por ejemplo, la capitalización significa la oportunidad de trabajar por cuenta propia (aunque de forma más precaria) (Mulyampiti, 2001). La emancipación de la mujer a través del empleo y el autoempleo, el concepto de "emprendimiento", tiene como objetivo que las mujeres puedan cumplir con sus tareas en el seno familiar (es decir, la reproducción) más y mejor que antes (como se argumenta en un documento de la UNCTAD, citado en Runyan, 1999, 214).

En los Estados occidentales, desde la década de 1970 la política educativa ha creado condiciones para el trabajo de las mujeres y lo ha convertido en un elemento manifiesto de la vida cotidiana femenina. Un grupo de mujeres con alto nivel de formación tiene cada vez más posibilidades de acceder al mercado mundial establecido, a puestos de trabajo bien remunerados, incluso cuando su progreso se vea frenado por la existencia de un techo de cristal. Sin embargo, para las mujeres (casadas), la necesidad económica va en aumento, ya que los ingresos del hombre, y por lo tanto de la familia, se reducen. Entre la clase de los "trabajadores pobres", un trabajo mal pago y sin perspectivas ya no es suficiente para mantener a una familia.

En segundo lugar, la feminización significa una precarización e informalización de las condiciones laborales: es decir, el aumento del empleo intermitente, a tiempo parcial o desprotegido, los contratos temporales y nuevas formas de autoempleo que no aseguran ni proporcionan un medio de vida (Jenson, 1996, 6). La producción en el "primer mundo", pero también en el "tercer mundo", desarrolla una demanda de condiciones de trabajo flexibles que se adapten a las demandas del capital global: por ejemplo, el trabajo a tiempo parcial permite a las empresas reducir costos (salarios, seguros, derecho a una jubilación). Este nuevo segmento de empleo desprotegido corresponde al trabajo realizado por mujeres, y la demanda de una fuerza de trabajo femenina o, mejor dicho, la demanda de lo que se entiende por fuerza de trabajo "femenina", va en aumento. Dicho de forma eufemística, la demanda de trabajadoras encaja con la necesidad (principalmente de las madres con hijos pequeños) de combinar trabajo y familia.

En tercer lugar, la feminización del empleo significa reducir el nivel salarial del trabajo de la mujer (al del "trabajo adicional") así como diferenciar los salarios de las mujeres. La política de "ajuste estructural", por ejemplo, da inicio a una feminización de la pobreza en el Sur. En los países industrializados, las mujeres y los inmigrantes que no poseen una buena educación son marginados al segmento de trabajadores eventuales y terriblemente mal pagos.

La feminización del empleo es un aspecto de la redefinición contradictoria de las circunstancias del trabajo productivo y reproductivo. En los Estados de bienestar occidentales, la disolución de las fronteras del trabajo está acompañada por una reprivatización de secciones del trabajo de cuidados antes organizadas por el Estado, así como de otros servicios y beneficios que solía proporcionar el Estado de bienestar. La creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral en los países del norte se produjo junto con la retirada del Estado de bienestar de áreas específicas. Por ejemplo, entre 1965 y 1990 todos los países de la OCDE redujeron gastos en asignaciones familiares y reprivatizaron los costos del cuidado infantil, coincidiendo con la creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral (Mitchell y Garrett, 1996). Además, las medidas del Estado de bienestar que permitieron un mínimo de redistribución social, más oportunidades de educación y una participación en el trabajo más "justa para las mujeres", son víctimas del proyecto de "Estado schumpeteriano" (Jessop, 1994) y sus estrategias de reprivatización. Esta "limitación" del Estado de bienestar empuja a las mujeres a la esfera privada y restringe su agencia y autodeterminación. Diane Sainsbury (1996) concluye que, en todos los regímenes de bienestar, las mujeres están en clara desventaja debido a este proceso de reestructuración que limita los campos de acción y toma de decisiones. Los grupos sociales

vulnerables, como los padres y madres solteros, se ven especial y drásticamente afectados por la reestructuración del Estado de bienestar.

Estas nuevas estrategias de reprivatización suponen que existe una oferta ilimitada de trabajo femenino no remunerado que las transformaciones políticas del Estado de bienestar pueden absorber. Sin embargo, dichas estrategias se basan en una construcción de la familia que no existe desde hace mucho tiempo: la familia nuclear no es la forma de vida dominante, ni la idea de ingreso familiar único representa la realidad. Las mujeres ya no se quedan en casa cocinando, y las transformaciones mundiales en el ámbito del trabajo contribuyen considerablemente a que no vuelvan a hacerlo. A través de la retirada del Estado y la movilización de los sistemas de apoyo familiar, la esfera privada se expande y amplía, y las mujeres están sobrecargadas (Lamer, 1996, 46). Debido a que el trabajo de cuidados sigue siendo una forma de empleo mal remunerada, esta política produce nuevas relaciones de género en la esfera privada: la responsabilidad social por la reproducción tanto de las generaciones futuras como de las actuales está (una vez más) ligada firmemente al género femenino. No hay a la vista una redistribución del trabajo productivo y reproductivo en función del género, ni la intención política de llevarla a cabo.

En el curso de la reprivatización del trabajo de cuidados, los hogares con mayores ingresos obtienen una nueva "función de empleador". La incorporación de mujeres en puestos de jerarquía en las sociedades industriales de Occidente se apoya en una ampliación de las condiciones laborales informales de las mujeres en la economía doméstica. Las integrantes del "club mundial" deben y pueden contratar a una trabajadora de la reproducción, generalmente proveniente del hemisferio sur o del este de Europa (Rommelspacher, 1999, 245). El trabajo reproductivo no sólo está feminizado, sino también etnitizado. Esto ha dado lugar, en los últimos años, a "mercados de cuidados" flexibles y desnormalizados, es decir que las condiciones de trabajo de las personas empleadas en la economía doméstica suelen dejarlas completamente desprotegidas. Por lo tanto, las estrategias de diferenciación hacen que las diferencias económicas, étnicas y de clase entre mujeres en las metrópolis occidentales sean aún mayores.

A través de la disolución neoliberal de las fronteras se reconfiguran las formas de división internacional del trabajo en función del género. En la era del capitalismo nacional, dicha división se hacía entre las zonas de producción y mercados de los Estados nacionales. La división internacional del trabajo en función del género se basó en una duplicación de las estructuras de desigualdad en los países de la periferia, es decir, en una exportación de formas de trabajo desiguales y el llamado proceso

de "housewifization"[2] del empleo *en* los países del sur como trabajo adicional en los "centros" masculinizados. En las últimas décadas, la desigual división internacional del trabajo se ha desterritorializado gracias a la reubicación de la producción y las corrientes migratorias; ya no se halla vinculada al lugar. Más bien, la línea de ensamblaje internacional vuelve a las metrópolis. Estos desplazamientos de fronteras, así como sus procesos de disolución o recreación, permiten que se desarrollen regímenes de género etnitizados y prácticas e identidades de género, especialmente en los países industrializados, como los de Europa del Este.

Los regímenes fronterizos actuales interpretan, a partir de la ciudadanía, la pertenencia a una comunidad o la exclusión de ella. Por lo tanto, son también medios para regular el trabajo productivo y reproductivo, formal e informal o ilegal. Las prácticas neoliberales de *disolución* de fronteras implican, ante todo, el fácil traspaso de bienes y servicios a través de las fronteras. Pero estas prácticas también implican una, en términos de exclusión de las personas. Los nuevos regímenes fronterizos suelen ser racistas y selectivos en cuanto al género, porque construyen sujetos "útiles" y "utilizables" para el mercado laboral local o nacional y sujetos "sin valor" para la economía nacional. Son principalmente las mujeres del Sur quienes constituyen la nueva clase de servicio (sexualizada) en el hemisferio norte (Gather, Geissler y Rerrich, 2002). La reestructuración económica neoliberal es, entonces, un nuevo tipo de diferenciación de género, pero también un proceso de "racificación" (Lamer, 1996, 40 y ss.).

Los cambios en las relaciones entre trabajo productivo y reproductivo dan como resultado un entrelazamiento intensificado entre mercados laborales formales e informales tanto en los países del Sur como del Norte. La economía formal (de los países industriales) necesita cada vez más de la economía informal semipública (del Sur). Las nuevas condiciones neoliberales de trabajo producen así, en todo el mundo, nuevas posiciones de empleo codificadas por el género: cuanto más formal sea el empleo, más probable es que se mantenga reservado al hombre blanco. Cuanto más informal, mayor será la probabilidad de que lo realice una trabajadora de la reproducción no blanca.

De ahí que Marianne Marchand (1996, 586) identifique dos procesos de reestructuración globales y específicos de género, simultáneos y entrelazados: un proceso "masculinista" del universo altamente tecnificado de las finanzas y la producción mundial, y un proceso "feminizado" de globalización de la economía inferior que

[2] Esta expresión inglesa derivada del sustantivo "housewife" (ama de casa) se refiere a la degradación del trabajo asalariado en trabajo no remunerado o mal remunerado y precario, como es el trabajo doméstico (Mies, Bennholdt-Thomsen y von Werlhof, 1988).

comprende los servicios etnitizados y sexualizados que incluye las actividades íntimas en el hogar o ámbito privado. La globalización feminizada es el "otro privatizado" de los procesos masculinizados.

Sin duda, la estatidad está experimentando cambios relacionados específicamente con las identidades étnicas y de género, debido a la reubicación de las instalaciones productivas, la conquista de los mercados globales y la migración en el mundo globalizado: la etnización como forma de discurso estatal se vuelve más visible y manifiesta al igual que, e incluso en conexión con, el discurso de género. La "disolución de las fronteras" y la condensación del espacio y el tiempo en el contexto de la globalización es también un proceso de intensificación del género y la etnización de la producción mundial de los "centros" y las "periferias" y las estructuras de desigualdad a las que están vinculados.

La producción de "lo propio" y "lo extranjero" se convierte en una forma hegemónica de discurso del Estado-nación en el proceso de reestructuración neoliberal.

Los discursos y prácticas neoliberales son además masculinistas porque en principio no eliminan la asimetría de género sedimentada, sino que la restauran en sus componentes individuales. El proceso de reestructuración económica y política toma en consideración la desigualdad de género como un recurso para legitimar las nuevas divisiones y fronteras funcionales (Wöhl, 2007). Por lo tanto, las relaciones de género siguen siendo relaciones de poder. La siguiente sección concluye con un reconocimiento crítico desde una perspectiva de género de las regulaciones políticas correspondientes a estos cambios sociales globales, y analiza críticamente la gobernanza mundial como una nueva forma de estatidad basada en relaciones desiguales de género.

Gobernanza mundial: perspectivas políticas de las mujeres sobre el Estado internacionalizado

Definitivamente, la desnacionalización e internacionalización, y el hecho de que la democracia en los Estados nacionales desafíe las fronteras, lo que permite nuevos espacios políticos y requiere nuevas formas de institucionalización, ofrece atractivas perspectivas feministas. Dado que el Estado-nación como contenedor de la democracia nunca fue muy favorable para las mujeres, desde un punto de vista feminista, pareciera que en este desplazamiento hay aspectos abiertos y moldeables: incluso las conceptualizaciones de "cosmopolitización" o democracia "posnacional" (ver, entre otros, Held, 1995, l08 y ss.) se superponen parcialmente con las ideas feministas de democracia.

Está claro que el Estado y sus formas de representación no se "erosionan". Más bien, el aparato estatal ejecuta "un cambio de forma en la arquitectura" (Altvater y Mahnkopf, 1996, 116). Por lo tanto, el "fin del Estado (nación)" se identifica de forma más precisa como la adaptación de los Estados a la nueva doctrina económica: son principalmente los Estados nacionales los que producen condiciones óptimas de valorización del capital local, o del capital que quieren atraer. De este modo se convierten en jugadores de alto rendimiento en el contexto de competencia internacional (Hirsch, 1995, 103). Esta reorganización de los Estados nacionales crea nuevas instituciones políticas y formas de representación a nivel nacional e internacional. Dichas instituciones están ahí para acompañar, moderar y legitimar "efectivamente" la globalización del capital. Entonces, las nuevas formas de representación y toma de decisiones políticas a nivel nacional e internacional deben ser vistas en el contexto de las transformaciones económicas y sociales. A continuación, discutimos brevemente estas nuevas formas desde una perspectiva de género, teniendo en cuenta que el proyecto de transformación del Estado es impugnado, que el Estado internacionalizado es un escenario de luchas entre diferentes fuerzas sociales, y en el que se crean nuevas identidades y estrategias anti-hegemónicas.

En definitiva, el proyecto de reestructuración de las masculinidades hegemónicas a través de la globalización económica y la internacionalización política aún no se ha concretado, es, en cambio, un proceso contradictorio y ambiguo.

A *nivel nacional*, se puede identificar una informalización de la política en las subestructuras de rondas de negociación y redes extraparlamentarias. Las instituciones estatales son ahora simples facilitadores y ya no actores únicos, o siquiera privilegiados, de la política. Incluso la importancia de los partidos políticos en los procesos de toma de decisiones se reduce. Sin duda, en estas redes tanto los actores como los movimientos sociales están integrados de forma parcial. Sin embargo, estas formas tienen efectos claramente problemáticos: Vivien Schmidt (1995, 85) habla de "asimetrías" del poder estatal, porque a través del proceso de informalización, el poder ejecutivo se fortalece en comparación con el legislativo. En el "Estado en negociación", las instituciones democráticamente legítimas pierden su monopolio sobre la definición de los problemas políticos, el establecimiento de agendas y las estrategias de resolución de problemas ante las redes corporativistas, los grupos sociales fuertes como la industria, las iglesias, los medios de comunicación y la academia. Este proceso de "desparlamentarización" también se hace evidente en la invención y el nombramiento de nuevos grupos de asesores expertos, como el "Ethikrat" (Consejo de Ética) de Alemania, que trabaja sobre temas como los biobancos genéticos.

Estos procesos políticos "privatizadores" resultan en ambivalencias en las políticas de género: los regímenes de negociación nacional implican una desdemocratización y remasculinización porque debilitan cualquier órgano de representación y negociación, como el parlamento, donde las mujeres han luchado por un cupo. La toma de decisiones en los sistemas de negociación también suele excluir a la población. Entonces, la privatización significa que la política tiende a permanecer apartada del escrutinio público. Esta remoción del ámbito público tiene como resultado que las decisiones son tomadas por redes de "viejos amigos", donde los puestos de importancia son casi exclusivamente ocupados por hombres. Generalmente vinculada a tales formas de arcanización política está su homogeneización, también de género. Esta forma más intensa de entrelazamiento informal de grupos de presión, burocracia y actores privados tiende a aumentar la influencia de los hombres, dificultando la igualdad y las intervenciones exitosas de mujeres.

Con la pérdida de la primacía sobre la regulación del capital y el trabajo, los Estados nacionales ceden cada vez más autoridad a organismos supranacionales como la Unión Europea o el FMI. La internacionalización y desnacionalización de la política significa que las interacciones políticas y sociales se expanden más allá de las fronteras del Estado nación y que las decisiones políticas se negocien en "regímenes" internacionales o rondas de "gobernanza". En comparación con las relaciones internacionales en los años de la Guerra Fría y con la teoría realista de las relaciones internacionales, la "gobernanza global" parece ser un cambio de paradigma revolucionario ya que indicaría un desplazamiento de las ideas de seguridad militar hacia un modelo de resolución de conflictos mediante la cooperación (Ruppert, 2000, 51 y ss.).

La política que excede al Estado-nación, en las redes internacionales de cooperación de mujeres del Sur y del Norte, ha abierto nuevos campos de acción feminista en la última década. En este sentido, el recorrido de las ONG de mujeres en las conferencias de la ONU puede considerarse un ejemplo exitoso: de esta manera, la representación *descriptiva* y, por lo tanto, *cuantitativa* (Pitkin, 1967) de las mujeres en organismos internacionales como el Banco Mundial y la ONU ha aumentado notablemente (D'Amico, 1999) y, en el contexto de las conferencias de la ONU, los grupos y ONG de mujeres han crecido hasta convertirse en importantes actores mundiales. Los campos de acción y toma de decisiones en los regímenes de negociación internacional también podrían ampliarse de forma considerable para incluir a mujeres políticas y ONG de mujeres. Los movimientos de mujeres se han convertido en uno de los pilares fundamentales de la "gobernanza global". De hecho, el movimiento internacional de mujeres puede incluso considerarse un co-iniciador de estructuras de "gobernanza global" (Ruppert, 2002, 61).

Además, en los últimos diez años se ha alcanzado la *representación sustancial de las mujeres*[3] de forma más amplia: en los regímenes de regulación internacional, los grupos de mujeres lograron introducir la perspectiva de género en la agenda política (Meyer y Prugl, 1999, 5). Gracias a estos acuerdos fue posible establecer el campo de la "política internacional de mujeres" (Ruppert, 2002, 60) y hacer del género un tema internacional relevante. Las expertas feministas lograron ampliar el conocimiento sobre género en importantes instituciones internacionales como la ONU y el Banco Mundial, sensibilizando a estas organizaciones sobre cuestiones de género y la importancia de dar a sus problemas políticos un "encuadre" que las contemple. Por ejemplo, el movimiento internacional de mujeres dio un impulso determinante a la incorporación de derechos de las mujeres –incluidos los derechos reproductivos, la protección para prevenir la violencia contra las mujeres y el reconocimiento de la violación como un crimen de guerra– en la agenda de derechos humanos (Klingebiel, 2000, 162; Meyer y Prugl, 1999, 3, 7). Se pueden observar logros similares a nivel de la Unión Europea. La Comisión Europea, también identificable como una estructura de "gobernanza", es considerada la precursora de las redes europeas de mujeres (Abels, 2001). La Comisión Europea, en cooperación con el Tribunal de Justicia Europeo, adoptó políticas bastante favorables a las mujeres y pudo implementarlas en Estados nacionales reacios, como Alemania. Sin duda, los movimientos internacionales, las ONG y los movimientos de mujeres también han luchado por nuevas formas de "gobernanza". Estas son el resultado de procesos de negociación entre diferentes elementos de la sociedad civil, incluidos los actores económicos, y las estructuras administrativas del Estado-nación a nivel nacional e internacional. La "gobernanza global" es la regulación política de las relaciones sociales en el proceso de reestructuración neoliberal global, la forma política de "construcción de un régimen económico" (Runyan, 1999, 211). Desde la teoría del Estado y la crítica a la dominación, esta visión permite una lectura más diferenciada del proceso y las estructuras de "gobernanza global". En este contexto, quisiéramos esbozar algunas de las consecuencias problemáticas de la "gobernanza" que afectan la configuración democrática de las relaciones de género.

Como hemos demostrado, la "gobernanza" es un proceso profundamente marcado por el género. La redefinición del espacio político va acompañada de una remasculinización de la población y las instituciones, así como un estrechamiento del margen de maniobra para la política de género. Además, históricamente las instituciones supranacionales se han desarrollado excluyendo a las mujeres; tienen

[3] Se entiende por este término la acción tomada "en pro de" las mujeres dentro de una institución o proceso político (Pitkin, 1967).

un sesgo masculinista. Los aparatos de la estatidad internacional están manejados por hombres. En instituciones poderosas como el Banco Mundial, el FMI, el Banco Central Europeo o la OMC, las mujeres están significativamente subrepresentadas (Lenz, 2002, 84 y ss.). No solo están marginadas en las mayores organizaciones de gobernanza global, sino incluso en las ONG (Lenz, 2002, 79). El masculinismo simbólico y nominal no ha sido abolido en estos niveles. En las nuevas formas políticas, las mujeres están integradas quizás de manera más visible. Sin embargo, las invocaciones de género y étnicas asociadas con ello se integran a un entorno que no está exento de poder y dominación, lo que reconfigura las relaciones de poder relativas al género, la etnia y la clase: el ser blanco, ser hombre y pertenecer a la nueva clase de la "hiperburguesía" (Duclos, 1998), que actúa en todo el mundo, se rearticula en el proceso de transformación de la división sexual del trabajo a nivel internacional y se ha convertido en la base social del poder en el "nuevo" Estado neoliberal. La "anarquía" de la hombría en Estados individuales es reemplazada por nuevas y poderosas redes de "hombría mundial". La economía mundial y la política internacional crean nuevos héroes de la hombría, nuevos tipos de conquistadores masculinos (Kreisky, 2001, 85 y ss.): ya no son los "guerreros" y héroes militares los que conquistan el mundo, aunque incluso estos se vuelven más dominantes. La hombría global obtiene en el corredor de bolsa, en la "gerencia masculinizante de empresas transnacionales" (Connell, 1998, 102) o en los manipuladores de la opinión pública internacional un matiz refinado y, por lo tanto, potencialmente accesible para las mujeres. La hombría hegemónica del neoliberalismo también se define por el "patrón de egocentrismo calculado" del mercado de valores y por el "cumplimiento y la dominación de la burocracia" (Connell, 1998, 101).

Uta Ruppert (1998, 96 y ss.) llega a la aleccionadora conclusión de que las organizaciones internacionales tradicionalmente fuertes no son cuestionadas en sus posiciones dominantes por las ONG de mujeres, sino que están, de hecho, más interesadas en ellas como *complemento* político. Esta inclusión hegemónica de los movimientos de mujeres promueve su imagen e incluso fortalece su poder, ya que las posiciones subalternas pueden ser "silenciadas" a través de la integración. Son marginadas en el proceso político y dominadas por las organizaciones comerciales. Los movimientos de mujeres del Norte y del Sur carecen de los recursos (financieros, capital profesional y simbólico) para participar como actores de peso en las estructuras internacionales de "gobernanza" (Ruppert, 2000, 60). A pesar del crecimiento en magnitud y alcance de las organizaciones internacionales, el movimiento internacional de mujeres sólo puede esperar algunas mejoras en lo que respecta a su participación o a la implementación de sus demandas.

Las instituciones informales de la "democracia posnacional de redes" son tan impermeables a las cuestiones de género como las instituciones nacionales, porque allí los canales de influencia se instalan "en la oscuridad": permanecen herméticos ante estas nuevas y desconocidas actrices con mayor éxito que las estructuras formalizadas, porque no son transparentes y están ocultos al público (Sauer, 2001b). La generación de patrones de regulación internacional no está relacionada de ninguna manera con el cuestionamiento de los patrones reificados de masculinidad. Por el contrario, incluso el Estado supranacional implementa prácticas tradicionalmente masculinas.

Una razón reside en el hecho de que el marco neoliberal de la "gobernanza global" crea y privilegia la hegemonía económica de organizaciones internacionales como el Banco Mundial y la OMC (Cox, 1996) y de las "ONG favorables al mercado" (Runyan, 1999, 212). Incluso las organizaciones feministas corren el riesgo de transformarse en un "feminismo vinculado al comercio" (Shiva, 1995, 37, citado en Runyan, 1999, 218), tal vez porque esa es la única forma en que pueden colocar con éxito las cuestiones de género en la agenda política. Además, existe el peligro de que las expertas mundiales sean absorbidas por el proceso de hegemonía neoliberal y se pierda su potencial antihegemónico. Gayatri Spivak critica, por ejemplo, a las "apparátchiks feministas que identifican la organización de conferencias con el activismo" (Spivak, 1996, 4, citado en Runyan, 1999, 212). Christa Wichterich identifica a un grupo de "mujeres lobbistas del jet set" (Wichterich, 1998, 236, citado en Klingebiel, 2000), que no hacen referencia a los movimientos de mujeres.

Las mujeres están sustancialmente subrepresentadas en las estructuras de "gobernanza global". Sus intereses son descartados y solo se perciben de forma selectiva. El género sí se convirtió en una categoría central de la política internacional, y se ha reconocido a las mujeres del "Tercer Mundo" por su importancia para el crecimiento económico y la política demográfica, en resumen, para el desarrollo. Pero la igualdad de género es más un recurso para el crecimiento económico de los países de la periferia (como se indica en el Informe del Banco Mundial 2001, capítulo II, citado en Ruppert, 2002, 56; Klingebiel, 2000, 164) que un fundamento para la emancipación y el empoderamiento. En este sentido, los programas de empoderamiento (como los de derechos reproductivos y salud de la mujer) se enmarcan y reinterpretan económicamente, y se evalúa a las mujeres en función de su valor para el crecimiento y desarrollo económico.

Este precario "descubrimiento" del género sitúa a las mujeres principalmente en relación con los hombres y con el "Primer Mundo" (palabra clave: "explosión" demográfica). El empoderamiento femenino se reduce al éxito y la eficiencia económica,

y la libertad de las mujeres se sacrifica por la "libertad" comercial (Runyan, 1999, 218; Wöhl, 2008, 69). Es por eso que Anne Sisson Runyan teme que la "gobernanza" perciba e interprete a las mujeres de una manera "que pueda socavar el feminismo" (Runyan, 1999, 210). Las mujeres son funcionalizadas como símbolos. Según el veredicto de Gayatri Spivak en la Conferencia de Beijing: "La financialización del mundo debe representarse como el Norte abrazando al Sur. Las mujeres están siendo utilizadas para la representación de esta unidad" (Spivak, 1996, 2, citado en Runyan, 1999, 210). Por lo tanto, en lugar de que la "gobernanza" promueva la igualdad de género, el Sur global se construye mediante el discurso feminizado del Norte.

Conclusiones

En este artículo hemos demostrado que la "gobernanza global" no es una alternativa democrática con perspectiva de género a las formas masculinistas de toma de decisiones a nivel nacional. Desde nuestra perspectiva feminista materialista, la gobernanza global es una nueva forma de estatidad que se origina en el cambio (mundial) de las relaciones sociales en el contexto de la reestructuración neoliberal. Si bien las *formas* de gobernanza global a primera vista prometen una transformación del aparato estatal hacia una mayor participación e inclusión de las protagonistas del movimiento de mujeres en la toma de decisiones, una segunda mirada de las relaciones sociales de poder revela que la gobernanza global es la reestructuración del Estado patriarcal en el proceso de globalización y, por tanto, una forma política que la reestructuración neoliberal requiere para el avance de su proyecto mundial de transformación capitalista.

El avance de la hegemonía masculinista del Estado internacional es todavía un proyecto incompleto en el que los movimientos de mujeres pueden intervenir y al que pueden cambiar. Muchos aspectos de este proyecto neoliberal ya están establecidos. Sin embargo, la desregulación de los campos de acción patriarcales a nivel nacional también abre oportunidades para una acción política antihegemónica. Para las feministas, la posibilidad que queda es la intervención paradójica de la política antiestatal con actores estatales a nivel nacional e internacional y, por lo tanto, el involucramiento en las estructuras de "gobernanza". Ciertamente, las reflexiones críticas sobre Estado y dominación deben seguir siendo parte de ese proyecto emancipador si el objetivo es evitar una derrota en la lucha contra la hegemonía económica y masculinista. Al mismo tiempo, la política feminista no debe perder de vista que es parte misma del discurso neoliberal negar y desarticular las condiciones, resistencias y oposiciones políticas *existentes* (específicamente de las mujeres). Ahora, como antes, la vida cotidiana de las mujeres es fuente de discrepancias y contradicciones. Los

movimientos de mujeres del Sur global podrían cantar a todo pulmón las estrofas de esta canción (Bergeron, 2001, 1000 y ss). Las perspectivas feministas pueden revelar estas contradicciones en las prácticas cotidianas de las mujeres, mostrar los vacíos y los pedazos rotos que deja atrás la reestructuración neoliberal, politizarlos y cambiarlos. Estas "políticas desde la cocina" (Elson, 2002) siguen siendo un camino hacia una mayor democracia y hacia la politización de las contradicciones del proyecto hegemónico masculino de globalización.

Sin embargo, esto último requiere de un desarrollo teórico feminista sobre la transformación del Estado que llene los vacíos restantes (Rai y Waylen, 2008). En este trabajo, el enfoque en la teoría del Estado se ha realizado a partir de una concepción materialista del mismo, amparada en el debate neomarxista presente en los países de habla germana. Otra vertiente de la teoría feminista del Estado, que se centra en la "subjetivación" y los ensamblajes conocimiento/poder (Wöhl, 2008) podría ser útil para explicar, no solo las políticas de identidad, sino también las políticas de interseccionalidad y la interacción de los movimientos de mujeres y los Estados en un contexto globalizador (Sauer, 2008).

Referencias

- Abels, G. (2001). Das 'Geschlechterdemokratiedefizit' der EU. Politische Reprasentation und Geschlecht inn europaisc hen Mehrebenen system. En E. Kreisky, S. Lang y B. Sauer (eds) EU. *Geschlecht. Staat*. pp. 185-202. Wien: WUV.
- Altvater E. y Mahnkopf, B. (1996). *Grenzender Globalisierung. Okonomie, Okologie und Politik in der Weltgesellschaft*. Miinster: Westfalisches Dampfboot.
- Bakker, I. (2002). "Who built the pyramids? Engendering the new international economic and financial architecture", *feminapolitica* 1: 13-25.
- Beisheim, M. y Geworg W. (1997). "'Globalisierung'-Kinder krankheiteneines Konzepts", *Zeitschrift fiir Internationale Beziehungen* 1: 153-180.
- Bergeron, S. (2001). "Political economy discourses of globalisation and feminist politics", *Signs* 26(4): 983-1006.
- Brand U.; Demisovic A.; Gorg, C. y Hirsch, J. (2001). Einleitung. En U. Brand *et al.* (eds) *Nichtregierungsorganisationen in der Transformation des Staates*. pp. 7-12. Munster: Westfalisches Dampfboot.
- Brodie, J. (1994). Shifting boundaries: Gender and the politics of restructuring. En I. Bakker (ed.) *The Strategic Silence: Gender and Economic Policy*. pp. 46-60. Londres: Zed.
- Brush, L. (2003) *Gender and Governance*. Walnut Creek: AltaMira.

- Conelly, P. A. (1996). "Gender matters: Global restructuring and adjustment", *Social Politics* 3(1): 12-31.
- Connell, R. W. (1998). "Manner in der Welt: Mannlichkeit und Globalisierung", *Widerspriiche* 67: 91-105.
- Cox, R. (1996). Labour and hegemony. En R. Cox y T. Sinclair (eds) *Approaches to World Order*. pp.:420-470. Cambridge: Cambridge University Press.
- D'Amico, F. (1999). Women workers in the United Nations. En M. K. Meyert y E. Prugl (eds) *Gender Politics in Global Governance*. pp. 19-40. Nueva York: Rowman & Littlefield.
- Duclos, D. (1998). "Die Internationale der Hyperbourgeoisie", *Le Monde Diplomatique* Agosto: 10-11.
- Eisenstein, Z. (1997). "Women's publics and the search for new democracies", *Feminist Review* 57: 140-167.
- Elson, D. (2002). "International financial architecture", *femina politica* 1: 26-37.
- Foucault, M. (2000). Staatsphobie. En U. Brockling, S. Krasmann y T. Lemke (eds.) *Gouvernementalitât der Gegenwart. Studies our Okonomisierung des Sozialen*. pp. 68-71. Frankfurt a. M. Suhrkamp.
- Gather C., Geissler B. y Rerrich M. S. (eds.) (2002). *Weltmarkt Privathaushalt. Bezahlte Hausarbeitem globalen Wandel*. Munster: Westfalisches Dampfboot.
- Gutiérrez Rodriguez, E. (1999). I*ntellektuelle Migrantinnen-Subjektivitâtinn Zeitaltervon Globalisierung*. Opladen: Leskeund Budrich.
- Held, D. (1995). Democracy and the new international order. En D Archibugi y D Held (eds) *Cosmopolitan Democracy. An Agenda for a New World Order*, pp. 96-120. Cambridge: Polity.
- Hirsch, J (1995). *Der nationale Wettbewerbsstaat. Staat, Demokratie und Politik im globalen Kapitalismus*. Berlín y Ámsterdam: Edition ID-Archiv.
- Holland-Cunz, B (2000). Politiktheoretische Uberlegungenzu Global Governance. En B Holland-Cunz y U Ruppert (eds) *Frauenpolitische Chaucer globaler Politik. Verhandlungsverfabren im internationaler Kontext*. pp. 25-44. Opladen: Leskeund Budrich.
- Jenson, J. (1996). "Some consequences of economic and political restructuring and readjustment". *Social Politics* 3(1): 1-11.
- Jessop, B. (1994). Veriinderte Staatlichkeit. Veranderungenvon Staatlichkeitund-Staatsprojekten. En D. Grimm (ed.) *Staatsaufgaben*. 43-73. Baden-Baden: Nomos.
---- (1998) Nationalstaat, Globalisierung, Gender. En E. Kreisky y B. Sauer (eds) *Geschlechterverhaltnisseim Kontext politischer Transformation*. pp. 262-292. PVS-Sonderheft 28. Opladen: Westdeutscher Verlag.

- Klingebiel, R. (2000). Global Governance contra Nationalstaat? Internationale Konferenzenaus Frauensicht. En B. Holland-Cunz; U. Ruppert (eds.) *Frauenpolitische Chaucer globaler Politik. Verhandlungsverfahren im internationalen. Kontext*. pp. 159-168). Opladen: LeskeundBudrich.
- Klingebiel, R. y Randeria, S. (eds.). (1998). *Globalisierungaus Frauensicht. Bilanzenund Visionen*. Bonn: Dietz.
- Kreisky, E. (2001). "Die maskuline Ethik des Neoliberalismus-Die neoliberale Dynamik des Maskulinismus", *feminapolitica* 2: 76-91.
- Lamer, W. (1996). "The "new boys": Restructuring in New Zealand, 1984-1994", *Social Politics* 3(1): 32-56.
- Leitner, S. y Ostner, I. (2000). "Frauenund Globalisierung. Vernachlassigte Seitenderneuen Arbeitsteilung", *Ans Politikund Zeitgeschichte B* 48: 39-46.
- Lenz, I. (2002). *Geschlechtsspe7ifische Auswirkungender Globalisierung in den Bereichen Global Governance, Arbeitsmârkteund Ressource*. Gutachtenfur die Enquete-Kommission "Globalisierungder Weltwirtschaft-Herausforderungenund Antworten", http://www.bundestag.de (último acceso 13 Septiembre 2010).
- Marchand, M. H. (1996). "Reconceptualising 'gender and development' in an era of 'globalisation'", *Millennium* 25(3): 577-603.
- Marchand, M. H. y Runyan, A. S. (2000). Feminist sightings of global restructuring: conceptualizations and reconceptualizations. En M. H. Marchand y A. S. Runyan (eds.) *Gender and Global Restructuring: Sightings, Sites and Resistances*. pp. 1-22. Londres y Nueva York: Routledge.
- Meyer, M. K. y Prugl, E. (eds.) 1999 *Gender Politics in Global Governance*. Nueva York: Rowman & Littlefield.
- Mies, M.; Bennholdt-Thomsen, V. y vonWerlhof, C. (1988). *Frauen, die letzte Kolonie.Zur Hausfrauisierungder Arbeit*. Reinbekbei Hamburg: Rowolth
- Mitchell, D. y Garrrett, G. (1996). Women and the welfarestate in the era of global markets. *Social Politics* 3(1): 185-194.
- Mitchell, K.; Marston, S. A. y Katz, C. (2003). "Life'swork. An introduction, review and critique", *Antipode* 35(3): 415-442.
- Mulyampiti, T. (2001). "African women in the globalisation process", *Osterreichische Zeitschriftfiir Politikwissenschaft* 2: 171-181.
- Pierre, J. y Peters, G. B. (2000). *Governance, Politics and the State*. Nueva York: St Martin's Press.
- Pitkin, H. F. (1967). *The Concept of Representation*. Berkeley: University of California Press.
- Poulantzas, N. (1973). *Political Power and Social Classes*. Londres: NLB.

- Pringle, R. y Watson, S. (1992). "'Women'sinterests' and the.post-structuraliststate". En M. Barrett y A. Phillips (eds.) *Destabilizing. Theory. Contemporary. Feminist Debates*. pp. 53-73. Stanford: Stanford University Press.
- Rai, S. M. y G. Waylen (2008). (eds.) *Global Governance: Feminist Perspectives*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Rommelspacher, B. (1999). "Neue Polarisierungundneue Konvergenzen: das Geschlechterverhaltnisim Zeitalterder Globalisierung". En G. Schmidt y R. Trinczek (eds.) *Globalisierung. Okonomischeundsoziale Herausforderungen am Ende des 7wan7igsten Jahrhunderts* pp. 243-258. Baden-Baden: Nomos.
- Rosenau, J. (1997). *Along the Domestic-Foreign Frontier: Exploring Governance in a Turbulent World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ruf, A. (2000). Kritische Anmerkungenzu Global Governance. En B. Holland-Cunz y U. Ruppert (eds.) *Frauenpolitische Chancenglobaler Politik. Verhandlungsverfahren im internationaler Kontext*. pp. 169-177. Opladen: LeskeundBudrich.
- Runyan, A. S. (1999). Women in the neoliberal "'frame'. En M. Meyer y E. Priigl (eds.) *Gender Politics in Global Governance*. pp. 210-220. Nueva York: Rowman & Littlefield.
- Ruppert, U. (1998). "Die Kehrseite derMedaille? Globalisierung, global governance und internationale Frauenbewegung", *beitrâgeourfeministischentheorieund praxis* 47/48: 95-105.
- Ruppert, U. (2000). Global governance: Das Ende der Illusionen odereinneues Ideal internationalerFrauenpolitik?. En B. Holland-Cunz y U. Ruppert (eds.) *Frauenpolitische Chancen globaler Politik. Verhandlungsverfahren im internationalen Kontext*. pp. 45-66. Opladen: Leskeund Budrich.
- Ruppert, U. (2002). *Aufgabenund Chaucer im Rahmender Globalisierung, um die Situationder Frauen in der Gesellschaftzuverbessern*. Gutachtenfur die Enquete-Kommission "Globalisierungder Weltwirtschaft-Herausforderungenund Antworten", http://www.bundestag.de (último acceso 13 de septiembre 2010).
- Sainsbury, D. (1996). *Gender, Equality and Welfare States*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sassen, S. (1996). "Toward a feminist analytics of the global economy", Indiana *Journal of Global Legal Studies* 4(1): 7-41.
- Sassen, S. (1998). Women under fire. En id. *Globalisation and Its Discontents*. pp. 79-131. New York: The New Press.
- Sauer, B. (2001a). 'Feminisierung' einesmannlichenProjekts? SozialstaatimZeitalterderGlobalisierung. En E. Appelt y A. Weiss (eds.) *Globalisierungundder Angriffauf die europâischen Wohlfahrtsstaaten*. pp. 67-83. Hamburgo y Berlín: Argument.

- Sauer, B. (2001b). "Vom Nationalstaat zum Europiiischen Reich? Staatund Geschlecht En der Europaischen Union", *FeministischeStudies* 1: 8-20.
- Sauer, B. (2008). Bringingthestate back in. En K Hagemann, S Michel y G Budde (eds) *Civil Society and Gender Justice: Historical and Comparative Perspectives*. pp. 285-301). Oxford: Berghahn Publishers.
- Schmidt, V. (1995). "The New World Order, Incorporated", *Daedalus* 124(2): 34-42.
- Stienstra, D. (1999). "Ofroots, leaves, and trees: Gender, social movements and global Governance", En M Meyer and E Prugl (eds.) *Gender Politics in Global Governance*. pp. 260-272. Nueva York: Rowman & Littlefield.
- Wöhl, S. (2007). *Mainstreaming Gender? Widerspriicheeuropaischerundnationalstaatlicher Geschlechterpolitik*. Konigstein/Taunus: Ulrike Helmer Verlag.
--- (2008). Global governance as neoliberal governmentality. En G Waylen y S M Rai (eds) *Global Governance: Feminist Perspectives*, pp. 63-83. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Wright, M. W. (1997). "Crossing the factory frontier: Gender, place, and power in the Mexican Maquiladora", *Antipode* 29(3): 278-302.
- Young, I. M. (2002). "Imagining a global Rule of law", *Ethnicities* 2(2): 154-156.

Capítulo 10

Junto al Estado, a pesar del Estado y contra el Estado. Los movimientos sociales como agentes de "urbanismo crítico"*

Marcelo Lopes de Souza**

Incluso los planificadores profesionales progresistas y los teóricos de la planificación suelen compartir con sus homólogos conservadores la suposición (tácita) de que, para bien o para mal, el aparato estatal es el único agente de planificación urbana[1]. Sin embargo, incluso si aceptamos que el aparato estatal (local) *no siempre planifica* para la segregación residencial, en favor de los intereses de las empresas y en contra de los de los residentes de la clase trabajadora (aunque el Estado lo hace muy a menudo, y aunque forma parte de su *esencia estructural* asegurar la reproducción del *statu quo* capitalista y heterónomo en su conjunto), debemos intentar superar el prejuicio intelectual (posiblemente también ideológico) que nos impide

* Este capítulo fue publicado originalmente en el año 2006 con el título: "Together with the state, despite the state, against the state. Social movements as 'critical urban planning' agents", en la revista *City*, (10): 3, diciembre 2006. Traducción Diego Roldán. Los editores del libro agradecen al autor y a la revista *City* su autorización a traducir y publicar este artículo.

** Profesor de desarrollo socio-espacial y estudios urbanos en el Departamento de Geografía de la Universidad Federal de Río de Janeiro/UFRJ, donde coordina el Núcleo de Pesquisas Sobre Desenvolvimento Sócio-Espacial/NuPeD (Centro de Investigación sobre el Desarrollo Socio-espacial). Correo electrónico: mlopesdesouza@terra.com.br.

[1] *Making the Invisible Visible*, un libro editado por Leonie Sandercock que invita a la reflexión, demuestra que, por supuesto, existen importantes excepciones. En este libro, y en particular en la "Introducción" de Sandercock: "*Framing Insurgent Historiographies for Planning*" (Sandercock, 1998), se puede encontrar una "desestatización" de la idea de planificación en favor de un enfoque más amplio que es similar a mi propia propuesta. Sin embargo, este libro ofrece una discusión de las "historiografías insurgentes" de la planificación como narrativas de reacciones contra (y alternativas a) la planificación dirigida por el Estado por parte de grupos minoritarios de la sociedad civil en términos muy generales, mientras que no se enfatiza necesariamente el papel proactivo de los movimientos sociales en cuanto a la concepción e implementación de estrategias de planificación (que es la preocupación central de este trabajo).

ver que la sociedad civil no sólo *critica* (como "*víctima*") la planificación dirigida por el Estado, sino que también puede concebir directa y (pro)activamente y, hasta cierto punto, aplicar soluciones independientemente del aparato estatal. Estas soluciones a menudo merecen ser entendidas como "planificación urbana (de base)".

Un urbanismo progresista liderado por el Estado local, pero abierto *sistemáticamente* a la participación popular y comprometido con la reducción de las desigualdades en el marco de una coyuntura política favorable, corresponde a una situación muy poco común, pero está lejos de ser imposible[2]. *Sin embargo, no es en absoluto la única posibilidad en términos de "urbanismo crítico"*. Dado que el Estado es una estructura heterónoma en sí misma, incluso los llamados partidos políticos de izquierdas y progresistas tienen que encontrar un compromiso y ajustarse para gobernar en el marco general de una sociedad capitalista, especialmente a nivel local. La seducción por el poder es considerable, las presiones de los poderosos grupos de interés son tremendas, algunos compromisos y concesiones parecen inevitables, por lo que el compromiso con el cambio social suele empezar a disminuir con el tiempo. Si la sociedad civil no puede organizarse de forma autónoma, el riesgo de *cooptación* por parte del Estado es (más) grande y el valor político-pedagógico de la "participación" (más) pequeño. Además, la mejor ayuda que los movimientos sociales pueden ofrecer al cambio social no consiste en convertirse en meros "ayudantes" del aparato estatal, sino en criticar constructivamente al Estado y ponerlo permanentemente bajo presión, lo que siempre es necesario, incluso en el caso de los gobiernos progresistas. Al hacerlo, los movimientos sociales pueden actuar más eficazmente como "fuerzas de contrapresión" en relación con los grupos de interés conservadores.

La sociedad civil *como tal* (especialmente los movimientos sociales) debería considerarse como un agente relevante (potencialmente o de facto) en relación con la concepción y la aplicación de estrategias de planificación y gestión urbanas. Esta interpretación probablemente suene extraña, ya que incluso los planificadores de izquierdas están casi siempre bastante "centrados en el Estado" ("*estadocéntricos*": Souza, 2002). El objetivo principal de la siguiente exposición es precisamente debatir y ejemplificar

[2] El aparato estatal no es una especie de estructura monolítica libre de contradicciones, sino una "condensación material de una relación de fuerzas" (Poulantzas, 1980, 153), es decir, la expresión de diferentes presiones, desde arriba y desde abajo. Sin duda, dado que el Estado está estructuralmente "comprometido" con la reproducción del *statu quo* (en otras palabras, con la opresión), la intervención del Estado tiende a privilegiar los intereses de las clases dominantes; sin embargo, el Estado puede estar, en circunstancias especiales, es decir, en coyunturas específicas (como un gobierno concreto), controlado por fuerzas más o menos progresistas e incluso influenciado por los movimientos sociales, especialmente a nivel local.

esta segunda variante de la "planificación crítica", teóricamente descuidada, una auténtica "planificación urbana de base" radicalmente ascendente.

¿Qué es, en definitiva, la "planificación urbana"? *Planificar* significa que una colectividad (o una sola persona) se prepara para evitar problemas y aprovechar los desarrollos que se pueden prever más o menos como "escenarios" probables o muy probables. La planificación urbana es, como intento de cambiar la organización espacial y las relaciones sociales en la ciudad, lo mismo a otro nivel de complejidad. Los distintos grupos sociales (clases, etc.) tienen intereses diferentes, a veces antagónicos, de modo que el "mejor escenario" para un grupo puede ser el "peor escenario" para otro. El aparato estatal intenta (mediante la persuasión, la cooptación y, si es necesario, la represión) "coordinar" estos diversos intereses; de hecho, la intervención del Estado es el "resultado" de estos diferentes "vectores" de presión, siendo algunos de ellos, por supuesto, normalmente mucho más fuertes y eficaces que los demás, aunque éstos puedan ser más o menos "neutralizados" en circunstancias especiales.

¿Por qué la gente da tanta importancia al aparato estatal en lo que respecta a la planificación? Hay razones "buenas" (importancia y centralidad del aparato estatal como institución reguladora, acceso a los recursos públicos) y malas (ideología, "estadocentrismo", el mito del Estado como garante del "bien común" y el "interés público") para ello. A la mayoría de la gente le parece "natural" pensar que el aparato estatal es el único agente planificador, ya que posee algunos privilegios de facto y algunas prerrogativas *de iure*, como el poder de regular el uso del suelo en toda la ciudad a través del derecho urbanístico (ordenanzas de zonificación), así como el poder formal de hacer cumplir sus determinaciones ("monopolio legal de la violencia", la policía). Sin embargo, se puede observar que, bajo la influencia del "neoliberalismo urbano" (para emplear la expresión de Harvey [1989]: "empresarialismo"), el Estado local a menudo abdica o tiene que abdicar (como imposición del Estado central) de parte de su poder para regular la producción del espacio en favor de empresas privadas, desarrolladores, etc. (desregulación del uso del suelo, a veces llamada eufemísticamente "flexibilización de la planificación"). La antigua máscara del Estado como "juez neutral y justo" ha caído en relación con el "giro empresarial" de la planificación urbana (en los años 1980, sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos, desde los 1990 también en otros países). La planificación conservadora es hoy a menudo incluso más conservadora que en la época en que la planificación reguladora clásica era ideológicamente hegemónica y el "Estado keynesiano" estaba en su apogeo. No sólo frente a esto, sino especialmente en estas circunstancias, parece bastante obvio que los movimientos sociales deben intentar proponer y aplicar sus propias soluciones y alternativas.

Los movimientos sociales tienen que *planificar alternativas*, no pueden limitarse a la crítica y a las reivindicaciones hacia el Estado. Deben ser capaces de *ofrecer propuestas* y *concebir alternativas concretas* y, en cierta medida, realizarlas a *pesar* del aparato estatal y (en última instancia, y no sólo cuando se enfrentan a un gobierno especialmente conservador) *contra* el Estado. De hecho, a menudo lo hacen de forma espacialmente compleja y exhaustiva, no sólo demostrando conocimiento e interés en relación con los planes e informes elaborados por el Estado (local), sino también desarrollando acciones que pueden interpretarse como un enfoque alternativo del uso del suelo, la vivienda, el tráfico, la protección del medio ambiente, etc. (véanse ejemplos en la sección siguiente). Ni que decir tiene que los movimientos sociales no están exentos de contradicciones; operan dentro de sociedades heterónomas, es decir, en medio de un entorno más o menos hostil, y en términos de cultura política y prácticas políticas se pueden encontrar con bastante frecuencia problemas como la imitación de la estatalidad y de las estructuras análogas al Estado a nivel micro (o para recordar a Foucault [1984], a nivel de la "microfísica del poder") por parte de líderes personalizados y autoritarios, ambigüedades, etc. Sin embargo, la sociedad civil e incluso los pobres no son sólo o totalmente personas "sin poder" que necesitan ser "empoderadas"; el "empoderamiento" puede, por supuesto, significar a veces cambios revolucionarios, pero también es un *proceso*. Un proceso de conquista de la *autonomía* y de superación de la *heteronomía*.

La crítica social radical bajo la globalización es más conocida en forma de redes transnacionales de la sociedad civil como respuesta a las políticas económicas neoliberales y a instituciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Este tipo de movimiento antiglobalización y sus organizaciones son "urbanos" sólo en un sentido muy amplio, porque se concentran mayoritariamente (aunque no siempre) en las ciudades, que son escenarios privilegiados para la protesta y muchos tipos de movilización popular. Sin embargo, no se organizan según "identidades territoriales". No obstante, también hay varios activismos sociales que son urbanos en sentido estricto y que pueden considerarse *movimientos* en sentido propio[3]. Se oponen al "neoliberalismo urbano" y a las

[3] Es conveniente diferenciar entre activismo social y movimiento social. El activismo social corresponde a un concepto mucho más amplio -un tipo de acción colectiva en gran medida "organizada" y esencialmente pública, y por tanto diferente de, por ejemplo, los saqueos o los grupos de presión parlamentarios-, mientras que el movimiento social es un tipo especial de activismo social: a saber, uno especialmente ambicioso y crítico. Aunque varios autores relevantes también reservan algún tipo de "estatus especial" al concepto de movimiento social (véase, por ejemplo, Castells, 1983 y Touraine, 1973), muchos autores utilizan la palabra "movimiento" de forma bastante indiscriminada. Sin embargo, a diferencia de un activismo local "parroquial" que opera más o menos como un mero grupo de

presiones de las grandes empresas sobre gobiernos locales débiles y conservadores, y reaccionan ante el desempleo, los desahucios, la falta de viviendas adecuadas y la especulación del suelo en las ciudades. En metrópolis brasileñas como São Paulo y, en menor medida, en Río de Janeiro, así como en algunas ciudades de otros países, el movimiento okupa está desempeñando un papel interesante. En varias ciudades de Argentina, el movimiento *piquetero*, que comprende una gran cantidad de organizaciones específicas, también puede considerarse un tipo de movimiento urbano *stricto sensu*; su base está formada por desempleados, que interrumpen el tráfico en calles y vías férreas como forma de protesta (los llamados *piquetes*), pero también organizan la okupación y toda una vida alternativa a nivel de barrio, desde circuitos económicos alternativos (incluida la toma de posesión del fábricas mal gestionadas que quebraron) hasta formas de cultura alternativa[4]. Para este tipo de movimiento, la territorialización (a nivel del asentamiento o del barrio) no es una cuestión de "corporativismo territorial" (Souza, 2000a, 160) o de "política del territorio" (Cox y McCarthy, 1982), sino la expresión concreta de un auténtico "particularismo militante" no parroquial: los *territorios disidentes* creados por las *prácticas espaciales insurgentes* de esos movimientos son baluartes de una resistencia económica, política y cultural en el marco de la cual se valoran las particularidades locales y regionales y al mismo tiempo se envía un mensaje universal (libertad y solidaridad).

Los activistas urbanos como "planificadores de base

La "autonomía": ¿un nuevo "paradigma" para la teoría y la praxis de los movimientos sociales?

Etimológicamente, *autonomía* (griego *autós*: yo, *nómos*: ley) significa "vivir según las propias leyes", mientras que heteronomía significa lo contrario: ley externa, una ley impuesta desde fuera o desde arriba. El concepto de *autonomía* ha

presión para preservar ciertos privilegios u obtener algunas ganancias en el marco general del statu quo económico y político, y sin criticar el statu quo como tal, los movimientos sociales actúan como "particularismos militantes" que están al mismo tiempo imbuidos en experiencias específicas del lugar y comprometidos con valores éticos más generales y "universales" y con objetivos políticos más amplios: una cuestión específica (racismo, distribución injusta de la tierra, opresión de género, etc.) puede definir la identidad colectiva y la agenda principal, pero más allá de esta especificidad, el contexto social general o al menos algunos de sus aspectos ("modernización", el mito del "desarrollo" capitalista, la "democracia" representativa, la globalización, etc.) está siempre en tela de juicio (Souza, 2000a, 2002). Los límites conceptuales entre un "mero" activismo y un movimiento "propiamente dicho" no son seguramente muy precisos, ya que la propia realidad es bastante "difusa" en este sentido, pero de todos modos puede ser útil hacer alguna distinción, en aras de la claridad conceptual.

[4] Véase, sobre el movimiento piquetero Kohan (2002), Massetti (2004) y Chatterton (2005).

sido discutido por los filósofos desde el siglo XVIII, desde Kant hasta los liberales contemporáneos, que suelen hacer demasiado hincapié en su dimensión individual.

El filósofo greco-francés Cornelius Castoriadis (1922-1997) comprendió mucho mejor que los liberales la interdependencia de los dos aspectos que engloba la autonomía: la *autonomía individual,* es decir, la capacidad de un individuo concreto de tomar decisiones en libertad (que depende claramente tanto de circunstancias estrictamente individuales y psicológicas como de factores materiales y políticos) y la *autonomía colectiva*, es decir, el autogobierno consciente y explícitamente libre de una sociedad concreta, en tanto que basado en garantías institucionales y materiales concretas de igualdad de oportunidades de participación en los procesos de decisión socialmente relevantes. Una sociedad autónoma se "instituye" a sí misma sobre la base de la libertad tanto de las limitaciones metafísicas (por ejemplo, los fundamentos religiosos o míticos de las leyes y normas) como de la opresión política (Castoriadis, 1975, 1983, 1985, 1990b, 1996, 1999).

Especialmente en el trabajo filosófico de Castoriadis y de una manera estrechamente relacionada (pero al mismo tiempo de modo diferente) con el anarquismo clásico y el "comunismo de consejo", *la autonomía se entendía* como una alternativa tanto a las democracias representativas (que son, según Castoriadis, en realidad "oligarquías liberales") como al "socialismo" marxista (en virtud de su dimensión autoritaria).

Al tiempo que he adoptado la interpretación de Castoriadis del "proyecto de autonomía" como fuente principal de inspiración político-filosófica y ética, también he argumentado en varios trabajos que es necesario hacer que este proyecto político-social sea más "operativo" a efectos de la acción *hic et nunc*, por ejemplo, mediante la búsqueda de un compromiso entre, por un lado, un *nivel de pensamiento y de acción muy ambicioso* (dimensión "utópica", "horizonte radical") *y, por otro, victorias tácticas más o menos modestas aquí y ahora* (ganancias tácticas y locales en términos de reducción de la heteronomía que pueden tener importantes efectos acumulativos político-pedagógicos a largo plazo) (Souza, 2000b, 2002). A la luz de esto, podemos evaluar el desempeño tanto de los canales participativos institucionalizados como de los movimientos sociales, y es interesante ver que autonomía es una palabra que es usada frecuentemente por varios movimientos sociales en América Latina, particularmente por los *piqueteros* en Argentina y los *zapatistas* en México (ver Barrio, 2005; Chatterton, 2005; Zibechi, 2005). Seguramente no es casual que algunos intelectuales vinculados a los *zapatistas* y *piqueteros* hayan cultivado un diálogo con la obra de Cornelius Castoriadis (véase, por ejemplo, Zibechi, 1999).

Dado que "el saber es poder", incluso los grupos oprimidos pueden ejercer algún tipo de poder sobre la base de sus saberes, como ya subrayó Foucault

(véase, por ejemplo, Foucault, 2005, 239). Para los movimientos sociales significa que cuanto más utilicen su "conocimiento local" (conocimiento del espacio, de las necesidades de la gente y del "lenguaje") en términos de planificación, combinándolo con el conocimiento técnico producido por el aparato estatal y las universidades (tanto para criticar algunos aspectos de este conocimiento como para "reciclar" y utilizar otros), más *estratégica* puede ser su forma de pensar y actuar. No hay que subestimar este tipo de conocimiento (y de poder), aunque los movimientos sociales obviamente no "planifican" (ni pueden hacerlo) la ciudad como lo hace el aparato estatal.

Más allá del "estadocentrismo" (un "pecado" habitual entre los planificadores progresistas influenciados por el marxismo) y del "no queremos tener nada que ver con el Estado" (la posición anarquista tradicional), parece necesario buscar una mezcla de autonomía de la sociedad civil (*"la mirada horizontal"* [Zibechi, 1999]) y una cooperación muy cautelosa con partidos genuinamente no conservadores que eventualmente lleguen al poder del Estado (aunque esta cooperación sea un 'negocio arriesgado' para los movimientos sociales. Me referiré a este punto en la sección 2). La bibliografía internacional ofrece ejemplos de una combinación exitosa de acciones "no institucionales" ("acción directa", a menudo incluso acciones ilegales aunque comúnmente aceptadas como legítimas por los movimientos, como los okupas de Ámsterdam (Pruijt, 2003). En lo que respecta a la planificación urbana –en el sentido actual más amplio–, algunas experiencias brasileñas son muy interesantes. En la siguiente sección analizaré estos ejemplos de la población, como la okupación) y tácticas institucionales (por ejemplo, mediante la participación en planes participativos oficiales o la negociación con el Estado) por parte de algunos movimientos sociales.

Ejemplos brasileños: el activismo de las favelas y el movimiento sem-teto

Brasil ofrece muchos ejemplos interesantes de los intentos de los movimientos sociales por cambiar el *statu quo* socio espacial.

El activismo de *las favelas* demostró ya en la década de 1960 que incluso el segmento pobre de la sociedad civil puede ser a veces (pro)activo (y creativo) en términos de planificación urbana (alternativa). Las raíces de la mejora de las favelas se remontan a mediados de la década de 1960, cuando los habitantes de *las favelas* de Río de Janeiro (en particular de una *favela* llamada Brás de Pina, en la zona norte de la ciudad) se opusieron al desalojo y exigieron permanecer en el mismo lugar, al tiempo que desarrollaban el enfoque que hoy se conoce en todo Brasil como *urbanização de favelas* (literalmente "urbanización de las favelas", de hecho mejora de las favelas). El eslogan creado entonces por los habitantes de las favelas se hizo

famoso: *"urbanização sim, remoçãonão"* (*"mejora sí, desalojo no"*) (véase Santos, 1981). Precisamente por eso, la crisis de los activismos sociales urbanos tradicionales (activismo de barrio, activismo de *favela*) que se observa en la mayoría de las ciudades brasileñas desde la segunda mitad de los años ochenta es seguramente un problema. En Brasil, tanto el activismo vecinal como el de las *favelas* desempeñaron un papel importante en los años setenta y ochenta (como ya he dicho, en lo que respecta específicamente al activismo de las *favelas*, ya en los años 1960) a la hora de ejercer presión sobre el Estado local, mejoras como las infraestructuras básicas para los barrios pobres se han producido en el curso de las generaciones no sólo en virtud del populismo, sino también como resultado de las protestas, la movilización y los disturbios. Pero ya no son actores muy relevantes en la mayoría de las ciudades: las asociaciones de vecinos no suelen ser más que clientelistas, sirviendo como bastiones del "corporativismo territorial" para los residentes de clase media o como estructuras para el regateo político (intercambio pequeños favores por votos) por parte de los pobres, o incluso (y cada vez más) como instrumentos en manos de los narcotraficantes de *las favelas*, especialmente en el caso de Río de Janeiro, pero también en São Paulo y con menor intensidad en otras metrópolis y grandes ciudades brasileñas también (véase sobre este último problema Souza, 2000a, 2001, 2005).

Sin embargo, si se considera el contexto global, es fácil ver que Brasil ha estado muy presente en el mundo contemporáneo en términos de resistencia proactiva de la sociedad civil contra la opresión y la injusticia, desde las protestas contra la globalización (capitalista) en São Paulo hasta el *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra/MST* (Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra) y el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Sin duda, el contexto general en el mundo actual es en gran medida el de una *époque du conformisme généralisé*, como subrayó Cornelius Castoriadis (1990a), y Brasil no es una excepción. Además, muchas de estas protestas y activismos no son "urbanos" *stricto sensu*, ya que no se organizan en función de "identidades territoriales urbanas" y el espacio como tal no desempeña un papel importante (como sí lo hace, por ejemplo, en el activismo vecinal convencional), aunque la mayoría de ellos se concentren por muchas razones en las (grandes) ciudades. Sin embargo, también se puede constatar el auge (o la importancia creciente) de nuevos movimientos urbanos en sentido estricto desde la década de 1990, como el movimiento *sem-teto* (literalmente "sin techo")[5]. *Généralisé* dista mucho de significar *un absoluto*...

[5] Desde un punto de vista sociopolítico, existe una diferencia entre los habitantes de las favelas (favelados) y el *sem-teto*. Aunque todos son okupas en un sentido más amplio, históricamente las favelas surgen de forma "espontánea" o, a veces, bajo la orientación y protección de políticos populistas que buscan un futuro apoyo electoral, mientras que el movimiento *sem-teto* está muy "politizado"

En las ciudades brasileñas todavía no existe el tipo de movimiento urbano altamente complejo y "multidimensional" que tienen los *piqueteros* argentinos, pero las organizaciones sem-teto, como el *Movimento dos Trabalhadores Sem Teto* (Movimiento de los Trabajadores Sin Techo), MTST para abreviar, están creciendo e intentando ampliar el alcance de su acción de forma más o menos similar[6]. Para el MTST en particular (que es la mayor organización de los movimientos *sem-teto* de Brasil, activa principalmente en el área metropolitana de São Paulo), la principal fuente de inspiración ha sido el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra, que fue de hecho el responsable de estructurar el MTST con el fin de construir un puente que facilitara el diálogo con las poblaciones urbanas y ganara más apoyo popular en las ciudades (un objetivo estratégico, ya que la mayoría de los habitantes del país viven en las ciudades, el 82% en el año 2000 según el Censo de Población realizado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística).

Los "asentamientos rurbanos" del MTST son un ejemplo más reciente de estrategia socioespacial[7] para el desarrollo urbano desde abajo. A principios de la presente década, el MTST, claramente bajo la influencia del "modelo" del MST, desarrolló (junto con otra organización, el *Movimento dos Trabalhadores Desempregados/ MTD*) una propuesta denominada "*assentamentos* rururbanos". El núcleo de esta estrategia reside en el intento de construir asentamientos para trabajadores urbanos en la periferia de las ciudades, en los que la gente pudiera cultivar verduras y criar pequeños animales, y así depender menos del mercado para satisfacer sus necesidades básicas alimentarias. Incluso se esperaba que este tipo de asentamientos pudiera ser atractivo no sólo para los futuros migrantes, sino también para los habitantes de *las favelas* que actualmente viven en chabolas dispersas por el espacio de metrópolis como São Paulo y Río de Janeiro. Aunque esta estrategia no resultó muy prometedora, ya que sería poco realista esperar que los residentes de *las favelas* situadas cerca del CDB o de los subcentros donde pueden encontrar la mayor parte de los empleos tuvieran mucho interés en cambiar sus hogares por ubicaciones alejadas en la periferia (por lo que finalmente fue criticada y abandonada por el propio MTST

---

desde un punto de vista crítico. En el resto de este texto utilizaré la expresión portuguesa *sem-teto* en lugar de okupas, para evitar malentendidos.

[6] A diferencia de los okupas de muchas ciudades europeas, que suelen ser jóvenes, a menudo estudiantes universitarios, en ciudades brasileñas como São Paulo y Río de Janeiro la mayoría de los *sem-teto* están formados por gente pobre -de forma similar a los piqueteros argentinos-, aunque la okupación de *sem-teto* suele estar apoyada y coorganizada por estudiantes de clase media o media baja.

[7] Las estrategias socio-espaciales son estrategias para cambiar tanto las relaciones sociales como la organización espacial. De hecho, nos invitan a comprender que la transformación de las relaciones sociales no suele lograrse sin una transformación correspondiente y adecuada del espacio.

–según información oral de un dirigente del MTST; charla personal con el autor en septiembre de 2005– es como un ejemplo reciente de la vitalidad y el papel (pro) activo de la sociedad civil en relación con las cuestiones relacionadas con la planificación urbana.

Los "asentamientos urbanos" son hasta cierto punto una idea interesante, con raíces antiguas (se puede pensar en las ideas de Kropotkin sobre la superación de la oposición entre la ciudad y el campo [Kropotkin, 1904]), pero poco articulada en el discurso del MTST, aunque sigue siendo un tema que podría ser importante para el debate público. De todos modos, no es, ni mucho menos, la única contribución *semiteórica* del movimiento en general, y del MTST en particular, a un "urbanismo crítico". La estrategia de los 'asentamientos rurbanos' refleja una cierta 'dependencia intelectual' del MTST frente al MST, lo que ha supuesto una conexión interesante pero en parte problemática. Sin embargo, el MTST ha intentado ser intelectualmente más independiente desde 2004, y ha hecho (junto con otras organizaciones del movimiento *sem-teto*) varias contribuciones a una espacialidad alternativa en aras de la justicia social; en los últimos años se han desarrollado propuestas y estrategias más novedosas.

La praxis ordinaria del MTST muestra una creciente capacidad para combinar diferentes enfoques y métodos. Por un lado, la okupación como tal como un desafío para el 'orden' capitalista de la propiedad privada de la tierra, junto con los intentos de desarrollar nuevas relaciones sociales (más solidaridad, cultura alternativa, etc.), lo cual es un aspecto notable del movimiento *sem-teto* también en otros países (desde la *Autonomen* alemana en los años 1980 y 1990 hasta la famosa experiencia holandesa [véase, por ejemplo, Pruijt, 2003]). Por otro lado, también podemos observar un uso inteligente de algunas posibilidades que ofrece el marco jurídico existente para "estabilizar" la posesión de terrenos y edificios vacíos por parte del *sem-teto* y evitar los desalojos a corto plazo, aunque el marco jurídico formal (desde la Constitución hasta la Ley Federal de Desarrollo Urbano, o "Estatuto de la Ciudad", aprobada por el Congreso en 2001) obviamente no pone en tela de juicio la propiedad privada, excepto para castigar la especulación explícita con la tierra y para proteger los derechos de los residentes de *las favelas* en algunas circunstancias especiales (regularización de la posesión adversa).

La "planificación participativa" dirigida por el Estado está necesariamente restringida por las leyes existentes, e incluso el relativamente progresista "Estatuto de la Ciudad" se limita a restringir algunos privilegios de los propietarios privados (aunque significa, sin duda, un progreso considerable en términos de los marcos legales para un país como Brasil). En contraste con esto, el MTST, junto con otras organizaciones

del movimiento sem-teto, ha desarrollado un enfoque radical y ambicioso del cambio socio-espacial. No obstante, las organizaciones *sem-teto* intentan a veces participar en foros de debate más amplios (por ejemplo, en los relacionados con la vivienda o con la reforma urbana en general, apoyados e influenciados principalmente por organizaciones no gubernamentales-ONG más o menos consolidadas), y también tienen en cuenta los planes y ordenanzas de zonificación existentes, no siempre para criticarlos, sino a veces para considerar ciertos límites de actuación (por ejemplo, áreas de protección medioambiental) u obtener distintos tipos de información útil[8].

Otro ejemplo interesante de la complejidad actual de la estrategia socioespacial del MTST es su intento (desde 2005) de buscar apoyo político en las favelas, mediante la organización de grupos de debate ("capacitación política") e incluso estimulando formas críticas de cultura popular. Sin embargo, el MTST sabe que los problemas de una favela son muy diferentes a los de una *ocupação* (asentamiento semilibre). Como me dijo un dirigente del MTST (en septiembre de 2005), saben muy bien que las favelas son espacios disputados: asociaciones de vecinos ya existentes (y a menudo clientelistas), iglesias pentecostales... y narcotraficantes, todos ellos en el mismo lugar, codo a codo. El tráfico de drogas es un reto importante, no sólo para el Estado y para la planificación urbana dirigida por el Estado (véase Souza, 2005), sino también para los movimientos sociales y el activismo social en general (véase Souza, 2000a, 2005). En lo que respecta al MTST, este reto no sólo está relacionado con su intento de desarrollar acciones en las favelas, sino también con el hecho de que los traficantes de drogas o las organizaciones de narcotraficantes pueden intentar "territorializar" las ocupaciones: en la periferia de Guarulhos (región metropolitana de São Paulo), los militantes del MTST ya fueron amenazados y expulsados por los narcotraficantes en 2004 de uno de los mayores asentamientos asentados por el MTST, Anita Garibaldi. Los dirigentes del MTST afirman que están tratando de encontrar una forma de "coexistir" con los narcotraficantes, ya que no pueden luchar contra ellos, pero sin arriesgarse a la desmoralización como consecuencia probable de cualquier forma de "cooperación" (como ha sido el caso de algunos movimientos guerrilleros en América Latina).

[8] En un texto preparado por la dirección del MTST para los militantes, se puede leer que el *sem-teto* "[...] tiene que emprender una planificación cuidadosa y un estudio que comprenda un análisis correcto de las áreas vacantes: su situación en términos de la zonificación existente, su propiedad, su situación fiscal, etc. No pretendemos reproducir la lógica caótica y desequilibrada de la expansión urbana capitalista, que empuja a los pobres a zonas alejadas, incluidas las de protección del medio ambiente y de las fuentes fluviales. Además, es necesario un conocimiento adecuado del propietario para evitar reacciones inesperadas, así como para planificar una táctica que permita a la gente permanecer en su lugar" (MTST, 2004, 5).

Por supuesto, el movimiento semilibre no va a cambiar las cosas radicalmente por sí solo, y no debemos olvidar que tiene sus propios problemas. Uno de estos problemas es precisamente el desafío que representa la movilización a largo plazo de personas que a menudo no corresponden a la "clase obrera" en un sentido marxista estricto, sino al "lumpenproletariado": personas muy pobres, a menudo desempleadas o subempleadas. Otro problema es la medida real en que el movimiento semilibre es y será capaz de desarrollar una nueva "cultura política" en términos de prácticas de autogestión "horizontales", no jerárquicas y genuinas. Muchos movimientos sociales actuales en todo el mundo tienen en común un fuerte compromiso con la autonomía. La "horizontalidad" parece ser una característica muy importante de gran parte del movimiento piquetero argentino, aunque este movimiento comprende muchas organizaciones con diferentes perfiles políticos e ideológicos. También en Brasil hay algunas organizaciones y ocupaciones claramente inspiradas en un enfoque "horizontal", no jerárquico, como las ocupaciones Chiquinha Gonzaga y Zumbi dos Palmares en Río de Janeiro, estrechamente vinculadas a la organización Frente de Luta Popular/FLP. Precisamente en este sentido, el MTST presenta algunas ambigüedades, en gran parte debido a sus vínculos "genéticos" con el MST (que es, en cierta medida, una organización contradictoria, que combina algunos elementos jerárquicos claros con un discurso y una praxis de base); sin embargo, estos elementos jerárquicos no son tan evidentes en el caso del MTST.

Cooperación sí (o *tal vez*), cooptación no: la asociación entre el Estado y la sociedad civil y su límite

Cuando la "participación" se convierte en una trampa

Que "las buenas intenciones no son suficientes" lo demuestra el hecho de que no sólo las intenciones deliberadas de "domesticar" a la sociedad civil pueden perjudicar al activismo social, sino también algunas formas de participación que, a primera vista, parecen ser algo más que una simple cooptación, pero que pueden crear nuevos problemas en virtud del desconocimiento de las culturas locales, las particularidades locales en cuanto a estructuras de poder, etc. En un libro publicado hace un par de años (que ha provocado algunas reacciones irritadas), cuyos autores no se dejan llevar por el poder casi mágico de palabras como "participación" y "empoderamiento", se consideraba la participación incluso como una "tiranía" (véase Cooke y Kothari, 2001).

Sin embargo, aunque no se pueden subestimar los límites y peligros que señalan autores como Bill Cooke y Uma Kothari (Cooke y Kothari, 2001; véase también

Cooke, 2001; Kothari, 2001), el tipo de situación que ellos tratan presenta algunas similitudes pero también importantes diferencias en comparación con el reto de la "participación" en una metrópolis como São Paulo o Río de Janeiro. Mientras que ellos hablan de una situación que podría describirse como un clásico "choque cultural" ("nosotros, occidentales, vosotros, nativos en esta pequeña aldea africana [asiática, latinoamericana]"), yo hablo de las relaciones entre los pobres urbanos y los gobiernos, las ONG y "sus" expertos en las grandes ciudades de un país ampliamente industrializado *y en gran medida occidental*, pero socialmente muy injusto y desigual.

La literatura existente nos dice que es posible una participación consistente a gran escala a pesar de muchos obstáculos, y el mejor ejemplo a nivel mundial ha sido el "presupuesto participativo" de Porto Alegre, o al menos lo fue hasta 2004[9]. En términos de organización, el "presupuesto participativo" de Porto Alegre consiste en una serie de reuniones en las que el ayuntamiento explica primero sus acciones y cuentas del año anterior, presenta a los ciudadanos asistentes su plan de inversiones para el año en curso y proyecta los posibles recursos financieros para el año siguiente (marzo-abril); posteriormente (abril-mayo), se determina el número de delegados de cada una de las 16 áreas (*regiões*) en las que se dividió la ciudad a efectos del proceso participativo (así como los delegados de los llamados "plenos temáticos", que definen las prioridades sectoriales), y se elige el *Consejo del* Presupuesto *Participativo (Conselho do Orçamento Participativo/COP)*. El COP está formado por dos concejales elegidos por cada *região*, dos concejales elegidos por cada "pleno temático", un representante del sindicato de funcionarios, otros dos en representación de los funcionarios de la ciudad en general, otro designado por la federación municipal de asociaciones de vecinos y dos representantes del gobierno –que no tienen derecho a voto– su tarea es actuar como asesores de los concejales en cuestiones técnicas. Mientras que los delegados se ponen en contacto con los ciudadanos a través de pequeñas reuniones informales organizadas por la propia población y discuten sus necesidades ante una posible capacidad de inversión que les informa el gobierno local, la tarea del Consejo es la preparación de la propuesta formal de presupuesto que

[9] El "presupuesto participativo" se implantó en Porto Alegre cuando el Partido de los Trabajadores (PT) llegó al poder en 1989, aunque la sociedad civil (la federación municipal de asociaciones de vecinos, UAMPA) ya había reclamado una democratización del proceso presupuestario municipal un par de años antes. Debido a varias razones (por ejemplo, la decepción generalizada con el PT bajo la presidencia de Luis Ignacio Lula da Silva), el PT de Porto Alegre perdió las elecciones municipales (por un pequeño margen) en 2004 por primera vez después de 16 años, y desde 2005 la ciudad está gobernada por una coalición conservadora. Aunque el nuevo alcalde subrayó tras su elección que el "presupuesto participativo" no se vería afectado por el cambio político, ha habido muchas evidencias de que el nuevo gobierno no presta mucha atención a este ámbito participativo.

debe enviarse al parlamento municipal para su aprobación (véase, para más detalles sobre la experiencia de Porto Alegre: Abers, 2000; Souza, 2002).

Sin embargo, incluso en relación con estas experiencias exitosas tenemos que ser cautelosos, considerando lo que sugiero como "*cooptación estructural*". La "cooptación estructural" es una espada de Damocles sobre *todo* movimiento social que acepte participar en los canales institucionalizados de participación. Las críticas clásicas a la participación, como las abordadas por Arnstein (1969), a pesar de su importancia, son insuficientes, pues suelen referirse a lo que podría entenderse como intentos más o menos *deliberados* (e "individualizados") de cooptación y manipulación. No sólo como resultado de la manipulación por parte de los políticos, sino también en virtud de la influencia "sutil" de la maquinaria estatal sobre las organizaciones de la sociedad civil (por ejemplo, un *"ajuste" gradual de las agendas y dinámicas de los movimientos sociales a la agenda y dinámica del Estado*) y sus militantes ("seducción del poder"). El sentido crítico y la energía de los movimientos sociales pueden disminuir, y este efecto "corruptor" no debe conducir necesariamente a la resignación o al comportamiento cínico (aunque sea a un nivel muy alto y complejo, como en el caso de la "ley de hierro de la oligarquía" de Robert Michels [Michels, 1989]), pero el problema no debe subestimarse.

Paradójicamente, el gran peligro para los verdaderos movimientos sociales en términos de cooptación no reside en el populismo convencional, sino en la consecuente apertura de algunos partidos de izquierda al diálogo y a la participación popular. Hay que situar la cuestión de la "participación" a nivel local en un contexto más amplio, para entender algunos límites y peligros. Al menos para algunos observadores, la globalización capitalista no es sólo una "nueva fase" en la historia del capitalismo y la expansión del capital, sino un aspecto central de una *profunda crisis* del capitalismo (Kurz, 2005). En este marco, y en una época de desempleo masivo, estados de bienestar erosionados en los llamados "países desarrollados" y colapso estatal en los países (semi)periféricos, la "participación" se está convirtiendo en algo más que una herramienta útil para la integración social (como lo fue hasta los años 1980): se está *convirtiendo cada vez más en una "herramienta necesaria para la gestión de la crisis"*. Por un lado, la privatización, la desregulación, el desempleo y la "precarización" del trabajo (y los programas de "ajuste estructural" en la periferia y la semiperiferia del sistema mundial); por otro lado, los intentos de hacer que la gente "participe" en la gestión de la crisis estatal a nivel local (junto con otras medidas como la represión y el "estado de emergencia", siempre que sean necesarias y factibles). No estoy sugiriendo que la planificación y la gestión participativas puedan reducirse a la "gestión de crisis", sobre todo en el caso (muy poco común) de gobiernos de izquierda verdaderamente

coherentes. Sin embargo, la "gestión de crisis" como dimensión de las prácticas de participación contemporáneas (y del discurso de la "gobernanza") es una característica casi omnipresente del contexto social general en el que vivimos. Ni siquiera en el caso de Porto Alegre esta dimensión ha estado completamente ausente (Souza, 2002).

Sea como fuere, no existe una alternativa razonable a la implicación en los canales de participación institucionalizados: siempre que ***sean realmente coherentes, los beneficios materiales y político-pedagógicos para la población pueden ser sustanciales***. El punto de vista anarquista clásico ("acción directa" a pesar y contra el Estado, pero *nunca* ningún tipo de "asociación" con el Estado) no parece muy realista hoy en día, aunque los anarquistas siempre han cultivado un enfoque crítico hacia el aparato estatal *como tal* (es decir, no sólo contra el Estado *capitalista*) que demostró ser sabio en la mayoría de las circunstancias (incluso contra el marxismo o, para usar las palabras de Bakunin, el "comunismo autoritario"). De todos modos, incluso un *neo-anarquista* como Murray Bookchin ha reconocido en el contexto de su "municipalismo libertario" que, al menos a nivel local, la participación de los anarquistas en las elecciones con la perspectiva de remodelar la administración sobre una base democrática en gran medida directa podría y puede servir al propósito de educar a las masas para la libertad (Bookchin, 1992).

Ingresar en procesos participativos institucionalizados y dirigidos por el Estado es un "negocio arriesgado", y cuanto más eficiente sea el partido (o los partidos) gobernante a la hora de proporcionar canales y foros de participación eficaces, mayor será el riesgo para los movimientos sociales. Sin embargo, en determinadas condiciones puede merecer la pena combinar las prácticas institucionales y de "acción directa" por razones tácticas: no sólo por las ganancias materiales (acceso a fondos públicos, por ejemplo), sino también con fines político-pedagógicos (escenarios participativos como "escuelas de democracia directa"). "Lavarse con agua sucia", por emplear las palabras de Nietzsche[10], puede ser inevitable o necesario para los movimientos sociales en determinadas circunstancias. No es una tarea fácil, pero la función de "aprender haciendo" de los procesos participativos institucionalizados coherentes puede hacer que esa combinación sea muy útil. De todos modos, es crucial que los movimientos no renuncien nunca a señalar los límites incluso de los prometedores canales participativos institucionalizados. Si dejan de ser críticos, el "agua sucia" ya los ha contaminado.

---

[10] Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (segunda parte, capítulo "De la cordura entre los hombres"): "Y quien no quiera morir de sed entre los hombres debe aprender a beber en todos los vasos; y quien quiera permanecer puro entre los hombres debe saber lavarse incluso con agua sucia" (Nietzsche, 1994, p. 149).

Lecciones de Brasil: el presupuesto participativo y la "reforma urbana"

El presupuesto participativo de Porto Alegre, con sus diversos resultados positivos (véase Abers, 2000; Souza, 2002), demuestra que la participación popular institucionalizada *es importante* y que *vale la pena* en determinadas circunstancias. Sin embargo, la vulnerabilidad y algunas debilidades de esta experiencia pueden mostrarnos también otra "lección", a saber, que los movimientos sociales deben intentar concebir sus propias estrategias e implementar su propia agenda, de la forma más autónoma posible frente al Estado.

Por un lado, los políticos y militantes del Partido de los Trabajadores siempre defendieron que podría ser peligroso vincular el "presupuesto participativo" a través de una ley municipal, que tendría que ser votada por un Parlamento Municipal mayoritariamente conservador, de modo que cualquier propuesta en este sentido presentada por el ejecutivo podría ser fuertemente modificada para mal. Además, una de las virtudes más importantes del "presupuesto participativo" de Porto Alegre fue siempre su flexibilidad, de manera que los delegados y concejales pudieron mejorar las "reglas del juego" varias veces desde 1989. Por otro lado, la derrota electoral de un partido político (en este caso, la derrota del PT en las elecciones de 2004) puede amenazar incluso una experiencia que parecía consolidada y que se convirtió en fuente de inspiración para muchas otras en todo el mundo. Desde mi punto de vista, la solución para este tipo de vulnerabilidad no reside en las leyes formales, como ya subrayé en un trabajo anterior (Souza, 2002). La mejor (aunque, por supuesto, no perfecta) "inmunización" contra una interrupción o un debilitamiento de este tipo de procesos está en manos de la propia sociedad civil, que debe ser capaz de demostrar que no tolerará una regresión política en esta materia. Sin embargo, esto no es suficiente. Si la sociedad civil se ajusta a los espacios de participación oficiales e institucionalizados hasta el punto de que los movimientos sociales no tienen una vida autónoma fuera de estos espacios (como ha sido más o menos el caso en Porto Alegre, aunque no del todo), la sociedad civil se convierte en una especie de "rehén", no sólo de un gobierno (que puede chantajear a la sociedad civil enviando mensajes como "si no elegís al partido una vez más, esta maravillosa experiencia puede dejar de existir"), sino del aparato estatal como tal.

En cuanto a Porto Alegre, hay que esperar a ver qué nos enseñan los próximos años en términos de "lecciones" más concretas o específicas. Todavía es demasiado pronto para saber hasta qué punto la sociedad civil local puede defender sus conquistas. De todos modos, las primeras conclusiones esbozadas tienen un carácter general.

Una "lección" similar, pero al mismo tiempo diferente, puede extraerse del destino de la lucha por la "*reforma urbana*". Aun percibiendo los límites del

régimen democrático representativo que se reintrodujo en 1985 tras más de 20 años de gobierno militar, a mediados de la década de 1980 surgió en Brasil un enfoque pragmático de izquierdas de la planificación, cuando algunos estudiosos comenzaron a abogar por una *reforma urbana*. Esta expresión no significa, en el lenguaje contemporáneo de los movimientos sociales brasileños y de los académicos progresistas (cuyas raíces se encuentran ya en la década de 1960), sólo una remodelación del espacio mediante la "cirugía espacial" y la zonificación, es decir, la búsqueda de nuevas formas espaciales y un nuevo ordenamiento del espacio que contribuyan a "optimizar" las funciones urbanas (tráfico y movilidad, compatibilidad de los usos del suelo, etc.), así como a la belleza del paisaje. El objetivo principal de la estrategia de "reforma urbana" es *cambiar la forma en que se regula la producción del espacio* (sobre la base de un nuevo equilibrio de poder), y pretende concretamente superar, o al menos reducir sustancialmente, ciertos problemas típicos de la vida en la ciudad en Brasil, como la especulación del suelo, la segregación residencial y la falta de viviendas asequibles para los pobres.

Muchos de los planes directores que se han elaborado desde principios de los años noventa en las ciudades brasileñas muestran al menos cierto grado de influencia de los principios de la "reforma urbana". Mientras que la planificación tecnocrática tiene como objetivo una "ciudad bien ordenada" y "eficiente" (desde un punto de vista capitalista, por supuesto), la "reforma urbana" tiene objetivos bastante diferentes: la regularización de la tenencia y la mejora física de las zonas residenciales pobres (barrios de chabolas y otros asentamientos obreros irregulares) y la reducción de la segregación residencial y la especulación del suelo, entre otras prioridades relacionadas con la justicia social. En este contexto, una herramienta útil es la utilización del impuesto sobre la propiedad de forma progresiva en el tiempo. En cuanto a la zonificación –que es seguramente el instrumento más conocido de la planificación–, los planificadores tecnócratas trabajan con ella principalmente para alcanzar el "orden", mientras que los planificadores profesionales orientados a la "reforma urbana" utilizan las herramientas de gestión del uso del suelo con fines como la identificación y clasificación de espacios específicos en función de su situación social e interés público (por ejemplo, zonas correspondientes a áreas que necesitan una mejora física y una regularización de la tenencia, zonas de especial interés para la protección del medio ambiente y áreas en las que el suelo se mantiene vacante debido a la especulación).

Los planes directores tecnocráticos siguen por definición un estilo "descendente"; expresan un equilibrio de poder más o menos autoritario, así como una mentalidad autoritaria por parte de los planificadores profesionales, que en

estas circunstancias no están comprometidos con ninguna participación popular en el proceso de planificación. Desde el punto de vista tecnocrático, la participación de los legos en la planificación no es deseable, ya que se considera que la planificación es una cuestión *técnica* que debe llevarse a cabo sobre la base de la "*racionalidad*" y que no puede ser entendida habitualmente por los ciudadanos de a pie. En contraste con este punto de vista, la planificación urbana orientada a la "reforma urbana" ha sido presentada por los planificadores profesionales de izquierdas como "participativa".

Sin embargo, la corriente principal de la "reforma urbana" se caracteriza hoy por lo que he llamado "*tecnocratismo de izquierdas*" (Souza, 2002). El "tecnocratismo de izquierdas" corresponde a una contradicción en cuyo contexto se presta "demasiada" atención a los instrumentos técnicos y se crean expectativas exageradas en relación con las posibilidades y potencialidades del marco jurídico e institucional formal (como el Ministerio nacional de Ciudades creado en 2003 bajo el mandato del presidente Luis Inácio Lula da Silva y en el que participaron o siguen participando varios planificadores orientados a la "reforma urbana"), mientras que se presta mucha menos atención a temas como los desafíos relativamente nuevos para la participación popular (por ejemplo, el control territorial de muchas *favelas* en ciudades como Río de Janeiro y São Paulo por parte de los narcotraficantes), la "microfísica del poder" y el arraigo cultural de las intervenciones de planificación dirigidas por el Estado. Además, incluso la reflexión sobre los instrumentos y esquemas de participación popular en la planificación ha recibido mucha menos atención por parte de la mayoría de los teóricos de la planificación orientada a la "reforma urbana" que otros instrumentos técnicos, y es decepcionante (aunque sintomático) que el espacio concreto dedicado a tratar la participación popular en el marco de muchos planes estratégicos progresistas sea muy reducido, y a veces se mencione en términos bastante vagos o incluso en el sentido de una mera consulta (es decir, el tipo de "participación" que Arnstein [1969] consideró correctamente en su famoso artículo como "simbólica").

El destino de la lucha por una "reforma urbana" en Brasil nos enseña lo que puede ocurrir si una estrategia progresista es desarrollada y apoyada principalmente por los académicos y el personal (de clase media) de las ONG, mientras que los pobres y sus organizaciones de base sólo desempeñan un papel muy secundario en términos de construcción de estrategias y elaboración intelectual (en lo que respecta a la "reforma urbana", esto era un problema ya en la década de 1980, véase Silva, 1990; Souza, 2000a, 2002, pero sólo en la década de 1990 se hizo más evidente, ya que la corriente académica se divorció cada vez más de los movimientos sociales). La "reforma urbana" sigue siendo una estrategia importante, y muchas de sus ideas e instrumentos son sin duda muy valiosos, pero es en gran medida desconocida entre

la mayoría de los brasileños y muchos de sus antiguos partidarios más o menos radicales (tanto académicos como personas de ONG) se han convertido en "tecnócratas de izquierdas" en los últimos 15 años, aunque la mayoría de ellos probablemente creen que todavía encarnan un enfoque genuinamente progresista (por cierto, algunos de ellos han estado trabajando para el Ministerio de Ciudades de Brasil en el contexto del gobierno del Partido de los Trabajadores, "aspirante a izquierdista" pero en realidad centrista, desde 2003). Afortunadamente, el movimiento *sem-teto* también está comprometido con una "reforma urbana" –uno de los "gritos de guerra" del MTST es precisamente "*na luta pela reforma urbana*" ("en lucha por una reforma urbana"), y los activistas *del sem-teto* representan la verdadera vertiente de base de esta estrategia, intentando superar los límites no sólo del propio marco legal, sino también los del "tecnocratismo de izquierdas" mediante presiones desde abajo, así como iniciativas independientes y acción directa.

La principal "lección" que se desprende tanto de las experiencias de "presupuestos participativos" como de la lucha por una "reforma urbana" parece ser la siguiente: los movimientos sociales siguen siendo vulnerables frente al aparato estatal mientras renuncien a pensar y actuar de forma autónoma, y eso incluye propuestas concretas en materia de planificación urbana. La participación en canales participativos institucionalizados puede ser útil en determinadas circunstancias, pero incluso si el interlocutor es un "gobierno verdaderamente progresista y abierto" los movimientos sociales tienen que ser cautos y cultivar su capacidad de (auto)crítica. La ayuda técnica de los intelectuales progresistas y los planificadores profesionales puede ser muy bienvenida y necesaria, pero los movimientos sociales no pueden abdicar del control de la agenda de los debates en favor da los académicos de clase media y a las ONG, o al aparato estatal. Incluso si el "socio" es un partido progresista (es decir, uno que al menos al principio esté comprometido de forma coherente con el cambio social y el empoderamiento de la sociedad civil), esto no puede evitar que la sociedad civil sea cooptada, de hecho porque todo partido político ya es una estructura "centrada en el Estado", y todo partido político progresista debe luchar él mismo contra las fuerzas corruptoras que emanan del poder del Estado en términos de una tendencia al ajuste conservador y a la "gestión de conflictos" en lugar de a la superación de las profundas contradicciones y estructuras sociales. Pertenece a la naturaleza de un león devorar a otros animales, aunque esté domesticado (y sea herbívoro).

Conclusiones

Desde los años sesenta y, sobre todo, desde los setenta, se han formulado críticas contra la planificación urbana reguladora clásica por parte de los estudiosos

no conservadores (en su mayoría desde una perspectiva marxista), y desde los años 1980 por parte de los analistas neoliberales. Mientras que los estudiosos conservadores atacan hoy en día la planificación normativa clásica porque sería demasiado "rígida" y carecería de "flexibilidad" para contribuir a la "competitividad" de la ciudad en un mundo globalizado mediante la atracción de inversiones, los estudiosos de izquierdas solían poner la planificación y los planificadores bajo sospecha porque serviría a los intereses de las clases dominantes. En cuanto a la crítica neoliberal, es una crítica muy sesgada que se ha utilizado en gran medida como argumento para obtener más y más concesiones y ventajas para los intereses empresariales privados de todo tipo. Por el contrario, la crítica no conservadora parece ser generalmente correcta; sin embargo, muchos geógrafos radicales y sociólogos marxistas han "olvidado" en el pasado no sólo que incluso la planificación estatal puede ser a veces genuinamente progresista (lo que algunos estudiosos radicales finalmente comenzaron a reconocer: véase la opinión de Harvey sobre Porto Alegre (Harvey, 2000) –y el presupuesto participativo de Porto Alegre no es, a fin de cuentas, otra cosa que la gestión y la planificación urbanas participativas), sino también que la sociedad civil puede y debe desarrollar sus propios planes y estrategias (socio-espaciales) alternativos.

La planificación *como tal* no es ni conservadora ni progresista, al menos no a priori. Por supuesto, la planificación nunca es "neutral en cuanto a valores", pero su compromiso ético y político depende de los contenidos y la naturaleza de los actores concretos, las circunstancias históricas, las propuestas y las acciones. Como comparación podríamos decir que, aunque la mayoría de las escuelas y sistemas educativos estatales son inherentemente conservadores y autoritarios, nadie llegaría a la idea de que la educación como tal es algo malo, ya que sabemos que (por ejemplo) la conocida "pedagogía del oprimido" de Paulo Freire también pertenece al ámbito de la "educación". Dado que la planificación urbana es un intento de cambiar la organización espacial y las relaciones sociales en la ciudad, y dado que el aparato estatal está lejos de ser un "juez neutral" que siempre actúa para defender el "bien común" y el "interés público", los movimientos sociales tienen la necesidad de desarrollar y (siempre que sea posible) implementar sus propias soluciones alternativas.

El escritor y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger utilizó la expresión "guerra civil molecular" (*molekularer Bürgerkrieg*) a principios de los años 1990 (Enzensberger, 1993) para describir la situación de creciente conflicto y violencia que se observa en las grandes ciudades tanto del "Primer" como del "Tercer Mundo". Otro autor alemán, el sociólogo Robert Kurz, escribió también a principios de la década pasada un libro cuyo título es *El colapso de la modernización* (*Der Kollapsder Modernisierung* [Kurz, 1991]), y podemos ver que la "guerra civil molecular" de

Enzensberger es especialmente cierta en relación con los países en los que la promesa ideológica del "desarrollo" en el marco del capitalismo global se vio frustrada y la "modernización económica" fue abortada y/o acompañada de terribles "daños colaterales". Sin embargo, los países semiperiféricos como Brasil, Argentina, México y Sudáfrica presentan interesantes peculiaridades precisamente en lo que respecta a la magnitud y la complejidad de la "crisis urbana": estos países no son ni "democracias representativas consolidadas" (más exactamente, "oligarquías liberales consolidadas") ni "cuasi-estados" (en contraste con muchos países periféricos típicos, especialmente en el África subsahariana). En las grandes ciudades y metrópolis de esos países podemos ver una especie de "disolución estatal de baja intensidad" a nivel local (debido a la corrupción generalizada, desde los políticos hasta la policía, así como en virtud de la formación de "enclaves territoriales criminales", por ejemplo: la "territorialización" de las *favelas* por parte de las organizaciones de narcotraficantes en Río de Janeiro o la aparición de circuitos económicos alternativos); sin embargo, el Estado no fue sustituido simplemente por "señores de la guerra" (aunque a menudo es desafiado por "señores de la guerra" a nivel "microlocal", como ocurre particularmente en Río de Janeiro).

A pesar de los numerosos problemas que se observan en metrópolis como Río de Janeiro y São Paulo, allí no sólo hay problemas, sino también soluciones que están siendo propuestas y hasta cierto punto también aplicadas tanto por el Estado como por los movimientos sociales (a veces *junto con el aparato* estatal local, a veces *a pesar* del Estado, a veces *contra* el Estado). Probablemente, a los movimientos sociales de países como Brasil les resulte incluso más fácil (al menos hasta cierto punto) concebir y aplicar estrategias alternativas en materia de organización espacial, no sólo porque la ausencia y la ineficacia del aparato estatal hacen que la participación de la sociedad civil sea más necesaria que en Europa o Estados Unidos, sino también porque la legislación urbana no es tan eficaz ni se respeta como, por ejemplo, en Alemania o el Reino Unido; el "caos" aparente también supone un mayor margen de maniobra para la gente sobre el terreno. Por eso, en medio de un pantano de violencia y desesperación también podemos encontrar pequeñas, exóticas y delicadas flores. En la actualidad, algunos movimientos sociales urbanos latinoamericanos, como el movimiento *sem-teto* en Brasil y los *piqueteros* en Argentina, están demostrando que los movimientos sociales pueden y deben concebir y, en cierta medida, incluso poner en práctica estrategias socio-espaciales complejas y radicales, llevando a cabo así una especie de "planificación urbana de base" alternativa, que a menudo apuesta por el desarrollo de estructuras de autogestión verdaderamente "horizontales" y no jerárquicas.

Referencias

- Abers, R. (2000). *Inventing Local Democracy: Grassroots Politics in Brazil*. Boulder y Londres: Lynne Rienner.
- Arnstein, S. (1969). "A ladder of citizen participation", *Journal of the American Institute of Planners* 35(Julio), pp. 216-224.
- Barrio, H. (2005). *Defensa del autonomismo*, http:// www.colectivonph.com.ar/autonomia/250805.htm (último acceso: 28 de noviembre de 2005).
- Bookchin, M. (1992). *Urbanization without Cities: The Rise and Decline of Citizens hip*. Montreal y Cheektowaga: Black Rose Books.
- Castells, M. (1983). *The City and the Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Castoriadis, C. (1975). *L'institution imaginaire de la société*. París: Seuil.
--- (1983 [1979]). "Introdução: socialismo e sociedade autónoma". En C. Castoriadis, *Socialismo ou barbárie. O conteúdo do socialismo*. São Paulo: Brasiliense.
--- (1985 [1973]). "A questão da história do movimento operário". En C. Castoriadis *A experiência do movimento operário*. São Paulo: Brasiliense.
--- (1990a). "L'époque du conformisme généralisé", En C. Castoriadis, *Le monde morcelé-Les carrefours du labyrinthe III*. París: Seuil.
--- (1990b). "Pouvoir, politique, autonomie", En C. Castoriadis *Le monde morcelé-Les carrefours du labyrinthe III*. París: Seuil.
--- (1996). "La démocratie comme procédure et comme régime", in C. Castoriadis *La montée de l'insignifiance-Les carrefours du labyrinthe IV*. París: Seuil.
--- (1999). "Quelle démocratie? ". En C. Castoriadis *Figures du pensable-Les carrefours du labyrinthe VI*. París: Seuil.
- Chatterton, P. (2005). "Making autonomous geographies: Argentina's popular uprising and the "Movimiento de Trabajadores Desocupados", *Geoforum* 36, pp. 545-561.
- Cooke, B. (2001). The social psychological limits of participation?. En B. Cooke y U. Kothari (eds.) *Participation: The New Tyranny?* Londres y New York: ZedBooks.
- Cooke, B. y Kothari, U. (2001). "The case for participation as tyranny". En B. Cooke y U. Kothari (eds.) *Participation: The New Tyranny*? Londres y New York: Zed Books.
- Cox, K. y McCarthy, J. (1982). "Neighbourhood activism as a política of turf: a critical analysis". En K. Cox y R. J. Johnston (eds.) *Conflict, Politics and the Urban Scene*. Harlow: Longman.
- Enzensberger, H. M. (1993). *Aussichtenauf den Bürgerkrieg*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Foucault, M. (1984). *Microfísica do poder*, 4th edn. Rio de Janeiro: Graal.
--- (2005). "Die Maschender Macht". En M. Foucault, *Analytikder Macht*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

- Harvey, D. (1989). "From managerialism to entrepreneurialism: the transformation in urban governance in late capitalism", *Geografiska Annaler 71B*, pp. 3-17.
- Harvey, D. (2000). *Spaces of Hope*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Kohan, A. (2002). *¡A las calles! Una historia de los movimientos piqueteros y caceroleros de los '90 al 2002*. Buenos Aires: Colihue.
- Kothari, U. (2001). "Power, knowledge and social control in participatorydevelopment". En B. Cooke y U. Kothari (eds.) *Participation: The New Tyranny?* Londres y New York: Zed Books.
- Kropotkin, P. (1904). *Landwirtschaft, Industrie und Handwerk*. Berlin: Verlagvon S. Calvary. [An English version can be obtainedunder: http:// dwardmac.pitzer.edu/ Anarchist_Archives.]
- Kurz, R. (1991). *Der Kollapsder Modernisierung*. Frankfurt am Main: Eichborn.
- Kurz, R. (2005). *Das Weltkapital. Globalisierung und innere Schranken des modernen warenproduzierenden Systems*. Berlin: TIAMAT.
- Massetti, A. (2004). *Piqueteros: protesta social e identidad colectiva*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias y FLACSO.
- Michels, R. (1989 [1911; 2nd German edn, revised, 1925]). *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie. Untersuchungen über die oligarchischen Tendenzen des Gruppenlebens*, 4th edn. Stuttgart: Kröner.
- MTST [Movimento dos Trabalhadores Sem Teto] (2004). *Projeto político do Movimento dos Trabalhadores Sem Teto*. São Paulo: Mimeo.
- Nietzsche, F. (1994 [1883-85]). *Also sprach Zarathustra*. Stuttgart: Reclam.
- Poulantzas, N. (1980). *State Power Socialism*. Londres: Verso.
- Pruijt, H. (2003). "Is the institutionalization of urban movements inevitable? A comparison of the opportunities for sustained squatting in New York City and Amsterdam", *International Journal of Urban and Regional Research* 27(1), pp. 133-157.
- Sandercock, L. (ed.) (1998). *Making the Invisible Visible: A Multicultural History of Planning*. Berkeley &Londres: University of California Press.
- Santos, C. N. F. (1981). *Movimentos urbanos no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Silva, A. A. da (1990). "A luta pelos direitos urbanos: novas representações de cidade e cidadania", *Espaço & Debates*, 30(X), pp. 28-41.
- Souza, M. L. de (2000a). *O desafio metropolitano. Um estudo sobre a problemática sócio-espacial nas metrópoles brasileiras*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
--- (2000b). "Urban development on the basis of autonomy: a politico-philosophical and ethical frame work for urban planning and management", *Ethics, Place and Environment* 3(2), pp. 187-201.

--- (2001). "Metropolitan deconcentration, socio-political fragmentation and extended suburbanisation: Brazilian urbanisation in the 1980s and 1990s", *Geoforum* 32, pp. 437-447.
--- (2002). *Mudar a cidade. Uma introdução crítica ao planejamento e à gestão urbanos*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
--- (2005). "Urban planning in anageoffear: the case of Rio de Janeiro", *International Development Planning Review* (IDPR) 27(1), pp. 1-18.
- Touraine, A. (1973). *Production de la société*. París: Seuil.
- Zibechi, R. (1999). *La mirada horizontal. Movimientos sociales y emancipación*. Montevideo: Nordan Comunidad.
- Zibechi, R. (2005). *¿Qué hay de común entre piqueteros y zapatistas?*, http://www.voltairenet.org/ article123516.html (último acceso 28 de noviembre de 2005).

PARTE 4

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS. LAS SOBERANÍAS EN CUESTIÓN

John Agnew
Simon Reid-Henry
Nir Gazit

Capitulo 11

Regímenes de soberanía: territorialidad y autoridad de Estado en las políticas del mundo contemporáneo*

John Agnew**

Durante mucho tiempo la soberanía estatal ha sido considerada tanto fuente como respuesta al conflicto inter e intraestatal. Los teóricos políticos le han prestado mayor atención a la relación entre soberanía y autoridad política: particularmente, la soberanía estatal surgió para imponer de manera legítima el orden interno y como protección frente a amenazas externas. Recientemente, el fundamento de esta afirmación sobre la soberanía legal o *de jure* en relación con los supuestos de la anarquía internacional y la igualdad entre Estados ha sido objeto de estudio (Badie, 1999; Krasner, 1999 y 2001; Lake, 2003). De hecho, en varios campos, desde la geografía, el derecho y la sociología, existe un consenso que necesita se analice de forma crítica la idea convencional que se tiene de la soberanía como gobierno ilimitado e indivisible por parte de un Estado sobre un territorio y sus habitantes (Camilleri y Falk, 1992; Walker, 1993; Murphy, 1994; Anderson, 1996; Biersteker y Weber, 1996; Luke, 1996; Hashmi, 1997; Ong, 1999; Mason, 2001; Sidaway, 2003; Stacy, 2003). Pero la conexión conceptual entre soberanía y territorialidad estatal ha gozado de un análisis menos sistemático (Murphy, 1996; Kobrin, 1997; Biersteker, 2002). Los reclamos a la soberanía estatal como autoridad política están relacionados a reclamos implícitos para distinguir un territorio estrictamente delimitado del mundo externo, estableciendo de este modo un alcance territorial de la soberanía (Agnew, 1994).

---

* La versión original de este capítulo fue publicada en 2005 con el título "Sovereignty Regimes: Territoriality and State Authority in Contemporary World Politics", en la revista *Annals of the Association of American Geographers* 95(2): 437-461. Traducido por Alfonsina Giménez y Agustina Casero del Cuerpo de Traductores UNR.

** Departamento de Geografía, Universidad de California, Los Ángeles. Correo electrónico: John Agnew jagnew@geog.ucla.edu.

Implícitas en todas las reclamaciones sobre la soberanía del Estado como la forma por excelencia adoptada por la autoridad política, están asociadas las reclamaciones sobre la distinción de un territorio estrictamente limitado de un mundo externo y, por lo tanto, el alcance territorial de la soberanía (Agnew, 1994). La territorialidad –el uso del territorio con fines políticos, sociales y económicos– se considera en general una estrategia exitosa para establecer la jurisdicción exclusiva que implica la soberanía estatal.

Pero la soberanía *efectiva* no está de hecho tan prolijamente territorializada. En un documento histórico sobre soberanía y territorialidad, Murphy (1996) distingue entre soberanía *de jure* y de facto para señalar este punto. Esta distinción, sin embargo, implica necesariamente que en realidad existe una soberanía pura de jure de la cual la soberanía de hecho es un lapso o una anomalía. Mi afirmación es que la soberanía de facto es todo lo existe. Por ejemplo, desde 2001 el gobierno de los EE. UU. se ha negado a reconocer que deniega el derecho de los llamados combatientes enemigos de Afganistán que se encuentran en la base estadounidense situada en la Bahía de Guantánamo, Cuba, argumentando que la base no está dentro de la jurisdicción de las Cortes y, por lo tanto, no están sujetos a revisión judicial con respecto a la constitucionalidad de albergar personas por tiempo indeterminado y sin costos. Pero la Bahía de Guantánamo es sólo uno de los centros de detención dentro de una gran cadena. Un gulag estadounidense desde el cual la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el ejército estadounidense operan mundialmente casi sin reconocer los reclamos locales de soberanía territorial (Priest y Stephens, 2004). Entonces, la soberanía local es una máscara que permite tratar a los prisioneros de formas que podrían estar sujetas a revisión judicial en los EE. UU. Sorprendentemente, y sujeto a escasos comentarios en el momento o desde entonces, en virtud de una Orden Militar del 13 de noviembre de 2001, el Presidente Bush se auto concedió el derecho de detener a cualquier ciudadano que no fuera de los Estados Unidos en cualquier parte del mundo y durante el tiempo que quisiera tan solo por sospechar de su participación en "actividades terroristas antiestadounidense". A raíz de las llamadas crisis humanitarias, como en Somalia, Bosnia y Kosovo, los Estados Unidos y otros gobiernos (a veces bajo el manto de las Naciones Unidas) también han intervenido militarmente en todo el mundo, incluso cuando los Estados que enfrentan la intervención se defendieron contra tales "violaciones" a la soberanía territorial (Mills, 2000). Fueron varias las amenazas y peligros que motivaron a los gobiernos estadounidense y soviético a intervenir militarmente en repetidas ocasiones a aquellos Estados que formaban parte de sus respectivas esferas putativas de influencia durante la Guerra Fría (Weber, 1995). Hace poco, la supuesta amenaza al territorio estadounidense con

"armas de destrucción masiva" realizada supuestamente por el gobierno iraquí fue el principal motivo de Estados Unidos para invadir Irak en 2003. Pero estaba claro que cuando Estados Unidos "devolvió" la soberanía a un gobierno con personal iraquí el 28 de junio de 2004, la soberanía efectiva seguía en juego. Sin embargo, no son solo las llamadas Grandes Potencias las que tienen un alcance geográfico tan extenso. Por ejemplo, a través de la fuerte presencia de tropas, el gobierno sirio ejerce una tremenda influencia sobre el gobierno del Líbano, y Australia ha intervenido militarmente varios Estados insulares del Pacífico debido a su inestabilidad política. En especial, el impacto de la globalización sobre los Estados se siente no solo en el desafío que representa para su autoridad general o específica frente a otros Estados, sino también en sus consecuencias para la territorialización de la soberanía (Zacher, 1992; Cohen, 1998; Agnew, 1999; Hardt y Negri, 2000; Slaughter y Burke-White, 2000; Hall y Biersteker, 2002; Langewiesche, 2004; Singer, 2004). Por ejemplo, la explosión mundial de externalidades ambientales negativas no respeta las fronteras internacionales; las monedas que durante mucho tiempo fueron consideradas insignias de la soberanía del Estado están cada vez más desnacionalizadas; muchas personas tienen ciudadanía en varios Estados; las fronteras son cada vez más porosas a los flujos de inmigrantes y refugiados sin regulación estatal; las redes de conocimiento e innovación ya no honran las fronteras nacionales; es cada vez más difícil establecer el origen estatal para una gran cantidad de productos en el comercio mundial, ya que las empresas transnacionales coordinan sus actividades en múltiples ubicaciones en diferentes países; un gran número de organizaciones públicas y privadas intervienen, median y se involucran en la provisión de bienes públicos a través de las fronteras estatales. La innovación política quizás más importante de los últimos tiempos, la red terrorista de Al Qaeda, funciona a través de las fronteras estatales mientras explota la falta de soberanía territorial ejercida por algunos de sus Estados anfitriones (como Pakistán); los corsarios (en la forma de contratistas militares privados con el visto bueno de Estados poderosos) y piratas en alta mar (populares entre las poblaciones locales) han reaparecido con seriedad y desafían la teoría de que los Estados invariablemente monopolizan el uso legítimo de la violencia; y que la regulación judicial dentro de los Estados implica que se recurra cada vez más a los tribunales supranacionales (como en la Unión Europea [UE]) o a las decisiones de los extranjeros (como en los EE. UU.).

En otras palabras, *la soberanía efectiva no está necesariamente basada y definida por los límites territoriales estrictos y fijos de los Estados individuales*. En mi opinión, la negociación y la redefinición de la autoridad política en formas geográficamente complejas sugieren la necesidad de cambiar los términos del

debate sobre la soberanía. El propósito de este artículo es hacerlo mediante: (a) un análisis crítico del conocimiento convencional sobre la soberanía, prestando especial atención a la expansión de las fuentes de autoridad más allá de los Estados y a la atenuación de la territorialidad como modo primario de organización geográfica de la soberanía; (b) un examen de la incidencia histórica y geográfica de los diferentes "regímenes de soberanía" (capacidades de los estados en diferentes situaciones a nivel global para ejercer la soberanía de facto interna y externamente); y (c) a través del ejemplo de la "geografía del dinero" para demostrar cómo operan las monedas en todo el mundo hoy en día, cómo es que han llegado a funcionar estos regímenes en los últimos años.

Cuestionar la soberanía territorial de jure es importante no solo frente al desafío de afirmar la primacía política desde la globalización, sino también porque equiparar Estados soberanos es intrínseco a las formas en que la política en general y la democracia en particular han sido consideradas en los tiempos modernos. Por un lado, la democracia ha dependido ***históricamente*** de la nación-Estado, el Estado en tanto asegurado por una identidad nacional singular. La democracia y la soberanía popular crecieron juntas después de las revoluciones estadounidense y francesa; el ascenso del nacionalismo reforzó aún más el vínculo (Dallmyr y Rosales, 2001). Con otros colegas hemos recitado las formas en que la naturaleza deliberativa de la democracia a medida que fue desarrollándose parece requerir la adyacencia territorial entre los ciudadanos y en la cual su contenido simbólico descansa en las historias territoriales comunes de lucha y organización social (Thaa, 2001; Agnew, 2002, 166-67). ¿Pero existe una dependencia *conceptual* necesaria de una sobre la otra? Afirmaciones como "los ideales de ciudadanía chocan con el Estado-nación soberano en el que se desarrollaron por primera vez" (Linklater, 1998, 182) sugieren que ya no existe tal dependencia. De hecho, gran parte de la llamada literatura cosmopolita sobre democracia (por ejemplo, Linklater, 1998; Held, 2004) se sostiene en este punto de vista, abogando retóricamente un movimiento más allá del Estado hacia la ciudadanía mundial. Pero de la única forma en que pueden concebir la ciudadanía mundial sin cuestionar el componente fundacional de la teoría democrática –la presunción de una comunidad política territorializada– es mediante un "escalamiento" de los Estados individuales hacia el mundo como un todo. En este sentido, las categorías normativas de consentimiento y legitimidad basadas en la territorialización siguen sin estar afectadas por la globalización. Esto se debe a que la teoría y la práctica democráticas establecidas han requerido una ficción necesaria para hacer que sean posibles, es decir, que existe una soberanía popular absoluta conferida a una comunidad política nacional/territorial rígidamente demarcada de todas las demás

(Näsström, 2003; Runciman, 2003). De este modo, la soberanía absoluta continúa suscribiendo a la democracia como suelen pensar los demócratas cosmopolitas, incluso cuando el mundo contemporáneo exige que se preste atención a la soberanía divisible y a la legitimidad desterritorializada. Los defensores de la democracia tendrán que responder a este desafío si se pretende que la democracia sobreviva y prospere en un mundo globalizado (Anderson, 2002).

¿Soberanía controlada?

En el discurso político convencional, la soberanía está relacionada con la autoridad central del Estado. Esta es una relación en la que un agente de un Estado puede dar órdenes que son voluntariamente cumplidas por aquellos sobre quienes el Estado reclama autoridad. El típico cuento dice que esa soberanía interna o "nacional" requiere una fuente de autoridad (la realeza, la nación, las personas en el gobierno, etc.) que opere de manera efectiva dentro del territorio estatal. Por lo tanto, la soberanía se ve explícitamente como estatal y territorial. En la actualidad, las perspectivas dominantes sobre soberanía estatal se basan en otros anteriores, que asociaban la soberanía con la persona física del monarca; es por eso que, a menudo, el pensamiento occidental describe lo incorpóreo del Estado justamente como un "cuerpo". Para el absolutismo europeo moderno temprano, el:

> "cuerpo político es siempre un cuerpo masculino adulto que no tiene antecedentes de nacimiento y no está sujeto al devenir natural. Este cuerpo, cuya cabeza es la de un rey y sus miembros y órganos son sujetos con diversos rangos, solo puede morir debido a un ataque violento o por la infección de algunas de sus partes" (Shemek, 2002, 5).

El cuerpo físico del soberano se ha transferido simbólicamente del monarca al territorio estatal (Bartelson, 1995, 98; véase también Kantorowicz, 1957; Melzer y Norberg, 1998). Esta metáfora se resiste a la idea de que la soberanía puede ser desterritorializada, pero al mismo tiempo, y en la misma historia, la soberanía tiene una dimensión externa: cualquier Estado dado debe ser reconocido como soberano por otros Estados para calificar como tal. Tal reconocimiento implica una igualdad formal entre Estados en los cuales ninguno puede ejercer el mando sobre otros. Por lo tanto, la soberanía "jurídica" o legal, proporciona la condición geográfica necesaria para el funcionamiento de la soberanía interna: una distinción tajante entre la jerarquía ejercida por el Estado dentro de su territorio y la anarquía que prevalece fuera de sus límites.

Desde este punto de vista, la soberanía estatal puede entenderse como la *organización territorial absoluta de la autoridad política*. La mayoría de las posturas sobre soberanía aceptan su calidad de blanco o negro: un Estado es o no es soberano (Lake, 2003), y solamente difieren en cuanto a si consideran esto como un principio fundamental (originado en, por ejemplo, el siglo XVII con la Paz de Westfalia o antes) o como una práctica social emergente. También disienten en aceptar que hay actores en la política internacional (como los Estados más débiles en términos militares) que no son totalmente soberanos. Desde Hobbes (1651) y Locke (1690) hasta Schmitt (1985) y Agamben (1998), por nombrar solo algunos, sin embargo, los Estados modernos y la autoridad política se perciben como conectados. Incluso Foucault (1991, 93), un teórico con una visión del mundo estadocéntrica, parece concebir que la autoridad central del Estado llega al poder soberano en el mundo moderno con "un triángulo, soberanía-disciplina-gobierno, que tiene como objetivo principal la población y como mecanismo esencial, los aparatos de seguridad" como el centro político exclusivo. Por supuesto, Foucault (1980) es también el teórico que describió como elemento fundamental del discurso y la práctica social al conflicto entre el poder soberano de las normas respaldadas por sanciones y la experiencia cotidiana real del poder ejercido por numerosas fuentes no estatales como un elemento fundamental de la práctica social y discusiva. Desafortunadamente, esta visión dualista rara vez tuvo prevalencia en el análisis crítico de las prácticas de soberanía estatal. En todo caso, cuando los Estados evidencian de una creciente interdependencia económica y política se interpreta sea como una elección que han hecho en la búsqueda de intereses propios obvios en lugar de un desafío exógeno para ellos (Helleiner, 1994), o bien se ve la soberanía como totalmente bajo amenaza o "controlada" por las "nuevas tecnologías" de poder (Luke y O Tuathail, 1998). Pero, ¿y si la autoridad política absoluta e indivisible que subyace en esta historia sobre la soberanía estatal y su presunta base territorial es de por sí problemática?

La historia atribuye al Estado un carácter ontológico y moral equivalente al de la persona individual para el liberalismo clásico (N. Jacobson, 1998; Agnew, 1999; Skinner, 1999). Por lo tanto, se considera que el Estado es una "obviedad". Está arraigado en una gramática de límites fijos e identidades. Como un individuo abstracto naturalizado, el Estado ha adquirido una personalidad que luego suscribe su estatus especial como el locus de la soberanía. Esta descripción de Estado es muy convincente debido a que un reclamo moral que equipara la autonomía de una persona individual con la del Estado enmascara el reclamo natural que se hace a favor del Estado como individuo. De esta manera, cambia trascendentalmente la construcción histórica de Estado como un tipo particular de iniciativa política recibe un cambio de

imagen trascendental. Se exalta al Estado soberano como la única solución, tanto para el problema de la agresión humana, al desplazar esa agresión el territorio estatal hacia el ámbito de las relaciones interestatales; como para el problema de la organización de la vida económica, al utilizar sus singulares cualidades exclusivas para competir dentro de la división internacional del trabajo (Inayatullah y Rupert, 1994).

De hecho, las condiciones de Estado y de persona no son los fenómenos preestablecidos que esta historia sugiere. Por el contrario, son subjetividades formadas por la interacción social y el reconocimiento mutuo. Las personas y los Estados sólo pueden conformarse como tales a través de la interacción y el reconocimiento de hogares, tribus, dinastías, movimientos sociales y demás. De hecho, la condición de Estado surge de las luchas por el control; jamás es una base preexistente a esas luchas. En términos ontológicos, un Estado nunca es anterior a un conjunto de relaciones interestatales, sino que un Estado emerge y es reconocido como tal dentro de un conjunto de relaciones que definen las reglas de lo que es y lo que no es un "Estado". La estatidad deriva del reconocimiento mutuo entre Estados (Biersteker y Weber, 1996), no es el resultado de "estados aislados" que logren su estadidad por separado y luego se relacionen entre sí como individuos abstractos. La importancia de la Paz de Westfalia en 1648, por ejemplo, reside en el reconocimiento mutuo entre las elites de los nuevos estados territoriales europeos como un conjunto de centros neutrales de poder público frente a las devastadoras guerras religiosas. Sin embargo, la legitimación de la soberanía estatal también dependía del aumento de la lealtad y el apoyo de las poblaciones al relacionar el trazado de la nación con el Estado (Gottmann, 1973). En el imaginario nacionalista, el Estado se convierte en una especie de superpersona (Schmitt, 1985).

Haciendo una breve reseña de las líneas dominantes del pensamiento contemporáneo sobre la soberanía, hay tres aspectos que demandan especial atención. Los dos primeros han sido los más estudiados, pero el tercero ha sido ampliamente soslayado. El primero es suponer que la soberanía se adquiere de manera exógena, o en un "estado de naturaleza", en vez de adquirirse en un sistema de Estados ya existentes. Los llamados constructivistas se han preocupado especialmente por este aspecto del pensamiento contemporáneo (Wendt, 1999). La clave para su interpretación es la idea de que la soberanía, tanto interna como externa, se construye socialmente a medida que los Estados interactúan, imitan y entran en conflicto entre sí. El "orden interno" se basa en el desorden y el peligro "externos" (Campbell, 1992). Para ellos, la soberanía es un hecho social producido por prácticas estatales. Entonces, en lugar de emerger del "estado de naturaleza" –la guerra de todos contra todos– que Thomas Hobbes (1651[1968, 186]) utilizó como fundamento para postular los orígenes del Estado, la soberanía surge como resultado de la interacción

de los "propósitos" estatales, y puede implicar una amplia gama de prácticas y políticas reales que cambian con el tiempo. Esta concepción no es errónea, como lo he enfatizado anteriormente, pero no aborda los otros dos supuestos que critican los puntos de vista dominantes de la soberanía.

Uno de ellos es el de una igualdad esencial entre los Estados que reclaman soberanía, a pesar de la realidad obvia de la jerarquía en el poder entre los actores de la política mundial. El mundo moderno implica una de las principales desigualdades de poder entre Estados en las diferentes regiones del mundo (Slater, 1997). Gran parte de esta desigualdad es el resultado del imperialismo del pasado y la hegemonía ejercida por los Estados Unidos y sus aliados en el presente. Por lo tanto, asumir una soberanía igualitaria (tanto interna como jurídica) puede aplicarse, al menos en cierto grado, a los Estados europeos, sus descendientes colonizadores, Japón, China, y alguno que otro más; el resto de los Estados del mundo atraviesa un grave déficit de soberanía. Para éstos, la soberanía todavía "no está realizada" (Inayatullah y Blaney, 1995). Simplemente no cuentan con los recursos de poder para desafiar en serio las restricciones que les imponen los Estados más poderosos (y otros actores, como las instituciones internacionales, los bancos y las empresas multinacionales). Tampoco pueden esperar un reconocimiento inmediato de su autoridad política interna porque han heredado su derecho a gobernar de potencias coloniales, o su continuidad en el poder depende del apoyo externo (Keene, 2002). Por supuesto, en esto radica el peligro de ver la soberanía estatal como un fenómeno ampliamente realizado en Occidente y ausente en otros lugares cuando no considerado como "no realizado" en todas partes en la forma de jure, que es la que en teoría debería tener.

Pero el problema de la falta de cumplimiento de una soberanía absoluta es aún más generalizado simplemente porque el dominio jerárquico de la política mundial está aún más extendido en sus efectos que en la relación entre los poderes imperiales (o hegemónicos) y los subordinados (Krasner, 1999; Lake, 2003). De manera más general, las situaciones de "soberanía compartida" (como una China, dos sistemas en Hong Kong, el surgimiento de sistemas supranacionales como la UE y la cesión del poder económico a instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) en el caso de países subdesarrollados muy endeudados, y otras situaciones anómalas (como la de la Autoridad Nacional Palestina, el gobierno de Bosnia y la colaboración británico-irlandesa sobre Irlanda del Norte) dan una idea de cómo pueden generalizarse las excepciones a la regla de la soberanía absoluta e indivisible, ejercida equitativamente por todos los Estados. La soberanía es divisible y lo parece cada vez más en todo el mundo (Delbruck, 2003; Stacy, 2003). En este contexto, los abogados internacionales distinguen cada vez más entre una soberanía insular

histórica, que enfatiza el derecho a resistir, y una soberanía relacional emergente, que es la capacidad de comprometerse (Slaughter, 2004). Utilizan esta distinción para explicar la proliferación de redes de funcionarios gubernamentales que comparten información y coordinan sus actividades en todo el mundo. Esta "soberanía desagregada" apunta a la voluntad de los Estados de compartir la autoridad frente a problemas ambientales, económicos y sociales que van más allá de su capacidad individual de administrarse.

La última problemática, y la que menos atención ha recibido, es el supuesto de que la soberanía es invariablemente territorial o se ejerce sobre bloques del espacio terrestre. La teoría política moderna tiende a entender toda la geografía como territorial: el mundo se divide en unidades espaciales contiguas y el Estado territorial es el bloque de construcción básico a partir del cual otras unidades territoriales (alianzas, esferas de influencia, imperios, etc.) derivan o se desarrollan (Agnew, 1994)[1]. Esta es la razón por la cual gran parte de la especulación sobre "el declive del Estado" o la "soberanía controlada" se plantea como el "fin de la geografía". Sin embargo, el registro histórico sugiere que no es necesario que la política se organice territorialmente. Como afirma Spruyt:

> "Si la política tiene que ver con el gobierno, el Estado moderno es verdaderamente único, ya que reclama soberanía y territorialidad. Es soberano porque reclama la autoridad final y no reconoce una fuente superior de jurisdicción. Es territorial en el sentido de que la norma se define como autoridad exclusiva sobre un espacio territorial fijo. El criterio para determinar dónde comienza o termina el derecho de jurisdicción soberana es, por lo tanto, puramente geográfico. Las fronteras mutuamente reconocidas delimitan las esferas de jurisdicción" (1994, 34).

La territorialidad, el uso del territorio para fines políticos, sociales y económicos, es de hecho una estrategia que se ha desarrollado más en algunos contextos

[1] Esto es lo opuesto a la situación histórica en el campo de la geografía en su conjunto donde, como señaló Sack (1983, 56), "el análisis espacial convencional ha ignorado en gran medida la territorialidad". Algunas excepciones fugaces, si bien importantes, como la de Gottmann (1973) solo ayudan a comprobar la regla. Hace poco, sin embargo, y bajo la influencia de cierta lectura de Foucault y el extraño resurgimiento del interés por el filósofo nazi Schmitt, es como si no se pudiera pensar en el poder a no ser en términos de territorialidad (cfr., Hannah 2000 para un ejemplo de la primera y Barnett 2004 para una crítica de la segunda) Sien embargo, como demuestra persuasivamente Allen (2003), es Foucault quien puede proporcionar el mejor punto de partida para comprender de manera más rica las complejas espacialidades del poder y la autoridad.

históricos que en otros. Por lo tanto, el Estado territorial, tal como lo conoce la teoría política contemporánea, se desarrolló inicialmente en la Europa moderna temprana, con el retroceso de los sistemas de gobierno dinásticos no territoriales y la transferencia de soberanía del monarca como persona a poblaciones nacionales discretas (Neocleous, 2003). El Estado moderno, como se suele interpretar, no obtuvo su soberanía de la noche a la mañana después de la Paz de Westfalia en 1648 y ahora queda bien establecido (Osiander, 2001; Teschke, 2003). La territorialización de la autoridad política se vio reforzada por el desarrollo de las economías mercantilistas y, más tarde, por un capitalismo industrial que enfatizó la captura de poderosas externalidades positivas contiguas como resultado de los declives exponenciales de la *distance-decayen* los costos de transporte y del agrupamiento de economías externas (combinaciones de recursos, relaciones sociales. de producción, mano de obra, etc.) dentro de los límites nacionales-estatales (Kratochwil, 1986; Teschke, 2002).

A falta de tales condiciones, la soberanía –en el sentido de las prácticas socialmente construidas de la autoridad política– puede ejercerse de manera no territorial o en pequeños sectores dispersos conectados por corrientes que atraviesan las redes distribuidas por el espacio. Desde este punto de vista, la soberanía puede practicarse en redes a través del espacio con nodos distribuidos en lugares jerárquicamente dispuestos, o reticulares (sin un nodo central o de dirección). En el primer caso, la autoridad está centralizada, mientras que, en el segundo, se comparte necesariamente a través de la red. Todas las formas de política –desde tribus cazadoras-recolectoras, pasando por estructuras de parentesco nómades hasta las ciudades-Estado, Estados territoriales, esferas de influencia, alianzas, pactos comerciales, imperios marítimos–, todas, ocupan algún tipo de espacio (Agnew y Franklin, 1995; Smith, 2003). Sin embargo, lo que está claro, si no reconocido ampliamente en los debates contemporáneos sobre la soberanía estatal, es que la autoridad política no se basa y define necesariamente por límites territoriales estrictos y fijos.

Hay dos cuestiones cruciales aquí: que la autoridad política no está restringida a los Estados y que tal autoridad no es necesaria ni exclusivamente territorial. La autoridad es el ejercicio legítimo del poder. La fundación y la atribución de legitimidad a diferentes entidades cambiaron históricamente. A modo de ejemplo, la legitimidad de gobierno de los monarcas en el orden medieval europeo tenía un significado diferente a la de los gobernantes absolutistas posteriores y a la de aquella que operaba bajo justificaciones democráticas más recientes del poder del Estado (Bobbitt, 2002). Sin embargo, en ningún caso la autoridad del Estado ha sido completa. Siempre han habido fuentes de autoridad en competencia, desde la iglesia en el contexto medieval hasta las organizaciones internacionales, los movimientos sociales,

las empresas y las organizaciones no gubernamentales (ONG) de la actualidad. Más específicamente, la transparencia, la eficiencia, la experiencia, la responsabilidad y la popularidad son fundamentos de la legitimidad tanto como lo son la nacionalidad y el proceso democrático (Delbruck, 2003, 30-34; Hudson, 2001; Mulligan, 2004). Por lo tanto, incluso a las entidades aparentemente privadas y los gobiernos supranacionales se les suele conceder una autoridad mayor, incluso mayor que los Estados. Por ejemplo, en los EE. UU. se sospecha generalizadamente sobre la eficiencia y la responsabilidad del gobierno federal. Esto a menudo conduce a una fe tal vez excesiva en virtud de la privatización de lo que en otros lugares se consideran servicios "públicos". En Italia, gran parte del entusiasmo popular por la UE está motivado por la esperanza creciente de que Bruselas suplantará a Roma como la sede del poder más efectiva en relación con la vida cotidiana de las personas.

A menudo se utilizan frases como soberanía "divisible" y "graduada" para dar la sensación de una soberanía (autoridad política) cada vez más inestable que no se asocia inmediatamente con el poder estatal territorializado. Así, por ejemplo, Ong afirma:

> "La globalización ha inducido una situación de soberanía graduada, por lo que incluso mientras el Estado mantiene el control sobre su territorio, éste... permite a las entidades corporativas establecer los términos para constituir y regular algunos dominios... Los grupos más débiles y menos deseables están cediendo a la regulación de las entidades supranacionales" (1999, 217).

No es la existencia sino la naturaleza de la soberanía la que se transforma por el funcionamiento de la soberanía graduada. La autoridad se otorga tanto a los agentes que administran los flujos a través del espacio o a través de la acción a distancia como a los que administran territorios. La adyacencia y la división territorial del espacio como modalidades de poder enfrentan el desafío del poder coercitivo y la autoridad que emana de sitios dispersos. La espacialidad de la autoridad, por lo tanto, no puede reducirse por completo a la plantilla territorial de la soberanía del Estado. De hecho, con la globalización, el saldo transaccional se inclina cada vez más a favor de un sistema de redes de autoridad política que desafía la soberanía estatal territorializada como la única cara de la soberanía efectiva (Appadurai, 1996).

En este sentido, los términos "territorio" y "espacio" deben distinguirse muy cuidadosamente entre sí (Durand *et al.*, 1992; Lévy, 2001)[2]. Simplemente porque el

[2] Esta combinación no es inusual incluso en los argumentos teóricos más sofisticados. cf. Elden (2005).

primero podría ser reemplazado o complementado en la organización de la autoridad política no significa que esta última desaparezca. El territorio no es geografía *tout court*. De hecho, los "Estados" de un tipo u otro pueden continuar sirviendo como *loci* de autoridad política, incluso cuando su poder sea desplegado por flujos en red en lugar de por el control territorial que penetra en otros Estados nominalmente soberanos. Por ejemplo, los Estados relativamente poderosos de hoy pueden supervisar amenazas a la seguridad en lugares distantes y transacciones financieras en centros "offshore" (aun cuando tienen poco control regulatorio directo) al recompensar y/o castigar acciones que juzgan en relación con la eficacia espacial de su autoridad (Roberts, 1994; Hudson, 1998; Palen, 2002). Por supuesto, en tales situaciones, la soberanía no es absoluta. Pero, entonces, se hace cada vez más evidente, y como la crítica a los dos primeros supuestos sobre los puntos de vista convencionales de la soberanía estatal implica, ésta rara vez ha sido, o es, absoluta, incluso cuando parezca estar territorializada (Lind, 2004).

El principal problema es que la territorialidad es solo un tipo de espacialidad o forma en que el espacio se constituye socialmente y se moviliza políticamente (Durand *et al.*, 1992; Offner y Pumain, 1996; Agnew, 1999; Allen, 2003). La territorialidad siempre tiene dos características: bloques de espacio rígidamente delimitados y dominio o control como la modalidad de poder en la que se basa el límite (Gottmann, 1973; Sack, 1986). Tal poder bien puede ser legítimo, es decir, ejercido con autoridad (ya sea burocrática o carismática), pero en última instancia se basa en la demarcación a través de la dominación. Funciona a través de la división territorial del espacio, el control de límites y la distribución jerárquica de mandos autoritativos. Sin embargo, el espacio y el poder tienen otras modalidades posibles (Mann, 1993; Allen, 2003). *El poder centralizado*, que involucra el mando y la obediencia, puede operar entre puntos en largas distancias y en bloques territoriales, por ejemplo, mediante el despliegue de activos militares, pero esto puede tener menos posibilidades de impacto sostenido y legítimo en las personas con las que entra en contacto. De todas maneras, esto sigue siendo una forma de poder en red. Se basa en flujos a través de redes espaciotemporales, no al acceso privilegiado a territorios (bloques de espacio). Por el contrario, el poder difuso refiere al poder que no está centrado ni ejercido directamente, sino que resulta de patrones de asociación e interacción social a través de grupos y movimientos (como, por ejemplo, de ONG y movimientos sociales globales) o bien mediante mercado cambiario (por ejemplo, agencias de calificación crediticia, como Moody's (Sinclair, 2000). El poder difuso puede ser territorializado y autoritario, pero solo en la medida en que las redes que define están limitadas territorialmente por la autoridad central del Estado. De lo contrario, las redes están limitadas espacialmente

solo a los fines para los que fueron creadas. De esta manera, el poder se genera a través de la asociación social y de mercado, la afiliación y la difusión reticular en lugar de generarse a través de la dominación o mando o autoritarios. Este es un poder que surge a través de la asociación y el consentimiento como resultado de la agencia humana (Arendt, 1958). Sin embargo, si las redes de poder establecidas para tales fines no se sostienen a través de una acción colectiva legítima, podrían desintegrarse. Se puede decir que hoy tanto los poderes centralizados como los difusos están menos territorializados por las fronteras estatales que en cualquier otro momento desde el siglo XIX (Agnew y Corbridge, 1995; Paasi, 1999).

La soberanía como ejercicio *legítimo* del poder (como autoridad), por lo tanto, tiene que ver necesariamente con el poder difuso cedido, seducido y cooptado, así como con la coerción (y aceptación) del poder centralizado. La combinación precisa de mecanismos de poder (coerción, asentimiento, seducción, cooptación, etc.) que están implicados en el ejercicio de la autoridad por diferentes Estados puede ser la misma para todas las áreas (comercio, seguridad, divisa, etc.) o podría diferir entre estas y operar únicamente dentro del territorio de un Estado o bien operar de manera más amplia territorial o no territorialmente. Pero sin al menos un mínimo de colaboración activa por parte de actores colectivos en ambos lados de las fronteras, la soberanía estatal no se puede ni sostener ni socavar. En resumen, como señala John Allen (2003, 159), "la dominación no está en todas partes". De hecho, incluso la demarcación de fronteras, esencia de la territorialidad estatal, se basa de manera considerable en la medida en que las redes de asociación y afiliación acompañan los límites de la dominación. Incluso aquellos Estados que aparentan ser los más westfalianos, están plagados de redes de poder autoritario (basadas en el poder centralizado o difuso) cuya extensión más allá de los límites territoriales puede hacer que los reclamos de soberanía estatal absoluta sean discutibles, pero cuya presencia continua dentro de los límites es fundamental para su aparente credibilidad.

Soberanía efectiva y regímenes de soberanía

La autoridad política es la práctica legítima del poder. En otras palabras, son los innumerables efectos de una asimetría atribuida entre actores lo que permite a algunos actores no solo mandar, sino también inscribir a otros en sus deseos y actividades. "Atribuida" es el término clave. Como expresa Bruce Lincoln, "la persuasión y la coacción son igualmente constitutivas de la autoridad, pero una vez que se las actualiza y se las hace explícitas, señalan –de hecho son, al menos temporalmente– su negación" (Lincoln, 1994, 6). Para operar de manera efectiva, hoy se requieren recursos tanto comunicativos como infraestructurales, y un alto grado de aceptación

popular. Más específicamente, la autoridad política *qua* soberanía requiere: (1) un aparato gubernamental que sirva como asiento último de la autoridad y (2) una definición aceptada de alcance funcional y geográfico (territorial y no territorial) que, de ser ignorada, sus órdenes no se cumplan ni tengan validez y no se cumplan. Los esfuerzos para comprender el rango de prácticas asociadas con la soberanía no han contemplado, por un lado, cómo identificar los efectos de la co-variación en la efectividad de la autoridad estatal; y por el otro, su dependencia relativa en la territorialidad del Estado (Hurd, 1999).

Un enfoque útil para hacerlo proviene de la sociología histórica del poder. Específicamente, los términos poder *despótico* e *infraestructural* han sido utilizados por Mann (1984) para identificar las dos formas en que un aparato gubernamental adquiere y usa el poder centralizado. En otras palabras, estos términos identifican, respectivamente, las dos funciones que desempeñan los Estados y que sustentan sus reclamos de soberanía: la lucha por el poder entre las élites y los grupos de interés en un Estado en relación con las élites y los grupos de interés de otros lugares y la provisión de recursos públicos, bienes que, por lo general, el Estado generalmente suministra públicamente. En palabras de Mann:

> "Distingamos claramente estos dos tipos de poder estatal. El primer sentido [poder despótico] denota el poder de la élite estatal sobre la sociedad civil. El segundo [poder infraestructural] denota el poder que tiene el Estado para penetrar y coordinar centralmente las actividades de la sociedad civil a través de su propia infraestructura" (1984, 188).

Históricamente, la importancia del poder infraestructural ha ido en aumento desde el siglo XVIII, y esto se debe a que, debido a las batallas políticas, las elites se han visto forzadas a ser más receptivas con sus poblaciones y, como resultado, los grupos de presión en ascenso han exigido más bienes de infraestructura; y a su vez, la entrega de bienes públicos impulsó la territorialización de la soberanía. Hasta hace poco, las tecnologías para brindar bienes públicos tenían un sesgo territorial incorporado, en particular relacionado con la captura de externalidades positivas. Sin embargo, se hace cada vez más posible desplegar el poder de la infraestructura a través de redes que, aunque están ubicadas en lugares discretos, no son necesariamente territoriales en los campos de externalidad que producen. Por lo tanto, las divisas, los sistemas de medida, las redes comerciales, la oferta educativa y los servicios de bienestar no necesitan adherirse exclusivamente en un Estado-nación convencional. Los nuevos despliegues de poder infraestructural desterritorializan

los Estados existentes y reterritorializan la adhesión en y periferias, regiones y entidades políticas de nivel continental como la UE (Cox, 1998; Scott, 1998). Las organizaciones internacionales, tanto privadas como estatales, también han desarrollado la capacidad de proveer una amplia gama de bienes públicos asociados con el poder de infraestructura. Existe una ampliación y reducción simultáneas de los campos geográficos relevantes del poder de infraestructura en función de las economías políticas de escala de diferentes bienes públicos regulatorios, productivos y redistributivos (Brenner, 1998; Ilgen, 2003). En consecuencia:

> "las economías de escala de los bienes y activos dominantes divergen de la escala estructural del Estado nacional, y cuanto más se utilicen esas divergencias entre sí de formas complejas, entonces más se erosionará y socavará tanto interna como externamente autoridad, legitimidad, capacidad de formulación de políticas y efectividad en la implementación de políticas del Estado [territorial]" (Cerny, 1995, 621).

Al mismo tiempo, el poder despótico (en el sentido de Mann) ahora depende mucho más en establecer su legitimidad que antes. La coerción directa es simplemente menos efectiva como modo de gobierno en los Estados modernos. Si bien se puede usar contra las minorías recalcitrantes, los grandes segmentos de la población deben ser aplacados y complacidos en lugar de obligarlos. Los gobernantes deben establecer al menos un mínimo de autoridad popular para que puedan luego lograr sus objetivos, pero esta legitimidad es también frágil. No puede darse por sentada. Pero establecer una autoridad no siempre implica un enfoque singular en los territorios estatales fijos si las elites y los grupos de presión ajustan sus identidades e intereses a otros niveles territoriales (como ciudades-regiones, localidades e imperios) o cambian las lealtades a entidades no territoriales como organizaciones internacionales corporaciones, movimientos sociales o grupos religiosos (Gill, 1994; Kobrin, 1997; Cutler *et al.*, 1999). Este cambio podría implicar la mejora de la jerarquía territorial en busca de, por ejemplo, un imperio, o la atenuación de la soberanía territorial en la forma de difusión de la autoridad a través de una red financiera multinodal que involucre corporaciones transnacionales, bancos, otros Estados, agencias de calificación de deuda y ONG. No hay asociación necesaria, por lo tanto, entre el poder despótico y la autoridad central del Estado. Tanto el poder despótico-gubernamental como el poder social difuso pueden trabajar juntos para desafiar a la autoridad central del Estado. En consecuencia, podría aumentar o fragmentarse la soberanía mientras las elites y los grupos sociales persiguen sus objetivos de manera

que respectivamente se expandan en potencia territorialmente o no territorialmente socaven la autoridad del aparato del gobierno central.

A modo de ejemplo reciente, el uso de las fuerzas militares estadounidenses para invadir Irak en 2003 sin el beneficio de la sanción de las Naciones Unidas tuvo una serie de razones cambiantes: "armas de destrucción masiva" que amenazaban a los Estados Unidos, vínculos iraquíes con Al Qaeda, y así, aunque la mayoría de ellos resultaron estar basados en inteligencia pobre o falsa. Un resultado, sin embargo, ha sido el despliegue de poder despótico por parte de Estados Unidos para formar una especie de imperio mientras el gobierno estadounidense destruía la autoridad (o lo que quedaba de ella) del gobierno iraquí. Pero a su vez, esta destrucción, tuvo una serie de efectos secundarios devastadores, entre ellos una amarga guerra de resistencia dentro de Irak, la posibilidad de una desintegración interna a lo largo de líneas étnicas y religiosas, y una disminución general a nivel mundial de respeto al gobierno de los Estados Unidos. Esto se debe a que la invasión no solo ha carecido de legitimidad a los ojos de la mayoría de los iraquíes, sino también para la mayoría del resto del mundo y para grandes segmentos de la opinión pública estadounidense. El poder coercitivo como un elemento de soberanía efectiva, por lo tanto, tiene escasas posibilidad de éxito a largo plazo, a menos que pueda inscribirse y ganar el consentimiento de otros. De hecho, puede socavar la soberanía efectiva, como parece haber sucedido con Estados Unidos en Irak en términos más amplios. A través del estímulo para reclutar más miembros para las redes terroristas anti-estadounidenses, el territorio de los Estados Unidos parece de hecho haberse convertido en un objetivo aún mayor de lo que era antes de los eventos del 11 de septiembre de 2001 que iniciaron la carrera hacia la guerra.

Un segundo ejemplo indica un aspecto diferente del nexo soberanía-territorio. En Gran Bretaña, en la década de 1980, las élites financieras, haciendo uso de su ascendencia política de larga data dentro del Estado, presionaron al gobierno para que estableciera regulaciones que mejorarían el desempeño de Londres como centro bancario internacional (Ingham, 1994 sobre el prolongado conflicto de intereses de la ciudad de Londres contra Gran Bretaña). Aunque tales regulaciones (por ejemplo, la distensión de los controles de capital y la desregulación de los mercados de *commodities*) beneficiaron al sector financiero de Londres, en general tuvieron efectos macroeconómicos negativos en el territorio estatal en general. A largo plazo, también pueden haber tenido un efecto negativo no deseado en la capacidad del gobierno para moverse en direcciones contrarias porque generaron intereses poderosos cuyas lealtades ahora los vinculan con otros centros financieros y no con sus Estados de origen nominales. La ansiedad del gobierno británico por unirse al Sistema

Monetario Europeo se ha visto exacerbada por el poder despótico que el centro financiero de Londres ejerce ahora con mayor eficacia dentro de la política británica, a pesar de que esa movida podría ser útil para los intereses manufactureros y agrícolas en otras partes de Gran Bretaña. Este enigma está relacionado del "¿quiénes es 'nosotros'?", pregunta planteada a empresas de propiedad nominal estadounidense que a principios de la década de los 90 pagaban bajísimos o nulos impuestos bajos en Estados Unidos, invirtieron grandes sumas en empleos en otros países y aun así su producción dependía de la demanda final de los consumidores estadounidenses.

Pero reformular la base territorial a la soberanía y el desafío a la autoridad estatal central a través de la desterritorialización a nivel estatal y la reterritorialización a escalas locales y supranacionales del poder infraestructural y despótico son desiguales en todo el mundo (D. Jacobson, 2001; Newman, 2001). No hay una tendencia hacia lo que algunos han llamado la "migración de autoridad" (por ejemplo, Kahler y Lake, 2003). Y, como se señaló anteriormente, tales tendencias no siempre son equivalentes a la erosión de la soberanía territorial del Estado *tout court*. Lo que se necesita, por lo tanto, es una tipología de las principales formas en que se ejerce actualmente la soberanía para tener en cuenta: (1) su construcción social; (2) su asociación con la subordinación jerárquica; y (3) su despliegue en formas territoriales y no territoriales. Las dos dimensiones básicas de la tipología están definidas, en un eje, por la fuerza relativa de la autoridad central del Estado (su poder despótico) y en el otro, su consolidación relativa en la territorialidad del Estado (su poder infraestructural). El primero implica reflexionar sobre cómo un Estado ha adquirido y mantiene un aparato de gobierno efectivo y legítimo. El último se refiere al grado en que la provisión de bienes públicos y el funcionamiento de los mercados están fuertemente regulados por el Estado y limitados territorialmente. Consideradas construcciones sociales, estas dimensiones definen tanto el alcance de la autonomía estatal como el grado en que es territorial en la práctica. Al intersectar las continuas, en lugar de categorías discretas, las dos dimensiones definen cuatro casos extremos que pueden identificarse como tipos ideales para propósitos de discusión teórica y análisis empírico. Estos son de carácter relacional, y se refieren a cómo la soberanía se ejerce de manera efectiva en el tiempo y el espacio, en lugar de categorías territoriales discretas en las que los Estados existentes pueden encajonarse claramente. Me refiero a estos cuatro tipos ideales como regímenes de soberanía, sistemas de soberanía efectiva, y reconozco que cualquier caso real del mundo real no tiene por qué ajustarse exactamente a un régimen en particular (Tabla 1).

De los cuatro casos ejemplificatorios, el *clásico* es el más relacionado con la historia que frecuentemente se cuenta sobre soberanía estatal, aunque incluso aquí

puede haber complicaciones (por ejemplo, sobre Hong Kong y Taiwán para China). El sentido es uno de los dos poderes, despótico e infraestructural, que todavía se despliegan en gran medida dentro de un territorio estatal limitado(aunque sea cada vez más dependiente de la inversión extranjera directa y de los mercados de ultramar para sus exportaciones) y de un alto grado de autoridad política efectiva del Estado central.

	TERRITORIALIDAD ESTATAL	
	Consolidado	*Abierto*
Más poderoso	Clásico	Globalista
AUTORIDAD ESTATAL CENTRAL		
Más débil	Integrativo	imperialista

Cuadro 1. Regímenes de soberanía

La China contemporánea es un buen caso de prueba por cuánto tiempo la soberanía absoluta puede sobrevivir a las presiones de divisibilidad y la necesidad de establecer la legitimidad democrática del Estado cuando está cada vez más abierta al resto del mundo. El segundo caso se parece más a una historia que enfatiza la jerarquía en la política mundial, pero con un alcance en red a través del espacio, así como un control territorial directo. Este régimen *imperialista* es, en todo sentido, exactamente lo contrario del caso clásico. No solo se cuestiona seriamente la autoridad central del Estado debido a la dependencia y manipulación externas, así como a la corrupción y la mala gestión crónica; la territorialidad estatal también está sujeta a amenazas separatistas, insurgencias locales y a una pobre integración infraestructural. El poder de la infraestructura es débil o inexistente, y el poder despótico a menudo se encuentra efectivamente en manos externas (incluidas las instituciones internacionales como el Banco Mundial y Estados lejanos, pero más poderosos). Es imperialista, aunque también depende del consentimiento y la cooperación de las élites locales, porque la práctica de la soberanía está ineluctablemente vinculada al estatus político-económico dependiente que muchos Estados de regiones como Oriente Medio y el África subsahariana soportan, y en América Latina, donde prevalece[3].

Los otros dos casos son menos comunes en relación con las perspectivas convencional y crítica de la soberanía estatal. El tercer régimen es el *integrador*,

[3] Este "régimen de soberanía" se aborda en términos morales y no político-económicos en el ensayo de Grovogui (2002) sobre las relaciones de África con Europa.

representado aquí por la UE. En este caso, la soberanía tiene complejidades relacionadas con la coexistencia entre diferentes niveles o estamentos gubernamentales y las características áreas funcionales que están representadas de manera diferente según los niveles, desde la UE en general hasta el nacional-estatal y subnacional-regional. Pero el carácter territorial de parte de su poder infraestructural no se puede negar (por ejemplo, considere la Política Agrícola Común), incluso si la autoridad central del Estado para toda la UE y los Estados miembro sea más débil que cuando cada uno de estos Estados era una entidad independiente. Queda bastante claro que muchos de los Estados fundadores del sistema de Westfalia se han unido para crear una entidad más grande y, hasta el momento, políticamente no clasificable que desafía la soberanía estatal existente en formas funcionalmente complejas y muchas veces no territoriales.

Por último, el cuarto régimen es el *globalismo*. El mejor ejemplo actual es la soberanía efectiva ejercida por los EE. UU. Dentro y más allá de sus límites nacionales nominales y por medio de instituciones internacionales dentro de las cuales es particularmente influyente (como el FMI). Sin dudas, Gran Bretaña en el siglo XIX también siguió una versión de este régimen. Pero, en ambos casos, se han hecho intentos de reclutar a otros Estados, por cooptación y consentimiento tanto como por coerción, en el régimen. De hecho, la globalización puede verse como el proceso (junto con los cambios tecnológicos y económicos necesarios) de los estados enrolados en el régimen de soberanía global. Desde este punto de vista, el Estado global se basa en la hegemonía, en el sentido de una mezcla de coerción y consentimiento activo, para alinear a otros con sus objetivos. La revolución en las tecnologías de la información y las telecomunicaciones se alió con el fin del sistema monetario de Bretton Woods a principios de la década de 1970 para reducir los costos de transacción en los centros financieros y estimular la desregulación de los mercados financieros al punto en que varios centros financieros mundiales (en Nueva York, Londres, y Tokio, en particular) se convierten en el centro colectivo del régimen global (Martin, 1994). Aunque la autoridad estadocéntrica estadounidense sigue siendo relativamente fuerte (a pesar de los problemas de su constitucionalismo republicano para hacer frente a su papel global), su centralidad en la política mundial lo pone entre dos impulsos políticos en conflicto: uno que presiona hacia un imperio disperso (como en Irak) y uno que empuja a mantener a los Estados Unidos como una economía abierta. La base de su hegemonía es acoger a los inmigrantes y la inversión y los bienes extranjeros, y alentar estas tendencias en otros lugares, pero al mismo tiempo está cada vez más sujeto a una sobre extensión fiscal, ya que trata de intervenir a nivel mundial y al mismo tiempo responde a las demandas de su población en materia de pensiones y beneficios

de asistencia médica. Los Estados que no son hegemónicos y que ingresan al régimen global probablemente no experimenten la tensión porque pueden restringir sus gastos militares y, por lo tanto, beneficiarse del régimen globalizador siempre que retengan un grado relativamente alto de autoridad estatal central. En otras palabras, las fronteras abiertas pueden ser beneficiosas siempre que los Estados conserven la capacidad de cerrarlas. De lo contrario, siempre existe el peligro de que el régimen globalizador se vuelva imperialista para los Estados no dominantes.

Geografía histórica de los regímenes de soberanía

Ninguno de los regímenes de soberanía es totalmente nuevo, aunque la forma precisa que cada uno toma varía con el tiempo y de un lugar a otro. Son tipos o modelos ideales que no pueden esquematizarse exactamente en casos reales. Hecha esta advertencia, se puede, no obstante, presentar un argumento concreto sobre el patrón histórico de su traslape (Agnew y Corbridge, 1995). El propósito de esta sección es brindar una idea de la geografía histórica sobre la soberanía efectiva desde el presunto surgimiento del sistema estatal moderno a principios del siglo XIX. Quizás se puedan identificar cuatro períodos desde principios del siglo XIX hasta el presente, en los cuales las diferentes combinaciones de regímenes de soberanía han prevalecido con geografías características para ellos. No es sorpresa que estos períodos coincidan con las tendencias generales en la historia mundial que resultan de una compleja combinación de cambios económicos, geopolíticos y tecnológicos. No hace falta decir que los períodos son heurísticos y no definitivos con el propósito de explorar la incidencia relativa de los regímenes de soberanía. Cualquier periodización es inherentemente discutible. El propósito actual es simplemente historizar y contextualizar la apariencia relativa de los regímenes de soberanía a lo largo del tiempo y en el espacio, no proporcionar un recuento total de la historia mundial en los últimos doscientos años[4].

El régimen clásico está, por supuesto, estrechamente asociado con la llamada versión de Westfalia de la soberanía estatal, aunque en realidad solo surgió como una forma potencialmente viable en el siglo XIX (Croxton, 1999; Murphy, 1996). Si el Concierto de Europa es su principal legado histórico ya que los nuevos Estados formaron un "equilibrio de poder" en Europa en los años posteriores a la derrota de Napoleón, desde el principio coexistieron fuera de Europa con los regímenes imperialistas (como el Británico en la India, el francés en África y el holandés en las

[4] Bobbitt (2002), por ejemplo, proporciona una periodización diferente basada en los resultados de las guerras en lugar de cualquier otro criterio como las recesiones económicas o el complejo de factores político-económicos y discursivos que sustentan el de Agnew y Corbridge (1995).

Indias Orientales) y con un régimen británico globalizador relativamente débil que, a través de un compromiso con el libre comercio y un estándar de oro, desplegó algunos tipos de poder infraestructural más allá de las fronteras de Gran Bretaña. Este orden geopolítico fue socavado a fines del siglo XIX por el surgimiento de un conjunto de proyectos imperialistas rivales como Alemania, Estados Unidos y Japón, que desafiaron de diferentes maneras al régimen globalizador de Gran Bretaña.

El efecto real durante 1875-1945 fue alentar la consolidación de los regímenes clásico e imperialista a expensas del globalizador. Las fronteras se endurecieron incluso cuando estaban amenazadas por el expansionismo de Estados poderosos, como Alemania y Japón, que se vieron excluidos o desfavorecidos por los regímenes imperialistas y globalizadores anteriores. La Gran Depresión de la década de 1930 reforzó las presiones proteccionistas para aislar las economías territoriales de los competidores económicos extranjeros. De manera plausible, esto simplemente profundizó la miseria económica pero también alentó sentimientos nacionalistas. Este período alcanzó el clímax con la Segunda Guerra Mundial.

El resultado de esa guerra marcó el comienzo de un período en el que una Guerra Fría general llevó a dos regímenes imperialistas en competencia, de los cuales uno (los EE.UU.) presentaba elementos globalizadores incipientes. Sin embargo, los países de Europa occidental y Japón mantuvieron un grado relativamente alto de autoridad estatal central, y la rápida expansión de los Estados benefactores de estas regiones creó algo similar al régimen clásico. El sistema monetario de Bretton Woods, basado en un tipo de cambio fijo entre el US$ (respaldado por oro) y las principales monedas de Europa Occidental y Japón, tendió –hasta su desintegración a fines de los años sesenta y principios de los setenta– a reforzar la base territorial a la soberanía en aquellos Estados cuyas monedas fueran convertibles dentro de ella. A medida que los antiguos países coloniales lograron la independencia desde finales de la década de 1940 hasta la década de 1970, aspiraron a la soberanía clásica. Desafortunadamente, los términos de intercambio de sus principales productos y la debilidad de su autoridad central del estado actuaron en contra de esto, reproduciendo en muchos casos el régimen imperialista. Este devenir pudo evitarse solamente en Estados que podían seguir un camino entre su dependencia pasada y el régimen globalizador incipiente en la soberanía estadounidense, como en el este de Asia.

Cuando el gobierno de los EE. UU. actuó a principios de la década de 1970 para proteger su economía local de una serie de choques externos iniciados en la década de los sesenta (al derogar el Acuerdo de Bretton Woods de un estándar dólar-oro), promovió inadvertidamente la apertura de los EE. UU. y otras economías a flujos de capital, bienes y servicios relativamente no regulados. Junto con las acciones

de una serie de nuevas políticas de las instituciones internacionales dominadas por los EE. UU., como el FMI y el GATT (después de 1994, la OMC), se estimuló la difusión mundial de un nuevo modelo de "acceso al mercado" de comercio e inversión global. Junto con el fin de la Guerra Fría, mientras que la Unión Soviética y sus aliados esencialmente abandonaron su régimen imperialista debido a su incapacidad para generar el crecimiento económico y la participación política Estados Unidos se liberaba para la búsqueda irrestricta de un régimen de soberanía globalizador. Sin embargo, en muchas partes del mundo, esto se percibe simplemente como una nueva versión del régimen imperialista. En Europa, la profundización de la UE desde finales de los años ochenta representa el ejemplo más importante de la construcción de un régimen integrador. Sin embargo, existen varios posibles candidatos para un régimen de soberanía de este tipo en caso de que el régimen globalizador patrocinado por los Estados Unidos fallara (por ejemplo, el Área de Libre Comercio de las Américas, la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental [ASEAN], etc.). Estados como China, India y posiblemente Rusia, todos países extensos, siguen siendo los mejores ejemplos de supervivencia del funcionamiento del régimen de soberanía "clásico".

Los períodos anteriores se desvanecieron. No parece haber una buena razón para pensar que el presente tiene un poder de permanencia ilimitado. Entonces, ¿qué podría llevarlo a su fin? El mayor potencial de conflicto actual se encuentra entre el régimen globalizador, por un lado, y los que quedaron atrapados en el régimen imperialista, por el otro. Aunque asimétrico en términos de seguridad ortodoxos, esta tensión se encuentra en el corazón de gran parte del conflicto global contemporáneo, por ejemplo, en el Medio Oriente y América Latina. Los regímenes clásico y globalizador también son básicamente antitéticos. El conflicto actual entre EE.UU. y China sobre el comercio y la valoración del tipo de cambio es un ejemplo de esta tensión. Si el régimen integrador en Europa da lugar a un régimen globalizador incompatible con el actual, también podría generarse un conflicto de intereses importante, ya que los regímenes globalizadores compiten por el alcance global.

Monedas Divisas y regímenes de soberanía

Este argumento en gran parte abstracto necesita demostración empírica. En el contexto de la soberanía estatal, las monedas son interesantes por tres razones. En primer lugar, son un material clave y una característica simbólica de la autoridad central del Estado (Cohen, 1998; Simmons, 2000). Las monedas nacionales sólo llegaron a la prominencia a mediados del siglo XIX cuando la autoridad estatal en Europa occidental y América del Norte se estableció firmemente. Contribuyeron a reforzar las identidades

nacionales, redujeron los costos de transacción dentro de las economías nacionales, aumentaron los ingresos a través de la acuñación de moneda (señoreaje) y proporcionaron un medio para que los Estados pagaran sus compras a través de impuestos sobre los ingresos crecientes provenientes del capitalismo industrial (Helleiner, 2003). Como resultado, las monedas también son, entonces, uno de los principales ejemplos de poder infraestructural. Pero muchas monedas también parecen estar perdiendo su carácter nacional, ya que tienen un alcance geográfico muy ampliado (debido a la banca electrónica y la facilidad de cambio monetario entre fronteras) o bien han sido reemplazadas por monedas extranjeras para una amplia gama de transacciones (no menos importante el almacenamiento de riqueza).

En segundo lugar, "es en el ámbito monetario", según Helleiner (1999, 309), "donde los desafíos a la práctica de la territorialidad [del Estado soberano] son particularmente evidentes en la era actual". Por lo tanto, los diversos impactos de globalización en la territorialidad de la soberanía estatal deberías ser obvios de manera más inmediata en relación con la dinámica geográfica de las monedas del Estado-nación. Debido a que es principalmente un medio de intercambio, "el dinero es una creencia que debe compartirse con otras personas" (Goodwin 2003, 4). Esto lo convierte en un medio relativamente fluido en el que la autoridad sobre su emisión y gestión siempre es vulnerable al desafío de una variedad de actores (bancos centrales, bancos de inversión, corporaciones transnacionales, especuladores, etc.) y, sin embargo, debido a su simbolismo (también importante y que se muestra en monedas y billetes), es, por lo general, uno de los ejemplos más visibles de la soberanía estatal.

Finalmente, las decisiones de los gobiernos y otros actores sobre mantener o no una moneda nacional, compartir una nueva, sustituir una nacional por una global y cómo administrar una global proporcionan una métrica común para examinar los méritos descriptivos de la tipología de los regímenes de soberanía. En otras palabras, la geografía contemporánea del dinero proporciona una manera de ilustrar la tipología de los regímenes de soberanía y de mostrar las formas territoriales y no territoriales en las que funcionan estos regímenes.

Para ser más específico acerca de las conexiones entre globalización y soberanía monetaria, primero se deben identificar los procesos mediante los cuales las monedas adquieren relaciones propias con Estados particulares y cartografiarlos con los regímenes de soberanía identificados previamente. Desde el colapso del Acuerdo de Bretton Woods a principios de la década de 1970, no ha prevalecido ningún acuerdo de tasa de cambio a nivel mundial[5]. Esto sugiere que la globalización mo-

[5] Sachs y Larrain (1993) proporcionan un buen libro con encuestas sobre monedas y regímenes cambiarios.

netaria implica una variedad de procesos político-económicos, no solo un imperialismo único o un capitalismo de mercado de libre flotación (Bernhard y Le- Blang, 1999). Hay cuatro formas en que las monedas tienden a funcionar con respecto a cualquier territorio nacional dado, en paralelo con los cuatro regímenes de soberanía. Este hecho sugiere *per se* que, al menos para la geografía del dinero, hay algo útil en términos teóricos sobre el esquema cuádruple de los regímenes de soberanía. Los cuatro procesos de moneda son los siguientes:

1. Territorial. En éste, una moneda nacional-estatal domina un territorio estatal y la población tiene acceso restringido a monedas de circulación más amplia, excepto a través de un tipo de cambio fijo, una flotación sucia u otro mecanismo controlado por la autoridad central del estado;
2. Transnacional. La moneda emitida por un Estado (invariablemente uno poderoso) circula ampliamente entre los centros financieros mundiales, flota libremente, es una moneda estándar (o de reserva) en relación con la cual se denominan otras monedas, y es la moneda preferida para transacciones comerciales globales;
3. Compartido. Ocurre cuando una alianza monetaria formal opera ya sea a través de una unión monetaria plena (como con el euro y la UE) o mediante una unión de tipo de cambio entre iguales económicos con una flotación interna gestionada y, en ambos casos, un tipo de cambio flotante;
4. Sustituto. Una moneda transnacional sustituye de manera oficial o no oficial en todas o muchas transacciones a la moneda territorial nominal de un Estado determinado. La moneda sustituta es particularmente importante como depósito de riqueza en los bancos locales, funciona como respaldo contra la inflación en la moneda nacional y como medio de fuga de capitales a los centros financieros extranjeros para las élites locales. Dado el papel económico dominante de los EE. UU. en algunas regiones del mundo, este suele ser un proceso de dolarización.

Estos procesos esquematizan los cuatro regímenes de soberanía con los cuatro casos tomados del cuadro 1 (ver cuadro 2). Reflejan decisiones por parte del Estado y otros actores influyentes basados en perspectivas socializadas de sus "intereses monetarios" (Widmaier, 2004, 437). Estos entendimientos reflejan, en un grado u otro, los puntos de vista del desempeño del Estado y del mercado en relación con las diferentes posiciones estructurales *vis-á-vis* la economía mundial en que se encuentran los Estados y los actores locales. Por lo tanto, el caso clásico puede interpretarse como basado en la lógica keynesiana, en la que los Estados pueden mitigar

las fallas del mercado, el globalizador representa un enfoque neoclásico que los Estados deberían retirarse y dejar que los mercados hagan su magia; el imperialista subraya la teoría monetaria clásica de que el fracaso, el Estado necesita un desacoplamiento radical de las políticas internas y monetarias; y el integrativo es una mezcla de keynesiano / interno y neoclásico / externo a la agrupación de Estados en cuestión. Los procesos monetarios, por lo tanto, no son el resultado directo de las presiones materialistas, sino que están mediados por las perspectivas que los gobiernos y otros actores tienen de sus situaciones materiales.

En el mundo contemporáneo, todavía hay ejemplos de monedas territoriales que reflejan la soberanía estatal "clásica"[6]. Pero la tendencia real en los últimos años es alejarse de este régimen hacia los otros. Uno de los mejores ejemplos de un régimen de soberanía clásico es China, cuya moneda, el renminbi, o yuan, está vinculada a los US$ en una flotación sucia y, por lo tanto, su economía está aislada en cierta medida de los shocks monetarios que emanan economía mundial. El único ejemplo contemporáneo de una intersección entre un proceso monetario transnacional y un régimen de soberanía "globalizador" es el de los EE.UU. El dólar estadouniden-

[6] Hasta 2001, eran treinta y nueve los países que no contaban con una moneda independiente (es decir, dependían totalmente de una moneda extranjera como el dólar estadounidense); cincuenta y uno tenían juntan monetarias o tipos de cambio fijo; diecisiete tenían tipos de cambio ajustados por indicadores (inflación u objetivos de tipo de cambio); treinta y uno habían logrado flotar y cuarenta y siete flotaban libremente (Hochreiter *et al*., 2002, 29). Las monedas que flotan libremente son las más integradas en la economía global, y cuentan con los centros financieros más poderosos e independientes, donde el US $ sirve como la medida común de las transacciones. Los países sin moneda independiente obviamente usan monedas sustitutas. Las monedas que flotan bajo gestión son la de aquellos Estados en los cuales la autoridad monetaria del Estado (y otros elementos de la autoridad) es relativamente territorial. Los países que tienen juntas monetarias y tasas fijas por lo general atraviesan en crisis macroeconómicas o están en transición hacia algún otro régimen cambiario. Las "externalidades de la red", el efecto avalancha de los países vecinos que operan con otros sistemas, hacen que estos regímenes de tipo de cambio "intermedios" sean intrínsecamente inestables a la globalización financiera y los impulsarán hacia monedas compartidas (como ocurre con los países de Europa central que esperan ser admitidos al euro después de unirse a la UE en 2004), o a monedas sustitutas (sin moneda independiente) o bien, lo más probable, en la mayoría de los casos en las condiciones actuales, hacia la libre flotación (Bubula y Otker-Robe, 2002; Joshi, 2003). En otras palabras, solo treinta y un países (más los EE. UU.) podrían afirmar que tienen las características principales de la soberanía monetaria "clásica". Como muestro más adelante, el caso de los Estados Unidos es bastante más complejo que esto. En la mayoría de los casos, el retroceso de la autoridad central del Estado es paralelo a una espacialidad cada vez más compleja de los flujos de moneda y la regulación. Varios estudios recientes muestran que una amplia gama de decisiones de política económica estatal se ven fundamentalmente limitados por el tipo de mecanismo de tasa de cambio y los objetivos monetarios que adoptan los Estados (FMI, 2000; Dabrowski, 2002; Hochreiter *et al*., 2002; Joshi, 2003).

se es la métrica principal del comercio y el comercio transnacionales y la moneda principal que otros.

		REGIMEN DE SOBERANÍA			
		Clásico	Globalizador	Integrador	Imperialista
PROCESO CAMBIARIO DOMINANTE	*Territorial*	China			
	Transnacional		EEUU		
	Compartido			UE	
	Sustituto				América Latina

Cuadro 2. Procesos cambiarios y regímenes de soberanía

Estados (China incluida) mantienen como reserva. Como resultado, el US$ también es la moneda que funciona como el principal instrumento de globalización. El mecanismo de tipo cambiario asociado con el régimen globalizador es el de libre flotación[7]. El único ejemplo actual de una moneda compartida es el euro, asociado al proyecto de unificación paneuropea. Históricamente, muchas monedas nacionales como el US$ surgieron de la unificación de sistemas monetarios más variados geográficamente (Helleiner, 1999; Broz, 1999; Goodwin, 2003). Por último, en la medida en que ciertas monedas territoriales reflejan la debilidad de sus economías nacionales son sustituidas por el uso de monedas transnacionales. Actualmente, el dólar estadounidense es la más importante de las monedas transnacionales, ya sea a través de la dolarización informal o formal, y, con menor frecuencia, a través de las denominadas juntas monetarias o alguna variante de estas, que aíslan las decisiones monetarias de las presiones políticas internas. En ambos casos, cualquier pretensión de soberanía monetaria territorial se sacrifica esencialmente para amortiguar la inflación, aumentar la inversión extranjera y reducir la tendencia al crecimiento del gasto público. Muchos países latinoamericanos han experimentado durante los últimos años esta intersección entre la sustitución de moneda y lo que yo llamo el régimen

[7] Extrañamente, en algunas publicaciones de macroeconomía, la soberanía monetaria se asocia con una moneda flotante libre (Dabrowski, 2002). Por qué ceder el control de una moneda a los mercados debe verse de esta manera refleja tal vez la sensibilidad clásica y neoclásica de que una moneda debe "ponerse de pie y lanzarse" o quedar de lado. Sin dudas, parece tener poco o nada que ver con la realidad de la autoridad central del Estado, tal como lo indican los diferentes mecanismos de tipo de cambio. En el mundo contemporáneo, las monedas que flotan bajo gestión, como el mecanismo más cercano a las tasas fijas, son las que tienen un alto grado de autoridad estatal central en el ámbito monetario.

de soberanía imperialista, a pesar de que casi pocos países se han comprometido en la dolarización completa u oficial[8]. Cada uno de los cuatro procesos monetarios se presenta con ejemplo específico.

Pero una segunda cuestión se refiere a cómo los procesos monetarios operan geográficamente bajo un régimen de soberanía dado. Los procesos territoriales y de moneda compartida son los más evidentes en cuanto a territorialización. Pero ni siquiera son espacios monetarios totalmente cerrados. Deben coexistir con una moneda transnacional que rompe las fronteras y desafía la retención de las monedas nacionales en un rango de transacciones, alentando asimismo el desarrollo de los mercados de divisas en los centros financieros dentro de sus territorios. Esto implica una apertura de posibilidades para la redistribución de la autoridad política más allá de las ciudades capitales, cuyos bancos centrales y ministerios de finanzas ahora deben trabajar para compartir el poder con otros actores en el ámbito monetario. Por supuesto que la gran parte del flujo monetario entre fronteras territoriales hoy en día tiende a estar entre los centros financieros de los países más ricos. Wall Street, Nueva York y la City, Londres, son los lugares clave de autoridad cuyos afiliados y colaboradores están dispersos en toda la economía mundial, pero se concentran en ciudades de América del Norte, Europa y Asia Oriental (Martin, 1994; Thrift, 1994). Esto se debe a que la mayoría de los flujos globales están involucrados en la "financiación de diversificación", "destinada a reducir el riesgo mediante el ajuste de las carteras" (Taylor, 2004, 31). Hace unos cien años, una proporción significativa de los flujos de capital mundial pasaron de los países ricos a los pobres. Por supuesto, gran parte de esto estaba dentro de los bloques de divisas coloniales que usaban las mismas monedas o estaban muy vinculadas (Helleiner, 2002). Que esto ya no sea el caso sugiere que el uso de monedas sustitutivas en la actualidad es más una cuestión de las élites estatales subordinadas que prefieren buscan un buen puerto monetario en una tormenta económica a que un Estado hegemónico que busca activamente utilizar la moneda como un mecanismo de subordinación. Sin embargo, la susceptibilidad a las demandas de capital extranjero proporciona un incentivo importante para que algunos Estados y actores locales encuentren refugio, aunque sea problemático, en una moneda transnacional menos volátil, como el US $. Así queda demostrado con los gobiernos de varios países que cuentan con fondos nacionales y extranjeros en esas monedas, en centros offshore y otros "centros de" quita de dólares.

[8] Hace poco, en Canadá, surgió una discusión pública sobre los méritos de la dolarización como una forma de responder a la imposición de controles fronterizos más estrictos entre Estados Unidos y Canadá después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Emily Gilbert (2005) ha explorado con detalle la discusión en uno de los últimos números de esta revista.

China

Si la industrialización de Asia fue el "suceso económico más espectacular de la segunda mitad del siglo XX" (Daly, 1994, 165), entonces la característica más importante es que China haya surgido rápidamente desde 1978 como un actor económico global importante. Su economía, cerrada a la economía mundial capitalista desde 1949 hasta finales de la década de 1970, se convirtió rápidamente en una presencia importante dentro de las economías comerciales y financieras del mundo. En particular, China se ha convertido en una increíble máquina de exportación basada en inversiones masivas tanto extranjeras como nacionales. Las exportaciones de China se multiplicaron por ocho (más de $380 mil millones) entre 1990 y 2003. Entre 2000 y 2003, esto representó un aumento de 3,9 a 6 por ciento del total mundial. Aliada a la inversión nacional, esta explosión en las exportaciones ha generado una gran demanda de materias primas, ya que las empresas locales y los inversores extranjeros han aumentado enormemente la capacidad de producción en sectores como el acero y el cemento. A partir de 2002, China consumió más acero (25,8 por ciento del total mundial) que la UE (16,8 por ciento), o el NAFTA (16,0 por ciento). En 2002, China representó el 16 por ciento del crecimiento en la economía mundial, superada solo por los EE. UU. (McGregor, 2003; Hale y Hale, 2003, 37-38).

Desde 1978, pero especialmente desde 1987, la economía china ha pasado de ser un modelo de comando y control a uno administrado por el Estado, pero impulsado por el mercado. Sin duda, China ha entrado en la economía mundial en gran medida en sus propios términos. Gran parte de su crecimiento ha sido impulsado por la inversión extranjera directa (IED), que representa más del 40 por ciento del PIB (en comparación con una minúscula del 1,1 por ciento en Japón). Pero el gobierno central ha mantenido mucho más control sobre su economía nacional en comparación con la mayoría de los Estados contemporáneos. Uno de los principales mecanismos para continuar con el control central ha sido la flotación sucia del renminbi chino (el yuan) frente al dólar estadounidense. Este control ha servido tanto para mantener la competitividad de los productos chinos en el mercado estadounidense mientras que los de otros países no pudieron competir debido a la apreciación de sus monedas frente al US$ desde 2001, y para acumular reservas masivas de US$ que el gobierno chino ha estado invirtiendo, *inter alia*, en bonos del Tesoro estadounidense, ayudando así a financiar tanto el presupuesto federal como los déficits en cuenta corriente de este país. De hecho, a medida que el déficit comercial estadounidense con China se expandió monótonamente entre 1996 y 2003, la compra china de valores del Tesoro de los Estados Unidos aumentó a un ritmo mucho más rápido, especialmente después del 2000 (*Economist*, 2003). China, entonces, utiliza

el monopolio del renminbi dentro del país para evitar shocks de moneda externa y para cultivarse como un destino para la inversión masiva extranjera directa basada en bajos costos laborales y un tipo de cambio estable frente al US$. Surgen dos preguntas importantes: ¿cómo funciona esto y es sostenible en un mundo donde la soberanía monetaria convencional del Estado parece estar bajo una presión considerable?

El sistema chino de flotación administrada comenzó en 1994. Antes de esa fecha, el renminbi estaba gravemente sobrevaluado en alrededor de 1,7 a los US$ para apartar la economía china planeada del resto del mundo. El tipo de cambio oficial se fijó en 1994 en 8,4 dólares estadounidenses, pero solo en diciembre de 1996 el gobierno chino aceptó el artículo 8 del FMI y se dispuso a aceptar que el renminbi sea convertible para transacciones en cuenta corriente[9]. Desde 1996, la tasa contra el dólar estadounidense se fija virtualmente en Rmb 8,28. El tipo de cambio relativamente fijo fomenta las exportaciones a los flujos de entrada de Estados Unidos y de las IED denominados en dólares estadounidenses. Gran parte del crecimiento de China desde mediados de 1990 se debe a este sistema de tipo de cambio. Permite a China obtener ganancias externas al tiempo que mantiene la homogeneidad y estabilidad de la moneda interna. El renminbi es una moneda territorial cuyo valor es más o menos fijo frente a la moneda de su principal mercado de exportación y la principal moneda del comercio mundial.

A modo de ejemplo, para este aislamiento monetario crítico, durante la crisis financiera asiática de 1997-1998, la economía china no se vio afectada en gran parte porque el renminbi no es convertible en cuentas de capital, por lo que los inversores no pudieron retirar sus fondos repentinamente para colocarlos en otros lugares. Aunque hubo cierta presión por parte de negocios internacionales para devaluar al renminbi, en especial por parte de las redes de negocios étnicos chinos que proporcionan capital extranjero para el desarrollo chino desde San Francisco y Vancouver, Canadá, así como desde Taiwán, Hong Kong y el sudeste de Asia, el gobierno chino se resistió a esto. Wang (2003) afirma que se debió principalmente a mantener la autoimagen de control y autonomía del gobierno. Pero también señala el papel del compromiso con la baja inflación y la falta de influencia en la política gubernamental

[9] Una moneda totalmente convertible es convertible por cualquier titular para cualquier propósito. En virtud de la convertibilidad de la cuenta corriente, como operativa actualmente en China, los titulares del renminbi tienen el derecho a convertir su moneda con fines comerciales o para viajar, pero no en relación a cuentas de capital, como por ejemplo para hacer préstamos o comprar activos en el extranjero. La ausencia de convertibilidad de la cuenta de capital requiere que las autoridades monetarias nacionales supervisen el uso de todos los fondos; en una convertibilidad total, como prevalece con tipos de cambio completamente flotantes y con algunos tipos de cambio administrados, esto no es necesario.

de las empresas locales y extranjeras en China que presionaron sin éxito por una devaluación. Entonces, incluso frente a una mayor dependencia de las IED, el gobierno chino estaba más preocupado por otros objetivos, en su mayoría políticos, que por complacer a sus inversores extranjeros.

Continúa siendo una pregunta abierta si este sistema de divisas es sostenible. Un peligro proviene del sobrecalentamiento del sector manufacturero. A medida que la inversión en activos fijos creció un 31,1 por ciento en China para todos los sectores en el primer semestre de 2003, tres veces la tasa de todo el 2000, el consumo creció solo en un 8,8 por ciento (Hale y Hale, 2003, 39). Esta disparidad indica un alto grado de exceso de capacidad. El tipo de cambio fijo fomenta el crecimiento de las reservas de divisas, que luego aumentan la oferta monetaria (de 12 por ciento en 2001 a 20 por ciento en 2003). A su vez, esto fomenta una mayor inversión en activos fijos por parte del capital especulativo, lo que exacerba el problema de la reducción de los márgenes de ganancia a medida que más inversiones persiguen una demanda estancada o decreciente. En este punto, las autoridades monetarias chinas tendrían que fortalecer los controles de capital e intervenir en los mercados de divisas para reprimir la apreciación del renminbi (Kuroda, 2003). Para noviembre de 2004, sin embargo, no hubo señales de ninguno de los dos. De hecho, los funcionarios chinos hablaron abiertamente de flexibilización, no de fortalecimiento, de los controles de capital (Kynge, 2004).

Una segunda amenaza proviene de los esfuerzos de los líderes políticos extranjeros, como el Secretario de Hacienda de los Estados Unidos, que intenta persuadir al gobierno chino para que traslade a un renminbi a la flotación libre y así evitar la imposición de sanciones comerciales y financieras. Sin embargo, aquellos que cambiarían el sistema monetario chino, perturbados por la capacidad China de explotación de US$ al "esconderse" detrás de una flotación gestionada, deberían tener en cuenta que las empresas estadounidenses que invierten en China reducen los costos laborales y obtienen mayores ganancias, y los/ trabajadores estadounidenses reciben del sistema actual precios más bajos y empleos de menor remuneración, los dos en el mismo edificio en Wal-Mart. China también aumentó sus importaciones (en gran parte materias primas) a un ritmo mayor que sus exportaciones durante el período 1998-2003. Pero es probable que la presión continúe. Una moneda territorial y una economía mundial globalizada no se armonizan fácilmente, una con la otra, especialmente para un país como China, que tiene una presencia cada vez más importante en el comercio mundial (Leblang, 2003). Desde el verano de 2003, el renminbi estaba subvaluado frente al dólar estadounidense en aproximadamente 40 por ciento (Swann, 2003). Esto otorga una enorme ventaja competitiva a las

empresas que operan en China frente a las empresas en los EE. UU., lo que dio como resultado una gran pérdida de empleos estadounidenses en sectores relevantes. Muchos de los 2,8 millones de empleos en el sector manufacturero que se perdieron en Estados Unidos entre el comienzo de la presidencia de George W. Bush y el verano de 2003 desaparecieron debido a la competencia de China: una proporción increíble de uno de cada siete empleos en la manufactura estadounidense. Ningún presidente estadounidense había presidido una hemorragia de trabajo en un lapso tan corto (Beddoes, 2003). El hecho de que esta pérdida se haya producido en un momento en que incluso muchos empleos en el sector de servicios también se estaban volviendo vulnerables a la reubicación en el extranjero desde los Estados Unidos y Europa a países como India y China (por ejemplo, puestos en programación de software y centros de atención telefónica) solo aumentó la tensión política (*Economist*, 2003). Solo una reestructuración radical del sistema monetario chino a través de controles de capital relajados y permitiendo que el US$ y otras monedas circulen libremente entre centros financieros chinos, como Shanghái y Hong Kong, y extranjeros probablemente calme a los críticos. Aún queda por verse si esto es posible para un gobierno que aparentemente todavía tiene la intención, por razones políticas, de mantener un régimen de soberanía clásico: mantener el monopolio político ejercido por el Partido Comunista y restablecer el prestigio perdido cuando China estaba sujeta a las depredaciones de los poderes coloniales en los siglos XIX y XX.

Estados Unidos

Como una de las potencias victoriosas después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos fueron el principal agente de imposición de un sistema de tipo de cambio fijo en la economía internacional de la época. Este sistema, conocido por el nombre del lugar en New Hampshire donde se negoció (principalmente entre el gobierno de los EE.UU. y los representantes del gobierno británico en 1944) –el Acuerdo de Bretton Woods– fijó los tipos de cambio frente a un patrón dólar-oro para el período de 1945 hasta 1971. Aunque la plena convertibilidad de las monedas europeas frente al dólar estadounidense no se produjo hasta el 31 de diciembre de 1958, la aceptación política del sistema en los Estados Unidos y en otros lugares se basó más en su estímulo para abrir el comercio multilateral que en sus propiedades particulares como estrategia para organización de relaciones monetarias internacionales (Eichengreen, 1996, 99). Aunque el sistema se puede ver como parte del "liberalismo integrado" que los Estados Unidos extendieron a su esfera de influencia durante la Guerra Fría (Ruggie, 1982), era una forma profundamente territorializada de administrar las monedas. Se basó de principio a fin en la capacidad de los

gobiernos (y bancos centrales) para regular sus monedas contra una norma externa proporcionada por el dólar estadounidense vinculado a un precio fijo del oro.

Para 1960, el sistema presentaba graves dificultades. El problema fue la creciente fuga de dólares más allá de las costas estadounidenses a través de la acumulación de reservas en dólares por parte de los bancos centrales extranjeros y la aparición del llamado mercado eurodólar. Por un lado, la recuperación económica de Europa y Japón significó una acumulación de grandes reservas en dólares, pero

> "esto fue atractivo solo en la medida en que no hubiera dudas sobre su convertibilidad en oro. Pero una vez que los saldos en dólares extranjeros cobraban una gran importancia en relación con las reservas de oro de los Estados Unidos, la credibilidad de este compromiso podría ponerse en duda" (Eichengreen, 1996, 116).

Ya en 1947, el economista Robert Triffin había predicho que esto sería un problema. Para 1960, los pasivos en dólares de los Estados Unidos excedían las reservas de oro de los Estados Unidos. Si los países extranjeros quisieran convertir sus reservas, habría una prisa por cobrar dólares antes de que las autoridades estadounidenses pudieran devaluar. Esta amenaza se convirtió en un importante obstáculo para el debate monetario internacional en los años sesenta.

Por otro lado, el dólar se convirtió cada vez más en una moneda transnacional en lugar de territorial en el sentido en que tenía que ser para que el sistema de Bretton Woods funcionara adecuadamente. A partir de 1958, un mercado de eurodólares surgió en Londres para pagar dólares más allá del dominio regulatorio de los EE. UU. y Gran Bretaña. Como resultado, los dólares fluyeron a este mercado donde luego se prestaron sin hacer referencia a los controles de capital. La Regulación Bancaria Q, que limitó las tasas de interés en los EE.UU., alentó la inversión en el mercado eurodólar de los Estados Unidos. Las empresas multinacionales estacionaron fondos en dólares en cuentas eurodólares para evitar los impuestos estadounidenses y obtener diferenciales de las tasas de interés en relación con los bancos ubicados en los EE.UU. Los intentos de los gobiernos estadounidenses para corregir los desequilibrios mediante la manipulación de la cuenta de capital de los Estados Unidos frenaron el desarrollo del mercado del dólar en el extranjero. Pero el mercado del eurodólar:

> "permitió a los financieros privados realizar exactamente el tipo de transacciones de dinero caliente que el régimen de Bretton Woods había tratado de

> eliminar. Como lo predijo el dilema de Triffin, la oportunidad de obtener ganancias de arbitraje contra el dólar y las otras monedas principales fue abrumadora. En consecuencia, la especulación empeoró y, en última instancia, el sistema colapsó" (Blyth 2003, 240).

La acción emprendida por el presidente Nixon en 1971 para abrogar unilateralmente a Bretton Woods puede considerarse plausible como un intento de reafirmar la soberanía clásica. En otras palabras, dado que un sistema de tipo de cambio fijo parecía ofrecer beneficios decrecientes para la economía territorial estadounidense, entonces sería mejor abandonarlo (Gowa, 1983). Cualquiera que fuera la intención, el resultado fue un sistema en el que el dólar se liberó del oro y, después de 1973, flotó libremente contra otras monedas importantes (Eichengreen, 1996). Por lo tanto, en lugar de un retorno a los US$ como moneda territorial, el US$ se convirtió en una moneda aún más transnacional que la del mercado eurodólar de los años sesenta.

Acordado en una reunión entre los ministros de finanzas del G-5 (Estados Unidos, Japón, Francia, Alemania y Gran Bretaña) en 1975, el sistema de tipo de cambio flotante se formalizó en 1978 mediante una segunda enmienda a los artículos del Acuerdo del FMI. Se eliminó el papel del oro y se legalizó la flotación, al tiempo que se obligó a los países a promover la estabilidad en los tipos de cambio al autorizar al FMI a supervisar las políticas monetarias de los miembros. Todo esto fue algo así como un "salto en la oscuridad" (Eichengreen, 1996, 139). Nadie sabía realmente cómo funcionaría. En la década de 1970, muchas políticas monetarias establecidas coexistían con el nuevo sistema, como los controles de capital y la intervención concertada. Nuevos dispositivos financieros, diseñados para hacer frente a una mayor volatilidad en los mercados de cambio, como los futuros y las opciones, generaron especulación e incrementaron la volatilidad (Strange 1994, 59). La gran cantidad de dólares introducidos en los mercados financieros mundiales por los aumentos inspirados por la OPEP en el precio del petróleo tuvo un efecto estimulante adicional, ya que los precios mundiales del petróleo estaban denominados en dólares estadounidenses. Este aumento provocó una serie de préstamos por parte de los bancos internacionales que produjeron la crisis de la deuda de los países que recibieron préstamos, pero luego enfrentaron una disminución de los términos de intercambio además de grandes aumentos de las tasas de interés en la década de 1980, cuando la Reserva Federal de los Estados Unidos intentó frenar la inflación de su economía. Pero en la década de 1980, en parte como respuesta a la persistente estanflación y en parte a la creciente popularidad de las ideas de superioridad del mercado sobre la regulación estatal, la mayoría de los países industrializados avanzaron hacia una

mayor flexibilidad de los tipos de cambio mediante la eliminación de la focalización y la reducción de las intervenciones de los tipos de interés. La coordinación de políticas entre los países ayudó en cierto grado a reducir la volatilidad en los mercados de divisas.

El efecto neto del giro de los acontecimientos posteriores a Bretton Woods, por lo tanto, ha sido convertir el dólar estadounidense en una moneda transnacional. En cierto sentido, el dólar ha heredado su papel de Bretton Woods cuando era "el numerario central" para el sistema en su conjunto (McKinnon 2001, 3). Como moneda de la economía territorial más grande del mundo, con una presencia establecida y dominante en los mercados financieros mundiales, el dólar no fue "destronado" cuando las paridades de los tipos de cambio oficiales se derrumbaron en 1971, sino que sucedió todo lo contrario. El US$ se ha convertido en

> "la moneda vehículo de los mercados interbancarios al contado y a plazo, la moneda de factura para el comercio de productos básicos primarios y para muchos bienes y servicios industriales, y la moneda de denominación principal para los flujos de capital internacional, especialmente a corto plazo e interbancario. Fuera de Europa, los gobiernos utilizan el dólar como su moneda de intervención principal, a menudo vinculada al dólar, y los bancos centrales extranjeros mantienen los bonos del Tesoro de los Estados Unidos como reservas oficiales de cambio" (McKinnon, 2001, 3).

Esto se debe a que, como han argumentado McKinnon y otros, proporcionar dinero transnacional a la economía mundial es un monopolio natural. Por un lado, en un mundo de aproximadamente 150 monedas territoriales potenciales, se producen enormes ahorros en los costos de transacción si solo se elige una moneda como moneda vehicular. Todas las ofertas y ofertas de divisas se pueden realizar contra la moneda única. Por otro lado, las economías de escala significativas se acumulan a partir de los precios y la facturación de bienes y servicios en el comercio internacional en una moneda territorial. El hecho de que muchas de las principales bolsas de productos básicos del mundo también se encuentren en los EE. UU., Chicago y Nueva York, da un impulso adicional al dólar.

El dólar, por lo tanto, no es solo un asunto de los Estados Unidos, porque el dólar no es solo la moneda de Estados Unidos. Más de la mitad de todos los billetes de dólares se mantienen fuera de las fronteras de los Estados Unidos. Casi la mitad de los bonos del Tesoro de los EE. UU. se mantienen como reservas de bancos centrales extranjeros, en particular los de Japón y la República Popular de China

(Porter y Judson, 1996; Davidson, 2002). Otras monedas no pueden, al menos todavía, rivalizar con este alcance global. En consecuencia, para algunos economistas, el mundo está ahora en un patrón dólar de facto (McKinnon, 2001; Davidson, 2002). Ciertamente, cada vez más monedas territoriales nominales ahora flotan libremente contra el dólar (y otras monedas) siendo el dólar estadounidense la unidad común de comparación. El porcentaje de miembros del FMI vinculados con acuerdos cambiarios disminuyó de aproximadamente 77% en 1977 a 36% en 1997 y 34% en 2001, mientras que el porcentaje con acuerdos de libre flotación aumentó de 12% en 1975 a 25% en 1997, y a 32% en 2001 (FMI, 1997; Hochreiter *et al.*, 2002). Pero la tendencia de los tipos de cambio fijo a acuerdos más flexibles puede exagerarse tanto en general como con respecto a la libre flotación frente al dólar en particular. En lugar de flotar libremente contra el dólar, muchas monedas todavía toman la forma de flotadores administrados o de parches relativamente fijos. Además, la llegada del euro ofrece una posible alternativa de divisas de uso más amplio frente al dólar.

Lo que es más importante acerca del dólar que su papel como patrón monetario es el cambio revolucionario que ha facilitado de otras monedas territoriales. Ahora es un medio de intercambio directo en muchos países que todavía tienen sus propias monedas territoriales. De hecho, en muchos centros financieros, independientemente del país, es la moneda de la mayoría de las transacciones. Su autoridad, y la de aquellos actores que la comandan, es a menudo mayor que la del Estado nominalmente soberano. Esta es una de las características principales de los usos transnacionales del US$. Al mismo tiempo, el dólar sigue siendo también la moneda de los EE. UU. Específicamente, los EE. UU. utilizan su dólar para financiar sus grandes déficits de cuenta corriente y presupuesto federal (Corbridge y Agnew, 1991; Wolf, 2004). Por supuesto, todos los extranjeros que tienen dólares están interesados en mantener el flujo de dólares hacia el resto del mundo. Tienen interés en mantener todo el sistema en movimiento. Por esta razón, como argumenta McKinnon (2001), los acreedores de Estados Unidos tienen un interés en preservar el papel del dólar como moneda transnacional, incluso como los globos de déficit de cuenta corriente de los Estados Unidos. Como país con un gran sector de servicios financieros, los EE. UU. también se benefician indirectamente del régimen globalizador en el que el dólar estadounidense sirve como moneda transnacional. Este sector tiene un gran interés en ver la expansión del uso del dólar en todo el mundo. También son poderosos defensores políticos, como lo es el sector financiero en Gran Bretaña, el único otro país que tiene un déficit crónico de cuenta corriente y un importante sector de servicios financieros, de mercados de capital global liberalizados (Blyth, 2003, 255).

El talón de Aquiles de los dólares estadounidenses como moneda transnacional es que aunque le da a los Estados Unidos una "línea de crédito excepcionalmente suave con el resto del mundo" (McKinnon 2001, 8), también (como en las relaciones con China) abre la economía de los EE.UU. a la competencia en sectores en los que es menos competitiva a nivel internacional (como en la manufactura de mano de obra intensiva) y augura un futuro en el que los EE.UU. tendrán que depender del capital de propiedad extranjera y de los bancos centrales extranjeros (incluso en dólares) para financiar su economía local. Como importador neto del 69,2% de los flujos totales de capital mundial en 2001, los Estados Unidos se arriesgan a desequilibrar su propia economía (a través de la pérdida de ciertos tipos de empleos, etc.) para proporcionar una moneda transnacional al resto del mundo. Los extranjeros pueden no necesitar preocuparse demasiado por el déficit de la cuenta corriente estadounidense, pero los estadounidenses son otro tema, completamente diferente.

La Unión Europea

Aunque lo que hoy se conoce como la UE puede remontar sus raíces a la Comunidad Europea del Carbón y el Acero de principios de los años cincuenta, y la Comunidad Económica Europea de 1957, no fue hasta la desintegración de Bretton Woods en 1971 que se hizo un gran esfuerzo para implementar algún tipo de sistema de moneda administrada entre los estados miembros. Y no fue hasta finales de la década de 1980, de hecho, que una unión monetaria de pleno derecho se convirtió en un objetivo importante para la organización. La unificación monetaria europea a través de la creación de una moneda compartida, por lo tanto, ha tenido dos orígenes distintos. Uno como respuesta económica al final de Bretton Woods. El otro es claramente mucho más político: construir la integración europea sobre la unificación monetaria.

En la Comunidad Europea (CE), los intentos de reducir la volatilidad entre las monedas europeas dieron origen primero a la "serpiente" o flotador gestionado a principios de los años setenta. Este fue un acuerdo colectivo mediante el cual los seis miembros originales fijaron sus tipos de cambio dentro de las bandas del 2,25%. La serpiente no duró mucho, principalmente porque el impacto del petróleo de 1973 tuvo efectos devastadores en las monedas más débiles, y cuando los gobiernos adoptaron políticas fiscales expansivas, como lo hizo Francia en 1976, tuvieron que abandonar la serpiente. Finalmente, en 1978, la idea de fijar monedas en bandas invariables había seguido su curso, particularmente cuando las monedas europeas flotaban simultáneamente contra el dólar. El Sistema Monetario Europeo (SME) reemplazó a la Serpiente en 1979. Según este acuerdo, el marco alemán asumió el

papel de moneda fuerte que el dólar había desempeñado bajo Bretton Woods. Ocho de los nueve países de la CE participaron en el SME desde el principio (Gran Bretaña fue la única excepción). A Italia se le permitió tener una banda del 6% durante un período "transitorio" debido a la persistencia de una alta inflación, mientras que el sistema en su conjunto tenía una de 2,25%. No hubo retiros durante la década de 1980, pero los primeros cuatro años fueron turbulentos, principalmente porque el gobierno de Mitterrand en Francia se embarcó en una política fiscal expansiva. Sin embargo, una vez que se abandonó esto, la convergencia de políticas entre los miembros facilitó que el sistema respondiera al fortalecimiento relativo del dólar a fines de los años ochenta. "La 'Mini lateral Bretton Woods' de Europa parecía estar ganando resiliencia" (Eichengreen, 1996, 167).

Sin embargo, fue precisamente en este momento que surge una serie de preocupaciones no monetarias en los países de la UE. Entre ellas, la capacidad de las empresas europeas para competir con los EE. UU. y Japón, reducir el desempleo, mantener los programas de asistencia social europeos ante las presiones ejercidas por el dólar flotante para liberalizar los mercados laborales y los programas de pensiones, revitalizar el "proyecto europeo" y crear un mercado único europeo mediante la eliminación de los controles de capital. Una nueva visión de Europa basada en estas preocupaciones se encuentra expresada en el Informe Delors de 1989, y en el Tratado de Maastricht de diciembre de 1991. La eliminación de los costos de conversión de moneda fue una de las formas de forjar un mercado integrado. Al mismo tiempo, una forma de liberalizar el comercio entre los miembros sin estimular el proteccionismo era eliminar la amenaza de que los gobiernos miembros se involucraran en la manipulación del tipo de cambio. La única forma de hacer estas dos cosas era crear una moneda compartida para toda la UE. Sin pasar a la unión monetaria, el temor también era que el proyecto político de la unificación europea también fracasaría ante la amenaza transnacional para Europa de la competencia económica de los Estados Unidos y Japón.

El plan de Maastricht para la unión monetaria hizo dudar inmediatamente del compromiso político continuo con el SME. Junto con la recesión mundial de 1990-1992, la caída del dólar frente al marco y el aumento de las tasas de interés alemanas luego de la reunificación alemana, selló el destino del experimento de Europa en el manejo de monedas (Eichengreen, 1996, 171-81). Lo que lo reemplazó en la década de 1990 fue el cambio hacia una moneda compartida al declarar un conjunto de criterios fiscales y monetarios para la adhesión a la unión monetaria. Estos criterios: liberar a los bancos centrales del control político, establecer la inflación, la deuda del gobierno y los objetivos de gasto del gobierno, etc., deben entenderse

no solo como objetivos en la búsqueda de la estabilidad de precios y los beneficios comerciales. Más bien, "la integración monetaria europea se puede entender mejor como un compromiso político que involucra ideas y preferencias divergentes dentro de Europa, específicamente entre Francia y Alemania" (Chang, 2003, 219). Si el gobierno francés deseaba mejorar la independencia de Francia y Europa de los EE. UU., Alemania quería que su reunificación fuera aceptada como una amenaza para el resto de Europa. Si el papel similar al del Bundesbank asumido por el Banco Central Europeo (BCE) representa lo que los alemanes querían obtener del sistema, un banco independiente dedicado a mantener la inflación bajo control, los franceses han adquirido una moneda que potencialmente puede desafiar al US$ como moneda transnacional.

La transición a una moneda compartida ha pasado por tres etapas según lo previsto en el Informe Delors y lo acordado en el Tratado de Maastricht (Artis 1992). La primera etapa, de 1990 a 1994, consistió en eliminar los controles de capital entre los miembros potenciales, la independencia política de los bancos centrales y la convergencia hacia las obligaciones del tratado. La segunda etapa, de 1994 a 1999, vio la convergencia de indicadores y políticas macroeconómicas y la planificación para la introducción de la nueva moneda. Por último, la tercera etapa consistió en introducir la nueva moneda, primero junto con las monedas territoriales existentes y luego en lugar de ellas. La implementación se realizó sin ningún inconveniente. Desde enero de 2002, el euro ha sido la única moneda de curso legal en todos los países de la UE, excepto en Gran Bretaña, Dinamarca y Suecia, que han optado por permanecer fuera por el momento (Underhill, 2002).

En cierto sentido, por supuesto, la moneda compartida es simplemente una nueva moneda territorial para un área más grande. Pero además presenta otras características que lo diferencian de ser solo eso. Una es que ya es una moneda transnacional, porque, después del dólar, ahora es la moneda más importante para las transacciones financieras mundiales. Siendo críticos, dentro de Europa, ha reemplazado al marco y al dólar como las dos monedas previamente más importantes en los flujos transfronterizos. En segundo lugar, es diferente porque los Estados individuales han mantenido el control sobre la política fiscal incluso cuando habiendo cedido el control sobre la política monetaria al BCE y a los mercados de divisas. Si este último ha tendido a conducir hacia un capitalismo de mercado más "angloamericano" en los centros financieros de Europa (Dyson, 2002, 363), el primero generó serios problemas, ya que algunos países miembro, en particular Francia y Alemania, han violado la excesiva Regla de déficit del gobierno (no más del 3%del PBI) que acordaron seguir cuando planificaron la moneda compartida (Major, 2003). Las normas fiscales de la

UE, por lo tanto, parecen simultáneamente inaplicables e inamovibles. Hasta que exista cierto paralelismo en Europa entre los niveles en que se realizan las políticas fiscales y monetarias, es probable que este sea un problema persistente para la moneda compartida y que se profundice su papel como transnacional (Wachtel, 2003).

América Latina

Los Estados Unidos han tenido durante mucho tiempo una fuerte influencia sobre la política monetaria en América Latina. A comienzos del siglo XX, esto se transformó en el fomento del uso del dólar estadounidense como parte de una "diplomacia del patrón oro" (Rosenberg 1985, 1999) que brindaría estabilidad monetaria a la región y facilitaría las actividades comerciales estadounidenses para operar si los países tuvieran unidades monetarias idénticas en valor al dólar. En las palabras de Rosenberg (1999, 24), la idea era "crear un bloque de dólar de oro, centrado en Nueva York, para competir con el estándar de facto [británico]". Al mismo tiempo, la diplomacia del dólar también podría implicar una adopción directa del propio dólar. Sin embargo, esta dolarización generalmente significaba el uso del dólar estadounidense junto con la moneda territorial, no el uso exclusivo del dólar en su lugar (Helleiner, 2003c). En la década de 1920, la diplomacia del dólar de ambas especies había alcanzado su punto máximo. El aumento del nacionalismo latinoamericano, las diversas ventajas de emitir una moneda territorial (identificada anteriormente) y las graves crisis de la cuenta corriente que el pensamiento económico de la época sugería, necesitaban políticas monetarias activistas conspiradas para limitar la sustitución de las monedas nacionales por el dólar.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la política oficial estadounidense fue desalentar el uso del dólar como sustituto de las monedas territoriales en la región. La nueva prioridad era el desarrollo económico nacional, por lo que la mejor política monetaria debería ser una política independiente, ya que cada país tuviera su propia moneda. Por supuesto, esto encaja con la sabiduría económica convencional de la época como se manifiesta en el Acuerdo de Bretton Woods y en muchas otras políticas patrocinadas por los Estados Unidos a fines de los años cuarenta y cincuenta. De hecho, los gobiernos estadounidenses incluso aprobaron políticas nacionalistas económicas como la industrialización por sustitución de importaciones, en parte como una herramienta para socavar a los grupos de izquierda y cooptar a los nacionalistas al lado estadounidense en la Guerra Fría, pero también porque las grandes empresas manufactureras estadounidenses querían construir fábricas detrás de altos muros arancelarios para servir a los mercados locales (Maxfield y Nolt, 1990). Esto ilustra cómo la política monetaria estadounidense en América Latina reflejaba en ese

momento los intereses de la política exterior estadounidense y la influencia relativa de los fabricantes estadounidenses a gran escala en comparación con los inversores financieros extranjeros y los inversores estadounidenses en minería y agricultura (Helleiner 2003c, 419). Pero también sugiere firmemente que tanto locales como estadounidenses percibían los territorios estatales como los bloques de construcción básicos para todas las políticas económicas. En este sentido, la política estadounidense en América Latina difería considerablemente de las políticas británicas y francesas en África y en otros lugares que a menudo impulsaban los bloques de divisas (como la zona del franco CFA en las antiguas colonias francesas en África Occidental) o las juntas monetarias para limitar la discreción monetaria de los gobiernos locales (Helleiner, 2003a).

A partir de la década de 1970, la diplomacia del dólar regresó a la agenda estadounidense en América Latina. La estabilidad de precios reemplazó el crecimiento económico como el objetivo central de la política estadounidense hacia la región. La adopción de esta política fue obviamente parte del cambio ideológico hacia el neoliberalismo que siguió a la liberación de las monedas de los tipos de cambio fijos después del colapso de Bretton Woods. Pero las condiciones económicas en América Latina también hicieron que el cambio pareciera más imperativo de lo que podría haber aparecido. Hubo una serie de factores preponderantes para hacer que la estabilidad de precios fuera más prioritaria que antes. Hubo dos especialmente cruciales: las tasas de inflación extremadamente altas en los países de la región y el crecimiento de la IED orientada a la exportación como motor del desarrollo económico en lugar de la sustitución de importaciones. Como resultado, se considera que es probable que la eliminación del riesgo de tipo cambiario fomente el comercio y la inversión estadounidenses en toda la región (Helleiner, 2003c, 421). De hecho, en 1999, se presentó en el Senado estadounidense un proyecto de ley dedicado a propagar la dolarización oficial en toda América Latina. Pero después de haber generado mucho interés, el entusiasmo parece haberse desvanecido. Cohen (2002) sostiene que, desde una perspectiva estadounidense, es probable que los gobiernos estadounidenses se mantengan pasivamente neutrales con respecto a la dolarización oficial. Si bien existen el señoreaje, los costos de transacción, de conversión, el prestigio y algunas ventajas geopolíticas, muchos de estos factores pueden obtenerse mediante una dolarización no oficial y subrepticia. La dolarización oficial tiene los principales inconvenientes de exponer políticamente a los Estados Unidos si el crecimiento económico se detiene, y le impone costos si Estados Unidos tiene que intervenir en las crisis financieras. Sólo si el euro llegara a desafiar el status del dólar como moneda sustituta preeminente en América Latina, la moneda que los latinoamericanos

realmente quieren tener, Cohen piensa que la política estadounidense podría volverse más agresiva para impulsar la dolarización oficial.

En toda América Latina, solo Ecuador y El Salvador han promulgado leyes en los últimos años para dolarizar plenamente sus economías. Panamá ha sido en gran parte dolarizada desde sus orígenes como una dependencia estadounidense en el momento de la construcción del Canal de Panamá. En otros lugares, sin embargo, no se han realizado dolarizaciones completas (ni oficiales ni no oficiales). Desde 1991 hasta 2002, Argentina empleó algo así como una junta monetaria para mantener un tipo de cambio fijo entre el peso y el dólar estadounidense, pero el estatuto de la junta permitió una considerable discreción a las autoridades monetarias (Hanke, 2003). Esto no puede considerarse un verdadero caso de dolarización oficial. Muchos otros países latinoamericanos, de hecho, ahora flotan sus monedas frente al dólar y otras monedas (FMI, 1997; Berg *et al.*, 2003). Desde este punto de vista, América Latina está ahora relativamente menos dolarizada en términos oficiales que a fines de la década de 1980, cuando muchos de sus países tenían monedas que estaban estrechamente vinculadas al dólar o adoptaron los llamados mecanismos intermedios, como las bandas y las paridades cambiarias (Jameson, 1990; para una lectura general sobre las tendencias en la adopción de tipos de cambio fijos y flotantes en países desarrollados y en desarrollo, cfr. Bernhard *et al.*, 2002; Joshi, 2003). En otras palabras, el continente está atascado entre los regímenes globalizador e imperialista, aunque muchos gobiernos, si se les da una opción, aspirarían a la soberanía clásica.

La dolarización no oficial es un asunto completamente diferente. Aunque es mucho más difícil de documentar que la dolarización oficial, es claramente importante en cuanto a cantidad y efectos (Doyle, 2000). Por ejemplo, en Argentina en 1992, un estudio estima que los dólares en circulación ascendieron a $26 mil millones o alrededor del 11% del PBI argentino (Kamin y Ericsson, 1993). En Bolivia y Uruguay en el mismo año, la proporción de dólares en papel respecto a la moneda local se informó como un increíble tres o cuatro a uno (Calvo y Vegh, 1993). Los depósitos bancarios en diferentes monedas son más fáciles de rastrear que los flujos físicos de efectivo. Muchos países latinoamericanos permiten depósitos denominados en dólares en bancos nacionales. Cohen (1998, 112-13) reporta cifras que sugieren que quizás tanto como 80,9 por ciento de todos los depósitos en bancos nacionales en Bolivia en 1992 eran de moneda extranjera (casi en su totalidad dólares, se supone). En el mismo año en Argentina, la cifra comparable fue de 41,5%. En el 2000, el rango pasó de un máximo del 92,5% de todos los depósitos en US$ en Bolivia a un mínimo de 4,9 en México con una media del 49,2% en todos los países de América Latina que permitieron los depósitos bancarios en moneda extranjera

(Berg *et al.* al., 2003). Todo esto se suma a una importante dolarización no oficial (o espontánea). Las razones no son difíciles de encontrar. Van desde el hecho de que el narcotráfico, una de las principales actividades económicas de los países andinos, es un negocio totalmente en dólares a través de las remesas de los migrantes a los Estados Unidos (particularmente importante en América Central) hasta el retiro de dólares como defensa contra inflación y para ayudar en la adquisición de activos en dólares en el extranjero (es decir, fuga de capital a centros bancarios en el Caribe y en Miami). El hecho de que muchos Estados, particularmente en América Central y Andina, no logren recaudar suficientes ingresos fiscales para pagar incluso a los Estados más modernos, incluida una adecuada regulación monetaria, también lleva a sus propias élites a considerar al dólar como la mejor garantía de riqueza a futuro. Gran parte de la soberanía no realizada de los Estados latinoamericanos recae en el hecho de que América Latina está ahora casi completamente orientada hacia los Estados Unidos como fuente de inversión y como destino para muchas de las exportaciones de productos básicos, los migrantes y el capital de la región. Es la dependencia de América Latina de la economía estadounidense la que ha producido la sustitución de monedas territoriales en toda la región. No obstante, el hecho de que esto sea principalmente no oficial o el resultado de la difusión del dólar en la fibra económica de la región en vez del resultado de una adopción formal del dólar como reemplazo de las monedas territoriales es, un golpe bajo a la posibilidad de una soberanía monetaria real en los países latinoamericanos. En este sentido, la soberanía efectiva se encuentra en el "norte" se ejerce a través de flujos de red de dólares estadounidenses privatizados en lugar de ser a través de la adopción estatal explícita del dólar como moneda territorial.

Conclusión

La concepción de la soberanía que ha predominado en la teoría política moderna se basa en la idea de la autoridad política exclusiva ejercida por un Estado sobre un territorio determinado. Esta idea refleja el concepto de soberanía que surgió de Westfalia y luego se desarrolló junto con la Ilustración y los ideales románticos del gobierno popular y el patriotismo. Muchos gobiernos continúan actuando como si el concepto fuera realmente descriptivo del mundo contemporáneo. Pero criterio estándar es una guía pobre para el análisis político. Es una "verdad" que siempre ha ocultado más de lo que revela. En un mundo que se globaliza, este oscurantismo es particularmente problemático. No se puede aplicar de sustancialmente la concepción ortodoxa de soberanía al ejercicio condicional de los poderes relativos, limitados y parciales que ahora ejercen las comunidades y los actores locales, regionales, nacionales, internacionales y no territoriales.

He propuesto una alternativa al enfoque ortodoxo de la soberanía que se basa en las críticas recientes de la comprensión ortodoxa de autoridad política, a la que he agregado una crítica a su concepción de espacialidad como territorialidad absoluta. Este modelo alternativo se basa en la idea de "regímenes de soberanía" o combinaciones de grados de autoridad estatal central y territorialidad consolidada o abierta. He ilustrado empíricamente la eficacia de este enfoque para desenredar los impactos de la globalización en la territorialidad estatal al examinar las diversas formas en que la soberanía monetaria, quizás la manifestación material más simbólica e importante de la soberanía estatal, opera de *manera efectiva*. He identificado cuatro procesos monetarios distintivos bajo condiciones político-económicas globales contemporáneas (territorial, transnacional, compartida y sustitutiva) que pueden asignarse a los cuatro tipos de régimen de soberanía, respectivamente, clásico, globalizador, integrador e imperialista. Esta tipología tiene la virtud de distinguir las distintas formas en que la globalización se cruza con la territorialidad del Estado para producir modos muy diferentes de soberanía en relación a la que existe o es efectiva en el mundo actual. No vivimos en un mundo que es solamente imperialista, globalizador, integrador o westfaliano. La tipología también proporciona una forma de medir las diferencias del significado de soberanía en el tiempo y el espacio y, por lo tanto, va más allá del debate estéril sobre si se está erosionando algún tipo de "soberanía estatal" universal. Cuando los supuestos sobre la naturaleza fija y universal de la territorialidad ya no sirven para ubicar la soberanía en vigor, empezamos a ver, para bien o para mal, que existe una autoridad política más allá de la construcción soberana del espacio territorial.

Referencias

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer: Sovereign power and the bare life*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Agnew, J. A. (1994). "The territorial trap: The geographical assumptions of international relations theory", *Review of International Political Economy* 1:53-80.
--- (1999). "Mapping political power beyond state boundaries", *Millennium* 28:499-521.
--- (2002). *Making political geography*. London: Arnold.
- Agnew, J. A., y S. Corbridge (1995). *Mastering space: Hegemony, territory, and international political economy*. New York: Routledge.
- Allen, J. (2003). *Lost geographies of power*. Oxford, U.K.: Blackwell.
- Anderson, J. (1996). "The shifting stage of politics: New medieval and postmodern territorialities?", *Society and Space* 14: 133-53.

--- (2002). *Transnational democracy: Political spaces and border crossings*. London: Routledge.
- Appadurai, A. (1996). "Sovereignty without territoriality: Notes for a postnational geography". In *The geography of identity*, ed. P Yaeger, 40-58. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Arendt, H. (1958). *The human condition*. Chicago: University of Chicago Press.
- Artis, M. (1992). "The Maastricht road to monetary unión", *Journal of Common Market Studies* 33:299-309.
- Badie, B. (1999). *Un monde sans souverainete. Ls Etats entre ruses et responsabilite* [A world without sovereignty: States between tricks and responsibility]. Paris: Fayard.
- Barnett, C. (2004). "Deconstructing radical democracy: Articulation, representation, and being-with-others", *Political Geography* 23:503-28.
- Bartelson, J. (1995). *A genealogy ofsovereignty*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Beddoes, Z. M. (2003). "Flying on one engine. Survey of the world economy", *Economist*, 20-26 September.
- Berg, A.; E. Borensztein y P. Mauro. (2003). "Monetary regime options for Latin America", *Finance and Development*. September: 24-27.
- Bernhard, W.; J. L. Broz y W. R. Clark. (2002). "The political economy of monetary institutions", *International Organization* 56:693-723.
- Bernhard, W. y D. Leblang. (1999). "Democratic institutions and exchange-rate commitments", *International Organization* 53:71-97.
- Biersteker, T. J. (2002). *State, sovereignty, territory. In Handbook of international relations*, ed. W Carlsnaes, 208-26. London: Sage.
- Biersteker, T. J. y C. Weber, eds. (1996). *State sovereignty as social construct*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Blyth, M. (2003). "The political power of financial ideas: Transparency, risk, and distribution in global finance". In *Monetary orders: Ambiguous economics, ubiquitous politics*, ed. J. Kirshner, 239-59. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Bobbitt, P. (2002). *The shield of Achilles: War, peace, and the course of history*. New York: Knopf.
- Brenner, N. (1998). "Global cities, glocal states: Global city formation and state territorial *restructuring in contemporary Europe",* Review of International Political Economy 5: 1-37.
- Broz, J. L. (1999). "Origins of the Federal Reserve System: International incentives and the domestic free-rider problem". *International Organization* 53: 39-70.

- Bubula, A. y I. Otker-Robe (2002). "The evolution of exchange rate regimes since 1990: Evidence from de facto policies", *IMF Working Papers*, WP/02/155.
- Calvo, G. A. y C. A. Vegh. (1993). "Currency substitution in high inflation countries", *Finance and Development* 30: 34-37.
- Camilleri, J. y J. Falk, eds. (1992). *The end of sovereignty? The politics of a shrinking and fragmenting world*. Aldershot, U.K.: Elgar.
- Campbell, D. (1992). *Writing security: United States foreign policy and the politics of identity*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Cerny, P G. (1995). "Globalization and the changing logic of collective action", *International Organization* 49: 595-625.
- Chang, M. (2003). "Franco-German interests in European monetary integration: The search for autonomy and acceptance". In *Monetary orders: Ambiguous economics, ubiquitous politics*, ed. J. Kirshner, 218-35. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Cohen, B. J. (1998). *The geography of money*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
, 2002. "US policy on dollarization: A political análisis", Geopolitics 7: 63-84.
- Corbridge, S. y J. A. Agnew. (1991). "The US trade and budget deficits in global perspective: An essay in geopolitical economy", *Society and Space* 9: 71-90.
- Cox, K. R. ed. (1998). Spaces of globalization. New York: Guilford Press.
- Croxton, D. (1999). "The Peace of Westphalia of 1648 and the origins of sovereignty", *International History Review* 21: 569-91.
- Cutler, A. C.; V. Hauffler y T. Porter. (1999). "Private authority and international affairs". In *Private authority and international affairs*, ed. A. C. Cutler, V. Hauffler, y T. Porter, 3-30. Albany, NY: SUNY Press.
- Debrowski, M. (2002). "Is there room for national monetary policy in the era of globalization?" *Eldis*, 26 August.
- Dallmyr, E. y J. M. Rosales, eds. (2001). *Beyond nationalism? Sovereignty and citizenship*. Lanham, MD: Lexington Books.
- Daly, M. T. (1994). "The road to the twenty-first c*entury: The myths and miracles of Asian manufacturing". In* Money, power and space, ed. S. Corbridge, R. Martin, y N. Thrift, 165-88. Oxford, U.K.: Blackwell.
- Davidson, P. (2002). *Financial markets, money and the real world*. Cheltenham, U.K.: Edward Elgar.
- Delbruck, J. (2003). "Exercising public authority beyond the state: Transnational democracy and/or alternative legitimation strategies?" *Indiana Journal of Global Legal Studies* 10:29-44.
- Doyle, B. M. (2000). *"Here, dollars, dollars..."* Estimating currency demand and worldwide currency substitution. Washington, DC: Federal Reserve Board of Governors, International Finance Discussion Paper Number 657.

- Durand, M.E.; J. Levy y D. Retaillé (1992). *Le monde, espaces et systemes* [The world: Spaces and systems]. Paris: Dalloz.
- Dyson, K. (2002). "Conclusions: European states and Euro economic governance". In *European states and the Euro: Europeanization, variation, and convergence*, ed. K. Dyson, 335-66. Oxford, U.K.: Oxford University Press.
- Economist (2003). "Tilting at dragons: China is being blamed for too many of the rich world's economic problems", 25 October: 65-66.
- Eichengreen, B. (1996). *Globalizing capital: A history of the international monetary system*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Elden, S. (2005). *Forthcoming. Missing the point: Globalization, deterritorialization and the space of the world*. Transactions of the Institute of British Geographers 30(1): 8-19.
- Foucault, M. (1980). *Two lectures, in Michel Foucault: Power/ knowledge: Selected interviews and other writings*, 1972-1977. Brighton: Harvester Press.
--- (1991). *The Foucault effect: Studies in governmentality*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gilbert, E. (2005). "The inevitability of integration? Neoliberal discourse and the proposals for a new North American Economic Space after September 11", *Annals of the Association of American Geographers* 95:202-22.
- Gill, S. (1994). "Structural change and the global political economy: Globalizing elites and the emerging world order". In *Global transformation: Challenges to the state system*, ed. Y. Sakamoto, 169-99. Tokyo: United Nations University.
- Goodwin, J. (2003). *Greenback: The almighty dollar and the invention of America*. New York: Henry Holt.
- Gottmann, J. (1973). *The significance of territory*. Charlottesville: University Press of Virginia.
- Gowa, J. (1983). *Closing the gold window: Domestic politics and the end of Bretton Woods*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Grovogui, S. N. (2002). "Regimes of sovereignty: International morality and the African condition", *European Journal of Intemational Relations* 8: 315-38.
- Hale, D. y L. H. Hale. (2003). *China takes off*. Foreign Affairs 82: 36-53.
- Hall, R. B. y T. J. Biersteker, eds. (2002). *The emergence of private authority in global governance*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Hanke, S. H. (2003). "The Argentine straw man: A response to currency board critics", *Cato Journal* 23: 47-57.
- Hannah, M. G. (2000). *Govemrnmentality and the mastery of territory in nineteenth-century America*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.

- Hardt, M. y A. Negri. (2000). *Empire*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hashmi, S., ed. (1997). *State sovereignty: Change and persistence in international relations*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- Held, D. (2004). *Global covenant*. Cambridge, U.K.: Polity Press.
- Helleiner, E. (1994). *States and the reemergence of global finance*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
--- (1999). "Historicizing territorial currencies: Monetary space and the nation-state in North America", *Political Geography* 18:309-39.
--- (2002). "The monetary dimensions ofcolonialism: Why did imperial powers create currency blocs?", *Geopolitics* 7:5-30.
--- (2003a). "Dollarization diplomacy: US policy towards Latin America coming full circle?", *Review of International Political Economy* 10:406-29.
--- (2003b). *The making of national money: Territorial currencies in historical perspective*. Ithaca NY: Cornell University Press.
--- (2003c). "The southern side of embedded liberalism: The politics of postwar monetary policy in the Third World". In *Monetary orders: Ambiguous economics ubiquitous politics*, ed. J. Kirshner, 55-77. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Hobbes, T. (1651/1968). *Leviathan*, ed. C. B. MacPherson. Oxford, U.K.: Oxford University Press.
- Hochreiter, E.; K. Schmidt-Hebbel y G. Winckler. (2002). *Monetary union: European lessons, Latin American prospects*. Santiago, Chile: Central Bank of Chile Working Papers Number 167.
- Hudson, A. C. (1998). "Reshaping the regulatory landscape: Border skirmishes around the Bahamas and Cayman offshore financial centres", *Review of International Political Economy* 5:534-64.
--- (2001). NGOs' transnational advocacy networks: From 'legitimacy' to 'political responsibility'? *Global Networks* 1:331-52.
- Hurd, I. (1999). "Legitimacy and authority in international politics". *International Organization* 53: 379-408.
- Ilgen, T. ed. (2003). *Reconfigured sovereignty: Multi-layered governance in the global age*. Aldershot, U.K.: Ashgate.
- IME (1997). *Exchange rate arrangements and currency convertibility: Developments and issues*. Washington, DC: International Monetary Fund.
--- (2000). *Exchange rate regimes in an increasingly integrated world economy*. Washington, DC: International Monetary Fund.
- Inayatullah, N. y D. L. Blaney. (1995). *Realizing sovereignty*. Review of International Studies 21:3-20.

- Inayatullah, N. y M. E. Rupert (1994). "Hobbes, Smith and the problem of mixed ontologies". In *The global economy as political space*, ed. S. Rosow, N. Inayatullah, y M. E. Rupert, 61-85. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Ingham, G. (1994). "States and markets in the production of world money: Sterling and the dollar". In *Money, power and space*, ed. S. Corbridge, R. Martin, and N. Thrift, 29-48. Oxford, U.K.: Blackwell. - Jacobson, D. (2001). "The global political culture". In Identities, borders, orders: Rethinking international relations theory, ed. M. Albert, D. Jacobson, y Y. Lapid, 161-79. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Jacobson, N. (1998). "The strange case of Hobbesian man", *Representations* 63: 1-12.
- Jameson, K. P. (1990). "Dollar bloc dependency in Latin America: Beyond Bretton Woods", *International Studies Quarterly* 34: 519-41.
- Joshi, V. (2003). "Financial globalization, exchange rates and capital controls in developing countries". *Conference on reinventing Bretton Woods*, Madrid, 13-14 May.
- Kahler, M. y D. A. Lake, eds. (2003). *Governance in the global economy: Political authority in transition*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Kamin, S. B. y N. R. Ericsson (1993). *Dollarization in Latin America*. Washington, DC: Federal Reserve Board of Governors International Finance Discussion Paper 460.
- Kantorowicz, E. H. (1957). *The king's two bodies: A study in medieval political theology*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Keene, E. (2002). *Beyond the anarchical society: Grotius, colonialism, and order in world politics*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Kobrin, S. J. (1997). "The architecture of globalization: State sovereignty in a networked global economy". In *Governments, globalization, and international business*, ed., J. H. Dunning, 146-71. Oxford, U.K.: Oxford University Press.
- Krasner, S. D. (1999). *Sovereignty: Organized hypocrisy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
--- (2001). *Problematic sovereignty: Contested rules and political possibilities*. New York: Columbia University Press.
- Kratochwil, E. (1986). "Of systems, boundaries, and territoriality: An inquiry into the formation of the state system". *World Politics* 34: 27-52.
- Kuroda, H. (2003). "How to help the renminbi find its own level", *Financial Times*, 17 October: 15.
- Kynge, J. (2004). "China flags easing of capital controls", Financial Times 9 November: 6. Lake, D. A. (2003). "The new sovereignty in international relations", *International Studies Review* 5: 303-23.

- Langewiesche, W. (2004). *The outlaw sea: A world of freedom, chaos, and crime*. New York: North Point Press.
- Leblang, D. (2003). "To devalue or defend? The political economy of exchange rate policy", *International Studies Quarterly* 47: 533-59.
- Lévy, J. (2001). "A user's guide to world-spaces". In *From geopolitics to global politics: A French connection*, ed. J. Levy, 67-84. London: Frank Cass.
- Lincoln, B. (1994). *Authority: Construction and corrosion*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lind, M. (2004). *Popular sovereignty, divisible sovereignty and the future of world order*. New Haven, CT: Yale Legal Theory Workshop, 6 May.
- Linklater, A. (1998). *The transformation of political community*. Cambridge, U.K.: Polity.
- Locke, J. (1690/2003). "The second treatise". In *Two treatises of government and a letter concerning toleration*, ed. I. Shapiro, 100-209. New Haven, CT: Yale University Press.
- Luke, T. W. (1996). "Governmentality and contragovernmentality: Rethinking sovereignty and territoriality after the Cold War", *Political Geography* 15: 491-507.
- Luke, T. W, y G. O Tuathail. (1998). "Global flowmations, local fundamentalisms, andfast geopolitics: 'America' in an accelerating world order". In *An unruly world? Globalization, governance and geography*, ed. A. Herod, G. O Tuathail, and S. Roberts, 72-94. London: Routledge.
- Major, T. (2003). "Duisenberg warns EU ministers over deficit rules", *Financial Times* 31 October: 3.
- Mann, M. (1984). "The autonomous power of the state: its origins, mechanisms and results", *European Journal of Sociology*, 25:185-213.
--- (1993). *The sources of social power, Vol. II: The rise of classes and nation-states, 1760-1914*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Martin, R. (1994). "Stateless monies, global financial integration and national economic autonomy: The end of geography?" In *Money, power and space*, ed., S. Corbridge, R. Martin, y N. Thrift, 253-78. Oxford, U.K.: Blackwell.
- Mason, M. (2001). "Transnational environmental obligations: Locating new spaces of accountability in a post-Westphalian global order", *Transactions of the Institute of British Geographers* 26:407-29.
- Maxfield, S. y J. H. Nolt. (1990). "Protectionism and the internationalization of capital: U.S. sponsorship of import substitution industrialization in the Philippines, Turkey, and Argentina", *International Studies Quarterly* 34:49-81.
- McGregor, R. (2003). "Beijing fails to dent steel industry's rapid expansion", *Financial Times* 30 October: 14.

- McKinnon, R. (2001). "The international dollar standard and sustainability of the U.S. current account deficit". *Brookings Panel on Economic Activity: Symposium on the U.S. Current Account*. Washington, DC: Brookings Institution.
- Melzer, S. E. y K. Norberg, eds. (1998). F*rom the royal to the republican body: Incorporating the political in seventeenth and eighteenth century France*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Mills, K. (2000). "Sovereignty eclipsed? The legitimacy of humanitarian access and intervention", *Journal of Humanitarian Assistance*. http://www.jha.ac/articles/a019.htm (last accessed 28 June 2004).
- Mulligan, S. (2004). "Questioning (the question of) legitimacy in IR: A reply to Jens Steffek", *European Journal of International Relations* 10: 475-84.
- Murphy, A. B. (1994). "International law and the sovereign state: challenges to the status quo". In R*eordering the world: Geopolitical perspectives on the 21st century*, ed. G. J. Demko and W. B. Wood, 209-24. Boulder, CO: Westview Press.,
--- (1996). "The sovereign state system as political-territorial ideal: historical and contemporary considerations". In *State sovereignty as social construct*, ed. T. J. Biersteker y C. Weber, 81-120. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Näsström, S. (2003). "What globalization overshadows", *Political Theory* 31:808-34.
- Neocleous, M. (2003). "Off the map: On violence and cartography". *European Journal of Social Theory* 6: 409-25.
- Newman, D. (2001). "Boundaries, borders, and barriers: changing geographic perspectives on territorial lines". In *Identities, borders, orders: Rethinking international relations theory*, ed. M. Albert, D. Jacobson, y Y. Lapid, 137-51. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Offner, J.M. y D. Pumain, eds. (1996). *Territoires et reseaux. Significations croisees* [Territories and networks: Intersecting meanings]. Tour d'Aigues: IAube.
- Ong, A. (1999). *Flexible citizenship: The cultural logics of transnationality*. Durham, NC: Duke University Press.
- Osiander, A. (2001). "Sovereignty, international relations, and the Westphalian myth", *International Organization* 55: 251-87.
- Paasi, A. (1999. "Boundaries as social processes: territoriality in the world of flows". In *Boundaries, territory, and postmodemity*, ed. D. Newman, 69-88. London: Frank Cass.
- Palen, R. (2002). "Tax havens and the commercialization of state sovereignty", *International Organization* 56: 151-76
- Porter, R. D. y R. A. Judson. (1996). "The location of U.S. currency: How much is abroad?" *Federal Reserve Bulletin* 82/ 10: 883-903.

- Priest, D. y J. Stephens (2004). "The secret world of U.S. interrogation: Long history of tactics in global constellation of detention centers is coming to light", *Wall Street Journal Europe* 12 May: A3.
- Roberts, S. (1994). "Fictitious capital, fictitious spaces: the geography of offshore financial flows". In *Money, power and space*, ed. S. Corbridge, R. Martin, y N. Thrift, 91-115. Oxford, U.K.: Blackwell.
- Rosenberg, E. (1985). "Foundations of US international financial power: Gold standard diplomacy, 1900-1905". Business *History Review* 59: 169-202.
--- (1999). *Financial missionaries to the world: The politics and culture of dollar diplomacy, 1900-1930*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Ruggie, J. G. (1982). "International regimes, transactions, and change: Embedded liberalism in the postwar economic order", *International Organization*, 36: 379-415.
- Runciman, D. (2003). "The concept of the state: The sovereignty of a fiction". In *States and citizens: History, theory, prospects*, ed. Q. Skinner y B. Strath, 28-38. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Sachs, J. y E. Larrain. (1993). *Macroeconomics in the global economy*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Sack, R. D. (1983). "Human territoriality: A theory", *Annals of the Association of American Geographers* 73: 55-74.
--- (1986). *Human territoriality: Its theory and history*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Schmitt, C. (1985). *Political theology: Four chapters on the concept of sovereignty*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Scott, A. J. (1998). *Regions and the world economy*. Oxford, U.K.: Oxford University Press.
- Shemek, D. (2002). *Intro to Stately bodies: Literature, philosophy, and the question of gender*, by A. Cavarero, 1-11. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Sidaway, J. D. (2003). "Sovereign excesses? Portraying postcolonial sovereignty-scapes", *Political Geography* 22: 157-78.
- Simmons, B. A. (2000). "The legalization of monetary affairs", *International Organization* 54: 573-602.
- Sinclair, T. J. (2000). "Reinventing authority: Embedded knowledge networks and the new global finance". *Environment and Planning C: Government and Policy* 18: 487-502.
- Singer, P. W. (2004). *Corporate warriors: The rise of the privatized military industry*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Skinner, Q. (1999). "Hobbes and the purely artificial person of the state", *Journal of Political Philosophy* 7: 1-29.

- Slater, D. (1997). "Geopolitical imaginations across the North South divide: Issues of difference, development and power", *Political Geography* 16: 631-53.
- Slaughter, A.M. (2004). "Disaggregated sovereignty: Towards the public accountability of global government networks", *Government and Opposition* 39: 159-90.
- Slaughter, A.M. y W. Burke-White. (2000). "Judicial globalization", *Virginia Journal of International Law* 40: 1103-15.
- Smith, A. T. (2003). *The political landscape: Constellations of authority in early complex polities*. Berkeley: University of California Press.
- Spruyt, H. (1994). *The sovereign state and its competitors: An analysis of systems change*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Stacy, H. (2003). "Relational sovereignty", *Stanford Law Review* 55: 2029-59.
- Strange, S. (1994). "From Bretton Woods to the casino economy". In *Money, power and space*, ed. S. Corbridge, R. Martin, and N. Thrift, 49-62. Oxford, U.K.: Blackwell.
- Swann, C. (2003). "US risks paying high price for calls over currency flexibility", *Financial Times* 26 September: 6.
- Taylor, A. M. (2004). "Global finance: Past and present". *Finance and Development* March: 24-31.
- Teschke, B. (2002). "Theorizing the Westphalian system of states: International relations from absolutism to capitalism". *European Journal of International Relations* 8: 5-48.
--- (2003). *The myth of 1648: Class, geopolitics and the making of modern international relations*. London: Verso.
- Thaa, W. (2001). ""Lean citizenship": The fading away of the political in transnational democracy". *European Journal of International Relations* 7:503-23.
- Thrift, N. (1994). "On the social and cultural determinants of international financial centers: The case of the City of London". In *Money, power and space*, ed. S. Corbridge, R. Martin, y N. Thrift, 327-55. Oxford, U.K.: Blackwell.
- Underhill, G. R. D. (2002). "Global integration, EMU, and monetary governance in the European Union: The political economy of the 'stability culture'", In *European states and the Euro*, ed. K. Dyson, 31-52. Oxford, U.K.: Oxford University Press.
- Wachtel, H. M. (2003). "Not yet the almighty Euro", *Le Monde Diplomatique*, October: 12.
- Walker, R. B. J. (1993). *Inside/outside: International relations as political theory*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Wang, H. (2003). "China's exchange rate policy in the aftermath of the Asian financial crisis". In *Monetary orders: Ambiguous economics, ubiquitous politics*, ed. J. Kirshner, 153-71. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Weber, C. (1995). *Simulating sovereignty: Intervention, the state and symbolic exchange*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.

- Wendt, A. (1999). *Social theory of international politics*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Widmaier, W. W. (2004). "The social construction of the "impossible Trinity": The intersubjective bases of monetary cooperation", *International Studies Quarterly* 48: 433-53.
- Wolf, M. (2004). "A global market economy needs a global currency", *Financial Times*, 4 August: 11.
- Zacher, M. W. (1992). "The decaying pillars of the Westphalian temple: Implications for international order and governance". In *Governance without government: Order and change in world politics*, ed. J. N. Rosenau y E.O. Czempiel, 58-101. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.

Capítulo 12

¿Soberanía excepcional? La Bahía de Guantánamo y el presente recolonial*

Simon Reid-Henry**

Poco tiempo después de que el gobierno de [George] Bush atacara Afganistán en octubre de 2001, surgió la problemática del creciente número de reclusos que, según el léxico inentendible de [Donald] Rumsfeld***, habían sido literalmente "levantados" durante el transcurso de la guerra contra el terrorismo[1]. Muchos de estos hombres y muchachos no pertenecían a un ejército organizado y, en varios casos, a ningún ejército. Que hayan terminado en manos de la coalición parece haber sido una mera casualidad, o más bien todo lo contrario (Gray y Cobain, 2005). No obstante, a finales de 2001, el gobierno de Bush tenía la esperanza de que la detención e interrogatorio de estos individuos proporcionaría información de inteligencia sobre Al Qaeda y otras células terroristas que, como el 11 de septiembre ya había demostrado, escaseaba (Mackay y Miller, 2004). Por eso el gobierno buscó enseguida un lugar más estable donde poner a estos individuos que las jaulas de alambre y tiendas de lona de Bagram y Kandahar.

---

* Este capítulo fue publicado en el año 2007 con el título "Exceptional Sovereignty? Guantanamo Bay and the Re-Colonial Present", en la revista Antipode39(4): 627-648. En la versión original, el autor agradece a los evaluadores anónimos de la revista Antipode por sus comentarios útiles y el aliento. Y agradece también a Gerry Kearns, Patrick Hill y Nadia Abu-Zahra por sus comentarios y valiosos consejos. Una versión anterior de la versión publicada en 2007 se presentó en la Conferencia Anual de la AAG, Chicago, en marzo de 2006.Traducido por Alejandro Caffa y Agustina Casero del Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario. Los editores del libro agradecen al autor y a la revista Antipode por su autorización para traducir y publicar este artículo.

** Departamento de Geografía, Queen Mary, Universidad de Londres, Londres, Reino Unido; s.reid-henry@qmul.ac.uk.

*** Nota del Editor: Político, funcionario de gobierno y empresario que ocupó el cargo de Secretario de Defensa de Estados Unidos 1975 a 1977 durante el mandato de Gerald Ford, y de nuevo de 2001 a 2006 durante la presidencia George W. Bush.

[1] Palabras del secretario Rumsfeld ante la Cámara de Comercio del Gran Miami, viernes 13 de febrero de 2004. Transcripción completa disponible en: defenselink.mil/transcripts/2004/tr20040213-1445.html

El lugar que eligió el Departamento de Justicia de los Estados Unidos fue su Base Naval en la Bahía de Guantánamo en Cuba, y el 12 de enero de 2002 fue trasladado ahí el primero de los nuevos prisioneros, esposado, encapuchado y en un overol anaranjado[2]. El envío de estos primeros prisioneros de la guerra contra el terrorismo provocó una inmediata ironía geográfica sobre los vestigios de la Guerra Fría y de la previa guerra hispano-estadounidense. Pero la ubicación del campo de prisioneros en Guantánamo habla sobre algo más que una simple ironía, o al menos esta se ha ido complejizado con el correr del tiempo. Estados Unidos tomó posesión de Guantánamo bajo los términos de un contrato de arrendamiento incluido en una enmienda constitucional impuesta a la República de Cuba en 1902. Y desde entonces no la ha devuelto. Es un pedacito de Estados Unidos, un punto de apoyo en la "tierra prometida" de Cuba y, sin embargo, un lugar sobre el que el gobierno cubano aún conserva "soberanía absoluta" (desde 1959 se ha negado a reconocer la validez de la base estadounidense). La bahía constituye lo que Judith Butler (2002) ha denominado concisamente "el limbo de Guantánamo" (Imagen 1).

Una de las principales lecciones del imperialismo es que la especificidad histórica y geográfica de ciertos espacios está ligada, por supuesto, a la especificidad de ciertas personas. Y como veremos, Guantánamo funciona como una perfecta negación de esta lección: ubicada entre la (extra)territorialidad estadounidense y la (pseudo)soberanía cubana, está en un gris tan indeterminado como los llamados "combatientes enemigos" y los "detenidos en el campo de batalla" recluidos allí. Pero esta indeterminación de Guantánamo y sus internos no apareció de la nada, sino que también está estrechamente vinculada al pasado imperial del territorio. En este artículo hago una serie de preguntas sobre la construcción de Guantánamo como un tipo especial de lugar imperial. Para esto, me gustaría comenzar un proyecto más abarcador que examine las formas de poder que se despliegan ahí: un poder que no representa la decisión ejecutiva del soberano (en términos de Schmitt), pero que además es parte de lo que Foucault llamaría gubernamentalidad: es en ese sentido "recolonial" (término que tomo prestado de Veracini [2005]) ya que, aunque está conectado con el pasado, también tiene algo nuevo, es como una nueva modalidad de biopoder.

[2] Por "Guantánamo" sin acento me refiero al complejo carcelario con sede en la estación naval estadounidense. Por "Bahía de Guantánamo" me refiero al territorio físico de esa parte de Cuba. Otras siglas, como GITMO y GBC, se especifican en el texto.

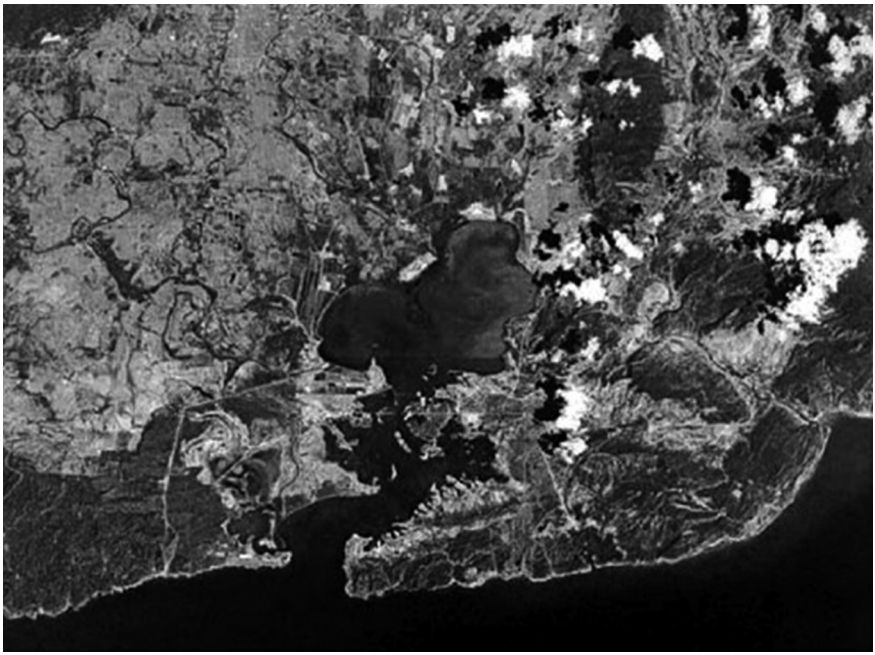


Imagen 1.
Imagen satelital de la Bahía de Guantánamo, Cuba. La formación rectangular que se aprecia en el lado sur de la bahía es el perímetro de la base estadounidense.

Soberanía excepcional

Que Guantánamo fuera percibida como una especie de limbo legal es exactamente lo que esperaba el gobierno estadounidense en 2001. A diferencia de las circunstancias en las que fueron capturados, la decisión de trasladar a los prisioneros de la guerra contra el terrorismo a Cuba no dejó nada librado al azar. Había varias alternativas, como los enclaves insulares de Tinian, Wake y Midway en el Pacífico, pero el Departamento de Justicia de Estados Unidos las rechazó en favor de Guantánamo. En el memorándum del 9 de enero, se eligió a Guantánamo o la "GBC" (Guantánamo Bay Cuba) como la llamaron los Fiscales Generales Adjuntos, Patrick Philbin y John Yoo, porque la naturaleza ambigua del territorio permitía que las personas detenidas ahí estuvieran fuera del alcance jurídico de "cualquier tribunal federal de distrito".

Debido a la naturaleza específica del contrato de arrendamiento por el cual Estados Unidos tomó posesión de Guantánamo, esta pequeña parcela de tierra no

formaba parte del territorio soberano de Estados Unidos propiamente dicho. En consecuencia, Philbin y Yoo sugirieron que cualquier cosa que sucediera en ese lugar no estaría sujeta a la supervisión judicial de los tribunales estadounidenses[3]. A lo largo del memorándum se observa cómo los dos legalistas sacan a la "GBC" de su contexto histórico y se apoyan en un discurso de *excepcionalidad* que tiene sus orígenes en la práctica imperial estadounidense. La GBC "contrasta de manera radical con el estatus de las Islas Filipinas" (p. 32), señalaron, invocando un discurso imperialista que ocultaba la naturaleza controvertida de la relación entre Filipinas y los Estados Unidos. "[E]l 'interés' que se tiene hoy en la GBC es *notablemente diferente*" del que se tuvo en los territorios filipinos (p. 33, la cursiva es mía). Además, agregaron que la "GBC no está incluida dentro del territorio definido de ningún distrito en particular".

Después de haber reconstruido históricamente la GBC como un espacio físico único, Philbin y Yoo se encargaron de remover el campo de detención estadounidense ubicado ahí (GITMO, Guantánamo Bay Detention Camp) de acuerdos jurídicos previos, como los que extienden los derechos de los trabajadores a todas las bases estadounidenses en el extranjero[4]; los relativos a la aplicación de aranceles a los territorios estadounidenses de ultramar[5] o los que confirman los derechos de los exdetenidos de los mismos bloques de celdas que pronto serían reacondicionados y ampliados para el este propósito[6]. El resultado de este retoque histórico, como sostiene Johns (2005), quedó lejos de la apariencia fantasmal de una especie de "agujero negro" legal.

De esta manera, Guantánamo surge como una laguna jurídica cuidadosamente construida; producto de una serie de intervenciones político-jurídicas deliberadas, o incluso, como Philbin y Yoo la llamaron, parte de un "sistema" legal completamente nuevo. En síntesis, la Bahía de Guantánamo fue reconstruida de manera tal que permitió

---

[3] Philbin y Yoo citaron a la propia Corte Suprema para respaldar su afirmación: "la determinación de la soberanía sobre un área le corresponde al legislativo y al ejecutivo" (Memorandum for William J Haynes II, General Counsel, Department of Defense, regarding possible Habeus jurisdiction over aliens held in Guantanamo Bay, Cuba; Patrick F. Philbin, Deputy Assistant Attorney General and John C Yoo, Deputy Assistant Attorney General, US Dept of Justice, *Torture Papers*, p 31). La base de estos memorandos fue una interpretación libre del caso Johnson vs. Eisentrager (1950, 339, US 763), en el que a los soldados alemanes capturados en China tras la Segunda Guerra Mundial se les negó el derecho a presentar recursos de Hábeas Corpus para impugnar su detención aduciendo que, al haber sido capturados en Alemania, estaban fuera de la "jurisdicción territorial" de los EE. UU. Con esta lectura se cartografió luego el territorio problemático de la Bahía de Guantánamo, para construirlo también como un lugar por fuera de la jurisdicción territorial de Estados Unidos.

[4] Por ejemplo, Vermilya-Brown Co vs. Connell, 335 US 377, 380 (1948).

[5] Por ejemplo, *Customs Duties-Goods Brought into United States Naval Station at Guantanamo Bay, Cuba,* 35 Op Att'y Gen 536 (1929).

[6] Por ejemplo, Haitian Centres Council Inc vs. Sale, 823 F.Supp.1028 (FDNY, 1993).

al gobierno de Bush abordar nuevas formas de subjetividad colonial y expandir sus capacidades para actuar como soberano más allá de sus propias fronteras (Margulies, 2004).

Pero el memorándum del 9 de enero no fue la primera ocasión en que se presentaba geográficamente a Guantánamo como punto central desde donde proyectar el poder imperial estadounidense. Desde que Estados Unidos estableció por primera vez una base militar allí en 1903, esta parcela de tierra ha tenido un papel importante en los esfuerzos por aplacar la revolución dominicana o lidiar con la problemática de los inmigrantes haitianos. Pero Guantánamo ha tenido un propósito histórico mucho más importante que el de ser un escenario extraterritorial para la proyección del poder imperial estadounidense o, al menos, hay corrientes más profundas que dan forma a la condición actual de soberanía, (extra)territorialidad y poder que se desarrolla allí. De hecho, como este artículo intenta sugerir, es como si el último siglo de dominio imperial estadounidense se hubiera comprimido, siendo Guantánamo el eje histórico que conecta la expansión hacia el Viejo Oeste en el siglo XIX con la consumación de la Doctrina del destino manifiesto de Adams, habiéndose desplazado este proyecto en el siglo XXI hacia Afganistán e Irak, en articulación espacial de lo que Derek Gregory denomina "el presente colonial". Al mismo tiempo, también es un eje geográfico que hace posible volver a desplegar nuevas formas de poder estatal "en casa".

Bahía de Guantánamo, Homo Sacer y el Estado de Excepción

¿Cómo se entiende la detención de aproximadamente 500 personas en la Bahía de Guantánamo a la luz de estas lógicas geopolíticas más amplias? Muchos de los autores que han abordado esta cuestión han recurrido, y con razón, a la obra del filósofo político Giorgio Agamben, quien busca elaborar una teoría del poder estatal enfocada en lo que él identifica como la relación "central" entre el soberano y sus ciudadanos, de la que se desprende el *homo sacer* (1996), creación del derecho romano. Esta figura aparece como despojada de todos los derechos políticos y literalmente expulsada de la polis; puede ser asesinada pero no sacrificada. Resulta fácil ver cómo esto resuena en el caso de los detenidos de la Bahía de Guantánamo. Como explica Slavov Zizek: "un miembro conservador del Congreso de los Estados Unidos designó recientemente a los prisioneros de Guantánamo como 'los que no fueron alcanzados por las bombas' y, por lo tanto, han perdido su derecho a vivir, al hacerlo evocó casi de manera literal la noción agambeana de *homo sacer*"[7]. Agamben

[7] La misma evocación de nuda vida, en el libro de Agamben de 1998, hace eco, increíblemente, en las palabras del experto en antiterrorismo de la CIA, Michael Scheuer, quien se retiró de la agencia en 2004 y comentó a la revista *The New Yorker*: "Cuando se violan los derechos de un detenido 'de ninguna manera' se puede reintegrarlo al sistema judicial 'tampoco se puede matarlo'. Y agregó: 'Lo único que hicimos fue crear una pesadilla'" (Scheuer, citado en Mayer, 2005).

elabora esta figura en su trabajo posterior, *Estado de Excepción* (2005), un análisis histórico del poder latente para suspender la ley que suele brindarles a los ciudadanos protección frente al poder soberano (a la vez que los vincula a este). El autor brinda ejemplos históricos de varios estados de emergencia que se corresponden con esta noción de estado de excepción y, sobre esta base, sugiere que es cuando esos poderes de emergencia están en vigor que los ciudadanos son más vulnerables a ser (re)constituidos como simple nuda vida. Hasta cierto punto, *Estado de Excepción* es, por lo tanto, un intento de reflexionar sobre las condiciones de existencia de nuda vida dentro de esa estructura de relaciones entre poder soberano, ciudadano y territorio que determina las condiciones normales (y anormales) de vida en la política moderna. Debido a que Estados Unidos tiene el control total sobre la Bahía de Guantánamo y ya que, a diferencia de otros campos de detención en el mundo, la soberanía absoluta le corresponde a Cuba, este lugar suele entenderse como un "espacio de excepción" en el que los detenidos pueden ser considerados como "simple nuda vida", a la manera que describe Agamben (Gregory, 2004a, 2004b; Michaelson y Shershaw, 2004; cf. Johns, 2005).

En muchos aspectos, las ideas de Agamben pueden resultar muy útiles para entender lo que está sucediendo en Guantánamo. También ponen de manifiesto las razones por las que deberíamos estar profundamente preocupados. Pero, como pretendo demostrar en este artículo, la cárcel es menos y más de lo que sugieren estos relatos. Es menos porque funciona como un "espacio de excepción" bastante específico; la articulación geográfica de un "estado de excepción" jurídico-político más generalizado que surgió después del 11 de septiembre. Este hecho suele quedar relegado por la tendencia del discurso legal de presentar a Guantánamo no solo como un "espacio de excepción" sino también como un "no lugar"; un lugar fuera de la historia y la geografía. La organización Human RightsWatch, como sugiere Patrick Hill, por ejemplo, lo entiende esquivamente como "accidentes de la geografía", mientras que Gerald Neumann, jurista influyente, habla de "accidentes históricos" y el propio Tony Blair opta por distanciarse moralmente con el término "anomalía". El exjuez del Tribunal Superior del Reino Unido, Johan Steyn, también lo describe como un "agujero negro legal" (Steyn, 2004), mientras que Joseph Margulies, uno de los abogados litigantes clave del caso judicial sobre Guantánamo en los EE. UU., habla de "una prisión fuera de la ley" (Margulies, 2006)[8]. El imaginario geográfico imperial es tan fuerte que tanto

[8] Kaplan (2005, 856) señala acertadamente que "agujero negro" no es solo un término astronómico, sino que tiene una historia imperial previa, según las descripciones del "agujero negro de Calcuta", donde el Nabab de Calcuta habría encarcelado a 100 europeos en 1756.

la construcción jurídica de la cárcel como su crítica jurídica están empantanadas en las mismas arenas epistemológicas.

Hay además una tendencia a ocultar Guantánamo que se hace visible en muchos relatos académicos, y con mayor frecuencia en aquellos con guiños al trabajo de Agamben: por eso se la describe como un "agujero negro" (Fletcher, 2004; Michealson y Shershow, 2004) o nuevamente, como un "limbo legal" constituido de formas diversas (Butler, 2002; Greenwood, 2002), todas construcciones que operan bajo la idea general de Agamben de "espacios de excepción". Uno de los problemas con este tipo de lenguaje es que Guantánamo tiende a convertirse en una caja negra no solo para académicos críticos sino también para el discurso legal. Incluso las descripciones anteriores de Derek Gregory (2003, 2004a) se adecuan a este pensamiento:

> "Prisioneros de una guerra contra el terrorismo que no eran prisioneros de guerra, fueron retenidos en un 'no lugar', fuera del alcance de las leyes estadounidenses o internacionales, y se le negó el acceso a cualquier sistema competente de justicia imparcial" (Gregory, 2004a, 319).

En *Vanishing Points*, su trabajo más reciente, Gregory (2006) describe varios de los aspectos que hago explícitos aquí: ubica a Guantánamo en un contexto histórico y geográfico preciso e identifica los procesos que la unen con Abu Ghraib, por ejemplo.

Pero el punto es que las anomalías geopolíticas o legales como la Bahía de Guantánamo no pueden ser "no lugares"[9]. Cuentan con una historia y una geografía que configuran los usos que se les da en el presente; son, como expresó un comentarista sobre Guantánamo, "ultramodernos y muy antiguos" (Veracini, 2005) o, como sostiene Katharyne Mitchell (2006)[10], también están materializados. Si Judith Butler (2004) tiene razón al señalar que en el momento presente del imperialismo deberíamos esperar muchas más (y no menos) Bahías de Guantánamo, deberían surgir más voces críticas que analicen cómo estos espacios excepcionales son producidos, y si son tan excepcionales después de todo[11]. Es decir, es necesario examinar los mecanismos geográficos detrás de la producción de la nuda vida y el hecho de que sean

[9] Katharine Mitchell argumenta, con mucha razón, que el "excepcionalismo" está incorporado y, por lo tanto, "el estado de excepción es profunda e inherentemente diferencial y su poder y legitimidad derivan de las jerarquías de la diferencia ya incorporadas" (2006, 103).

[10] Cf. Claudio Minca (2005) para una mayor elaboración sobre el tema.

[11] Si bien este artículo se centra en la Bahía de Guantánamo, debe considerarse en cualquier caso como parte de una red más amplia de espacios: prueba de esto es Mayor Geoffrey Miller, excomandante del campo de detención en la Bahía de Guantánamo, enviado a "GITMOciar" la prisión de Abu Ghraib en Irak.

espacios de excepción constituidos de manera diversa, cuya *particularidad* es parte de su propio funcionamiento.

La lógica del campo

Varios autores ya han comenzado a estudiar esta lógica. Por ejemplo, Magnus Fiskesjo (2003) ha abordado cómo la detención de personas en la Bahía de Guantánamo está habilitada por una política espacial específica. Demuestra cómo el gobierno de los Estados Unidos representa a los terroristas como bárbaros (el "otro" histórico del soberano) y cómo la Bahía cumple con la espacialización necesaria de esta política al poner a los bárbaros tras las rejas. Aquí los terroristas-bárbaros ya no son una simple amenaza, sino que se convierten en un concepto límite muy específico, son el "otro" anárquico del soberano, que ayuda a definir el imperio de la ley en casa. Lo que se busca, como expresa Fiskesjo, es volvernos a "todos prisioneros de Guantánamo". Hay una sutileza considerable en esto, pero que no se termina de comprender, ¿cómo la detención y el trato de las personas capturadas en la guerra contra el terror también hace posible un tratamiento particular de los ciudadanos americanos cuyos derechos están siendo reconfigurados más profundamente en su orden con el fin de atacar judicialmente sus posibilidades? En una línea diferente, Judith Butler (2002) también se centra en la política espacial de la Bahía de Guantánamo, haciendo especial énfasis en los Convenios de Ginebra que, dice, apoyan inadvertidamente las ambiciones imperiales del gobierno de Bush. Tomando los Convenios como un texto que materializa y (re)produce las relaciones políticas, Butler muestra cómo respaldan una *realpolitik* vinculada con el territorio, que está en desacuerdo con la guerra continua y, en cierta medida, posnacional contra el terrorismo. Los Convenios de Ginebra, dice Butler, están:

> "basados en una noción muy anticuada de la guerra y empapados de prejuicios contra el Estado-nación, [lo que] dificulta que los prisioneros de guerra que no pertenecen a Estados reconocidos con ejércitos puedan reclamar protección bajo el derecho internacional" (2002, 1).

Esta situación, a su vez, facilitó que el gobierno de Bush les negara derechos humanos básicos a los detenidos de la Bahía de Guantánamo, alegando que no forman parte de ningún ejército nacional[12].

[12] Sin embargo, vale la pena citar la crítica de Michaelson y Shershaw (2004, 5) a Butler (también en diálogo con Agamben). Plantean que esta autora "no reconoce que los prisioneros de Guantánamo están fuera y dentro del imperio de la ley". Cf. cap. "Indefinite Detention" en Butler (2004).

El trabajo de ambos autores sugiere posibles caminos a seguir para una investigación geográfica que explique mejor la importancia de Guantánamo al reconocer su soberanía excepcional pero no tomar 1903 como la única respuesta relevante. En el caso de Fiskesjo, se apunta a las formas en que la relación soberano-ciudadano que Agamben toma como punto central de su análisis se inscriben geográficamente. Blutler, por su parte, sugiere que las arquitecturas histórico-geográficas más abarcativas (como el sesgo orientalista de los Convenios de Ginebra, supuestamente universales) politizan aún más esa relación soberano-ciudadano geográficamente inscripta. Además, resulta fructífero relacionar estas ideas con las de Amy Kaplan (2005; 2003), quien quizás sea la autora que más hincapié ha hecho en la construcción histórica de la Bahía de Guantánamo como parte de esta geografía imperial.

Kaplan (2005) amplía algunas nociones de Butler sobre la inscripción territorial de legalidades construidas culturalmente, en estrecha relación con algunos de los principales debates legales sobre la Bahía. En sus palabras, "La problemática del imperio muy rara vez ha entrado en los debates legales importantes sobre el campo de prisioneros de Guantánamo" (2005, 833), aunque debería: "La ubicación geográfica e histórica de Guantánamo proporciona las bases legales y políticas para el actual régimen penal violento" (*ibid.*). Kaplan demuestra, a través de una lectura textual atenta de los autos caratulados Rasul vs. Bush, cómo el pasado continúa interpelando al presente. Este fue un caso legal histórico presentado por algunos de los detenidos para impugnar su encarcelamiento, y que fue escuchado por la Corte Suprema de los Estados Unidos en abril de 2004. La autora demuestra que el debate de los jueces se basó en una construcción específicamente imperial del espacio de la Bahía de Guantánamo y rastrea este hecho hasta al veredicto final que, sostiene, respalda el esfuerzo imperial de Estados Unidos, pero al mismo tiempo pretende defender los derechos de los detenidos porque no resuelve la antigua cuestión de si la constitución tiene o no que "ir detrás de la bandera" cuando se trata de hazañas militares (o de otro tipo) en el extranjero. El brillante artículo de Kaplan pone de manifiesto la importancia de recuperar la historia casi olvidada de la Bahía de Guantánamo para comprender cómo funciona en el presente.

En las siguientes líneas, quisiera desarrollar una historia geográfica más detallada de la Bahía de Guantánamo y vincularla con algunas ideas teóricas *agambeanas* sobre su funcionamiento en el contexto actual de las relaciones fluctuantes entre soberanos y ciudadanos en la guerra contra el terrorismo[13]. Si bien Kaplan hace explícitas

[13] Kaplan no menciona el trabajo de Agamben, a pesar de las numerosas similitudes.

sus sensibilidades geográficas con el título de su artículo: "Where is Guantánamo?" [¿Dónde está Guantánamo?], esta es solo una parte de la pregunta (evita lo relacionado con el despliegue de poder dentro de la base); asimismo, los trabajos que aplican las ideas teóricas de Agamben para preguntar"qué es Guantánamo" también tratan solo una parte del interrogante (manifiestan una definición ahistórica y a veces bastante abstracta de Guantánamo como "el campo"). Por lo tanto, lo que me interesa abordar en este artículo es "¿cómo la historia (imperial) y la geografía de la Bahía de Guantánamo configuran la lógica de su funcionamiento en el presente?".

El pasado de Guantánamo

No se puede contar ningún relato histórico sobre este lugar sin describir primero su aspecto más básico. Sus 117 kilómetros cuadrados no son poca cosa: es más grande que Manhattan y apenas mide menos del doble que el centro de Londres. La demarcación de esta área bajo autoridad estadounidense estableció una frontera recta de 28 kilómetros con Cuba (ver Mapa 1). Así como Philbin y Yoo luego extirparían al GBC del pasado legal de GITMO (la Estación Naval de los EE. UU.), esta demarcación de GITMO recortó antes el suelo cubano de la Bahía de Guantánamo: "Partiendo de un punto de la costa sur situada a 4,37 millas marítimas al este del faro de la 'Punta de Barlovento', una línea que corre en dirección Norte (franco) por una distancia de 4,25 millas marítimas" y así sigue la historia oficial de la base de los Estados Unidos (Murphy, 1953, citado en Hill, 2006, 26)[*]. Esta frontera entre la base estadounidense y el resto de Cuba es uno de los lugares más minados del planeta (Ricardo, 1994) y una de las zonas fronterizas donde más se ha invertido en términos simbólicos.

"Una pequeña guerra espléndida"

La Bahía de Guantánamo tiene una larga y dolorosa historia imperial relacionada con imperios del pasado y del presente: británico, español, estadounidense y soviético. Colón desembarcó allí en 1494 en su segundo viaje al Nuevo Mundo (la describió como un lugar deprimente); luego, en 1741 llegó un escuadrón de la Flota Británica bajo el mando del almirante Edward Vernon, quien trató de utilizarla como base desde la cual poder conquistar el este cubano (Gott, 2005, 39). Se retiraron antes de que la fiebre amarilla causara estragos a fines de ese año, y dejaron un pequeño asentamiento, Cumberland, que luego se llamó Caimanera (ver Imagen 2) y que,

[*] "Convenio para arrendar tierras para estaciones carboneras y navales, 23 de febrero de 1903, Estados Unidos-Cuba, Art I.1.". En Lazcano y Mazón, A. M. (1952) Las constituciones de Cuba. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica. p. 1037.

durante la primera mitad del siglo XX, sería de utilidad para la base estadounidense que se estableció ahí.

Capitales estadounidenses monopolizaron la industria azucarera cubana, a medida que el interés por la isla crecía significativamente durante el siglo XIX, de hecho, gran parte del azúcar se exportaba por barco desde Caimanera.

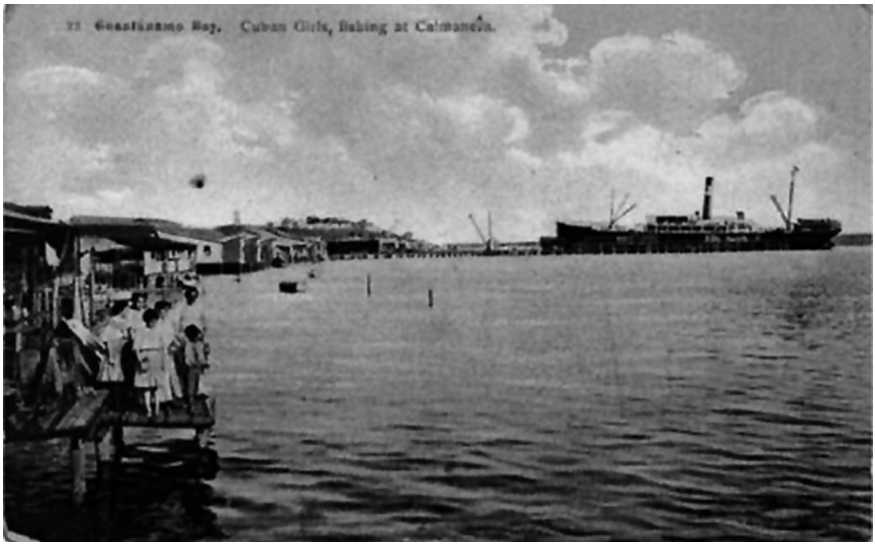


Imagen 2. Vista desde Caimanera en la parte interior cubana de la Bahía, c. 1900.

Habiendo culminado las dos primeras guerras de independencia cubanas (la Guerra de los Diez Años de 1868-1879 y la Guerra Chiquita de 1879-1880), los estadounidenses finalmente intervinieron en la guerra de independencia de 1895-1898[14], dejando estacionados a unos 600 soldados del Cuerpo de Marines en Guantánamo en junio de 1898 para comenzar su campaña en la Guerra hispano-estadounidense (ver Imagen 3). Desde ese momento, el ejército se dispuso a reclamar Cuba como la primera posesión de Estados Unidos en el extranjero.

[14] Durante ese período, y bajo el mando del general Valeriano Weyler, los españoles implementaron la infame política de "re-concentración": los rebeldes cubanos fueron literalmente acorralados en campos de concentración donde miles de ellos murieron de hambre. Esta política se implementó de manera más feroz en la región que rodea a Guantánamo.



Imagen 3.
Escena en la Estación Naval de EE. UU., Guantánamo, c. 1900.

A pesar de la retórica de apoyo hacia los cubanos en su lucha por la independencia contra los españoles, las acciones de los Estados Unidos fueron impulsadas por la opinión predominante de que Cuba les pertenecía legítimamente. La incorporación de la isla (en ambos sentidos de la palabra) era un "deber que no se podía eludir" como lo expresó el propio Roosevelt, y donde "el interés comercial" ocupaba un lugar primordial[15]. Pero el capital fue impulsado por los dos carriles del imperio estadounidense: la necesidad de asegurar tanto las regiones del Atlántico como del Pacífico (la intervención en Cuba era una forma de involucrar a España en una guerra generalizada que les permitiría atacar a los españoles en Manila y así ganar un puerto marítimo clave para su visión de control del Pacífico (cf. Van Alstyne, 1960) y el siempre presente discurso de superioridad racial (en 1897, el Subsecretario de Guerra, J. C. Breckinridge, había asegurado que Cuba era un lugar "bestial", lleno de negros y mestizos y, por lo tanto, necesitaba una limpieza antes de ser incorporado al territorio (Ferrer, 1999). El final de la guerra se produjo pocos meses después del primer desembarco de tropas estadounidenses en la Bahía de Guantánamo y

[15] Palabras del entonces secretario Taft, citado en "Cuba's Last Show", artículo publicado en un periódico sin nombre de La Habana, Tomás Estrada Palma Collection, Cuban Heritage Center Digital Collection, disponible en: https://digitalcollections.library.miami.edu/digital/collection/chc0460/id/591/rec/1

estuvo enmarcado en el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898. Los representantes cubanos fueron excluidos de las conversaciones de paz y Cuba, casi sin miramientos, fue entregada a Estados Unidos.

La Enmienda Platt

Estados Unidos ocupó Cuba durante tres años, hasta que finalmente acordó retirar sus tropas, con la condición de que se aceptara una enmienda a la constitución cubana que le aseguraría a Washington retener la autoridad de intervenir militarmente cuando fuera necesario y supervisar la economía del país. Esta fue la célebre Enmienda Platt, que legalizó retroactivamente la intervención de Estados Unidos y limitó los derechos de Cuba a celebrar tratados, o incluso a establecer reformas de saneamiento sin el consentimiento del país del norte. Además, obligó a la isla a arrendar varias parcelas de tierra a Estados Unidos con el fin de establecer una base naval. El 24 de marzo de 1902, en una reunión en la Casa Blanca, el presidente Roosevelt le dijo a Tomás Estrada Palma, su par recientemente instalado en Cuba, cuáles eran los lugares que habían elegido para emplazar las estaciones de carbón y las bases navales: las bahías de Cienfuegos y Guantánamo en la costa sur, y las bahías de Nipe y Honda en la costa norte (Ricardo, 1994). Frente de la "posibilidad de elegir" entre aceptar los términos de la Enmienda Platt o continuar con el gobierno militar, la Asamblea Constituyente de Cuba, responsable de hacer todo lo posible para garantizar que la constitución impuesta fuera operativa, accedió a la inclusión de la Enmienda Platt como nota al pie de la constitución de la nueva república (Pérez, 1986). La situación se confirmó en el Tratado Permanente de 1903 y ambos documentos fueron entregados oficialmente en el mediodía del 12 de diciembre de 1903. Según los términos del acuerdo, "los Estados Unidos reconocen por su parte la continuación de la soberanía definitiva de la República de Cuba sobre [las áreas arrendadas]"*, mientras que "la República de Cuba consiente, por su parte, en que durante el período en que los Estados Unidos ocupen dichas áreas [...] los Estados Unidos ejerzan jurisdicción y señorío completos sobre dichas áreas"...[16]. Esta toma de la Bahía de Guantánamo fue precisamente la toma de otra "suerte de afuera" a la que Harvey (2003, 141) hace referencia, una frase que de hecho tiene una gran resonancia con la tesis de Agamben.

---

* "Convenio para arrendar tierras para estaciones carboneras y navales, 23 de febrero de 1903, Estados Unidos-Cuba, Art I.1.". En Lazcano y Mazón, A. M. (1952) Las constituciones de Cuba. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica. p. 1037.

16 Convenio para arrendar tierras para estaciones carboneras y navales, 23 de febrero de 1903, Estados Unidos-Cuba, Art III.

El 2 de julio de 1906 se firmó un nuevo contrato de arrendamiento (antes de una nueva intervención militar estadounidense) de las bahías de Guantánamo y Honda por USD 2000 al año. En 1912, EE.UU. extendió el tamaño del área arrendada en Guantánamo a cambio de ceder la de Honda, luego de que Roosevelt redactara una nota al Congreso en la que describía a Guantánamo como "base estratégica y absolutamente necesaria" para controlar el Caribe y la ruta hacia el Canal de Panamá[17]. Ese mismo año, las tropas estadounidenses impidieron un levantamiento en Santiago sin autorización del gobierno cubano. A partir de este hecho se le empezaría a dar a Guantánamo un uso cada vez mayor como plataforma desde donde lanzar invasiones en toda la región, que incluyeron las de República Dominicana, Haití, Nicaragua, México y Panamá. La revolución cubana de 1933 obligó a Roosevelt a proponer la "política del buen vecino", lo cual significó la firma del Tratado de Reciprocidad Comercial de 1934 con la isla. La enmienda Platt y el Tratado Permanente de 1903 fueron derogados de manera oficial, excepto por las estipulaciones sobre la Bahía. El Acuerdo Complementario, así se lo llamó, fue anexado al Tratado de 1903, por el cual se estipuló que el contrato de arrendamiento podría ser modificado o rescindido solo con consentimiento mutuo de ambas partes y otorgó a los Estados Unidos el derecho exclusivo de enjuiciar a toda persona que cometa delitos dentro de la Bahía de Guantánamo. En muchos relatos, la historia tiende a detenerse aquí, porque lo anterior sirve para respaldar el argumento de la "soberanía excepcional". Sin embargo, hay al menos dos hechos más que son cruciales en la historia de la Bahía de Guantánamo y poco nombrados en la literatura.

De "inmigrantes ilegales" a "combatientes ilegales"

El primer hecho es la llegada de Fidel Castro al poderen el apogeo de la Guerra Fría y la posterior declaración de la revolución socialista cubana. El presidente Eisenhower cortó las relaciones diplomáticas con Cuba en 1961 tras los intentos de Castro de declarar inconstitucional el control norteamericano en su país que, aunque tenían fundamento, fueron decisivamente ignorados. A partir de este momento, la Bahía de Guantánamo se mantuvo como en un estado de sitio permanente. En 1964, Castro hizo literalmente todo lo que pudo para expulsar a los estadounidenses. Por ejemplo, hizo cortar el suministro de agua, lo que obligó a la base a volverse autosuficiente, esto en pocos días. Dos Estados que, se podría decir, mantienen una relación diplomática casi inexistente pero que están sujetos a los términos de un

[17] Artículo en periódico sin nombre de La Habana, recuperado de Tomás Estrada Palma Collection, *Cuban Heritage Center Digital Collection: https://digitalcollections.library.miami.edu/digital/collection/cbc0460/id/591/rec/1*

tratado forzado y la inversión minera, y a una paradoja estructural según la cual la Cuba comunista rodea la base estadounidense, pero está a su vez cercada ella misma por el bloqueo estadounidense.

Ese bloqueo, como forma jurídico-política, está sujeto al escrutinio legal de otras naciones (a fines de la década 1990, la UE mantuvo una disputa por este tema con Estados Unidos, por ejemplo). La Bahía de Guantánamo fue siempre un espacio excepcional, ahora convertido propiamente en lo que Agamben llama un "espacio de excepción", un lugar que está tanto dentro como fuera de la ley (es decir, entre el derecho nacional y el internacional). Pero lo que mantiene esta paradoja estructural son los discursos colonialistas por los cuales la Bahía de Guantánamo fue cercenada de una "patria" y fusionada a otra. Esto quedó bien en claro con el segundo hecho del pasado de Guantánamo que quisiera traer a colación: la crisis de los refugiados de Haití.

Esta crisis, que implicó que 34.000 refugiados fueran interceptados y retenidos en Guantánamo a principios de la década de 1990, marca un punto de inflexión en las formas en que el ahora espacio excepcional de Guantánamo se desplegó dentro de los imaginarios y las materializaciones de poder estadounidense. Una vez cautivos allí, en el mismo lugar en que ahora están los prisioneros de la guerra contra el terrorismo, los refugiados recibieron, según Michael Ratner (uno de los abogados que representaba este caso contra el gobierno de los Estados Unidos), un "trato inhumano" (Ratner y Ray, 2004: xvii; Farmer, 2003). De hecho, fue con el juicio sobre los refugiados haitianos que el gobierno de Estados Unidos adoptó formalmente por primera vez la posición legal de que la Bahía de Guantánamo era una zona libre de leyes. La demanda que Ratner presentó a favor de los refugiados logró resguardar sus derechos, pero también permitió que Estados Unidos adoptara esta postura legal. No es coincidencia tampoco que durante esta época Estados Unidos volviera a interesarse en este excepcional pedazo de tierra soberana, donde los intentos por defender la ley podían coincidir con los intentos de eludirla[18].

Por lo tanto, como ha señalado Patrick Hill (2006), "el campo en [varias] formas ha sido una característica de la historia reciente de Guantánamo. En 1999, por ejemplo, había planes muy avanzados para transportar 20.000 refugiados kosovares a la base" (Hill, 2006, 31). Pero, como sugiere Ricardo, fue en principio a través de la

[18] En 1992, el Comando Supremo de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de repente comenzó a interesarse más por la Bahía de Guantánamo que en años anteriores. El entonces General Colin Powell fue el oficial militar de mayor rango que visitó la bahía; regresaría tres meses después. El almirante Edney, comandante del Comando Atlántico, realizó otras cinco visitas. En parte, estas visitas se debieron a que Guantánamo era considerado el lugar clave para lo que entonces se creía era la inminente muerte de Castro; pero también se debió a que Guantánamo y lugares como este eran cada vez más valorados en la nueva geopolítica estadounidense.

crisis de los refugiados haitianos que la Bahía de Guantánamo se convirtió en el escenario ideal para un Nuevo Orden Mundial (Ricardo, 1994, 32-38): un lugar donde desplegar nuevas tecnologías de gobierno sobre los "no ciudadanos". Para adoptar la terminología de Agamben, temporariamente, fue con la crisis de refugiados que el potencial de Guantánamo como lugar dentro y fuera de la ley se efectivizó, al acogerse a las leyes y cediendo al mismo tiempo ante las tensiones entre lo legal y la violencia. Esta crisis marca el punto a partir del cual la Bahía de Guantánamo deja de operar simplemente como una base militar (es decir, como parte necesaria de la maquinaria de violencia extraterritorial), y comienza a ser parte necesaria del aparato legal nacional. La crisis de inmigración haitiana generó una situación de indistinción entre la ley en casa y la violencia en el exterior, que sería fundamental para la segunda presidencia de Bush en su afán de expandir su poder en el extranjero. Harold Koh, profesor de derecho de Harvard, también involucrado en el caso haitiano, describió los litigios en nombre de las personas detenidas en la Bahía de Guantánamo por diversas causas como "capturados por Guantánamo". Esta acertada fórmula refleja que la ley es literalmente capturada por este espacio[19].

Analicemos cómo es que esto sucede. El liberalismo siempre se definió por la relación particular que construye entre los dos elementos clave del poder soberano, juridicismo y territorialidad. Esta relación opera a menudo en exceso, como extrajuridicismo y extraterritorialidad. Pero el gobierno de Bush presenta a Guantánamo como ambas cosas: es decir, como una preocupación legítima de la política nacional y como algo por fuera del territorio soberano de Estados Unidos propiamente dicho. Gregory (2006, 38) afirmó que los detenidos allí estaban fuera de la jurisdicción de los Estados Unidos a los efectos del Hábeas y del control jurídico nacional en las audiencias de los tribunales inferiores por el caso Rasul, incluso al ser llevados a jurisdicción estadounidense para que quedaran fuera de la competencia de la Convención contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos y Degradantes por la cual, para ser aplicable, es menester que estos hechos hayan sucedido fuera de los Estados Unidos[20]. Considero que la historia imperial de Guantánamo es justamente la causa de ese desfase. Pero a su vez esta se convierte precisamente en ese espacio que posibilita la territorialización de una "guerra de leyes", que suele ser una zona gris para la actividad clandestina, el espionaje y las operaciones encubiertas, junto a una desterritorialización de la jurisdicción local. Al estar tanto dentro como fuera

[19] Harold Hongju Koh, "A campaign in the law courts" URL: http://www.cageprisoners.com/articles.php?id=9755.

[20] Memorandum a Alberto R Gonzales, Counsel to the President del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, 1 de Agosto 2002*, Torture Papers,* pp. 172-174

de la ley, Guantánamo se convierte en un espacio en el que las leyes de guerra y las funciones biopolíticas normales del Estado pueden coincidir.

El presente de Guantánamo: La inscripción territorial de la indistinción

¿Cómo estas materializaciones e imaginarios histórico-geográficos del poder se incorporan y forman parte del día a día de la Bahía de Guantánamo en el contexto actual de la guerra contra el terrorismo? En esta última sección quiero abrir la "caja negra" de la Bahía y arrojar sobre ella algo de luz en tanto espacio vivido, según lo registrado por los abogados de derechos humanos y los detenidos liberados que cuentan con experiencias de primera mano en el campo. Intento demostrar cómo los poderes especiales del gobierno de Estados Unidos se cimentan literalmente en un espacio como este y cómo hacen uso de (y reproducen) el pasado imperial de Guantánamo en el proceso.

El discurso colonial también construye a la Bahía como un tipo particular de espacio social en el presente. Esta "geografía al interior" de Guantánamo refleja la misión imperial de la base en el hecho de que los guardias deben saludarse con el untuoso lema del campo: "¡Por honor, señor!", "¡Defender la libertad, soldado!". Pero también en la forma de nombrar los lugares, por ejemplo, la Policía Militar del Ejército en un principio estaba en "Freedom Heights" (Colinas de la Libertad), una "ciudad campamento" ubicada en las afueras del centro de detención. Estas designaciones geográficas desmienten la historia colonial de la base y la actual articulación espacial del imaginario neoconservador de la relación "vertical" entre América y sus otros "desviados". Aunque sea muy difícil acceder a información sobre la organización interna del campo, resulta posible examinar este espacio social en detalle al tomar en cuenta algunos de los testimonios de primera mano sobre la "vida" que se lleva allí. Estos relatos ponen al descubierto la relación entre cuerpos y lugares dentro de los espacios de este campo en particular.

Cuerpos

Solo a través de procesos activos de deshumanización se puede recibir el trato de nuda vida y, en la actualidad, el pasado imperial de la Bahía de Guantánamo se convierte en un componente central para deshumanizar a quienes están actualmente detenidos allí. Primero, hay que considerar la "actuación" de determinados tropos colonialistas en lo que se ha descrito como el "freak show" de Guantánamo: se habla de los detenidos como "moscas gigantes de color naranja brillante" o como el tipo de personas capaces de "morder las mangueras hidráulicas de la parte trasera de un C-17"*.

* El Boeing C-17 Globemaster III es un avión de transporte militar pesado y de largo alcance desarrollado en las décadas de 1980 y 1990 para la Fuerza Aérea de Estados Unidos. De acuerdo a El

Estas descripciones se suponen con la imagen de Breckinridge de una "Cuba bestial" en un intento por confirmar que era correcto enviar a estos individuos a ese lugar[21]. Tratar a estos hombres como animales no solo satisface la afirmación de Breckinridge, sino que también contribuye a un conjunto de discursos coloniales generalizados ya aceptados. Quizás el testimonio más significativo sea el de un exsargento del ejército que se desempeñó allí, Erik Saar. Sus relatos sobre el uso de técnicas de humillación sexual esconden una serie de tropos coloniales de espantosa crudeza, al tiempo que representan una visión orientalista del otro exótico como sexualizado[22]. Saar, también traductor, utiliza la desgarradora inmediatez del estilo indirecto para contar cómo una interrogadora intentó "quebrar" a un "detenido de alta prioridad que no cooperaba" porque, según ella, sacaba fuerzas de su fe.

> "Brooke le dio la vuelta por detrás y él alcanzó a ver como ella sacaba la mano de su pantalón. El saudí logró distinguir algo rojo que parecía sangre en su mano. "¿Quién te dijo que aprendieras a volar, Fareek?", interrogó ella. Él la miró vengativo, negándose a ceder. "¡Hijo de puta!", dijo ella entre dientes, refregándole en la cara lo que parecía su menstruación".

A través de esta política corporal, la violencia y la ley quedan ceñidas a hechos aborrecibles que, través de imaginarios geográficos, encierran actos por demás degradantes y se inscriben a diario en los cuerpos de los prisioneros (por no hablar de sus mentes). La lógica de ese interrogatorio es la posibilidad de presentar el cuerpo femenino estadounidense como objeto de deseo universal que puede competir con el amor del hombre musulmán por Dios. La actuación en sí se desarrolla a través de códigos eróticos occidentales: el jugueteo sicalíptico de ver y no ver el cuerpo del otro, las obscenidades, la masturbación en público, el bondage erótico, el striptease. Sin embargo, cuando la audiencia la rechaza, la actuación erótica deviene en violencia[23].

País, los primeros 23 presos que llegaron a Guantánamo salieron de Kandahar, antiguo bastión talibán, a bordo de un C-17. Ver: Los primeros 23 presos que llegaron a Guantánamo salieron de Morón, El País 24/11/2007. URL: https://elpais.com/diario/2007/11/25/espana/1195945201_850215.html. La metáfora hace referencia a este hecho. Nota de los editores.

[21] Paul de la Garza (2002); el viernes 1 de enero de 2002, el general Richard Myers, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos, en conferencia de prensa cubierta por *The Observer*:"Briton held in U.S. Camp as al-Qaeda prisoner" (Beaumont, 2002).

[22] Cf., por ejemplo, Saar y Novak, 2005, 220-229.

[23] Cf. Moazzem Begg (2006), *Enemy Combatant*, para otro relato extenso de los interrogatorios en Guantánamo, proporcionado por uno de los detenidos liberados.

Lo que esto deja en claro, es que, si bien los detenidos son construidos colectivamente como un otro bestial, a nivel individual (como el trato hacia Fareek lamentablemente lo demuestra), el poder que los detiene los considera insignificantes. De hecho, el gobierno se ha visto obligado a admitir en más de una ocasión que los detenidos en Guantánamo no son "los peores" sospechosos de terrorismo. Son al mismo tiempo letales e insignificantes, y, como esclavos, en muchos casos han sido vendidos, transportados encadenados y han llegado a habitar el espacio racializado que sus hermanos históricos han dejado vacante, los cuales, por su parte, también son activamente producidos como nuda vida: rebeldes, refugiados y esclavos (Faul, 2005). Amy Kaplan (2005) está en lo cierto al afirmar que estos individuos habitan un espacio todavía atormentado por los fantasmas del pasado colonial, aún en la actualidad.

Lugares

Anteriormente mencioné que se suele construir a las personas y los lugares de manera conjunta. Pero, ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo se toma al lugar en esta política del cuerpo? Sugeriré tres formas posibles de comprender esto. En primer lugar, designar un significado geográfico dentro del campo ayuda a llevar a cabo los procesos de deshumanización necesarios que se han descripto más arriba. En algunos aspectos, Guantánamo es como una pequeña Estados Unidos: en la base hay un Starbucks y un McDonald's; cuatro aerogeneradores que proporcionan energía de sobra para hacerla autosuficiente; un club de scouts; un bar y dos semáforos; el himno se escucha todas las mañanas; incluso *Miss Teen USA* ha visitado el lugar[24]. Al cultivar este tipo de visión particular de la vida estadounidense en la base, se imponen las afirmaciones de la patria sobre los otros cuerpos allí situados: los guardias. Las cualidades de este "idilio" artificial proporcionan un cierto contrapunto a la tarea diaria del campo. En general, estos guardias provienen de "pueblos estadounidenses tranquilos y [para ellos] Guantánamo representa su primera incursión en el extranjero" (Stafford Smith, 2005). Desde el momento en que llegan, por ejemplo, se les prohíbe referirse a los internos como prisioneros, se les recuerda que están en una parte de Estados Unidos, no en un campo de prisioneros, y que en todo momento deben usar la palabra "detenidos". Si este es el idilio estadounidense, entonces es bastante parecido a *The Truman Show*: trasladados desde las tiendas de campaña de Freedom Heights, el personal del JTF-160 se aloja en Camp America, en refugios de madera terciada llamados "refugios de mar".

Tienen la misma vista al mar que los prisioneros. Por lo tanto, las afirmaciones de la patria se reiteran al presentar una visión particular de la vida estadounidense,

[24] La mayoría de estas descripciones provienen de https://www.globalsecurity.org/

manifiesta en la conducta de la población estadounidense en Guantánamo. Y esto se traslada a las salas de interrogatorio. Son las cuestiones de identidad, no de inteligencia, las que conforman el tema adecuado de estos intercambios tan dispares. Aquí es donde se puede plantear una pregunta incontestable: "¿Quién eres y por qué estás aquí?".

En segundo lugar, la separación geográfica de la ley y la violencia. La negación estética de Guantánamo como prisión se adopta en las tecnologías espaciales más amplias de encarcelamiento e interrogatorio. Por un lado, refuerza la separación espacial intencionada de ley y violencia dentro de los espacios del campo: los abogados que llegan a Guantánamo deben quedarse de lado Este, y para visitar a sus clientes tienen que cruzar la bahía en barco, como si cruzaran el Río Estigia. Agamben sugiere que, en un espacio de excepción, ley y violencia entran en una zona de indistinción. Sin embargo, es posible colocarlas en una misma oración si continuamos considerando Guantánamo como caja negra porque, dentro del espacio propio del campo, la mayor parte del tiempo ley y violencia se mantienen como espacios diferenciados. El abogado británico Clive Stafford Smith, representante de algunos de los prisioneros, proporcionó uno de los pocos relatos de primera mano publicados sobre la geografía interna de la bahía[25]. Las visitas, y en especial los abogados, "deben permanecer en una punta, "mientras que el campo principal y las bases militares están del [otro] lado", relató. Sugiero que, precisamente, al imponer esta separación espacial, la violencia puede desplegarse junto con la ley. "Libertad es un término relativo aquí", agrega Stafford Smith en relación con el lema del campo.

> "Las iguanas son completamente libres y, si mi acompañante atropella alguna por accidente, tiene que pagar una multa de USD10.000, porque las leyes ambientales de EE. UU. rigen en Guantánamo. Por otro lado, si atropellara a uno de los 500 prisioneros que llevan unos cuantos años en cautiverio, eso constituye un "contacto leve no perjudicial" y no tiene consecuencias" (Stafford Smith, 2005).

La capacidad de cometer violencia contra un cuerpo "sin consecuencias" es precisamente lo que señala la nuda vida y no le escapa el hecho de que los animales tienen más derechos que los prisioneros. Pero al utilizar dos tipos de reglas dentro del mismo espacio, el gobierno de Bush puede sostener que la Bahía de Guantánamo es un lugar de ley que opera bajo la jurisdicción de los Estados Unidos cuando esa interpretación le es conveniente (razón por la cual se puede

[25] Las normas de seguridad, sin embargo, le impiden escribir sobre la distribución real del campo.

"ofrecer" a defender el espíritu de los Convenios de Ginebra y las leyes de conservación de las iguanas) pero también un lugar de guerra (razón por cual puede decir, con el mismo peso, que dicha defensa no es necesaria y, que si lo hace, es por su buena voluntad). Podrían entrar en una "zona de indistinción", si se imagina a Guantánamo de manera abstracta, pero dentro del campo, es más ventajoso mantenerlos separados.

Sin embargo, esto tiene sus límites y la manera paradójica en que la violencia y la ley, la normalidad y la anormalidad se mantienen unidas en este lugar es evidente en la carta escrita por el exdetenido británico Moazzam Begg, poco después de ser liberado de Guantánamo[26]. En una prosa elegante y moderada, le pide al gobierno una "explicación" sobre su detención y "respuestas lógicas y razonables" a "el propósito exacto de mi rapto, secuestro y detención ilegal" y "por qué fui abusado físicamente, despojado por la fuerza y de manera degradante de mi ropa, y luego obligado a desfilar frente a varias cámaras controladas por personal estadounidense"[27]. Aquí su tono se enerva de manera deliberada. Vuelve a conectar la ley con la violencia para desacreditar el tipo de políticas cínicas descritas por medio de las cuales la ley y la violencia se diferencian artificialmente dentro del campo. De hecho, es la presentación de argumentos como este lo que ha forzado una supervisión limitada sobre los eventos en Guantánamo y contribuido a la divulgación de los nombres de los prisioneros junto con su testimonio; separar la crítica de la persona que la proporciona había sido otra forma de mantener artificialmente diferenciadas ley y violencia, amordazando cualquier posibilidad de acción legal mediante los relativamente pocos casos de violencia reconocidos públicamente.

En tercer lugar, la organización espacial del campo revela una tecnología de categorización que opera para deshumanizar a los prisioneros. Cuando estos llegan, por ejemplo, son recluidos en el Campo 3 de máxima seguridad. Si se considera que cooperan, se los traslada a los Campos 2 y 1, lo que significa un confinamiento menos restrictivo y una serie de "privilegios" pero en este momento su progreso se detiene interminablemente; están más cerca de la libertad y también más a merced de los caprichos del gobierno de Bush; su ubicación geográfica es parte integral de su construcción como nuda vida. En febrero de 2003 se edificó el Campo 4 como

[26] Las experiencias de Moazzem Begg pueden compararse con las de otros detenidos británicos sobre cuya detención y tratamiento tenemos documentación. Cf. "Detention in Afghanistan and Guantánamo Bay: Statement of Shafiq Rasul, Asif Iqbal and Ruhel Ahmed". Disponible en: www.ccr_ny.org/v2/legal/september_11th/docs/Guantanamo_composite_statement_FINAL.pdf.

[27] Moazzem Begg, carta del 12 de julio de 2004, "Re: Supplementary Exposition (of Statement dated 5th July, 2004)". Esta carta fue escrita después de la liberación de Begg, a principios de marzo de 2004.

lugar de seguridad media para albergar a prisioneros "privilegiados" y a aquellos considerados poco peligrosos o de escaso valor para inteligencia. Aquí los prisioneros usan uniforme blanco. No obstante, el nombre de algunos de los campos más específicos también responde a una lógica geográfica imaginaria que, como señala Stafford Smith, es irónica, deliberada y cruel. Por ejemplo, los prisioneros en aislamiento solían estar recluidos en el Campamento Eco, los que eran alimentados a la fuerza, en el Campamento Papa, mientras que 40 musulmanes que habían renunciado al alcohol estaban recluidos en el Campamento Whiskey. Esta nomenclatura esconde una geografía maliciosa a través de la cual los prisioneros son categorizados y separados antes de que sus cuerpos sean disciplinados según el régimen corporal más apropiado (y ofensivo), régimen cuya implementación da cuenta de su occidentalismo y autoridad. Incluso cuando no están sujetas a regímenes disciplinarios particulares, las funciones somáticas son "intensamente" reguladas: por ejemplo, se registran cuidadosamente la entrada y salida de las MRE(comidas listas para consumir), mientras que todo intento de huelga de hambre ha sido reprimido brutalmente[28]. Puede sonar increíble, pero el Subsecretario de Estado Adjunto de la oficina de Asuntos Públicos de los Estados Unidos describió los recientes intentos de suicidio como "buena estrategia de relaciones públicas", y al mismo tiempo como ejemplo de guerra asimétrica cuando sucedieron en otros lugares. En sintonía con esto, la respuesta de los estadounidenses a lo que percibían como un creciente sentido de comunidad entre los detenidos que, supuestamente, les ayudaba a resistir el interrogatorio, fue una nueva ronda de procedimientos de aislamiento. Insisto, que los detenidos estén encadenados a una política espacial dentro del campo (sin olvidar los traslados entre campos, por supuesto) resulta tan relevante como el hecho de que estén confinados allí.

Conclusiones

Incluso un análisis trunco de la Bahía de Guantánamo como este nos recuerda que el verdadero trabajo de la política no radica en establecer límites, sino en borrarlos. Si, para adaptar la frase aún pertinente de Fernando Coronil (1996), ese es el trabajo (político) actual de una agenda occidentalista neoconservadora, también debería ser parte del trabajo (crítico) actual de un reimaginario geográfico

[28] Para conocer los informes sobre alimentación forzada, cf. global security.org. Los primeros relatos aparecieron en septiembre (Gillan, 2005), en *The Guardian*, y luego en febrero (Goldenberg, 2006): "Cinco meses después de que los internos en Guantánamo comenzaran a protestar por su detención indefinida en la base naval de EE. UU., solo cuatro continúan con la huelga de hambre. Tres están siendo alimentados a la fuerza con sondas nasogástricas", dijo un portavoz del Pentágono.

del presente[29]. En conclusión, quisiera sugerir dos formas posibles de desarrollarlo. Primero, lo que revela un análisis histórico de la Bahía de Guantánamo es que se trata de un espacio de excepción muy particular. Esto sugiere que debemos conceptualizar no solo los espacios y estados de excepción en abstracto, sino también las diversas modalidades geográficas de algunos Estados de excepción dentro de los cuales se elaboran los poderes de emergencia. Pero también debemos analizar las lógicas geográficas que configuran el despliegue de poder dentro de sus espacios de excepción mutuamente constituidos.

Segundo, necesitamos vincular una comprensión histórica crítica de tales espacios de excepción a una "geografía efectiva" del presente que relacione los eventos del pasado con posibles escenarios futuros a través de lo que podríamos llamar redes de consecuencia. A nivel empírico, esto implicará examinar qué genera el "efecto Guantánamo" en esferas disimiles, por ejemplo, en aquellos países que se han acogido a la política estadounidense sobre los prisioneros de Guantánamo para liberarse de sus obligaciones en materia de derechos humanos (Gregory, 2006). A nivel teórico, esta misma tarea implicaría preguntarse ya no "dónde se ubica la soberanía", o "dónde está Guantánamo", sino de qué maneras diferentes se materializan los efectos de la soberanía. Como señala Agamben, "El alcance y la ubicación precisos de la soberanía y su jurisdicción nunca son definitivos, sino siempre fugaces" (2006[1998], 55); la historia del poder judicial no puede entenderse sólo en términos de su concreción, sino de sus efectos (su alcance), por lo tanto, no puede ser separada de la historia del espacio al cual pertenece. La siguiente tarea será desarrollar un análisis de las consecuencias de esto. Será, en algún punto, un análisis de las nuevas formaciones biopolíticas que la Bahía de Guantánamo posibilita, aun si su historia imperial las anticipa.

Referencias

- Agamben, G. (1996). *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. California: Stanford University Press. [Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida. Madrid, Pre-textos, 2006 (1998)].

--- (2005). *State of Exception*. Chicago: University of Chicago Press.

[29] Concuerdo con Stuart Corbridge (2006) cuando plantea que hace falta más que dar testimonio: tenemos que decirle la verdad al poder. También estoy de acuerdo con Stuart (y por extensión, con David Harvey) en que "la batalla por la propia América, y en nombre de quién una batalla así puede sostenerse" es el verdadero "eje" de este proceso histórico.

- Beaumont, P. (2002). "Briton held in U.S. Camp as al-Qaeda prisoner", *The Observer* 13 enero.
- Begg, M. (2006). *Enemy Combatant. A British Muslim's Journey to Guantánamo and Back*. London: Free Press.
- Butler, J. (2002). Guantánamo limbo. *The Nation* 1 abril.
--- (2004). *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. London: Verso Books.
- Corbridge, S. (2006). "Bearing Witness: The Global Spigot, American Empire and the Colonial Present", *Geopolitics* 11(1): 159-180.
- Coronil, F. (1996). "Beyond occidentalism: Toward non-imperial geohistorical categories", *Cultural Anthropology* 11: 51-87.
- De la Garza, P. (2002). 72 hours at Camp X-ray. *St Petersburg Times* 20 febrero.
- Farmer, P. (2003). *Pathologies of Power.'Health, Human Rights and the New War on the Poor*. California: University of California Press.
- Faul, M. (2005). "Gitmo detainees say they were sold", *Associated Press* 31 Mayo.
- Ferrer, A. (1999). *Insurgent Cuba. Race, Nation and Revolution 1868-1898*. Chapel Hill: Universityof North Carolina Press.
- Fiskesjo, M. (2003). *The Thanksgiving Turkey Pardon, the Deak of Teddy's Bear and the Sovereign Exception of Guantánamo*. Chicago: Prickly Paradigm Press.
- Fletcher, G. P. (2004). "Black hole in Guantánamo Bay", *Journal of International Criminal Justice* 2(1):121-132.
- Gillan, A. (2005). "Hunger strikers pledge to die in Guantánamo", *The Guardian* 9 de Septiembre.
- Goldenberg, S. (2006). "Force-feeding breaks protest at Guantánamo" *The Guardian* 10 de Febrero.
- Gott, R. (2005). *Cuba: A New History*. Connecticut: Yale University Press.
- Greenwood, C. (2002*). "International law and the war against terrorism"*, International Affairs 78(2): 301-317.
- Gregory, D. (2004a). "The angel of Iraq. Editorial", *Environment and Planning D: Society and Space* 22: 317-324.
--- (2004b). *The Colonial Present: Afghanistan, Palestine, Iraq*. Oxford: Blackwell.
--- (2007). "Vanishing points: Law, violence and spaces of exception in the war on terror" en *Violent Geographies: fear, terror and political violence*. Derek Gregory y Allan Pred (eds.). New York: Routledge.
- Grey, S, y Cobain, I, (2005). "Suspect's tale of travel and torture", *The Guardian* 2 agosto.
- Harvey, D ,(2003). *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press.

- Hill, P. (2006). "Placing Guantánamo" Disertación sin publicar, Department of Geography, University of Cambridge.
- Johns, F. (2005). "Guantánamo Bay and the annihilation of the exception", *European Journal of International Law* 16: 613-635.
- Kaplan, A. (2003). "Homeland insecurities: Reflections on language and space", *Radical History Review* 85: 82-93.
- Kaplan, A. (2005). "Where is Guantánamo?", *American Quarterly* 57(3): 831-858.
- Mackay, C. y Miller, G. (2004). *The Interrogator's War: Inside the Secret War against Al-Qaeda*. London: John Murray.
- Margulies, J. (2004). "A prison beyond the law", *Virginia Quarterly Review* 80(4): 37-55.
- Mayer, J. (2005). "Outsourcing torture: The secret history of America's extra-ordinary. rendition programme", *New Yorker* 14 febrero.
- Michaelsen, S. y Shershaw, S. C. (2004). "The Guantánamo "black hole": The law of war and the sovereign exception", *Equipo Nizkor* enero.
- Minca, C. (2005). *The return of the camp. Progress in Human Geography* 29(4): 405-412.
- Mitchell, K. (2006). *Geographies of identity: The new exceptionalism*. Progress in Human Geography 30(1): 95-106.
- Murphy, M. E. (1953). *The History of Guantánamo Bay* (http://www.nsgtmo.navy.mil/htmpgs/gtmohistorymurphy.htm).
- Neas, R. G. (2004) Undermining the Bill of Rights: The Bush administration detention policy. *People for the American Way Foundation Report* 22 Abril.
- Pérez, L. (1986). *Cuba under the Platt Amendment, 1902-1934*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Ratner, M. y Ray, E. (2004). *Guantánamo. What the World Should Know*. Gloucestershire: ArrisBooks.
- Ricardo, R. (1994). *Guantánamo. The Bay of Discord*. Melbourne: Ocean Press.
- Saar, E. y Novak, V. (2005). *Inside the Wire: A Military Intelligence Soldier's Eyewitness Account of Life at Guantánamo*. New York: Penguin Press.
- Schmitt, C. (2005) [1922]. *Political Theology: Four Chapters on the Concept of Sovereignty*. Chicago: Chicago University Press.
- Smith, N. (2003). *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*. Berkeley: University of California Press.
- Stafford Smith, C. (2005). *Inside Guantánamo*. New Statesman noviembre.
- Steyn, J. (2004). Guantánamo Bay: The legal black hole (text of the twenty-seventh F A Mann Lecture organizado por el *British Institute of International* y el

Comparative Law and Herbert Smith, realizado en Lincoln's Inn Old Hall, 25 noviembre 2003) International and Comparative Law Quarterly 53: 1-15.
- Van Alstyne, R. (1960). *The American Empire: Its Historical Pattern and Evolution*. Routledge and Kegan Paul, Historical Association Pamphlet 43.
- Veracini, L .(2005). "Colonialism brought home: On the colonization of the metropolitan space", *Borderlands e-journa* l4(1): 1-9.

Capítulo 13

Agencia social, prácticas espaciales y poder: Los microfundamentos de la soberanía fragmentada en los territorios ocupados*

Nir Gazit**

En los últimos años hemos sido testigo de una serie de intervenciones militares prolongadas, occidentales y no occidentales, que no pueden clasificarse en términos sociopolíticos definidos. Por ejemplo, fuerzas militares occidentales se han involucrado intensamente en entornos civiles extranjeros en Afganistán e Irak desde el comienzo de la "Guerra contra el Terrorismo" luego del 11 de septiembre de 2001. Si bien los Estados invasores manifestaron públicamente que eran "operaciones de contra insurgencia a corto plazo", al pasar los años se fueron convirtiendo en un oxímoron: situaciones "temporales permanentes" de ocupación militar prolongada. Esto también se ve reflejado en el dominio israelí en Cisjordania y Gaza (hasta 2005)[1]. Israel ha controlado estos territorios durante más de 40 años sin anexarlos formalmente ni aplicar su jurisdicción oficial[2].

---

* La versión original de este capítulo fue publicada en 2009 con el título. "Social Agency, Spatial Practices, and Power: The Micro-foundations of Fragmented Sovereignty in the Occupied Territories", en el *International Journal of Politics, Culture, and Society* (22)1: 83-103. Traducido por María Sara Loose y Agustina Casero del Cuerpo de Traductores de la Universidad Nacional de Rosario. Los editores del libro agradecen al autor y a la *International Journal of Politics, Culture, and Society* por su autorización para traducir y publicar este artículo.

** Centro Munk de Estudios Internacionales, Departamento de Sociología, Universidad de Toronto, I Devonshire Place, Toronto, ON M5S 3K7, Canadá. Correo electrónico: nir.gazit@utoronto.ca

[1] Durante el verano de 2005, y como parte del Plan de Retirada, las tropas y los habitantes israelíes fueron removidos de las fronteras de la Franja de Gaza. Sin embargo, en respuesta a la artillería de mortero palestina sobre los asentamientos israelíes, el ejército israelí ha reingresado ocasionalmente en territorios de la Franja de Gaza.

[2] Nótese que Israel aplica su ley civil sobre los habitantes judíos de los territorios ocupados, pero ni el derecho internacional ni la comunidad jurídica israelí los considera parte de su Estado (Benvenisti, 1993; Kretzmer, 2002).

Aunque estos contextos geopolíticos e históricos difieran, ambos son conflictos mal definidos, enmarcados en caracterizaciones políticas ambiguas. Por empezar, los dos están infra-institucionalizados, tienden a carecer de una administración burocrática firme o de un sistema legal formal que imponga un control autoritario. En lugar de una administración civil o militar institucionalizada e integral, se organizan mediante una lógica política a la que llamo *soberanía fragmentada*: tienden a tener núcleos de poder político múltiples, localizados y temporales.

Al suceder fuera de las fronteras soberanas del Estado, las situaciones de soberanía fragmentada plantean algunas preguntas elementales que desafían las definiciones de poder estatal y control político. Además, cuestionan los procesos políticos a través de los cuales los Estados ocupantes construyen su paradigma *degubernamentalidad* (Foucault, 1991) y afirman una autoridad efectiva en condiciones de incertidumbre política. Este sentido de futilidad gubernamental encuentra su origen en el concepto ambiguo de "Estado" y su presunta centralidad (Thomas, 2004, 259). Si bien la literatura ofrece variadas teorías sobre cómo se construye el poder coercitivo en los Estados liberales y no liberales, no hay teorías que expliquen cómo los Estados intrusos, en especial los democráticos, producen y mantienen un control efectivo operando fuera de sus dominios soberanos oficiales.

En las páginas que siguen ahondaremos en lo que sucede con el poder estatal en estas circunstancias. Como caso de estudio, la prolongada ocupación militar israelí sobre los territorios palestinos proporciona distintos ángulos para observar estos procesos y permite recurrir a la ya clásica reflexión de la sociología política sobre las fuentes y dinámicas del poder político. Dos proposiciones fundamentales sentarán las bases para debatir sobre la soberanía fragmentada y su implementación.

En primer lugar, es imperioso para nuestro análisis considerar la agencia. Es clave aquí la "política de las pequeñas cosas", que se manifiesta a través de micropolíticas rutinarias y prácticas cotidianas dirigidas por agentes estatales de base y otros actores sociales (Goldfarb, 2006)[3]. Esto genera una realidad situacional que actúa como fuerza política fundamental. Veremos cómo la eficacia del poder estatal bajo circunstancias de disputa política no solo está determinada por una soberanía formal reconocida en todo el mundo, sino que también se forja a partir de una serie de interacciones entre los actores sociales en y a través del espacio ocupado.

[3] Los "agentes estatales de base" constituyen los "escalones más bajos en la jerarquía organizativa [del Estado], en los que suele producirse el involucramiento directo con la sociedad" (Migdal, 1994, 15); en este artículo en particular, refiere a las tropas terrestres israelíes en los territorios ocupados. Esta idea también parafrasea la de "burócratas callejeros" de Lipsky (1980), empleados de servicios sociales de bajo rango.

En segundo lugar, dado que un territorio ocupado tiende a carecer de una delimitación clara de su estatus político y sus fronteras en términos físicos y conceptuales, es importante reconocer los procesos espaciales que se necesitan para establecer la autoridad política. "Procesos espaciales" son las metáforas y prácticas que constituyen ensamblajes de poder político en y a través del espacio geográfico. En este contexto, el espacio no es una entidad estática sino una variable activa en el "teatro de la política" que los agentes estatales interpretan y usan/manipulan para afirmar su poder y autoridad (Ferguson y Gupta, 2002). Las fuerzas agencial y espacial interactúan; "el espacio, la sociedad y la política se abarcan o incluyen entre sí, es decir que coexisten en prácticas y relaciones sociales concretas" (Portugali, 1993, xiii). Aquí, la espacialidad se convierte en un instrumento fundamental para que los agentes sociales produzcan núcleos temporales de poder y autoridad.

Para contextualizar el análisis y la teorización que siguen, comenzaré con una breve descripción de los dos lugares que se analizan: la ciudad de Hebrón y los puestos de control del ejército israelí a lo largo de la frontera entre Israel y Cisjordania. En esta sección también presento la metodología utilizada en el estudio. En la segunda y tercera sección, reviso parte de la literatura relevante sobre la autoridad como telón de fondo de la "soberanía fragmentada". Esta discusión teórica sentará las bases para analizar la dialéctica entre percepciones y prácticas espaciales y cómo se producen en el control político de los territorios palestinos ocupados.

Lugares de análisis y metodología

La prolongada ocupación militar israelí sobre los territorios y la población palestinos ofrece una oportunidad extraordinaria para analizar las consecuencias de la intervención militar en el espacio civil ocupado. Se lleva a cabo en diversos lugares, tanto en zonas urbanas como rurales, en campos de refugiados palestinos y asentamientos judíos permanentes y temporarios, pero también en sitios políticos liminales que reúnen a israelíes y palestinos, como son los puestos fronterizos de control militar y Hebrón, una ciudad mixta árabe-judía de Cisjordania. El caso palestino-israelí y los lugares relacionados demuestran de manera contundente una dinámica de gubernamentalidad fraccionada y de soberanía fragmentada.

Hebrón, una de las ciudades más antiguas de Israel/Palestina, se ha convertido en uno de los puntos de fricción más notorios entre judíos y palestinos. Después de la guerra de 1948, Hebrón estaba bajo el dominio jordano y no se permitía la entrada de judíos a la ciudad. Después de la guerra de 1967, Hebrón, ya parte de Cisjordania, quedó bajo control israelí; en 1969, comenzó a residir allí

la primera colonia de habitantes judíos autorizados por el gobierno (Fiege, 2001). Hoy en día, unos 500 judíos viven en el centro de la ciudad en dos barrios antiguos, AvrahamAvinu y Tel-Rumeida, y en el asentamiento de Kiryat-Arba, al este. Por su parte, la población palestina en Hebrón asciende a unos 150.000 habitantes. El reasentamiento judío en la ciudad continúa avivando el conflicto entre los judíos radicales que afirman su dominio y los habitantes árabes palestinos[4].

El otro grupo de lugares son los puestos de control del ejército israelí esparcidos entre Israel y Cisjordania, construidos durante el primer levantamiento palestino contra Israel, o *Intifada* 1987-1993 (Ben-Ari, *et al.*, 2005; Bornstein, 2001, 2002; Rosenfeld, 2005)[5]. Estos ejemplifican algunas de las complejidades, consecuencias e implicaciones políticas de la militarización de la frontera. Dado que las fronteras oficiales son uno de los indicadores más importantes de la soberanía nacional, en situaciones políticas de disputa los puestos de control fronterizos militarizados complican el vínculo común entre las fronteras y las limitaciones del poder estatal, quedando relegados a la temporalidad y ambigüedad política. De esta manera, la zona fronteriza se convierte en un modo distintivo de gubernamentalidad fraccionada y en un indicador crítico de soberanía fragmentada.

Para este estudio, combiné dos metodologías de investigación empírica, lo que me permitió realizar un análisis multidimensional. Primero, conduje cincuenta y dos entrevistas con soldados israelíes y oficiales de la policía fronteriza dentro y fuera del campo (entre junio de 2004 y noviembre de 2006). Localicé casi a la mitad de los entrevistados a través de redes personales. Al resto los ubiqué y entrevisté durante mis observaciones en Hebrón y en los puestos de control militar en los territorios ocupados. Luego, llevé a cabo siete observaciones en Hebrón y en los puestos de control del ejército israelí, principalmente en el puesto de Kalandia, entre Ramala y Jerusalén, y en el "punto de control 300" entre Belén y Jerusalén. En conjunto, estos datos proporcionaron la información necesaria sobre las formas en que los soldados israelíes usan el espacio y se ven afectados por este al llevar a cabo la ocupación y la soberanía fragmentada en Cisjordania.

---

[4] Tanto la tradición judía como la musulmana defienden a Hebrón como la "Ciudad de los Patriarcas": los padres fundadores de las naciones judía y musulmana están sepultados allí, en la Tumba de los Patriarcas. Estas dos creencias religiosas que chocan y se superponen forman la base de la rivalidad judío-musulmana en Hebrón.

[5] Según la Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA), las Fuerzas de Defensa Israelí (FDI) operan en aproximadamente 60 puntos de control permanentes a lo largo de la frontera entre Israel y los territorios palestinos ocupados y dentro de Cisjordania (OCHA, 2006).

Gubernamentalidad localizada, soberanía fragmentada

Los científicos sociales y los teóricos políticos han pasado siglos tratando de definir el origen de la autoridad política, el poder estatal y la soberanía y, a pesar de haber centrado sus esfuerzos en la autoridad y la soberanía estatales, todavía quedan lagunas importantes en la literatura. Algunos conceptos requieren una reevaluación completa para que sean útiles como guía para la teorización e investigación empírica de la política contemporánea (Herbst, 2003, 482), en especial en lo que refiere a situaciones políticas de disputa, como la ocupación militar prolongada.

En los últimos años ha habido un mayor interés por estos temas debido, en parte, al auge y caída de los regímenes autoritarios, el colapso de Estados federales como Yugoslavia o la Unión Soviética y a cómo el Estado-nación se ve afectado cada vez más afectado por la globalización (Biersteker y Weber, 1996; Farer, 1996; Volcansek y Stack, 2005; Volgy y Bailin, 2003). En consecuencia, hay una fuerte tendencia en las ciencias sociales contemporáneas a quitarle relevancia a los ámbitos nacional y local en favor de lo mundial y lo transnacional. Esta tendencia también ha afectado la forma en que los académicos contemporáneos abordan las cuestiones de poder y soberanía estatal. Los teóricos de la globalización y las relaciones internacionales comparten la visión de la soberanía como un vínculo inquebrantable entre poder estatal, soberanía y territorio. La autoridad estatal suele concebirse como el monopolio de la autoridad en un territorio en particular (Biersteker y Weber, 1996; Sassen, 1996, 2006). Según esta literatura, la soberanía reside en el Estado o en instituciones facultadas por este para ejercer el poder soberano en el marco instituciones supranacionales y dentro del Estado-nación. Se define por su territorio y legitima el control del Estado sobre sus poblaciones. El énfasis, entonces, está puesto en la soberanía como propiedad formal *de jure* cuya eficacia deriva, en gran medida, de ser reconocida externamente por otros Estados como autónoma y legítima (Biersteker y Weber, 1996; Hansen y Stepputat, 2005). Siguiendo esta afirmación, el efecto expansivo de la globalización ha llevado a muchos científicos sociales a decir que el Estado-nación está experimentando una pérdida de poder y autonomía (Gristich, 2005)[6]. Existe una tendencia a ver lo "global" en casi todos los fenómenos sociales y políticos y, por ende, a desestimar la importancia de las explicaciones micro y locales en favor de las macro perspectivas de análisis.

Además, en este último tiempo los académicos comenzaron a cuestionar la flagrancia y unidimensionalidad del vínculo entre territorio estatal y soberanía. En

[6] Esta afirmación es la respuesta a una creciente globalización de la economía (Habermas, 1999; Holloway, 1995; Rodrik, 1997): se crean instituciones supranacionales reguladoras y surgen acuerdos y organizaciones comerciales internacionales (Agnew, 1998).

sintonía con los constructivistas de la teoría de las relaciones internacionales, académicos como Biersteker y Weber (1996); Hansen y Stepputat (2005, 2006) han conceptualizado al Estado y la soberanía territorial como construcciones sociales. Marcan que hubo un cambio de enfoque: la soberanía ya no se interpreta por medio del territorio y el reconocimiento externo, sino que se constituye internamente a través del ejercicio del poder y la violencia. Desde esta perspectiva, el poder soberano debería estudiarse como prácticas diseminadas en y entre las sociedades y no solo como producto de la aprobación internacional. Y, si bien estas proposiciones no subestiman la influencia de la globalización en el cambio de las modalidades del poder estatal, sí tienden a promover configuraciones impredecibles de autoridad política dentro del Estado contemporáneo.

Frente este contexto teórico, recurro a la idea de *gubernamentalidad* localizada para estudiar la relación entre el poder del Estado y la implementación de la soberanía estatal fuera del dominio territorial oficial del Estado-nación. Aquí, tomo prestada y extiendo la idea de "gubernamentalidad", introducida por primera vez por Michel Foucault (1991). Foucault se centra en todas las facetas del gobierno de la conducta: instituciones y agencias (incluido el Estado), discursos, normas e identidades. La gubernamentalidad se ocupa principalmente de "conducir la conducta" (Dean, 1999, 10), es decir, de las formas en que se dirige la conducta humana por medios deliberados. Se trata de mecanismos de gobierno tanto dentro como fuera de las instituciones estatales. La gubernamentalidad no implica una connotación negativa del poder, como en el caso de la disciplina y la regulación, sino más bien una dimensión productiva de este. Para Foucault (1979), la sociedad moderna no tiene un centro claro con una "voluntad" propia, sino que está compuesta por un poder multiforme y multidireccional ejercido simultáneamente desde innumerables puntos. Esto también se aplica al "Estado". El poder del Estado se distribuye dentro de las agencias estatales y "atraviesa todo el cuerpo social" (Foucault, 1980, 90). Además, el poder del Estado no es una propiedad fija y no debe ser ocultado. Por el contrario, para que sea válida y efectiva, la soberanía debe ser ejercida y vista en público de modo que los civiles subordinados y la comunidad internacional la reconozcan como tal (ver por ejemplo, Ben-Amos y Ben-Ari, 1995; Navaro-Yashin, 2002).

Al fusionar estas dos proposiciones, la crítica foucaultiana de la soberanía sugiere que las relaciones de poder se ejercen e impulsan constantemente "desde abajo". Si bien los gobiernos centrales siguen siendo fuerzas importantes de poder político, en medio de situaciones de disputa política, surge una nueva modalidad de gubernamentalidad al crearse mecanismos independientes para obtener

resultados gubernamentales[7]. Si aplicamos esto a territorios y poblaciones que exceden la jurisdicción formal del Estado, vemos el potencial dinámico del poder estatal. Esta nueva modalidad reemplaza una soberanía centralizada en merma por núcleos autónomos y localizados de autoridad y poder político: una *soberanía fragmentada.*

En nuestro caso, no debe confundirse soberanía fragmentada con otros fenómenos de fragmentación política, como el colapso posrevolucionario (Li, 2005; Ryan, 2000; Tilly, 1993) o la guerra civil (Kalyvas, 2006). Aquí, el Estado disminuye su poder centralizado y delega su autoridad inmediata y pseudoformal en sus agentes de base[8]. En consecuencia, el impacto político que tienen estos agentes aumenta a medida que se convierten en los principales hacedores y gestores de núcleos de poder temporales y localizados. Si bien los agentes estatales están investidos de la autoridad formal del estado gobernante, gozan de una autonomía considerable y cada vez mayor respecto de él[9].

Las situaciones políticas de soberanía fragmentada parecen trastocar la definición de Weber *et al.* (2007[1946]), que reconoce el Estado como una entidad que reclama el monopolio del uso legítimo de la fuerza física y la violencia. La administración central estatal no solo que no tiene el control completo de los funcionarios que implementan la violencia a nivel de base, sino que además

---

[7] Rose (1996, 56) demuestra cómo estas tendencias implican una proliferación de "organizaciones no gubernamentales cuasi autónomas" que asumen responsabilidades que antes le correspondían al gobierno (por ejemplo, la privatización de las cárceles). Asimismo, Ferguson y Gupta (2002) proponen extender la discusión sobre la gubernamentalidad a modos de gobierno que se están configurando a escala global (nuevas estrategias de disciplina y regulación que son iniciadas e implementadas por organizaciones y alianzas transnacionales). Esta tendencia también se ve en entornos más locales, por ejemplo, la forma en que las fuerzas policiales locales evitan ingresar en las áreas con mayor criminalidad, dejándolas en manos de acuerdos sociales y políticos locales.

[8] En este sentido, el análisis debe distinguir entre autonomía estatal y poder estatal (Li, 2005, 140) y entre Estado como entidad política unificada y homogénea y las agencias que lo componen. El concepto de "autonomía estatal" sugerido por Skocpol (1979), en el que Estado y gobierno son básicamente lo mismo porque los intereses del Estado son en realidad los de los funcionarios estatales es, como mínimo, una perspectiva engañosa, ya que los intereses de los agentes estatales casi nunca son homogéneos. Sin embargo, se desvanece por completo cuando el poder estatal se disipa y se descentraliza.

[9] Nótese que la distinción que hago entre el Estado y sus agentes no supone una existencia previa de agencia o estructura. Además, en esta interpretación, el Estado no es una institución completamente formada ni los agentes estatales de base comprenden una agencia social totalmente formada, libre de restricciones estructurales. Más bien, considero a los agentes estatales de base y al Estado como mutuamente constitutivos y en constante cambio y transformación, como lo elabora la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1984; cf. también Stones, 2005).

invierte voluntariamente la configuración de poder "de arriba hacia abajo" por una "de abajo hacia arriba", creando una modalidad diferente de autoridad política. Para utilizar la tipología de poder social de Michael Mann (1986, 1993) y Gorski (2006), el Estado "se retrae" o "retrocede" (Barry *et al.*, 1996, 11-12) y reduce voluntariamente su propio "poder autoritario" en pos de una "forma difusa de poder" que crece y tiende a operar a través de hábitos y prácticas similares en lugar de órdenes y leyes explícitas. Como resultado, podríamos decir que la soberanía fragmentada "deshace" al Estado en el territorio ocupado en el sentido de que el Estado se desliga de una participación directa e intensa y así desinstitucionaliza y descentraliza su jurisdicción.

Por lo tanto, en situaciones de soberanía fragmentada, son los agentes estatales de base y no "el Estado" (las leyes e instituciones estatales) quienes se convierten en creadores y ejecutores del control político local y temporal. Esta brecha ontológica entre el Estado y sus agentes es fundamental para analizar los órdenes políticos "temporales permanentes". Sin embargo, es importante señalar que el aspecto agencial no implica que todas las estructuras y macroprocesos se disuelvan en sus "microfundamentos" (Ryan, 2000, 188). Por el contrario, el Estado nunca está realmente "ausente", y como dice Jens Bartelson (2001, 5), el problema es que en "gran parte del legado de la teoría política, el Estado se postula a la vez como objeto del análisis político y como supuesto fundamento de este análisis". Esta doble función dificulta en gran medida el separar la teorización política de sus tendencias estatistas (ibíd.), y se torna aún más complicado a medida que la autoridad política se extiende más allá del territorio estatal oficialmente reconocido.

Prácticas espaciales y soberanía fragmentada

Cuestionar la soberanía como unidad exige erosionar la idea de que soberanía equivale al control absoluto del Estado sobre su territorio. Durante situaciones políticas intermedias, la territorialidad continúa siendo una fuerza fundamental que constituye el control político. No obstante, al observarse desde una perspectiva agencial, en esos casos el control territorial parece mucho más cambiante. El control territorial y espacial no indica solamente autoridad política, también es un recurso de poder político.

Siguiendo a Gieryn (2000), postulo que la capacidad de dominar y controlar personas o cosas también sucede a través de la ubicación geográfica, el espacio construido y el significado simbólico que se le atribuye a la escena. Desde esta perspectiva, "el espacio [físico] está configurado por el poder y se convierte en un recurso para el poder (...). Es más que un conjunto maleable de coordenadas al servicio del poder;

sus características *afectan las condiciones bajo las que se ejerce el poder*"* (Hirst, 2005, 3, el énfasis es mío).

El entrelazamiento del espacio, las prácticas espaciales y sus agentes determina la naturaleza de cómo se ejerce el poder político. Según Lefebvre (1991[1974]), el espacio siempre es un campo de acción que ofrece su extensión para el despliegue de proyectos e intenciones concretas. Las agencias sociales actúan la "práctica espacial" al descifrar el espacio, así lo expresa Michel de Certeau en su libro *The Practice of Every day Life* (1984; ver también Clifford, 1997). Para este autor, el "espacio" nunca está dado ontológicamente, sino que se mapea en términos discursivos y se practica de forma corporal. Los agentes sociales utilizan esquemas espaciales para dar sentido a su entorno y organizar sus experiencias (Gattis, 2001)[10]. Por eso, la percepción espacial no es solo un proceso cognitivo, actúa también como base de acción y comportamiento político racionalizado. El espacio, entonces, no es simplemente un lugar de acción o el receptáculo de la política, también es una variable que media entre poder político y conducta.

Los procesos espaciales son dialécticos. Por un lado, los agentes estatales influenciados por el espacio producen poder. Los atributos específicos de un espacio, como la densidad y diversidad humana, la estructura física y, en lo que a nosotros nos concierne, su estatus político en disputa, restringen las actividades que les competen. Por otro lado, las acciones de los agentes producen espacios que estimulan otras acciones. Por último, el espacio político como producto de los procesos sociales sirve como herramienta de pensamiento y acción, y por ende como medio de control, dominación, poder y violencia (Lefebvre, 1991, 26). Puede compararse con el decorado de un escenario en el que la utilería y el fondo influyen en la actividad que se está desarrollando (Alexander, 2004). Así, la ubicación geográfica infundida de significado político influye íntimamente en el ejercicio del poder político y la capacidad de dominar.

Este artículo se centra en la dialéctica político-espacial de la ocupación y la forma en que las ubicaciones geográficas y sus representaciones culturales interactúan con las prácticas sociopolíticas de los agentes estatales. Estas dialécticas

* Traducción de las traductoras.

[10] La distinción que realizan Lamont y Molnar (2002) entre fronteras simbólicas y sociales es especialmente relevante en este contexto, ya que destaca la naturaleza procesal procedimental del funcionamiento de las fronteras. Mientras que las primeras representan la faceta más estable de la estructura social, las segundas tienen que ver con las distinciones conceptuales que hacen los actores sociales para categorizar objetos, personas, prácticas e incluso tiempo y espacio; son más susceptible a la manipulación y fabricación social y responden a los dictados del entorno social.

constituyen los mecanismos de producción y reproducción más fundamentales de las estructuras políticas temporales. La presentación matizada que realizo sobre las prácticas espaciales llevadas a cabo por los soldados israelíes tiene por objetivo analizar su relación con múltiples y concurrentes normas y procesos a nivel cognitivo y conductual. Examinaremos cómo estos agentes estatales construyen ensamblajes de soberanía fragmentada a través de su interpretación de los sitios operativos y cómo estas percepciones se transforman en una práctica de poder y autoridad.

Soberanía fragmentada en los territorios ocupados

El caso de gobierno y soberanía en Israel/Palestina presenta algunos desafíos claros dado que los parámetros de análisis no se corresponden con los límites soberanos de un Estado o sociedad unificada en términos de legalidad y política (Lustick, 1993). Desde 1967, Israel ha sido el único Estado gobernante en el área hasta la creación de la Autoridad Palestina (AP) (Hajjar, 2005, 30). Tras el acuerdo de Oslo entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) (1993), se les otorgó a los palestinos una autonomía política parcial en partes de Cisjordania y la Franja de Gaza. Sin embargo, Israel ha continuado monitoreando y actuando en estos territorios. Además, cuando estalló el segundo levantamiento palestino (2000), los israelíes lideraron una política de desmantelamiento de la AP y sus instituciones, política que Kimmerling (2006) acuñó como "politicidio". Israel no anexó formalmente estos territorios ni aplicó su ley oficial allí (excepto en Jerusalén Oriental y los Altos del Golán en 1981). Por el contrario, ha construido su autoridad sobre la base de la violencia marcial y los acuerdos *ad hoc*[11].

A continuación, me ocuparé de tres aspectos que presentan los contextos político-espaciales en los territorios ocupados: delimitación de la soberanía, dialéctica entre prácticas espaciales y violencia, y el papel de las zonas fronterizas militarizadas en la construcción de una soberanía fragmentada. Cada aspecto demuestra y ejemplifica la construcción de un núcleo de poder localizado y juntos estos núcleos comprenden una soberanía fragmentada.

[11] Una excepción notable fue la Administración Civil, institución que se estableció en 1981 tras los Acuerdos de Camp David entre Israel y Egipto. Fue establecida como una administración cívico-militar híbrida (Ben-Ari *et al*., texto inédito) cuyo objetivo era coordinar los vínculos con la población civil palestina y responder a sus necesidades humanitarias inmediatas. Cuando se creó la AP, se redujo drásticamente su actividad y luego, como consecuencia del levantamiento palestino en 2000, las consideraciones y regulaciones localizadas prevalecieron sobre una política formal y continuada.

Delimitación de la soberanía en Hebrón: la producción simbólica de un espacio ocupado

El gobierno israelí sobre Hebrón, que ya lleva 40 años, es excepcional para este estudio debido a su extensa retención del control militar y su prolongado accionar operativo y político sobre el territorio ocupado. Ejemplifica cómo la estructura espacial no es solo un escenario para el despliegue del dominio político, sino un recurso utilizado para producirlo y mantenerlo.

El asentamiento judío en Hebrón ha proporcionado un elemento de continuidad a la presencia israelí en la ciudad. Sin embargo, las permanentes tensiones entre judíos y palestinos condujeron a una mayor presencia militar en el lugar. La política de despliegue del ejército israelí en los territorios ocupados es cíclica. Ha habido despliegues sistemáticos tanto de soldados conscriptos como de reserva en Hebrón, por lo general durante varios meses seguidos. Pero para ellos cada despliegue es un "algo completamente nuevo". Familiarizados con los lugares y sus características, los soldados describen la toma de territorio como una misión interminable. Este accionar cíclico, combinado con la interpretación de la misión por parte de los soldados como continua y provisional, conduce a prácticas que se convierten en mecanismos de coerción.

En Hebrón, el control militar comienza antes de que los soldados entren en la ciudad. Primero, una delegación de comandantes de pelotón y suboficiales (NCO) la recorre para "reconocer el territorio". Muchos de los soldados entrevistados expresaron la importancia de estas visitas preparatorias. Como explicó uno de ellos:

> "Cada vez que te (re)asignan allí es como entrar en una escena completamente nueva. Las cosas cambian [en la ciudad] todo el tiempo. Hay diferentes puestos de avanzada, diferentes puestos de control, incluso los edificios, de alguna manera, se ven diferentes. Usamos esta visita para reconocer la ciudad como si fuera nuestra primera vez allí (...). Localizamos sus puntos fuertes y débiles y aprendemos sobre sus problemas (...). Aprovechamos esta oportunidad para adquirir conocimientos relevantes sobre los peligros y las ventajas".

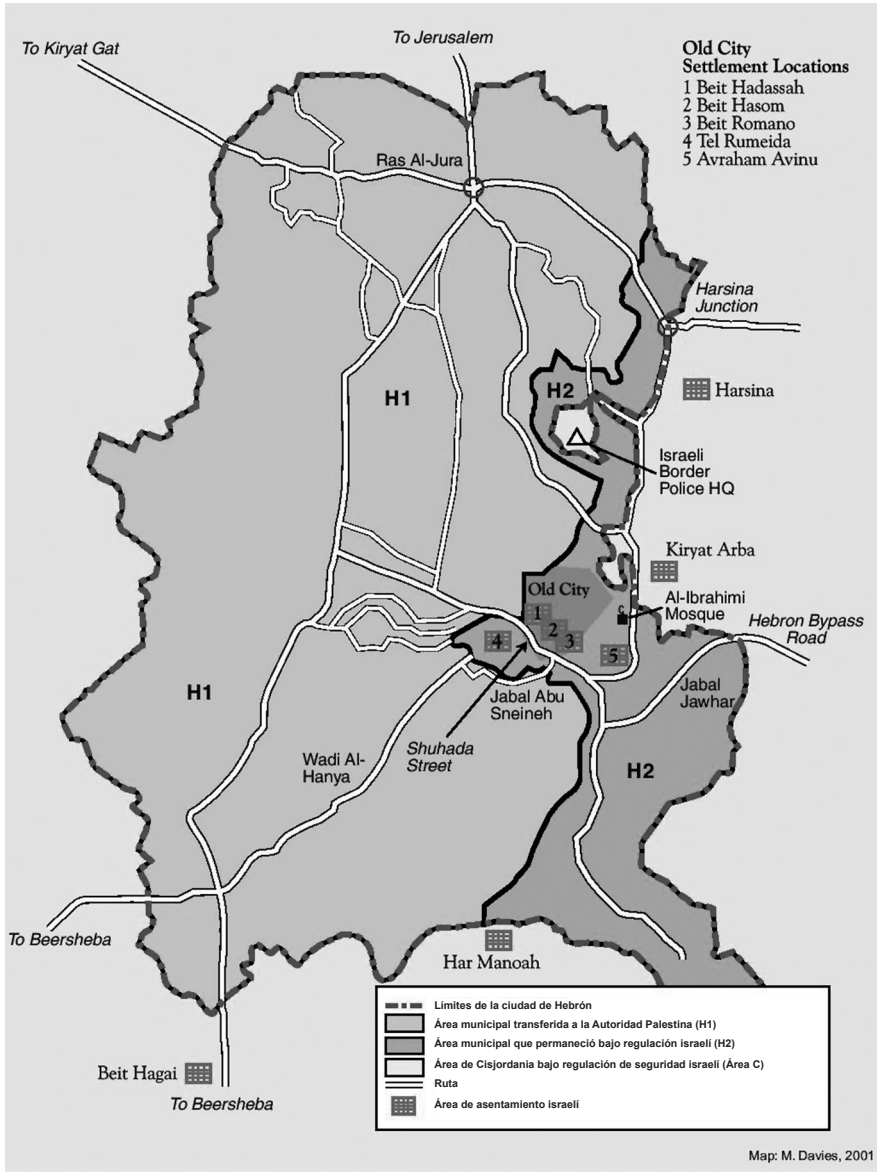
Otro suboficial entrevistado dijo:"La visita preparatoria es crucial (...). Es importante para nosotros mostrarles [a los palestinos] que nos tomamos nuestra misión muy en serio reconociendo el territorio de adentro hacia afuera". De esta forma, los soldados empiezan a familiarizarse con el territorio como un espacio controlado y ocupado. Además de incorporar información logística militar, sientan las

bases para generar una soberanía cognitiva sobre el territorio. Como señaló uno de ellos, "Debemos sentir que [el territorio] es nuestro". El desarrollo de un sentido de propiedad por parte de los agentes (aquí, los ocupantes) es un precursor clave para demostrar que controlan el suelo extranjero.

El siguiente paso para crear control espacial concreto y válido es asegurarse de que la soberanía/dominio político se muestre de manera pública a los civiles subordinados. Los soldados israelíes en Hebrón utilizan para esto dos estrategias espaciales contradictorias pero que se entrecruzan. Por un lado, se esfuerzan por mantener el orden sociopolítico-espacial oficial en la ciudad y especialmente el límite entre el único territorio palestino (H1) y los barrios mixtos judío-palestinos (H2) (ver Mapa 1)[12]. De esta manera, logran reforzar de forma parcial la división territorial entre poblaciones rivales y posicionarse como el único poder soberano en escena (como divisores y conquistadores). Al mismo tiempo, los soldados disuelven constantemente este orden sociopolítico-espacial en los momentos y lugares en que se desafía su autoridad efectiva. Implementan estas dos estrategias de manera formal e informal.

De esta forma, los soldados utilizan las primeras semanas del despliegue para marcar el territorio y delimitar su posesión sobre el espacio urbano. Es un proceso complejo, ya que no ingresar a un espacio vacío, sino a uno que atestado de poblaciones palestina y judía que rivalizan entre sí, activistas de derechos humanos y otras fuerzas de seguridad. Esta mezcla hace de Hebrón una ciudad compleja, caótica y difícil de controlar. Por esta razón, durante las primeras semanas, el despliegue se concentra en una unidad geográfica relativamente pequeña en el centro de la ciudad, punto principal de fricción entre judíos y palestinos. A medida que expanden los límites de su actividad en círculos concéntricos proporcionales a la duración del despliegue, los soldados van aumentando gradualmente su alcance y autoridad. Así transforman el centro de la ciudad y sus márgenes en un espacio cívico-militar híbrido; el día a día tanto de palestinos como de judíos siempre está acompañado de una presencia militar dominante. Sin embargo, para los militares, Hebrón es "reocupada" con cada nuevo despliegue dando comienzo un nuevo ciclo de constitución política de autoridad temporal.

[12] Desde principios de 1997, y como resultado del acuerdo Wye-Plantation entre Israel y la OLP, la ciudad de Hebrón se ha dividido oficialmente en dos sectores territoriales: H1 y H2. El sector H1 alberga unos 120.000 palestinos y quedó bajo el control de la Autoridad Palestina. H2, habitado por alrededor de 30.000 palestinos, permaneció bajo control israelí debido a la presencia de unos 500 habitantes judíos que vivían en un enclave cerca del centro de la ciudad. Esta segregación oficial se disipó en gran medida a raíz del segundo levantamiento palestino que estalló en 2000.



Mapa 1. Hebrón después de 1997.

Los soldados toman diversas medidas para demostrar su presencia en la ciudad y demarcar su dominio espacial y político. Primero, con grandes bloques de

hormigón y puestos de control armados en las intersecciones principales, dividen la ciudad en "pedazos" de espacio que quedan completamente aislados unos de otros. Estas barreras temporales amplifican el dominio militar dentro de cada unidad geográfica discontinua, sea un barrio completo, una ruta principal o simplemente un pequeño callejón, y les permite monitorear a los civiles subordinados cada vez que intentan cruzar de un área a otra. Pero además, los soldados construyen puestos de observación fortificados, permanentes y ad hoc, sobre techos y terrazas. En ocasiones también utilizan cámaras, instaladas en globos de aire (Zeppelins), o vehículos aéreos no tripulados para monitorear el territorio desde el cielo. En tercer lugar, patrullan constantemente las calles y callejones de la ciudad en pequeños grupos para demostrar su ubicuidad. Estas patrullas, junto con el amplio uso de tecnologías de vigilancia, hacen de los militares un poder omnipotente y persistente que controla de forma multidimensional el espacio urbano y a sus habitantes.

Estos métodos de inspección funcionan como *panóptico* (Crossley, 1993; Foucault, 1979), un mecanismo que garantiza de forma constante el control político sobre los sujetos palestinos[13]. Sin embargo, mientras los soldados monitorean todo el tiempo a los civiles subordinados, el soberano es a la vez visible e invisible. Los soldados modifican de forma constante su despliegue logístico en la ciudad (cambian, por ejemplo, la ubicación de las barreras y puestos de avanzada) por lo que a la población subordinada se le dificulta mantenerse al día con los cambios. Además, hay una dualidad entre la temporalidad y la continuidad del control israelí en Hebrón. Para usar terminología foucaultiana (*ibíd.*), los agentes estatales israelíes de base en Hebrón combinan mecanismos políticos panópticos y prepanópticos que, utilizados en conjunto, aumentan la eficacia de su control.

Los soldados también utilizan medidas simbólicas para afirmar su dominio sobre el territorio. Por ejemplo, escriben lemas y grafitis con los símbolos de sus unidades en locales y casas ubicados sobre las calles principales de Hebrón. También despliegan las banderas de sus unidades militares en edificios altos y puestos de avanzada. Estos símbolos indican a los transeúntes que hay "un nuevo sheriff en la ciudad". Un soldado de infantería explicó por qué creen que estas acciones son tan importantes:

[13] La noción de "panóptico" fue introducida por primera vez a finales del siglo XVIII por el filósofo inglés Jeremy Bentham ([1787], en Bozovic 1995). Hacía referencia al diseño de cárceles estatales que permitirían a un observador observar (-óptico) a todos los presos (pan-) sin que estos se dieran cuenta: "una omnisciencia invisible". Foucault (1979, 1980) y Crossley (1993) sugieren que el panóptico se convirtió en la lógica política común detrás de los diseños arquitectónicos de las instituciones públicas y del poder moderno desde el siglo XVIII. Según Foucault, este modo de control reemplazó el control directo del soberano (el monarca) en la era premoderna por una modalidad mucho más sofisticada: el poder del Estado es invisible pero está presente y es reconocido de forma constante.

> "¡Ellos [los palestinos] deberían saber que ahora la Golani está acá [una de las brigadas de infantería del ejército israelí]! No somos la bondadosa *Nachal* [otra brigada de infantería] (...). Sabemos cómo lidiar con posibles alborotadores, deben tener cuidado (...). Es una forma de disuadirlos. Si ven estos símbolos en sus casas, saben que hablamos en serio".

Al no haber un sistema legal firme o indicios institucionalizados de soberanía, este tipo de acciones funciona como símbolos micropolíticos que constituyen un núcleo efectivo de jurisdicción política, aunque local y fraccionada.

En los regímenes políticos autoorganizados y subinstitucionalizados, la confiscación abrupta de la propiedad y la conversión de espacios civiles en escenarios públicos y políticos también ayuda a constituir una autoridad de facto. Como sugieren Ferguson y Gupta (2002, 987), son rituales de control que establecen y demuestran la jerarquía política. La capacidad de transgredir el espacio, añaden, es también un dispositivo de abarcamiento que otorga a los funcionarios estatales el privilegio de la movilidad espacial, que funciona como mecanismo regulador y disciplinario. Estas estrategias se implementan tanto en el ámbito palestino público como privado.

Los soldados en Hebrón saben muy bien que, si entran en territorios H1 donde no tienen permiso formal, deben adaptar su conducta. Cada domino tiene un "acento de realidad" distintivo (Schutz, 1973 [1945]). Al delimitar los espacios en los que no se les permite ingresar, los soldados articulan los límites políticos y operativos de su poder y restringen voluntariamente su legitimidad en el territorio ocupado. Pero no existe un marco regulatorio formal ni institucional que los guíe. La entrada a H1 generalmente ocurre cuando habitantes judíos ingresan de manera provocativa en territorios palestinos exclusivos y los soldados son arrastrados allí para resolver disputas. De esta manera, los límites entre los dos distritos se desdibujan a diario, y los soldados quedan atrapados en medio de rivalidades. Si bien la principal raisond'être de los militares es proteger a los habitantes judíos, a veces se encuentran haciendo exactamente lo contrario: defienden a los palestinos de judíos abusivos y radicales, que suelen ser adolescentes.

Estas provocaciones también se convierten en un mecanismo de desviación territorial que extiende el dominio del control israelí. Un oficial paracaidista reveló cómo se lleva a cabo este proceso:

> "Ellos [los judíos] conocen el límite formal entre H1 y H2 y su objetivo es transgredirlo a como dé lugar. Una vez nos llevaron a *Abu-Snena* [un barrio

> palestino en H1]. Vimos a un grupo de mujeres y niños pequeños, de dos o tres años, queriendo pasar a Abu-Snena (…). No tienen permitido entrar ahí y lo saben, entonces empezaron a provocar a los palestinos, les tiraban piedras y los maldecían y estaban esperado que el ejército entrara para apoyarlos. Lo hacen a propósito para llevarnos al territorio palestino. Saben que una vez que cruzas la línea estás ahí (...) y que ya no es un territorio prohibido. Es como un juego de niños, y eventualmente el territorio se vuelve permisible, si no para ellos al menos para el ejército".

Si bien es legítimo que los soldados manipulen el espacio del territorio ocupado, esto se convierte en un acto de desviación política cuando los habitantes judíos lo hacen para desafiar la autoridad de los agentes estatales de base. Pero al mismo tiempo, la persecución espacial (que algunos soldados perciben como un juego infantil e irritante) se ha convertido en un mecanismo importante, informal y aparentemente implícito para reproducir la soberanía espacial de la fuerza militar en la ciudad. Más aún permite su expansión gradual hacia nuevos territorios.

Además de estar en las calles y plazas, los soldados israelíes ingresan con frecuencia en espacios privados palestinos y los utilizan para sus propios fines operativos y como símbolo de su poder general sobre la ciudad. Lo primero son entradas espontáneas en hogares y tiendas palestinos durante los patrullajes diarios. En etapas posteriores al despliegue militar, realizan "operaciones de mapeo" planificadas, generalmente iniciadas por comandantes de bajo rango, para hacer "reconocimiento de campo" de las casas del barrio y recopilar información sobre los lugares. Un soldado de infantería explicó la lógica detrás de estas operaciones:

> "Además de la lógica puramente operacional de recopilar información de inteligencia sobre potenciales terroristas y localizar puntos estratégicos de la ciudad, también hacemos estas "visitas domiciliarias" para disuadir y generar miedo entre los palestinos. Se podría decir que es una forma de demostrar nuestro control (...). El ejército no puede estar en todas partes todo el tiempo, así que al menos les dejamos claro que podemos entrar a sus casas cuando se nos dé la gana".

Otro soldado agregó: "Generamos disuasión manteniéndonos en su conciencia todo el tiempo. Somos como una sombra que sobrevuela constantemente sus cabezas. Deben *sentir* nuestra presencia, incluso si no siempre estamos allí". Esto transforma, al menos de manera temporal, el espacio íntimo palestino en un

espacio público: un escenario legítimo en el cual se manifiesta la autoridad política y las relaciones de poder. En consecuencia, se convierte en un espacio roto, sin privacidad, en el que se crea una intimidad extraordinaria entre los soldados y los civiles subordinados; se deja en evidencia la forma más personal e inmediata del control. Al eliminar casi cualquier barrera física o simbólica entre el gobernante israelí y el súbdito palestino, se remueve el último filtro de privacidad del individuo palestino. La política y relaciones de poder resultantes carecen de instituciones administrativas o legales para mediar entre el soberano directo y sus súbditos. Las siguientes palabras, dichas por un oficial israelí, ilustran la esencia de esta modalidad gubernamental:

> "Uno siempre siente curiosidad por lo que sucede detrás de esa puerta cerrada y bueno, podés cruzar la calle y averiguarlo (...). Cuando entrás a la casa te sentís a cargo. Dejás a un lado tu pelotón, dejás todo el ejército afuera. *Sos vos y ellos* ¡Estás dentro de su casa, y sos vos el que está a cargo, no ellos! Podés decirles que levanten las manos; podés meterte en su dormitorio, en su baño (...). ¡Podés hacer de *todo*! Ahí adentro tenés el máximo control directo que se puede tener (...). Es la ocupación en su esencia".

Por lo general, estas visitas duran solo unos minutos, y los soldados se retiran y continúan patrullando. Sin embargo, en otras ocasiones, prolongan su estancia dentro de las casas palestinas y las confiscan durante días, semanas e incluso meses. Los soldados suelen elegir casas relativamente aisladas para estas operaciones, lo que les permite realizar un control topográfico del entorno. Estas confiscaciones transforman la propiedad privada palestina, como antes la pública, en un espacio híbrido civil/militarizado, compartido entre las fuerzas militares israelíes y los civiles palestinos. Dichas circunstancias crean una convivencia peculiar en la que la rutina militar acompaña a la rutina civil en un espacio relativamente reducido. Se ha creado así una célula pequeña y limitada de soberanía temporal.

Al combinar la expansión concéntrica del poder israelí en etapas cíclicas y concentrar este poder en ubicaciones estratégicas dentro del espacio ocupado se crea una modalidad dispersa de poder autoritario. No está dirigido desde arriba, sino que es una consecuencia del campo, una forma de poder político arraigada. De esta manera, su extensión geográfica puede limitarse a un territorio relativamente pequeño, pero su magnitud crece de forma agregada. La eficacia de este poder se ve reforzada por otro conjunto de micropolíticas: la dialéctica entre las prácticas espaciales de los soldados y su conducta violenta.

Dialéctica de espacialidad, violencia y control político

"Los actores políticos utilizan la violencia para lograr objetivos múltiples, superpuestos y, a veces, comunes" (Kalyvas, 2006, 23). En este sentido, la violencia también juega un papel importante en la demarcación del dominio espacial y político israelí en Hebrón, en especial en áreas donde el movimiento de los israelíes está restringido (H1). La espacialidad configura el comportamiento violento de los soldados; apunta a sus objetivos, dicta su magnitud y limita su uso. Es fundamental para examinar las interacciones que se dan entre prácticas y percepciones espaciales y violencia, lo que deja ver la naturaleza arbitraria de implementar el poder en situaciones políticas tan esquivas.

Como se mencionó anteriormente, no se les permite a los soldados ingresar en la zona H1. Sin embargo, incluso cuando no están físicamente presentes en todos y cada uno de los lugares de Hebrón, sus armas muestran que efectivamente dominan estos territorios y su población. Esto se hizo particularmente frecuente durante el segundo levantamiento palestino, cuando existían pocas limitaciones a abrir fuego.

El papel de la percepción espacial aquí es doble: por un lado, el servicio rutinario en el territorio ocupado puede generar una especie de erosión mental en los soldados que hace que algunos tengan una actitud de gatillo fácil que los alienta a emplear lo que ellos llaman "disparos ineficaces", es decir, disparar rutinariamente y en cualquier momento del día en barrios palestinos alejados. Los disparos actúan como afirmación de poder y violencia y como mecanismo para controlar a la distancia territorios alejados. Los soldados tienden a desviar su violencia de objetivos humanos a objetivos físicos más "legítimos". De esta manera evitan el asesinato y los daños directos e intencionales, que son considerados inmorales por la opinión pública israelí e internacional. Un soldado declaró:

> "Le disparamos a los edificios, no a las personas (...) disparamos contra edificios, ventanas y tanques de agua solares, pero no contra humanos. A veces disparábamos por diversión (...). Como una especie de competencia de tiro al blanco. Es que, desde nuestra perspectiva, cada ventana es un posible disparo [rajadura] y cada edificio es un objetivo legítimo. No buscamos personas en estas ventanas, aunque es posible que hayamos matado a alguien durante estos tiroteos (...). Pero no puedo afirmarlo porque estaba muy lejos. Aun así, sabemos que algunas personas murieron con los tiroteos".

Por otro lado, los soldados también utilizan distinciones espaciales informales para limitar su violencia mediante la creación de restricciones temporales. Por

ejemplo, cuando ingresan en H1, hay menos limitaciones a abrir fuego a distancia. Entonces, el modus operandi de uso de un poder de control persistente cambia a uno que apunta a su extensión. Sin embargo, el nuevo territorio aún no se percibe como conquistado, por tanto, la violencia y la agresión son legítimas. En Hebrón, las definiciones territoriales cambian constantemente.

James Ron (2003) se refiere a esto en su escrito sobre la primera rebelión palestina contra Israel (1987-1993) y la guerra en Serbia (1992-1999). En su libro, *Ghettos and Frontiers*, Ron arroja algo de luz sobre este argumento. Utiliza metáforas espaciales para dos tipos de entornos institucionales que dan forma y dictan los patrones y la intensidad de la violencia estatal en tiempos de crisis militar: la "frontera", una región periférica no incorporada que tiende a la violencia sin ley, y el "gueto", un depósito de poblaciones marginales no deseadas. Ambas representan a los territorios ocupados. En la práctica, no obstante, vemos que las formulaciones político-espaciales no son escenarios ontológicos inalterables. Además, las percepciones y acciones de los agentes sociales a menudo diseñan y cambian rápidamente la definición política del espacio. Sirven como definiciones fluctuantes que guían la jurisdicción inmediata del gobierno central del Estado intruso. Esta dinámica es aún más prominente en los puestos de control fronterizos del ejército israelí entre Israel y Cisjordania.

Zonas fronterizas y soberanía fragmentada

La frontera entre Israel y los territorios palestinos ocupados no es oficial ni está reconocida por la comunidad internacional, lo que convierte a los puestos de control omnipresentes a lo largo de ella en áreas de disputa: simbolizan la ambigüedad política general que rodea los territorios ocupados. Al analizarlo, el puesto de control fronterizo militarizado proporciona un prototipo del significado y carácter gubernamental del espacio ocupado.

La esencia de la frontera es separar el "yo" del "otro" (Newman, 2003, 14; Zerubavel, 1991). Las fronteras sirven como instituciones sociopolíticas que gobiernan el grado de inclusión y exclusión, el grado de permeabilidad y las leyes que gobiernan los movimientos transfronterizos entre entidades políticas distintas. Así, actúan como mecanismo social que crea diferencia e indica soberanía. Mantienen una apariencia de orden, tanto dentro de los espacios y grupos que abarcan, como entre "nuestro" compartimento y el de los "otros" grupos (Albert, 1998; Doty, 1996; Ron, 2000). El privilegio de cruzar fronteras territoriales soberanas es uno de los principales indicadores de ciudadanía (Mann, 1993; Pratt, 2005). En consecuencia, negar este privilegio a ciertos grupos sociales les asigna un estatus de inferioridad y

subordinación cívicas. En otras palabras, el estatus civil y la espacialidad son propiedades estrechamente vinculadas.

"Actuando según una serie de reglas y normas explícitas y tácitas, los actores estatales tratan el área de 'su lado' de la frontera de manera muy diferente a como tratan la del 'otro' lado, lo que genera fragmentos de espacio social radicalmente diferentes a partir del mismo terreno geográfico" (Ron, 2000, 609).

Sin embargo, los territorios ocupados controlados por militares, especialmente las zonas fronterizas, se convierten en dominios de soberanía de facto: islas aisladas con poder y autoridad temporal. Estas áreas "deshacen al Estado" y representan una lógica espacio-política atípica que subraya las relaciones de subordinación. En este sentido, las fronteras funcionan como un mecanismo clave de "construcción del Estado" (Andreas, 2000; Herbert, 1997; Mitchell, 1991; Ron, 2000) pero también como uno que desmantela cualquier límite claro sobre el Estado soberano invasor cuando su ejército penetra los límites de un territorio vecino.

Los puestos de control fronterizos israelíes en Cisjordania se establecieron originalmente como "gestión integrada de riesgos" contra amenazas terroristas; al mismo tiempo, son un mecanismo estratificador, como otros "regímenes de movilidad", que producen y reproducen jerarquías sociopolíticas entre los subordinadores y los subordinados (Shamir, 2005). Esto se constituye transformando la zona fronteriza en un espacio marcial controlado por militares. Por otro lado, existe un proceso de recivilización de la frontera que mitiga su militarización. En este hibridismo se apoya la percepción de la frontera que tienen los agentes estatales israelíes de base y subraya su lógica gubernamental.

A primera vista, el puesto de control parece un puesto militar ordinario. Está cercado con alambre de púas, reforzado por grandes bloques de concreto, hay soldados armados apostados detrás, torres de vigilancia, ametralladoras y, a veces, incluso tanques. Al igual que en Hebrón, las banderas militares y los grafitis de las unidades de soldados indican que el ejército es el único soberano en la zona fronteriza. Además, los soldados realizan prácticas y gestos militares que promueven la designación marcial del puesto de control mediante el uso de métodos de entrenamiento y lenguaje militar básico con los civiles palestinos (Ben-Ari *et al.*, 2005). Los suboficiales y los oficiales de bajo rango se relacionan con los palestinos como si fueran aprendices que deben ser "educados" y disciplinados. Como ejemplo podría mencionarse el uso de lenguaje grosero, empujones, detención prolongada de palestinos que pasan por el recinto del puesto de control (a veces durante largas horas al sol o bajo la lluvia), humillación y golpizas. Los soldados aplican esta lógica para convertir la zona fronteriza en un espacio militar.

La militarización de la frontera, como símbolo prominente de la ocupación israelí, es disuasoria y genera miedo entre los palestinos subordinados. Esta "tierra de nadie" militarizada está bajo poder soberano exclusivo de los soldados que la administran en un momento dado. Es una reminiscencia de la forma en que los señores feudales gobernaron alguna vez a sus vasallos en un territorio restringido. Este modo de gubernamentalidad se destaca en los puestos de control aislados, donde un grupo de cuatro a cinco soldados gobiernan su propio reino y súbditos: formulan políticas para el puesto de control, es decir, quién puede o no pasar; y soportan directamente las consecuencias de una eventual infiltración de algún palestino armado que podría librar ataques terroristas en Israel. Más que un mero símbolo de ocupación, los puestos de control funcionan como zonas aisladas de relaciones de poder.

El ejército israelí, como cualquier otro, es una institución que se basa en estar preparada para las más graves eventualidades, ya sea ataques o agresión. Esta tensión se ve agravada por una designación difusa de la zona fronteriza. Además, el servicio militar estático en los puestos de control, combinado con los ataques palestinos en las principales fronteras y en los puestos de control aislados dentro de Cisjordania, intensifican el sentimiento de vulnerabilidad de los soldados asignados allí. Un soldado expresó en su entrevista la mezcla ambivalente de poder omnipotente y vulnerabilidad que sienten en los puestos:

> "Cuando manejás el puesto de control sos el jefe. Podés abrirlo y cerrarlo cuando quieras. Si alguno [palestino] te "contesta", podés cerrar el puesto de control y no le queda más que esperar, rezar y pasar el tiempo (...). Sin embargo [en el puesto de control] te sentís como un blanco fácil esperando que te disparen. Te mantenés ocupado con la masa que quiere pasar pero un francotirador puede darte de la nada".

Ante el peligro claro e inminente, la agresión militar o las "irregularidades" frecuentes (según la jerga militar israelí) contra civiles palestinos (Ben-Ari *et al.*, 2005, 32-33) se convierten en un método de control legitimado y un mecanismo de imposición de poder y autoridad. En una ocasión se le sacaron fotos a un sargento comandante de un puesto golpeando a palestinos y rompiendo los vidrios de sus coches. Dijo: "No podía controlarme. Era la única forma de controlar el puesto" (Ben-Ari *et al.*, 2005).

Esto hace que los puestos de control se transformen de espacios políticos a zonas de contención de seguridad, lo que legitima la violencia contra los ciudadanos en diversas manifestaciones paradójicas. Por ejemplo, si bien los lugares pueden

estar aislados y sin supervisión oficial, generalmente se encuentran en entornos naturales abiertos, expuestos a las colinas que los rodean y al escrutinio de los medios de comunicación y los grupos de derechos humanos. Por lo tanto, cuando los soldados quieren agredir físicamente a los palestinos, los llevan a espacios relativamente privados, "detrás de escena", por así decirlo, como oficinas o habitaciones ubicadas en los puestos de control o muy cerca de ellos (ibid.).

Además, si bien el puesto constituye y reproduce un campo de poder y subordinación, también garantiza a los palestinos protección frente a la violencia mortal. Como en Hebrón, la designación geográfica tiene graves consecuencias políticas; en clave de espacio hay una "zona de vida" y una "zona de muerte", a veces separadas por una valla endeble pero distintiva. Un soldado de la *Golani* declaró:

> "Es una cuestión de geografía (...). Mientras estén dentro del puesto de control, no podemos hacerles nada. Podemos gritarles si es necesario o incluso cometer alguna agresión física, pero no podemos dispararles, a menos que nos ataquen primero, por ejemplo, si intentan apuñalar a un soldado o activar un cinturón explosivo. Sin embargo, cuando intentan pasar de largo el puesto de control, cosa que sucede todo el tiempo, ya es otra historia. A veces solo los perseguimos y los ponemos bajo custodia, pero otras veces abrimos fuego contra esos transgresores".

Así, como en Hebrón, en ausencia de regulaciones claras e institucionalizadas, los soldados utilizan distinciones espaciales (a veces demasiado artificiales) para coordinar su conducta violenta hacia la población civil subordinada.

Sin embargo, dentro del mismo espacio del "puesto de control" definido por su actividad militar, un mundo de interacciones civiles (entre las fuerzas israelíes, el espectro completo de la población palestina, habitantes judíos, corresponsales de medios de comunicación, activistas de derechos humanos y miembros de organizaciones humanitarias) desfilan a diario. Cada uno tiene sus propias percepciones, propósitos y objetivos. Dentro de este espacio híbrido, la rutina civil palestina estimula la dinámica cotidiana de los puestos de control.

Para los palestinos, los ubicuos puntos de control en Cisjordania son una de las principales fuentes de interferencia en su rutina diaria. Al romper la continuidad del espacio palestino, los puestos de control disipan la sensación de normalización en la mayoría de los aspectos de la vida palestina: economía, salud, educación y relaciones sociales. (Bomstein, 2001, 2002; Ben-Ari *et al.*, 2005; Jamoul, 2004; Rosenfeld, 2005). Como resultado, las esferas públicas son el lugar

principal de represión. Aunque han sido construidas artificial, política y externamente por el Estado intruso, concentran a la población palestina en clave temporal y recursiva, ya que incluyen a todos sus segmentos en "campos" delineados, en el sentido agambeniano (Agamben, 2005).

Estas dinámicas civiles desafían constantemente la conducta militar en la zona fronteriza.

Un reservista explicó cómo los soldados experimentan dichas dinámicas:

> "La experiencia del puesto de control es muy confusa (...). No sabés quién está en contra de quién (...) y esto se ve notoriamente en los grandes puestos de control (...) son como un "Bazar oriental". (...) Hay vendedores ambulantes, taxistas, mujeres, niños, ancianos y jóvenes, y a eso se le suman las mujeres de Machsom Watch*. (…) Y quedás en medio de este ruido y tenés que encontrar al terrorista suicida que va camino a Jerusalén. Dígame usted, ¿cómo lo haría?"

Otro soldado expresó: "a veces no está claro quién está a cargo [del puesto de control], si los soldados o esa multitud. (…) Somos un puñado de soldados y ellos son miles de civiles".

La visión del puesto de control como territorio civil palestino pero bajo mando israelí se convierte en parte del "estado mental" con el que operan los soldados. En algunos puestos, han colocado carteles con las leyendas "Bienvenidos" y "Buen viaje". En varios lugares incluso escribieron "Gracias por elegir cruzar por nuestro puesto de control" en letreros derruidos. Estos gestos cínicos, humorísticos y condescendientes suavizan el estricto sentimiento militarista y autoritario del puesto de control y tratan de renormalizarlo en un dominio civil legítimo.

Y paradójicamente, los soldados de los puntos de control experimentan una fuerte toma de conciencia sobre cuestiones humanitarias y de derechos humanos. Para empezar, los altos mandos y muchos soldados han declarado que, más allá de los objetivos formales de los puestos, como minimizar la pérdida de vidas y la interferencia en la vida de la población palestina en general, es necesario distinguir entre civiles inocentes y agresores armados. Expresaron que hay que proporcionar un "manejo" dócil y eficiente de las personas que pasan por ahí (Ben-Ari *et al.*,

---

* *Nota del E. Machsom Watch* es una organización compuesta por mujeres de todos los ámbitos de la sociedad israelí en contra de la ocupación. Para esto, escriben y documentan distinto tipo de violaciones a los derechos humanos que publican habitualmente en su sitio web y su mapa interactivo. URL: https://machsomwatch.org/en. Ver nota 14.

2005, 33-34). Otra novedad es la presencia de activistas de derechos humanos muy influyentes en los puntos de control centrales entre los territorios ocupados e Israel, quienes luchan por mitigar la fricción entre soldados y palestinos[14]. Aunque los activistas a veces interfieren con la rutina de los soldados, estos también los utilizan para comunicarse con los palestinos y como mediadores para ayudar a gestionar "casos humanitarios", por ejemplo, cuando se acerca una mujer en trabajo de parto al puesto o en otros casos de evacuaciones médicas urgentes. Los soldados internalizan e integran estas consideraciones humanitarias en su aparato operativo dentro del espacio del puesto de control y desafían constantemente su estado de ánimo militarista. Cuando un soldado asume su responsabilidad frente a los civiles, ejerce otra dimensión de responsabilidad soberana localizada.

Estas tendencias han transformado la zona fronteriza de los territorios ocupados en un espacio político único que genera nuevos desafíos para un Estado que se esfuerza por controlar su frontera sin formalizarla. En el caso de los puestos de control del ejército israelí en los territorios ocupados, la frontera no actúa como un mero límite entre dos entidades nacionales o como una zona de contención de seguridad, sino más bien como un dominio localizado pseudo-independiente de un núcleo político de poder. Esto permite al Estado israelí difuminar sus fronteras oficiales a cambio de mantener un control temporal-permanente sobre toda Cisjordania. Se implementa una modalidad genuina de soberanía de fronteras contiguas que indican un Estado nacional soberano, mientras que la zona de frontera fragmentada haría lo propio con una forma fragmentada de soberanía.

Conclusiones

Reconsiderar las relaciones entre la agencia social, las prácticas espaciales y el poder político abre nuevas direcciones para la investigación empírica y la teorización de las modalidades actuales de soberanía. Nuestro enfoque analítico sobre la actividad militar israelí en dos sitios de los territorios palestinos ocupados permitió observar cómo se forma el poder estatal fuera de las fronteras oficiales del Estado

[14] Durante los dos primeros años del segundo levantamiento palestino, una gran cantidad de representantes de movimientos de derechos humanos internacionales e israelíes monitorearon e intercedieron en los puestos de control. El movimiento más presente y activo ha sido, sin duda, CheckpointWatch (Machsom Watch en hebreo). Este movimiento se estableció en respuesta a las repetidas noticias sobre violación de derechos humanos contra los palestinos que cruzaban los puestos de control. Las voluntarias de este movimiento exclusivo de mujeres viajan a los puestos de control en pequeños grupos de dos a cuatro, observan lo que está sucediendo, documentan sus observaciones e informan, de manera escrita y visual, a organismos externos como, por ejemplo, representantes de los medios de comunicación y a su sitio web (Ben-Ari *et al*., 2005, 37-38).

intruso: en este caso, el surgimiento de una soberanía fragmentada. Como se demostró, el poder político está sujeto a las interpretaciones y hábitos cambiantes de los agentes sociales. De hecho, al enfocar el análisis en el nivel de las microexperiencias y microprácticas, podemos comprender los desafíos reales que enfrentan los agentes estatales cuando operan fuera de los límites de su Estado. En consecuencia, también comprendemos la influencia crítica que los militares, como agentes estatales de base, ejercen sobre la realidad política concreta. Pareciera que cuanto más inadecuadas son las regulaciones oficiales, más significativa se vuelve la influencia local.

Para elaborar estas proposiciones, cuestionamos una premisa fundamental del concepto de soberanía: el control firme y último del Estado sobre el territorio y el espacio que ocupa. Ante situaciones políticas de disputa, la participación institucional del Estado disminuye y la autoridad centralizada sobre el territorio y la población queda relegada y pasa a manos de los agentes estatales. De esta manera, el Estado intruso está simultáneamente "presente" y "ausente" dentro del espacio ocupado. La administración central del Estado (es decir, políticos y funcionarios estatales de alto rango) puede actuar como agencia directiva y, sin embargo, limita intencionalmente su poder directo al dispersar su autoridad entre sus diversos agentes en el campo. No se trata de una mera descentralización gubernamental, donde la burocracia estatal se expande y diversifica; sino más bien de un cambio en el locus gubernamental de control. Por lo tanto, en ausencia de definiciones formales sobre el estatus político del espacio ocupado y sus lugares asociados, la rutina política de los territorios ocupados está sujeta a prácticas políticas violentas y discontinuas y a supuestos cambiantes. Como resultado, la soberanía fragmentada es una institucionalización política del poder compleja y elusiva, constituida a través de procesos sociales en curso. Poder y autoridad no son atributos dados sin más, sino dinámicas fluctuantes que están en constante fabricación, reproducción y cambio a causa de las prácticas de los agentes sociales de base.

Como hemos visto, la mecánica de la soberanía fragmentada opera a través de un creciente poder autónomo de los agentes estatales de base, que constituyen núcleos relativamente separados de poder y control político. Además, es importante notar los matices de las percepciones y prácticas espaciales a medida que se entrelazan en los procesos políticos. Como se ilustra, la influencia de la espacialidad puede diferir de un sitio a otro, pero siempre es importante. Ferguson y Gupta (en este mismo volumen) afirman que:

"En vez de entender al espacio como un contenedor preexistente, y a la escala como una característica natural del mundo en el que operan los Estados (…) son los Estados mismos los que producen jerarquías escalares y espaciales".

Además, añaden, "La producción de estas jerarquías no es casual sino un elemento central para el funcionamiento de los Estados; son la *raisond'être* de los Estados (y tal vez su *raisond'état*)". En el espíritu de esta proposición, pero con un pequeño, aunque significativo giro, postulo que los Estados delegan esta razón de ser a sus agentes de base en las situaciones políticas de disputa. Formalmente, esos agentes "son el Estado", ya que son su único emisario fuera de sus fronteras. Desde el punto de vista analítico, están separados del Estado e implementan su gobierno en células de poder domésticas y separadas. Paradójicamente, mientras que el Estado renuncia a su jurisdicción sobre estas colonias de poder aisladas, se las arregla para estar presente gracias a la autonomía de sus agentes.

A nivel más general, mi argumento sigue llamados anteriores a ampliar los conceptos de soberanía y gubernamentalidad hacia nuevas direcciones de investigación y teorización. Nuestra era presenta configuraciones políticas desconocidas (mundiales, regionales y locales) que plantean preguntas nuevas y complejas. Integrar variables dinámicas a la ecuación política estudiada, como la agencia social y las prácticas espaciales, podría constituir un paso valioso para responder a estas preguntas. Nuestro análisis del caso israelí/palestino podría aplicarse a articulaciones de soberanía y "tecnologías de poder" en otros sitios políticamente disputados, como Irak y Afganistán. Podría abrir nuevos caminos para la comparación entre diferentes casos de soberanía fragmentada y continuar la discusión teórica iniciada aquí.

Referencias

- Agamben, G. (2005). *State of exception*. Chicago: Chicago University Press.
- Agnew, J. (1998). *Geo-politics: Re-visioning world politics*. London: Routledge.
- Albert, M. (1998). "On boundaries, territories and postmodemity: An international relations perspective", *Geopolitics*, 3(I): 53-68.
- Alexander, J. C. (2004). "Cultural pragmatics: Social performance between ritual and strategy", *Sociological Theory*, 22(4): 527-573.
- Andreas, P. (2000). *Bordergames: Policing the U.S.-Mexican divide*. Ithaca: Cornell University Press.
- Barry, A., Osborne, T., y Nikolas R. (eds.) (1996). *Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*. Chicago: Chicago University Press.
- Bartelson, J. (2001). *The critique of the state*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ben-Amos, A. y Ben-Ari, E. (1995). "Resonance and reverberation: Ritual and bureaucracy in the State funerals of the French Third Republic", *Theory and Society* 24:163-191.

- Ben-Ari, E.; Maymon, M., Gazit, N. y Shatzberg, R. (2005). *Front ckeck points to flow-points. Sites of friction between the Israel Defence Forces and Palestinians. A Gitelson Peace Publication, Nº 31*. Jerusalem: The Harry S. Truman Research Institute forthe Advancement of Peace, The Hebrew University of Jerusalem.
- Bentham, J. ([1787]1995). Panopticon (preface). En M. Bozovic (ed.), *The Panopticon in writings* pp. 29-95. London: Verso.
- Benvenisti, E. (1993). *The international law of occupation*. Princeton: Princeton University Press.
- Biersteker, J. T. y Weber, C. (Eds.) (1996). *State sovereignty as social construction*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bornstein, A. S. (2001). "Border enforcement in daily life: Palestinian day laborers and entrepreneurs crossing the Green Line", *Human Organization*, 60: 298-307.
--- (2002). *Crossing the green line between the West Bank and Israel*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Clifford, J. (1997). Spatial practices: Fieldwork, travel, and disciplining of anthropology. In A. Gupta, y J. Ferguson (eds.), *Anthropological locations. Boundaries and grounds of a field science*. pp. 185-222. Berkeley: University of California Press.
- Crossley, N. (1993). The politics of the gaze: Between Foucault and Merleau-Ponty. *Human Studies* 16:3 99-419.
- Dean, M. (1999). *Governmentality: Power and rule in modern society*. Thousand Oaks: Sage.
- De-Certeau, M. (1984). *The practice of everyday life*. Berkeley: University of California.
- Doty, L. R. (1996). Sovereignty and the nation: Constructing the boundaries of national identity. In J. T. Biersteker, y C. Weber (Eds.), *State sovereignty as social construction*. pp. 121-147. Cambridge: Cambridge University Press.
- Farer, T. (ed.). (1996). *Beyond sovereignty. Collectively defending democracy in the America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Ferguson, J. y Gupta, A. (2002). "Spatializing states: Towards an ethnography of neoliberal governmentality", *American Ethnologist* 29(4): 981-1002.
- Fiege, M. (2001). "Jewish settlement of Hebron: The place and the other", *Geo-Jounial* 53(3):323-333.
- Foucault, M. (1979). *Discipline and Punishment. The birth of the prison*. New York: Vintage.
--- (1980). *Power/knowledge. selected interviews and other writings, 1972-1977*. New York: Pantheon.
--- (1991). Governmentality. In G. Burchell, C. Gordon, P. Miller, y M. Foucault (Eds.), *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*. pp. 87 -104. Chicago: University of Chicago Press.

- Gattis, M. (2001). Space as a basis for abstract thought. In M. Gattis (ed.), *Spatial schemes and abstract thought*. Boston: MIT Press.
- Giddens, A. (1984), *The Constitution of society. outline of the theory of structuration*. Berkeley: University of California Press.
- Gieryn, T. F. (2000). "A space for a place in sociology", *Annual Review of Sociology* 26:463-496.
- Goldfarb, J. C. (2006). *The politics of small things: The power of the powerless in dark times*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Gorski, P. S. (2006). Mann's theory of ideological power: Sources, applications and elaborations. En J. A. Hall, y R. Schroeder (Eds.), *An anatomy of power.' The social theory of Michael Mann*. pp. 101-134. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gristich, M. (2005). "The nation-state and economic globalization: soft-politics and increased state autonomy?", *Review of lnternatioital Political Economy*, 21(1): 1-25.
- Habermas, J. (1999). "The European nation-state and the pressures of globalization", *New Left Review*, 235: 46-59.
- Hajjar, L. (2005). *Courting Conflict. The Israeli military court system in the West Bank and Gaza*. Berkeley: California University Press.
- Hansen, T. B. y Stepputat, F. (2005). Introduction. En T. B. Hansen, & F. Stepputat (eds.), *Sovereign bodies. citizens, migrants, and states in the Postcolonial World*. pp. 1-36. Princeton: Princeton University Press.
- Hansen, T. B. y Stepputat, F. (2006). "Sovereignty revisited", *Annual Review of Antropology*, 35: 295-315.
- Herbert, S. (1997). *Policing space: Territoriality and the Los Angeles Police*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Herbst, S. (2003). "Political authority in a mediated age", *Theory and Society* 32: 481-503.
- Hirst, P. (2005). *Space and power: Politics, war and architecture*. Cambridge: Polity.
- Holloway, J. (1995). Global capital and the national state. En W. Bonefeld, y J. Holloway (eds.), *Global capital, national State, and the politics of money*. New York: St. Martin's Press.
- Jamoul, L. (2004). "Palestine-In a search of dignity", *Antipode*, 36(4): 581-595.
- Kalyvas, S. (2006). *The logic of violence in civil war*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kimmerling, B. (2006). *Politicicle: Ariel Sltamn's war against the Palestinians*. New York: Verso.
- Kretzmer, D. (2002). *The occupation of justice. The Supreme Court of Israel and the Occupied Territories*. Albany: State University of New York Press.

- Lamont, M. y Molnar, V. (2002). "The study of boundaries in social sciences", *Annual Review of Sociology*, 28: l67-196.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Li, T. M. (2005). "Beyond 'the state' and failed schemes", *American Anthropologist*, 107(3): 383 -394.
- Lipsky, M. (1980). *Streel-level bureaucracy. Dilemmas of the individual in public services*. New York: Sage.
- Lustick, L. (1993). *Unsettled states, disputed lands: Britain and Ireland, France and Algeria, Israel and the West Bank-Gaza*. Ithaca: Cornell University Press.
- Mann, B. (1986). *The sources of social power. A history from the beginning to 1.760 AD*. Cambridge: Cambridge University Press.
--- (1993). *The sources of social power. A history from the beginning to 1760-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Migdal, J. (1994). The state in society: An approach to struggle for domination. En J. Migdal, A. Kohli, y V. Shue (eds.), *State power and social forces*. pp. 7-34. New York: Cambridge University Press.
- Mitchell, T. (1991). "The limits of the state: Beyond statist approaches and their critics", *American Journal of Political Science*, 85(1):77-96.
- Navaro-Yashin, Y. (2002). *Faces of the State: Secularism and public life in Turkey*. Princeton: Princeton University Press.
- Newman, D. (2003). "On borders and power: A theoretical framework", *Journal of Bordeland Studies* 18(1): 13-25.
- OCHA. (2006). West Bank closure_Aug 05: Report. URL: https://reliefweb.int/map/occupied-palestinian-territory/occupied-palestinian-territory-gaza-pre-disengagement-august-2005 Descargado: 3/7/ 2007.
- Portugali, J. (1993). *Implicate relations. Society and space in the Isreli-Palestinean conflict*. Dordrecht: Kluwer.
- Pratt, A. (2005). *Securing borders: Detention and deportation in Canada*. Vancouver: UBC Press.
- Rodrik, D. (1997). *Has globalization gone too far*. Washington, DC: Institute for International Economics.
- Ron, J. (2000). "Boundaries and violence: Repertoires of state action along the Bosnia/Yugoslavia divide", *Theory and Society* 29: 609-649.
- Rose, N. (1996). Governing "advanced liberal democracies". In A. Barry, T. Osborne, & N. Rose (eds.), *Foucault and political reason.' liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*. pp. 37-64. Chicago: Chicago University Press.
- Rosenfeld, M. (2005). "Pleasures of duty" of occupiers, "duty of Sumud" of the besieged: The Israeli imposed closure regime in the Occupied West Bank. In M. Al-Haj,

M. Saltman, y Z. Sobel (eds.), *Social critique and commitment: Essays in honor of Henry Rosenfeld*. pp. 207-236. Lanham, MD: University Press America.
- Ryan, P. (2000). "Structure, agency, and the Nicaraguan revolution", *Theory and Society*: 29: 187-213.
- Sassen, S. (1996). *Losing control? Sovereignty in and age of globalization*. New York: Columbia University Press.
--- (2006). *Territory, authority, rights. From medieval to global assemblages*. Princeton: Princeton University Press.
- Schutz, A. (1973 [1945]). The problem of social reality. In M. Natanson (Ed.), *Collected papers of Alfred Schultz 979 -76*. The Hague: M. Nijhoff.
- Shamir, R. (2005). "Without borders Notes on globalization as a mobility regime", *Sociological Theory* 23(2): 197-217.
- Skocpol, T. (1979). *States and social revolution. A comparative analysis of France, Russia and China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stone, R. (2005). *Structuration theory*. London: Macmillan.
- Thomas, P. (2004). "Review essay: The state of the state", *Theory and Society* 33: 257-271.
- Tilly, C. (1993). *European revolutions 1492 - 1992*. Oxford: Blackwell.
- Volcansek, L. M.; Stack, J.F. (Eds.) (2005). *Courts crossing borders: Blurring the lines of sovereignty*. Durham: Carolina Academic Press.
- Volgy, J. T. y Bailin, A. (2003). *International Politics and state strength*. Boulder: Rienner.
- Weber, M., Geralh, H. H., y Mills, W. C. (2007[1946]). *From Max Weber: Essays in sociology*. New York: Oxford University Press.
- Zerubavel, E. (1991). *The fine line. Making distinctions in everyday life*. Chicago: The University of Chicago Press.

Sobre los autores (en orden alfabético)

John Agnew
Geógrafo de origen británico y profesor en UCLA con intereses de investigación en Geografía Política, Economía Política Internacional, Urbanización Europea e Italia. Es una de las principales figuras en la Geografía Política, conocido por plantear la "trampa territorial" en un artículo de 1994. También ha propuesta una tipología de regímenes de soberanía en un artículo de 2005. Fue editor de la revista Territory, Politics, Governance.

Neil Brenner
Profesor, teórico urbano crítico y coordinador del Laboratorio de Teoría Urbana en la Universidad de Harvard interesado en diversos aspectos de la investigación sobre ciudades y urbanización dentro de las ciencias sociales, las humanidades ambientales, las disciplinas del diseño y los estudios ambientales. Su investigación y docencia se centran en las dimensiones teóricas, conceptuales y metodológicas de las cuestiones urbanas y en los desafíos de reinventar nuestro enfoque de la urbanización en relación con las crisis, contradicciones y luchas contemporáneas. Brenner ha realizado contribuciones influyentes a los debates académicos sobre la teoría urbana crítica, la crítica de la urbanización capitalista, la reestructuración urbana, el espacio estatal, la economía política del cambio de escala, la neoliberalización variada y la urbanización planetaria.

Raymond Craib
Historiador, doctor en historia por la universidad de Yale. Profesor e investigador del Departamento de Historia de la Universidad de Cornell en donde también dirige el departamento de estudios latinoamericanos. Formado como latinoamericanista, sus intereses de investigación y docencia giran en torno a las intersecciones del espacio, la política y la práctica cotidiana, principalmente en cuatro áreas: América Latina, la historia global, la geografía crítica/cartografía y la izquierda y el anarquismo.

Jean Comaroff
Doctora en antropología por la Universidad de Ciudad del Cabo. Profesora de Antropología y de Ciencias Sociales en la Universidad de Chicago y profesora honoraria de Antropología en la Universidad de Ciudad del Cabo. Es profesora de Estudios Africanos y Afroamericanos y de Antropología, Oppenheimer Fellow en Estudios Africanos en la Universidad de Harvard. Es experta en los efectos del colonialismo en Sudáfrica.

Ha escrito extensamente sobre el colonialismo y la hegemonía basándose en el trabajo de campo realizado en el sur de África y Gran Bretaña.

John Comaroff
Es profesor de estudios africanos y afroamericanos y de antropología en la Universidad de Harvard. Antes de unirse al Departamento de Estudios Africanos y Afroamericanos fue Profesor Distinguido de Antropología Harold H. Swift en la Universidad de Chicago. También es profesor honorario de antropología en la Universidad de Ciudad del Cabo y profesor de investigación afiliado en la American Bar Foundation. Su investigación actual en Sudáfrica es sobre el crimen, la vigilancia y el funcionamiento del estado, sobre la democracia y la diferencia, y sobre la política poscolonial.

Stuart Elden
Profesor de Teoría Política y Geografía de la Universidad de Warwick. Doctor en Teoría Política. Fue investigador y profesor de geografía política en el Departamento de Geografía de la Universidad de Durham. Su libro Terror and Territory: The Spatial Extent of Sovereignty ganó en 2010 el premio Globe Book Award for Public Under standing of Geography de la Asociación de Geógrafos Estadounidenses y Julian Minghi Distinguished Book Award del Grupo Especializado en Geografía Política. En 2014 obtuvo el premio Meridian Book de la Asociación de geógrafos estadounidenses por trabajo académico destacado en geografía.

James Ferguson
Profesor en el Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Stanford. Su investigación se ha centrado en el sur de África (especialmente en Lesotho, Zambia, Sudáfrica y Namibia) en donde ha abordado una amplia gama de cuestiones teóricas y etnográficas. Estos incluyen las políticas de "desarrollo", la migración rural-urbana, topografías cambiantes de propiedad y riqueza, construcciones de espacio y lugar, cultura urbana en pueblos mineros, experiencias de modernidad, la espacialización de estados, el lugar de "África" en un mundo real e imaginario, y la teoría y política de la etnografía. A lo largo de gran parte de este trabajo hay una preocupación por cómo los discursos organizados en torno a conceptos como "desarrollo" y "modernidad" se cruzan con las vidas de la gente común.

Akhil Gupta
Sus temas de interés son el capitalismo contemporáneo, el desarrollo, la poscolonialidad, la globalización y el Estado. Su investigación empírica cuestiona la teoría

antropológica y social desde sus márgenes al prestar atención a la experiencia de los campesinos y otros grupos de personas pobres en la India. Combinando análisis culturales y sociológicos de las instituciones y la vida social con preguntas planteadas por la teoría poscolonial, Gupta utiliza una investigación etnográfica rigurosa e intensiva como base para repensar algunas de las principales cuestiones de la teoría social relacionadas con el espacio, el lugar y la temporalidad. Emplea el énfasis tradicional de la antropología en una comprensión profunda de un lugar o de un pueblo como un punto de vista desde el cual criticar y expandir la teoría social. Su interés por estos temas se complementa con una atención sostenida al replanteamiento y renovación de los métodos antropológicos.

Nir Gazit
Entre sus intereses de investigación se encuentran la violencia política, las fronteras y los bordes, la migración forzada, las relaciones entre civiles y militares y el conflicto Israel-Palestina. Actualmente es profesor e investigador del Ruppin Academic Center del Departmento de Ciencias del Comportamiento de la Universidad de Israel.

Medina Lasansky
Historiadora. Su investigación se centra en la intersección de la política, la cultura popular y el entorno construido en la Italia del Renacimiento y del siglo XX. Ha contribuido con ensayos y artículos para publicaciones periódicas, sobre diversas temáticas entre las que sobresale los vínculos entre las concepciones populares del Renacimiento. Lasansky también ha analizado dimensiones poco exploradas de la cultura política como el vínculo con el pasado de los regímenes autoritarios y en particular del fascismo italiano, haciendo notables contribuciones a la investigación sobre los vínculos entre ideología política, el espacio urbano y la historia.

Marcelo Lópes de Souza
Profesor de desarrollo socio-espacial y estudios urbanos en el Departamento de Geografía de la Universidad Federal de Río de Janeiro/UFRJ, donde coordina el Núcleo de Pesquisas Sobre Desenvolvimento Sócio-Espacial/NuPeD (Centro de Investigación sobre el Desarrollo Socio-espacial). Estudió Geografía y Sociología urbana en Brasil en la década de 1980, doctor en geografía por la Universidad de Tübingen (Alemania). Sus investigaciones abarcan temas como la teoría espacial, la participación popular en la planificación urbana, la teoría de los movimientos sociales (con especial atención en la dimensión espacial de los movimientos sociales urbanos), 'utopías'/visiones urbanas alternativas, problemas urbanos, y la "espacialidad del pensamiento libertario".

Tom Perrault
Profesor de Geografía y Ambiente en la Universidad de Syracuse. Su investigación se enfoca en la relación entre las personas y su entorno, con énfasis en cuestiones de justicia social y economía política, y dentro del marco conceptual de ecología política y justicia ambiental. En particular, se interesa en la manera en que las poblaciones rurales y sus organizaciones acceden, gestionan, luchan por y se organizan en relación con la naturaleza y los recursos naturales. Regionalmente, sus investigaciones sobre gobernanza del agua y justicia hídrica; industrias extractivas y las políticas del extractivismo; y movimientos indígenas e indigeneidad. Se desarrollan en América del Sury especialmente en los Andes centrales y la Amazonía occidental

Simon Reid-Henry
Investigador del Peace Research Institut de Oslo. Geógrafo de formación, recurre a las herramientas de la historia, el derecho y las ciencias sociales para informar las narrativas intelectuales que definen su trabajo. Simon ha abordado temas que van desde la innovación hasta la política internacional y las crisis de la desigualdad y la democracia. A cada uno aporta un enfoque característico para explicar cómo se cruzan las ideas, la economía política y la política del cambio institucional. Ha contribuido a la política y los debates públicos contemporáneos

Birgit Sauer
Politóloga y profesora en la Universidad de Viena. Su investigación se centra en la gobernanza y el género, la política y la cultura, la política de las relaciones de género y las teorías del Estado y las instituciones. Además de sus actividades de investigación y docencia, Sauer fue miembro de la junta directiva del Comité por los Derechos Fundamentales y la Democracia de 1992 a 2000 y coeditora de los anuarios de la asociación durante varios años. Fue vocera del grupo de trabajo sobre política y género de la Asociación Alemana de Ciencias Políticas. Actualmente es miembro del consejo asesor científico del Year book for Islamophobia Research y tiene un puesto docente en la Academia Diplomática de Viena.

Simon Springer
Profesor Adjunto en el Departamento de Geografía de la Universidad de Victoria (Canadá). Sus investigaciones estudian las exclusiones y sociales que ha engendrado el neoliberalismo, especialmente en el contexto de la Camboya actual, donde hace hincapié en el papel de la violencia y el poder. Desarrolla un enfoque vanguardista en sus investigaciones, poniendo en primer plano la crítica a los postestructuralistas

y un renacimiento de la filosofía anarquista. Actualmente es Profesor de Geografía Humana, Jefe de Disciplina de Geografía y Estudios Ambientales y Director del Centro de Estudios Urbanos y Regionales de la Universidad de Newcastle, Australia.

Gabriela Valdivia
Profesora del Departamento de Geografía de la Universidad de North Carolina en Chapel Hill. Examina la ecología política de la gobernanza de los recursos naturales y en particular, la manera cómo los estados, las empresas y la sociedad civil se apropian y transforman los recursos para satisfacer sus intereses. Su trabajo se basa en la geografía y la etnografía críticas de los recursos para examinar la gobernanza ambiental en América Latina, específicamente en Ecuador y Bolivia, donde la neoliberalización económica y las instituciones sociopolíticas volátiles han alimentado intensas luchas por los recursos naturales. Sus investigaciones más recientes se basan en la ecología política feminista y la narración digital para examinar la cadena petrolera ecuatoriana.

Stefanie Wöhl
Profesora de Ciencias Políticas y titular de la Cátedra Jean Monnet en el Departamento de Economía Europea y Gestión Empresarial de la Universidad de Ciencias Aplicadas BFI de Viena, Austria. Sus proyectos actuales se centran en la Diversidad y la Cohesión Social en la Unión Europea. Su principal enfoque de investigación es la economía política internacional de género, la democracia en tiempos de múltiples crisis dentro de la UE y las transformaciones estatales tal como las encontramos hoy en formas más autoritarias y de otro tipo.

Li Zhang
Profesora asociada al departamento de antropología de la Universidad de UC DAVIS. Su investigación se refiere a las repercusiones sociales, políticas, espaciales y psicológicas de las reformas de mercado y las transformaciones postsocialistas en China. Ha investigado también sobre la privatización de la propiedad de la vivienda, la planificación urbana y la reconstrucción de las nuevas clases medias. Se desempeñó como Decana Interina de la División de Ciencias Sociales (2015-17), Presidenta del Departamento de Antropología (2011-15) y Directora del Programa de Estudios de Asia Oriental (2003-06) en UCD, y Presidenta de la Sociedad para Asia Oriental.

Sobre los Editores

Francisco Astudillo Pizarro
Sociólogo, máster en antropología social FLACSO-Argentina, Becario doctoral UBA/CONICET. Integrante del Grupo de Estudios Naturaleza, Cultura y Territorio, del Instituto de Geografía Universidad de Buenos Aires. Investigador del Programa Espacios, Políticas y Sociedades CEI-UNR. Ha desarrollado investigaciones en ecología política del agua y justicia espacial/ambiental en Latino América.

Gabriela González
Antropóloga, doctora en humanidades y artes con mención en antropología, becaria pos doctoral IRICE-CONICET. Recientemente ha publicado:"Women's community participation and management of public policies in a popular neighborhood in Rosario (Argentina)". J His Arch & Anthropol Sci. 2018; 3(2): 245-249. DOI: 10.15406/jhaas.2018.03.00088 (En colaboración con Silvia Alucin).(2016) "Violencia y configuración de la alteridad. Aportes para la desestigmatización y construcción de una nueva afectividad". Veredas 32, | UAM Xochimilco, México,pp.163-178. (En colaboración con Claudia Perlo).

Carlos Salamanca Villamizar
Arquitecto y doctor en antropología (EHESS). Investigador Independiente UBA/CONICET. Director del Programa "Espacios, Políticas, Sociedades" (CEI/UNR). Coordinador de la Plataforma La Violencia en el Espacio. Especialista en el trabajo interdisciplinario en torno al espacio como problema epistemológico y político. He impulsado, liderado y gestionado iniciativas editoriales, museográficas y académicas sobre los derechos humanos de los pueblos indígenas, la cartografía social, la dimensión política del agua, la justicia espacial, el espacio y la violencia de Estado, y los entrecruces entre territorio, violencia y memoria.

UNR
EDITORA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

COLECCIÓN
ESPACIO, POLÍTICAS, SOCIEDADES

Para la teoría social contemporánea, el Estado se reconoce como un objeto epistemológico híbrido, relacional y poli-escalar, dinámico, plural e incluso contradictorio. Desde diferentes disciplinas y perspectivas, más que como un objeto único, homogéneo y universal, el Estado se presenta como un campo complejo de prácticas sociales y discursivas. Apoyándose en el llamado "giro espacial" promovido desde la geografía crítica, diversas disciplinas de las ciencias sociales han contribuido a repensar, entre otros fenómenos, las relaciones y formas de espacialización de los Estados modernos bajo una pluralidad de tradiciones teóricas que han abordado dimensiones como su vinculación a los márgenes, su dimensión discursiva y performática, los cambios o las continuidades en perspectiva histórica, así como sus variaciones frente a fenómenos contemporáneos como la globalización, el neoliberalismo, la violencia, las identidades, la memoria y la inmigración. Estas iniciativas no han significado, sin embargo, la consolidación de una corriente investigativa acerca de la espacialidad de los mecanismos, las prácticas, los dispositivos, los imaginarios, los discursos o las performances que atraviesan y suturan la complejidad del Estado. Retomando la invitación de los antropólogos James Ferguson y Akhil Gupta, en este libro abordamos una multiplicidad de articulaciones dinámicas entre prácticas políticas, representaciones, dispositivos y discursos que componen al Estado como ensamblaje político y que se materializan espacialmente en múltiples escalas geopolíticas. A través de las contribuciones de importantes referentes internacionales y casos empíricos en los cinco continentes, en este libro se presentan las maneras en que esta materialización produce y reproduce dinámicas sociopolíticas que tienen en la dimensión espacial, un elemento constitutivo e instituyente, a la vez que articulan territorios, actores y flujos de poder, a través de contribuciones que analizan procesos contingentes, coyunturales o de larga duración.

UNR Universidad Nacional de Rosario

UNR EDITORA

9 789877 025927